

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 48 Segundo Semestre de 2000

HUMANIDADES

El querer como inquirir en la obra de Cervantes (Una constelación semántica), <i>José Ricardo Morales</i>	9
Amor sobre ruedas, <i>Susana Münich</i>	21
Transgresión y violencia sexual en Marta Brunet, <i>Bernardita Llanos Mardones</i>	29
Delia Domínguez: De la angustia a la esperanza, <i>Ana María Cuneo</i>	39
Carta de lluvia desde el desierto para Jorge Teillier, <i>Juan Pablo Riveros</i>	53
"Historia de arroz con habichuelas" o el carnaval de Ana Lydia Vega, <i>María Inés Zaldívar</i>	57
Bosquejo de una ética para inmortales, <i>Eduardo Sabrovsky</i>	67
Dos estudios sobre Juan Emar, <i>Pablo Catalán</i>	81
Un ¿posible? canon de la poesía chilena de las generaciones del 50 al 80 para el (des) informado lector, <i>Thomas Harris</i>	139
Joaquín Edwards Bello una vez más (Entrevista a Alfonso Calderón), <i>Salvador Benadava</i>	165

CIENCIAS SOCIALES

América Latina, modernización y crisis oligárquica (1880-1930), <i>Patricio Quiroga</i>	183
El gobierno de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914). Anuncio del populismo peruano, <i>Osmar Gonzales</i>	195
Electores, sufragio y democracia en Chile, <i>Ricardo Nazer A. y Jaime Rosemblit B.</i>	215
Historia e historiografía colonial. Temas y debates del pasado, significaciones del presente, <i>Eduardo Cavieres F.</i>	229
Vanguardia, heterodoxia y búsqueda generacional: la revista <i>Claridad</i> , 1920-1923, <i>Fabio Moraga Valle</i>	243

A propósito de Balmaceda y la Guerra Civil de 1891, <i>Manuel Vicuña</i>	267
Pensamiento conservador revolucionario y violencia extrema desde el Estado de Chile, 1973-1989, <i>Luis A. Corvalán M.</i>	275
Las Fuerzas Armadas de Chile y la integración social. Una mirada histórica, <i>Verónica Valdivia Ortiz de Zárate</i>	295
Feliú Cruz: el magisterio de la historia, <i>Sergio Villalobos R.</i>	313
La Oficina del Trabajo (1907-1924), <i>Juan Carlos Yáñez A.</i>	325

TESTIMONIOS

Presentación del libro: <i>Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral</i> de Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas, <i>Sonia Montecino</i>	337
Presentación del libro: <i>Una palomita en mi palomar</i> , <i>José Weinstein</i>	343
Mario Milanca Guzmán (1948-1999) Poemas	347
Homenaje a Jorge Edwards en la Academia Chilena de la Lengua, <i>Adriana Valdés</i>	353

COMENTARIOS DE LIBROS

<i>Armando de Ramón, Biografías de chilenos, 1876-1973</i> , <i>René Millar C.</i>	361
<i>Alberto Garrido, El muro de las lamentaciones</i> , <i>Ewald Weitzdörfer</i>	366
<i>Francisco J. Alcalde P., Los fuegos sumergidos</i> , <i>Manuel Peña M.</i>	367
<i>Varios autores, Texto y Poder. Políticas del Sentido. Et-Cetera. N° 3</i> , <i>Breno Onetto</i>	368
<i>Teresa Calderón, Aplausos para la memoria</i> , <i>Miguel Arteche</i>	372
<i>Sergio Grez y Gabriel Salazar (comp.), Manifiesto de historiadores</i> , <i>Lucía Brienza</i>	374

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 48 Segundo Semestre de 2000

HUMANIDADES

El querer como inquirir en la obra de Cervantes (Una constelación semántica), <i>José Ricardo Morales</i>	9
Amor sobre ruedas, <i>Susana Münnich</i>	21
Transgresión y violencia sexual en Marta Brunet, <i>Bernardita Llanos Mardones</i>	29
Delia Domínguez: De la angustia a la esperanza, <i>Ana María Cunco</i>	39
Carta de lluvia desde el desierto para Jorge Teillier, <i>Juan Pablo Riveros</i>	53
"Historia de arroz con habichuelas" o el carnaval de Ana Lydia Vega, <i>Maria Inés Zaldivar</i>	57
Bosquejo de una ética para inmortales, <i>Eduardo Sabrowsky</i>	67
Dos estudios sobre Juan Emar, <i>Pablo Catalán</i>	81
Un ¿posible? canon de la poesía chilena de las generaciones del 50 al 80 para el (des) informado lector, <i>Thomas Harris</i>	139
Joaquín Edwards Bello una vez más (Entrevista a Alfonso Calderón), <i>Salpador Benadava</i>	165

CIENCIAS SOCIALES

América Latina, modernización y crisis oligárquica (1880-1930), <i>Patricio Quiroga</i>	183
El gobierno de Guillermo E. Billinghurst (1912-1914). Anuncio del populismo peruano, <i>Osmar Gonzales</i>	195
Electores, sufragio y democracia en Chile, <i>Ricardo Nazer A. y Jaime Rosenthal B.</i>	215
Historia e historiografía colonial. Temas y debates del pasado, significaciones del presente, <i>Eduardo Cavieres F.</i>	229
Vanguardia, heterodoxia y búsqueda generacional: la revista <i>Claridad</i> , 1920-1923, <i>Fabio Moraga Valle</i>	243

A propósito de Balmaceda y la Guerra Civil de 1891, <i>Manuel Vicuña</i>	267
Pensamiento conservador revolucionario y violencia extrema desde el Estado de Chile. 1973-1989, <i>Luis A. Corvalán M.</i>	275
Las Fuerzas Armadas de Chile y la integración social. Una mirada histórica, <i>Verónica Valdivia Ortiz de Zárate</i>	295
Feliú Cruz: el magisterio de la historia, <i>Sergio Villalobos R.</i>	313
La Oficina del Trabajo (1907-1924), <i>Juan Carlos Yáñez A.</i>	325

TESTIMONIOS

Presentación del libro: <i>Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral</i> de Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas, <i>Sonia Montecino</i>	337
Presentación del libro: <i>Una palomita en mi palomar</i> , <i>José Weinstein</i>	343
Mario Milanca Guzmán (1948-1999) Poemas	347
Homenaje a Jorge Edwards en la Academia Chilena de la Lengua, <i>Adriana Valdés</i>	353

COMENTARIOS DE LIBROS

Armando de Ramón, <i>Biografías de chilenos. 1876-1973</i> , <i>René Millar C.</i>	361
Alberto Garrido, <i>El muro de las lamentaciones</i> , <i>Ewald Weitzdörfer</i>	366
Francisco J. Alcalde P., <i>Los fuegos sumergidos</i> , <i>Manuel Peña M.</i>	367
Varios autores, <i>Texto y Poder. Políticas del Sentido. Et-Cetera. Nº3</i> , <i>Breno Onetto</i>	368
Teresa Calderón, <i>Aplausos para la memoria</i> , <i>Miguel Arteche</i>	372
Sergio Grez y Gabriel Salazar (comp.), <i>Manifiesto de historiadores</i> , <i>Lucía Brienza</i>	374



AUTORIDADES

Ministra de Educación
Sra. *Mariana Aylwin Oyarzún*

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y
Representante Legal
Sra. *Clara Budnik Sinay*

Director Responsable
Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*

Secretarios de Redacción
Sr. *Pedro Pablo Zegers Blachet*
Sr. *Thomas Harris Espinosa*

CONSEJO EDITORIAL

Sr. *Alfonso Calderón Squadritto*
Sra. *Sofía Correa Sutil*
Sr. *José Ricardo Morales Malva*
Sr. *Rafael Sagredo Baeza*
Sr. *Marcos García de la Huerta Izquierdo*
Sr. *Alfredo Jocelyn-Holt Letelier*
Sr. *Pedro Lastra Salazar*
Sr. *Sergio Grez Toso*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfono: (56) (2) 3605407 - 3605335
Fax: (56) (2) 3605407
Santiago de Chile

EL QUERER COMO HUMANIDADES DE CERVANTES (UNA CONSTELACION SEMANTICA)

José Ricardo Marín

CERVANTES Y LA NOTION DE TIEMPO

Definimos esta fecha, a saber, "el día del idioma". Con ello se certifica que el tiempo de los humanos, en su condición histórica, difiere sustancialmente de aquel que estudian los físicos según su método científico, denominándolo como "lo que mide los relojes". Aunque la distinción propuesta significa realmente una aporía, defendiendo en un callejón sin salida, ya que también obliga a preguntarnos en qué consisten los relojes, remitiéndonos al tiempo, para perdernos de ese modo en un círculo *in demonstranda*, pues el pensamiento se sitúa entre un referente y otro: tiempo y reloj, sin resolución al respecto. Nada que el tiempo se mide con el reloj y éste es el que mide el tiempo. No hay, entonces, una medición de principio en semejante definición. Y así es así, ¿qué definamos con ella?

Sea como fuere, comparada con el tiempo de los humanos, el que podemos como histórico es de condición distinta, cualitativa, ya que se estudia como "el tiempo de", así sea el de Velázquez, el de la Ilustración o el de la Ilustración, reconocible por las obras o acciones efectuadas en él, pues además de considerarlo según el fraccionamiento cuantitativo que permite su transcurso (horas, minutos, segundos...), lo apreciamos en función de sus variados atributos, ocasionados por las diversas acciones humanas que lo caracterizan. De ahí que si el tiempo físico es un tiempo mensurable, el de la historia es de índole nombrable y memorable, con todas las implicaciones que semejante diferencia supone. Tanto es así, que la temporalidad histórica, pensándola como la propone nuestro idioma, hace que las cifras con que se mide las denominamos "fechas", de tal manera nombradas porque están "hechas" o "fechas" en virtud de los diferentes asuntos que las definen, ya sean hechos notorios o execrables fechorías.

Dicha condición temporal, de índole cualitativa, no sólo permite identificar y señalar el tiempo que es, sino que nos mueve a regresar sobre el medible esa medición pensante que constituye la historia. Aunque no cabe creer que lo contrario al transcurso de los tiempos tiene como objeto único el de conocer el pasado por el pasado, tal como algunos suponen. Ni mucho menos. Ya que la historia, en su condición retrospectiva, es, más bien, retrospectiva, pues forma parte de un saber que tiende inductivamente a conocer los orígenes y causas de los sucesos temporales, lo que nos encontramos, convirtiéndose con ello en una interpretación imprescindible del presente.

Comunicación presentada en la Academia Chilena de la Lengua, el 24 de abril de 2003, con motivo del Día del Idioma.

EL QUERER COMO INQUIRIR EN LA OBRA DE CERVANTES (UNA CONSTELACIÓN SEMÁNTICA)*

José Ricardo Morales

CERVANTES Y LA NOCIÓN DE IDIOMA

Dedicamos esta fecha a celebrar “el día del idioma”. Con ello se certifica que el tiempo de los humanos, en su condición histórica, difiere substancialmente de aquel que estiman los físicos según su índole cuantitativa, definiéndolo como “lo que miden los relojes”. Aunque la definición propuesta significa realmente una aporía, dejándonos en un callejón sin salida, ya que también obliga a preguntarnos en qué consisten los relojes, remitiéndonos al tiempo, para perdernos de ese modo en un *circulus in demonstrando*, pues el pensamiento oscila entre un referente y otro –tiempo y reloj–, sin resolución ni término, dado que el tiempo se mide con el reloj y éste es el que mide el tiempo... ¿no hay, entonces, una petición de principio en semejante definición? Y si es así, ¿qué definimos con ella?

Sea como fuere, comparado con el tiempo de los físicos, el que entendemos como histórico es de condición distinta, cualitativa, ya que se estima como “el tiempo de” –así sea el de Velázquez, el de Bach o el de la Ilustración–, reconocible por las obras o acciones efectuadas en él, pues además de considerarlo según el fraccionamiento cuantitativo que permite su transcurso –horas, minutos, segundos...–, lo apreciamos en función de sus variados atributos, ocasionados por las diversas acciones humanas que lo caracterizan. De ahí que si el tiempo físico es un tiempo mensurable, el de la historia es de índole nombrable y memorable, con todas las implicaciones que semejante diferencia supone. Tanto es así, que la temporalidad histórica, pensándola como la propone nuestro idioma, hace que las cifras con que se mide las denominemos “fechas”, de tal manera nombradas porque están “hechas” o “fechas” en virtud de los diferentes asuntos que las definen, ya sean hechos notorios o execrables fechorías.

Dicha condición temporal, de índole cualitativa, no sólo permite identificar y nombrar el tiempo que sea, sino que nos mueve a regresar sobre él mediante esa retrovisión pensante que constituye la historia. Aunque no cabe creer que ir en sentido contrario al transcurso de los tiempos tiene como objeto único el de conocer el pasado por el pasado, tal como algunos suponen. Ni mucho menos. Ya que la historia, en su condición retrospectiva, es, más bien, retroinspectiva, pues forma parte de un saber que tiende inductivamente a conocer los orígenes y causas de los procesos temporales en que nos encontremos, convirtiéndose con ello en una interpretación imprescindible del presente.

* Conferencia pronunciada en la Academia Chilena de la Lengua, el 24 de abril de 2000, con motivo del Día del Idioma.

De ahí que el tiempo de la historia sea rotundamente distinto del que miden los relojes como un *continuum* neutro, carente de especificidad alguna, que sólo admite fragmentos pero no casos, tal como propuso Kant su concepción del espacio. Entendida como le corresponde, la temporalidad histórica adopta una doble dirección, pues viene del pasado hacia el presente “según el orden del tiempo”, como sugirió un antiguo—, aunque nos lleva también desde el hoy hacia el ayer. A dicha particularidad temporal, reversiva, perteneciente a la historia, la he considerado en otras ocasiones como “un tiempo estrófico”, en giro, pues con su doble sentido, progrediente y retroactivo a la par, se hace comparable a la escritura primitiva que los griegos denominaron “en bustrófedon”, por su semejanza con el trazo del arado movido por bueyes, pues abre un surco en determinado sentido, para girar después y conducir el surco en dirección contraria.

De tal manera, la historia nos permite reconocer el tiempo a partir de “los acontecimientos”, así llamados porque “nos tocan” directamente. *de contingere*, sobre los que regresamos de acuerdo con nuestros intereses o nuestras ideas.

El acontecimiento que ahora nos atañe, tocándonos estimarlo rigurosamente, adopta como punto de partida la fecha del fallecimiento de Cervantes, denominándola condignamente “el día del idioma”. Sin embargo, para conmemorar esta fecha, dada la superlativa importancia que le asignamos, no basta con atenerse a lo meramente memorizable del pasado, pues nada hay de más trivial o anacrónico que las crónicas puntualizadoras de simples menudencias inconsistentes, en las que todo figura pero nada se valora. De ahí que la historia no consista en la acumulación de lo memorizable, ya que requiere, por una parte, hacerse cargo de lo memorable o digno de recuerdo, y en virtud de ello le corresponde a su vez convertirse en memorable, mediante una interpretación nueva que aborde el acontecimiento tratado con determinada originalidad. Por ello he señalado con frecuencia que en un tiempo como el nuestro, en el que todos pretenden ser originales, la originalidad mayor consiste en reconocer el origen, no en negarlo.

En tal sentido, la historia cabe entenderla como *una actualización original de cuanto el hombre hizo, estimándolo como un ser que cambia de continuo, modificándose y modificando con ello su mundo*. Así que sin la debida comprensión actualizadora del hombre y de sus variables iniciativas, la historia brilla por su ausencia.

Con todas las prevenciones aquí expuestas, que pueden disuadir al más pintado de abordar cualquier asunto histórico, asumiré la obligación de tratar en esta fecha qué cabe entender como idioma, cuál es la situación de éste en nuestros días y cómo contribuyó Cervantes, según las posibilidades de nuestra lengua, al desarrollo del problema enunciado en el título del presente trabajo: “El querer como inquirir”. Y para que no me reprochen que omití algún requisito primordial, recordaré además, en concordancia con cuanto llevo expuesto, que si una conferencia ha de estimarse en su sentido pleno, tiene como razón primera la de conferir su tema con rasgos muy distintos de los acreditados en el terreno que sea, apartándolo de cuanto se dé por sabido y consabido. Al fin y al cabo, puesto que “conferir” supone literalmente “comportar” cuanto se quiera, a toda conferencia rigurosa le compete “aportar” otras ideas que las habituales. De modo que la obligación “del que habla”, como suele decirse, no tiene visos de ser parva ni muelle.

Puesto que nos encontramos en “el día del idioma”, la indagación que ahora emprendo adoptará como punto de partida las dos nociones implicadas en éste: ‘día’ e ‘idioma’. Sabemos que ‘día’ significa el esplendor de la luminosidad solar plena, opuesta a la cerrada oscuridad nocturna. Tanto es así que el vocablo supone, además y sobre todo, la deslumbrante aparición de las divinidades, con el crecido brillo que se les atribuye, respectivo a la raíz indoeuropea *dei*, de la que procede la idea de lo divino. De manera que “día del idioma” equivale a considerar el idioma con todo su fulgor posible. ¿Y en dónde puede situarse éste? A mi modo de ver, en las peculiaridades que las lenguas implican, con las que se diferencia cada idioma de todos los demás. Y ello no sólo por el léxico distinto que un idioma posee, permitiéndole designar aquello que se hace imposible en los otros lenguajes, sino, especialmente, por la manera propia de pensar que cada lengua implica. De tal manera, al repertorio de nociones y palabras exclusivas de un lenguaje, así como a la forma particular de vincularlas entre sí lo denominamos ‘idioma’, según el significado del término *idios*, con el que se denota la singularidad más absoluta de aquello que sea. Debido a esto, aplicamos la noción de ‘idioma’ a las particularidades lingüísticas de un pueblo parlante y pensante que supo formarse un mundo propio, puesto que ‘mundo’ significa ‘lo limpio’, así como lo descuidado y sucio se denomina ‘in-mundo’. Por tanto, cuanto hemos logrado “sacar o poner en limpio”, según nuestra idiosincrasia o singularidad pensante y hablante, constituye nuestro idioma, en el que suelen hermanarse lo lúcido de las ideas con lo lúcido del lenguaje.

Ahora bien, dadas las obligaciones atribuibles al día en que nos encontramos, intentaré sorprenderles, revelándoles que con gran probabilidad, la primera aparición pública del término “idioma” en nuestra lengua, así como la consideración explícita de sus particularidades, se la debemos a Cervantes. Si fuese como supongo, aparte del considerable reconocimiento que por su excepcional obra merece, ¿quién hay más digno que él, para recibir un homenaje comparable al que ahora le tributamos? Digo esto porque hasta donde llegan mis indagaciones, tanto el vocablo como la noción plena de ‘idioma’ se encuentran definidamente formulados en el escrutinio de los libros de Don Quijote, efectuado por el Cura y el Barbero, para librar al fantasioso caballero andante de sus anomalías. En el pasaje del *Quijote* a que aludo (Primera parte, capítulo sexto), el Cura, refiriéndose al libro *Espejo de caballerías*, de López de Montalbán, a los doce pares de Francia, al historiador Turpin, a Mateo Boyardo y a Ludovico Ariosto, dice respecto de éste: “al cual, si aquí le hallo —se refiere al libro— y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza”. Es decir, si Ludovico Ariosto se expresa en italiano, lo exaltaré hasta el límite de mi aprecio. De donde cabe deducir que la más absoluta dignidad del autor radica en su peculiaridad idiomática y no en las traducciones a que su obra puede quedar sometida.

El problema, propuesto de paso y a la carrera por Cervantes, resulta mucho más agudo de cuanto el episodio citado da a entender, pues cuando el Cura se refiere en su réplica siguiente a la traducción hecha por Jerónimo de Urrea del *Orlando furioso*, de Ariosto, dice “que le quitó mucho de su valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto

que ellos tienen en su primer nacimiento". Sin embargo, al proponer la idea del idioma como determinada particularidad específica del escritor y su lenguaje, Cervantes establece ciertas condiciones irónicamente contradichas en su propio *Quijote*, puesto que lo trata como un libro supuestamente traducido, escrito en lengua árabe por Cide Hamete Benengeli, de donde resulta que como no lo leemos en su idioma original, queda menoscabado su valor literario.

A tal extremo lleva Cervantes su ironía que empieza por llamarse "padrastró", que no padre, e inclusive "segundo autor" de una obra que tuvo siempre a gala, defendiéndola muy rigurosamente y sin doblez, ante los plagios o las incomprensiones que sufrió. Sea como fuere, la noción de 'idioma' se encuentra plenamente establecida en el *Quijote* de dos maneras distintas: una, de condición positiva, aquella que lo exalta, entendiéndolo como el lenguaje genuino, característico del escritor; otra, de disposición contraria, pues pone en tela de juicio la vaguedad atribuible a todas las traducciones. Ambas posibilidades obligan a reflexionar sobre ellas en un día como el de hoy, pues los dardos lanzados por Cervantes respecto a la propiedad inalienable del idioma y a la imprecisión de la palabra traducida, encontrarían actualmente muchos más blancos posibles que en aquel tiempo. Porque con todos los paraísos virtuales ahora puestos en juego —quedándonos atrapados en las redes infinitas de Internet y aun en las mallas compuestas de imágenes sin imaginación—, hoy vivimos en un mundo tan neutro y tecnificado que anula cualquier particularidad idiomática, dado que ésta suele ser un obstáculo frente al lenguaje anodino que exige la llamada "globalidad", compuesta de *lenguajes sin idioma* o singularidad diferencial alguna. La comprensión fácil y rápida del mensaje instantáneo, habitual en nuestros días, dirigido de un emisor a un receptor y no de un escritor a un lector, se opone al tiempo moroso empleado en "la redacción" de una obra —dado que redactar significa 'volver sobre lo mismo'—, tanto como al requerido en la lectura de ésta, ya que leer —de *lego*— supone siempre 'elegir' entre los muchos sentidos atribuibles a un texto. Si así fuese —y realmente es así—, ante la invasión de cuanto resulta trivial e inmediato, ¿en dónde queda la literatura, consistente, entre otras condiciones, en forjar palabras nuevas o en crear asociaciones que enlacen de manera diferente los vocablos empleados, según lo preconizaba Valle-Inclán?

Como quiera que sea, asistimos con fundadas prevenciones al predominio de la tecnificación neutra del lenguaje, a expensas de la complejidad del pensamiento y del idioma, tal como también lo acusa nuestro Diccionario con la constante aceptación en su acervo de términos como 'aparcar' o 'parquear', en vez de 'estacionar', y tantos otros, con los que se incorpora a nuestra lengua una gran suma de vocablos que no son siquiera traducciones, sino que híbridos anómalos, malos injertos de otras lenguas sobre la nuestra. La razón aducida es la frecuencia de su uso, que en numerosos casos se debe, sobre todo, a la ignorancia de los términos propios o a la pedantería rebuscada de los llamados locutores o animadores —"los famosos", como ellos mismos se califican—, quienes recurren a vocablos tan inauditos como inaudibles, que a pesar de ser excepcionales acaban convirtiéndose en regla, dada la infatigable contumacia con que los prodigan.

De esta manera, asistimos también, respecto a la palabra, al predominio unilateral de su condición comunicativa, en detrimento de su sentido riguroso, que los

signos revelan y ocultan a la par. Con ello, el esfuerzo exigido por la interpretación del símbolo —como compuesto de dos partes: el signo y el significado— se anula en aras de la llamada “informática”, que si bien significa literalmente ‘formarse en’, ocurre que debido a su actual sobreabundancia incontenible, hace que su partícula inicial —“in”—, a diferencia de su condición asertiva, acabe convirtiéndose en privativa, así que en vez de quedar informados terminamos “informes”.

Estos son muchos de los peligros que encierra y trae consigo el generalizado predominio técnico sobre las peculiaridades del idioma, ya que produce el menoscabo de la diversidad en todo orden de cosas. Porque la supuesta superioridad del hombre sobre los demás seres radica precisamente en su naturaleza diversa, que le permite incluso llegar a ser el que no es, mediante la mimesis, y aun producir lo que no tiene a partir de la técnica. Sin embargo, se da el contrasentido de que el ser más diverso que existe sobre el haz de la tierra, anule gradualmente la variedad de su entorno, exterminando sin tregua a las especies en que se manifiesta la multiplicidad de la vida. De análoga manera, también desaparecen ahora las particularidades de los idiomas.

En tal sentido, acabo de exponer cómo Cervantes recusa la neutralidad empobrecedora de cualquier traducción respecto de un idioma original, siendo ésta una clara manera de oponerse entonces al menoscabo del propio lenguaje. Aunque, por otro lado, deseo destacar, como contrapartida, de qué modo Cervantes hizo suya la especificidad de nuestro idioma, desarrollando en función de ella una constelación de ideas y palabras que adquieren la plenitud de su sentido al vincularse entre sí mediante determinada particularidad del español. Pero antes de ofrecerles algunos ejemplos cervantinos concernientes al tema, permítanme dejar en suspensión el interés de ustedes, según el procedimiento dramático empleado en varios relatos del *Quijote*, para tratar primeramente cómo fundamentaré el problema.

SOBRE LA IDEA DE CONSTELACIÓN SEMÁNTICA

El intento que aquí me propongo desarrollar adopta como punto de partida el hecho de que las palabras no sólo tienen una condición remisiva, con la que dicen o indican de todo aquello a que aluden, sino que, por otra parte, también y siempre dicen de sí mismas, en cuanto las consideramos reflexivamente, según su propia gestación. De este modo, si bien *pensamos con* palabras, es necesario, además, *pensar en* ellas, para saber qué dicen o indican de sí mismas. Esta indagación, habitualmente descuidada —porque nos limitamos a “hacer uso” de la palabra, tal como suele decirse—, da ocasión a la ciencia en esta Academia practicada: la filología, una de las más precisas de las ciencias actuales, dado que las denominadas “exactas” lo son cada vez menos, por destinarse a entidades efímeras o inasibles, que al fin acaban evadiéndose. A diferencia de tales ciencias, ahora consideradas como las únicas vigentes, en detrimento de las ciencias humanas— sin recordar, por cierto, que es el hombre el que piensa sobre el átomo, y no a la inversa, de modo que la complejidad mayor, quieran o no, se halla en nosotros—, las disciplinas filológicas, al pensar *en* las palabras mismas, y no sólo *con* ellas, recurren a las raíces de éstas, pues aunque la noción de verdad se en-

cuentra en crisis, así en las ciencias o en la filosofía, ya que supone únicamente diversos grados de aproximación a cuanto se pretende conocer, dicha noción perdura plenamente en la filología, que recurre a los étimos o sentidos verdaderos pertenecientes a los vocablos.

Por ello Ortega sostenía que "las palabras, como las plantas, viven de sus raíces", aunque quizá omitió que también viven de sus ramas, y que raíces y ramas derivan de la misma raíz... Sea como fuere, deseo destacar que la radicalidad del pensamiento ha de basarse siempre en la de los vocablos empleados en su formulación, para designar con rigor cuanto pretenda, denominándolos también "términos", por cuanto determinan con precisión nuestras nociones. De ahí que Unamuno, con la exageración manifiesta de un profesor de filosofía y filólogo a la par, aseveró que "toda filosofía es, en el fondo, filología". Sin llegar a ese extremo, consideré desde hace largos años que las palabras dicen de sí bastante más de lo que suele decirse con ellas, acudiendo sistemáticamente a sus orígenes —sus raíces— para poder establecer diversas relaciones de sentido que mantienen latentes, aun cuando pocas veces intentamos hacerlas patentes.

La vinculación histórica y etimológica entre los vocablos de un conjunto dado, que guardan determinada afinidad, la formuló Jost Trier en *Der deutsche Wortschatz im Sinnbezirk des Verstandes*, I (Heidelberg, 1931), cuyo trabajo declara explícitamente: *Historia de un campo semántico*. En éste sistematizó el léxico del conocimiento en los místicos alemanes, estimándolo como un conjunto unitario de nociones formadas en el transcurso del tiempo. A dicha idea de "campo" aludió después Ortega respecto de los "campos verbales" existentes en distintas lenguas, relativos a los "campos pragmáticos" o de actividades, comparándolos dudosamente con los campos magnéticos pertenecientes a la física. El caudal de la literatura filológica sobre la noción de "campo" se acrecentó abundantemente en el transcurso del siglo XX, pues tanto en Alemania —con Weisberger y Geckeler— como en Francia —con Bally y Benveniste— la propusieron de distintos modos, mientras que en nuestra lengua las referencias al tema pueden encontrarse en la obra *Indagaciones sobre el lenguaje* (Madrid, 1970), de nuestro José Ferrater Mora, miembro correspondiente de esta Academia en Estados Unidos, lamentablemente fallecido, quien citó *Arquitectónica* (Santiago de Chile, 1966-1969), con respecto al pensamiento filológico de Heidegger y Ortega, tratándola como "un ejemplo de uso hábil e iluminativo de sentidos primarios". Sobre el autor de esta última obra no me pronuncio, porque lo tengo excesivamente cerca, tanto que lleva mi nombre...

Aunque así sea, además de otros propósitos, *Arquitectónica* tuvo por objeto establecer el campo semántico perteneciente a la totalidad de ese arte, mientras que el intento aquí emprendido sobre algunas obras de Cervantes difiere de la noción de "campo", porque, según supongo, constituyen, más bien, aquello que denomino "una constelación semántica". Para Trier y quienes trabajaron a partir del concepto de "campo", éste es decididamente "diacrónico", dado que recurren a la historia y a la transformación de los vocablos en sus diferentes acepciones, es decir, en las "aceptaciones" que experimentaron a lo largo del tiempo. Por añadidura, un campo supone determinada zona extensa en la que algo aparece o se manifiesta, aunque no siempre lo cause, entendiéndolo en sus modificaciones y no en

su fijeza. A diferencia de ello, la idea de "constelación semántica" que les propongo recurre a los vocablos como si fuesen determinados puntos fijos, estelares, coexistentes en un momento dado, los que pueden enlazarse mediante determinadas figuras, pues mantienen entre sí algún "sentido común", debido a los significados afines que comparten. Así entendida, una "constelación semántica" se diferencia de la noción de "campo" en que es "sincrónica", ya que se atiene a cuanto coexiste, en vez de remitirse en cada caso a los orígenes de aquellos términos que la constituyen, como sucede en los campos verbales, y además de ello, semejantes campos pueden incluir constelaciones distintas.

Ahora bien, desde antiguo se estimó la teoría como una visión mental, (*thea* es "visión"), debida a un desplazamiento sistemático hacia lo más alto, efectuado procesionalmente, ritualmente, paso a paso, para conducir en fila o secuencia ordenada nuestras propias ideas –todavía se dice en francés *une théorie de colonnes*, por una hilera de ellas–, y ésto con el propósito de lograr "la contemplación" o "unión de dos templos", uno terrestre, alzado por los hombres, y otro celeste, perteneciente a los dioses, según expusieron diferentes filósofos. Sin embargo, permítanme apartarme de ambas ideas –teoría y contemplación– para proponer otras nociones sobre las que fundamentaré mi trabajo. Me refiero, en primer término, al concepto de "consideración", entendiéndola como una actividad intelectual que vincula entre sí diversas entidades –ya sean cosas, ideas o palabras–, a la manera de astros puntualmente aislados que adquieren determinada figura mediante un trazo mental que los enlaza. El resultado de esta acción convierte lo estelar en constelar, dándoles a los astros que componen la constelación un sentido nuevo, que por sí mismos no tienen, debiéndolo a nuestra consideración.

A partir de estas nociones, las de "constelación" y "consideración", intentaré apreciar algunas obras de Cervantes, que a mi modo de ver configuran una constelación semántica, aunque no sea, ni con mucho, la única que este autor ofrece. Dicha constelación se funda sobre una particularidad de nuestro idioma. Consiste en que la lengua española emplea con mayor frecuencia la noción de 'querer' que la de 'amar', tanto en el trato afectivo entre personas como en el concerniente a otros seres o entidades, pues 'amar' se hace mucho más rebuscado que 'querer', hasta el punto de que con frecuencia adquiere cierto sesgo irónico.

Si acudimos al origen del término, hemos de remontarnos al latín, en el que la idea de *quaerere* no significa, en modo alguno, el 'querer' como 'amar', según sucede en el español, sino que nos remite a 'preguntar', 'inquirir' o 'indagar', con rasgos jurídicos muy patentes, debidos a las actividades de los *quaestores* o magistrados, que para aclarar los procesos efectuaban determinadas encuestas o 'enquisas', palabra que le escuché una vez a Unamuno, como un cruce de 'encuesta' con 'pesquisa' no acreditado en los diccionarios. A diferencia de ello, el 'querer' de nuestra lengua, mediante un deslizamiento de su significado primero, forjó una acepción nueva del *quaerere* original, haciéndolo equivalente de 'amar', hasta el punto de sustantivarlo Cervantes en la "querencia" hacia el lugar de origen, experimentada por Rocinante. (*Quijote*, I, IV).

No es cosa de efectuar ahora un inventario sobre cómo se establece la idea de amar en los distintos idiomas occidentales, pues la paciencia de ustedes tiene sus límites, así que concluirían por no querer nada de mí ni del tema que trato. Pero

conviene recordar que aunque el término 'querer' sea sinónimo del *volere* italiano y del *vouloir* francés —derivados del latín *volo* y de la raíz indoeuropea *wel-*, la forma española, además de expresar la voluntad de dominio sobre lo que sea —quiero tal cosa o tal otra—, lleva consigo, como contrapartida, la conciencia de la inseguridad experimentada ante aquello que se pretende, porque el *quaerere* latino implica 'inquirir'. De modo que si el amor puede ser hijo del deseo, el desiderativo español 'quiero' también supone y lleva consigo determinada incertidumbre. El hecho es de excepcional importancia, pues no se ha tenido en cuenta ni se ha destacado nunca —al menos en cuanto conozco—, permitiéndome interpretar algunas obras cervantinas de distinta manera que la habitual.

Porque la dualidad expuesta respecto a la idea de 'querer', evidenciada en la certeza que nos mueve y en la inseguridad de lograr cuanto esperamos, ocasiona determinada polaridad: la contraposición que da origen a las tensiones conflictivas de ciertos textos de Cervantes, en los que el querer induce a inquirir respecto a la naturaleza y la conducta del otro.

Aunque ningún ejemplo sea definitivamente ejemplar, pues pertenece al orden de los casos y no al de las ideas, aportaré algunos de ellos, teniéndolos como simples posibilidades o variaciones sobre el tema del querer, propios de la constelación semántica aquí considerada. Para empezar, la oposición que muestra la frase de "quiero y no puedo", me hace averiguar sobre aquello que quiero para saber por qué no puedo. Después, en viceversa: tanta es la confianza que tengo en lo que quiero, que he de ponerlo a prueba, cuestionándolo, para quererlo más. Aún más, en suma y sigue: el querer me hace ad-quirir aquello que pretendo, de ahí que lo adquirido no debe perderse impunemente. En ese caso, si pensamos como en el siglo XVII, el mecanismo de la honra perdida y del castigo consiguiente entran en juego de inmediato. Pero además, si lo que quiero me es esquivo, deberé "conquerirlo" o conquistarlo, teniéndolo como bienquisto. Por otra parte, si en español el querer me hace inquirir sobre aquello que quiero, el que no quiere no inquiera de nadie ni de nada. Esta es la condición de Don Juan, que abusa siempre de sus conquistadas o conquistas —sus "queridas"— sin inquirir nunca sobre ellas, puesto que no las quiere, limitándose sólo a someterlas a un juego de atracción y posesión. Visto de esta manera, Don Juan no es un Narciso, tal como algunos han supuesto, ya que su actividad de terrorista de alcoba se basa en la seducción; es decir, en apartar de cierto grupo y llevar hacia sí aquello que no le pertenece. A lo sumo, su narcisismo de seductor se muestra en las muy largas listas que exhibe de conquistas o conquistadas, de las que se pavonea en las obras de Da Ponte, Mozart y Zorrilla, con la excedida vanidad de quien convierte su dudoso hacer en una hazaña memorable.

Como quiera que sea, esta constelación de significados relativos entre sí, establecida con respecto al querer como inquirir, le permite a Cervantes formular todo un linaje de conflictos subidamente dramáticos, aunque recurra para exponerlos a tres modalidades literarias diferentes —la novela ejemplar, el entremés y el relato breve—, que corresponden, respectivamente, a *El celoso extremeño*, *El viejo celoso*, y *El curioso impertinente*. Vayamos a ellas:

EL QUERER COMO INQUIRIR

No es mi propósito, ni con mucho, el de efectuar un análisis circunstanciado de las obras anteriormente referidas, ya que rebasaría con creces el tiempo de que puedo disponer. Por ello me limitaré a enunciar someramente cómo cabe entenderlas según los supuestos aquí establecidos. El querer, en cuanto lleva a "cuestionar" la posible infidelidad de la amada, inquiriendo sobre ello, es asunto muy antiguo, abordado por Cervantes a partir de la diferencia de edad entre el hombre y la mujer. Las dos obras en que asedia un conflicto tan trillado —pues se remonta a Aristófanes— son, en orden cronológico, *El celoso extremeño*, y *El viejo celoso*, una novela ejemplar y un entremés, como he dicho, concentrándose en el último el relato precedente. Ambos textos, a más del problema expuesto, tienen también en común la referencia a los celos, consignada en los dos títulos, hasta el punto de que el celoso extremeño puede estimarse, además, como el celoso extremado.

Conviene tener en cuenta que si nos remontamos al sentido griego del término *zēlos*, éste, aparte de expresar la envidia sentida hacia el otro, en su derivado *zetēo* significa 'indagar', emprender una encuesta o pesquisa, encontrándose en palmaria coincidencia con el *quaerere* latino y el 'querer' español, por cuanto ambos representan la carencia de algo. En las obras cervantinas, la carencia referida es la de seguridad del valetudinario ante la joven. Por ello, el *quaerere* del querer conduce a "cuestionar" la integridad de la moza por parte del viejo marido, que adopta todas las precauciones concebibles para impedir la posible infidelidad de su cónyuge, convirtiendo con tal fin su casa de casado, como la califica Cervantes, en una fortaleza inexpugnable a los "re-querimientos" de quienes intenten querer y conquistar a su mujer.

Además, a la inseguridad que he destacado como una contrapartida o contrapunto del querer en español, se percibe en la dualidad supuesta por la noción de 'celar', ya que implica, en una de sus acepciones, la idea de 'ocultar', situada en su raíz *kelr*, puesto que el anciano guarda, literalmente "bajo siete llaves", al serpreciado y precioso. De hecho, esta ocultación de un bien, y el aislamiento precautorio del mismo, tiene su paralelismo en la conducta del avaro que no disfruta de sus riquezas por tratar de conservarlas. A este propósito, si nos atenemos a cuanto sugiere Benveniste respecto al sentido de "pedir" perteneciente al *quaerere*, suponiendo que consiste en "intentar obtener" un bien concreto e inclusive material, el celoso que oculta a su pareja de todas las tentativas o tentaciones ajenas se opone con ello tanto a la pérdida de su posesión o propiedad —que así estima a su mujer—, cuanto a que sea conquistada o conquistada, según indican estos derivados de la noción de 'querer'.

Pero, por otra parte, el celo extremado del viejo que oculta o cela a su mujer tras las puertas de una casa realmente convertida en una celda —aislando del mundo a su pareja, mediante todas las "celosías" concebibles—, ese recelo perpetuo del celoso concluye revirtiéndose sobre él, hasta llevarlo a extremos decididamente patológicos, obsesivos, haciéndole inquirir lo inexistente en aquella que quiere. No obstante, la respuesta cervantina a la situación propuesta en ambas obras consiste en que pese a las muchas precauciones adoptadas por el celoso senil, concluye siendo burlado, dándose una muestra más, por si fuese necesaria, de la muy libre ironía y la gran desenvoltura de su autor.

Ahora bien, aunque Cervantes expone diferentemente el tema del querer como inquirir en algún pasaje del *Quijote* y de *La Galatea*, estimo que su culminación se encuentra en una pequeña obra maestra: la narración incluida en la primera parte del *Quijote* bajo el título de *El curioso impertinente*. Si en las dos obras anteriormente tratadas el enamorado senil excluye la duda levantando toda clase de obstáculos entre el contorno y su mujer, en esta última el razonamiento de Cervantes y, como consecuencia de ello, la conducta de sus personajes, resulta por entero diferente del que ofrece en las obras referidas. Porque en *El curioso impertinente*, la figura principal es un joven, Anselmo, que para salir de dudas... las provoca, en vez de protegerse de ellas y de aislar a su mujer, como hicieron los valetudinarios antes aludidos. A mi manera de ver, este relato se funda, ante todo, en la duplicación que implica la duda, y además, en el procedimiento de tentativa y prueba con que se caracterizaron desde entonces las indagaciones sistemáticas efectuadas sobre el mundo real.

En primer término, la duplicación a que aludo se manifiesta en la dualidad de los personajes masculinos que la narración incluye, dos amigos inseparables, Anselmo y Lotario, tan parecidos entre sí como dos gotas de agua, según se suele decir, hasta el extremo de indicarnos el texto que “andaban tan a sus voluntades que no había concertado reloj que así no anduviese...”. Semejante sincronización absoluta entre ambos revela esa forma del amor en que consiste la amistad: *amicitia*. Sin embargo, el súbito enamoramiento y el matrimonio consiguiente de Anselmo con una joven, Camila, ocasionará el conflicto, pues la extrema confianza que tiene Anselmo en Camila le hace querer refrendarla, poniendo a prueba su idea así como a su mujer. Con tal fin decide usar a su doble –su buen amigo Lotario–, induciéndole a que corteje a Camila, para corroborar definitivamente la insuperable opinión que de ambos tiene. La argumentación posible de Anselmo cabe formularla así: ¿cómo podemos comprobar la fidelidad del otro, y la mucha fe que se merece, si nunca se puso a prueba? A este respecto, las palabras de Anselmo no pueden ser más explícitas: ... “con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga es saber si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola”. Como se puede apreciar, el camino emprendido por Anselmo es opuesto al de aquellos que guardaron con celo y aun con celos a su amada, puesto que explícitamente recurre al procedimiento indagatorio de la tentativa –que aquí es manifiesta tentativa– y de la prueba.

Pero visto de otro modo este problema, como el curioso es aquel que “cuida”, literalmente, cuanto observa, es curioso que el curioso de este caso semeje padecer de in-curia, puesto que, aparentemente, la conducta de su cónyuge se diría que “le tiene sin cuidado”. No obstante, la situación significa rotundamente lo contrario, porque el curioso impertinente es, más bien, un curioso impenitente, pues tanto quiere a su cónyuge que inquiere sin tregua de ella, como si conociese de antemano nuestra idea de que querer es inquirir, a tal punto que su inquisición supone darle a su propia mujer toda la fe de su confianza. De este modo, el querer del personaje se acerca al *liebe*, alemán, y al *love*, inglés, dado que llevan consigo el sentido de ‘creer’.

Sin embargo, en las palabras y en la actitud de Anselmo se aprecia una resonancia del enigma que clamó el fariseo: “Creo, ayuda mi incredulidad”, deján-

donos en la incertidumbre. Incluso las protestas de Lotario ante la insensata conducta de Anselmo, ya que le induce a cortejar libremente a su mujer, se oponen decididamente a las palabras que acabo de citar. "Mira -le arguye Lotario- que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y pues [...] tu esposa es tal, que llega al extremo de la verdad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda?". Poner en duda significa "poner en doble", como lo testimonian el *dubitare* latino y el *dubbio* italiano, pero poner en doble provoca incertidumbre, pues obliga a elegir entre dos posibilidades análogas y simultáneas. De hecho, semejante ecuación trae consigo y produce la desorientación del que debe elegir, perturbándolo, pues realmente, en tales condiciones no hay elección posible. Esta es la situación anómala sufrida por Camila, porque la equivalencia de los dos amigos, Anselmo y Lotario, magistralmente expuesta por Cervantes, da ocasión al equívoco y a la equivocación. Sólo al fin, al ser eliminado uno de ellos, Anselmo, herido mortalmente por su oponente y su doble a la par, queda libre Camila de tanta ambigüedad, apartándose de los asuntos terrenos y de las tentativas o tentaciones que comportan. De esta manera establece Cervantes el conflicto entre dos modos de pensar: el de querer como inquirir, basándose en la duda y en la duplicación, o el del querer como creer, aunque ninguno de ambos parece absoluto, ya que en toda la obra cada uno de ellos remite a su opuesto, dejándonos en la perplejidad. Esta es la gran originalidad del relato aquí tratado, pues por encima de la intriga amorosa, aunque a partir de ella, con todas las diferencias que se quieran, hace de Anselmo una especie de héroe anticipado de cuanto comportará luego el pensamiento cartesiano, llevando hasta el extremo delirante la duda sistemática, aquí aplicada sobre el objeto más querido -su esposa-, del que no quiere dudar nunca.

En resumidas cuentas, como *El celoso impertinente* la mujer es bienquista, paradójicamente, por serlo, se la somete a prueba, según la voluntad de su marido, con un doble de éste: su amigo más cercano. De tal manera, el amor que supone la noción de amistad entra en conflicto con el querer perteneciente a los esposos, hasta el punto de concluir en querella y en la muerte del que promueve la intriga referida, tan extraña y anómala. Según acabo de exponer, Anselmo no duda de Camila -salvo en el tramo postrero del relato-, pero indaga sin tregua sobre ella, pues lleva hasta los límites posibles una idea latente en nuestro idioma: ésa de que el querer hace inquirir.

El conflicto dramático aquí expuesto, reduciéndolo sólo a su aspecto amoroso, tuvo después muy larga vida en el terreno que le corresponde: el del teatro. Porque la dualidad tratada por Cervantes, al desdoblar la figura del enamorado en dos personas afectivamente unidas por el trato amistoso, la expuso de inmediato Guillén de Castro en una pieza del mismo título que el texto cervantino, aunque dicho conflicto, así como la duda que lleva consigo, se potenciaron hasta lo inconcebible en una obra del siglo xx: *Le cocu magnifique*, de Crommelynck. Después en el teatro de García Lorca, *La zapatera prodigiosa* -obra que Federico calificó de "cervantina"- y *Amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* hacen muy evidente su afinidad con los conflictos que acabo de tratar, dado que en ambas piezas el anciano marido se desdobra en otro personaje imaginario, de apariencia más joven, para reconquerir, si no reconquistar, a la mujer que quiere.

Todos estos problemas, aunque se pueden estimar universales, en nuestro idioma adquieren una singularidad propia, dada la mutación de sentido que en él tuvo el término latino *quaerere*, hasta llegar a convertirse el 'querer' en un sinónimo de 'amar', originando así una "constelación semántica", en la que los términos e ideas puntuales que la constituyen obtienen nuevas posibilidades de quedar interpretados, debido a la figura relativa que se permitió asignarles nuestra "con-sideración".

AMOR SOBRE RUEDAS

Susana Münnich

I. FUGUET, ¿UNA NARRATIVA *LIGHT*?

Normalmente, cuando la crítica literaria usa la palabra *light* para calificar a una narrativa, lo que quiere decir es superficial, mediomasiva, excesivamente liviana, que no aporta a la estructura de la realidad, y que tiene como objetivo fundamental la venta y el éxito. Muchos piensan que los escritos de Alberto Fuguet son *light*, pero a mí no me parece que se pueda aducir ello con propiedad. Considero muy interesantes sus trabajos, especialmente si los examino desde una postura sociológica. Esta manera de leer pone la atención en ciertos códigos o modos de pensar que caracterizan a una colectividad o época. En la narrativa de Fuguet descubro una crítica a las valoraciones mercantilistas de nuestra región, donde el centro es ahora el dinero.

El cuento que examinaremos no es ajeno a esta crítica, corresponde al año 86, cuando habiendo el país, o su clase dirigente, optado por una dictadura neoliberal, su juventud se encontró perdida, disociada de los valores que habían adoptado sus padres, por el tiempo en que ellos habían sido jóvenes. Esta juventud desesperanzada, —su slogan fue “no estoy ni ahí” y resume su falta de compromiso con casi todo— se identificó paradójicamente con la visión exitista que difundían por entonces los medios de comunicación que formaban parte del modelo económico neoliberal imperante. Por más de una década el país estuvo convencido de que era cualitativamente diferente de los demás pueblos latinoamericanos, el tigre de la economía, que sus vecinos envidiaban y deseaban imitar. La crisis asiática y sus repercusiones económicas despertaron a los chilenos de estos sueños infundados de grandeza. El tigre quedó atrás y a nivel inconsciente se empezó a imponer en muchos desilusionados la bastante menos gloriosa imagen del gato casero. Mucho de lo que se vivió en el período en que Chile se creyó¹ grande, lo encontramos en *Sobredosis*², libro de cuentos de que es parte el texto que nos proponemos examinar.

No creo que sea del caso precisar ahora si esta crítica que nosotros notamos en “Amor sobre ruedas” es intencional, o si los desarrollos sociológicos posteriores a la publicación de este cuento transformaron en denuncia lo que nunca tuvo tal pretensión. Si así fuera, la literatura de Fuguet tendría la curiosa virtud que

¹ Por ese tiempo, muchos chilenos insistían que el peso chileno era una moneda mucho más confiable que el dólar.

² Editorial Alfaguara, Santiago de Chile, 1990.

tuvo también la de Balzac, que involuntariamente dejaba ver lo perverso de un sistema que al autor le era perfectamente afín y que incluso le acomodaba personalmente.

II. NARRACIÓN

La narración es muy simple. Durante el tiempo de la dictadura, dos amigas, Sandra y Márgara tienen la costumbre de buscar compañía masculina usando para ello un Toyota color azul cielo. Sus otras amigas critican esta conquista auto a auto, porque la consideran peligrosa, y además les parece que el sacrificio de manchar la propia reputación con estos hábitos medio prostibularios no compensa. Al final del cuento veremos que tenían razón en sus temores. Un martes en la noche, antes del toque de queda, Sandra y Márgara deciden innovar en su estilo de acercamiento erótico. Hasta ese día su comportamiento había estado estrictamente enmarcado en los límites que ellas mismas se habían dado y que consistía en algo así como nosotras entregamos compañía amistosa, y ustedes nos pagan el consumo de bebidas. Pero los cuatro varones bellísimos, de piel color maní, las impresionaron de tal manera, que decidieron saltar por encima de estas reglas. Primero recurrieron a trucos automovilísticos, entre los que se contaron las frenadas bruscas, la velocidad y los aceleramientos excesivos. Estas maniobras para llamar la atención de los varones en vez de despertar su curiosidad, los dejó indiferentes. Mientras viajaban en su auto negro, mantenían la vista fija en las prostitutas de las aceras, que exhibían inequívoca y desvergonzadamente sus cuerpos. Desalentada por la indiferencia de los cuatro bellos, que parecían sacados de una revista de modas, y celosa del éxito de las prostitutas, Sandra decidió aplicar una política de seducción agresiva y "comenzó a tirarles besos, a abrir su boca, a sacarse el rouge con la lengua", mientras con medio cuerpo fuera de la ventana, se agarraba las tetas con las dos manos y les gritaba expresiones no acostumbradas en los acercamientos amorosos, como por ejemplo "quieren hueveo locos". Estos gestos invitatorios de Sandra asombraron a los cuatro varones, lo que los hizo responder con una violencia desacostumbrada. Primero embistieron al Toyota cielo hasta sacarlo fuera de la pista, para después patearlo y mearlo, y terminar insultando a las dos mujeres con la exhibición y el sacudimiento grosero de sus presas íntimas. Desaparecieron, para volver un poco rato después, acompañados de otros tres autos negros. Finalmente entre los cuatro vehículos encerraron en una emboscada al Toyota, y aunque el cuento queda abierto, el lector tiene la certidumbre de que a las dos mujeres las violaron para luego asesinarlas.

III. EXAMEN VALÓRICO

El narrador del cuento tiene cierto grado de omnisciencia, conoce íntimamente a las dos personajes de este cuento, sabe lo que piensan, lo que temen, y lo que esperan de la vida. Por ciertas frases que desliza en el texto, se ve que las encuentra tontas, vacías, y que se ríe de ellas. Al comienzo del cuento destaca que Sandra era la "cerebro del dúo" lo que se lee como una burla, porque ninguna de las dos

jóvenes se caracteriza por su espíritu reflexivo. Cuando el narrador explica las razones que ellas tenían para engrupirse jóvenes con el sistema del “pinche sobre ruedas” dice que en los planes de ellas no estaba conocer a varones con aficiones filosóficas o literarias porque los consideraban “puros locos, huevones trancados”. Después de describir las cualidades físicas de ambas, dice que “se juraban las reinas del pinche sobre ruedas”, a lo que agrega que era pura imaginación de ellas, porque las había mucho más exitosas. El narrador suma el defecto de la falta de atractivo de estas dos muchachas, a su grave incultura y superficialidad.

A pesar de este espíritu irónico, da la impresión que las entiende, y que incluso justifica sus tentativas medio tristonas de seducción. Una de las virtudes del texto es comprometer y condicionar los modos de pensar y las inquietudes personales de estas dos jóvenes al medio social en que ellas se desenvuelven. “Santiago es en el fondo un pueblo chico”, dice el cuento, y ello significa que sería una ingenuidad esperar crecimientos personales en una región que exhibe tal grado de subdesarrollo. Durante el tiempo de la dictadura, cuando junto a una política represiva extrema contra los “enemigos del régimen”, dominó sin contrapeso alguno el modelo económico neoliberal, y los proyectos culturales estuvieron relegados al último rincón, a la juventud chilena le pasó un poco lo que al personaje Oscar de *El Tambor de hojalata*, que se negó a crecer, por temor de enfrentarse a los horrores que se habían cometido por los incondicionales del totalitarismo nazi³.

Al término del régimen militar, sus oponentes creyeron que el país entraba en un nuevo período, y que la alegría llegaría por fin a todos. En vez de la anhelada dicha vino la decepción, especialmente para los jóvenes, que tenían fe en un cambio de sistema que barriera con los enclaves autoritarios. Otros jóvenes, más escépticos, comprendieron rápidamente que no sería nada de fácil desmontar la maquinaria de poder que había dejado muy exitosamente instalada la dictadura. Este régimen, que durante un par de décadas había controlado casi todos los medios de información, había tenido pleno éxito en convencer a las gentes de que las leyes del mercado eran intocables y que la prosperidad del país pasaba por que sus habitantes entendieran que debían dedicarse calladamente a producir y a consumir, sin pensar en cosas superfluas como la cultura, porque Chile se había convertido en un gigantesco *mall*, donde las familias chilenas podían satisfacer todas sus necesidades y sueños.

Por ello, no extraña que el cuento diga que los varones que podían interesar a estas dos jóvenes chilenas debían ser de nivel social y económico alto, universitarios que estudiaran preferentemente en las universidades de la élite económica chilena, por ejemplo la Universidad Católica. Aunque “pocas veces les tocaban

³ En “Pelando a Rocío” otro cuento del mismo libro, se revelan con mucha mayor claridad las dudas ideológicas de esta juventud, que no sabe lo que debe y quiere pensar de la historia de su país. Por un lado querría olvidar el negro período de los años de la dictadura, porque después de todo, los jóvenes de ahora no participaron en la creación de las condiciones que culminaron en el golpe militar, y tampoco supieron de los crímenes que se habían cometido en contra de los que la junta militar consideraba enemigos y denominaba “humanoides”. Ciertamente estos jóvenes no pueden sentirse responsables de nada. Pero, por otro lado, querrían entender el mundo en que viven y sospechan que ello no podrá ocurrir mientras no conozcan y asimilen los hechos históricos de las últimas tres décadas.

estudiantes universitarios de la Católica, pero eso era pura mala suerte porque ellas sabían que aburridos y parqueados había, y muchos, y que el hecho de ser inteligentes no es sino una razón más para salir en busca de mujeres, porque estaba súper probado que mientras mas capos los tipos, más imbéciles para ser felices".

Las jóvenes de la narración pertenecen a una clase media sin horizontes. Aunque ambas asisten a un instituto —nunca se dice lo que estudian allí—, no se ve que les importe ni su futuro laboral, ni el servicio que podrían entregar con su trabajo a la comunidad. La noción de bien común les es perfectamente indiferente. No tiene ningún contenido para ellas. Andan a la caza de varones, el texto no aclara si para darse un revolcón con ellos, o si esperan un compromiso mayor, por ejemplo, casarse. "En sus respectivos institutos ya ubicaban —como decía Márgara— al ganado masculino disponible". Pero, la competencia para obtener buena mercadería humana no era fácil, había muchas otras mujeres que aspiraban a lo mismo que ellas. "Cada vez que salían de ronda, como esta extraña noche, se cruzaban en su camino con un buen número —un aterrador número— de mujeres que buscaban lo mismo... La competencia entonces era dura, sin compasión".

El texto hace ver la semejanza que hay entre esta manera de andar a la caza de hombres y la compra de ropa u otros objetos en épocas de liquidación, cuando el impulso consumista empuja al cliente del *mall* a lanzarse sobre los montones de mercaderías que se ofertan, sin ninguna consideración por el vecino que anda en lo mismo. El texto lo dice expresamente en el siguiente pasaje: "Sandra y Márgara eran buenas amigas, aunque igual se aserruchaban el piso a la hora de la verdad". Las dos se encuentran bastante desilusionadas por no haber encontrado aún aquello que podría satisfacer sus anhelos eróticos. El día de la narración han llegado a la conclusión de que el tiempo corre demasiado aprisa, que "príncipes nunca van a encontrar y que una buena cacha no le hace mal a nadie". Las valoraciones que hasta ese momento las habían mantenido de este lado del peligro, han empezado a ceder, para ser sustituidas por el temor de que pudieran estar dejando pasar la oportunidad de agarrar algo que calmara sus sueños mediomasivos.

La narración tiene lugar en ciertos espacios del barrio alto, entre Providencia con Lyon, y el Tavelli de Las Condes, es decir, nunca por debajo de los límites permitidos por las valoraciones sociales que condicionan sus modos de pensar. Es conocida la expresión "de plaza Italia para arriba", que hace coincidir las clases sociales con comunas santiaguinas. Pero en esta predilección también existen motivos de protección personal. Sandra y Márgara perciben con toda claridad el peligro que las acecha en sus correrías de atraque erótico, y que si no toman las precauciones debidas, podrían verse seriamente afectadas. La ciudad de Santiago se ha vuelto delincuencia, de modo que si se alejan demasiado del barrio alto corren el riesgo cierto de ser asaltadas por bandas de drogadictos o criminales.

De lo poco y estúpido que conversan se deduce que no acostumbran reflexionar sobre la estructura del mundo real del que han tomado las estimaciones que las rigen en sus decisiones existenciales. No cabe culparlas, ellas mismas son el resultado de los valores del mundo en que viven, y de la pobreza moral de aquel. Mecánicamente han adoptado ciertas valoraciones ideológicas sin preguntarse lo que esconden y lo que significan. Creen en la importancia del dinero, quieren pertene-

cer al mundo de los poderosos, y están persuadidas de que la mejor manera de lograrlo es dejándose invitar por varones de estratos medios o altos. Estas creencias han surgido de modo involuntario, de la misma manera como se respira, sin pensar en lo que se está haciendo. Son las valoraciones que se difunden por los medios de masas controlados por el poder del dinero, que como hemos dicho, las han terminado convirtiendo en las mujeres que son.

El día en que ocurre la tragedia, las dos jóvenes deciden pasar por encima de las reglas de seducción que habían jurado observar. Hasta ese momento el trato era conseguir tipos con auto, aceptar ser invitadas a tomar bebidas, decir que sí a todo lo que no fuera comprometedor y luego retirarse sin entrar en cosas mas serias. La convicción que las guiaba a mantenerse dentro de estas normas era básicamente el temor de que otras personas de su círculo pudieran enterarse de sus costumbres y las rechazaran. Se puede ver que si hasta ese momento habían permanecido dentro de los márgenes de una conducta conservadora, había sido solamente por imagen, para que no se pensara mal de ellas. Sus amigas, menos osadas, les han advertido que no les parece adecuada su actividad de "pinche sobre ruedas", pero Sandra y Márgara han hecho caso omiso de sus críticas, porque piensan que no arriesgan nada si toman las precauciones anteriormente señaladas.

El cuento no lo dice expresamente, pero se adivina que esta actividad de pinche automovilístico no les ha rentado. Están cansadas de aguardar resultados que no llegan —los príncipes azules no se vislumbran por ninguna parte— e imaginan que si se ponen un poco más osadas quizá pudieran obtener la felicidad que anhelan. Otra cosa que las estimula en su cambio de actitud es que los cuatro varones del auto negro, por quienes se sienten seducidas, no muestran ningún interés por ellas. Esta desatención las mueve a envidiar a las prostitutas del barrio alto, que desde las aceras han conseguido atraer las miradas de estos cuatro codiciados varones. Deciden comportarse como las envidiadas, intentando conductas nuevas, extremas.

Los varones responden ofendidos ante la conducta desaforada de ellas. En vez de despertar su erotismo, los gestos groseros de las jóvenes provocan su agresividad. Chocan al Toyota cielo, y luego amplían la violencia al mearles el auto, y al realizar actos exhibicionistas de repudio frente a ellas. Es pertinente recordar que la sicología entiende los autos como una prolongación del cuerpo de sus poseedores. También les gritan garabatos, lanzándoles escupos. Los hombres del auto negro interpretan la conducta no convencional de ellas como una incitación a la violencia, agresividad que debe ser castigada ejemplarmente.

La cosa no termina con estas agresiones. Estos cuatro varones, que el lector contrario a la dictadura asimila a miembros de la CNI, o a alguna otra unidad gubernamental represiva, se ponen de acuerdo con otros compañeros de su unidad para encerrarlas entre cuatro autos. Interpreto que las castigan porque tuvieron el atrevimiento de sobrepasarse e ir más lejos de lo que permitían los códigos convencionales que dominaban en este régimen autoritario.

Las prostitutas que comerciaban con su cuerpo en las calles no despertaron en ellos ninguna reacción negativa. Las miraron atentamente, pero ni las insultaron, ni las agredieron. Incluso parecían sentirse atraídos por ellas. Nunca fue tarea de los integrantes de estos organismos paramilitares apresarse o encarcelar prostitutas.

El trabajo de ellos era político, su función no era corregir la moral de los ciudadanos. El sexo de las prostitutas, a pesar de ser en teoría contrario a los valores establecidos, en la práctica es perfectamente tolerado, e incluso, presumiblemente aprovechado por estos cuatro varones, y quizá por ello no se sienten en absoluto agredidos por ellas. En cambio, los gestos atrevidos, y las expresiones demasiado osadas de las dos jóvenes les provocan una fuerte indignación, por ser inusuales, inesperados, e incluso transgresores.

Hay en estos varones, que nosotros asimilamos a agentes de la policía secreta de Pinochet, una manifiesta odiosidad contra la posibilidad de un sexo femenino descontrolado, escandaloso, atrevido, desobediente a los valores establecidos. Como hemos dicho, los cuatro varones, de mirada gélida, sienten que las prostitutas están en su derecho de vender su cuerpo en las calles, en cambio les parece odioso que dos jóvenes de clase media, como Márgara y Sandra, se conduzcan de manera inapropiada. Las dos mujeres han transgredido ciertos códigos machistas, que estiman inaceptable que las mujeres tomen la iniciativa en lo que se refiere a avances eróticos⁴. Fuera bueno reflexionar en otro escrito, sobre la relación que existe entre los regímenes totalitarios y las restricciones que se ejercen en ellos contra la posibilidad de un sexo libre. La historia nos muestra que cuando estas políticas autoritarias entran en crisis y sus ciudadanos se liberan de la opresión que se ejercía sobre ellos habitualmente comienzan periodos de destape sexual.

El clima oscuro y amenazante del cuento inclina por un final de maltrato, violación y muerte. Recordemos algunos pasajes: "Algo se intuye, incluso. La noche está distinta trastocada, rara". "El auto [de ellos] es bajo, como una lancha, y avanza lentamente, casi sin tocar el pavimento, espiando a las dos mujeres que recorren las calles buscando al hombre perfecto". "Adentro hay cuatro hombres, tipos de veinte, veinticinco años..... Cada uno es distinto".... "pero sus ojos los tienen iguales. O muy parecidos. La misma mirada fija, dura, atrapante. La estilización de sus rostros los hace verse falsos, fabricados, maniquíes vivientes, que respiran, sudan, acechan". Después que las arrojan con el auto negro, el texto sigue: "La soledad de la avenida y el mutismo aún no pierden su olor a complicidad. Márgara mira por el espejo y ve dos luces a lo lejos que se vienen acercando rápido. Acelera como nunca lo ha hecho". "Los cuatro autos se detienen, una puerta se abre".

⁴ Creo que un pasaje del libro *La tercera mujer* de Gilles Lipovetsky es muy pertinente. Cito: "No empecemos por dejar de lado los hechos. Si bien es cierto que en nuestros días numerosas mujeres reconocen sin rubor que pueden tomar a su cargo las maniobras de aproximación, forzoso es constatar que éstas siguen siendo infrecuentes, discretas y selectivas en comparación con las que los hombres practican. Cuando los comienzos corren por cuenta de las mujeres, éstas casi nunca abordan a desconocidos, sino a hombres con los que ya tienen trato. Lejos de ser una norma, la iniciativa femenina se ejerce, por así decirlo si no queda otro remedio, como último recurso, cuando los hombres se muestran en exceso pasivos o tímidos. No cabe duda de que las mujeres han conquistado el derecho de expresar más abiertamente su deseo, mas no por ello el teatro de la seducción se ha vuelto igualitario. La iniciativa sigue correspondiendo a los hombres, y, fenómeno notable, las mujeres no han dejado de preferir que sea así; a diferencia de lo que ocurre con otras normas desiguales, ellas casi nunca ponen en tela de juicio la disyunción sexual de los roles seductivos. Nada de panfletos ofuscados, nada de discursos de féminas que denuncian el insostenible privilegio masculino de los 'avances' ". Editorial Anagrama, Barcelona, 1999, pág. 56.

TRANSGRESIÓN Y VIOLENCIA SEXUAL EN MARTA BRUNET

Bernardita Llanos Mardones*

El nuevo interés suscitado por la escritora Marta Brunet (1897-1967)¹ en Chile, a través de recientes ediciones de su obra, vuelve a colocarla entre las figuras destacadas en la literatura del país después de un largo período de olvido². Su influjo e impacto en el desarrollo de la cuentística y la narrativa pueden verse en particular en la escritura de autoras de su generación y de otras posteriores, donde la problemática femenina cobra protagonismo³. La producción literaria de Brunet se extiende de 1923 con la aparición de *Montaña adentro*, hasta 1962 con la publicación de su última novela titulada *Amasijo*. Su escritura es una de las pocas que recibe reconocimiento y elogios de la crítica masculina, la cual le otorga entre otros premios, el máximo galardón con el Premio Nacional de Literatura en 1961⁴.

* Denison University.

¹ El año de nacimiento de Brunet ha sido materia de confusión al parecer porque ella misma lo cambiaba. Utilizo aquí 1897 como el año en que nació según lo confirma su sobrino el crítico Hugo Montes, en: "Evocación de Marta Brunet", *Atenea* (1992), págs. 291-296.

² Entre estas publicaciones se encuentran: *Montaña adentro* (Santiago: Editorial Universitaria, 1997); *María Nadie* (Santiago, Pehuén, 1997); y *Aguas abajo* (Santiago, Cuarto Propio, 1997). Las *Obras completas* de Brunet se publicaron por primera y última vez, en Santiago en 1963, por Zig-Zag. Las citas utilizadas en este artículo de los dos cuentos analizados, provienen de la última edición de *Aguas abajo*.

³ La llamada generación "superrealista" de 1927 en Chile se caracteriza por tener un significativo número de escritoras que profesionalizan su oficio por primera vez. Entre ellas se encuentran junto a Brunet, María Flora Yáñez, Marcela Paz, Magdalena Petit, Chela Reyes, Marta Vergara y Luz de Viana. Para consultar más sobre este tema ver el libro de María Jesús Orozco, *La narrativa femenina chilena (1923-1980): Escritura y Enajenación* (Zaragoza, Ambar Ediciones, 1995). Orozco utiliza la misma periodización que hacen Cedomil Goic y José Promis sobre las generaciones literarias en Chile. Con este grupo de escritoras la perspectiva femenina del mundo aparece como una nueva forma de entender la realidad desde una óptica claramente marginal, y, por lo tanto, cuestionadora del poder masculino. La excepción a este planteamiento ideológico, la representa Magdalena Petit, cuyo interés por la novela histórica y los eventos y personajes de la historia chilena, se da dentro de una concepción que afirma los valores patriarcales. La obra de Marcela Paz se caracteriza por ser eminentemente infantil y bastante tradicional en su representación de los géneros y lo nacional. El tema de la soledad trágica en la mujer, que Brunet representa en *María nadie* (1957), será apreciado por autoras de la generación del 50' en Chile y en América Latina, entre ellos Mercedes Valdivieso, Amparo Dávila y Rosario Castellanos, como afirma Kemy Oyarzún en el prólogo a *Montaña adentro*, Santiago, Ed. Universitaria, 1997, pág. 34.

⁴ La mayoría de los estudios críticos y reseñas sobre su obra se han centrado en lo que llaman su primera época (titulada de criollista o neocriollista) caracterizada por tener el campo como ambiente. La segunda etapa de su producción estaría representada por la publicación de la colección de cuentos *Raíz del sueño* (1949) según la crítica, donde los sueños, el inconsciente y, por lo tanto, el mundo síquico domina la narración. En mi opinión, la problemática de la mujer aparece ya en *Montaña adentro* y el campo actúa, más bien, como telón de fondo. En *Aguas abajo* persiste el campo como

Con el transcurso del tiempo, la producción literaria de Brunet muestra cambios significativos y su estilo comienza a privilegiar una perspectiva interiorizada y marginal. El narrador omnisciente de su primera producción progresivamente es sustituido por una voz subjetiva, normalmente identificada con los dilemas y conflictos de la protagonista.

El presente estudio se enfoca en el énfasis de la violencia y la transgresión sexual en dos cuentos de la colección *Aguas abajo* (1943), el primero, titulado "Piedra callada" y el segundo, "Aguas abajo". Ambos relatos abordan los temas de la violación y del incesto dentro de la familia burguesa, y trasgreden las normas de la moral y del ideal de familia burguesa. Es interesante que el análisis de estos dos motivos ha sido notado sólo en estudios recientes de la crítica feminista⁵. El tabú que rodea estas transgresiones sexuales en la moral chilena y latinoamericana en general, quizás haya impedido su discusión crítica con anterioridad.

En ambos cuentos los espacios de la intimidad aparecen traspasados por la violencia doméstica y sexual ejercida por el hombre bien sobre la pasividad, la aquiescencia o la abierta oposición femenina. Las jerarquías patriarcales de la familia organizan la coexistencia entre los sexos y la subordinación de la mujer y la satisfacción de sus deseos, se da en los intersticios o márgenes del poder hacia el que tiende o del que es abiertamente desplazada.

El imaginario de la cuentística de Brunet inscribe en la literatura del campo de la década de los cuarenta, relatos intensos y tensionados por elementos trágicos que generalmente terminan con un final sorpresivo⁶. Comienzan a partir de un momento cualquiera en la vida de un personaje, pero a partir del cual se desmoronan los supuestos y principios que regían la existencia. Estos son reemplazados por la desfamiliarización de los espacios y relaciones más íntimas.

El microcosmos familiar en estos dos cuentos, representa la imagen anversa de la familia patrilial. En ella se mantiene el orden mediante rituales llenos de violencia, rencor y humillación. La familia rural aparece como una estructura fragmentada y regimientada por el dominio del padre donde se cruzan y encuentran las tensiones intersubjetivas. De ahí que en este contexto sean precisamente los odios, venganzas y rivalidades los que finalmente erosionen la estabilidad de todo lazo, en particular, el de los padres e hijos, y el de esposos. Entre los mitos que Brunet desmantela se encuentra el mito marianista sobre la esencia femenina, ejemplificado en la figura de la madre⁷ como la devoción incondicional a ella.

ambiente, sin embargo, la violencia sexual es realmente el tema que concierne a los cuentos, la cual aparece de forma descarnada marcando la condición femenina.

⁵ Consultar los estudios de Kemy Oyarzún "Prólogos" a las recientes ediciones de *Montaña adentro* y *Aguas abajo* antes citadas, donde toca el tema del incesto entre otros; Gabriela Mora, "Una lectura de 'Soledad en la sangre' de Marta Brunet", *Estudios filológicos* N° 19, (1984), 81-90; Sonia Riquelme, "Notas sobre el criollismo chileno y el personaje femenino en la narrativa de Marta Brunet", *Discurso literario. Revista de temas hispánicos* 4:2 (Primavera, 1987) 613-622; y de Berta López Morales, *Órbita de Marta Brunet* (Concepción: Ediciones de Concepción, 1997). Para un estudio reciente de sus dos novelas ver L. Cecilia Ojeda, "Hacia una revisión crítica de la narrativa de Marta Brunet: *Humo hacia el sur* y *María Nadie*", *Confluencia* 14:1 (Otoño, 1998): 112-125.

⁶ Kemy Oyarzún en su "Prólogo" a *Aguas abajo* (Santiago: Cuarto propio, 1997) pág. 27, utiliza el término *Knock-out* de Cortázar para caracterizar estos desenlaces sorpresivos de Brunet.

⁷ Oyarzún, pág. 33.

Brunet establece la desigualdad como una de las estructuras que rige la dinámica familiar. En ella, el poder puede devenir violencia en cualquier instante y el deseo aparecer en formas oscuras, violentas y contradictorias. El universo familiar y la normalidad aparecen violentados física y afectivamente en los asaltos y deseos de los cuerpos que lo habitan. El conflicto de clase propio del régimen latifundista en que se desarrollan estos cuentos, aparece atravesado por el conflicto del sistema de parentesco del campesinado: de ahí que la hija se alce contra la madre, el padre contra la esposa o la suegra contra el yerno. El régimen de reciprocidad aparece erosionado por el deseo que se expresa fuera de control, carente de solidaridad. "Los sitios del amo y del esclavo fluyen, se desplazan, se trasladan de lugar, género o persona, aunque siempre dentro del marco inmutable del orden rural establecido (...)"⁸, como argumenta Kemy Oyarzún.

En el mundo de Brunet, la explotación del sistema patronal en el campo y la dinámica de dominio que establecen las relaciones laborales, se reactualizan en el espacio privado de la ranca. En este sitio el miedo y la sumisión al poder patronal de fuera, se ejerce adentro a través de la autoridad del hombre frente a su mujer e hijos. De este modo, la existencia alienada del explotado se complejiza al trasladarlo al espacio privado e íntimo de la casa, donde vemos su identidad de amo. Así el dominado, se convierte en explotador (de aquellos que dependen de él) en la privacidad, espacio que considera coto de su voluntad, donde se impone mediante la agresión cuando lo desea. Brunet intenta escenificar la manifestación y proceso de este deseo irrestringido y sustentado en el dominio de otros, a través de un narrador que se identifica con los dramas individuales de los personajes. A la precariedad e inestabilidad del campesinado, se suma la violencia que recorre los espacios y relaciones intrafamiliares. La diferencia de género y de edad se regimenta a través de la sujeción de la mujer al hombre, del hijo menor al mayor o del anciano al más joven y fuerte, siempre concentrando el poder de mando. Los personajes aparecen sujetos a un sistema ideológico que admite y refuerza el abuso (físico y emocional) como forma legítima de autoridad. La agresión del "superior" (por clase social, género o edad) no sólo se permite, sino que se refuerza en la familia como en el latifundio. El superior posee el privilegio de ejercer una voluntad sin límites, despojando de derechos a los otros, quienes existen sólo como posesiones de las que se dispone.

En el cuento "Piedra callada" la violencia doméstica se da paralelamente al soterrado, aunque persistente, motivo del incesto. La violencia estructura el orden familiar a través de Bernabé, figura del hombre incapaz de controlar su agresividad. El relato se inicia con el noviazgo y la oposición de la madre al eventual matrimonio de su hija Esperanza con él. El abuso físico es parte del código disciplinario de la madre contra la hija desobediente, como prueban las palizas que le da para disuadirla. Como vemos la violencia aparece inscrita desde el comienzo del cuento en la relación entre la madre y la hija, donde la primera utiliza la agresión física como método legítimo para imponerse. El estudio *Perfiles revelados* sobre el comportamiento campesino entre padres e hijos, muestra, precisamente, este fenómeno como una práctica frecuente basada en la jerarquía de la superioridad física y la edad. La violencia intradoméstica entre los miembros mayores o más

⁸ Oyarzún, pág. 30

fuertes contra los más débiles y menores, aparece de modo reiterativo en una sociedad que privilegia a quien se impone por la fuerza⁹.

A pesar de la oposición de la madre, Esperanza persiste y se casa para escapar de su control. El temor a quedarse soltera es otra motivación para aceptar a Bernabé, pues su madre ha rechazado a todos sus anteriores pretendientes. Pide ayuda a la patrona de la hacienda, cuya distracción le hace imposible resolver el dilema de la muchacha. Sin perder la paciencia, Esperanza acude al patrón y ve cumplido su deseo. De este modo, el "superior" es quien doblega a Eufrosia y la hace aceptar la boda. En este episodio puede observarse el respeto hacia la jerarquía por parte de Eufrosia y su sumisión al patrón, quien despliega su paternalismo arbitrando sobre el futuro de la joven. Habla con Bernabé y le da una hijuela para que comience su vida de casado después de hacerle una serie de advertencias sobre el trato apropiado que le debe a Esperanza. La fama de "bien enseñada", virtuosa y bonita de ésta contrasta con la de "mala bestia" del futuro marido.

Todas las recomendaciones, sin embargo, prueban ser inefectivas frente al aislamiento y lejanía en que vive la pareja. Para Esperanza el matrimonio se convierte no sólo en la subordinación total sino en su progresiva autodestrucción. La autoridad del esposo se manifiesta como una fuerza brutal incontenible. Así, las golpizas y las violaciones minan la salud de Esperanza frente a los ojos de sus hijos, quienes presencias los asaltos sexuales del padre y la impotencia de la madre. La violación se presenta como una práctica sexual conyugal frecuente junto a numerosos embarazos no deseados. En esta historia de abuso doméstico, Brunet relaciona la subordinación femenina con la falta de poder sobre el propio cuerpo y con la ausencia de consentimiento sexual de la mujer casada. El caso de Esperanza ejemplifica trágicamente la suerte de la mujer como víctima propicia de la violación por parte del esposo. La ceguera social frente a este abuso y su persistencia contribuirían al destino de campesinas como Esperanza. A través de su famoso personaje Doña Santitos, Brunet afirma que tanto el Estado como la Iglesia institucionalizan y, por lo tanto, respaldan el abuso del hombre en el matrimonio y la desgracia de la mujer casada, quien sola en el campo no tiene protección¹⁰.

Como ha argumentado Susan Brownmiller, la violación es una forma externa y brutal de un problema social mayor relacionado con una filosofía masculina de la agresividad que despoja a la mujer del control de su cuerpo y de su integridad. La violación es según Brownmiller un acto violento de posesión y degradación que reduce a la mujer a un objeto de acceso sexual del hombre¹¹. Dentro de esta línea de pensamiento, Susan Griffin afirma que la violación representa la

⁹ Para más información, consultar *Perfiles revelados. Historias de mujeres en Chile. Siglos XVIII-XX*, ed. Diana Veleros (Santiago: Editorial USACH, 1997). Contiene interesantes artículos y estudios de carácter histórico dedicados a la mujer del ámbito rural y urbano, y su cotidianidad en Chile.

¹⁰ Doña Santitos es la protagonista del cuento que lleva su nombre y que pertenece a la colección de cuentos *Reloj de sol* (1930) de Brunet. Su actitud frente a la vida después de grandes padecimientos es conservar la libertad y nunca volver a casarse, para así poder echar al hombre que la maltrate. Esta filosofía podría practicarla sólo la mujer que no estuviera unida formalmente a un hombre y que mantuviera una relación consensuada.

¹¹ Susan Brownmiller, *Against Our Will. Men, Women and Rape*. (New York: Simon and Schuster, 1975) Págs 29, 391, 394 y 400, especialmente.

destrucción intencional de la mujer que reactualiza siglos de degradación y brutalidad masculina¹².

Nuevamente por intervención del patrón, Eufrasia es enviada a la rancho para cuidar a sus nietos mientras su hija está en el hospital. A pesar del evidente disgusto que esta orden produce en la anciana, quien aún no perdona a Esperanza, el patrón insiste. La inexperiencia de Eufrasia dentro del régimen patronal, es evidente en su respuesta al patrón como si se tratara de un sacerdote. La existencia de un mismo autoritarismo en el régimen patronal y el eclesiástico, define la relación con los subalternos. Eufrasia acata sumisamente el mandato, pues sabe que la palabra del patrón es ley.

Los datos que recibe sobre la vida de Esperanza aparecen de forma suelta, fragmentada y breve a través de lo que le cuentan sus nietos. Sus comentarios van recreando una idea de lo que fue la vida matrimonial de Esperanza. Su juventud y vitalidad aparecen destruidas por el maltrato y el abuso físico y sexual sistemático del marido.

Las expectativas de madre fértil impuestas a la mujer rural por una parte, y de objeto sexual por otro, irremediamente terminan con la existencia de Esperanza. Bernabé, por su parte, cada vez más alienado y violento, deja ver síntomas de desequilibrios psicológicos que se traducen en un deseo incontrolable de agredir físicamente a sus hijos y suegra. Su inestabilidad síquica se agudiza por la ideología machista que colorea todos sus valores y creencias con respecto a la mujer. Para Bernabé la función de Esperanza se limita a satisfacer sus deseos sexuales, ya que su masculinidad se define por la habilidad de acoplarse y tener hijos. Al morir Esperanza por los abusos sexuales, la queja de Bernabé subraya su visión de la feminidad en las siguientes palabras:

“... Odiaba a la Esperanza, tan endeble, tan poco hembra, incapaz de resistir un embarazo, incapaz de parir... Y que había muerto dejándolo solo, con la chiquillería y con la vieja... Dejándolo solo, sin mujer, que era lo principal, porque él necesitaba mujer, para eso era hombre, para ayuntarse y tener hijos”. (57).

El sentimiento de superioridad de Bernabé se observa en su desprecio por la falta de resistencia física y la debilidad que él ve en Esperanza. Su ceguera frente a su propia responsabilidad en el asunto, le impide razonar. La visión animalística que Bernabé tiene de la mujer, se caracteriza aquí por su capacidad de procrear y ser objeto sexual del hombre. La necesidad que Bernabé tiene de ella radica precisamente en esos dos aspectos la imposibilidad de separarlos de su sentido de identidad sexual.

Esperanza simboliza a la mujer abusada por excelencia, cuya desconexión social contribuye a su aniquilamiento. Por el contrario, Eufrasia, su madre, representa una horma de negociación femenina en un mundo dominado por hombres. El ingenio, el engaño y finalmente, el asesinato, son sus armas contra el yerno que amenaza también con destruir a sus nietos.

¹² Susan Griffin, *Rape, The Power of Consciousness* (New York: Harper and Row, Publishers, 1979) pág. 39.

Eufrasia es quien detecta el deseo oculto que comienza a gestarse en Bernabé por Venancia, la hija mayor, réplica de su madre en lo físico y su sustituta en las tareas domésticas:

“-Esperanza... murmuró el hombre, y se le quedó mirando con la boca abierta y temblorosa la nuez. -Esperanza..., por Diosito que se le parece, da susto... -añadió como hablando para sí mismo”. (59).

Luego de golpear a la niña y sus hermanos, Bernabé confirma su derecho de hacer con ella lo que desee desafiando a su suegra: (...) Gritó. -Pa' eso es m' hija... Pa' hacer con ella lo que se me ocurra...”. (59).

De esta manera, el incesto aunque no se materializa se intuye a través del motivo de la semejanza física entre madre e hija y el deseo que despierta en el padre. El incesto entre padre e hija dentro de la familia patriarcal ha sido considerado uno de los rasgos comunes de la experiencia femenina por algunos antropólogos. Esta clase de incesto aparece como una expresión perversa del orden que, sin embargo, no desintegra la estructura familiar ni la sume en la confusión. Por el contrario, los roles se hacen intercambiables o se reasignan a diferentes miembros mientras la familia se aísla progresivamente de influencias externas. Lo común en esta clase de familia es que el padre se convierta en el único árbitro moral y que la madre carezca de influencia o esté ausente. En general, los estudios antropológicos sobre el incesto entre padre e hija demuestran que la madre y los demás miembros se convierten en pasivos espectadores de un hombre dominante que mantiene estándares rígidos sobre el comportamiento social apropiado. En efecto, el padre asemeja una especie de tirano doméstico que mantiene ciertas normas mientras rompe los más básicos estándares sexuales. Como afirma Arens, para el padre incestuoso el universo doméstico reemplaza al de la sociedad como lugar relevante de su experiencia. De ahí que la sociedad represente un peligro a su autoridad y al control sexual ilimitado de su universo personal¹³. El padre tirano e incestuoso no permite que ninguna otra presencia externa intervenga en la forma en que controla y disciplina a su familia.

El rencor de Eufrasia por la muerte de Esperanza establece una suerte de guerra de voluntades con el yerno, donde la astucia y el ingenio de la vieja triunfan sobre la superioridad física y la violencia del yerno. El final sorpresivo del cuento subraya las estrategias de la campesina frente al hombre, a quien nunca desafía frontalmente sino que calladamente planifica su muerte con un tiro de honda. El asesinato permanece oculto, ya que no hay testigos y sólo el lector sabe que Eufrasia es la autora. Sin embargo, a la ilegalidad del hecho se contraponen la moral de la abuela, quien ha asesinado para proteger a sus nietos del maltrato y salvar a su nieta de un virtual abuso sexual.

Con Eufrasia el estereotipo de la anciana débil queda desmantelado por el de un personaje femenino que opone la resistencia y el diseño de su propio repertorio de estrategias -aún las ilegales-. De este modo, la vieja se sale siempre con la suya como anunciara a su yerno, eliminándolo para siempre.

¹³ W. Arens, *The Original Sin. Incest and its Meaning* (New York, Oxford: Oxford University Press, 1986) págs. 145-147.

El relato de Brunet pone de manifiesto el valor intercambiable que se atribuye a la mujer, motivo ligado al incesto que se reiterará también en el segundo cuento, donde la hija sustituye literalmente a la madre.

En "Aguas abajo" el motivo del incesto reaparece, pero con otro matiz ya que se trata del deseo entre un padrastro y su hijastra. Aquí la mujer se define abiertamente como "réplica" sustituible y Maclovía, la quinceañera, reemplaza a su madre como compañera sexual del padrastro. El paso de la niña a mujer simbolizado tradicionalmente en los 15 años, se presenta en esta historia desprovisto de romanticismo. Maclovía ostenta la carnalidad de su cuerpo joven y del deseo que se le ha despertado. Es descrita como una "fruta" que se sabe madura y que desea que alguien le hinque "los dientes" (68). Nada tiene de niña inocente y frágil esta adolescente, "sabedora" del poder del cuerpo y sus secretos nocturnos (70). Brunet inserta esta experiencia nuevamente en la ranca, espacio donde toda la familia comparte el mismo cuarto. La ausencia de privacidad y las prácticas sexuales de sus padres, han sido parte de la cotidianidad de la muchacha, cuya sensibilidad se insinúa al alero de los ruidos nocturnos de la pareja:

"Pero a veces un gemido más agudo inquietaba el sueño de la muchacha, la ponía al borde del desvelo, sabedora de lo que pasaba allí, viéndolo sin verlo, trasudando angustia, con los pechos repentinamente doloridos y los muslos temblorosos, uno contra otro, apretados". (70).

En respuesta al contexto doméstico, el desarrollo y la conciencia sexual de Maclovía se afirma a través de la búsqueda de su propio deseo sin considerar los sentimientos de ella. Más bien, existe rechazo y hostilidad por el control que tiene sobre ella. Desde el primer diálogo entre madre e hija, aparece la paternidad como motivo de tensión entre ambas. La muchacha se niega a llamar "taita" al padrastro y señala su posición en la casa como marido de la madre (71). La hostilidad entre las dos se manifiesta, precisamente, a través de la figura del hombre. La madre se siente herida por el rechazo hacia la figura paterna que ofrece, mientras la hija, por su lado, reafirma a su padre difunto. La madre, "apesadumbrada" y luego "furiosa" ordena que Maclovía vaya a buscar al padrastro, como último y desesperado intento de mostrar su autoridad. Es precisamente este mandato el que precede a la atracción incestuosa entre la muchacha y el padrastro. El deseo de éste frente a la presencia rotunda de Maclovía se manifiesta como una fuerza irresistible que lo sujeta a la "tierra" y lo lleva a regiones desconocidas:

"Y los ojos se le clavaron a la figura alzada allí, viéndola desde abajo, con las piernas desnudas y el vientre a penas combo y las puntas de los senos altos, y arriba la barbilla y todo el rostro echado hacia atrás, deformado y desconocido, como las crenchas despeinadas por la mano del viento, mano como de hombre que la quisiera y la acariciara.

Pareció que le crecieron raíces. Se la quedó mirando, mirando. Como si las raíces se le adentraran por la tierra y llegaran a esa oscura región de las corrientes subterráneas (...)" (72).

El deseo aparece poetizado a través de las raíces del primero, en tanto expresión de la fuerza vital, y luego mediante las aguas subterráneas y su relación con el inconsciente. A la serie de sensaciones y recuerdos que recorren al padrastro mientras mira a Maclovía, sigue el acercamiento físico. Coloca su frente a la altura de las piernas de la muchacha mientras las sostiene con las manos. Así, se materializa el deseo de un abrazo que los deja callados en medio del paisaje. La actitud de la muchacha se caracteriza por la quietud y por entregarse a la iniciativa del padrastro en silencio.

La escena siguiente nos vuelve a la madre, quien continúa su queja contra Maclovía, pronta a golpearla por su insolencia. Además critica a la abuela por consentir a la nieta y demostrar su favoritismo hacia ella. La muchacha, por su parte, en abierta rebelión reitera que el hombre no es su padre. Para el lector la insistencia de Maclovía cobra ahora su significado real, pues la atracción entre ambos se ha manifestado. La tensión llega a su clímax cuando la madre los descubre abrazados e intenta golpear a la hija frente al marido. El hombre se interpone, anunciando los nuevos roles de ambas mujeres. Así la violencia física de la madre es reemplazada por el abuso emocional del marido, quien la degrada al sustituirla por su hija.

El relato no sólo muestra la desigualdad de derechos y obligaciones entre los miembros de la familia extendida (de acuerdo a la edad y el género), sino la fluctuación de posiciones e identidades dentro de la estructura patriarcal que los sostiene. Los roles de las mujeres, por ejemplo, se intercambian de acuerdo a las necesidades del padre, lo que le permite a Maclovía competir y luego triunfar sobre su madre, convirtiéndose en "la mujer" del hombre y la nueva ama de casa. Desplaza a su madre hacia las tareas más nimias como las que desempeña la abuela ciega, quien hila o teje sola todo el día.

El incesto se lleva a cabo como reordenamiento del orden cotidiano y el reemplazo de la más vieja por la joven. Nuevamente, observamos una autoridad masculina ilimitada y el lazo ideológico entre sexo y poder. El sexo aparece como un medio para establecer el dominio por una parte, y como la indicación de superioridad, por otra. El acto sexual mismo tendría un significado doble como comportamiento antisocial y prohibido¹⁴.

En "Aguas abajo", el propio marido le anuncia fríamente a su esposa que desde ese momento en adelante la hija será su mujer y la dueña de casa. El rápido desarrollo de los eventos se nos da través de la perspectiva desesperada de la madre después de ser despreciada por la hija y rechazada por el marido:

"Ella, que hiciera lo que más le conviniera. Si quería quedarse en la casa, bueno. Si quería se iba. Pero ni malas caras, ni gritos. Podía acompañar a la vieja, hilar, tejer, lo que fuera más de su gusto. Pero "la dueña de casa" era ahora la muchacha.

—Ella es mi mujer. Mi mujer —decía el hombre, (...) ¡Que le pasara el mal momento! ¡Que se fuera al río o la montaña, que viera de sosegarse! Las cosas eran así y nada más". (76-77).

¹⁴ Arens, pág. 147.

La frialdad del hombre contrasta con el dolor y la humillación que siente la mujer al ser reemplazada por quien ama, no sólo por otra mujer sino por su hija. En un ambiente que fomenta rivalidades y competencia entre mujeres, los lazos de reciprocidad y las lealtades desaparecen frente a la posibilidad de ser objeto del deseo masculino. De tal manera, Maclovia es la vencedora y quien le quita el poder a la madre al sustituirla como objeto sexual. La ausencia de confusión o conflicto interno de la muchacha reafirma precisamente un sistema donde las mujeres se ven como competidoras sexuales por la atención masculina. Dentro de este orden, el hombre es la única instancia capaz de otorgar reconocimiento al sujeto social femenino.

El vacío que siente la madre por su parte, al verse abandonada por el hombre y traicionada por la hija, convierte el padecimiento emocional de la pérdida en un dolor físico que revive el momento del parto, haciendo doble su desesperación: "Pero el que fuera 'su mujer' le dolía como un dolor físico, como el sufrimiento de haberla parido a ella, a la hija, a la que ahora le robaba todo. Lloraba de nuevo, sola en lo hondo del tajo, ...". (78).

De este modo, la madre no sólo pierde el poder que le daba ser esposa y dueña de casa, sino también su experiencia de madre al ser la hija su rival y poner en crisis toda su identidad. El drama de la mujer es doble en tanto que pierde a su marido y a su hija, además de su estatus dentro del orden doméstico.

El trágico destino que asume esta madre al aceptar quedarse en la casa doblemente subordinada, muestra cómo el autoengaño mantiene la esperanza. Al final la mujer rechazada opta por la espera y el disimulo, por hacerse invisible hasta el momento en que el hombre la requiera (78). Sin embargo, el último párrafo evidencia los mecanismos del autoengaño al igualarla con la abuela en su parecido físico, es decir, en su calidad de réplica sin valor sexual y reiterar la realidad inevitable de la angustia.

El intercambio de roles establece un nuevo orden sin alterar la estructura patriarcal en la que se basa la familia. El acto prohibido del incesto sirve para afirmar la primacía del hombre y la subordinación y ausencia de poder de la madre.

En ambos cuentos se destruye física o emocionalmente a uno de los padres para reestructurar la familia a través de un nuevo arreglo sexual. El triunfo de Eufrasia en "Piedra callada" muestra a la mujer en lucha a muerte con el hombre que amenaza su descendencia. Frente a este peligro, nada detiene ni quebranta la voluntad de la anciana por conseguir su propósito. Por el contrario, "Aguas abajo" representa la fractura y crisis de una identidad femenina despojada de su sexualidad y de su experiencia de madre. La hija se erige en triunfadora y único sujeto femenino con poder al colocar su cuerpo al servicio de su intención.

DELIA DOMÍNGUEZ: DE LA ANGUSTIA A LA ESPERANZA

Ana María Cuneo

Durante muchos años la escritura de mujeres no despertó el interés crítico que merecía. Desde hace algún tiempo la situación ha experimentado algunos cambios. Sin embargo, en Chile con excepción de Gabriela Mistral, María Luisa Bombal y Diamela Eltit, se ha olvidado destacar la importancia de otras autoras realmente notables. La voz de Gabriela Mistral abrió un nuevo espacio en la valorización de los textos escritos por mujeres, pero desgraciadamente este hecho no produjo a nivel crítico los resultados que legítimamente podrían esperarse.

A partir de mis estudios sobre la poesía de algunas mujeres latinoamericanas he descubierto ciertas constantes, que si bien no son privativas de las escritoras, sin embargo, se reiteran constantemente en ellas. Así,

- la presencia en los poemas de experiencias concretas vividas que afloran en los textos y que son verificables en los contextos biográficos. No afirmo que esos hechos se instalen en los textos tal cual ocurrieron, indudablemente se ha realizado una selección en que opera prioritariamente la memoria. Las experiencias reales, a su vez, han sido objeto de transformaciones a partir de la imaginación creadora y, en cada caso se ha recurrido a los procedimientos más adecuados para transmitir dichas experiencias.

- la escritura asumida como búsqueda de la propia identidad y como medio de mantenerse en el ser.

- la actitud rupturista, la transgresión a lo preestablecido.

- ser voz de los que no la tienen y ceder la voz al otro.

- denunciar hechos dolorosos o reprobables.

- la tendencia a la oralidad.

- hacer visible lo invisible. Hecho que en muchos casos otorga un papel importante a la memoria personal y colectiva, a la memoria fetal y ancestral.

- la presencia del sentimiento de culpa y la escritura concebida en muchos casos como una forma de terapia.

- escribir conjura la soledad y exorciza la temporalidad. Saberse transitorio es sentirse amenazado por la muerte. Escribir poesía es lidiar contra la nada.

No me cabe duda que en estas caracterizaciones hay muchas carencias y que, por otra parte, sería utópico pensar en rasgos propios de la escritura de mujeres y hombres.

En Delia Domínguez¹ se cumplen la mayoría de las constantes que he visto reiterarse en la escritura de mujeres. Así, la búsqueda de la identidad, el escribir

¹ La presente reflexión es parte de una investigación más amplia iniciada hace ya algún tiempo.

como forma de permanecer en el ser. La presencia en los poemas de experiencias concretas verificables en el contexto biográfico. Como en la Mistral, en la poesía de la autora, es muy difícil separar poesía y vida². La denuncia y la cesión de voz. El importante rol de la memoria que se concreta bajo las formas de memoria personal, fetal y ancestral y, por último, la fuerte tendencia a la oralidad.

Desde hace algún tiempo, ha despertado mi interés mostrar a nivel académico la voz madura en el ejercicio poético de Delia Domínguez. Existen algunas aproximaciones anteriores de Juan Villegas y Eliana Ortega³. Los primeros resultados de mi investigación se concretaron en una ponencia y un artículo⁴ en los cuales la perspectiva de aproximación consistió en indagar en la poética incluida en los poemas. Pienso que un medio efectivo de aproximación a una obra literaria es develar el modo cómo el creador concibe su propio quehacer. Dice Walter Mignolo

“Las poéticas, para el caso de la literatura, y los tratados historiográficos para el caso de la historiografía, ilustran lo que llamamos metatexto”⁵.

Es desde el metatexto que se puede comprender el ámbito de producción e interpretación de los textos. Las formulaciones discursivas se autodefinen y no es necesario recalificarlas extrínsecamente ya que el discurso literario se autoclasifica por medio de su propio metalenguaje.

Sintetizando, en el presente caso, el poema nace de la experiencia no sólo personal, sino ancestral. El deseo es hacer una poesía de la vida por medio de palabras que comuniquen realmente. Por ello, el uso de un lenguaje sencillo e incluso coloquial.

Se escribe a partir de lo que “toco y siento”, pero eso no pasa al poema en forma directa, sino a través de un proceso de transformación. Lo ficticio no sustenta al ser poético en forma total, no se trata de una escritura que llegue o intente la creación pura. No es casual que *La Gallina Castellana y otros huevos* (1995) se cierre con una especie de declaración de fe que titula “Poema Ajeno”

*Y lo que recondí en la
memoria fueron no las
imágenes de estas cosas
sino las cosas mismas*

San Agustín. *Confesiones*, Cap. x.

² Este aspecto será sometido a análisis en una etapa posterior de mi investigación.

³ Juan Villegas, *Estudios sobre poesía chilena*, Santiago, Nascimento, 1980, págs. 88-91.

⁴ *El discurso lírico de la mujer en Chile: 1975-1990* Santiago, Mosquito editores, 1993, págs. 54-58 y 84. Eliana Ortega, “Introducción a la poesía de Delia Domínguez: Primeras indagaciones” y “Contracanto a la chilena” en *Lo que se hereda no se hurta*, Santiago, Cuarto Propio, 1996, págs. 125-139.

⁵ Ponencia x Congreso SOCHEL: “Delia Domínguez: Primeras indagaciones”, 1999. Se publicará en Actas del Congreso. Delia Domínguez: experiencia y canto”. Capítulo solicitado para el libro *Poesía chilena*, de Eduardo Godoy, de pronta publicación.

⁶ Walter Mignolo, “El metatexto historiográfico y la historiografía indiana”, M.L.A., vol. 96, by John Hopkins Press (1981). *Elementos para una teoría del texto literario*, Barcelona, Crítica, 1977.

I. BREVE REFERENCIA

Delia Domínguez Mohr nació en 1931, descendiente por su madre de inmigrantes alemanes. Este mestizaje marcó su vida y su escritura. A los 18 años se recibió de bachiller en Letras y luego estudió tres años de Derecho en la Universidad de Chile. Pero su verdadero hábitat es el fundo Santa Amelia de Tacamó donde puede vivir auténticamente su necesidad profunda de relación con lo telúrico.

Su actividad literaria no se ha realizado sólo en el ámbito de la poesía, sino también en el cuento y artículos periodísticos. Directora de la Sociedad de Escritores, Jefa de Redacción de la revista *Paula*, organizadora y directora de los Juegos Florales de 1976. En 1987 es nombrada Miembro del Número de la Academia Chilena de la Lengua. En 1988 Marjorie Agosin traduce al inglés algunos de sus poemas para la antología *Woman Who has sprouted wings: poems by contemporary latin american woman poets*. Edited by Mary Crow. En 1992 es designada para entregar a Nicanor Parra el Premio Rulfo en Guadalajara. En 1996 obtiene el premio de poesía del Consejo Nacional del Libro y la Lectura del Ministerio de Educación por su libro *La gallina castellana y otros huevos*.

Hasta el momento, ocho libros publicados que representan un proceso notable en el apoderarse de la palabra poética. Actualmente un libro terminado, pronto a entrar en prensa cuyo título es *Huevos Revueltos*.

En el contexto biográfico me parece indispensable destacar la reiterada presencia de la muerte. Su madre, cuando la autora tenía cinco años; más tarde su novio, su abuela, su abuelo colono alemán, sus amigas Helga e Hilda May. Hechos a los cuales se suma una grave enfermedad que pudo ocasionar su propia muerte.

2. ALGUNAS CARACTERÍSTICAS GENERALES

La evolución de su poesía se produce desde un romanticismo muy influido por el primer Neruda a una etapa postmodernista. A partir de *Parlamentos del Hombre Claro* (1963) surgen en su escritura algunos procedimientos antipoéticos que estarán presentes en toda su obra posterior, pero que no van a ser usados con el tono ácido y sarcástico propios de la antipoesía. Probablemente, a excepción del poema "Blue Jeans" de *Contracanto*, el tono es el de una ironía morigerada por el humor, por el uso del tono socarrón del hombre campesino, e incluso por una cierta forma de ternura como en el poema "Alternativas" de *Contracanto*.

La ausencia de ciertos rasgos caracterizadores de la antipoesía resultan lógicos en el contexto de una poesía de enorme valoración de lo humano, marcada por el dolor, la nostalgia y la esperanza de una trascendencia *sui generis* que sería la respuesta posible a la problemática existencial del hombre.

En la escritura de Delia Domínguez hay una verdadera obsesión por la transitoriedad y la muerte. Su existencialismo no es libresco, sino vital. Se explica por experiencias que la rodearon desde la infancia y por un modo de vivir que pertenece al pasado, el modo de los colonos alemanes en el sur de Chile. Esta actitud lírica privilegia el lenguaje coloquial y se basa en experiencias reales que sobrepasan lo singular para reflejar el dolor de la comunidad de los seres humanos. Pero, incluso, el existencialismo es objeto de humor, así en "Conversaciones al oído xvi":

*La Vicky del aserradero
dijo que ella
no criaba hijos para bonitos
ni para andar fumando;
y de dos puñetes les compuso el cuerpo
para sacarles la angustia existencial*

(*El sol...* 82)

En lo que se refiere a la forma de expresión, postulo una conexión con la poesía creacionista en cuanto reúne realidades alejadas e incorpora lo lúdico a su escritura. En ella son figuras reiteradas la predicación verbal y la objetivación impertinentes. A estas figuras se une la inconsecuencia en el nivel de la concordancia gramatical.

3. PERSPECTIVA DE ACERCAMIENTO⁶

Muchas son las vías de acceso para la penetración de los textos de Delia Domínguez. En esta instancia quiero aproximarme por medio del análisis de dos matrices de sentido complementarias que representan la posibilidad de contemplar uno de los centros de sentido más destacado en la obra en estudio.

a. El nacimiento a una vida que desde los inicios se configura como nacer para morir.

b. El intento de exorcizar la muerte en la esperanza de un modo de existir en un lugar otro, una forma *sui generis* de resurrección. Esperanza que se funda en las creencias religiosas del sujeto de la producción.

a. Primera matriz.

"Comunidad de amor" (*Contracanto...*44)

*Cuando nace un niño
[...] A todos nos pertenece
su hazaña de venir a la vida.*

El poema gira en torno a lo que significa para el hablante poético "nosotros", que nazca un niño. Es un hecho que nos pertenece y vivifica.

Las adjetivaciones impertinentes se reiteran en el intento de decir lo que el lenguaje habitual no puede expresar: "Con el nuevo *brote*"⁷ "la tierra reverbera de soles secretos", "para que el *maíz*/ sea capaz de *dorar la frente*/ del que viene después de nosotros" "nos alejamos *buenos pasos*/ de la muerte". El nuevo "brote", "la

⁶ El corpus estudiado corresponde a *Contracanto*, Santiago, Nascimento, 1968; *El Sol Mira para Atrás*, Santiago, Lord Cochrane, 1977; *Pido que Vuelva mi Ángel*, Universitaria, 1982; *La Gallina Castellana y otros huevos*, Chile, Tacamó, 1995.

Para citar utilizaré *La Gallina Castellana y otros huevos*. *Otros huevos* es una antología realizada por la autora y en la cual algunos poemas presentan pequeñas variaciones.

Los libros serán citados por medio de las palabras iniciales del título.

⁷ Los subrayados me pertenecen.

tierra", "el maíz" evidencian, por otra parte, la visión telúrica de la productora del texto, visión que será constante en toda su obra⁸.

La anáfora "-propio o ajeno-" es ecónica del hablante plural, de "la cadena del hombre", de "nos sentimos responsables". Indicios de la matriz son "la cadena del hombre", "del que viene después de nosotros" del cual se deriva tautológicamente "nos alejamos unos buenos pasos/ de la muerte". Sin embargo, siempre al final, está la muerte.

En "Canción de cuna al revés" (*El Sol...* 66-67) ya el título anuncia la tragedia. Canción de cuna es canción de muerte. El paralelismo "Ese día", "Ese día", "Y este hueco" es semiosis de lo ocurrido. El día se transforma en hueco. Expectativa de vida en la situación fetal y anuncio de la muerte de la que dio vida. Lo que quedó para el nacimiento es "Hueco en la almohada [...] Y otros signos".

Delia Domínguez no teme a la poesía anecdótica. La anécdota en este poema es lo que ocurre en el seno materno. El yo poético recrea su propia etapa fetal y desde allí anuncia en una forma de monólogo interior lo que está ocurriendo y lo que será para siempre su habitat futuro: la soledad. Algún "alguien" deberá realizar las acciones que ya no podrá hacer su madre:

*Estancarme la sangre del ombligo,
y aquí están tus zapatos, el corpiño
la leche y los calzones, aquí tu corazón
y el pan para el camino*

Transcurre el tiempo en la "dulce intimidad de tus caderas" hasta que

*Té sentí apretar los dientes
cuando silbó en la sombra el navajazo*

El tiempo de la madre se cierra con la muerte y con dicha muerte se abre el tiempo doloroso para el sujeto poético que nace a la ausencia de lo que debería estar y ya no está. La antítesis "maldiciones y saludos" simboliza la situación descrita.

"Mujer sin música de fondo" (*El Sol...* 68-70) está ubicado en la antología a continuación de "Canción de cuna al revés" (no ocurre así en el libro de 1977). Al juntar ambos poemas se produce una unidad temática que sobredetermina el sentido de ambos poemas. Concurren a la sobrecarga la anáfora "Estas ahí" (estrofa 1 y 3), el paralelismo semántico (estrofas 2 y 4) "Pero tú sabes qué hacer" "y tú siempre velando", y el oxímoron que unifica los sentidos opuestos de vida y muerte por medio de la palabra "silencio"

*Cargada con el silencio de la vida
o con el silencio de la muerte*

⁸ La visión telúrica es otro aspecto que deberá ser objeto de reflexión en la investigación en proceso.

La perspectiva adoptada en ambos poemas es diferente. Lo anecdótico da paso a un diálogo silencioso con la madre en la etapa fetal y al comentario no mimético del sujeto de la producción: pese al "Padre nuestro que estás en los cielos" "se nos desploma el cielo en las narices"

"Sabiduría de Gallinero II" (*La Gallina...* 26). Frente al "pollo [que] rompe el cascarón, se sacude y anda" El sujeto poético afirma no saber "si he roto el cascarón, si soy capaz de: 'levántate y anda'. Reminiscencia de un Lázaro que ha muerto y vuelve a la vida obedeciendo el llamado de Jesús.

En este poema se reitera lo que ha llegado a ser un motivo recurrente en la poesía de la autora: la memoria fetal "en el blandor de mis huesos nonatos". El haber sido "destetada a destiempo" hace su existencia vulnerable y precaria. Esta situación es aceptada por el yo poético en la actitud fatalista tan propia del hombre de nuestro pueblo: "Bueno ya".

"Leche de mujer" (*Pido...* 90) apunta a un segundo nacimiento para el hombre producto de la Encarnación del Hijo de Dios. El hombre ya no está en soledad, es un nosotros que puede dirigirse a algo que lo sostiene en el ser.

Este poema hace visible lo invisible para el común de los seres humanos: el Hijo de Dios para nacer "tuvo que buscar/ el pecho de una mujer". El intertexto del "Fiat" de María ha sido objeto de interpretación por parte de muchas feministas como un acto de sumisión y degradación de la mujer, hecho que aquí no ocurre. En el poema la participación de María se expresa en el acto de arrimar al niño a sus pezones. "Ella intemporal" vence con su gesto al tiempo amenazante y pone al hombre en situación de tener un "alguien" a quien poder decir *Ora pro nobis*. Fórmula que implica salvación personal y comunitaria.

En "Sopa de sémola" (*Pido...* 111)

*La niñez [es] una hazaña
que vuelve de cuando en cuando
en la sopa de sémola
para no morir*

"Agua de pariciones" (*La Gallina...* 30) se refiere a un agua que es origen de vida⁹.

b. La segunda matriz consiste en el intento de exorcizar la muerte en la esperanza de un existir posterior en un lugar a otro. Matriz que nace de las creencias religiosas del sujeto de la producción. La investigación ha seguido el orden cronológico de publicación. Ello permite afirmar que en la etapa de *Contracanto* y *El Sol Mira para Atrás*, la muerte es fin inexorable. A partir de *Pido que vuelvas mi Ángel* y *La Gallina Castellana y otros huevos*, la esperanza de una pervivencia que vence a la muerte comienza a ser la tónica predominante.

En el poema "Canto y Contracanto" (40-41) la antítesis presente en el título rige el despliegue del poema "te canto", "pero mejor te contracanto", "O de golpe, no te canto", "ponerle el hombro a los grandes silencios", etc.

⁹Queda por revisar la presencia de la matriz, postulada en sus primeros libros y en otros poemas pertenecientes al corpus de trabajo.

El primer verso: "Tè canto como si fuera a morir", es un verso ambiguo, porque en el contexto inmediato es un verso coloquial cargado de humor, pero en el contexto total conserva el sentido de cantar hasta morir. Por ello los versos que clausuran el texto dicen:

*Y guardo mis cuatro versos para mañana
o para el Día del Juicio (41)*

La nostalgia del tiempo ya ido se expresa en forma acumulativa, sobredeterminándose hasta la saturación del sentido. El procedimiento predominante es la predicación impertinente:

– "Linternas enmohecidas", las linternas han de alumbrar, el moho les quita el brillo y es la marca material del paso del tiempo.

– "Guitarra descabezada", el cabezal de la guitarra es lo esencial para que pueda ser tal.

– "Bohardilla" también marca un lugar de cosas en desuso, que son rastros del pasado de mi "casa de campo".

– "Sentimos pasar la noche como tumbas", "los silbatos dorados/ largan señales desde las sepultaciones"

– En la cuarta estrofa, la evidencia de la muerte y la precariedad del ser.

*De vez en cuando
hay que ponerle el hombro
a los grandes silencios
CUANDO MENOS PIENSAS
TU VIDITA CUELGA DE UN HILO.*

El diminutivo, colgar de un hilo, intensifica la presencia de la muerte a raíz del contraste con el uso de la ironía y el lenguaje coloquial.

Los papeles entintados son la poesía que se escribe como un modo de sobrevivencia.

En "La ropa limpia" (*Contracanto...42*) ya las primeras palabras anuncian el desenlace:

*Un día
uno sale a encontrar la muerte*

La anáfora de "Un día/uno", el lenguaje conversacional, las formas cliché del lenguaje coloquial: "como malo de la cabeza", "uno no sabe quién diablos", "quién diablos", son los procedimientos utilizados en la construcción del poema. Los medios que acompañan normalmente la vida cotidiana y que no vemos como signos que nos van acercando a la muerte

*Sin equipaje
sin muda para la otra semana
con la única camiseta blanca*

*que quedaba
del tiempo del colegio*

El poema se abre a la nostalgia de la niñez perdida, a los quehaceres, a las cosas tras las cuales corremos... cosas sin sentido, porque vamos a morir. El hablante poético se pregunta quién se preocupará de las cosas nimias que quedarán después de la catástrofe. "La potencia con que contábamos/ para vivir", es en el hoy para morir.

La estrofa que cierra el poema es la constatación de que lo previsto se ha cumplido: "uno no vuelve más/ por ropa limpia". Uno ha muerto. Somos seres para la muerte. En este poema no hay expectativa respecto de una forma de existir posterior.

"El sol mira para atrás" (*El Sol*.. 58-59). Con la rememoración de la escopeta que colgó el abuelo "en ese otoño de su muerte", comienza una sucesión de imágenes cuyo sentido acumulativo apunta a la descripción de la transitoriedad del tiempo que todo lo desgasta.

*Antiguos reventones de pólvora
un juego de naipes gastados
la risa que fuimos perdiendo*

En la niñez los mayores trataron de sustraerlos a la realidad inevitable de la muerte, pero en el hoy ha sido necesario guardar "las sillas vacías". Pasar llave "en el óxido de las chapas antiguas" y permanecer en silencio "pasándonos una costura en la boca".

La imagen de la silla vacía se reitera en la escritura de la autora, ellas simbolizan el hueco dejado por los que murieron. Sillas, mesas, comedores vacíos, fueron el lugar sagrado de las reuniones familiares con los que nunca volvieron para "justificar su eternidad".

El poema se cierra afirmando la transitoriedad de todo lo existente y con la premonición de la propia muerte.

"Esta es la casa" (*El Sol*.. 60-62). La historia personal se espejea en las imágenes de la casa concreta: Km. 14, Santa Amelia, la que guarda los sentimientos antiguos, la que permite ser lo que somos, la casa de ayer y de hoy. Casa, lugar aparentemente seguro que en el despliegue del poema se derrumba:

*las jugadas de la vida y
las jugadas de la muerte*

Casa abierta y cálida, marcada con el signo de la acogida, pero que como en las palabras del epígrafe de Saint-John Perse está marcada "entre signos"

*Esta es la casa para ser como somos
para contar las velas del cumpleaños
y las otras también*

Las velas “signos” de vida y transitoriedad y “presagios” de muerte “para colgar la ropa y la tristeza”. “Una pasión sin vuelta [...] para la eternidad”, porque todos los que rodearon su niñez “regresaron a su greda”.

En esta etapa el sujeto poemático enfrenta el problema sin atisbar salvación alguna.

En “Silla de Viena” (*Pido...* 92-93) se produce el viraje desde el no saber que espera al hombre después de la muerte a la afirmación de la existencia de un reino de Dios trascendente. La madre tenía como reino su casa, simbolizada en la silla de Viena, junto a la cual el perro dormita ahora ciego por el paso del tiempo

*El reino no es el mismo,
sólo está Dios en todo lo que amabas*

Versos que se reiteran en dos contextos desoladores:

*Manos desconocidas tiran piedras al sueño
no hay amparo posible
[...]
Los postigos del lado de la lluvia
se entornaron
el año que una mujer partió de negro.*

Como ocurre en otros poemas el tú es el espejo del yo poemático que describe en tercera persona las experiencias ocurridas al yo. Se vuelve al pasado para enumerar lo perdido: los leñadores alemanes, el bosque como gigante verde, las toneleras de Rahue Alto.

La clave del poema son las afirmaciones: “aún no sabes si la casa” “está parada en este mundo, porque/ disimula tus fantasmas” del pasado y el coraje

*de hincarse a conversar de amor
mientras se están muriendo tus raíces*

Ello significa seguir viviendo gracias al amor.

En “Pequeñas profecías” (*Pido...* 94) ese Dios del otro reino es “un Dios que no conozco/ me ofrecerá la salvación”.

“Maitenes” (*Pido...* 95) el hombre tocado por el llamado religioso, queda desvelado y vulnerable como un sietemesino con las mucosas lastimadas (reiteración de las imágenes fetales). El llamado no implica el encuentro. Produce solamente un estado de alerta:

*esperando que pase algún Mesías
a señalarte la puerta de salida*

El poema “Gedicht” (*Pido...* 98-99) enumera las ausencias provocadas por la muerte de Helga, la amiga alemana. La forma de expresión de dichas ausencias origina la serie tanatológica: grietas, desvanecida, oxidadas, última palabras, agua podrida, estancar, nada regresa.

La muerte es "grieta que bordeamos". Realidad que disfraza con "máscaras", "agua de colonia", "traje de fantasía". Pero lo que había sido vago cambio de reino es ahora un claro "te pusiste al lado de Dios". A partir de este poema comienza a vislumbrarse la posibilidad de exorcizar la muerte en la esperanza de salvación en un Dios que da vida eterna.

En "Dios es nuestro amigo" (*Pido...* 101) los pasos a la fe se van haciendo seguros y firmes.

Como Dios es nuestro amigo

[...]

Yo confío

Este confiar se despliega en forma repetitiva en "Jaculatorias" (*Pido...* 102-103) poema que ya en su título apunta a un modo de oración de la tradición cristiana, muy en boga en la época de la niñez y adolescencia de la autora. Las objetividades descritas en el poema son desoladoras y despiertan duda y escepticismo. El sujeto poemático en esta situación quisiera rezar, pero sólo puede repetir: "Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío".

La esperanza en lo trascendente se interrumpe en un poema notable "Cuadro de comedor" (*Pido...* 112-113) en que se opone a la visión trascendente la mirada hiperrealista¹⁰. La repetición anafórica de "cuadro real", va desplegando situaciones que apuntan a muerte, lejanía y silencio. Situaciones en que el sujeto poético entremezcla recuerdos y experiencias del hoy de la escritura. Pero el cuadro del comedor en que están retratados sus antecesores, no la incluye "donde no estoy pintada". El sujeto poético en un verso separado por el silencio del espacio en blanco afirma en forma segura, superlatirizada por la forma de expresión "donde vivo". Rodeada de muertos, pero viva entre ellos.

"Pido que vuelva mi ángel" (*Pido...* 118-119) cierra el libro de título homónimo. Poema que reitera la forma letánica cuyo ritmo se ha ido imponiendo progresivamente como uno de los medios de la forma de expresión. Incluso la estructura del poema funda su forma de expresión, su unidad en el paralelismo del verso final de todas las estrofas, "pido que vuelva mi ángel" y en la anáfora de "por" que inicia las estrofas dos a seis. La preposición "por" es la adecuada al contenido de la petición en cada caso.

La primera estrofa es ruptura del paralelismo descrito y ruptura de la fórmula cliché del cristianismo "En nombre del Padre..." Que se sustituye en el texto por "En nombre de todo lo perdido". El Ángel es el símbolo de la salvación.

Se pide por los seres que existen sólo en el recuerdo, por lo que pudo ser y no fue, por los que compartieron con el sujeto poético y ya no están. "Por ti y por mí, temblando en esta maldita soledad". Un tú que es personal y que se universaliza incluyendo a todos los seres humanos.

En *La Gallina Castellana y otros huevos* (1995) el sujeto de la producción ha logrado el manejo pleno de los procedimientos utilizados para dar cuenta de expe-

¹⁰ Mirada que es una constante definitoria en la obra de D. Domínguez. El sujeto de la producción autoclasifica su escritura como hiperrealista en "Papel de antecedentes" (*La Gallina...* 19).

riencias reales individuales y colectivas a través del uso del lenguaje coloquial y del humor. Procedimientos que en muchas ocasiones intentan quebrar la tragedia que atraviesa gran parte de los textos. Sin contradecirse con lo anterior se intensifica la creación de imágenes imposibles en que se acercan realidades lejanas, de predicaciones impertinentes e inconsecuencias en la coordinación del discurso.

"Caldo de Cultivo" (*La Gallina*...16-17) es un poema que apunta a la situación del hombre de no saber quién es, de sentirse precario, vulnerable, semiperdido; y, en definitiva, entre lo trascendente y la hiperrealidad terrestre. El sentido último del hombre de una vida posterior a la muerte es un problema no resuelto, sino en la tensión de

*no hay quien (aguante) con un pie arriba y el
otro abajo para siempre...*

El yo busca su identidad, pero "caminando con los ojos cerrados" sin saber si su experiencia es de "parto o muerte", en la duda de estar en la vida o en la muerte, "—entre nacida y no nacida". Una gradación progresiva de la situación de silencio rige la primera etapa del poema (ojos cerrados, atorada de mudez, "ensartada al pescuezo").

En el intento de afirmar la identidad se recurre a documentos como la fe de bautismo¹¹

*Y yo agarrada de mi fe de bautismo
Perteneciente a:*

Donde debiera estar el nombre hay un espacio en blanco, está el silencio, la no respuesta a lo esperado. Más adelante, se recurre a los objetos que la han rodeado y a experiencias vividas como las del mestizaje de "los bosques de Viena a la chilena". Pero la angustia persiste y el sujeto poético reconoce

*y yo acorralada en mi geografía de fin de mundo
sin disimular la ojera metafísica de esta vigilancia,
amanecida como viuda de Dios en pos del
amor eterno...*

La expresión "viuda de Dios" queda abierta a diferentes lecturas. Se ha perdido a Dios o Dios ha muerto y no hay salida. Sin embargo, en la última estrofa el hablante poético "precisando al Jesús que desciende / pre-ci-san-do..." La separación silábica enfatiza y superlativiza la necesidad del sujeto. Su urgencia por el encuentro con lo divino

*por que no hay quién aguante
no hay quién (aguante) con un pie arriba y el
otro abajo para siempre*

¹¹ No es un documento civil al que se recurre, sino religioso. Este hecho es indicio de la evolución que se ha ido produciendo en los textos.

La imagen imposible, abre una dimensión cósmica que no coincide con lo coloquial del lenguaje. La forma de expresión mezcla humor y características antipoéticas y abre a la resolución de una trascendencia que es "preciso" llegue a concreción.

"Santísima Trinidad" (*La Gallina...* 24-25). Un poema notable que retrotrae al acto creador. Una poética del acto de la producción que presenta al sujeto en espera de la revelación que pondrá fin a la mudez del hablante¹². El rasgo que en el contexto de la actual investigación me interesa es la peculiar relación con lo sagrado. Se evoca a la Trinidad en la forma más ortodoxa del cristianismo y se la une a una realidad alejada, estableciendo un choque a nivel de contenido y de forma de expresión:

*En el nombre del Padre
del Hijo
del Espíritu Santo, y
de esta frazada para taparnos del frío*

Lo que une las realidades alejadas en el aspecto amparador de ambas.

La posición existencialista del yo poético surge de circunstancias concretas del sujeto de la producción. Por ello, su existencialismo se contacta con el de Marcel y Castelli, más que con el de Heidegger o Sartre.

El título "Unos arriba y otros abajo" (*La Gallina...* 31) es la explicitación de dos ámbitos posibles para la vida humana. Ámbitos ya sugeridos en "Caldo de cultivo" y en la dualidad de "Santísima Trinidad".

El motivo de la tradición genésica del hombre formado con barro de la tierra, del hombre que es polvo y al polvo volverá. Precariedad y vulnerabilidad que en este poema es exorcizada por la presencia de un Dios paciente que se preocupa de vivos y muertos.

"Adiós dientes de leche" (*La Gallina...* 34-35) abre la posibilidad de una muerte que es sólo imitación de muerte. "Y tú, mi Dios, decides".

4. CONCLUSIÓN

Pienso que el último poema publicado hasta *La Gallina Castellana y otros huevos* por Delia Domínguez, "Adiós dientes de leche" es exactamente la conclusión del trayecto de la escritura y del trayecto de mi recepción de los libros analizados desde la perspectiva adoptada en el presente trabajo.

El título del poema incluye a nivel de contenido y de forma de expresión la palabra de Dios.

La vía de acceso a la poesía de la autora en esta etapa de mi investigación, ha consistido en el seguimiento de las matrices

a) Nacimiento a una vida que desde el inicio se configura como *ser para la muerte*; y b) el intento de exorcizar la muerte en la esperanza de un modo de existir posterior, en algún lugar otro, una forma *sui generis* de resurrección. Las respuestas

¹² Tema estudiado en el artículo ya aludido.

fueron, salvo excepciones, bastante ambiguas. Sin embargo, en este último poema emerge una respuesta clara y definitiva al problema de existir fundada en la fe. Esta respuesta está explícita en dos versos que considero claves para la interpretación global de los textos estudiados: *Pablo Rico*:

*Tendré que pronunciarme entre la salvación y la condenación
—sin saber cuál es la salvación tendré que pronunciarme.*

La solución está en un “pronunciarme”, es decir, en una decisión libre y voluntaria que asume el ser humano en forma personal. La decisión por la fe es una decisión a oscuras. En ella se juega el uso de la libertad.

La última estrofa del poema y del libro es el indicio claro de que el sujeto poético resuelve el problema existencial dando un salto a lo desconocido:

Muda ante ti, mi Dios

Muda, nada puede ser dicho frente a lo divino. El lenguaje es incapaz de expresar lo numinoso. El silencio, graficado por un espacio en blanco al interior del verso y una coma, marca lo dicho como un acto de entrega y amor a un Dios que no se conoce. —“ni ojo vio, ni oído oyó”—, frente al cual no cabe sino la adoración.

El existencialismo de Delia Domínguez no apunta a la nada, sino a la locura de la fe.

CARTA DE LLUVIA DESDE EL DESIERTO PARA JORGE TEILLIER¹

Juan Pablo Riveros

Una tarde húmeda me dijiste: Todavía crees que el amor existe. Luego bebiste lentamente de tu copa. Yo tuve miedo. Era una noche lluviosa de hace varios años en nuestro Concepción del Sur. Te recuerdo con absoluta precisión. Como quien se detiene ante el retrato de un ser querido y que te grita a través de años luz de silencios, o como quien recuerda una grieta incomprensible, o como se recuerda un golpe aleve en público.

No, no muchas palabras. Algunos versos de Rimbaud dichos a medialengua y otros de la Décima Elegía, en alemán:

*Dass ich dereinst, and dem Ausgang der grimmigen Einsicht,
Jubel und Ruhm aufsinge zustimmenden Engeln.*

Pocas palabras, que tú obsesivamente, repetías cada cierto tiempo, durante el solitario juego de la inocencia: este aire puro que entra a nuestros sótanos ciudadanos y que como perros entumidos, amenazan desde su caseta al témpano flotante de la luna. La poesía, Jorge, este juego inocente de Hölderlin, que tanto gusta celebrar la feria del gran mundo y que, sin embargo, tanto desprecian a la hora del dinero. La poesía, aquella senda que conduce a lo Lejano, como una invitación al viaje. No a ese viaje turístico alrededor del mundo, dijiste sonriendo. Se trata del itinerario que conduce a ninguna parte o a nosotros mismos. Que nos lleva a nuestro pueblo, a nuestras alegrías, a nuestros júbilos y tristezas, a la infancia, a nuestras grandes despedidas, despiadadas. Y todo como preparación –como si valiera, en realidad, alguna preparación– para la Gran despedida hacia el Gran Viaje.

Es extraño, pero dijiste esas cosas muy lentamente, entre silencios enormes. Extraño pues no conozco a ningún poeta que esté más lejano de la cátedra, de la academia, que tú. Vas con tu carpeta de versos bajo el brazo, caminas desde el mundo y las modas y las parroquias poéticas, con tu mente abstraída por cuestiones más recónditas, más fundamentales. No hay ni el más mínimo sentimiento de orgullo o de soberbia en esa actitud tuya: *eres el único poeta que conviene conocer vivo*.

Era noche y llovía torrencialmente. El bar estaba lleno de gente sencilla, simple como una gota de nieve en tu bufanda negra. Gente simple para la cual la poesía sencillamente existe. Y que se oculta tras las cosas personales y las limitaciones cotidianas. Hombres que se alejan en silencio de lo efímero y con más expresiones de júbilo que de tristeza. Sin duda, algunos de ellos, lejos de los centros

¹ Este homenaje fue enviado por el autor a Jorge Teillier en septiembre de 1994.

reproductores del dinero –lejos de los órganos financieros– podrían tranquilamente exclamar contigo:

*Daría todo el oro del mundo
Para sentir de nuevo en mi camisa
Las frías monedas de la lluvia.*

Esa poesía tuya, escrita en todos los bares de nuestro país –bebiendo para no olvidar–, triturada en el lento molino interior durante décadas. Porque tus versos no son sentimientos sino experiencias y constituyen el testimonio fidedigno de tu viaje hacia las montañas del dolor primigenio, a cuyos pies brota la fuente de la alegría permanente. Versos que nos llevan a la patria verdadera:

*No dejes que lo que fue tu infancia, esta fidelidad
innombrable de los celestes, te sea revocada por el destino...*

Ahí están tus recorridos por el mítico Lautaro. Lejos de los académicos, del oropel de la inteligencia de los mormones del oro menor. Eres fiel a los pozos luminosos del niño, a los trenes del Sur, a las perdices, al cruel olor a glicinas, a esta lluvia y a las niñas de otras primaveras:

*Voy hacia un pueblo donde nadie me espera
por un solitario camino rural
a fines de verano.*

¿Es que nadie nos espera en algún pueblo? ¿No existe siquiera un pueblo? Nada define más claramente tu itinerario poético que esos versos: caminas por un solitario camino rural en medio de demasiada urbanidad. Vas hacia el País Mayor, hacia el único en el que tenemos todos los derechos, conculcados o no: donde todo permanece inalterado e inalterable, rodeado del misterio de lo inacabado o de lo que no acaba nunca de ocurrir, donde somos ciudadanos por derecho personal con trenes, estaciones, nieves y árboles agotados de lluvia: nuestros *Dominios Perdidos*. Pero no como quien pierde un paraíso –Oh, mi pasado infantil, muñeco que me rompieron– sino como quien busca el rastro de la unidad perdida u opacada de nuestra existencia, los primeros instantes del Gran estallido interior. Y las vastas galaxias interiores que se desplazan a velocidades inimaginables. Nuestra infancia. Como dominio indefenso, territorio sobre el que se ciernen todas las amenazas, el desamparo y la peligrosidad esencial de la vida:

*...sin defensa,
está como nosotros, como los animales en invierno, sin defensa
Más indefensa: pues no conoce escondrijos. Sin defensa,
como si ella misma fuera lo inminente. Sin defensa como un
incendio, como un gigante, como un veneno,
como algo que nos envuelve...*

La infancia que no conoce los mecanismos de fuga de la adultez, es el estado de indefección máximo y, no obstante, es el estado que está más próximo a lo primigenio, a lo original: sólo en la infancia se puede ser verdaderamente auténtico. Pero, Jorge,

*Pensar nisto faz frio, faz forme duma cousa que se não
pode obter.*

Dá-me não sei que remorso absurdo pensar nisto.

Llueve. Los parroquianos de todas partes vacían sus copas. Tu nombre está escrito en la nieve de los cristales. Una cabaña brilla en el bosque nevado: *Una luna silba inmóvil* sobre los firres en un espacio absolutamente habitado por los desérticos resplandores de la nieve. Un gran tren silencioso se aleja con su traqueteo, y los vagones corren con sus ventanas iluminadas hacia las Tierras Madres del Sur. Un niño puro arrastra a un hombre hacia una aventura mayor, hacia el mínimo Archipiélago de los panes. Una tarde nos quedaremos con el grito atragantado en una visión.

Es noche. El bar aún no cierra. Tú estás con aquella aristocracia que te otorga el espíritu. Siempre estaremos bebiendo, como *abejas de lo invisible*, siempre preparados para ese demasiado orden, para esa demasiada catedral que subyace en la aparente pobreza de las palabras.

Hay un tren, Teillier, que está desesperadamente listo para partir. Pero, continúa murmurando y, ahora como siempre, *La Jollie Rousse*. Y revives lentamente estos versos:

*Vous dont la bouche est faite à l'image de celle de Dieu
Bouche qui est l'ordre même
Soyez indulgents quand vous nous comparez
A ceux qui furent la perfection de l'ordre
Nous qui quêtions partout l'aventure
Nous en sommes pas vous ennemis
Nous voulons vous donner de vastes et étranges domaines
Où le mystère en fleurs s'offre à qui veut le cueillir
Il y a là des feux nouveaux des couleurs jamais vues
Mille phantasmes impondérables
Auxquels il faut donner de la réalité
Nous voulons explorer la bonté contrée énorme où tout se tait
Il y aussi le temps qu'on peut chasser ou faire revenir
Pitié pour nous qui combattons toujours aux frontières
De l'illimité et de l'avenir
Pitié pour nos erreurs pitié pour nos péchés*

"Ahí está la esencia", me dijiste. Esa es la Isla del Tesoro que buscamos sin más mapa que el que nos entregaron cuando niños.

Estoy mirando a los gigantes que se pasean por las playas solitarias. Hay buganvilas de estrella en estrella y catedrales que cuelgan de los árboles lunares. Hay ganas, infinitas ganas, Jorge, de caminos, de bergantines, de piratas.

*Adelántate a toda despedida,
como si quedara tras de ti,
como el invierno que justamente se aleja*

Yo, pulgarcito perdido en estos bosques ciudadanos –*Maiz riez riez de moi, Hommes de partout surtout gens d'ici*– busco las migas que has dejado –*Car il y a tant de choses que ye nôse vous dire*–, como mapas –*Tant de choses que vous en me laisseriez pas dire*–, para llegar hasta este escándalo del mundo.

Ayez pitié de moi.

"HISTORIA DE ARROZ CON HABICHUELAS" O EL CARNAVAL DE ANA LYDIA VEGA

María Inés Zaldívar

"Sobre el tema que ahora me propongo escribir
tengo un miedo tan grande que no puedo decir;
con mi ciencia, tan poca, poco he de conseguir.
Vuestro saber, señores, mi falta ha de suplir.

Escolar soy muy rudo, no sabio ni doctor;
aquello que yo diga, entendedlo mejor,
a vuestras correcciones someto yo mi error".

Don Carnal en "De la batalla que tuvo don Carnal con
doña Cuaresma, *El libro de Buen Amor* de Juan Ruiz,
Arcipreste de Hita.

La presencia del carnaval es una característica recurrente en la literatura puertorriqueña contemporánea como puede apreciarse, por nombrar algunos textos y autores, en los cuentos "Maquinolandra" y "Cuando las mujeres quieren a los hombres" aparecidos en *Los papeles de Pandora* (1979) de Rosario Ferré, como también en su novela *Maldito amor* de 1980. Algo similar sucede en *La guaracha del macho Camacho* (1976), novela con factura teatral de Luis Rafael Sánchez, y en la *¿novela?, ¿crónica?* de Edgardo Rodríguez Juliá, *El entierro de Cortijo* (1983). La obra de Lydia Vega no es una excepción a esta tendencia, y es por ello que he escogido uno de sus cuentos para verificar esta afirmación. Presentaré de su volumen *Encaranublado y otros cuentos de naufragio* el cuento "Historia de Arroz con Habichuelas", aparecido dentro de la sección titulada "Napa de vientos y tronadas". Quisiera puntualizar también que al hablar del carnaval y lo carnavalesco me acogeré a la definición acuñada por Mijail Bajtín, y a las lecturas que de él ha hecho Julia Kristeva¹.

Será este prisma el que me permitirá apreciar la fiesta popular como un mundo heterogéneo, diverso y plural que se congrega para celebrar y en el cual todos, sin distinción, pueden expresarse. La fiesta popular donde se da un "contacto libre y familiar entre la gente"².

Pues, el lenguaje del carnaval era la expresión de ese juego cargado de transgresión que, en un juego de cubrir y descubrir, mostraba y escondía la disidencia

¹ Como es ampliamente sabido, Bajtín estudia la cultura cómica popular del Medioevo y del Renacimiento y su lenguaje, en las manifestaciones que ésta tiene en aquellas épocas. Dentro de las formas rituales del espectáculo, se refiere a los festejos carnavalescos y a las obras cómicas representadas en las plazas públicas entre otras manifestaciones similares (Cfr. Con sus estudios acerca de la obra de Rabelais y la de Dostoievski).

² Mijail Bajtín, *Problemas de la poética de Dostoievski*, pág. 173.

ante la cultura oficial y, al hacerlo, daba cuenta de los márgenes, de lo popular, de lo bajo. Era por lo tanto un lenguaje que reconocía una diversidad de voces dentro de sí, voces que lo hacían plurivalente e indeterminado y, sobre todo, ambiguo. En otros términos, en los de Bajtín, el lenguaje carnavalesco articulaba un discurso dialógico.

Una de las características que Julia Kristeva destaca del dialogismo de Bajtín es la ambivalencia. Hablar de ambivalencia es hablar de coexistencia, de asumir la ambigüedad sin intentar resolverla. Según Kristeva, Bajtín nos propone una mirada respetuosa de la diferencia, sin intentos hegemónicos, que asume a cada uno como el resultado de una historia que lo antecede, cargada de diversas voces, y de un presente que incorpora lo plural: lo grande y lo pequeño, lo oficial y lo marginal. Pues bien, el discurso carnavalesco recoge esta palabra polivalente y plurideterminada que va más allá de la lógica del discurso codificado, y encuentra su mayor expresión en él. Se rompe el orden establecido del narrador, y se recoge lo colectivo, lo plural, "el discurso de los oprimidos"³.

Tal como lo veremos en "Historia de Arroz con Habichuelas", todos los que participan en el carnaval son tanto actores como espectadores. En él, a su vez, el sujeto se pierde en la multitud: el sujeto autor, el sujeto personaje, el sujeto lector: todos son sujetos y objetos del juego.

LA "FONDA FELIZ", UN ESPACIO DE HUMOR BLANCO PARA EL CARNAVAL

Si trasladamos el carnaval de la plaza pública medieval o renacentista a la representación que hace una mujer puertorriqueña de fines del siglo veinte, nos encontramos con el cuento "Historia de Arroz con Habichuelas". Podría definirse quizás como un texto alegórico-didáctico, o bien como una *petite histoire*, en oposición a la *grande histoire*, recogida por el discurso literario que identifica a la modernidad⁴.

Desde otro punto de vista, el texto de Vega (como casi la mayoría de su obra) contiene un fuerte carácter paródico. Según Linda Hutcheon la parodia es una repetición diferenciada de textos que establece una distancia crítica entre el trasfondo, es decir, el texto imitado, y la nueva obra que lo incorpora, los textos del primer plano. Para Hutcheon los fines de este recurso pueden ser variados, ya que el espacio que se abre entre los dos planos discursivos puede ser llenado con diver-

³ Esta expresión corresponde a Iris Zavala en su artículo "Dialogía, voces, enunciados: Bajtín y su círculo", aparecido en *Teorías literarias en la actualidad*. Madrid: Ediciones El arquero, 1989, pág. 105. Por otra parte, según José Luis González, en Puerto Rico ha habido una verdadera cadena de opresores y oprimidos. Los opresores criollos han oprimido a la "clase formada por los esclavos (hasta 1873), los peones y los artesanos (obreros, en rigor, hubo muy pocos en el siglo XIX debido a la inexistencia de industrias propiamente dichas en el país)" y, a su vez, los criollos han sido oprimidos por sus dominadores extranjeros. Pero según este autor, la verdadera cultura de los oprimidos, ha sido y es la cultura producida por la primera clase mencionada, cuyas raíces son básicamente tres: la taina, la africana y la española. Cfr. *El país de cuatro pisos*.

⁴ Según tabla de Hassan (1985) en Harvey, pág. 43.

sos contenidos y por lo tanto leído de diversas formas⁵. Si se hace un breve recuento dentro de la actual narrativa hispanoamericana, no resulta fácil este juego paródico cargado de humor "blanco", como sucede en este relato de Vega el cual concentra su fuerza, más que nada, en la celebración lúdica frente al poder del lenguaje como fuente de creación y recreación de la realidad⁶.

"Historia de Arroz con Habichuelas", en cambio, es un breve texto paródico que se inscribe dentro del ámbito que autores como Umberto Eco y más tarde, haciendo una lectura de éste, Mario Margulis, han denominado como de la cultura popular. Es un texto literalmente salido de "la cocina de la escritura" al decir de Rosario Ferré, más exactamente de la "Fonda Feliz" y que, "tomando el sartén por el mango", "usa las tretas del débil" para defenderse de la invasión del poderoso, como diría Josefina Ludmer. El resultado se define por el mismo narrador, en un gesto autorreferencial, quien identifica el texto como un cuento. Y, en este cuento, como en todo cuento, sucede que el tiempo se suspende, los años pasan y pasan, pero los personajes siempre son los mismos. "Pasó el tiempo, como siempre pasa con los cuentos, y no sé decirles exactamente cuánto, pero los que conocen bien la historia de Arroz con Habichuelas dicen que fueron casi cuatro largos siglos" (135).

Es así como, a pesar de la utilización de un lenguaje popular muy actualizado, simple y coloquial, su lectura nos remite a las historias que la abuela narraba (¿o narra aún?) a los nietos para, junto con entretenerlos, enseñarles esas cosas que sucedieron en el pasado remoto y que es importante no olvidar. "Historia de Arroz con Habichuelas" es por lo tanto, también, un texto que puede reconocerse dentro de la transmisión y tradición oral y su contenido alude, a través de la parodia, pero con bastante precisión, a cierto hecho de la historia puertorriqueña: la invasión de Estados Unidos a la isla. Puede decirse, entonces, que su pretexto es el discurso de la historia de Puerto Rico desde hace quinientos años, pasando por la invasión de 1889, hasta hoy, fecha de la recepción del cuento por todos nosotros.

Por otra parte, también percibo en este breve relato de Vega importantes rasgos que lo vinculan con textos medievales españoles tales como *El Libro del Buen Amor* de Juan Ruiz. Resultan evidentes ciertas semejanzas entre ambos textos y, en especial, con la batalla entre don Carnal y doña Cuaresma, donde las huestes de ambos ejércitos están conformados por soldados que se relacionan metonímicamente con los habitantes de la cocina de la "Fonda Feliz":

Las huestes de Don Carnal que se aprestan a la batalla son:

⁵ Los conceptos aquí vertidos corresponden al texto de la autora titulado *A Theory of Parody*. La autora nos plantea que ya en la etimología de la palabra griega está sellada su ambigüedad. Parodia viene de: Odion: canción, poema y Para: significa, por una parte, contra, oposición o contraste entre textos y, al mismo tiempo, junto a, es decir acuerdo o cercanía entre textos.

Esta distancia entre ambos textos se "llena" con frecuencia de ironía, la que no necesariamente tiene que ser una ridiculización, ya que puede tener sólo un carácter lúdico, cosa que al parecer sucede con este texto de Vega.

⁶ Denomino "humor blanco" a este tipo de humor, en oposición al humor negro, el cual está generalmente marcado por la instalación de una sátira cruel y amarga en el espacio intertextual de las parodias contemporáneas.

*gallinas y perdices, conejos y capones,
ánades y lavancos y gordos ansarones;
allí se ejercitaban, cerca de los tizones.*

*Las tajadas de vacas; lechones y cabritos
que por allí saltaban y daban grandes gritos.
Luego los escuderos: muchos quesuelos fritos
que dan con las espuelas a los vinos bien tintos. (165)*

Mientras que doña Cuaresma cierra filas con:

*Vinieron muchas mielgas en esta delantera,
los verdes y jibias son, del flanco barrera;
dura está la pelea, de muy mala manera,
caía en cada bando mucha buena mollera.*

*De parte de Valencia venían las anguilas,
saladas y curadas, en grandes manadillas;
daban a don Carnal por entre las costillas,
las truchas de Alberche dábanle en las mejillas. (167)*

Y tal como siglos atrás se peleaban al otro lado del atlántico (en la imaginación y la escritura de Juan Ruiz) las huestes de don Carnal y doña Cuaresma, aquí y ahora, bajo la pluma de Ana Lydia Vega se enfrentan en singular batalla el mulato soneador y salsero de Habichuelas, y el aristocrático don Arroz:

Arroz era un blanquito finudo y empolvado. Habichuelas: un mulato avispaio y sabrosón. Arroz señoriteaba solo, en eterno pritibodi por los calderos de la "Fonda Feliz", echándose las de su perfil gallego y su jinchura de Ateneo. Habichuelas soneaba alegremente en su salsa con Jamón y Tocino, Ajo y Cebolla, Pimiento y Calabaza, los seis panitas fuertes de gufeo y bembé. Tan distintos eran Arroz y Habichuelas que, a pesar de todos los esfuerzos de la cocinera Ña Jesusa, no se podían ver ni en pintura. (135)

La trama de la historia de Vega está narrada en forma lineal y simple: en la Fonda Feliz, junto a todos los demás habitantes de la alacena, viven el presumido Arroz y el popular Habichuelas quienes no se soportan, se pelean dentro del plato intentando no tocarse y se gozan en la desgracia sufrida por el otro... "Se hacían frente como dos ejércitos de superpotencias peleándose el mundo, calándose uno a otro de arriba a abajo con desconfianza cien por ciento jibara" (134-5)⁷. El narra-

⁷ Las permanentes diferencias y peleas entre Arroz y Habichuelas nos muestran que Ana Lydia Vega no comparte la visión del tiempo anterior a la invasión norteamericana como un tiempo de "vieja felicidad colectiva" al decir de Albizu. Al parecer su postura se acerca más a la de Hostos, quien afirma que el régimen colonial español había dejado en Puerto Rico "una sociedad donde se vivía bajo la providencia de la barbarie". Cfr. *El país de cuatro pisos* de José Luis González. Es así también como la autora identifica a través de la blancura de Arroz y la mulatez de Habichuelas, el permanente conflicto racial que ha ido acompañando la historia de Puerto Rico.

dor o narradora cuenta que sólo el “tenedor respetuoso” de los obreros que almorzaban en la fonda juntaba a los enemigos “en un mismo y reñido bocado mortal” (135), y que esta batalla entre ambos duró muchísimos años, hasta que sucede un hecho inesperado: un nuevo personaje llega la “Fonda Feliz”. Este: “era largo y flaco como La Pelona. Colorao, pero no del colorao saludable y atractivo de Habichuelas, sino de un colorao jinchote, como carne viva después de una quemadura” (135).

Para sorpresa de los habitantes de la alacena este “señor” tiene privilegios sobre todos los demás: lo instalan dentro del congelador de la nevera. “...Apartamento aparte con aire acondicionado, ni más ni menos” (136). Este extraño manjar empieza a popularizarse y a desplazar al arroz con habichuelas. Acostado en un pan, sobre su plato plástico, bañado con unas salsas de colores extraños, y acompañado por una “bebida color gracia de vaca”, termina siendo el más solicitado en la fonda. Pero llega un momento en que la situación se hace intolerable: la “Fonda Feliz” pasa a llamarse nada menos que el Japi Jordó. Esto provocó “ique el despelote cundiera por aquella cocina!” (137) y luego hubiera una urgente reunión en la alacena⁸.

En forma inesperada, al día siguiente, alguien pide arroz con habichuelas y, ante este hecho, todos se esmeran en lucir lo mejor posible. Arroz y Habichuelas, más hermosos que nunca en el plato, se miran aún con cierta desconfianza. Pero, sin previo aviso Ña Jesusa les planta al Jordó en medio de los dos... Y ahí sí empieza el carnaval: apenas la cocinera deja el plato frente al cliente “aquello fue Jayuya”:

Olvidando el asco de más de cuatro veces centenario que los separaba, venciendo el miedo más de cuatro veces centenario que los mantenía en su sitio, reuniendo la fuerza más de cuatro veces centenario que llevaba dentro, Arroz y Habichuelas se juntaron: grano con salsa y salsa con grano, gordo con flaco, flaco con gordo, rojo con blanco, blanco con rojo, y de un tremendísimo empujón, pusieron a volar al místico mistel, echándolo definitivamente fuera del plato. ¡Y qué placer, qué alegría la de revolcarse juntos dando vueltas de camero, jugando y bailoteando, riendo y periqueando y festejando su triunfo, abrazaditos como dos hermanos! (139)

La invasión del enemigo común los hace solidarios y, olvidando todo tipo de diferencias durante siglos, se unen “En criollo casorio. En mestizo menjunge. En puertorriqueñísimo pacto para la victoria” (139). Y dicen que esa noche “en la cocina hubo jolgorio” y tanto fue así que “Con una alegría tan profunda y tan contagiosa que yo también me puse a cantar” (140)⁹.

⁸ En esa reunión todos se desahogaron y se vertieron las más variadas opiniones acerca del Jordó: “Ave María, que cosa más fea. Parece un pionono reventao que le han vaciao encima una dita e sofrito.

—Un deo machuca con un esparadrapomal puesto es lo que parece el mistel ese.

—O un chorizo revejío maquillao con talco, a lo Cucaracha Martina acomplejá.

—Al que se eche eso al cuerpo le darán por lo menos retortijones”. Pág. 137.

⁹ El subrayado es mío. Una actitud muy positiva y optimista (¿ingenua como el relato de Vega?) tiene también Juan Luis González al evaluar el actual estado de cosas en Puerto Rico “Lo que está ocurriendo en el Puerto Rico de nuestros días es el resquebrajamiento espectacular e irreparable del

En las dos últimas líneas del cuento, en un segundo gesto autorreferencial, el narrador se incorpora al texto, mejor dicho, se incorpora al carnaval dentro del texto, para celebrar la victoria. Empieza a funcionar la categoría carnavalesca donde se percibe "el contacto libre y familiar entre la gente". Ante el destronamiento del rey Jordó, el plato de arroz con habichuelas, la alacena, y la cocina entera, se transforma en el espacio carnavalesco donde se rompen todos los límites jerárquicos, sociales, políticos, sexuales, religiosos y, en este caso, culinarios y también textuales. Estamos en el espacio en que todos participan en el juego por igual; allí todos son protagonistas: el elegante don Arroz, el popular Habichuelas, los ingredientes de la alacea, y hasta la narradora (quiero definitivamente concederle el género femenino). Todos ellos son y representan al mismo tiempo: son cara y máscara, son ficción y realidad. En el carnaval el sujeto se pierde en la multitud: el sujeto autor, el sujeto personaje, el sujeto narrador y también nosotros, los sujetos lectores: todos somos sujetos y objetos del juego. Es a través de este lenguaje humorístico, ambiguo, y ambivalente, que Ana Lydia Vega esconde la disidencia ante la cultura oficial puertorriqueña y da cuenta de los márgenes y de lo que hay más allá de esos márgenes: los que siempre escuchan pero nunca hablan.

LITERATURA Y CULTURA POPULAR

Quisiera destacar cómo a través de este "humor blanco", la parodia que Vega hace de la historia de su país adquiere un carácter lúdico, pero no por eso evade la crítica social. La trama simple del texto, sus manifiestas intenciones didácticas subversivas, la utilización de un lenguaje popular, híbrido, que no sólo utiliza clichés coloquiales, sino que además incorpora algo del *spanglish* que hemos apreciado en otros de sus cuentos haciendo sospechosa la seriedad del texto, y casi imposible su clasificación¹⁰.

Antes decía que "Historia de Arroz con Habichuelas" podría definirse como un texto de carácter alegórico-didáctico, con la factura de un cuento infantil. Según hemos ido viendo, existe una referencia explícita a la historia de la isla caribeña, y existe en el relato la intencionalidad de una re-escritura de ciertos hechos históricos que permitan proyectar un desenlace distinto al actual estado de cosas en Puerto Rico. Surgen de inmediato varias preguntas: ¿es este un cuento que pueda insertarse dentro del canon estético de la "creación literaria", propiamente tal?, ¿o es un texto que se circunscribe a lo alegórico didáctico?, ¿tiene un valor estético o es sólo un ingenioso panfleto subversivo? Sería imposible dar una respuesta clara y totalizadora ya que nos topamos nada menos que con el complejísimo problema de fijar límites y dar opiniones respecto a lo que es arte y a lo que no lo es. Aquí no me interesa encaminar el análisis de este texto hacia esa dirección. Quisiera solamente, para iluminar el área de conflicto a que hemos llegado, incorporar la cuestión del valor estético en términos de la ya antigua dicotomía entre cultura popular y cultura oficial.

cuarto piso que el capitalismo tardío norteamericano y el populismo oportunista puertorriqueño le añadieron a la sociedad insular a partir de la década de los cuarenta" (38-39).

¹⁰ Uno de los textos de Ana Lydia Vega que es más representativo en este sentido, es "Pollito Chicken", aparecido en el volumen de cuentos *Virgenes y mártires*, que recoge cuentos suyos y de Carmen Lugo Filippi.

Congruente con una visión pluralista, de aceptación de lo diverso, Umberto Eco desmitifica la concepción purista de la cultura que la estratifica en distintos niveles, y dentro de ellos a la literatura, en géneros "cultos" y de "masas", definidos, según su denominación, por criterios "apocalípticos" e "integrados", respectivamente¹¹. Desde una perspectiva apocalíptica, la cultura de masas representa la anticultura ya que, según su óptica elitista, una cultura compartida por todos, producida de manera que se adapte a todos, y elaborada a medida de todos, no tiene sentido. En oposición a lo anterior, desde un criterio integrado se afirma que, debido a que estamos viviendo una época de ampliación del campo cultural —la televisión, los periódicos, la radio, el cine, las historietas, internet, etc. Están al alcance de todos— estamos ante la presencia de un arte y una cultura popular.

Tal como Bajtín se remonta al hombre medieval como el principal punto de referencia de lo carnavalesco y lo popular, Eco, desde un punto de vista "integrado", analiza la concepción ya caduca de lo culto, remontándose al hombre renacentista como su arquetipo, el cual aún opera en nuestra valoración y juicio para determinar lo "verdaderamente" culto o literario, según sea el caso. Eco percibe atisbos del inicio de la ruptura entre la cultura oficial, selectiva, patrimonio de unos pocos, y la de las masas, en el siglo XII, ejemplificando a través de la *Apología ad Guillelmum, Sancti Theodorici Remensis Abbati*, de San Bernardo, en la cual el autor critica al Abad Suger por querer hacer de la catedral un "libro abierto" donde el pueblo, los fieles, pudiesen "leer" los contenidos de la "cultura oficial". Eco nos dice que en ese contexto histórico, cuyo modelo cultural medieval era orgánico e integral, "la única posibilidad de educar a las masas era a través de la traducción en imágenes de los contenidos oficiales de la cultura. [Por lo tanto], Suger había hecho propio el programa del Sínodo de Arrás: "...*pictura est laicorum literatura*". Pero, según él, se produce realmente el fenómeno llamado cultura de masas cuando éstas "entran como protagonistas en la vida social y participan en las cuestiones públicas"¹².

Hablar de cultura de masas en la actualidad, según Eco, es complejo y confuso ya que ésta representa un signo de contradicción propio de nuestra civilización: proviene de arriba, de la cultura oficial en vez de surgir desde abajo; representa y propone situaciones humanas que, aunque modelan nuestra conducta, no siempre tienen conexión con la vida de quienes consumen dichos modelos. Pensemos en los avisos publicitarios, con hermosas rubias, galanes en autos deportivos y otras situaciones similares, mirados en el televisor de una vivienda marginal en cualquiera de nuestros países latinoamericanos. Se caracteriza también por ser efímera, por plantearse más bien en términos del efecto que desea y espera producir —odio, amor, muerte—, que por sí misma; y se dirige, especialmente, a un consumidor que Eco denomina como medio-bajo. Si se define el producto de esta cultura de masas en relación al mensaje que transmite, podemos hablar de "comunicaciones de masa" o "mass media". En ese sentido, todos somos, querámoslo o no, consumidores de una cultura creada "a chorro conti-

¹¹ Cfr. Eco, Umberto: *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*.

¹² Eco: *Apocalípticos*, pág. 30

nuo, elaborada industrialmente en serie y transmitida según los canales comerciales de un consumo regido por la oferta y la demanda"¹³. Difícil es hablar, por tanto, de una fórmula teórica única para analizar la cultura de masas. Abordar lo que ésta significa supone tomar en cuenta sus diversas formas de expresión, la manera cómo se utiliza, la recepción que tiene, es decir, la forma cómo se disfruta o se rechaza, el contexto cultural en el cual está inserta y el trasfondo político y social que le entrega una función determinada.

Historia de Arroz con Habichuelas, aunque responde más bien a características "integradas" de la cultura, según la denominación de Eco, no se identifica plenamente con su concepto de la actual cultura de masas: ésta no proviene desde arriba hacia abajo, sino por el contrario, si atendemos especialmente al tipo de lenguaje que utiliza y a su carácter oral, nos daremos cuenta de que es una historia que se transmite entre iguales. Por otra parte, la conducta que propone no favorece a la cultura oficial, más bien se rebela frente a ella. Puedo destacar también que existe una total conexión entre los modelos que propone y quienes son sus potenciales consumidores: ¿qué más elemental, menos sofisticado para el pueblo puertorriqueño que un plato de arroz con habichuelas, que una alacena, que una cocina? La actual cultura de masas se caracteriza también, según Eco, por plantearse en términos del efecto a corto plazo que desea producir. Esta característica difiere de "Historia de Arroz con Habichuelas". ¿Podría pensarse, acaso, en la toma de conciencia acerca de la historia del país como un objetivo posible de obtener a corto plazo, posible de calendarizar? En el texto el apuro no existe: éste abarca varios siglos y no hay ninguna indicación que señale un término de algún tipo. Por último, los productos de la cultura de masas se dirigen, especialmente, a un consumidor que Eco denomina como medio-bajo, pero el consumidor de esta historia puede ser de diversos grupos sociales. En este caso, por ejemplo, los consumidores de este texto somos nosotros, como también podría serlo un niño o un obrero que almuerza en la "Fonda Feliz".

Pienso que el texto de Ana Lydia Vega se relaciona más bien con ése del Abad Suger, en el siglo XII, que quiere hacer de la catedral un "libro abierto" donde el pueblo pueda leer los contenidos de la cultura oficial. La narración de la historia puertorriqueña a través de un inocente cuento para niños, subvierte el discurso histórico oficial y, a través de un humor blanco, nos entrega una versión de los hechos al alcance de todos.

Mario Margulis define el término cultura popular, en oposición a esta cultura de masas impuesta desde arriba, que se relaciona con la línea argumental del texto de Vega. El crítico dice que: "La cultura popular auténtica, dentro de un contexto social de denominación y explotación, es el sistema de respuestas solidarias, creadas por los grupos oprimidos, frente a las necesidades de liberación"(44). "Historia de Arroz con Habichuelas" es entonces un texto inscrito dentro de la cultura popular y se inserta en dicho espacio a través de una doble articulación. Por una parte, a través de un argumento que narra la historia de un grupo de oprimidos que supera las diferencias individuales y se une para liberarse; y luego porque se apropia, tanto del lenguaje popular como del lenguaje del

¹³ Eco: *Apocalípticos*, pág. 34.

opresor (del inglés), y elabora un discurso alternativo que se libera del discurso oficial. Vega utiliza el mismo lenguaje que la cultura oficial usa a través de los medios de comunicación masivos para reprimir y desarticular, pero se apropia de él, lo re-elabora y, a través de una nueva articulación, lo resemantiza y lo devuelve, ya no como un lenguaje del opresor hacia el oprimido, sino como un lenguaje de resistencia frente al canon.

Por último, la idea de David Harvey de que, "todos los grupos tienen el derecho de hablar por sí mismos, con su propia voz, y que esa voz sea aceptada como auténtica y legítima, es esencial para la postura pluralista del postmodernismo"¹⁴, es tomada en su más justa expresión por Ana Lydia Vega. Ella utiliza este lenguaje coloquial, híbrido, lleno de clichés que nos vincula con la cultura popular y que subvierte el discurso de la historia oficial, pues toma muy en serio esto de que los diferentes grupos marginados tienen el derecho de hablar en su propio lenguaje. "Historia de Arroz con Habichuelas", a través de un humor blanco en apariencias inocente, da testimonio de ello.

BIBLIOGRAFÍA

Bajtín, Mijail, *Problemas de la poética de Dostoievski*, traducción de Tatiana Bubnova, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

La Cultura Popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francois Rabelais, traducción de Julio Forcat y César Conroy, Madrid, Alianza Universidad, 1987.

Eco, Humberto, *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, Barcelona, Editorial Lumen, 1968.

Ferré, Rosario, "La cocina de la escritura" en *Sitio a Eros*, México, Joaquín Mortiz, 1980.

González, José Luis, *El país de cuatro pisos*, Río Piedras, Puerto Rico, Ediciones Huracán, 1989.

Harvey, David, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Changes*, Oxford, Basil Blackwell Ltda., 1990.

Hutcheon, Linda, *A Theory of Parody, The Teaching of Twentieth-Century Art Forms*, New York, Methuen, 1985.

Kristeva, Julia, "La palabra, el diálogo, la novela" en *Semiótica I*. Madrid: Fundamentos, 1978.

Ludmer, Josefina, "Tretas del débil" en *La sartén por el mango*, de Patricia Elena González y Eliana Ortega, Puerto Rico, 1980.

Margulis, Mario, *La cultura popular*, Adolfo Colombres (compilador), México, La red de Jonás, 1987.

¹⁴ "All groups have a right to speak for themselves, in their own voice, and have that voice accepted as authentic and legitimate is essential to the pluralistic stance of", *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Original of Cultural Changes*, pág. 48, afirma David Harvey, luego de hacer un análisis acerca de postmodernidad y el lenguaje en autores como Lyotard, Foucault y Carol Gilligan, entre otros.

Riffaterre, Michael, *Ensayos de estilística estructural*, traducción de Pere Gimferrer y Jem Cabanes, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1976.

Ruiz, Juan, Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, versión de María Brey Mariño, 6a ed., Madrid, Castalia, 1967.

Solotorevsky, Myrna, *Literatura-Paraliteratura*, Maryland, Ediciones Hispamérica, 1988.

Vega, Ana Lydia, *Encáncaranublado y otros cuentos del sur*, Río Piedras, Editorial Antillana, 1983.

Zavala, Iris M. "Dialogía, voces, enunciados: Bajtín y su círculo" en *Teorías literarias en la actualidad*, Madrid, Ediciones El Arquero, 1989.

BOSQUEJO DE UNA ÉTICA PARA INMORTALES

Eduardo Sabrovsky

“Si un hombre pudiera escribir un libro de ética que realmente fuera un libro de ética, este libro destruiría, como una explosión, todos los demás libros del mundo”.

Ludwig Wittgenstein, *Conferencia sobre Ética*, 1929.

1. En su Epílogo a *El Aleph*, fechado en Buenos Aires el 3 de mayo de 1949, año de publicación de aquel libro, Borges caracteriza el relato “El inmortal” como un “bosquejo de una ética para inmortales” (OCI, 629¹). Este ensayo pretende dilucidar el enigma que tal frase propone.

2. “El inmortal” puede ser leído como una parábola sobre la escritura: sobre la relación entre el *espacio literario* (Blanchot), y la figura, tornada problemática y evanescente, del autor². Para el observador borgiano, en efecto –ese observador de la literatura, ese *lector* que Borges personifica de manera ejemplar– este espacio aparece como la condición de posibilidad del hecho literario. Condición de posibilidad que tal hecho –la obra, situada, fechada, signada– se limita a actualizar: para que ocurra, la literatura ha de estar allí, como una reserva, una memoria, un inconsciente del cual la obra necesariamente se nutre, al margen de las intenciones del autor.

La atención puesta en el espacio literario por sobre las obras que lo actualizarían explica la predilección de Borges por la cita y el comentario; su preferencia por “la escritura de notas sobre libros imaginarios”, por sobre el “desvarío laborioso y empobrecedor... de componer vastos libros” (OCI, 429). Se encuentra también en la base de la borgiana deconstrucción de la figura del autor, y su sustitución –estructuralismo *avant la lettre*– por un juego intertextual que opera al margen de toda intencionalidad subjetiva y de toda temporalidad; de la borradura de límites, asimismo, entre géneros literarios (su subsunción, diríamos, bajo la categoría omniabarcante de *escritura*), borradura que se extiende incluso al privilegio tradicional de la teoría por sobre la ficción³.

¹ Todas las referencias a textos de Borges corresponden a *Obras Completas*, Emecé Editores, Barcelona 1996, y se individualizan mediante un número romano para el volumen, y un número arábigo para la página. Cuando corresponde, se indica también el título del libro en el cual fue publicado originalmente el texto.

² De hecho, así ha sido leído, ejemplarmente, por Carlos Pérez Villalobos, (“El eterno retorno de Homero”, *Cuadernos Arcis-Lom* N°3, Santiago de Chile mayo-junio 1996, págs. 99-115); también por Enrique Pezzoni (Annick Louis, comp., *Enrique Pezzoni lector de Borges. Lecciones de literatura 1984-1988*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires 1999, págs. 169-187).

³ “...la metafísica es una rama de la literatura fantástica” afirman los metafísicos de Tlön (“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, OCI 436). Así, saldan a favor de la ficción una polémica milenaria, y se hacen partícipes de una concepción que Borges propone en ensayos y epílogos (ver por ejemplo: OCI 280, OCI 152). “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, fábula de un mundo invadido por una enciclopedia, es otra parábola del espacio literario, así como del nominalismo que (ver más adelante), se halla en su base.

Temporalidad es la posibilidad de inscribir lo nuevo –aquello que irrumpe: el evento, la singularidad– al interior de una historia, de un mundo; de integrarlo en su horizonte, despojándolo con ello de su potencial desarticulador. En Borges, en cambio, la temporalidad literaria –historia de la literatura– ha sido sustituida por una configuración espacial. Es la biblioteca –Biblioteca de Babel– de la cual toda diacronía ha sido expulsada (“desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente”, nos informa el narrador de la célebre alegoría borgiana), dando lugar a una presencia y disponibilidad desoladoras y absolutas (“la Biblioteca es total”). Esta sustitución –genuina “refutación del tiempo”– legitima el uso del concepto de “espacio literario” en referencia a la estrategia escritural borgiana. Y sólo a partir de su consumación –recién entonces– será posible hacer de la novedad una modalidad del olvido, como en el pasaje de Francis Bacon con que Borges encabeza “El inmortal” (“...that all novelty is but oblivion”).

La refutación del tiempo implícita en la idea de espacio literario, y plasmada en la alegoría de la Biblioteca de Babel, puede ser vista como una proyección ideal de la atmósfera sincrónica de las bibliotecas que Borges tanto frecuentó; atmósfera que, con la “museificación” contemporánea de la cultura, con la proliferación de soportes tecnológicos para la cita, el *pastiche* o el *remake* escapa –conjeturamos– de su secular confinamiento en recintos cerrados. A ello habría que agregar la paulatina aparición de la figura moderna del “hombre de letras”, que el propio Borges discierne en figuras como Flaubert, Mallarmé y Valéry, y la misma invención de la literatura como actividad específica, sustraída de servidumbres hacia esos viejos administradores de la temporalidad histórica, la religión y el estado.

Nada impide ampliar este panorama, de la refutación de la temporalidad literaria a la refutación de la temporalidad histórica en cuanto tal, haciendo entrar en juego al nominalismo, determinación fundamental del pensamiento borgiano. Para Borges, en efecto, el nominalismo constituye una suerte de horizonte irrebasable de la cultura moderna. Su ubicuidad es tal, que se ha tornado invisible:

“El nominalismo, antes la novedad de unos pocos, hoy abarca a toda la gente; su victoria es tan vasta y fundamental, que su nombre es inútil. Nadie se declara nominalista, porque no hay quien sea otra cosa”,

escribe Borges en “De las alegorías a las novelas” (*Otras Inquisiciones*, OCII, págs. 122–124), donde hace un seguimiento de dicha victoria. Nominalismo y realismo serían los nombres de los contendores una y otra vez enfrentados a lo largo de la historia de la filosofía (que no es, previene, “un vano museo de distracciones y de juegos verbales”). “Para el realismo”, agrega Borges, “lo primordial eran los universales... para el nominalismo, los individuos”. Y es el triunfo epocal de este último lo que explica el paso de la alegoría, “fábula de abstracciones”, a la “fábula de individuos”, la novela, evento para el cual Borges propone una fecha ideal: aquel día de 1382, dice,

“en que Geoffrey Chaucer, que tal vez no se creía nominalista, quiso traducir al inglés el verso de Boccaccio ‘*E con gli occulti ferri I Tradimenti*’ (Y con hierros ocultos las Traiciones), y lo repitió de este modo: ‘*The smyler with the knyfe under the cloke*’ (El que sonríe, con el cuchillo bajo la capa)”.

¿Qué se juega en esta disputa filosófica fundamental? Nuestra relación con la temporalidad histórica, nada más ni nada menos. Bajo la apariencia de una tesis ontológica, en efecto, —los universales como elementos últimos de lo real— el realismo postula una esencial correspondencia entre el ser y el pensar, entre el lenguaje y la realidad. Ahora bien, las palabras son abstractas, universales: este sencillo hecho basta para que el lenguaje sea un dispositivo de olvido de diferencias, de universalización. Se sigue que, para que el lenguaje pudiese agotar lo real, el tejido último de las cosas tendría que estar constituido por universales: manifiesto o vergonzante, todo realismo es entonces un platonismo. El nominalismo, en cambio, querría mantener abierta la brecha entre las palabras y las cosas. Por eso, lo real se le presenta como el bullir de una singularidad irreductible, de una complejidad infinita, que la universalidad del lenguaje jamás podría aprehender.

La dialéctica de la “fábula de individuos”, la novela inaugurada por el gesto insignificante de Chaucer, podría ilustrar esta imposibilidad. En un primer momento, en efecto, la novela se propone la inscripción de la realidad individual en el medio del lenguaje. En la medida en que lo consigue, se hace “novela realista”: fábula de individuos universalizados —nótese el oxímoron, que anticipa el desenlace— en la terminología borgiana. Pero ese triunfo es, a la vez, su fracaso: los individuos que ella ha integrado al horizonte del lenguaje no son ya individuos, sino abstracciones. Así, los poderes del lenguaje se han de medir, siempre desigualmente, con una realidad escurridiza: como en las paradojas eleáticas que tanto interesaron a Borges, cada vez que estos poderes parecen haber logrado su meta, la meta se ha desplazado y los aguarda, en un más allá. Y es que se trata de una meta trascendente, pero cuya trascendencia no es ya la trascendencia “blanca”, conmensurable con la palabra y por tanto consoladora, del realismo, sino una trascendencia opaca, ante la cual la palabra no podría sino fracasar.

Bouvard y Pécuchet —“el hombre que con Madame Bovary forjó la novela clásica fue también el primero en romperla”, dice Borges en referencia a su autor; el *Lord Chandos* de Von Hoffmannsthal —a quien “todo se le disgrega en fragmentos” y que, a falta de una lengua perfecta (en la cual “hablan las cosas mudas”), opta por el silencio; el *Ulises* de Joyce —“con sus planos y horarios y precisiones, la espléndida agonía de un género” (Borges nuevamente)—: he aquí algunos posibles hitos de este fracaso, cuya consumación ficciona el propio Borges en “Funes el memorioso”. Esta, como sabemos, es la historia de un peón de campo, un tal Ireneo Funes quien, *perdida la capacidad de olvidar* a causa de un accidente, yace inmovilizado en su lecho de enfermo. Ante la infinita singularidad de la experiencia, que se le viene encima como una avalancha de desechos (“mi memoria, señor, es como un vaciadero de basuras”, dirá en algún momento al narrador, durante una larga noche de insomnio), Funes desprecia y resiente la universalidad de las palabras. No puede dormir ni tampoco, concluye el narrador, pensar: “pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer” (*Ficciones*, OCI, pág. 490)¹. “Funes el memorioso” (¿mi-

¹El poema “El insomnio” (*El Otro el Mismo*, OCII, 237–8) trata también del insomnio, de la incapacidad de olvidar, de los desechos (“sobras de Buenos Aires”), de la inmortalidad (“Creo en esta noche en la terrible inmortalidad”). Se podría hacer un paralelo con la concepción de sueño en Blanchot (en “El dormir, la noche”, texto incluido en *El espacio literario*); también con la experien-

niatura borgiana de *Bouvard y Pécuchet*?) sería, desde esta perspectiva, la estación final del recorrido iniciado por Chaucer: la parábola de un nominalismo desdichado, que experimenta la universalidad del lenguaje como un extrañamiento de lo real, como un exilio.

Pero, ¿quién tiene la razón? ¿Son o no correspondientes, el ser y el pensar? Pregunta indecible, en la medida en que requeriría de un pensar del pensar, al cual se le plantearía la misma pregunta. Pregunta ineludible, sin embargo, en la cual se juega el ser histórico y sus límites. En efecto, en la experiencia inmediata, "ser" y "pensar" no son equivalentes. "Todo lo real es racional, todo lo racional es real", pudo proclamar Hegel, pero nada en la experiencia cotidiana lo avala (por eso hace falta la filosofía). En la breve y a menudo dolorosa vida humana, en efecto, raramente sucede que las cuentas morales cuadren, como la razón lo exigiría: el bien es raramente recompensado, el mal raramente castigado. Para que ello ocurra, hace falta una prórroga. Esta prórroga es la historia. La historia es siempre historia sagrada: sea abiertamente, como historia orientada hacia la salvación, o de manera encubierta, como historia secularizada del progreso. La historia es el dispositivo terapéutico que legitima el sufrimiento, y que, en cuanto temporalidad que va más allá de la duración de la vida individual, hace posible la vida política. La historia ha sido la suprema tecnología política, mediante la cual los hombres del poder, los "atletas del Estado" obsesionados por las "grandes cosas"⁵, se las han arreglado para articular grandes masas de energía humana en torno a sus megaproyectos.

Para el realismo, el universo es un libro escrito en caracteres legibles por el ser humano. No por todos los seres humanos, ciertamente, sino solamente por los elegidos a quienes ha sido dada la clave, que permite leerlo y traducirlo en normas ético-políticas, que dicen a sus semejantes cómo vivir para alcanzar la salvación. El realismo es el factor fundamental de legitimación de los poderes históricos. El nominalismo, en cambio, cuyo tiempo está hecho de instantes sincrónicos y espacializados, es hostil a la historia y a los poderes que ella inviste. Instalado en la brecha entre el ser y el pensar —esa herida siempre abierta y sangrante— intenta extraer, de esa distancia, las energías simbólicas para juzgar a la historia como un bloque, recusando toda identidad entre ética y política.

La refutación nominalista de la temporalidad histórica se encuentra en la base de la Era Moderna, desde que la Reforma lanzó al espacio público el nominalismo elaborado en los conventos de la Alta Edad Media. La idea nominalista de un Dios cuyos designios, en virtud de su propia divinidad, han de ser impenetrables para la razón humana, adoptada por Lutero y Calvino, socava radicalmente los fundamentos del poder terrenal de la Iglesia. Derivan de allí rasgos tan centrales de la Modernidad como la primacía de la conciencia individual, devenida único punto de contacto entre el ser humano y una trascendencia incierta, así como la legitimación y ulterior desarrollo de formas sistémicas —avalóricas y por tanto ahistóricas:

cia fundamental que Lévinas (*El tiempo y el otro*) caracteriza como la experiencia del "il-y-a" (del "hay", anónimo).

⁵ Peter Sloterdijk, *En el mismo barco*, trad. Manuel Fontán del Campo, Ediciones Siruela, Madrid 1994, págs. 39-40.

no suman ni restan a la cuenta de la salvación— de acción, poder y articulación social, como son la tecnociencia y el mercado. Para bien y para mal, y aunque aún por largo tiempo la conciencia moderna haya de estar dividida entre historia y espacio, la temporalidad de la historia ha sido socavada en su base, refutada.

And yet, and yet... Al concluir su "Nueva Refutación del Tiempo", Borges —"Borges"—, desdoblado en lector de su propio texto, denuncia la vanidad de aquella empresa: "negar la sucesión temporal, negar el yo, negar el universo astronómico", son, reflexiona, "consuelos secretos" ante un destino "irreversible y de hierro", que suele plasmar en figuras bruscas, como el río, el tigre o el fuego. "El tiempo es la sustancia de la cual estoy hecho", dice también. Y concluye: "El mundo, desgraciadamente, es real; yo, desgraciadamente, soy Borges." (*Nuevas Inquisiciones*, OCII, págs. 148–149). Pero atención: sólo ante una conciencia nominalista, sustraída de la historia, arrojada a un espacio sin consuelo ni salvación, lo real puede aparecer como ese férreo destino. El remedio (el consuelo secreto) coincide aquí con la enfermedad misma⁶. No obstante, lo nuevo (lo real, excediendo toda anticipación, toda posibilidad) no ha quedado cancelado. Por el contrario, se hace presente ahora como alteridad radical: como exterioridad refractaria a toda inscripción en un horizonte temporal: como "acontecimiento mesiánico" (Benjamin), catástrofe anhelada y temida —así la muerte, en la obra borgiana— de las tradiciones místicas que, conjeturamos, apoyándonos en parte en el propio Borges, trabajan subterráneamente la conciencia de la Modernidad⁷.

3. "El inmortal" se presenta como la relación de un manuscrito hallado en una edición de la *Iliada* de Pope adquirida en 1929 por la princesa de Lucinge de un cierto Joseph Cartaphilus, misterioso anticuario de Esmima muerto poco después. El manuscrito cuenta la historia de Flaminio Rufo, tribuno romano estacionado frente al Mar Rojo quien, decepcionado por haber logrado "apenas divisar el rostro de Marte", se lanza en busca de un río cuyas aguas otorgan la inmortalidad, del cual ha tenido noticia por un jinete agonizante. Luego de atravesar inhóspitos territorios, Flaminio Rufo se halla, herido y exhausto, en la ladera de una montaña habitada por trogloditas, que viven allí una existencia subhumana, casi mineral. Desde esa ladera, en la otra orilla de un arroyo impuro, se divisa una ciudad fabulosa, que Flaminio Rufo identifica con la Ciudad de los Inmortales. La ciudad, no obstante, está desierta, y su arquitectura es monstruosa. Flaminio Rufo, decepcionado en su búsqueda, se asimila a la vida monótona y elemental de los trogloditas, con los cuales —particularmente con uno de ellos al que, recordando al perro de Ulises, ha llamado "Argos"— intenta en vano entablar comunicación. Hasta que,

⁶ Tautología de la cultura: todas las culturas se legitiman ofreciendo soluciones a problemas que ellas mismas han inventado (y fracasan en ello). La distancia entre el problema y la solución constituye el espacio donde se instala la tarea; el fracaso es la evidencia de que la tarea era imposible.

⁷ En este sentido, debiera ser posible, y fructífero, aproximar las miradas saturninas, melancólicas, místicas, de Benjamin y Adorno, a la de Borges.

Un inventario de figuras borgianas de la exterioridad —de lo Real, al margen de toda inscripción simbólica— debiera incluir también el cuchillo (la espada), y el Sur (la experiencia sudamericana tal como aparece en el relato "El Sur" (*Artificios*, 1944), o en el "Poema Conjetural" (*El otro, el mismo*, 1964): "...al fin me encuentro/con mi destino sudamericano", piensa el Coronel Francisco Laprida mientras aguarda la muerte —"el íntimo cuchillo en la garganta"— en medio de "la noche lateral de los pantanos" (OCII, 245).

después de una inesperada lluvia sobre el desierto, la verdad le es revelada. Los trogloditas son los inmortales, y su miserable condición es resultado de la indiferencia inherente a la eternidad. El arroyo junto al cual habitan es el anhelado río; la montruosa ciudad ha sido construida por ellos como un monumento al caos. "Argos" resulta ser Homero; más de mil cien años han transcurrido desde que escribió la obra que, con Flaminio Rufo, ha salido a su reencuentro. Finalmente, los inmortales abandonarán su indolencia, saliendo en busca de un río que, conjeturan, ha de restituirles la mortalidad. A Flaminio Rufo, desdoblado ya en el *homme de lettres* Joseph Cartaphilus, le será dado este hallazgo. El manuscrito que relata estos hechos está redactado, es posible inferir, poco antes de su muerte.

Terminada la relación de estos asombrosos acontecimientos, somos testigos de un nuevo desdoblamiento: el narrador *in fabula* Joseph Cartaphilus, reduplicado ahora en avezado lector de su propio texto, nos hace partícipes de una información, si cabe, aún más asombrosa: *la historia que he narrado parece irreal porque en ella se mezclan los sucesos de dos hombres distintos*, dice (OCI, 543). El segundo hombre sería Homero, cuyos hábitos literarios se adivinarían bajo la superficie original del texto. Un nuevo comentario, esta vez a cargo del narrador principal de la historia ("Borges") viene a completar esta información. Este comentario reseña, a su vez, un comentario del manuscrito de Cartaphilus, obra de "la tenacísima pluma del Dr. Nahum Cordovero". En aquél, "que bíblicamente se titula *A Coat of Many Colours*", Corcovero eruditamente multiplica las citas que tramarian el texto de Cartaphilus: ve en él un centón, un *patchwork* de referencias que van desde Plinio hasta Bernard Shaw⁸. Finalmente, dictamina que el documento sería apócrifo. "Borges" por su parte, sin rechazar la erudición de Cordovero, niega su conclusión. Lo hace con estas sugerentes palabras, con las cuales la narración concluye: " 'Cuando se acerca el fin —escribió Cartaphilus—, ya no quedan imágenes del recuerdo; sólo quedan palabras'. Palabras, palabras despedazadas y mutiladas, palabras de otros, fue la pobre limosna que le dejaron las horas y los siglos". (OCI, 544).

Estas "palabras de otros" constituyen precisamente el inconsciente, el espacio literario que desde la sombra han venido trabajando el texto de Cartaphilus, hasta el punto de hacer su autoría difusa, anónima. "Yo se sido Homero; en breve seré Nadie, como Ulises; en breve seré todos: estaré muerto", ha dicho también Cartaphilus, anticipando su muerte (OCI, 543). La originalidad, la novedad de la escritura de Cartaphilus —de toda escritura— no es, entonces, más que una apariencia, un olvido que la cercanía del fin disipa. El espacio literario, como el lenguaje sobre el cual está montado, borra las diferencias que constituyen la ilusoria individualidad, e instala al hombre de letras en una eternidad que no es plenitud, sino indiferencia. La muerte juega aquí un rol polivalente. Por una parte, su carácter

⁸ *A coat of many colours* es, según la *King James Version*, la prenda que Jacob confeccionó para su hijo José en señal de afecto (Gen., 37, 3). El nombre "Nahum Cordovero" es obviamente sefardita. Moisés Cordovero fue, de hecho, un cabalista, un místico judío de la diáspora de Safed, en el siglo XVI. Nahum —observa Pezzoni— significa "consuelo". ¿El consuelo aportado por un ilusorio rescate de la figura del autor, desde las profundas aguas del espacio literario? Por otra parte, ¿quién inaugura la tradición de leer la *Biblia* como si fuese un centón? Tras el erudito y tenaz Nahum Cordovero se recorta quizás la figura de Baruch Spinoza, "libre de la metáfora y el mito" (*El otro, el mismo*, OCII 308).

inexorable, refractario a toda disolución en el medio del lenguaje –a toda refutación: *and yet, and yet...*– determina que, para el sujeto que ha hecho la experiencia de la inmortalidad (de la palabra, de la escritura), la muerte sea el acontecer único de su diferencia: por ello –se trata de una constante en Borges– el sujeto sólo puede reconocerse a sí mismo, y existir plenamente, en la fugaz inminencia de la muerte. “La muerte”, observa Cartaphilus,

“(o su alusión) hace preciosos y patéticos a los hombres. Estos conmueven por su condición de fantasmas; cada acto que ejecutan puede ser el último; no hay rostro que no esté por desdibujarse como el rostro de un sueño. Todo entre los mortales tiene el valor de lo irrecuperable, y de lo azaroso”⁹.

Reconocimiento peculiar, pues consiste en una negación. La muerte es el instante en que esa fugaz subjetividad se sabe ilusoria; en el cual, no obstante, y en virtud del mismo saber, parece acceder a una irrefutable realidad. La existencia, a la vez, no sería sino postergación, resistencia ante la succión del mar primordial de la palabra. Una teoría de la subjetividad moderna podría iniciarse aquí. La idea moderna del sujeto, en efecto, tiene como núcleo la noción de *autonomía* (Kant): el sujeto es aquel espacio sustraído de toda legislación *heterónoma*, de toda determinación que no provenga de su propia razón. No obstante, todo en la modernidad proclama la heteronomía: el sujeto será disuelto, sucesivamente, en la legislación causal de la física (el mecanicismo de raíz newtoniana), en la legislación económica (Marx), en la domesticación, la vigilancia y el castigo (Nietzsche, Foucault), en las pulsiones del inconsciente (Freud) y –*last but not least*– en el lenguaje (“el lenguaje habla”, Heidegger). Pero sólo un sujeto podría proclamar la disolución del sujeto. El sujeto es quien dice “no existo”; quien diciéndolo –afirmando una y otra vez su calidad de “hombre sin atributos” (Musil), su naufragio– se sustrae fugaz y paradójicamente de toda determinación, y conquista fugazmente su autonomía. El sacrificio es esta estrategia de afirmación por aniquilación, siempre al borde del abismo¹⁰. La subjetividad moderna tendría una estructura sacrificial –“pienso, luego no existo, luego existo...”– suerte de forma desplegada, conjeturamos, de la experiencia del *cogito* cartesiano, y su verdad.

Imposible no ver, por otra parte, en ese lector al borde del abismo, capaz de discernir en todo texto la recurrencia de una tradición, la transposición literaria del propio Borges, lector memorioso que, en “El inmortal” y en otros relatos, habría fabulado el mito fundacional de su propia literatura. El mito es un discurso

⁹ Oci, 541. Este sentimiento se encuentra articulado también en numerosos poemas. “Elogio de la sombra” (Oci, 395–6) termina con los siguientes versos: “...Llego a mi centro, /a mi álgebra y mi clave, /a mi espejo. /Pronto sabré quien soy”. En el Epílogo de *El Hacedor* (1960) se dice: “Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara”. (Oci, 232). Esta idea se repite, con palabras muy similares, en el poema “La Suma” (*Los conjurados*, Oci, 470).

¹⁰ Para el concepto de sacrificio, ver: Georges Bataille, *La parte maldita*, trad. Fco. Muñoz de Escalona, Icaria, Barcelona 1987.

performativo, que permite saltar del ser al deber ser –de la constatación de que algo es el caso, a la ética– y que, consiguientemente, inviste a quien lo enuncia de una legitimidad transvaloradora, normativa¹¹. De esta manera Borges, por mediación de este mito fundacional, parece proponernos su escritura como modelo normativo: como esa ética para inmortales u hombres de letras –emanación de la obra borgiana y a la vez su investidura– cuyo contenido aún ignoramos, pero que haría posible juzgar la artísticidad, el carácter más o menos logrado de las obras literarias. Este carácter normativo daría cuenta, además, del lugar hegemónico de la práctica literaria asociada al nombre de Borges en la cultura global de la memoria¹² de la segunda mitad del siglo xx.

4. El inconsciente literario que trama desde la sombra el manuscrito de Joseph Cartaphilus tiene –esta sería una de las ideas centrales de “El inmortal”– un nombre: Homero. Homero, de quien, como de Shakespeare, convenientemente nada o casi nada sabemos¹³. Homero, cuya circunstancia privativa consiste, ha dicho Borges, en la “dificultad categórica de saber lo que pertenece al poeta y lo que pertenece al lenguaje”¹⁴; nombre vacío, entonces, a través del cual el lenguaje y la tradición literaria de Occidente hablarían sin interferencias. Tal tradición, representada en sus textos paradigmáticos, constituiría la genuina *Escritura*, a la cual la cultura de Occidente inexorablemente habría de volver; suerte de capital simbólico, de dimensión finita –“Cuatro son las historias. Durante el tiempo que nos queda seguiremos narrándolas, transformadas”, dice Borges en “Los cuatro ciclos”¹⁵–a cuenta del cual las *escrituras* singulares, empíricas, inevitablemente habrían de girar.

Pero, ¿es posible compatibilizar el nominalismo, para el cual lo primordial, como sabemos, son los individuos y las obras individuales, con la idea de espacio literario, en el cual precisamente toda autoría individual queda disuelta? ¿Y es posible acaso una ética nominalista –una estética, para el caso da igual– que vaya más allá de la convención, las buenas maneras, la costumbre o la mera indiferencia¹⁶? Es tiempo de abordar estas preguntas, que desde el inicio rondan a este texto.

¹¹ “Transvaloración” es la traducción literal de la *Umwertung* nietzscheana. Nótese la paradójica estrategia transvaloradora de Borges, en virtud de la cual el sujeto de la escritura inicialmente se borra (“Si las páginas de este libro consienten algún verso feliz, perdóneme el lector la descortesía de haberlo usurpado yo, previamente”, escribía Borges ya en 1923, en la dedicatoria del *Fervor de Buenos Aires*). Pero, seguidamente, esa borradura le confiere un *status* oracular: la literatura hablaría por su intermedio, ni más ni menos.

¹² Huyssen, Andreas, “La cultura de la memoria: medios, política, amnesia”, *Revista de Crítica Cultural* N°18, Santiago de Chile, Junio 1999.

¹³ “Nadie hubo en él: detrás de su rostro (que aún a través de las malas pinturas de la época no se parece a ningún otro) y de sus palabras, que eran copiosas, fantásticas y agitadas, no había más que un poco de frío, un sueño no soñado por alguien”. Así es Shakespeare, en *Everything and nothing* (*El hacedor*, OCH 181–2), a quien Dios dirige las siguientes palabras: “Yo tampoco soy; yo soñé el mundo como tú soñaste mi obra, mi Shakespeare, y entre las formas de mi sueño estabas tú, que como yo eres muchos y nadie”.

¹⁴ “Las versiones homéricas”, *Discusión* (1932), OCH, 240.

¹⁵ *El oro de los tigres* (1972), OCH, 504.

¹⁶ La costumbre es la explicación empirista para toda forma de universalidad. Y sólo indiferencia experimentan los inmortales frente al dolor. Así también, los moradores de la Biblioteca de Babel

5. El espacio literario, hemos dicho, es la condición de posibilidad de las escrituras empíricas. Este carácter, llamado "trascendental" en la lengua filosófica, lo define. Ahora bien: la idea de posibilidad constituye, precisamente, el punto de apoyo al que recurre Kant para intentar transferir el contenido normativo de la vieja metafísica a la cultura nominalista de la modernidad, fundando el proyecto de una modernidad no carente de contenido ético. La posibilidad, en efecto, es una suerte de fantasma, un aura metafísica adherida a los fenómenos¹⁷: un fantasma dotado, no obstante, de una consistencia ontológica de la cual los fenómenos, en su contingencia, están desprovistos. La observación de fenómenos, en efecto, sólo permite inferir regularidades estadísticas, que se expresan en enunciados generales. El espacio que los *hace posibles*, en cambio, da lugar a enunciados universales, necesarios. Pero un enunciado universal trasciende la mera existencia empírica, tal como un observador igualmente empírico la podría constatar: incluso a nivel de los fenómenos físicos, expresa un "deber ser", una norma a la cual los hechos, observados o no (ípero atención: observables!), necesariamente se han de ajustar.

El interés de Kant por la ciencia de Newton y Galileo –plasmada en su consigna: "poner a la filosofía en el camino seguro de ciencia"– cobra sentido en el contexto de su audaz empresa filosófica: la búsqueda de algún vestigio de normatividad, un punto de apoyo que permita instalar una ética en el horizonte de la modernidad. La ciencia moderna constituye una suerte de avanzada del empirismo de la modernidad: no obstante, ella reivindica el derecho a hablar de los fenómenos en términos de enunciados universales y necesarios, de modo que las leyes de Newton serían tan válidas en el planeta Tierra como en las galaxias más recónditas. ¿Cómo, se pregunta Kant, son posibles enunciados (juicios) que hablan de experiencia, y sin embargo se las arreglan para ser universales? ¿Cómo es posible que haya enunciados universales que, sin embargo, no estén desprovistos de contenido empírico, que no sean vacíos como los de la lógica formal? En la pregunta está la respuesta. La *posibilidad*, que antecede a la realidad fenoménica, es la clave de la universalidad; la idea de posibilidad aporta la metafísica mínima –grado cero de la metafísica– que requiere el paso del ser empírico a la norma, en condiciones modernas. Ahora bien: lo mismo sucede –no puede sino suceder– con la borgiana "ética para inmortales". De allí que el "bosquejo" de tal ética nos sea dado en un texto que funda míticamente la idea de espacio literario, condición de posibilidad de fenómenos literarios, de obras literarias singulares.

La posibilidad –tal es su pretensión– anticipa, prefigura la experiencia que se encontraría tramada por ella. O, más bien, a través del concepto de posibilidad, una cierta experiencia, fenoménica o literaria, histórica y culturalmente situada, es investida imaginariamente en norma: en el producto, no ya de la incierta historia humana, sino de un designio escrito en el cielo de las esencias. No es raro entonces que los poderes corrosivos de la razón moderna –las distintas "hermenéuticas de la sospecha"¹⁸– se hayan lanzado contra el remanente meta-

no experimentan más que indiferencia ante la destrucción de cualquier volumen singular, dado que se lo hallará repetido, con imperceptibles variaciones, un número indefinido de veces.

¹⁷ "La posibilidad del movimiento debe ser más bien como una sombra del movimiento mismo". Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones Filosóficas*, (194).

¹⁸ La expresión es de Paul Ricoeur, en referencia al pensamiento de Marx, Nietzsche y Freud.

físico presente en el pensamiento trascendental, haciendo su historia profana, su generalología: reconduciéndolo al complejo de circunstancias y experiencias contingentes que constituirían su humano, demasiado humano origen. No obstante, el propio ejercicio crítico de la razón supone a su vez una norma: un *plus* de significación desde el cual, como lo exige por lo demás el difuso nominalismo de la modernidad, la historia pueda ser observada y juzgada. Pero de esta manera, en un nivel superior de la espiral del pensamiento crítico, posibilidad y norma se vuelven a hacer incómodamente presentes. Finalmente, la idea de posibilidad – así ocurre por ejemplo en *Minima Moralia*, la “ciencia melancólica” de Adorno – queda reducida a un punto virtual: a una imposible pero imprescindible “perspectiva de la redención”, suerte de hipóstasis espacial y visual de un preguntar interminable¹⁹.

Ahora bien, el espacio literario, transposición al terreno de la literatura de esa metafísica mínima que toda ética parece requerir, no puede sino experimentar un proceso paralelo de depuración de contenidos positivos, de accessis mística. Más arriba, en efecto, hemos asimilado este espacio a la tradición literaria: a una Escritura, Libro Absoluto que las escrituras empíricas no podrían sino repetir²⁰. Hasta ahí era posible entender –los nombres de Homero y Shakespeare, la idea de las

¹⁹ “Para terminar.” Así inicia Adorno el aforismo que cierra *Minima Moralia*, el cual prosigue: “El único modo que aún le queda a la filosofía de responsabilizarse a la vista de la desesperación es intentar ver las cosas tal como aparecen desde la perspectiva de la redención. El conocimiento no tiene otra luz iluminadora que la que arroja la idea de redención: todo lo demás se agota en meras reconstrucciones y se reduce a mera técnica”. “Esta posición, –agrega más adelante– representa lo absolutamente imposible, puesto que presupone una ubicación fuera del círculo mágico de la existencia, aunque sólo sea en un grado mínimo, cuando todo conocimiento posible, para que adquiera validez no sólo hay que extraerlo de lo que es, sino que también, y por lo mismo, está afectado por la deformación y la precariedad mismas de las que intenta salir”. Pero el pensamiento “hasta su propia imposibilidad debe asumirla en aras de la posibilidad”. (*Minima Moralia*, 153, trad. Joaquín Chamorro Mielke, Taurus, Madrid, 1987). El pensamiento crítico de la modernidad sabe, en otras palabras, que nada hay sino lo condicionado, y que su propio saber no podría constituir la excepción. En adelante, se le presentan dos alternativas:

Instalarse en un “positivismo feliz” (Foucault), para el cual la distinción condicionado/ incondicionado, y la pretensión de trascender el “círculo mágico de la existencia” son metafísicas, carentes de sentido y deben ser abandonadas. No hay manera de mirar por detrás de nuestro lenguaje y de nuestras prácticas ordinarias; no tiene sentido preguntarse por lo real más allá de este horizonte. No existe descalce alguno entre la razón y la historia: ello, no como el resultado de un drama dialéctico a la Hegel, sino porque no podría ser de otra manera. El constructivismo, la *ordinary language philosophy*, es exponente paradigmático de esta posición.

Persistir en “responsabilizarse a la vista de la desesperación”. Entonces la espiral mística adorniana es ineludible. Sugerentemente, éste es también el camino de pensadores tan disímiles como Bataille o el Wittgenstein del *Tractatus*. Este último, en aras de preservar la posibilidad de la ética, acepta de buena gana la carencia de sentido de ésta, y de la propia empresa intelectual del *Tractatus*. “Sentido” y “carencia de sentido” (*sinloss*) se encuentran aquí, sin embargo, en una relación dialéctica. Lo carente de sentido, en efecto, no es lo meramente “sin sentido” (*unsinnig*): es, más bien, lo Otro del sentido, y su condición de posibilidad (*Tractatus Logico-Philosophicus*, págs. 4.461–4.611).

²⁰ Un Libro Absoluto, dice Borges en uno de los tantos pasajes que dedica a tan fantástica idea, sería “un libro de los libros que incluiría a todos como un arquetipo platónico” (“Nota sobre Walt Whitman”, OC1 249). A continuación hace un inventario de quienes “alimentaron esa ambición”, desde Apolonio de Rodas hasta Joyce, Eliot y Pound, pasando por Donne, Milton, Góngora, Mallarmé

cuatro recurrentes historias así parecen indicarlo— que tal Escritura sí podría estar dotada de un contenido positivo: que podría constituir una suerte de canon literario, como el propuesto por Harold Bloom en *El Canon Occidental*; un canon al cual, “angustia de las influencias” de por medio, toda buena literatura debiera hacer referencia²¹. Pero, ¿qué es una Escritura, un Libro Absoluto? ¿Cuál es la relación entre ella y las escrituras que la repiten, la interpretan?

Un Libro Absoluto puede ser entendido, en principio, como la fuente de una autoridad —autoridad religiosa, política, cultural— igualmente absoluta, que se legitima apelando a su contenido positivo; así es como las instituciones religiosas de las grandes religiones monoteístas han tendido a leer el Libro que contendría su Revelación. No obstante, esta interpretación es frágil: tarde o temprano el pretendido contenido positivo ha de ser presa de algún Dr. Nahum Cordovero —de un crítico cultural, premunido del arsenal de herramientas de la historia y de las ciencias del lenguaje— quien no tendrá dificultad en interpretar el Libro como un centón, una amalgama de textos cuyo supuesto carácter sacro no sería sino la sacralización de una voluntad de poder.

Autoridad religiosa y crítica coinciden aquí en otorgar al Libro un contenido positivo, y sólo difieren en la cuestión de su origen. Ciertas interpretaciones místicas, en cambio, niegan que a lo absoluto pueda asociarse contenido positivo alguno. En ellas, la Escritura se retrae a un punto virtual: un pre-texto, carente de contenido positivo, a partir del cual se desencadena una interpretación infinita. En la mística judía, rica en reflexiones sobre la relación entre lo absoluto y la escritura —lo absoluto como Escritura— esta tendencia se expresa de manera extremadamente plástica y concentrada. Se trata allí de la relación entre la Revelación —la llamada “*Tōrah* escrita”— y la “*Tōrah* oral”, la profusa colección de comentarios, y de comentarios de los comentarios, a los cuales la primera habría dado lugar. Ahora bien, según la audaz imagen propuesta por el místico hasídico del siglo XIX Rabbi Mendel Torum de Rymanow, la “*Tōrah* escrita” —lo que efectivamente habría de palabra divina, absoluta, en los textos considerados sagrados— se reduciría a la letra *aleph*, inicio de la palabra hebrea “yo” (*anoji*), con la cual Adonai inicia su alocución a Moisés en el Sinaí; todo lo demás sería escritura humana, *Tōrah* oral. Pero *aleph* es una letra muda: la sola apertura de la glotis antes de empezar a voca-

(“tout aboutit à un livre”) y Yeats. Habría que agregar a esta lista el nombre del propio Borges, quien más de una vez hace un guiño de complicidad hacia tan ilustre galería de ambiciosos. Un Libro Absoluto, en efecto, es un libro en el que se hallan prefiguradas todas sus lecturas e interpretaciones “posibles” y que, por ende, se comenta a sí mismo. De la misma manera, ciertos relatos de Borges (“El inmortal”, “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, entre otros) incluyen sus comentarios en postdatas que, literalmente, están “postdatadas”, es decir, fechadas con posterioridad a su data de publicación. De esta manera, el comentario borgiano se instala en una suerte de presente intemporal del cual nosotros, sus lectores, con nuestras lecturas e interpretaciones, somos parte. La ficción borgiana aspira a prefigurar a sus lectores, de la misma manera como algún texto de Whitman (“Salut au monde”, 3) postula, según anota el propio Borges, la inmortalidad del poeta mediante el recurso de confundirse con “cada futuro lector” y dialogar en el poema con el otro, con Whitman (“¿Qué oyes, Walt Whitman”). La lectura borgiana de Whitman (“El otro Whitman”; “Nota sobre Walt Whitman”, *Disquisición*, 1932), apunta, nuevamente, hacia la idea de espacio literario.

²¹ The Western Canon. *The Books and School of the Ages*, Riverhead Books 1995; *The anxiety of influence*, Oxford University Press 1973.

lizar; un pre-texto entonces, vacío pero ineludible, que proyecta hacia adelante una cultura de la lectura, de la interpretación²².

En esta vertiente mística es posible reconocer el espíritu antiautoritario, y por ende nominalista, de la modernidad. En efecto: para mantener la tensión ética asociada a la trascendencia, evitando a la vez que juegue del lado del poder, es necesario que el verdadero nombre de la divinidad sea "Nada", y que su palabra, la Escritura, se contraiga en una letra muda. Ahora bien, de la misma manera, sólo la referencia imprescindible a un pre-texto vaciado de contenido podría constituirse, al interior de una cultura nominalista, en imperativo categórico de una "ética para inmortales", en criterio de la artísticidad de las obras literarias. Pero la referencia vaciada de referente no es sino un puro acto de referir: una interrogación, lanzada al vacío, en torno a la artísticidad de la propia obra. Literarias -éticas, artísticas, extra-ordinarias- serían entonces aquellas obras (y sólo aquéllas) que se tematizan a sí mismas, e incluyen en su trama la pregunta obsesiva por la literatura y por su propia artísticidad literaria: obras volcadas autorreferencialmente sobre sí mismas, cuyo prototipo es la misma obra borgiana, que interminablemente intentan darse alcance a sí mismas, que interminablemente traman la teoría de su propia práctica literaria.

6. Por otra parte, con la autorreferencia se cumple, de manera paradójica, la vocación de realismo de la literatura. Realismo, pero no de una realidad aprehendida y a la vez construida en el lenguaje, sino de lo Real como objeto de repulsión y deseo, más allá de toda inscripción. El lugar clásico de la literatura borgiana en el cual esta cuestión se desarrolla es el ensayo "Magias parciales del Quijote", incluido en *Otras Inquisiciones* (1952). Borges pasa revista allí a una serie de ocurrencias de un procedimiento literario que, a partir de un texto de André Gide, suele ser denominado con un término tomado de la heráldica: la puesta en abismo, la *mise en abyme*²³, en virtud de la cual la obra, artefacto simbólico perteneciente al mundo del autor y del lector, irrumpe al interior de sí misma, en el plano ideal de la ficción. El *Quijote*, cuyos personajes, sorprendentemente, son lectores del Quijote y conocen a su autor; *Hamlet*, cuya trama incluye una suerte de miniatura de la propia pieza; la noche 602 de *Las mil y una noches*, en la cual Scherezade inicia un relato que se asemeja alarmantemente al texto que la contiene como personaje, son ejemplos de este recurso, cuyo efecto es una regresión al infinito ("que la reina persista, dice Borges sobre Scherezade, y el inmóvil rey oír para siempre la trunca historia de *Las mil y una noches*, ahora infinita y circular). Ahora bien, reflexionando sobre la inquietud que estos artificios provocan, Borges concluye: "tales inversiones sugieren que, si los caracteres de una ficción pueden ser sus lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios". (OCII, 47).

"Podemos ser ficticios". La autorreferencia pone de manifiesto que los recursos mediante los cuales trazamos los límites de aquello que llamamos "mundo" no difieren, en lo fundamental, de los que pone en juego la literatura para construir

²² Ver para esto: Gershom Scholem, *La cábala y su simbolismo*, trad. José A. Pardo, Siglo XXI, México 1978, págs. 33-34.

²³ El texto de Gide es de 1893, y está incluido en los célebres *Diarios*. Para un análisis contemporáneo de este procedimiento, ver: Lucien Dällenbach, *El relato especular*, trad. Ramón Buenaventura, Visor, Madrid, 1991.

sus ficciones. El mundo es, en otras palabras, una construcción simbólica, un horizonte trazado en el medio del lenguaje. Y una vez que hemos cruzado el umbral de la palabra, no hay vuelta atrás: no es posible mirar por detrás del lenguaje para acceder a lo Real: ello ha quedado atrás como un objeto de deseo, anhelado e imposible ("En aquel preciso momento el hombre se dijo:/ Que no daría yo por la dicha/ De estar a tu lado en Islandia [...] En aquel preciso momento/ El hombre estaba a junto a ella en Islandia", escribe Borges en un poema de sugerente título - "Nostalgia del presente").

Una cosa es estar confinado al lenguaje como a una cárcel (la figura es de Wittgenstein); otra, saber que se lo está. Para ello hace falta un punto de mira, una cierta elevación, que precisamente la autorreferencia proporciona. La autorreferencia es fuente de extrañas paradojas, como la del mentiroso ("yo miento", etc); también de invenciones fantásticas como la del mapa perfecto, que en virtud de su perfección debe contenerse a sí mismo, y nos lanza a una regresión infinita. Tales figuras nos perturban, pero no en virtud de su irracionalidad, sino precisamente por emanar de la lógica, del corazón mismo de la racionalidad. Constituyen así una suerte de equivalente lingüístico de la anamorfosis lacaniana: grietas a través de las cuales, oblicuamente, se vislumbra el destello inquietante de lo Real; vestigios de la ausencia, de la falta que nos constituye, que han quedado depositados en la gramática profunda del lenguaje y la razón. Esta es la clave de lo fantástico borgiano, cuya relación con la "ética para inmortales" quisieramos, por último, poner de manifiesto.

La literatura fantástica convencional, en efecto, le presenta al lector hechos extraños, de difícil explicación, y lo arroja a una vacilación entre una explicación natural (se trataba en verdad de un sueño, o de una alucinación, o de efectos de leyes aún desconocidas, pero naturales), y una explicación sobrenatural. La vacilación, a menudo encarnada en alguno de los personajes, debe ser experimentada por el lector: allí radica lo específico del género²⁴. Sin embargo, hasta aquí la extrañeza no sobrepasa la forma de la legalidad: en uno u otro polo, se trate de una explicación natural o sobrenatural, física o metafísica, la legalidad de la experiencia no ha sido puesta en cuestión. Incluso, se diría que, a la manera de la kantiana "experiencia de lo sublime" (en la cual, por ejemplo, el sujeto, ante el espectáculo de la naturaleza desatada, hace la experiencia de su cuasi-pérdida), la vacilación que induce el relato fantástico constituye una suerte de rito iniciático, al final del cual la soberanía de la razón resulta dramática y triunfalmente confirmada.

No sucede así en el caso de la puesta en abismo borgiana, dispositivo que pretende abrir paso a un desfondamiento más primordial de la experiencia. El narrador de "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" (*El jardín de senderos que se bifurcan*, 1941) es consciente de este efecto cuando, en los prolegómenos del relato, se detiene en la siguiente circunstancia :

"Nos demoró una vasta polémica sobre la ejecución de una novela en primera persona, cuyo narrador omitiera o desfigurara los hechos e incurriera

²⁴Tzevan Todorov, *Introducción a la literatura fantástica*, trad. Silvia Delpy, Ediciones Coyoacán, México, 1994.

en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores –a muy pocos lectores– la adivinación de una realidad atroz o banal”. (OCI, 431).

Lo real, en toda su banalidad y atrocidad, aguarda tras estos juegos especulares. Y la polémica en cuestión, desarrollada sugerentemente en la proximidad de un espejo (“desde el fondo remoto del corredor, el espejo nos acechaba”, advierte el narrador) da paso a un asombroso relato, que nos presenta un mundo invadido por la enciclopedia de un planeta imaginario, Tlön. Relato asombroso en el cual se adivina – ciertas pistas nos conducen a ello– una alegoría del mundo lingüístizado, del mundo construido y deconstruido en el lenguaje, que crecientemente es el nuestro²⁵.

7. La metáfora de la legibilidad del mundo, del universo como un libro “en el cual escribimos inciertamente y en el cual también nos escriben” constituye un tópico borgiano. Un tópico que Borges elabora citando, entre los modernos, a Galileo, a Bacon, a Carlyle, a Bloy; también a Mallarmé, para quien el mundo existiría “para un libro”. (“Del culto de los libros”, *Otras Inquisiciones*). Pero el “libro del mundo” es también la imagen, borgiana *avant la lettre* (sólo que ahora sabemos que *la lettre* es aquello que va siempre –que no puede sino ir– *par avant*), que Ludwig Wittgenstein elabora en su *Conferencia sobre Ética*, para expresar la peculiar identidad de lo real y lo racional que la empresa cognitiva de la modernidad produce. Un libro, éste, en el cual se registra minuciosamente “la descripción total del mundo”. Un libro cuyo contra-libro es, precisamente, ese libro de ética que, en la cita de la misma *Conferencia* que sirve de epígrafe a este texto, amenaza con destruir “como una explosión, todos los demás libros del mundo”.

Por la vía de la autorreferencia y de su efecto abismal, hemos dado con un vínculo entre la paradójica “ética para inmortales” y la apelación a lo Real. No podía ser de otra manera. La ética exige el abandono del “círculo mágico de la existencia” –allí donde lo real y lo racional, la historia y la verdad convergen– para acceder a una Verdad Otra, desde la cual la historia misma pueda ser juzgada. La trascendencia de lo divino, la materia rebelde al concepto del materialismo, la misma idea kantiana de lo incondicionado, han dado sucesivamente soporte a esta exigencia. A nosotros, aplicados funcionarios del libro del mundo, en cambio, nos tocaría experimentarla bajo la forma del retorno, de la sigilosa explosión de lo Real.

²⁵ Mundo poshistórico, también, puesto que sabe que la historia es otro artificio literario más. Así, “ya en la memoria un pasado ficticio ocupa el sitio de otro, del que nada sabemos con certidumbre –ni siquiera que es falso”. (“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, OCI 443).

DOS ESTUDIOS SOBRE JUAN EMAR

Pablo Catalán

a Josette Riandière, con gratitud

PRELUDIO

La publicación de la inmensa obra, hasta hace poco inédita, de Juan Emar habrá producido, es de suponer, un fuerte remezón entre los especialistas del autor. Hasta el momento, vale decir el año 1996, fecha de publicación de la “cinco mil páginas” por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos –DIBAM–, no quedaba más solución que leer los cuatro libros que por ahí circulaban e imaginarse qué habría en las páginas inéditas. Pues bien, ahora lo sabemos. El material de hojas impresas es por cierto impresionante y lo es más lo que en ellas se narra.

No sé si en estos tiempos de técnicas de comunicación y de aparatos interactivos, serán muchos los lectores de esas cinco mil páginas. Pero, en buenas cuentas, eso no importa. Es posible que a pocos les interese que un gusanillo haya atravesado *Los cantos de Maldoror* y que el narrador haya piadosamente sepultado al bichito muerto después de su odisea; o que al poeta César Moro se le caigan las letras del periódico que está leyendo. ¡Pero qué importa!

Pienso que en una obra literaria de tal envergadura hay materia para cuantos quieran entregarse a su estudio. Por mi parte, he tomado la decisión de abordarla por partes tanto en lo que se refiere a lo publicado desde los años treinta como a lo que se editó en 1996. Así entonces, me parece que una serie de estudios monográficos puede ayudar a la comprensión de la obra y despertar la vocación emariana en otros lectores.

Propongo entonces en estas páginas un estudio sobre el breve libro que se titula *Un año* y otro sobre el *Segundo Pilar. El canto del chiquillo. Recuerdos de viaje de Lorenzo Angol*, segundo volumen de las cinco mil páginas. Mi intención es descubrir lo que denomino “las líneas” de la narración. En una narración todo es movimiento, aun el hecho de que un personaje no se mueva.

Invito al lector a seguir mis consideraciones tras el personaje-narrador y a descubrir con él que nada es simple, que nada es evidente, pero que la vida vale la pena de ser vivida, cueste lo que cueste y aunque sea –pero eso ya es mucho– para transformarla en literatura.

UNO

CONSIDERACIONES PARA LA LECTURA DE *UN AÑO* YO EN EL MUNDO

Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate
Inferno, II

El texto de Juan Emar que presentamos en estas páginas se caracteriza, como todos los del autor, por la presencia de un narrador en el mundo que su relato despliega. Este Yo-narrador, presente en su propia narración, es el autor implícito. En la obra emariana desempeña un papel de primera importancia. Fijemos nuestra atención en la relación del Yo-narrador con el mundo narrado.

De manera muy especial en el relato *Un año*—¿novela, novela corta, diario?—este Yo-narrador se muestra no solamente como el productor de la enunciación sino como producto concreto de ésta y sujeto concreto del enunciado. Este Yo es el sujeto al cual se atribuyen los múltiples predicados de la narración. La obra literaria no se reduce a ningún formalismo ni sintáctico ni de otro tipo. Todo formalismo deja de lado lo más medular de lo que todavía podemos llamar literatura.

El relato de Emar, *Un año*, —primero de la trilogía¹— cualquiera sea la categoría en que se le ponga es, antes que nada, “un dietario”, según dice el texto, un diario perfecto y por su perfección misma lo contrario, vale decir un no-diario, la negación del diario tan bien llevado por las manos pulidas de señoritas bien educadas y guiadas por las reglas claras de una gramática todopoderosa:

“Hoy he releído este diario con lentitud y penetración. No lo dudo: tiene que estar bien por la muy simple razón que sigue:

“Todos los días en él anotados empiezan diciendo: Hoy he..., seguido de un participio.

“Hoy he amanecido, hecho, estado, asistido, traspuesto, vivido, vagado, pasado, venido, vuelto, sido, regresado, releído.

“Y diario que comienza siempre de tal modo —puedo asegurarlo—, roza la perfección, pues, cumple, al respecto, con la inviolable ley, ley sagrada!, que han promulgado, desde que los siglos son siglos, todas las jovencitas que se desahogan en papel y tinta, y todos los sabios profesores de gramática y retórica.

Amén”².

Si en todo relato hay una cronología, en un diario es fundamental la indicación explícita de cada fecha; la huella de la instancia temporal de la enunciación grabada para siempre en su producto, el enunciado:

¹ Cf. Alejandro Canseco-Jerez, “Juan Emar architecte de la prose” en *L'avant-garde. Littérature chilienne et ses précurseurs*, sous la direction d'Alejandro Canseco-Jerez, Paris, L'Harmattan, 1994. pág. 28

² Juan Emar, *Un año*, pág. 80.

"Hoy he amanecido apresurado [...] Ahora que escribo estoy tranquilo. Me rodea una paz sin igual"³.

Aunque la indicación precisa del acto de escribir, de la instancia de la enunciación, no esté expresada en cada capítulo con la misma claridad, comprendemos que en cada fecha, primero de cada mes del año, el narrador vive una experiencia extraordinaria, una maravillosa aventura, y la escribe. De ahí la importancia del corto pasaje final que citamos. Este pasaje relata la aparentemente anodina aventura de haber vuelto a leer todo lo que había escrito el narrador y expresa su conclusión sobre su trabajo de escritura, la perfección.

Esta última aventura, la lectura de su propio texto, es también la conclusión de nuestra propia lectura, la de nosotros, lectores. Esta conclusión tiene la virtud de dejarnos a solas con el narrador que, sin preguntarse lo que pensamos, se da por satisfecho de su tarea. Podemos preguntarnos, sin embargo, si ese breve capítulo del 31 de diciembre no es una magistral pirueta que echa por tierra toda la presunta construcción "diario perfecto" y, con una ironía grandiosa, dice lo contrario: no se trata de un simple diario ni menos de un diario de señoritas bien educadas ni de gramáticos exigentes y rígidos.

Aceptemos que el relato *Un año* es un *dietario*⁴. Cada capítulo es la coincidencia de dos comienzos: comienzo del mes y comienzo del relato. Pasa el relato de un mes al otro, mas la aventura narrada ocurre, aun en casos de analepsis que aumentan la dimensión del presente, siempre el primero de cada mes. Es lícito suponer que desde el segundo día el personaje-narrador se entrega al meticuloso e infinito trabajo de la escritura.

Se trata entonces del relato de *Un año*, doce meses en que la supuesta perfección de la escritura se manifiesta en la fórmula "*hoy he*, seguido de participio". Cada primero de cada mes la instancia de la enunciación suena como un campanazo que anuncia lo que se relatará. Pone, en el campo del enunciado, bien sembrado de extrañas plantas, la sorprendente forma de ese *Yo* al que le ocurren curiosos acontecimientos. Aparentemente rompiendo el ritmo del relato, el mes de diciembre aparece dos veces, dos días, primero y treinta y uno, y en este último día del mes y del año el personaje-narrador, ahora lector, lee, desde el principio al fin, su propio relato. Su perfección es un artificio literario: se cierra el acto de escritura, también el acto de lectura, y éste último fin coincide con el fin de año exactamente como en el primer capítulo, 1 de enero, en el que se nos dice que ayer 31 de di-

³ *Ibid.*, pág. 9.

⁴ Dietario: "Libro en que los cronistas de Aragón escribían los sucesos más notables. Libro en que se anotan los ingresos y gastos diarios de una casa" DRA. María Moliner da la misma definición. En el *Diccionario de Autoridades* no aparece dietario pero se define dieta: En lo forense vale el espacio de camino que se puede hacer en un día, que es lo que se llama una jornada... En *Tesoro de la lengua Castellana*, tampoco aparece dietario. Covarrubias define dieta: "Lo que comúnmente se puede caminar en un día, que por otro nombre se llama jornada. Dieta es también el régimen que debe observar un enfermo". El *Diccionario etimológico* de Corominas da, además de las acepciones ya reseñadas, el empleo, en 1286, de *dietarium*: "obra de un día, libro diario". Todas estas acepciones son valiosas y pertinentes para la lectura de *Un año* y sin duda de toda la obra emariana: miles de jornadas, régimen de escritura para poder vivir.

ciembre el personaje-narrador-lector estuvo a punto de terminar de leer *El Quijote*, pero, interrumpido por el caballero regordete, no alcanzó a terminarlo y lo terminó el primero de enero para comenzar enseguida la lectura de otro libro, la *Divina Comedia*. En el ciclo temporal -año- se desarrolla una serie que denominaremos "serie lectura". Ésta interfiere en el tiempo del mundo, de algún modo lo rompe, pero, sin embargo, al mismo tiempo tiende, rompiendo su propio orden de serie, a identificarse con el ciclo espacio-temporal del mundo.

Debemos dar toda la luz necesaria a este problema. Por un lado, un año, de enero a diciembre. Nada nos cuesta imaginarlo como un ciclo que vuelve a comenzar exactamente igual. Se insinúa una simple repetición. Pero por otro lado, la línea de la serie de acontecimientos durante ese año insinúa la diferencia. El primer acontecimiento es el hecho de leer. Este acontecimiento es para el personaje-narrador algo que debe coincidir con el ciclo temporal *un año*:

"Hoy he amanecido apresurado. Todo lo he hecho con apresuramiento vertiginoso: bañarme, vestirme, desayunarme, todo. Y rápidamente también terminé la lectura de *Don Quijote* y empecé la de la *Divina Comedia*"⁵.

Este primero de enero comienza con apresuramiento a causa del retraso en la lectura de un libro y la urgencia de comenzar el siguiente:

"Tal prisa la atribuyo al Quijote y a la fecha.

"Ayer 31 de diciembre, último día del año, justo es que hubiese leído la última página de un libro. Mas no lo hice"⁶.

El retraso tiene una causa precisa, la presencia del caballero regordete. El personaje-narrador, lector del *Quijote*, está leyendo los versos del epitafio cuando el caballero regordete lo interrumpe. Catorce veces consecutivas es interrumpido. Estas interrupciones agotan, dado el temor supersticioso del número catorce, las posibilidades de terminar el *Quijote* a fines de diciembre obligan a terminarlo el día primero de enero del siguiente año y a comenzar de inmediato la lectura del otro libro previsto, *La Divina Comedia*.

La serie de las lecturas tiende a identificarse con el ciclo espacio-temporal *un año*. La lectura de *El Quijote* constituye un ciclo que llega a su término y rompe, en el plano de la diégesis, la circularidad, pues el caballero de la triste figura reconoce que no es don Quijote sino simplemente Alonso Quijano -y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno- y a la vez Cide Hamete dice a su pluma:

"Aquí quedarás, colgada desta espeta y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte.[...] Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno [...] con esto cumplirás con

⁵ Juan Emar, *op.cit.* pág. 5.

⁶ *Ibid.*, pág. 5.

tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo de poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna. Vale”⁷.

El personaje-narrador-lector sale de una historia para precipitarse en otra. Apresurado, agitado, lee desde el comienzo hasta el segundo canto de la *Divina Comedia*. No es casualidad que llegue exactamente hasta el conocido verso: *Entrai per lo cammino alto e silvestro*⁸.

Agitado y movido, como siempre, por una prisa incontenible, el personaje-narrador sale de su casa llevando consigo el libro que estaba leyendo. El personaje-narrador-lector llega al pasaje –o al camino– difícil y salvaje: “Aquí la prisa me obligó a salir de casa”⁹. Sale corriendo por las calles con su libro, ilustrado por Doré, bajo el brazo. Hemos pasado, nosotros, lectores, del mundo del libro que el personaje-narrador estaba leyendo, a un mundo diferente, al mundo cotidiano del personaje-narrador. Éste sale de su casa con su libro cerrado y corre hasta una plaza:

“A un costado un macizo edificio de piedra gris dominado por una torre. Abajo, un pequeña puerta de cuyo umbral arrancaba una escalera igualmente de piedra”¹⁰.

El personaje-narrador, al ver la torre, siente una terrible tentación: subir, con su *Divina Comedia*, para, desde arriba, contemplar tranquilamente el mundo:

“Tregar por dicha escalera hasta la cumbre de la torre, contemplar la ciudad y los campos lejanos y así calmar mi prisa”¹¹.

¿Cómo no ver en esa plaza, en esa torre, una imagen del texto de la *Divina Comedia*? El personaje-narrador, al precipitarse escalera arriba, quiere llegar, saltando etapas, al paraíso, a la contemplación serena. Ansiedad explicable, pero ansiedad castigada. “Di un trastabillón [...] y *La Divina Comedia* se me soltó del brazo y rodó”¹².

El libro, y tras él el personaje-narrador, vuelven a pasar el umbral –palabra clave– ahora en sentido inverso, para quedar fuera de la torre, en la plaza, en el mundo. Y, peor aún, el libro, abierto en la página 152, canto vigésimo tercero, –nuevo umbral, puerta abierta– nos deja a nosotros lectores, como al personaje-

⁷ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Castalia, T.2 198, pág. 593.

⁸ Dante, “Infierno” Canto II (cit. en el texto).

⁹ Juan Emar, *op. cit.* pág. 6.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 6.

¹¹ *Ibid.*, pág. 7.

¹² *Ibid.*, pág. 7.

narrador, ante otra realidad, realidad textual y realidad-imagen: Dante y Virgilio están observando a ese hombre crucificado, *Attraversato e nudo è per la via*¹³.

Este hombre es Caifás, el gran sacerdote que dijo a los fariseos que convenía que un solo hombre muriera por todo el pueblo. El gran sacerdote, que hizo crucificar a Cristo, está allí desnudo, crucificado. Es el mundo, la hipocresía y todos los que pasan, protegidos por una capa, deben hacerle sentir el peso de su desnuda culpa. El personaje-narrador, al ver que comienza a llover, se precipita para recoger su libro. Pero, libro abierto, puerta abierta, al recogerlo, un personaje queda afuera, al otro lado del umbral-libro, se queda fuera del texto, en el texto-mundo del personaje-narrador. Caifás queda crucificado en las piedras de la plaza, en la realidad del personaje-narrador:

“Miré: el buen hombre crecía ahora, se modelaba. Un hombre fuerte, musculado, de negras barbas y cabello hirsuto, desnudo, crucificado, clavado por tierra al medio de una plaza y lloviendo sobre él”¹⁴.

Ecce homo. He aquí el hombre, he aquí el mundo. El personaje-narrador regresa a su casa :

“Toda mi prisa se había desvanecido. Ahora que escribo estoy tranquilo. Me rodea una paz sin igual”¹⁵.

Este primero de enero es un umbral, límite, línea que hay que pasar, o que está prohibido pasar. El personaje-narrador regresa a su casa, pasa el umbral, se pone a escribir –a escribir lo que estamos leyendo– y pasa así otro umbral.

Recapitulemos: 31 de diciembre, 1 de enero: umbral, paso de un año al otro, paso que debió coincidir con el final de la lectura de *El Quijote* –31 de diciembre– y el comienzo de la *Divina Comedia* –1 de enero–, pero que no coincidió. El último día del año debió coincidir con la lectura de las últimas páginas de *El Quijote*, con la lectura de la “muerte” de don Quijote y la vuelta a la conciencia lúcida de Alonso Quijano. Mas el personaje-narrador-lector, interrumpido por el caballero regordete, no termina el libro el 31 sino el 1 de enero. Lee, al fin, el epitafio escrito por Sansón Carrasco y luego las últimas líneas, las palabras de Cide Hamete dirigidas a su “pluma” y las palabras que pone, digámoslo así, en boca de su pluma. Todo este pasaje final de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* establece un *juego de umbrales*. El primero es el umbral del libro, el *incipit* ya lejano, que ahora, al llegar al final del relato y de la historia narrada, nos da una trayectoria, la de la lectura, de la cual se va a salir al leer la última palabra –Vale– y cerrar el lector el libro. Pero hay otros: se pone frente a frente al don Quijote, supuestamente loco, y a don Alonso Quijano, supuestamente cuerdo; este umbral de la razón a la locura, y viceversa, manifiesta a su vez el umbral que separa y comunica la ficción con la realidad. Luego el personaje-narrador-lector pasa otro umbral al comenzar la lec-

¹³ Dante “Infierno” Canto XXIII (cit. en el texto).

¹⁴ Juan Emar, *op.cit.* pág. 9.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 9.

tura de *La Divina Comedia* y entrar en el *cammino alto e silvestro*. Después, la prisa lo conduce a salir de su casa, a pasar el umbral con su libro bajo el brazo para cruzar precipitadamente el umbral de la torre. A partir de este momento todo se viene abajo. No podrá, a causa de un trastabillón, llegar a lo alto de la torre, magnífica altura que le habría permitido abrir su visión contemplativa hacia el mundo entero; no, tal audacia no resulta y el umbral de la puerta de la torre expulsa primero el libro y luego a su lector. El libro abierto es un espacio delimitado en el espacio delimitado de la plaza-mundo. Otro umbral: libro / mundo. Así como el personaje-narrador tuvo que salir de la torre, sale ahora del libro un personaje que queda crucificado en el espacio del mundo. En definitiva, si miramos bien, el destino del personaje-narrador-lector, como el del Caifás crucificado y expulsado del libro, está, no en las alturas sino en el desamparo del este bajo mundo¹⁶. Derelicción significativa para un personaje-narrador-lector y escritor que siente a menudo el hastío de la existencia, el estar harto de un mundo que hay que vivir hasta decir *j'en ai marre* y ser Jean Emar, Juan Emar, el que está harto de la absurda realidad de la existencia.

El personaje-narrador tiene que vivir las experiencias de este bajo mundo, infierno con visos de purgatorio, cuando alguna esperanza aflora, y cerrar su trayectoria con el mismo acto con que había terminado un año y comenzado el siguiente: la lectura, pero ahora la lectura de sus propias andanzas, la lectura de su camino por los diferentes círculos que casi lo llevan a un paraíso, pero sin jamás llegar porque no tiene un Virgilio que lo guíe ni la intercesión celestial de una Beatriz. No le queda más recurso que la escritura – “Ahora que escribo estoy tranquilo. Me rodea una paz sin igual”¹⁷– y el de la lectura. Al llegar al final del año, casi al umbral del siguiente, ha releído este “diario con lentitud y penetración”¹⁸.

LAS ANDANZAS DE UN CABALLERO. COMENTARIO DEL DIETARIO

Veamos ahora las aventuras del personaje-narrador. Hemos de referirnos, en primer lugar, a una premisa fundamental de nuestra lectura. Cada capítulo es un día-umbral y, la premisa es justa, cada uno termina por el acto de escritura. Este hecho, en apariencia anodino en lo que pretende ser un diario perfecto, es esencial en cuanto a la construcción literaria, a la textualización de la experiencia vivida por el personaje-narrador. El personaje-narrador desempeña un triple papel: actúa, escribe y lee. Después de las lecturas preliminares de *El Quijote* y de *La Divina Comedia*, el personaje-narrador es, como el Caifás crucificado en la plaza, un ser que crece, se

¹⁶ Umbral: parte inferior de la puerta; Dintel: parte superior. El relato total emariano se intitula *Umbral*, con el subtítulo “Primer Pilar”, “Segundo Pilar”, “Tercer Pilar”, “Cuarto Pilar”. Cf. Alejandro Canseco-Jerez: ?II Poética. La arquitectura de la prosa, *op.cit.* pág. 26. Partes de *Un año* y de otros textos iniciales, han sido reescritas en las cinco mil páginas que el autor dejó inéditas. En la edición de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, DIBAM, 1996, los volúmenes 1°, 2°, 3° y 4° tienen por título, *Umbral*. Primer, Segundo, Tercero y Cuarto Pilar respectivamente. El volumen quinto tiene por título *Dintel*. En adelante cito DIBAM.

¹⁷ Juan Emar, *op.cit.*, pág. 9.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 80.

modela y cuaja en las tristes "verdades" del mundo, un ser condenado, cualquiera sea su desgano existencial, a vivir la experiencia humana, con, a veces, una vaga esperanza —veremos el viaje en barco— como si pudiera ascender hacia un paraíso. El personaje-narrador no tiene escapatoria y volverá regularmente a lo único que puede darle una paz sin igual, la escritura. El 31 de diciembre lee lo que ha escrito, su propia trayectoria existencial. Comentemos y describamos cada capítulo con el fin de poner de manifiesto las líneas esenciales de esta trayectoria.

31 DE DICIEMBRE: AYER

El personaje-narrador está terminando la lectura del *Quijote*. Interrumpido por el caballero regordete, no logra llegar a las últimas líneas.

Todo el enunciado "Ayer 31 de diciembre..." resulta del acto de enunciación del personaje-narrador el día 1 de enero. En ese enunciado encontramos al sujeto de la enunciación como personaje-narrador que cuenta lo que debía ser ese último día del año para él: un fin de lectura. Terminar el año debía ser terminar la lectura de "El *Quijote*: [...] último día del año, justo es que hubiese leído la última página de un libro"¹⁹. Estos finales debían coincidir para poder pasar el umbral y comenzar una nueva lectura junto con el inicio del nuevo año. Tal coincidencia no se produce porque cuando el personaje-narrador ha llegado a la última página —final no sólo de una historia sino de una existencia— es interrumpido por aquel caballero regordete que mucho nos parece tener de un astuto Sancho Panza²⁰:

"Así iba leyendo cuando un caballero regordete vino a sentarse frente a mi mesa. Nos miramos. Silencio.

Bajé la vista para enterarme de la primera palabra del verso siguiente. El caballero con su diestra golpeó la mesa y me obligó a levantarla.

Esto se repitió catorce veces consecutivas"²¹.

De este modo se introducen dos factores de permanente oposición al personaje-narrador: el caballero regordete y la superstición del número catorce. Las andanzas del personaje-narrador, la ascensión imposible de este desvalido Dante, encontrarán recurrentemente estos factores de oposición. Sin embargo la trayectoria termina con un final feliz si consideramos, primero, que el personaje-narrador sale victorioso de todas sus aventuras y llega al final del año con una concretísima victoria, el manuscrito de su propia trayectoria y la convicción de que lo escrito es perfecto por las razones que él mismo da y que son, claro está, una burla de la estrechez literaria y el reconocimiento de lo nuevo y triunfante de su texto: la escritura, desplegando su ser escritura, el relato enfrentándose con la historia narrada y ésta manipulando las astucias del relato. Abandonemos toda esperanza y sigamos al personaje-narrador cuya pluma, como la de Cide Hamete, es la única apta para narrar tales historias..

¹⁹ *Ibid.*, pág. 5.

²⁰ Se le llama caballero, y no escudero. Pero es regordete y tiene un buen sentido común. Este personaje es polimorfo y tiene nombre y apellido. Veremos más adelante sus otras facetas.

²¹ *Ibid.*, págs. 5-6.

ENERO 1: HOY HE AMANECIDO APRESURADO

Ya nos referimos a este primer día. Destaquemos la referencia a ese ayer 31 de diciembre, día que volvemos a encontrar al final del relato. Encontraremos necesariamente otra vez el final de *un año*. Téngase en cuenta que el año presente, es decir *hogaño*, remite al año anterior, es decir *antaño*, como *hoy* a un necesario *ayer*.

FEBRERO 1: HOY HE HECHO UNA EXPERIENCIA EXTRAORDINARIA

El segundo mes comienza con la experiencia del disco, la voz de Caruso saliendo por la boca del personaje-narrador. Éste se convierte en un cuerpo-tocadiscos:

"Hoy he hecho una experiencia extraordinaria.

"Me puse al centro de la habitación. Allí estiré, recto hacia arriba, recto, puntudo, el índice de mi mano izquierda, mientras los demás dedos quedaban empuñados.

"Y abrí la boca.

"La abrí desmesuradamente.

"Entonces, a través de ella, a través de mi garganta, bajo mi paladar, sobre mi lengua, atropellando los dientes y labios, atronó, retumbó por los ámbitos la voz de Caruso cantando frenético:

*Di quella pira
L'orrendo fuoco!!*²².

Encontramos aquí, como en el mes precedente y luego en el mes de mayo, un claro juego de intertextualidad²³ que, en la extraordinaria experiencia del personaje-narrador con el disco, conduce, más allá de la relación entre textos, a la relación entre voces. La voz de Caruso saliendo de la boca del personaje-narrador es, más que un simple canto, la voz total de la ópera de Verdi, *El Trovador*, libreto de Salvatore Cammarano, terminado, después de la muerte del primero, por Leone Emanuele Bardare, libreto basado en la obra del español Antonio García Gutiérrez, *El trovador*. Son una multiplicidad de voces actualizándose en una voz, esta vez la de Caruso-personaje-narrador y cuerpo-tocadiscos a la vez. Además el pasaje citado, *Di quella pira l'orrendo fuoco*²⁴, se encuentra casi el final del acto tercero y el canto de Manrico es el presentimiento doloroso de otro final —que no se cumplirá—, la muerte posible de la gitana Azucena, su supuesta madre.

Sin forzar la interpretación²⁵, preguntemos por qué en esta *experiencia extraordinaria* se trata de la ópera de Verdi, *El Trovador*. ¿Hay alguna relación entre la

²² *Ibid.*, págs. 9, 10, 11.

²³ Alejandro Canseco Jerez ha estudiado claramente la rica intertextualidad en la obra de Juan Emar. Cf. *op. cit.*, pág. 28.

²⁴ En el libreto es, tal como citamos, un sólo verso. Cf. Alain Duault, *Verdi la musique et le drame*, Découvertes, Gallimard Musique, Paris, Gallimard, 1986.

²⁵ "No trate de interpretar. Yo tampoco interpreto. Lo he anotado porque fue un sueño de una gran nitidez, diré, con mayor exactitud, de una deliciosa nitidez a pesar de ciertos momentos no

historia de amor, de celos, de engaños y desengaños de *El Trovador* y la historia de *Un año*? La respuesta negativa en lo que se refiere a la historia contada, al "contenido". Sin embargo es pertinente afirmar que hay cierta afinidad entre el tipo dramático que presenta *El Trovador* y la serie de desarrollos de *Un año* (una historia que comienza, se desenvuelve y llega a un final en que se condensa toda la fuerza de los signos y se abre el umbral del sentido). *El Trovador* revela, al final, el engaño y abre el espacio de la verdad que desengaña y hace sufrir: Azucena revela al conde de Luna, el cual disputa al supuesto hijo de la gitana el amor de Leonor, que de hecho Manrico no es su hijo sino el hermano de Luna. Leonor muere y Azucena veng a su madre, la gitana que había sido condenada, como ella ahora, a la hoguera. Afinidad con la historia de *Un año*, afinidad que no va más allá, salvo si tomamos en cuenta el tema general del amor y de la muerte, de la revelación final que aclara y da sentido a un acontecimiento. Lo fundamental se encuentra en la dimensión formal, perfectamente lúdica²⁶, construida con los elementos "cuerpo", "tocabiscos", "disco", "Voz". La *experiencia extraordinaria* se produce gracias a la aproximación de dos objetos -cuerpo, tocabiscos-, a su integración y asimilación en un elemento nuevo, pero que sigue siendo el mismo -el cuerpo del personaje-narrador- capaz de (re)producir la voz de Caruso cantando tal pasaje de *El Trovador* de Verdi. Experiencia irrepetible, agotadas las catorce tentativas, detenido el experimentador por la fatalidad que tal cifra significa para él:

"¡Magnífico instante!

"Repetí la experiencia. No dió resultados. La repetí catorce veces consecutivas. Ya se sabe lo que creo del número catorce. No intenté, pues, la decimoquinta. Lo que no impide que el día de hoy haya sido digno de ser vivido"²⁷.

No importa que la experiencia no se haya podido repetir. Más importante es la admiración del personaje-narrador y su conclusión: en el marasmo general de la existencia, esa experiencia dio un sentido a un día de vida, la extraordinaria acción lúdica dio una nota de sentido al apático y absurdo transcurrir de la existencia.

MARZO 1: HOY HE ESTADO DE DUELO. HA MUERTO UN GRANDE Y VIEJO AMIGO MÍO

Dos experiencias dejan una profunda huella en el personaje-narrador. La una, cuando el médico le pide que se ponga en cuatro pies para recibir el cuerpo de su amigo que está por morir. El razonamiento del médico, que, claro, no puede sino dejar perplejo al personaje-narrador, consiste en que el moribundo, al dar su últi-

exentos de angustia. Todo sueño nítido es para mí otro mundo magnífico, voluntariamente indescifrable pero como un luminoso ventanal que se abriera sobre zonas que reconfortan y prometen", DIBAM, Vol 1. pág. 76.

²⁶ "Sa sœur Gabriela, à propos de l'usage insolite qu'il faisait des mots, et qui plus tard caractériserait son œuvre littéraire, raconte qu'étant très jeunes tous deux ils inventaient des batailles opposant des animaux imaginaires qu'ils mimaient avec leurs mains". Gonzalo Figueroa Yáñez, "Emar intime" en Alejandro Canseco-Jerez, *op. cit.*, pág. 49.

²⁷ Juan Emar, *Un año*, pág. 11.

mo suspiro, no debe caer al suelo. Tiene que caer sobre el cuerpo de su amigo. Se destacan de este modo tres binomios: carne con carne; muerto con vivo, chaqueta con chaqueta.

La curiosa proposición del médico asusta al personaje-narrador y lo hace huir. La ocurrencia del médico no es un puro juego humorístico, ni de humor negro ni nada, es simplemente una especie de puesta en escena, ante una concurrencia doliente de deudos acongojados, de la vida y de la muerte, del paso de la vida a la muerte. El personaje-narrador huye espantado y al pasar el umbral oye el grito de dolor de la esposa y el golpe de la cabeza de su amigo, que en ese momento muere, sobre la alfombra:

"Al traspasar el umbral llegó a mis oídos un grito de dolor junto con el golpazo en sordina: el grito de su desdichada esposa, el sonido de su alfombra recibiendo la noble espalda, la noble testa del que fue siempre el más puro de los hombres"²⁸.

El amigo, *el más puro de los hombres*, como el crucificado que se deslizó de la *Divina Comedia*, queda clavado en medio de la plaza, crucificado en su propia muerte en medio de la alfombra. Inevitable muerte que crece por todos lados, el personaje-narrador asistirá sólo un mes después al entierro de su amigo.

ABRIL 1: HOY HE ASISTIDO AL ENTIERRO DEL IRREEMPLAZABLE AMIGO

Destaquemos dos puntos: primero, el artificio literario, segundo, la camavalización del entierro. En lo que se refiere al primero, el narrador lo explica en nota al pie de página, revelando que

"Causará extrañeza que los funerales del amigo inmejorable se hayan efectuado un mes después de acaecida su muerte, mas tal extrañeza se disipará cuando diga que ellos tuvieron efecto no un mes sino dos días después de su último suspiro. Causará extrañeza ahora que en vez de fechar marzo 3 haya fechado abril 1º, mas tal extrañeza se disipará cuando diga que así he fechado porque así lo requiere la organización y construcción de este mi dietario"²⁹.

Cuando el personaje-narrador escribe "Abril 1: Hoy he asistido a los funerales del irremplazable amigo" sabe muy bien que está literariamente mintiendo y engañando al lector. Pudo dejarlo a éste en la duda, pero no, prefiere claramente mostrar su artificio.

El personaje-narrador se encuentra en su habitación, llorando al amigo muerto:

"Así me hallaba cuando llegaron a mis oídos los graves acordes de la marcha fúnebre de Chopin. Exclamé:

"-¡Ya viene el cortejo!"³⁰.

²⁸ *Ibid.*, pág. 13.

²⁹ *Ibid.*, pág. 13.

³⁰ *Ibid.*, pág. 13.

Esta exclamación nos remite al comienzo de la "Marcha triunfal" de Rubén Darío, (*Cantos de vida y esperanza*). Su sentido original está desplazado para dar paso a una grotesca procesión de muerte, desfile de un ejército de carnaval y de deudos. El inmenso cortejo se convierte en algo mínimo e insignificante.

El punto de mira desde el cual el personaje-narrador-espectador ve pasar el cortejo es el único posible dentro de la lógica del texto. Al oír que ya se aproxima el cortejo, el personaje-narrador pierde la noción de la organización espacial, su percepción se desbarata y se precipita entonces no a la puerta –es decir no a un umbral por definición salvable– sino a la ventana "a la usanza colonial, con gruesos barrotes de hierro". Dos comparaciones precisan la exacta posición y perspectiva desde la cual el narrador ve pasar el cortejo: está pegado a los barrotes de la ventana "como una mariposa, como un insecto en el radiador de un auto veloz":

"Y me precipité como un loco a su encuentro. Mas no llegué a término. Pues las ventanas de mi casa tienen, a la usanza colonial, gruesos barrotes de hierro y contra los de una de ellas me pegué como una mariposa, como un insecto en el radiador de un auto veloz.

"¿La puerta? ¿Por qué no haber tomado la puerta? [...] Por entre los barrotes, pude ver el cortejo"³¹.

He aquí lo que ve:

"Pasaban en ese momento los cosacos. Grandes, enormes, imponentes, cosacos y caballos. Cubrían los edificios de enfrente, cubrían el cielo. Iban en formación perfecta, cada uno con una sonrisa de alambre, cada uno peinado con gomina, cada uno sobre la oreja derecha un gorro de astracán. Cada uno sobre un gigantesco caballo negro.

"Pero a medida que pasaban se achicaban.

"Ya se veía el cielo. Ya aparecían los edificios de enfrente. Ya se veían enteros. Ya tenía yo que mirar hacia abajo, hacia el pavimento, para contemplar los aguerridos cosacos.

"Hasta que pasó el último, grande como un ratón. [...]"³².

La puerta, sí, la puerta en vez de la ventana. Pero no lo hizo y si lo hubiese hecho, no tendríamos el texto que estamos leyendo. Recordemos que Juan Emar había pensado intitular su obra *La puerta* –incluyendo así tanto el umbral como el dintel. Finalmente se decide por *Umbral*³³–, salvo *Miltín 1934*, único texto que no

³¹ *Ibid.*, pág. 14.

³² *Ibid.*, pág. 14.

³³ Juan Emar escribe: "¿Estos papeles, este alto de papeles? Me haces reír, mi Colomba. Estos papeles... Te lo diré. [...] Ellos son mi obra. Ellos son cuanto he escrito... Ellos... Empecé, hace ya muchos años, por llamarlos Umbral, [...] Después, lo que escribía, creció [...] y yo me pregunté: Colomba, ¿Es un umbral...? y yo contesté: No; Colomba, debe estar más alto. Este libro se ha de llamar Dintel. ¿Y cómo he de llamar a los dos juntos? Escribí a mi hija Carmen, a mi hija que estaba en París. Le preguntaba por un título para ambos. Ella me respondió *La puerta*". Citado por Pablo Brodsky, (Biografía para una obra), en DIBAM, Vol I, pág. XXVII.

reaparece en el largo texto reescrito durante años. Esto echa una luz nueva sobre este pasaje de *Un año*. El personaje-narrador-espectador, turbado por su precipitación, se encuentra sin salida, pegado a los barrotes de la ventana. Las dos comparaciones señaladas configuran dos imágenes. La primera está constituida por el vuelo de la mariposa que, por su propio movimiento y por su propia ignorancia, se precipita a la ventana y queda allí pegada; la segunda, por el dinamismo del auto y el encuentro brutal con el insecto que se aplasta en el radiador. Las dos imágenes traducen la impulsión irracional del personaje-narrador, la precipitación, no hacia la salida verdadera, sino hacia la insalvable ventana. La analogía y la diferencia del personaje-narrador con uno u otro insecto refuerzan la densidad del acontecimiento. El personaje-narrador ha vivido un extraño acontecimiento, pero la diferencia con los simples bichitos consiste en que, para él, el acontecimiento motiva una búsqueda, provoca la necesidad de saber el porqué de su extraña impulsión. Esa búsqueda se efectúa por medio de la escritura:

“¡Ah, queridos y viejos amigos que aún vivís! Si supiera por qué me precipité hacia una ventana y no hacia la puerta, ¡ah!, podríais estar seguros que no me hallaría en estos momentos escribiendo sino que reposando y fumando en paz sin más ocuparme del amigo muerto, ni de vosotros, ni de mí mismo. // Mas no lo sé”³¹.

La escritura es la búsqueda de una respuesta que disipe la oscuridad de la experiencia vivida. Tal escritura no es un simple referir los acontecimientos ocurridos, sino el movimiento del relato en tanto cuanto es expresión de la diégesis y a su vez producción de ésta, producción que es el sustento de su dinamismo como relato. En definitiva, un nuevo acontecimiento.

MAYO 1: HOY HE TRASPUESTO EL UMBRAL DE MI BIBLIOTECA

Puede parecer sorprendente que el personaje-narrador haya podido pasar diez y siete años sin entrar en su biblioteca. El problema no es de orden práctico, puesto que los libros citados muy bien pudo procurárselos en otra parte o haberlos sacado de su propia biblioteca hace diez y siete años. Esta última posibilidad oscurece aún más el curioso hecho de no haber ido durante tanto tiempo a su biblioteca. Poco sentido tendría deducir que ha pasado diez y siete años leyendo esas dos grandes obras, si se piensa en la premura que tiene en terminar *El Quijote* a fines de diciembre para comenzar la obra del Dante. No, esos diez y siete años sin entrar en su biblioteca –el posesivo, *mi* biblioteca, es muy esclarecedor pues excluye a otras bibliotecas a las cuales pudo muy bien haber entrado– han de tener otra causa. El texto no da ninguna respuesta precisa. Simplemente deja abierto un haz de posibilidades. Optaríamos por la siguiente: el personaje-narrador y el bichito que encuentra en su biblioteca son dos existencias paralelas. Podemos suponer que la ausencia se debe a una larga estadía en el extranjero y que ésta era necesaria

³¹ Juan, Emar, *Un año*, pág. 14. Cf. “Yo soy Altazor/Altazor/encerrado en la jaula de mi destino”, Vicente Huidobro, *Altazor*, Santiago, Obras Completas, Zig-Zag, Vol. 1, pág. 370.

para que el segundo, y también los otros bichitos, se nutrieran holgadamente "con todas las palabras que mil autores habían enmudecido y plasmado en mi estantería. La bibliofagia de estos animalitos produce un levisimo rumor, un rumor de trituración menuda"³⁵. Los bichitos ponen en su lectura-comida la misma aplicación que el personaje-narrador en sus lecturas.

Al volver a su biblioteca después de tantos años, el personaje-narrador descubre un universo transformado. Los libros no han esperado al lector para salir de mutismo, para pasar de la virtualidad a la actualidad, salvo que ésta no es la que se podía esperar. Los libros parecen estar muertos, de algún modo lo están, pero lo están en una relación sujeto/objeto que hace de ellos una realidad actual, como cuando los leemos, y no el puro silencio de la virtualidad. "De cada libro colgaba una rama marchita"³⁶. Esta rama marchita (rama-hojas=libro-hojas) indica la vida agotada de cada libro, el desenvolvimiento segado de la escritura en su continuidad hacia el lector y su mundo, hacia lo que está fuera de los límites del libro: el mundo y, en éste, el lector. Sin embargo los libros están actualizados por los sujetos-bichitos que se los comen, como el animalito-lector se los come al leerlos. Si el personaje-narrador percibe, al entrar a su biblioteca, primero el silencio, pronto se da cuenta de que no hay tal, puesto que percibe el "rumor de trituración menuda, casi microscópico"³⁷ de los bichitos comiéndose/leyendo los libros (trituración comparable a la que produce la lectura silenciosa, la masticación mental del lector). Si éste es el ambiente general, el personaje-narrador descubre un caso particularmente interesante. *Los cantos de Maldoror*, que yacen desde hace diez y siete años sobre la mesa de trabajo, "había sido atacado sólo por un bichito"³⁸. El personaje-narrador coge el libro y comprueba que el bichito ha comido/leído el libro al revés, su perforación ha comenzado por la última letra de la última palabra, y después de haber atravesado todo el libro, siguiendo un plano oblicuo, el bichito ha salido por la primera letra de la primera palabra. Así, junto con el masticar de los otros bichitos, la trayectoria del bichito por las páginas de los *Cantos de Maldoror* constituye una verdadera alegoría de la lectura que amplía la dimensión de intertextualidad del libro de Lautréamont a todos los libros de la biblioteca, a todos los libros que el personaje-narrador-lector ha leído o está leyendo al terminar el año y comenzar el siguiente, a la intertextualidad con su propio libro, este *diario* que al llegar al final de su escritura (*incipit*-> *explicit*) es vuelto a atravesar por medio de una lectura en cierto modo antro-po-bibliófaga (*explicit*-> *incipit*-> *explicit*). Alegoría de la lectura y del lector, de esta profunda e iluminadora relación del sujeto que lee con el libro que está leyendo (dos cuerpos conscientes que se transvasan el uno en el otro en un infinito movimiento en forma, nunca de círculo, sino de espiral). El lector es el bichito como éste es el lector. La prueba la encontramos en el texto cuando el personaje-narrador habla, en términos encomiásticos, de la "noble bestezuela" que sólo vio "brillar una esperanza"³⁹ al atravesar el canto segundo de los *Cantos*. Citemos *in extenso* el pasaje de los *Cantos de Maldoror*.

³⁵ *Ibid.*, pág. 17.

³⁶ *Ibid.*, pág. 17.

³⁷ *Ibid.*, pág. 17.

³⁸ *Ibid.*, pág. 17.

³⁹ *Ibid.*, pág. 19.

"No sabéis vosotros por qué no os devoran los huesos de la cabeza, contentándose con extraer, con su bomba, la quintaesencia de vuestra sangre. Esperad un instante, os lo voy a decir: es porque la fuerza les falta. Estad ciertos que, si sus mandíbulas fuesen conformes a la medida de sus votos infinitos, el cerebro, la retina de los ojos, la columna vertebral, todo vuestro cuerpo entre ellas pasaría. Como una gota de agua"⁴⁰.

En su execración de la raza humana, *Maldoror* convierte al piojo, como el bichito de los libros, en un animalito de apariencia insignificante que se alimenta con la sangre pútrida de los humanos, pero digno de respeto. El hombre lo deja chupar tranquilo su sangre porque no representa un peligro, por el contrario, apenas está satisfecho podemos cazarlo y matarlo. El bichito de los libros se alimenta de tinta y papel y al que ha atravesado los *Cantos* se le compara con un nuevo Cristo que "ha recibido en su cuerpo diminuto cuanto los hombres, cuanto un hombre, puede clamar rebelándose y desgarrándose"⁴¹. Este bichito es, como la voz poética y narrativa de los *Cantos*, una voz que clama en el desierto, acusa a los hombres, les muestra sus flaquezas y cobardías, su triste resignación a vivir encadenados. Es un redentor posible de la humanidad como lo es el cuerpo del libro, que todo lo recibe, rebeldía y desgarró, cuerpo de papel y tinta en el cual el bichito-lector penetra, se alimenta y sale cambiado, vivo o muerto, pero transfigurado. Es muy significativo que el personaje-narrador dé piadosa sepultura a la noble bestezuela bajo el *Cantar de los Cantares*, aquel otro canto, no de execración, sino de sensual amor y vida.

JUNIO 1: HOY HE VIVIDO DE FURIA EN FURIA

En este sexto mes el personaje-narrador, se adentra con mayor soltura en el mundo. En los meses anteriores había tenido constantemente la mediación de los libros, había fijado el límite entre su mundo real y el mundo que despliegan los relatos. Ahora el personaje-narrador se enfrenta de modo inmediato a la realidad del mundo, mundo en el cual está, mundo percibido, sentido y pensado.

Para comprender lo que sigue se debe tener presente la imagen del personaje-narrador en el mundo. Diremos, con cierta libertad de expresión⁴², que el personaje-narrador se autopercibe y autoimagina como una especie de mónada entre las otras que constituyen el universo. Si este personaje-narrador-mónada se pasea a tal hora por las calles, porque así lo decide según su criterio y conveniencia, este paseo es reivindicado como una afirmación de su libertad. Cerrado, sin ventanas hacia el exterior, el personaje-narrador-mónada ofrece sin embargo una cara al mundo, la faceta compuesta precisamente por sus sentidos, por sus órganos de

⁴⁰ Isidore Ducasse Comte de Lautréamont, *Los Cantos de Maldoror*. (cit. en el texto).

⁴¹ Juan Emar. *op. cit.*, pág. 19.

⁴² Empleamos el término mónada en un sentido amplio y un tanto figurado, sin el rigor de la definición leibniziana. No cometemos ningún contrasentido. Su empleo nos permite insinuar que se podría hacer con provecho un estudio de la obra emariana desde esta perspectiva. Lo mismo se debe decir en lo que concierne al problema del tiempo, de la percepción, de la memoria y otros temas que merecerían una aproximación bergsoniana.

percepción. Que no quiera percibir sino lo que su libertad desea, es su derecho absoluto. Pasearse es la libertad de ir por el mundo captando solamente lo que se desea. Sin embargo, en este mes de junio, este derecho del personaje-narrador, su libertad, se verá coartada por la agresión del mundo exterior, por la fuerza invasora de hechos y acontecimientos que distraen su atención voluntariosa concentrada en su paseo, obligándolo a percibir lo que no había previsto. Se pone en duda su soberanía.

Soberano, el personaje-narrador va por las calles dispuesto a gozar de su libertad, la mente despejada, sin preocupaciones, libre de lo que más abruma al ser humano, las preguntas:

“1) gozando de todas las prerrogativas a que es acreedor, en una República modelo, todo ciudadano honesto y 2) gozando ampliamente de mi propia libertad que, desde el momento de despertar, había decidido no formular a mi mente pregunta alguna”⁴³.

Tres hechos del mundo exterior destruyen la libertad casi absoluta del personaje-narrador. Su percepción floja, relajada, indiferente al mundo, recibe tres impulsos que lo desvían de su camino llano y ligero, fijan su atención en lo que ocurre y producen en su mente las ineluctables preguntas. Estos acontecimientos, (entiéndase: lo que *adviene* al personaje-narrador) llenan de furia al personaje-narrador. Los hechos percibidos, sentidos y luego pensados interrogativamente tienen una buena dosis de humor y de filosofía. Lo que debía ser un tranquilo y soberano paseo se transforma entonces en una agitada jornada durante la cual el personaje-narrador es atacado por las furias. Estos hechos y acontecimientos que producen furias –o que las Furias producen– son: a) un grupo de viejas harapientas, frente a la Escuela de Altos Estudios Politécnicos, haciendo cola frente a la puerta principal. La pregunta que despierta tan extraña situación es ¿qué pueden esperar once viejas de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos?⁴⁴; b) el personaje-narrador visita a un amigo en un quinto piso: el problema de la sombra. c) en casa de otro amigo en el noveno piso.

En lo concerniente a las furias, pueden relacionarse con las Furias de la mitología romana o las Erinias de la griega. Análogas a las Parcas, o Destino, no obedecen sino a sus propias leyes. No se las llamaba nunca por su nombre, para no despertar su cólera, su ira, sino que prudentemente se la llamaba las Benévolas o las Condescendientes. Estas Erinias o Furias son diosas violentas⁴⁵. Si en el texto no aparacen explícitamente como diosas de la antigüedad clásica, la analogía es pertinente por la acción y sus efectos [...] “un hombre solo con una furia...”, –dice el personaje-narrador– “es peligroso, sí, peligroso... para él, no para la furia”⁴⁶. Es

⁴³ *Ibid.*, pág. 21.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 20.

⁴⁵ Cf. Pierre Grimal, *Dictionnaire Mythologie*, Paris, Presses Universitaires de France, 1979, págs. 146, 160.

⁴⁶ Juan Emar, *Un año*, pág. 21. Además de un color huidobriano (En el tapiz de cielo se juega nuestra suerte, V. Huidobro, *op. cit.*, pág. 379), este gesto tiene el sabor mallarmeano de los dados lanzados al azar. Y también, como en Huidobro, recuerda el juego nietzscheano: “¡Oh cielo encima

lícito preguntarse, ¿qué o quiénes son esas viejas? ¿La encarnación de las furias del personaje-narrador y a la vez las Furias de la antigüedad clásica?

En lo referente a la segunda furia, el personaje-narrador, se encuentra ahora en "el umbral de la puerta de la casa de los nueve amigos"⁴⁷. Se trata de un edificio de nueve pisos y en cada uno vive un amigo del personaje-narrador. Según cual sea su estado de ánimo, visita a uno u otro de estos amigos siguiendo una jerarquía vertical ascendente:

"Cuando reina la paz total en mi espíritu, cuando en él no se percibe ni un oleaje, visito a los amigos del primer y segundo piso. Mas cuando alguna pasión empieza a removerse dentro de mí, voy trepando por las escaleras en proporción exacta de la potencia de tal pasión. Raras veces visito al entrañable amigo del noveno"⁴⁸.

El amigo del quinto piso lo hace pasar al balcón para que goce de la belleza del día⁴⁹. El personaje-narrador sólo ve a los hombres que van por las aceras sea a pleno sol, sea por la sombra. La luz desprende de sus cuerpos ese sutil apéndice, la sombra, copia incorpóral de sus cuerpos que se desparrama por el suelo, se extiende, se achica, se reabsorbe. El personaje-narrador observa este ir y venir de los seres humanos y sus incorpóreos apéndices, los ve indiferentes, inmutables, sin ninguna reacción ante tales fenómenos: "Irremediamente una sombra para cada hombre. Irremediamente una imitación perfecta en la sombra, de cada movimiento de cada hombre"⁵⁰. Parecen incapaces de plantearse algún problema, de interrogarse, de rebelarse ante lo inexorable. Por tales razones el personaje-narrador, lejos de encontrar consuelo, siente mayor furia y los trata de "hombres cobardes"⁵¹.

Estas dos primeras furias se suman en el personaje-narrador: la primera es furia contra sí mismo, la segunda, furia contra los demás:

"Por eso las dos furias han podido sobreponerse, cada una con su propia fuerza. ¡Doble cólera para mí!"⁵².

c) Después de las dos primeras furias, otro aspecto de esta jornada, también lleno de humor y filosofía, merece nuestra atención. El personaje-narrador, siempre en busca de alivio, ha subido a visitar al amigo del noveno piso. El amigo también le ha hecho pasar al balcón para que admire la belleza del día. Tampoco

de mi cabeza, cielo puro y alto! ¡esta es ahora para mí tu pureza –que seas el suelo donde bailan los azares divinos, que seas una mesa divina para los dados y para los jugadores divinos", Friedrich Nietzsche, *Así hablaba Zaratustra*. cit. por Gilles Deleuze, in *Répétition et Différence*, Paris, Presses Universitaires de France, (1968) 1993, pág. 363. (traducimos).

⁴⁷ *Ibid.*, pág. 22.

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 22.

⁴⁹ Cf. *Infr.*, pág. 20.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 21.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 25.

⁵² *Ibid.*, pág. 26.

aquí encontrará remedio: desde este balcón ve sin ser visto, como un pequeño Dios (con visos huidobrianos), la vida de los demás. Sentirá entonces una furia descomunal contra Dios. Pero a estas alturas su percepción, su visión y su furia cobran una dimensión cósmica:

“Evoqué el último siglo de la era humana. Multipliqué más allá de todas las posibilidades de mi mente cuantos sucesos estén por acaecer y los lancé más allá de la Tierra, a los planetas, al Cosmos entero para implicarlo a su vez. Enormidad de hechos en inmensidad de tiempo”⁵³.

Gesto casi mallarmeano, desafío al destino, desafío a Dios, el personaje-narrador, con la envergadura de un Altazor, toma conciencia de que

“... por enormes que fuesen los hechos, por inmenso que fuese el tiempo, jamás, jamás un pequeñito hecho minúsculo en un instante fugaz e incoloro, jamás sería sabido por aquellos que fueron sus actores. Jamás por ellos. Y sí por mí”⁵⁴.

Este edificio tiene, como la torre de la primera jornada, un valor de signo en este mundo del relato emariano, mundo en el cual se crucifica al hombre, en el cual el hombre está harto y busca una solución, un poco de paz y de descanso, una altura de mira, una posibilidad de contemplación serena sin encontrarla.

Pero cada vez el signo está allí, erigido, verticalidad que invita al ascenso aun cuando, como es el caso aquí, el hombre descienda desengañado y sin consuelo:

“Nueve pisos en sentido inverso. Calles, trancos. Y ahora buscar la calma por otra senda”⁵⁵.

Cada departamento es un destino único, un todo que abarca a los seres individuales que en él se encuentran:

“Para los seres de la casa de allí enfrente, lo mismo. Porque ellos son de la casa, ella los engloba y si cada cual pretende tener –además– el suyo propio, prima siempre el del total: la casa”⁵⁶.

El personaje-narrador-observador, para evitar los arduos problemas, no vuelve “a mirar las calles. Ahora miro al frente, otra casa, grande como ésta en que estoy. Ventanas y más ventanas. Por ellas atisbo hacia la vida interior”⁵⁷. En este “atisbar” está la trampa. En primer lugar se plantea la idea problemática de un “todo”. Observa que “allí no había partes y, de haberlas, eran secundarias”⁵⁸. Este

⁵³ *Ibid.*, pág. 28.

⁵⁴ *Ibid.*, pág. 29.

⁵⁵ *Ibid.*, pág. 31.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 27.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 25.

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 26.

todo, la casa, el edificio, constituye también una especie de mónada, una unidad individual, distinta de él quien, sin perder su propia individualidad, penetra incorporalmente por medio de la vista en ese todo. De penetrar físicamente, desaparecería él también en esa unidad individual que no es él:

“Una casa, un total, un ser. La casa allí, fija en un punto de la ciudad, del mundo entero. Una casa, ella sola. Un solo destino para ella, para toda ella, hasta su propio y definitivo fin que es, justamente, su destino. Como el destino mío que es uno hasta mi muerte: el curso de mi vida. Y si mi mano derecha tiene otro destino que mi mano izquierda, tal diferencia es un solo y único destino: el mío”⁵⁹.

El personaje-narrador ve uno y otro departamento y acaba por fijar su atención en uno donde desayuna una familia. El conjunto “familia” y cada uno de sus miembros separadamente es visto por el personaje-narrador: “total: la casa, el destino de la casa con sus glóbulos”⁶⁰.

Frente a las furias objetivas, se repiten las furias subjetivas del personaje-narrador. Éste había salido despreocupadamente a pasearse y a gozar de su libertad, se encuentra ahora, punto culminante de lo que le ocurre en este día, y a pesar de no tener verdadera libertad, desempeñando, contra su voluntad, el papel del Dios omnisciente y todopoderoso. Él nos ve, pero nosotros no lo vemos:

“Ira contra Dios. Ira por haberme hecho presentir –aunque sea por un mínimo instante y aunque conservándome mi calidad de mínimo ser– una mínima parte de su rol. Pues quiero permanecer en el mío, sin distracciones ni vislumbres, rol de hombre gusano que se arrastra y que, si es mucho su desamparo, llame y clame, ante todo, a los Infiernos”⁶¹.

JULIO I: HOY HE VAGADO SIN RUMBO

El personaje-narrador vaga por las calles de la ciudad. La jornada de este 1 de julio es, en principio, un vagabundeo. Sin embargo este ir sin rumbo no es tampoco, como el de la jornada anterior, ni un ejemplo de libertad ni de calma y serenidad. En primer lugar, el personaje-narrador se siente perseguido por el dedo de Dios: “Lo he sentido en todo momento. Dos veces se me ha clavado en la nuca”⁶². En segundo lugar, se plantea el problema de la identidad de este Dios. Si existe, ¿quién es? ¿Y si no existe? En este segundo caso, lo que llamamos Dios ¿qué es exactamente? ¿El hombre no se siente acaso solo y abandonado en el mundo? “Dos veces se me ha clavado en la nuca”, ha dicho el personaje-narrador y añade:

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 27.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 28.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 31. Cf., Lautréamont.

⁶² *Ibid.*, pág. 31.

"...mas lo ha hecho en forma leve, en forma equívoca. Lo ha hecho como vislumbre de una vislumbre, enredándome en mis propias apreciaciones sobre su identidad"⁶³.

Se trataba de buscar la calma por otra senda, pero nada ha encontrado. En esta jornada, como en la precedente, el acontecer exterior cambiará el rumbo —¿el destino?— del personaje-narrador. La causa es un asunto banal en una ciudad: "una góndola y un auto se estrellan"⁶⁴. Hay un muerto y varios heridos. Se trata de un suceso triste para los afectados, pero sin mayor interés aparente para el resto de la humanidad. Sin embargo este suceso cobra una dimensión particular para el personaje-narrador:

"En un momento me pareció que aquello iba a cambiar el rumbo de la ciudad entera, por ende del país"⁶⁵.

No será así:

"Pero en un minuto, acaso en menos, todo se apaciguó. Como por obra de magia fue la desaparición general: querellantes, policías, Asistencia Pública, curiosos, todo. Volvió la circulación normal de la avenida sin conservar ni una huella de lo ocurrido, ni una sola"⁶⁶.

El acontecimiento resulta ser apenas un suceso interesante para los periódicos o gacetillas que viven de las *copuchas*⁶⁷. El hecho se desinfla sin dejar huellas. Sin embargo el personaje-narrador guarda en su mente la huella que ya se ha borrado de la calle. Dado que la conserva, no cesa de ver la calle como el lugar en el cual se produjo el accidente. El problema que implícitamente se le plantea es: ¿puede ese pedazo de calle seguir siendo simplemente una parte cualquiera de la vía pública después de lo ocurrido? ¿O lo ocurrido no tiene ninguna importancia, ningún sentido? Se vuelve al problema de la jornada precedente: percibir, haber percibido/no percibir, no haber percibido; ver, haber visto/no ver, no haber visto, saber/no saber.

El personaje-narrador está en estas consideraciones, cuando, súbitamente, aparece un conocido, Estanislao Buin. Este personaje es, en este momento, el polo opuesto al personaje-narrador. Trae bajo el brazo "su carpeta de bonos y de acciones", lo que explica tanto su concentración como sus grandes pasos. Está, no cabe duda, en otro mundo⁶⁸. Al pasar, pisa el lugar del accidente sin ninguna consideración, porque en su mundo no tiene razón para tenerla, porque en su mundo se

⁶³ *Ibid.*, pág. 31.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 31. Góndola, nombre que se daba en Chile a los buses, o microbuses, del transporte urbano.

⁶⁵ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 31.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 32.

⁶⁷ Chilenismo: información o noticia que se propala en forma exagerada y maliciosa con el propósito de producir expectación.

⁶⁸ Sobre estos *mundos imposibles* en el texto emariano, cabe también recordar, sin más por ahora, el pensamiento de Leibniz.

trata de una simple parte de calle en la cual no hay huella de nada. La huella está impresa en el mundo y la conciencia del personaje-narrador y desde allí se proyecta, como una sombra, sobre el lugar que fue, o sigue siendo, el lugar del accidente:

“Pasó al lado —¡qué!—, encima, pisoteando, taconeando, el sitio mismo, el punto exacto donde, segundos antes, se estrellan dos vehículos, se abofetea la gente, se hieren varios, fallece uno y acude el orden público. Y pasa, repito, por allí mismo, pasa tranco y tranco, si percibir nada, sin nada husmear, borrando casi la veracidad del accidente anterior, y presentándose como ser inverosímil al costear así, de un milímetro, de medio milímetro, un hecho sensacional, sin saberlo, sin haberlo sabido, sin ir a saberlo jamás”⁶⁹.

Para el personaje-narrador, lo que ocurre es totalmente absurdo. Este sentimiento pone de manifiesto el problema del destino, ese entretejido de hilos que nadie sabe quien maneja:

“Quedé más de veinte minutos inmóvil en mi esquina sin comprender, o más bien comprendiendo como absurdo, estos rodajes de destinos, estos hilos culebreantes que se enredan, se entretejen y no se tocan nunca, perdiéndose cada cual en un mundo de ignorancia, codo a codo, en un mundo de no”⁷⁰.

El personaje-narrador, después de su inquietante intuición del destino y de la “existencia” de un mundo de no saber, decide aplicar su conocimiento del destino, que es un “no saber”. En vez de seguir siendo el sujeto/objeto de un destino, se convertirá en el destino de otro sujeto/objeto, será el “no saber” de otro personaje. Sigue el personaje-narrador vagando y pasa al lado de la casa de un conocido. Signos inequívocos señalan que el sujeto está en su casa:

“Este personaje desea verme, necesita verme, mi presencia o no presencia ante él puede variarle en favor o en contra su destino [...] Soy su destino, un posible cambio en su destino que él anhela y necesita”⁷¹.

El personaje-narrador pasa frente a la casa de este nuevo personaje; éste no sabe nada, lo deja pasar sin saber, sin aprovechar esa línea posible de su destino:

“No ha sabido, no, que parte de su destino acaba de pasar, lentamente, junto a él, que habría bastado un paso hacia adelante para hallar la ocasión casual de enderezar tantas líneas que se le han torcido en su existencia [...] lo que pasa soy yo. Con un dedo de Dios clavado en la nuca y obligándome a avanzar”⁷².

⁶⁹ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 32.

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 32.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 33.

⁷² *Ibid.*, pág. 34.

La jornada, que pretendía ser la búsqueda de un poco de calma, es tan agotadora y decepcionante como la anterior: las preguntas han invadido la conciencia del personaje-narrador, se le han planteado problemas tan graves como el de saber qué es el destino y ha tenido que actuar —movido por el dedo de Dios ¿su destino?— como destino de otro personaje. No le queda más remedio que esperar la noche, la agradable hora de la cena con su hermano Pedro y con un invitado, el cínico Valdepinos⁷³.

Durante la cena se vuelve a plantear el problema del destino. El cínico Valdepinos cuenta sus interminables historias. Desde que ha vuelto de Francia a Chile, añora su trago preferido, el Pernod. El relato establece una disyunción sin solución para Valdepinos: "el cínico Valdepinos está aquí; el Pernod, allá" (en Francia). El personaje-narrador explica que tal es la Ley general (en Chile no hay Pernod, en Francia hay Pernod), pero puede tener excepciones en la práctica. Y es precisamente lo que no sabe Valdepinos en este momento. Éste ignora que un amigo, de regreso de París, ha traído dos botellas de Pernod al personaje-narrador. De la primera ya no queda nada; de la otra, la mitad, y está guardada en el aparador al cual Valdepinos da la espalda. Debido a este "no saber", Valdepinos está pasando al lado de su destino.

Los designios del destino son oscuros y secretos. El personaje-narrador sabe que, porque hay en el aparador media botella de Pernod, Valdepinos está prácticamente al lado de su destino. Pero Valdepinos no sabe nada. El hermano del personaje-narrador, atolondrado, está a punto de mostrar a Valdepinos la botella de Pernod, botella que muy significativamente ha dejado sobre el aparador, justo tras la cabeza de Valdepinos, mientras observa la botella de vino tinto que buscaba en el mismo aparador. Vuelve a poner el Pernod en el aparador. El Pernod, línea del destino de Valdepinos, ha desaparecido sin que éste sepa nada. Solamente el personaje-narrador sabe que esa botella que su hermano, por imprudencia, ha acercado al impertérrito Valdepinos, es una forma del destino de éste. El narrador está furioso contra Dios:

"Lo que yo fui para el tío de los pergaminos [frente a la casa del cual ha pasado sin que el sujeto lo sospeche], lo que fue ella para el cínico de Valdepinos. Y el cínico Valdepinos, fue además, para ella, lo que Estanislao Buin para el accidente de la avenida"⁷⁴.

Una vez más *el mundo de no saber* ha sido la dimensión dominante. Salvo para el personaje-narrador:

"Mas nadie —ni hombres ni botellas— nada ha sabido.
"Salvo yo"⁷⁵.

⁷³ "Cínico será, pero su charla, justamente cínica, disipa, por eso mismo, toda modorra, toda preocupación". Juan Emar, *op. cit.*, pág. 34. El cinismo de este personaje es un modo posible de habitar el mundo sin dejarse abrumar por su inanidad, por su absurdo.

⁷⁴ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 37.

⁷⁵ *Ibid.*, pág. 37. Cf. la cena en casa de los padres del personaje-narrador en *Ayer*.

AGOSTO 1: HOY HE PASADO UN BUEN MOMENTO SEGUIDO DE OTRO
DE GRAVE PREOCUPACIÓN

Esta jornada presenta desde el principio dos caras: un breve momento de alegría compartida, otra de preocupación. La primera:

“Muy de mañana apareció en mi escritorio César Miró [...] Había amanecido alegre. Había saltado de su cama lleno de optimismo. Se había asomado al balcón y alegría y optimismo no habían hecho más que aumentar: en medio de la Plaza de Armas, rodeado de público atento y entusiasta, había divisado, hablando con voz potente, a su ‘Hombre vestido de verde’. Buen comienzo para un día! Luego había vuelto a su cama y había cogido el periódico”⁷⁶.

Aparece de nuevo el hombre vestido de verde. Tiene ahora atributos de orador y presagia una jornada alegre. En casa del personaje-narrador, César Miró⁷⁷ está recostado en la cama. Sobre el cuerpo del poeta se encuentra, abierto, el periódico: las hojas impresas del periódico, letras y más letras, palabras y más palabras cubren el cuerpo del que trabaja con las palabras, de este poeta peruano de tendencia ultraísta.

El personaje-narrador había escuchado a su amigo, quien así recostado le había hecho participar del momento alegre y lleno de buenos presagios, desde su momento de levantarse hasta su optimismo y alegría en aumento gracias a lo que había visto en la plaza. Ambos personajes están pensando en eso, en el *espectáculo de la plaza*⁷⁸. Las cosas tomarán otro cariz, y se iniciará así el segundo momento de la jornada, la cara grave, el tiempo, al parecer inevitable para el personaje-narrador, de la preocupación.

Lo que va a ocurrir se parece mucho al juego surrealista del *cadavre exquis*. Este juego en que se deja al azar la producción poética, tiene en el relato emariano el carácter de una verdadera *performance*. Encontramos en esta instantánea puesta en escena un cadáver, pseudocadáver, el cuerpo del poeta César Miró. Las letras, las palabras, no pasan aquí de mano en mano, sino por el cuerpo mismo del poeta; el personaje-narrador observa el resultado de la combinatoria poética del puro azar:

“Mas pronto empieza a desprenderse de las páginas del periódico un ligero murmullo universal, que zumba alrededor de los oídos”⁷⁹.

En las hojas del periódico se ha condensado el rumor del mundo, esa voz, discurso y decurso incesante, cuyo origen ignoramos, y en el cual nuestra propia palabra, nuestro punto de habla particular de cada día corta verticalmente y detie-

⁷⁶ *Ibid.*, pág. 38.

⁷⁷ César Miró, poeta peruano (n. 1907) de tendencia ultraísta, amigo de Juan Emar, vivió un tiempo en Chile.

⁷⁸ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 38.

⁷⁹ *Ibid.*, pág. 38.

ne una parte del rumor convirtiéndolo en nuestra propia enunciación y enunciado. El segundo momento corrobora lo que decimos. Cuando César Miró alza el periódico para leerlo, al ponerlo verticalmente sobre su cuerpo –cuerpo por donde deben pasar las palabras, el murmullo del mundo– las letras del periódico se desprenden:

“Junto con alzarlas y quedar perpendiculares, todas las letras de todas las palabras de la primera página, todas sin excepción alguna, se aflojaron, se desprendieron y cayeron con titilante ruido de cascabeles”⁸⁰.

El amigo ha quedado “cubierto de miles y miles de letras desparramadas sin significado ni razón”⁸¹. Comienza para el personaje-narrador el juego “literario” que consiste aquí no en papeletas que pasan de mano en mano para producir un poema, sino en volver a poner en orden las letras. Se trata de reconstituir las palabras y las frases para volver a “significar lo que ayer ocurría en todos los rincones del mundo”⁸². Para obtener este resultado, se pasa por una serie de combinaciones que abren múltiples sentidos posibles. Tal cosa ocurre, por ejemplo, con dos letras A que pueden constituir palabras tan opuestas como ALTEZA O RAMERA y denotar por lo tanto dos “mundos” totalmente diferentes.

El personaje-narrador se da por vencido ante tan problemático embrollo⁸³. Su amigo Miró se pasea por el escritorio y de él chorrean letras. El personaje-narrador no encuentra qué consejo dar a este amigo que ha irrumpido en su casa trayendo desde el exterior no sólo con su presencia un instante feliz, sino también el invasor murmullo del mundo. César Miró se marcha y al pasar el umbral deja caer una letra i. Esta mínima letra minúscula queda allí en el umbral como un guardián:

“Mientras viva en esta casa bien me cuidaré de no pisarla. Haré un rodeo y le haré un saludo. Y ella permanecerá en mi umbral como un centinela que impida salir a las calles mis preocupaciones domésticas, e impida entrar a casa mis visiones callejeras”⁸⁴.

La *i* centinela en el umbral –mi umbral– da una respuesta al problema planteado en las dos jornadas precedentes, en las cuales el mundo exterior se impone al personaje-narrador como angustiador campo de preguntas. Estas letras que caen al suelo, esta *i* plantada en el umbral, deben cotejarse con el fenómeno de la primera jornada, cuando, pasando de un trastabillón el umbral de la torre, el crucificado de la *Divina Comedia* queda “pegado” en el suelo del mundo real del personaje-narrador.

⁸⁰ *Ibid.*, pág. 39.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 39.

⁸² *Ibid.*, pág. 39.

⁸³ No deja, como los surrealistas, todo al azar. Se trata de un trabajo consciente, como en Huidobro.

⁸⁴ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 40.

SEPTIEMBRE 1: HOY HE VENIDO A LA COSTA

La jornada novena es una de las más largas y se prolonga en la siguiente. Predominan los problemas de la relación sujeto/mundo, de los sentidos, de las percepciones, y de la conciencia del sujeto, siempre activa: trabajo lúdico de razón y contemplación, de cálculo y poesía.

El personaje-narrador ha venido al mar en busca de quietud. Encontrará lo inesperado. Una vez más en esta jornada se despliega magistralmente la problemática del sujeto y del objeto del conocimiento, del Yo, del personaje-narrador-mónada y del mundo exterior constituido por cantidad de mónadas con las cuales el sujeto se enfrenta por medio de la percepción, de la sensación y de la conciencia —una conciencia reflexiva y contemplativa.

Sentado entre las rocas, el personaje-narrador mira el mar. Las olas llegan hasta sus pies. En torno todo se organiza en forma de un poético paisaje:

“Me he sentado entre rocas: a mis pies las olas y todo cuanto cantan los poetas”⁸⁵.

El personaje-narrador transcenderá esta imagen-paisaje, en la cual hubiera podido instalarse y quizás encontrar la anhelada tranquilidad. Cuando deja de contemplar el conjunto formado por tantos elementos individuales, se rompe el encanto poético. Durante más de una hora fija su atención en una ola, la “abstrae” del conjunto, es una individualidad que se forma, se levanta, desaparece y vuelve a aparecer. Concluye que se trata siempre de la misma ola. Es “la ola”:

“Pero volvía a repetirse en igual forma, era siempre la misma, durante toda esa hora y más, durante todo el pasado y seguramente el porvenir también”⁸⁶.

Comprueba el hecho y piensa que esa ola es única, desde siempre y para siempre. El sujeto decide consolidar su relación con su objeto ola única empleando otros medios:

“...quise medir, delimitar con toda exactitud, el tamaño de la ola única, como espontáneamente hacemos, para luego poder seguir nuestra marcha, ante un árbol, un animal, un semejante, ante cualquier cosa que topa con nuestros ojos y pide ser”⁸⁷.

No es ya la espontánea contemplación poética y menos la simple percepción y la sensación del común de los humanos. El personaje-narrador, fascinado por esta ola, la separa del resto, y establece con ella una relación consciente sujeto/objeto, planteándose de hecho un problema epistemológico. Su tentativa fracasa a

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 41.

⁸⁶ *Ibid.*, pág. 41.

⁸⁷ *Ibid.*, pág. 41.

causa de su propia conciencia. Al desgajar del todo a esta ola y verla como ola única, el observador descubre, primero, que la ola, como él mismo, es una olamónada. Su porfiada y tenaz individualidad de ola no se deja verdaderamente someter por el sujeto observador. Por el contrario, esa individualidad-ola lo obliga a ver una serie de aspectos y no logra evitar, él, personaje-narrador-observador, una descripción con rasgos antropomórficos de la ola: "Recogida bajo su propio lomo; viene sórdida y largamente temblante; esconde la cabeza, hunde la cabeza hacia el fondo; Toda ella piensa hacia las honduras". He ahí la ola para el sujeto personaje-narrador. Pero de hecho todo lo que acaba de describir no lo ve objetivamente: "Y yo sólo veo el dolor de su lomo descubierto"⁸⁸. La ola tiene el dolor de la existencia, del estar allí en el mundo, como el hombre. En la ola cuaja todo el inmenso dolor de existir:

"Eso es. Tenía ante mi vista un vasto dolor. Pero mientras no ubicara claramente un cuerpo definido que lo experimentase, tal dolor iba a quedar en grises, en humos, desorientado sobre el mundo.

"La ola. La ola es una, una sola entidad. Es ésa, absoluta en su existencia. Esa ola única es la que sufre. No importa que se deshaga. Se rehace. Rehácese mil veces porque aquel dolor subsiste"⁸⁹.

El personaje-narrador seguirá observando. Su primera conclusión, una ola individual, única, será puesta en duda. Su mirada penetrante lo conduce a experimentar lo que la mirada común pasa por alto para que la vida pueda desarrollarse tranquilamente. El personaje-narrador vuelve a su idea inicial, la de medir la ola única. Compara la ola con un pulpo. El pulpo, como la ola, o ésta como el pulpo, se desparraja desde su núcleo permanente y luego se recoge reconstituyendo el todo perfecto de un cuerpo indivisible:

"La ola única, como un pulpo, ha extendido sus tentáculos. Uno de ellos ha venido hasta mí. Esta agua silbante es siempre ella, está en su medida, dentro de sus límites. Prueba de ello es que se recoge hacia el cuerpo"⁹⁰.

La ola única debe ser medida. El observador la ve llegar hasta sus pies, romperse entre las rocas, entrar en una poza que se forma en éstas. La poza tiene la forma de un 8, "la base hacia el mar, la cabeza hacia la cordillera", y servirá de medida. La primera observación conserva aún la espontaneidad y el movimiento de la ola: hay una especie de placer en esta agua-ola que penetra en la "poza húmeda y perfumada..." La ola, para poder penetrar en este 8, se estira, se desparraja, se deforma: llena la concavidad grande del 8, después se estrecha para pasar el "cuello de unión"⁹¹, y entra en la segunda concavidad:

⁸⁸ *Ibid.*, pág. 42.

⁸⁹ *Ibid.*, pág. 42.

⁹⁰ *Ibid.*, pág. 43.

⁹¹ *Ibid.*, pág. 43.

"La ola única, sumergida ahora en el océano, siente gozo salobre y sano, gozo mil veces repetido en todo este vasto campo de rocas y encrucijadas"⁹².

La ola única ha sido denominada ahora con el término genérico "agua" –"el agua se revuelca aquí dentro"⁹³. Poco a poco se desvanece la experiencia y convicción del personaje-narrador. Un nuevo fenómeno surge de la nueva relación sujeto observador/ola-agua en la poza. Al observar cómo la ola trata de salir de la poza el personaje-narrador se da cuenta de que la ola se rompe, su unidad se descompone en partes, ya no es la ola única sino simplemente agua que trata de regresar al mar, al todo del cual se separó:

"Y yo, desde mi puesto, miro la vida reducida y agitada a la vez del agua de la segunda poza.

"Vive. Cumple un cometido. Llega y se marcha, Llega. Ya he dicho: añora.

"Por lo tanto no es la ola. Es una entidad aparte, una unidad independiente. ¿Entonces?"⁹⁴.

El personaje-narrador hace un nuevo descubrimiento y nuevas preguntas inquietan su mente. Ve estallar la ola, romperse en mil pedazos y comprende que cada uno de éstos vivía en la ola, que cada una de estas partes "era un ser aislado"⁹⁵. Nueva conclusión:

"Entonces la ola única, como ser único en su monstruosa enormidad, no existía, no era. Era tan sólo un resumen de destinos diferentes unidos por un designio superior, designio sin cuerpo, sin materialidad, sin cabeza, sin cabeza hundida, sin lomo doloroso rozando el aire.

"La ola única no era más que una marcha común. Una marcha, una voluntad, una abstracción"⁹⁶.

La ola-mónada no era lo que parecía ser. Es también un compuesto, una aglomeración formada por la vinculación de múltiples mónadas, o átomos de la naturaleza como también las llama Leibniz. En esta fase de sus descubrimientos y experiencias el personaje-narrador llega al extremo de sus observaciones. Su mirada percibe los más minúsculos elementos individuales. Quizás se pueda llegar todavía más lejos hasta una especie de atomismo microscópico. El personaje-narrador renuncia a seguir subdividiendo: los ojos no están preparados para ver más allá y, por otra parte, piensa que cada gota de agua –¡qué lejos estamos ya de la ola única!– es un verdadero elemento vital:

⁹² *Ibid.*, pág. 43.

⁹³ *Ibid.*, pág. 43.

⁹⁴ *Ibid.*, pág. 44.

⁹⁵ *Ibid.*, pág. 45.

⁹⁶ *Ibid.*, pág. 45.

"No puedo más que detenerme ante cada gota. Cada una de ellas será la única realidad vital, personal, como yo, como todos los hombres y bestias que aisladamente caminan y penan, solos, con un destino y un mundo solo dentro del cuerpo.

"Nada más que las gotas, nada más, porque mis ojos están hechos para no dividir más allá"⁹⁷.

El personaje-narrador cambia de método. Cansado por el esfuerzo que significa comprender lo minúsculo, toma otra perspectiva. No fijará sus ojos en lo pequeño sino en lo grande. Debe, eso sí, poner cuidado en no fijar sus ojos en un objeto cualquiera, porque, de hacerlo, comenzaría otra vez la ineluctable división y subdivisión hasta encontrar el elemento simple. No, ahora levanta los ojos al cielo:

"No más pequeños seres individuales agitándose en un movimiento común: ahora partes movientes, miembros, de un solo ser que crece, se agiganta, a medida que mi imaginación navega por encima de los horizontes [...] Hasta que he tenido que mirar al cielo patos silvestres van pasando en triángulo"⁹⁸.

Es más fácil entenderse con patos que con olas o partículas de ola. El personaje-narrador se encuentra, él que ha venido a buscar la calma y el equilibrio a orillas del mar, en una situación semejante a la de otras jornadas: no puede estar en el mundo, ir por el mundo, sin que éste lo distraiga, lo tire hacia todos lados. Los patos le parecen más concretos, pero caerá, a causa de ellos, en la inevitable trampa que es la realidad, trampa constituida de preguntas y más preguntas. La primera percepción y sensación da al personaje-narrador una tranquilidad de corta duración:

"¡Un pato! ¡Allí va! Llego a experimentar con nitidez su propia vida volando. Cada uno de sus aletazos golpea en mí."⁹⁹.

Este pato también ha sido desprendido, el personaje-narrador lo olvida, del triángulo formado por cinco patos. Por lo tanto pronto sigue la percepción de los patos que vuelan ordenadamente detrás del primero:

"Pero junto con él van cuatro más. Los englobo con la vista. Mi punto de mira ya no es uno, sino el triángulo agudo que surca el aire"¹⁰⁰.

En este plano -cielo abierto, patos- el problema es el mismo que había tenido al mirar el mar, la ola, las gotas. Al "abstraer" una parte, ésta llama necesariamente al todo en el cual está incluida. En el caso del pato, éste tiene una incuestionable individualidad, es una mónada, como el personaje-narrador; tiene, además, como

⁹⁷ *Ibid.*, pág. 46.

⁹⁸ *Ibid.*, págs. 46 y 47.

⁹⁹ *Ibid.*, pág. 47.

¹⁰⁰ *Ibid.*, pág. 47.

pato individual, una voluntad, su instinto, que lo conduce a vincularse con sus congéneres para constituir ese todo triangular que vuela al unísono. El personaje-narrador formula este fenómeno con luminoso ingenio:

“Cada pato esfuma su vida propia dentro de la vida propia del triángulo que marcha. Y si me colocara alto, muy alto, hasta dominar cientos de grupos de patos volando y evolucionando, cada pequeño triángulo se esfumaría también con vida y todo, y aparecería únicamente vital el conjunto de todos ellos, bicho único, única voluntad y vida”¹⁰¹.

Esta consideración, en total oposición a la experiencia con la ola y la búsqueda del elemento más pequeño, inspira al personaje-narrador la idea siguiente: si subiera más y más alto, su punto de mira le permitiría englobar más y más conjuntos que se implicarían en otros, constituyendo un ser gigante, “*el inmenso bicho único*”¹⁰². Y de seguir subiendo, vería todavía más:

“Ya tal vez la Tierra entera sólo podría ser una realidad viviente ¿Y mi pato?

“Pasa. Allí va. Mas se me ha deshecho entre los dedos”¹⁰³.

La experiencia conduce al mismo resultado que la experiencia con la ola. No queda entonces más remedio, después de la observación y las experiencias, que la meditación para tratar de comprender: *de la meditación directa del natural* se debe pasar a *la meditación sosegada*¹⁰⁴.

No deja de ser significativo que para llevar a cabo tal meditación, el personaje-narrador se retire a una gruta. Como en la caverna de Platón, se trata aquí también de ir más allá de las apariencias para descubrir cuál es el verdadero ser de las cosas y de uno mismo. Mas otra vez el personaje-narrador será desviado de su propósito por el “señor regordete del Quijote”¹⁰⁵. Y en vez de meditar sobre lo que quería, se enredará en imposibles explicaciones al señor regordete, explicaciones que quedan cada vez truncadas. Acabará por enredarse en dos términos que emplea para tratar de captar la atención del señor, *entonces, ante tal*. Y dejando los escollos de la naturaleza, el personaje-narrador vuelve a encontrarse con los escollos de la literatura, con las dificultades de la expresión literaria. La literatura, al menos cierta literatura, parece exigirle una forma expresiva que no encuentra y no encontrará si no se somete a las reglas de un determinado buen gusto. Nuevo ataque, entonces, nueva ironía contra la literatura establecida:

“Si algo he de sacar en claro de lo observado, tengo que pasar por una frase-guardián al tenor de aquellas. ¡mallo, mallo! ¿No habrá otro medio, un

¹⁰¹ *Ibid.*, pág. 47.

¹⁰² *Ibid.*, pág. 48.

¹⁰³ *Ibid.*, pág. 48.

¹⁰⁴ *Ibid.*, pág. 49.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pág. 49. El mismo señor regordete, pero veremos que asume un nuevo papel, opuesto al sentido común.

sendero extraviado, un rodeo que evite los escollos? ¿Obligación de pagar a nuestra vieja amiga "literatura" con una frasecilla a su entero gusto?"¹⁰⁶.

El personaje-narrador salva estos escollos, como a lo largo de todo su relato. En esta jornada se plantea claramente el problema de la expresión y se pone de manifiesto esta línea esencial: experiencia y observación, meditación (reflexión), expresión (comunicación).

OCTUBRE 1: HOY HE VUELTO A ORILLAS DEL MAR.

HE DESCUBIERTO UN SITIO MARAVILLOSO

Otra jornada a orillas del mar. Esta vez no se trata ni de medir, ni de especular sobre las partes y el todo. Desde el principio se anuncia la tonalidad: el personaje-narrador se encuentra en un sitio maravilloso. Presencia un suceso extraordinario, imposible de explicar, como lo pretendía en la jornada anterior, de manera racional; un suceso cuyo origen ha de ser sobrenatural. No se trata de una trascendencia divina, sino simplemente de una trascendencia literaria y lúdica. En este juego interviene una vez más el caballero regordete, quien dice llamarse Desiderio Longotoma¹⁰⁷. Cumple éste una función de intermediario, o mejor dicho de "interruptor"¹⁰⁸. Su intervención apaga una dimensión y enciende otra, trastornando de este modo la comprensión y el sentido de la experiencia del personaje-narrador.

El personaje-narrador ha descubierto "un sitio maravilloso". Más que a una simple descripción, procede a una redistribución de los elementos en un espacio dado, como un pintor dispone formas y colores en la tela:

"Imagínese una roca en forma de monolito de unos 30 a 35 metros de altura; colóquesela de pie junto a las olas, de modo que éstas azoten su base; tiñase con cielo azul todo lo no azotado; imagínese luego una segunda roca de igual forma y tamaño; colóquesela al lado de la anterior, cuidando que entre ambas medien unos dos o tres metros, no más; procédase con ella de igual manera en lo que respecta a olas y cielo; cúbrase de arena y conchuelas el espacio dejado entre ellas; póngase pajaritos marinos en sus cumbres; échense erizos, centollas y choritos en sus bases; rodéese las con hojas de luche y cochayuyo; caliénteselas al sol y contéplese el todo arrobado de admiración"¹⁰⁹.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pág. 51.

¹⁰⁷ El caballero regordete tiene ahora nombre y apellido, Desiderio Longotoma. Queda de Sancho Panza lo regordete y la función de voz que dice verdades a su señor, aquí al personaje-narrador. Ver *infra*. Nota 117.

¹⁰⁸ En el sentido del interruptor eléctrico. O de un embriague.

¹⁰⁹ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 51. Compárese esta composición emariana, casi una receta, con "Para hacer un poema dadaísta": "Tome un diario, / Tome las tijeras. / Escoja en el diario un artículo tan largo como el poema que quiere hacer. / Recorte el artículo/recorte en seguida cada una de las palabras que forman el artículo/y póngalas en una bolsa. / Agite suavemente. / Saque en seguida cada recorte uno a uno. / Copie cuidadosamente/ respetando el orden en que los ha sacado de la bolsa. / El poema se parecerá a Usted. Y se habrá convertido Usted en un escritor infinitamente original y de una sensibilidad encantadora, incomprensible para el vulgo", Tristan Tzara, *Obras Completas*, t. 1, París, Flammarion, 1975, pág. 382. (traducimos).

Esto es lo que ha hecho –o imaginado– el personaje-narrador durante una hora diez minutos. Ha ordenado el entorno según parámetros dados por la memoria y las percepciones inmediatas del lugar. Así el personaje-narrador compone su propio sitio maravilloso, dadaísta o surrealista.

La segunda etapa se inicia con la tentativa del personaje-narrador para entrar en el mar. Cuando llega a la orilla del agua, surge un extraño problema. El mar, cada ola, no se deja pisar. Cada vez el agua se retira y su pie “golpea en seco”. Después de trece tentativas, turbado como siempre por la superstición de llegar al número catorce, el personaje-narrador da su último paso. Mas otra vez la ola desaparece y su pie “golpea en seco”.

Decide entonces, como un niño, enterrarse en la arena hasta las rodillas. Espera catorce minutos. El número catorce le será favorable. Se produce una maravillosa epifanía. El mar se retira, desaparece en los cuatro puntos cardinales:

“Se fue de todos lados, de los cuatro puntos cardinales, se fue entero hacia el punto, en el horizonte, frente a mis ojos. Y a medida que se iba, descubría ante mí, al recoger sus aguas, sus honduras ocultas, húmedas, perfumadas”¹¹⁰.

Queda al descubierto toda la vida interior del mar –animales, plantas, rocas– que, a la luz directa del sol, se retuerce, gime, se seca. El mar es ahora más un punto en el horizonte, punto que se transforma en un globo que crece hasta abarcar la inmensidad del cielo, eclipsando la luz solar:

“Entonces el mar convirtió su globo, sobre el horizonte, en una cortina que cubrió el cielo y ocultó la luz”¹¹¹.

Bajo esta cortina de cielo-mar, el personaje-narrador está en éxtasis. Siguen las maravillosas revelaciones. Aparece ahora, muy alto, un punto rojo. Simple apariencia, engaño inicial de los sentidos. Pronto la percepción se hace más exacta:

“El punto rojo caía. Caía y crecía. No era un punto. Era un nudo de ramificaciones, de brazos. Caía. Iba a tocar tierra tras de mí”¹¹².

El “nudo de ramificaciones” toca tierra en la primera colina a espaldas del personaje-narrador. Este se libera de la arena para ir a observar. Se trata de un trozo de corales. Una parte constituida por múltiples otras partes, todas vinculadas por la “voluntad” propia de cada una de ellas para constituir la individualidad “coral”. Curiosamente todas las partes de este coral levantan “un voto de protesta contra los zoófitos del globo entero y entonan un canto de homenaje al reino vegetal”¹¹³. El coral, vacío ya de la vida animal que lo habitaba, reivindica su forma

¹¹⁰ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 53.

¹¹¹ *Ibid.*, pág. 53.

¹¹² *Ibid.*, pág. 54.

¹¹³ *Ibid.*, pág. 55. Curiosamente, pues el coral no es un vegetal sino un animal. La secreción calcárea

vegetal, un árbol (como también, si la imaginación lo requiere, su forma mineral, escultura calcárea, imitación de árbol...). Este trozo —que es ya un compuesto— se transforma, echa ramas como un árbol gigante, echa raíces “agudas y cortantes”¹¹⁴.

Un árbol coral normalmente vertical. Quizás árbol de vida, eje que sostiene el orden del mundo. El ojo perspicaz del personaje-narrador, dejando la dimensión superior ofrecida patentemente a su visión, decide ir en busca de lo desconocido penetrar en las capas ocultas de la tierra por una de las raíces del maravilloso árbol. Insistamos en esta percepción visual:

“Puse un rayo visual en una de ellas [de las raíces] y con ella empecé a bajar y bajé.

“Atravesamos seis capas diferentes de la tierra con velocidad inaudita y, al llegar a la séptima, nos detuvimos. Las raíces entonces sentaron plaza y pidieron permiso para extraer de ella su alimento. Un personaje con cierto rostro mefistofélico les concedió todos los permisos que quisieran. Luego volví a subir junto con la primera ración nutritiva”¹¹⁵.

Viaje de ultratumba, retorno a la semilla, descenso “a lo más genital de lo terrestre, dirá Neruda, el personaje-narrador vuelve a la superficie y mira con arrobamiento el árbol de coral”¹¹⁶. Éxtasis, contemplación, lectura, como en otras ocasiones el personaje-narrador es interrumpido por la aparición del caballero regordete. Se presenta y dice llamarse Desiderio Longotoma¹¹⁷. Este caballero regordete es un verdadero aguafiestas para el personaje-narrador. Acaba éste de tener una experiencia extraordinaria y está convencido del valor y del sentido de tal experiencia. Desiderio Longotoma le explicará que se equivoca, y que todo es al revés de lo que él cree. Ni lo que le parecía paradisiaco, ni lo que le parecía ser la profundidad infernal, son tales. Longotoma pone al revés este orden y dice que el hombre siempre se ha equivocado al respecto sin lograr corregir el error:

está habitada por una vida animal. El conjunto tiene “zoófito” forma de vegetal. Aquí, la desaparición del reino animal, excluye, separa y anula al animal. Se expande exclusivamente la forma vegetal, un árbol.

¹¹⁴ *Ibid.*, pág. 55.

¹¹⁵ *Ibid.*, pág. 55.

¹¹⁶ *Ibid.*, pág. 55.

¹¹⁷ Desiderio Longotoma aparece, como tantos otros personajes, en otras páginas de J. Emar. Citemos, entre tantos ejemplos posibles, estas palabras de Desiderio Longotoma significativas para nuestro estudio: “La Tierra, al completar una vuelta alrededor del sol detiene su carrera durante unos segundos. En este corto instante aspira del éter los hechos que ha de hacer objetivos en su segunda vuelta. Ningún reloj registra estos segundos. Pero los hombres, gracias a una vaga aunque certera intuición los han sentido. Al sentirlos y al verificar su periódica repetición, los han fijado como puntos para cambiar las fechas. Quedan, pues, en nuestros calendarios, exactamente entre un 31 de diciembre y un 1 de enero de cada año”. DIBAM, Vol. 1 pág. 20. Señalemos también que Longotoma tiene la misma edad que el personaje-narrador y es, con otros, un compañero de aventuras: “Yo, Onofre Borneo, nacido en Santiago, en 1893; en Curihue, 34 años.// Desiderio Longotoma, nacido en Petorca, en 1893; en Curihue, 34 años”, *Ibid.*, pág. 468.

“Pero es el caso que, enviado aquí para aclarar su mente, debo proceder a cambiar de centro sus ya referidas convicciones y restablecer el equilibrio y la verdad poniendo arriba lo que está abajo y abajo lo que está arriba”¹¹⁸.

Longotoma intima al personaje-narrador a descentrarse y a invertir el orden. El sanchopanzesco caballero regordete tiene ahora una tonalidad casi nietzscheana:

“Cientos, por no decir miles de magos, en el curso de los siglos pasados, se han esforzado en hacer este inaudito cambio de valores y a tal punto lo han logrado que ya puede decirse sin exagerar que no hay ser humano en la Tierra que no crea que el mal pulula en cuanto tiene cuernos, rabo, cejas en punta, olor a azufre y espadín agudo, y el bien, en cuanto se colora de azulino, despide fragancia de lirios, arde como vela titilante y baja los párpados suavemente.

“Señor mío, le repito: ¡error, profundo error!

“Las cosas son justamente a la inversa”¹¹⁹.

Más aún, no sólo se trata de una inversión de valores –que no se ha logrado pero que ha de lograrse algún día– sino también se muestra que ni el bien ni el mal son valores en sí. El bien y el mal son objetivos que hay que alcanzar, metas a las cuales se llega según el camino que se tome. Es fundamental –y corresponde esto perfectamente con lo que es este dietario y toda la infinita escritura de Juan Emar– la idea del camino que hay que andar, las jornadas, para alcanzar (producir) el uno o el otro de esos valores, el bien o el mal. Sigue Longotoma:

“Y ruégole también creermelo de igual modo que ni el uno ni el otro son ellos mismos en definitiva: son únicamente caminos, caminos largos y tortuosos, que al final llegan a ellos”¹²⁰.

No le queda más al personaje-narrador que seguir los consejos de Desiderio Longotoma, ponerse a la sombra encarnada del árbol de coral y “cavilar sobre tan sabias palabras”¹²¹. Esta jornada ha sido larga, rica, maravillosa. Pero el personaje-narrador no ha encontrado ni quietud ni serenidad. Tendrá que seguir andando otra jornada.

NOVIEMBRE 1: HOY HE SIDO OPERADO DE LA OREJA Y DEL TELÉFONO

El 1 de noviembre es una jornada particularmente agotadora. En prácticamente todos los relatos de Juan Emar el personaje-narrador está acompañado por su mujer. Ésta participa en las aventuras y a menudo el personaje-narrador dialoga con ella. Esto es perfectamente claro en *Ayer*, en *Umbral* y también, aunque con

¹¹⁸ Juan Emar, *Un año*, pág. 57.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 58.

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 58.

¹²¹ *Ibid.*, pág. 59.

matices un tanto diferentes en *Miltín 1934*, y en uno de los relatos de *Diez*. En *Un año*, como se ha visto hasta ahora, el personaje-narrador está solo. Este día primero de noviembre nos enteramos de que el personaje-narrador está desde hace tiempo enamorado de una tal Camila. Si el personaje-narrador ama de manera desenfrenada y continua, Camila, ella, ama de manera simplemente discontinua:

"Ella me ama un día cada ocho y durante éstos se ríe de mí con tanto desenfreno como desenfreno hay en mi amor desenfrenado"¹²².

El acontecimiento culminante de esta jornada ha comenzado hace diez y siete días¹²³ a causa de la conducta de Camila. El personaje-narrador está tan desesperado que ha decidido poner fin a sus días. Es el momento crítico de la enfermedad amorosa del personaje-narrador. Este momento culminante, vivido hace diez y siete días, se desplaza y se subdivide en dos momentos. El primero es cuando el personaje-narrador llega a su casa y antes de suicidarse decide llamar por teléfono a Camila; ésta responde, el personaje-narrador le declara con pasión su amor, pero Camila comienza a reír y reír¹²⁴. Como las súplicas del enamorado no surgen efecto, decide éste no seguir escuchando esa risa terrible, pero no se suicida. Comienza entonces el primer período de fuerte intensidad. Quiere el personaje-narrador separar el auricular del teléfono de su oreja, pero no puede. El aparato está pegado a su oreja como si se hubiera fusionado con su cuerpo. No le quedará más remedio que cortar ese cordón (cordón umbilical, pueden interpretar los aficionados a la vulgata sicoanalítica, y ver en Camila un símbolo de la madre que con su risa rechaza el incesto...). El hecho es que el personaje-narrador corta el cordón del teléfono y queda solo en la existencia, separado, y diferente:

"No tuve más que un medio: alcancé unas tijeras para cortar el cordón. No importaba quedar con el aparato pegado a una oreja con tal de interrumpir su risilla desdeñosa y fría"¹²⁵.

La risilla de Camila sigue "saliendo" por el otro extremo del cordón. La única solución, alejarse del teléfono y entrar en un nuevo mundo, el mundo del silencio:

"¡Qué alivio! Ya no volvería a ser torturado por esa risa endiablada evocadora de toda la infelicidad que Camila veía en mí. Ya no seguiría entrando por mi nervio auditivo el símbolo continuo de mi amor desafortunado"¹²⁶.

¹²² *Ibid.*, pág. 60.

¹²³ Cf. Quinta jornada: "Hacia diez y siete años que no había penetrado en mi biblioteca".

¹²⁴ "Lo que siempre reproché a Camila, entre risas y sarcasmos de ella, fue su absoluta ignorancia. Camila, hasta hace pocos días, creía que las cáscaras de las almendras eran fabricadas por carpinteros especialistas para proteger el fruto mismo". DIBAM vol. 1, pág. 926.

¹²⁵ Juan Emar, *Un año*, pág. 62.

¹²⁶ *Ibid.*, pág. 63.

Al cortar el cordón del teléfono, el personaje-narrador cierra sus dos oídos y se encierra en un casi autismo que pronto lo desespera:

"Silencio, silencio. Pero luego fui percatándome que, en verdad, había demasiado silencio [...] mi voz al lanzarla con todo el poder de los pulmones era una bóveda subterránea. Silencio total"¹²⁷.

El personaje-narrador no logra nunca encontrar la paz y la tranquilidad. Liberado de un problema, aparece pronto otro que debe intentar resolver. El mundo, la existencia, se convierte siempre en una serie de preguntas que exigen una respuesta, y éstas se convierten rápidamente en nuevas preguntas: este dinamismo, como lo decía Desiderio Longotoma con otras palabras, es sin duda el camino hacia el bien o hacia el mal; son jornadas, lo andado hacia la producción de un valor, de una axiología que no propone nada definitivo sino elementos para construir algo siempre inestable.

Tal es el pavor del personaje-narrador en este mundo de silencio absoluto, que ensaya, sin lograrlo, diversos medios para hacer ruido y oír. Se acerca a una distancia de tres metros del teléfono. Nada, ninguna voz, ninguna risilla siquiera. Solamente una gotas de sangre caen del cordón cortado. Venciendo su temor, el personaje-narrador avanza hacia el teléfono:

"Mi destino queda marcado: sin defensa, sometido, cubro el último paso. Y atruéname en el oído el reír sarcástico, hiriente de Camila"¹²⁸.

Pasan los días. Desde aquella jornada hace diez y siete días atrás, "los días comienzan a desgranarse" fuera de los tímpanos del personaje-narrador. Durante este tiempo, en su mundo de silencio, el personaje-narrador ensaya en vano todo lo que puede para despegar el auricular del teléfono de su oreja. Cuando se aproxima al teléfono, vuelve a oír la risa de Camila.

"Allí está siempre la risa de Camila, allí está arraigada al aparato y manteniéndose suspendida por los aires en varios metros a su alrededor"¹²⁹.

Conviene destacar este fenómeno de "autonomización" de los objetos. Así como el auricular pegado a la oreja del personaje-narrador se convierte en un productor de silencio, el aparato telefónico y Camila forman un todo y en él se sigue produciendo infinitamente su risa, risa que se expande en un ámbito determinado. Para el personaje-narrador sólo hay tres soluciones: la primera, acercarse al teléfono y caer en el ámbito de la risa sarcástica de la mujer; la segunda, instalarse definitivamente en un mundo silencioso; la tercera, lograr despegar el auricular de su oreja, cortar la comunicación con la risa de Camila, también con el mundo del silencio, y volver a una vida normal.

¹²⁷ *Ibid.*, pág. 63.

¹²⁸ *Ibid.*, pág. 64.

¹²⁹ *Ibid.*, pág. 65.

La segunda solución se impone. El personaje-narrador se entrega a ciertas experimentaciones como la de poner un disco y sentir "el gran placer -ignorado de los demás-, de saber que en toda esa estancia se oye y yo ino oír!"¹³⁰. De este modo, el personaje-narrador convierte una terrible desgracia en una experiencia existencial única: vivir a fondo, percibiendo y meditando, ese mundo silencioso:

"Me tiendo en mi cama. Cierro los ojos. Medito. En cada ocasión -como humos que se precisaran o como formas nadando entre humos- siento que del mundo silenciado empieza otra interpretación a esbozarse; otra que les será negada a cuantos puedan apreciarlo, además oyendo. Otra faz, otro sentido, otra razón, que sólo empieza a crecer cuando el silencio es definitivo hasta la eternidad"¹³¹.

Mas al llegar a este punto de su meditación -"cuando el silencio es definitivo hasta la eternidad"- el personaje-narrador se percata, sin duda porque definido de tal modo su silencio se parece mucho a la muerte, que de hecho tal no es exactamente su caso. El puede levantarse, aproximarse al teléfono y oír, aunque sea sólo la maldita risa de Camila. O el mundo silenciado, dimensión nueva, ámbito quizás con visos paradisíacos, o la dimensión de la risa de Camila, ámbito infernal. La última esperanza es que la risa infernal se haya al fin silenciado también:

"Luego recuerdo que tal no es mi caso. Pues si nada oigo en parte alguna, oigo sin embargo, ¡y vaya cómo!, apenas mi auricular entra en contacto con la zona ocupada por la risa de Camila"¹³².

El personaje-narrador, de cierto modo muy particular, se había suicidado al cortar el cordón del teléfono. En el silencio de su engañosa tumba, descubre "otra interpretación"¹³³ del mundo. Se acostumbra poco a poco a su nueva situación hasta descubrir el goce del martirio:

"Lentamente el hábito empezó a adueñarse de mí. Todo mi organismo se adaptaba a este nuevo modo de existir. La tumba se llenaba de significados mudos; la risa me iba infiltrando la voluptuosidad de sufrir. Una dicha dulce y doliente ocupaba por minutos más y más el sitio de los antiguos ajetreos. Mil objetos que escondían antes su vida íntima tras los sonidos que retumbaban por todas partes, ahora, dóciles, me las iban entregando como un presente delicado. Todo el vacío que me rodeaba se poblaba de existencias insospechadas. Y sobre este nuevo mundo, como una pimienta se enterraba en mis carnes el gozo ahogado del martirio que Camila me infligía"¹³⁴.

¹³⁰ *Ibid.*, pág. 66.

¹³¹ *Ibid.*, pág. 66.

¹³² *Ibid.*, pág. 66.

¹³³ *Ibid.*, pág. 66.

¹³⁴ *Ibid.*, pág. 67.

Casi convencido ya de que podrá ser feliz en esa vida de silencio y de dolor, dos días después llega de improviso el doctor Hualañé. Comienza entonces el segundo gran momento, presente narrativo, de esta jornada. El doctor Hualañé ha sido informado, no se sabe cómo, de lo que considera la desgracia del personaje-narrador. Este le explica en vano que no hay tal. Hualañé va a operar al personaje-narrador y "conectarlo" nuevamente con el mundo, restituyéndole la percepción auditiva, rompiéndole la cáscara de su autismo, despegándolo de su delectación morosa. Hualañé abre de par en par la ventana y muestra al personaje-narrador el mundo exterior, ese mundo que existe "pletórico de infinitud de sonidos vivientes"¹³⁵. Así el punto culminante de esta jornada es la tentación (la operación) del personaje-narrador —¿cómo la de Cristo por el demonio cuando le muestra desde las alturas las riquezas del mundo?— por el doctor Hualañé. Abiertas otra vez las ventanas de la percepción, el mundo le parece ser un caos. Para conjurarlo, el personaje-narrador decide marcar el número de teléfono de Camila, ese número de teléfono que, al sumar cada cifra, da como resultado el fatídico número catorce:

"Y para saber a qué atenerme en este que se me antoja un caos infernal, no me queda más que volver a marcar el número 52061 y esperar"¹³⁶.

DICIEMBRE 1: HOY HE REGRESADO DE UN LARGO VIAJE

La última jornada es el regreso del personaje-narrador después de un largo viaje. El relato, en una larga vuelta hacia atrás, narra cada una de las ocho etapas de este viaje que el personaje-narrador ha emprendido por consejo del doctor Hualañé después de la operación.

Este relato viene a ser un dietario dentro del dietario y comienza no solamente con un mismo tipo de construcción gramatical sino que, todavía más, con la repetición de la misma formulación: "Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía".

El personaje-narrador se ha embarcado en Valparaíso en el vapor Orangu-tán rumbo al norte para llegar al puerto de Buenaventura¹³⁷. Estas jornadas de viaje suman, como el año, doce etapas: la salida de Valparaíso; Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Mollendo, Huacho, Pacasmayo, Pimentel, Paita, Manta, la inalcanzable Buenaventura y otra vez Valparaíso.

La jornada del 1 de diciembre es el día del regreso a Valparaíso, el momento de poner pie a tierra y ver al alcastraz, que había viajado en el camarote del personaje-narrador, recobrar la libertad y "alejarse por los aires"¹³⁸. Entre estos dos puntos del presente de este comienzo del último mes, se intercala el relato del

¹³⁵ *Ibid.*, pág. 67. cf. supra, la visita a los amigos que le indican el balcón y la belleza del día.

¹³⁶ *Ibid.*, pág. 68.

¹³⁷ Se encuentra un viaje semejante en *Umbral*: "Salí de Santiago con destino a París el 3 de marzo de este año de 1928. Al día siguiente me embarqué en Valparaíso en la MN. Aconcagua, barco chileno. Rumbo: Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Mollendo, Callao, Huacho, Pacasmayo, Pimentel, Paita, Manta, Cristóbal, Curazao y Calais adonde llegamos el 17 de abril. El barco siguió a Alemania". DIBAM, vol. II, pág. 1101. Y no es el único.

¹³⁸ Juan Emar, *Un año*, pág. 79.

viaje o más exactamente de cada una de las escalas en puertos que, como un rosario de maravillas y de extrañezas, son siempre una "alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía".

Primera escala: Coquimbo. Antes que la ciudad, la palabra. Juego creador emariano, que recuerda los de su amigo Huidobro, Coquimbo: coco: guindo. Por medio de esta simple asociación de sonidos, desde la palabra se despliega la ciudad y sus atributos: "Todo aquí nace, crece, vive, fructifica y muere en función de los guindos y los cocos"¹³⁹. Estos atributos, ciudad de los cocos y de los guindos, se convierten en terribles elementos restrictivos e imponen a la ciudad un orden tiránico que por nadie, so pena de castigo, debe ser transgredido:

"Lo que no siga esta línea funcional es inmediatamente cogido por los carabineros y echado al mar con una piedra atada al cuello y, en caso de carecer de éste, atada a su parte más prominente"¹⁴⁰.

Durante la escala en Coquimbo los pasajeros del vapor Orangután asisten a dos sentencias "que hirieron un tanto nuestras sensibilidades de hombres santiaguinos"¹⁴¹. Estas son, la de un sabio alemán que tuvo el atrevimiento de hablar con desprecio de cocos y guindos, y la de un colchón que, al rasgarse dejó ver que su relleno no era de filamentos de coco con aserrín de guindos sino de estopa de algodón. Por medio del humor, de la burla, el relato pone de manifiesto lo absurdo no solamente de la ley sino de la existencia tanto del hombre como de las cosas. Fuera de esta cruel e irracional ley, todo en el lugar es maravilloso. Esta maravilla tiene sus limitaciones. Es el juego incesante de lo uno y de lo otro, juego que tiene un peligroso poder de fascinación:

"Adonde mirásemos y en la forma que mirásemos, nuestros ojos caían en un coco custodiado por dos guindos, y el único cambio que tenía tan inefable cuadro era, a veces, presentar un solo guindo custodiado por dos cocos"¹⁴².

En definitiva, un paisaje de encanto, de arrobamiento, y de enajenación. El capitán del barco, como en cada escala siguiente, al ver el peligro en que se encuentran sus pasajeros, decide levantar el ancla y seguir el viaje.

Segunda escala: Antofagasta. La sonoridad de la palabra permite al personaje-narrador insinuar no solamente una falsa etimología sino crear la realidad de la ciudad, su presente, suficientemente bueno para dejar en el viajero imborrables recuerdos. El viajero queda profundamente sorprendido ante esta curiosa ciudad en que todo es de lana, las calles, los árboles, los habitantes.

El personaje-narrador comprueba también que el cielo, de lana, ofrece una gran paz. Los habitantes miran el cielo con una pupila de lana. El personaje-narra-

¹³⁹ *Ibid.*, pág. 69.

¹⁴⁰ *Ibid.*, pág. 69.

¹⁴¹ *Ibid.*, pág. 69.

¹⁴² *Ibid.*, pág. 69.

dor muestra aquí el juego delicioso de paladear la palabra, y al paladearla, descomponerla, sentirla y sentir cada una de sus partes. An-to-fa-gasta: el presente en la ciudad es un tiempo privilegiado. Antes -an-t(o)e(s)- la ciudad no era de lana y todo se gastaba; ahora que todo es de lana, nada se gasta: -gas-ta: An-to-(fa)-gas-ta: antes todo se gasta(ba): Antofagasta. Queda simplemente la sílaba fa. Este fa de Anto-fa-gasta es la clave de la armonía que abarca a tierra y cielo subiendo la música, en clave de fa, hacia las alturas y hacia el Sol, padre antiguo y siempre presente:

“Entonces hace afinar todos los instrumentos de la comarca en fa, y con ellos y siempre en fa, canta meciéndose hasta que allá en el ocaso, el Sol, al ocultarse, deja en su sitio un sabor de lana astronómica”¹⁴³.

En esta escala casi todos los sentidos son solicitados¹⁴⁴: esta lana muelle se palpa, se oye, se saborea, se ve. Inmensa y suave percepción de una trama de lana que desde la tierra cobra dimensiones cósmicas.

Tercera escala: Iquique. Esta ciudad es para el personaje-narrador totalmente diferente de las dos primeras, a tal punto que pareciera pertenecer a otro país. La palabra origina los atributos imaginarios. Se debe, en este caso, a la repetición de la i: i-qu-i-que, propio del canto “estridente o entrecortado” de los pajaritos de los cuales esta ciudad es la cuna. Lo que determina a los pajaritos nacidos en Iquique no es un cuestión de canto, pues todos los pajaritos cantan de este modo; es una cuestión de vida, de selección para la vida. Los que no han nacido aquí no logran sobrevivir pues son la presa fácil de cualquier animal. En cambio los nacidos en esta ciudad-cuna, ellos sobreviven, se propagan por todos los continentes y cantando llegan a viejos. Verdad es que esa vejez es una especie de curiosa desaparición de la corporeidad del pájaro, senectud abstracta que se ha transformado en canto puro y en puro canto, ii-qui-que, i-qui-que!:

“...llegan a viejos, llegan a la extrema vejez, a esa vejez sin plumas, sin alas ni picos, mas siempre con su canto primoroso, agudo y golpeado”¹⁴⁵.

Como siempre en estas jornadas, la percepción invita a la acción. Los habitantes de la ciudad tienden a imitar el canto de estos pajaritos. Los pasajeros del vapor también se contagian con tan agradable algazara y comienzan ellos también a gorjear. El capitán, sordo al encanto de tales sirenas, interrumpe el canto haciendo pitear la ronca y real sirena de su barco y ordena zarpar.

Cuarta escala: Mollendo. Aquí, “todo es redondo, algodonoso y color café”¹⁴⁶. Todo se explica a partir del nombre de la ciudad: Mollendo: muelle. Todo es tan blando y acogedor, que sus habitantes duermen en cualquier parte. Se alimentan de bollos redondos. Redondo y algodonoso, Mollendo es un lugar en peligro.

¹⁴³ *Ibid.*, pág. 70.

¹⁴⁴ Hay una evidente progresión de la participación perceptiva de todos los sentidos.

¹⁴⁵ *Ibid.*, pág. 71.

¹⁴⁶ *Ibid.*, pág. 71.

Cuando los habitantes, después de comer bollos se lavan las manos en las aguas parduscas del mar, Mollendo se pone más y más pardo. Esto, más el viento terroso y el golpe de las olas redondean cada vez más este extraño lugar destinado a convertirse, según explica el capitán, en "una cosa redonda, color café con leche y con consistencia de algodón"¹⁴⁷. Una ciudad-bollo.

La quinta escala: Huacho. Este lugar está formado por "montañas de sal transparente"¹⁴⁸ cuyo reflejo da al mar un color glauco. Los habitantes

"son como todos los habitantes de todas partes, mas, al pasar tras dichas montañas, adquieren formas extravagantes, de guarisapos"¹⁴⁹ quebradizos"¹⁵⁰.

Todo esto es como una metamorfosis maravillosa, la involución de estos habitantes a un estado prehumano. Mas sin duda todo es causa del reflejo, del juego de la luz en esas masas salinas. La percepción visual desempeña aquí un papel esencial:

"El barco, al zarpar, fue dejando tras sí una especie de baba incolora y aburrida. Nosotros mirábamos todo aquello con ojos muertos y glaucos como el mar"¹⁵¹.

La clave parece estar por una parte en "la baba incolora y aburrida" y, por otra parte, en esos ojos glaucos en que, como en el mar, todo este extraño mundo se refleja. Ojos-mar, mar-ojo, el barco revuelve las aguas sin color y zarpa dejando la huella de su propia baba como un lento molusco¹⁵².

La sexta escala: Pacasmayo. Es una verdadera orgía de colores. Predomina la percepción visual. En las hojas y frutos de los árboles se encuentran todos los colores y más aún, puesto que el personaje-narrador descubre colores hasta ahora desconocidos. El barco flota en una inmensa paleta de pintor. Un arcoiris al alcance de la mano. Los marineros gozan de la maravillosa experiencia de saborear estos colores llevándose a la boca un dedo untado en este óleo de infinitos colores.

Se añade a esto otro fenómeno extraordinario, pero perfectamente consecuente con lo anterior. En cada árbol, en cada rama y en cada fruto hay un papagayo. Percepción visual, gustativa, y ahora auditiva:

"Todos los papagayos gritaban a un mismo tiempo y sin interrumpirse ni un segundo"¹⁵³

Cuadro lleno de colores, reserva de colores, lugar inhabitado por el hombre, pero por donde éste puede pasar para gustar, saborear, mirar, contemplar, oír esta

¹⁴⁷ *Ibid.*, pág. 2.

¹⁴⁸ *Ibid.*, pág. 74.

¹⁴⁹ Renacuajo.

¹⁵⁰ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 74.

¹⁵¹ *Ibid.*, pág. 74.

¹⁵² Glauco (m): molusco gasterópodo marino, de color azul con reflejos nacarados.

¹⁵³ *Ibid.*, pág. 74.

obra maravillosa, este incendio crepitante de luz y color que al anochecer, con la puesta del sol se apaga lentamente:

“De la hoguera salía y llegaba hasta nosotros el canto agrio de los pájaros; luego un murmullo desafinado; hasta que se puso el sol y desapareció Pacasmayo y callaron los papagayos”¹⁵⁴.

¿Pacasmayo es una ciudad sin habitantes? Sin duda no, puesto que es también “una alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía”. ¿Dónde están los hombres cuando llega el barco? En todo caso los marineros y los pasajeros del barco, con sus ojos admirados y sus oídos sorprendidos actualizan plenamente, aunque sea por poco tiempo, la maravilla de Pacasmayo.

Séptima escala: Pimentel. Aquí tampoco parece haber habitantes. Su principal característica son los arbolitos que producen la pimienta. Fuera de esta vida que llega con fuerza al olfato del capitán y del pasajero-personaje-narrador, no parece existir en este lugar otra forma de vida:

“Durante los tres días que permanecemos fondeados allí, no apareció nadie, ni un perro en la tierra, ni un pez en el agua, ni un ave en el cielo”¹⁵⁵.

Octava escala: Paita. Nuevamente el predominio del color. Las tonalidades verde de los numerosos árboles –paltos– y a través de las ramas doblegadas, el azul. Los habitantes viven en una especie de perezoso abandono paradisiaco, se alimentan de paltas, echan las cáscaras verdes en las azules aguas del mar. Lo extraordinario en este lugar lujurioso es, además del juego de colores, la ausencia de horizonte:

“Yo, por curiosidad, levanté una hoja. Tampoco vi el horizonte, pues apareció cerca, cerca de mí, un monte que lo ocultó. Un monte que rodeaba todo el mar”¹⁵⁶.

¿Han desembarcado? ¿O desde la cubierta del barco, que habría entonces penetrado en esta espesura verde, el personaje-narrador ha buscado el horizonte? Pareciera ser lo segundo. El monte es una gran herradura color hueso de palta, “guinda metálico” que se refleja en el mar. El monte –que cierra toda perspectiva– es de metal y se va derritiendo y mezclando con las aguas del mar. Fin de esta escena extraña en Paita: el personaje-narrador suelta la hoja que había separado para poder mirar y “el verde volvió a saturarlo todo”¹⁵⁷ Esta saturación, esta oclusión de la visión y del espacio percibido pone fin al espectáculo y la respuesta que el personaje-narrador pensaba dar al capitán es innecesaria: todo no es sino la cerrazón densa del color verde.

¹⁵⁴ *Ibid.*, pág. 75.

¹⁵⁵ *Ibid.*, pág. 75.

¹⁵⁶ *Ibid.*, pág. 76.

¹⁵⁷ *Ibid.*, pág. 76.

Novena escala: Manta. Lugar peligroso, lúgubre. ¿Alude el nombre de Manta a la raya, pez de enorme boca y que, según la leyenda, envuelve cruelmente a sus víctimas, o simplemente a un animal fantástico?¹⁵⁸ Lo uno o lo otro sirve de signo concreto de esta última etapa hacia el norte. La escala en Manta permite el descubrimiento de un extraño mundo de desolación y crueldad. Viven en esta ciudad únicamente tres habitantes. Por turno van cumpliendo las principales funciones y tareas: "Cuando el uno vela, el segundo duerme y el tercero come"¹⁵⁹. El que vela acoge con ansiosa solicitud a los barcos que allí fondean:

"El que vela está arriba de un pino, saluda a los barcos que pasan, se precipita a los barcos que fondean y aprieta las manos de oficiales, pasajeros y tripulación"¹⁶⁰.

Esta solicitud parece ser prueba indiscutible de la necesidad de contactos humanos de estos tres abandonados. Mas es evidentemente curioso que no se decidan a embarcarse para abandonar su solitaria ciudad. Alguna secreta imposibilidad se los ha de impedir.

El habitante que duerme, sueña. Este sueño, como la solicitud del que vela, y como el comer del que come, es común, pero por turno, a los tres personajes. Dormir es sobre todo soñar, y el sueño es siempre el mismo:

"Sueña el infeliz con las bellezas y grandezas de Guayaquil"¹⁶¹.

Este objetivo inalcanzable da más fuerza a la interrogación anterior, a saber, por qué no abandonan su desolada ciudad.

El habitante al cual le toca el turno de comer lleva al extremo el carácter extraordinario de estos habitantes. Para comer hay que cazar. La caza en este lugar es una actividad bastante simple y rudimentaria: al acecho de su presa, se esconde el hombre en un matorral y "de pronto estira el brazo y coge un alcatraz"¹⁶². Decíamos cazar; vemos ahora que ni siquiera se trata exactamente de éso. Estirar el brazo y coger un alcatraz, es mas bien la acción de un primitivo recolector que la de un primitivo cazador. El pájaro se distingue del fruto simplemente porque hay que cogerlo por sorpresa, pero en cuanto al resto viene a ser igual:

"Luego se lo devora vivo, con pico, con patas, con plumas, con todo. Cuentan que el alcatraz lanza gritos desgarradores"¹⁶³.

Estos tres habitantes forman un triángulo equilátero por cuyos ángulos pasan alternativamente los tres constituyendo un ser único y una trinidad de necesidades y

¹⁵⁸ Manta: animal fantástico, *Diccionario del habla chilena*, Academia chilena. Instituto de Chile. Santiago, Ed. Universitaria, 1978. Pág. 141.

¹⁵⁹ *Ibid.*, pág. 77.

¹⁶⁰ *Ibid.*, pág. 77.

¹⁶¹ *Ibid.*, pág. 77.

¹⁶² *Ibid.*, pág. 77.

¹⁶³ *Ibid.*, pág. 77.

de funciones: el que vela, percibe y siente el mundo; su acción se reduce a saludar, pero este saludo es capital pues es el único momento en que se enfrentan con el otro, con los que están fuera de las tres líneas del triángulo inamovible de sus existencias. El que duerme abre una dimensión que trasciende el encierro de sus vidas, pero se trata sólo de un sueño, de la manifestación onírica de un deseo que nunca se cumple, ir a Guayaquil. Si el sueño se hiciera realidad, la ciudad quedaría deshabitada. El que come se traga la vida tal cual, la vida-viva. De este modo este triángulo constituido por tres seres pero por una sola vida, se nutre del mundo que se les ofrece y se abre para ellos como la necesidad abre en ellos la tensión del deseo.

El encuentro con este sorprendente mundo de Manta cambia el destino del viaje dejándolo inconcluso. La desgraciada vida de los alcatraces, el grito atroz del que es engullido por el hombre que come, el espanto colectivo de estos indefensos pájaros, sus lágrimas de tristeza por el hermano muerto, todo esto crea una situación insoportable. Uno de los alcatraces, "perdido el tino por el dolor"¹⁶⁴, entra por el ojo de buey en el camarote del personaje-narrador. La presencia de este desgraciado pájaro en el barco causa una extraña y desproporcionada situación de inseguridad y riesgo:

"Entonces, sobre el palo de mesana, flameó la banderola de peligro; sobre el trinquete, la de resignación ante los grandes males"¹⁶⁵.

Esta reacción desproporcionada está coloreada de ironía y de humor. La "sirena lloró lúgubre", se levantan las dos anclas "sin que nadie las alzara", y se las compaña a "dos viejas empanadas"¹⁶⁶. El capitán ordena el regreso. Para el personaje-narrador la búsqueda de la quietud y la serenidad es una preocupación constante, y sabe, desde que Desiderio Longotoma se lo enseñó, que ni el bien ni el mal son en sí mismos, sino que son caminos que hay que andar. Siente una gran decepción pues estaban ya a pocas millas del puerto de Buenaventura, puerto que por su nombre presagia todo el equilibrio, y la quietud que el personaje-narrador puede anhelar:

"¡Qué funesto contratiempo! Y pensar que millas más, habríamos llegado al término de la navegación, el puerto de Buenaventura que, según opinión general, era una alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía"¹⁶⁷.

Dos observaciones. En lo que se refiere a poder llegar o no a ese puerto de nombre tan prometedor, si consideramos todas las jornadas precedentes, comprobamos que aunque cada vez el personaje-narrador ande en busca de un equilibrio y de su propia quietud, nunca tal objetivo es alcanzado. Podemos repetir aquí lo que se dice en la jornada cuarta, cuando pasa el cortejo del amigo muerto y queda

¹⁶⁴ *Ibid.*, pág. 78.

¹⁶⁵ *Ibid.*, pág. 78.

¹⁶⁶ *Ibid.*, pág. 78.

¹⁶⁷ *Ibid.*, pág. 78.

él pegado a la ventana: si no, no estuviera pensando en su amigo y en esto y lo otro, si no se hubiera precipitado a la ventana y quedado allí encerrado, tampoco estaría "ahora" escribiendo. El personaje-narrador, solicitado por el mundo, un mundo inexplicable, invitado por tantas percepciones y sensaciones y por su conciencia y las interrogaciones que se plantean, sólo puede existir como movimiento perpetuo. De llegar a ser un bienaventurado —llamemos así a los habitantes de Buenaventura— quedaría para siempre inmovilizado por la gracia, la contemplación, el éxtasis, y ni él volvería a moverse ni su pluma, o su máquina de escribir, a repetir el infinito movimiento de la escritura que repite, sin copiarlo, el movimiento de la vida, y abre la diferencia.

La segunda observación. Comprobamos que la experiencia, por decepcionante que sea, no anula nunca la tensión del deseo. Todas las escalas, y el relato que da cuenta de cada una de ellas, comienzan de la misma manera: "una ciudad alegre, pintoresca, en una bahía vasta y plácida". El puerto de Buenaventura, al cual no llega el personaje-narrador, es descrito de la misma manera. El personaje-narrador sabe que encontrará lo mismo, pero sigue esperanzado, el nombre del puerto permite tal esperanza, la de encontrar algo diferente a lo que ha visto y experimentado en los otros puertos. Mas, como el habitante que duerme en la extraña Manta y sueña con Guayaquil, el personaje-narrador se queda con la ilusión, no cotejada con la realidad, y por lo tanto ni confirmada ni desmentida, de la bienaventuranza del puerto de Buenaventura.

El barco emprende el regreso a Valparaíso sin hacer escala. El personaje-narrador permanece encerrado en su camarote con el alcastraz:

"Tras de mí, sobre mi cabeza, paraba el alcastraz de Manta, moviendo con lentitud sus grandes alas cobijantes. Así meció los sueños que vine haciendo sobre las aguas, así tamizó con dulzura los recuerdos pasados que se me agolpaban en la mente, así coloró de gualdo y encarnado los proyectos que para el próximo año empezaban a germinar y a revolotear junto al susurro de las olas"¹⁶⁸.

Movimiento perpetuo, el personaje-narrador piensa ya, bajo la protección maternal del alcastraz¹⁶⁹, en la trayectoria que comenzará apenas se inicie el próximo año. Repetición pero también diferencia, como al comenzar el presente año se repite el acto de lectura pero se pasa de *El Quijote* a la *Divina Comedia*. Este año termina con el retorno a Valparaíso: movimiento de regreso. En dirección opuesta, el alcastraz también emprende el regreso, pero a su norte. Cada uno a lo suyo en el infatigable movimiento de la vida. El alcastraz se lanza "tras un pejegato que andaba tras un pejepulga"¹⁷⁰ satisfaciendo de tal modo su necesidad de comer. Y sigue su vuelo. El personaje-narrador, antes de pasar al año siguiente, satisface su necesidad de personaje-narrador-lector, lee lo que ha escrito, y, al leerlo vuelve a hacer, como nosotros lectores, el recorrido del presente año.

¹⁶⁸ *Ibid.*, pág. 79.

¹⁶⁹ El alcastraz es una especie de pelicano. Éste, según la fábula, se abría el pecho para alimentar a sus polluelos.

¹⁷⁰ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 79.

31 DE DICIEMBRE: HOY HE RELEÍDO ESTE DIARIO
CON LENTITUD Y PENETRACIÓN. CONCLUSIÓN

Lectura penetrante. Ironía y burla. Todo está muy bien porque respeta las reglas oficiales. Tiene razón, está muy bien: esta repetición y la de cada escala, como también terminar el año presente leyendo el final de *El Quijote* y comenzando la *Divina Comedia*, como está muy bien terminar este presente año leyendo lo que ha escrito para quedar libre y dispuesto a seguir el movimiento de su existencia al comenzar el año nuevo.

Pasajes de este relato, como de otros, reaparecen en las cinco mil páginas que Juan Emar dejó inéditas. Reaparecen, son vueltos a escribir, hay semejanzas y desemejanzas, repetición y diferencia. El trabajo sin fin de Juan Emar no nos parece ser un simple afán de perfección. Escribir es andar una jornada, es anotarla, es decir lo que cuesta y lo que se gana con ella para vivir, es repetir un camino que no es nunca igual, es imponerse un régimen para conservar la salud y seguir escribiendo. Es dejar huellas profundas en las hojas de un infinito *diario*.

DOS
EL VIAJE DE LORENZO ANGOL

INTRODUCCIÓN

Juan Emar forma parte de aquellos escritores, pintores y otros artistas que viajaron y pasaron en el extranjero largas temporadas. No estudiaremos los viajes de Juan Emar, sino los de su personaje Lorenzo Angol. El segundo volumen de la obra de Juan Emar publicada por la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM) está completamente consagrado a los recuerdos de viaje de Lorenzo Angol. O más exactamente algo más de la mitad del libro, 81 páginas sobre un total de 136¹⁷¹. El resto está consagrado al acto de escritura y a la rememoración del viaje.

Llama la atención el hecho de que en el título aparezca antes de *Recuerdos de viaje de Lorenzo Angol*, *El canto del chiquillo*. No sé si es una decisión de los editores o si así estaba dispuesto por el autor. Sea lo que fuere lo importante es que hay una especie de desajuste entre el título y el contenido del volumen, consagrado en su totalidad a los recuerdos de viaje y esa parte del título antepuesta. Sin embargo el aparente desajuste resulta ser fértil puesto que anuncia una especie de campanazo que puntúa lo que fuera un momento importante de la vida de Lorenzo Angol, su amor con Lumba Corintia. Este canto del chiquillo que se oye por la ventana del hotel en que Lorenzo Angol y Lumba Corintia se amaron, debe ser considerado como un signo del contraste entre lo

¹⁷¹ Estas páginas remiten a Juan Emar, *Umbral, Segundo pilar, El canto del chiquillo. Recuerdos de viaje de Lorenzo Angol*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), 1996.

que Lorenzo está viviendo y otra realidad. Signo entonces de una imposible plenitud en el presente.

Lorenzo Angol decide viajar a París, por las mismas razones, sin duda, que motivaron el viaje de Juan Emar en 1924, a saber porque la realidad que vive no le satisface:

“¡Allá ellos!” significa para mí, cambiar de rumbo, cancelar una época. Todo este último tiempo en Chile fue un continuo alboroto: demasiadas opiniones encontradas, demasiados puntos de vista opuestos, demasiadas divergencias¹⁷². Primaba en mí la idea de deshacerme de todo. Viajar era la solución. Ver otros panoramas, oír otras gentes. El fondo no ha cambiado: la paz sagrada. Pero temo una clausura anticipada. Por si en el pasado han quedado cosas que no hayan fructificado debidamente, vale la pena volverlas a ver”¹⁷³.

Se plantea entonces el problema de qué es viajar. Parece claro que para Lorenzo Angol viajar significa dejar atrás una realidad que no le satisface. Viajar es, de algún modo, huir. Pero es sabido que no se huye ni de los problemas sociales ni de los personales. Si la razón y la sabiduría no han sido capaces de liberarnos de nuestras preocupaciones y problemas, por más que pongamos entre ellos y nosotros la inmensidad del mar, nada se solucionará: las preocupaciones y problemas cambiarán de clima pero no de espíritu¹⁷⁴. Lorenzo Angol conoce esta antigua verdad.

“Un símil corriente: un viaje, partir a otras tierras. Acaso al llegar a estas nuevas tierras ¿no llevo conmigo la memoria de las tierras que he abandonado? Sin memoria, las nuevas le carecerían totalmente de significado. Serían un inmenso hueco poblado de monstruos sin explicación. Al ir a mi rincón solo, no voy solo: voy con todo un mundo que le dará vida y significado a esta vida”¹⁷⁵.

En sus recuerdos de viaje, tanto el de 1924 como el de 1928 y demás, Lorenzo ha vivido la experiencia de lo ajeno, ha contemplado otras calles, otras casas, otros hombres. Pero cada vez vuelve a la paz de su Bóveda. Allí lo encontramos ahora, es ese su presente y presente de la enunciación

¹⁷² Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1101. En el plano social los problemas son los de la agitada vida política de aquellos años. El viaje de 1924 también se hace con un trasfondo de agitada política nacional.

¹⁷³ “Aquí estoy, escribo flojamente. Empecé a hacerlo alentado en la creencia de que el hecho de escribirte un relato de mi viaje, me aclararía muchos puntos oscuros, me haría ver lo que él fue de verdad. Ahora lo dudo un tanto y me temo que, al fin y a la postre, quede siempre a tientas y con un relato escrito...”. *Ibid.*, pág. 1198.

¹⁷⁴ Cito libremente a Horacio, *Epístolas*, Libro Primero.

¹⁷⁵ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1105. Hay dos aspectos en esta cita. Por un lado el papel de la memoria: sin ella seríamos incapaces de conocer y reconocer cosas nuevas. Y por otro lado esta memoria es también un peso que puede ser impedimento para vivir plenamente el presente.

"Ahora quiero reconstituir, hasta donde me sea posible, estos meses pasados fuera. Tengo para ello, un sinnúmero de notas hechas durante la ida, durante mi estadía en París y el viaje a la Costa azul" ¹⁷⁶.

El presente de la enunciación se divide entre este "ahora quiero reconstituir", que sería el presente principal, y esos momentos en que tomaba nota de lo que iba experimentando durante el viaje y luego en París y en la Costa Azul ¹⁷⁷. Teniendo en cuenta todo esto, veremos qué es, de hecho, el viaje para Lorenzo Angol.

Los "recuerdos" comienzan con la fecha de partida desde Santiago, el embarco en Valparaíso y luego la enumeración de las escalas hechas durante el viaje. El procedimiento es el mismo que Emar había empleado en su libro *Un año*, salvo que aquí el viajero llega a su destinación, París. Sigue la breve descripción del viaje de regreso y sus escalas; y en el mismo párrafo el narrador precisa que pasó todo el tiempo en París, excepto quince días en la Costa Azul. Los "recuerdos" de Lorenzo Angol desbordan el simple libro de recuerdos de viaje y se extienden a otros sectores aunque siempre éstos están en relación, de un modo u otro, con el viaje.

Desprendemos entonces las siguientes líneas narrativas:

1.- Viajar, el hecho de partir y su relación con el hecho de parir; de este modo el viaje, en su sentido primero, queda subsumido en la figura retórica de la vida como viaje cuyo inicio oficial es el parto ¹⁷⁸.

2.- El agudo problema del recuerdo: el libro de recuerdos de viaje está impregnado de este asunto de la rememoración, hecho que conduce a ver en el libro de recuerdos de Lorenzo Angol una superposición de estratos en los cuales surge lo que Deleuze llama un rizoma ¹⁷⁹. Diremos por lo tanto que el relato de Lorenzo Angol es rizomático y no de tipo palimpsesto ¹⁸⁰; la escritura no es escritura sobre otra anterior sino surgimiento constante por en medio de ella de otra escritura.

3.- Otra línea importante es la del reconocimiento y de la extrañeza.

4.- El amor y el canto del chiquillo.

5.- La escritura y su función: la Bóveda. Los recuerdos de viaje de Angol parecen a primera vista tratar únicamente del viaje de 1928; pero éste envía al de 1924; y más allá de éste el viaje de 1920, (o 1919), como también al modesto viaje en tranvía, ida y vuelta, entre Santiago y San Bernardo en 1923. Lo que cuenta es que cada uno de estos viajes permite una experiencia, una epifanía y una contemplación ¹⁸¹. Trataremos de cada una de estas líneas teniendo en consideración que

¹⁷⁶ *Ibid.*, pág. 1101.

¹⁷⁷ En este sentido, y sólo en éste, se puede hacer una comparación con Vicente Pérez Rosales, quien también tomaba notas durante sus andanzas. La semejanza, por cierto, no va más lejos.

¹⁷⁸ Claro está que hay una asociación entre "parir" y "partir".

¹⁷⁹ Rizoma: Gilles Deleuze dice: "Un rizoma no tiene ni comienzo ni fin, pero siempre el medio por donde crece y desborda", Deleuze y Guattari, *Capitalisme et schizophrénie. MILLE PLATEAUX*, Paris, Les Editions de Minuit, 1980, pág. 31.

¹⁸⁰ No niego que se pueda ver una especie de escritura sobre lo ya escrito. Pero más que reescribir sobre, lo que hace Emar es dejar surgir por el medio de lo ya escrito otros escritos. Por eso es preferible la teoría de Deleuze sobre los rizomas. Además al hablar de rizomas se conserva toda la dinámica y fluidez de cada texto y la multiplicidad de la conciencia emariana.

¹⁸¹ Se encuentra ya esta práctica en *Un año*: ir, experimentar, contemplar.

lo que prima es el dinamismo, el *fluir*, y la profunda relación entre cada una de ellas¹⁸².

Como se vio, de nada sirve viajar para liberarse de la carga de problemas que pesa sobre uno. Lorenzo Angol lo sabe y su "¡Allá ellos!" es una exclamación de hastío tanto en el plano social como en el individual. Ya en París, Lorenzo Angol se hace esta pregunta; "¿Qué estoy haciendo aquí?", interrogación que, según su propio decir trae consigo la pregunta hermana "¿Qué estoy haciendo en el mundo?" Lorenzo Angol sabe muy bien, aunque después vea su error, que ha querido huir de sus problemas y de las condiciones socio-políticas de esos años en Chile. "He venido a París, dice, con un plan: sumergirme en las viejas piedras. Lo he cumplido y sigo cumpliéndolo punto por punto"¹⁸³. Pero a pesar de ello, su carga de problemas, cuestionamientos y recuerdos siguen presentes y lo mantienen en un balanceo entre un aquí y un allá que de hecho le impide vivir el presente, enfermedad crónica de Lorenzo. Estar en París es despertar los recuerdos de Chile; estar en Chile, despertar los recuerdos de París. Ahora bien, lo que resulta ser de gran importancia es la lucidez del personaje-narrador. Su conciencia es una clara comprensión de los problemas, de las contradicciones, de los imposibles con los que se sueña a sabiendas de que nunca podrán cumplirse.

Para vivir plenamente el presente Lorenzo tendría que descargarse de su conciencia anterior y con una conciencia "vacía" entregarse a vivir el presente. A partir de este punto surge la comparación con la vida en general. Se nace cargado de cosas de las cuales hay que descargarse para verlas, comprobarlas y poder vivir:

"Nadie podrá negarme que es de alto interés hacer un buen día, mejor dicho, repetir un buen día el acto que hacen todos, absolutamente todos los hombres desde que nacen y por el hecho de nacer, y durante la mayor parte de la existencia; hacerlo, repetirlo un buen día cualquiera, obligadamente, en poco tiempo y en una habitación previamente escogida de las casa de un fundo. Hacer en miniatura cosas que son enormes es siempre interesante. Aumenta su interés el hecho de que este acto es parecido al de la mayoría de los viajeros, sean inteligentes o necios, cuando han terminado el viaje y vuelven al hogar: rodearse de su equipaje, ir abriéndolo deleitosamente y volver a ver todo lo que se ha traído durante las correrías que acaban de terminar. Esto de los viajeros es en reducido y en casi grotesco. En grande y serio es: desde el día del nacimiento y durante largos años de vida"¹⁸⁴.

La comparación con el nacimiento nos remite a un viaje anterior, de nueve meses, durante el cual hemos ido acumulando "equipaje" para seguir el viaje ya solos en la vida. Es necesario ver qué hemos traído:

¹⁸² Hay, por cierto, muchas otras líneas, pero en el espacio de este trabajo no podemos abarcarlas toda. Nos limitamos a las más directamente relacionadas con el tema del viaje.

¹⁸³ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1123.

¹⁸⁴ *Ibid.*, pág. 1116

“Esta es la gran tarea antes de vivir plenamente: rodearse del equipaje que hemos traído al nacer, desembalarlo y, concienzudamente, reconocerlo, apartarlo, abrirlo, clasificarlo, ordenarlo y devolverle su utilidad”¹⁸⁵.

Así entonces, subsumidos los viajes, las correrías, andanzas o fugas al viaje prénatal y postnatal, Lorenzo Angol comprende que la solución no se encuentra en el cambio espacial sino más bien en el ensimismamiento contemplativo de su propia duración. Es lo que llama “paz” y que solamente en su Bóveda puede encontrar.

Dilucidado este carácter del viajar, se debe ver ahora el aspecto plenamente positivo. Sea cual sea la trampa que se puede hacer al viajar, hay que apuntar que el viaje en sí puede ser una experiencia positiva. Primero una experiencia, luego una contemplación. Lorenzo busca sumergirse en la esencia de París, de Europa en general; busca otro modo de vivir. De ahí el interés del pasaje en que el personaje-narrador se pierde voluntariamente, si así puede ser, en París:

“Hoy, andando por un lado y otro, me perdí. Sencillamente me perdí. [...] Entonces caminé, caminé en línea recta que se alejara y se alejara siempre. No quise preguntar nada ni siquiera entrar en el metro. Caminé. Hay que evitar que se gire. Evitar de ser víctima del ovillo. Es lo que aconsejo a todo el que se pierda: ihuir del ovillo!”¹⁸⁶.

Encontramos en esta línea recta –evitar el ovillo, el círculo– la línea de fuga de Gilles Deleuze. “Línea de fuga”¹⁸⁷ no significa huir, sino pasar a otro territorio, desterritorializarse y reterritorializarse. Es lo que de hecho busca Lorenzo Angol sin verdaderamente poder lograrlo: dejar su territorio, descodificarlo y pasar a otro territorio y recodificarlo. El personaje-narrador encuentra esa reterritorialización y recodificación en el territorio de su Bóveda y en el de la escritura.

A riesgo de repetirnos, recordemos que el problema de Lorenzo Angol es la imposibilidad crónica de vivir el presente. Cada espacio le remite a otro y es así como trae a colación sus viajes anteriores. Veamos lo positivo de cada uno de estos viajes, vale decir la experiencia que carga la conciencia, que es la conciencia: 1919 / 1920, 1921, 1923, 1924, 1928.

¹⁸⁵ *Ibid.*, pág. 1116

¹⁸⁶ *Ibid.*, pág. 1162.

¹⁸⁷ Traduzco literalmente. La *ligne de fuite*, término de geometría que no debe confundirse con el *point de fuite*, en castellano “centro de perspectiva”. La línea de fuga (o de arranque, traduciría también) es el paso de un territorio a otro para recodificarlo. En Deleuze y Guattari, *op. cit.*, pág. 1162.

UN HOMBRE SINGULAR

Los viajes

1.- Lorenzo Angol habla de tres viajes, el de 1920, el de 1924 y el de 1928. Agrego el viaje a San Bernardo, en 1923, pues me parece tan importante como los demás. En 1928 Lorenzo Angol tiene ya una buena experiencia de los viajes. Sin embargo hay que subdividir esta *experiencia* en dos direcciones. Una es la dirección objetiva o práctica, la otra la dirección subjetiva o reflexiva. Es esta segunda la que nos interesa, y a la cual la primera le sirve de base.

Lorenzo Angol comienza por indicar el momento de su partida, el 3 de marzo de 1928 y da el nombre *-M/N Aconcagua-* del barco en que viaja. Señala, sin más, las diferentes etapas, asunto que volverá a tomar más adelante de manera detallada desarrollando un sistema anafórico tal como lo hiciera en *Un año*. Indica también, sin más, el retorno en el barco *M/N Baarn*, holandés, hasta Buenos Aires y desde allí por tierra a Santiago. Llega un 31 de octubre.

El primer punto memorable es la escala en El Callao y la visita a Lima. Recuerda el convento de San Agustín y la estatua *La Muerte* esculpida por un indio llamado Baltazar Gavilán. Lorenzo nos dice que en ella, en la estatua, había dejado pendiente un sentimiento y que al volverla a ver lo encontró. Dos puntos merecen nuestra atención. Primero la exclamación: "¡Eternamente la misma historia...!" que expresa el sentimiento de repetición. Segundo "la paz..."¹⁸⁸ o contemplación.

El presente ha revivido el pasado y Lorenzo encuentra dificultades para transcribir lo que encontró. Lo que importa es la experiencia. La dificultad nace de la imposibilidad de transcribir fielmente lo experimentado. Esto lleva a Lorenzo a una primera disquisición. En una pieza de teatro, dice, los actores tienen la obligación de repetir lo que ya está dicho por escrito; en su caso, por el contrario, hay que encontrar la expresión justa de algo que se presenta pero a la vez se escabulle. Esta primera experiencia de viaje da lugar a un interrogante sobre el tiempo:

"Aquí los pensamientos fluían repentinamente sin siquiera justificar la manera ni el momento ni el escenario. Brotaban sin un "antes", apenas con un episódico "durante" y con un gran interrogativo respecto al "siempre"¹⁸⁹.

La contemplación de la estatua *La Muerte* despierta el recuerdo de lo que le contó un amigo, a saber que el indio Baltazar Gavilán vivió en la época colonial, era borracho y los frailes, a cambio de su trabajo, le daban de beber:

" Recuerdo que vi al indio de la Colonia peruana y vi a los frailes dándole de beber. ¿Por qué bebía? Tenía muchos seres alrededor suyo¹⁹⁰ que

¹⁸⁸ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1101. Importante es esta precisión sobre la "paz": "Pero paz contraria al sueño; paz dinámica, profundamente activa y sin que produzca ni un solo crujido. Esta paz podría llamarse "contemplación", pág. 1103.

¹⁸⁹ *Ibid.*, pág. 1102.

¹⁹⁰ Si no hay *erratum*, este "tenía muchos seres que alimentar" debe ser tomado no en el sentido

alimentar. Recuerdo los conciliábulos que tenían. De ellos nació *La Muerte*. El resto del mundo se acallaba"¹⁹¹.

2.- El viaje de 1924. Desembarcó en El Callao y estuvo en Lima. Fue durante este viaje cuando Lorenzo Angol vio por primera vez la estatua *La Muerte* y supo del indio Gavilán por un amigo.

3.- El viaje a San Bernardo, 1923. Asomado a la ventanilla del tranvía, Lorenzo Angol va a descubrir un hecho fundamental: el parto precede a la fecundación. Se refiere esta noción a la creación artística:

"La certeza absoluta y clara de que en este mundo de la cabeza se pare primero sin previa cópula y este parto trae luego, cerca o a distancia, pronto o más tarde, un acto de fecundación. Y aquí termina el proceso. Aquí termina este acto que como finalidad sólo tiene la de prodigar gran alegría entre los mortales y alegría de buena calidad. Hasta un nuevo parto, en la misma o en otra mente, en la misma o en otra alma"¹⁹².

4.- Viaje de 1920/1921. Lorenzo Angol viaja a Italia y en el museo, ante los grandes nombres de un Ghiberti, Brunescello, Donatello, Massacio, Da Vinci, Cellini y otros, vuelve a vivir la experiencia -mental- de parir.

"Es como la cancelación de una deuda de dinero, ni más ni menos [...]. Cancelar una deuda es algo sagrado porque es en miniatura un símil del mayor acto que el hombre pueda ejecutar: desdoblarse, partirse en dos"¹⁹³.

Parir es entonces como cancelar una deuda. Y Lorenzo está dispuesto a cancelarlo todo. Los grandes personajes que ve en el museo -los cuales se han conservado en la edad en que murieron- son sus jueces. Massaccio, muerto a los 27 años, es el más cercano a Lorenzo en cuanto a la edad y se convierte para Lorenzo más que en un juez en un verdadero acusador. Lorenzo tiene que cancelar, tiene que parir:

"...pariré, daré un fruto, cumpliré, como ellos en su momento lo hicieron"¹⁹⁴.

5.- Viaje de 1920/1921. Durante el viaje de 1928 vuelve a pasar con su amigo Draguignan por Cagnes Este le recuerda la juerga que hicieron con Rubén de Loa en ese lugar en el año 1921. Esta vez Lorenzo Angol no logra encontrar su recuerdo. La experiencia "juerga" ha quedado reprimida:

material del hombre que tiene una gran familia sino en el sentido de una multiplicidad de conciencia del indio Baltazar; éste es uno y a la vez una multiplicidad, y de ésta nace la obra.

¹⁹¹ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1103.

¹⁹² *Ibid.*, pág. 1107.

¹⁹³ *Ibid.*, pág. 1106.

¹⁹⁴ *Ibid.*, pág. 1106.

"El total se había envuelto en alcohol y se había ido a las regiones de los ensueños, poniendo un gran signo de interrogación que me iría a taladrar durante años"¹⁹⁵.

El aspecto verbal "que me iría a taladrar" significa, claro está, que durante años esa experiencia, por más que Lorenzo tratara de encontrarla, había quedado oculta. Pero ahora, puesto que al fin lo escribe, su recuerdo ha saltado a esa pasado y la imagen del recuerdo ha vuelto a su mente. En el fondo hay aquí, sea dicho de paso, dos recuerdos, el uno recuerdo de su olvido, el otro el recuerdo de la experiencia "juerga" al fin encontrado.

Durante este viaje Lorenzo visita también el Louvre. Recuerda el cuadro de Rembrandt *Los filósofos*. La mayor experiencia aquí es la del hastío de vivir:

"Rembrandt se aburría. Sólo ha sabido que la vida es pesada, que está llena de inconvenientes diarios. Jamás supo lo que era en verdad aquella época, aquel momento. Así lo he comprobado hoy ante esos filósofos y lo he comprobado recordando las obras de él"¹⁹⁶.

6.- Viaje de 1919:

"Recuerdo perfectamente mi primera llegada a París, en marzo de 1919. La guerra acababa de terminar"¹⁹⁷.

Es de suponer que este viaje es el comienzo del que dura hasta 1920 y 1921. Este primer viaje cumple plenamente con su cometido de extrañar, despistar:

"Con el plano en mi cabeza, salí a andar solo. Anduve todo un día. Volví al hotel. ¡Qué de misterios en cada vuelta de calle! ¡Qué infinito me parecía todo esto con sus callejuelas y, planeando por encima de ellas, un monumento, un pedazo de monumento que se movía porque ya estaba a mi derecha, ya a mi izquierda!, ¡y qué de gentes, gentes, por todos lados gentes!, cada una llevaba, allí, dentro de su cráneo, toda una vida que se perdía en los siglos pasados"¹⁹⁸.

Primeras conclusiones: viajar es una fuga inútil si antes no se han resuelto los problemas. La vida es un viaje como el viaje es una parte de la vida. Hay que parir, producir una obra para ser por ella fecundado. La vida no tiene mayor sentido, como tampoco lo tiene el viaje. Todo se resume en el término hastío. Se va desde la admiración y el sentimiento de extrañeza del primer viaje hasta el hastío del último.

¹⁹⁵ *Ibid.*, pág. 1138.

¹⁹⁶ *Ibid.*, pág. 1163.

¹⁹⁷ *Ibid.*, pág. 1174.

¹⁹⁸ *Ibid.*, pág. 1174.

EL PROBLEMA DEL RECUERDO

Se ha dicho que el problema crónico de Lorenzo Angol es su imposibilidad de vivir el momento presente. El presente es para él un hervidero de recuerdos en su cabeza. Le es pues muy difícil, aunque no totalmente imposible, vivir plenamente el instante presente. Se compara con Rosendo y su amiga Nicole y considera que la de ellos, afanados en los trajeteos sociales, es una vida superficial. La suya es una vida diferente:

“Pero ¿no es mejor vivir así como vivo yo? Ciertamente es que tengo mi vida interior y por ella marchó con seguridad. Ahora no sé si es buen síntoma o pésimo síntoma esta afluencia de recuerdos, de escenas antiguas que se abalanzan¹⁹⁹, a cada momento sobre mí. Son escenas vulgares, de cada día. Yo me detengo ante ellas atónito”²⁰⁰.

Se comprueba entonces que Lorenzo sufre²⁰¹ de una insuficiencia de control de la memoria²⁰². Diría que Lorenzo está en la memoria, todo el ser se le viene encima. He ahí la razón por la cual busca, en la Bóveda, la paz, la contemplación. El lo expresa claramente de esta manera:

“Soy el viajero que necesita que en cuerpo sea llevado hacia otros litorales pero que su mente esté llena con lo que dejó atrás y con lo que hará al llegar. No me entiendo suficientemente. Floto por los acontecimientos. A cada vuelta de una esquina estoy cierto de que voy a encontrar la continuidad eterna”²⁰³.

Lorenzo Angol resulta ser un hombre singular porque, dejando el vivir cotidiano, pero sin salirse físicamente definitivamente de él²⁰⁴, busca cómo ser y estar en un “actual” en permanente actualización que él llama lo eterno:

“...mi drama consiste en *no lograr tener conciencia del momento en que se vive*. De aquí cae el segundo punto: *querer vivir en lo eterno*”²⁰⁵.

Diré en términos bergsonianos que todo ese pasado vivido, que recuerda Lorenzo, es el Ser. Y la preocupación de Lorenzo es no solamente ese Ser sino tam-

¹⁹⁹ El texto dice “avalanzan”. No sé si es un *erratum* o la ortografía usada por Emar.

²⁰⁰ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1141.

²⁰¹ Pero no busquemos la jerga médica ni demos un carácter patológico a Lorenzo. Su patología es, a lo más, literaria y filosófica.

²⁰² “La Memoria es una organización puntual porque todo presente remite a la vez a la línea horizontal del *curso* del tiempo (cinemática), que va desde un antiguo presente al actual, y a una línea vertical del *orden* del tiempo (estratigráfica), que va del presente al pasado o a la representación del antiguo presente”. Deleuze y Guattari, *op. cit.*, pág. 361. (Traduzco).

²⁰³ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1166.

²⁰⁴ La prueba son sus viajes y en sus viajes la añoranza de su Bóveda: paz, contemplación.

²⁰⁵ Juan Emar, *op. cit.*, pág. 1124. En cursivas en el texto.

bién el presente como productor de más ser, como actualización de infinitas virtualidades. Es interesante entonces ver en este hombre, aparentemente sin cualidades, un hombre pletórico de cualidades y capacidades que lo singularizan de los demás. El viaje, como ya se dijo, lo lleva a un lugar desde el cual recuerda el lugar que ha dejado y viceversa. Lorenzo Angol puede ser representado como una línea, un vector, del presente hacia el pasado y desde éste hacia el presente: sólo de este modo queda abierto el futuro. Y la imaginación no es representación de lo ausente sino dinamismo desde lo virtual a lo actual. Lorenzo Angol explica que es nuestra condición la que nos conduce al error:

“Es ésta [nuestra condición] la que nos hace creer que lo primero, recordar, está basado en una realidad; lo segundo, imaginar, en una ficción”²⁰⁶.

Lorenzo busca la visión global de su existir:

“Ahora bien, al recordar uno se ve en globo, sea en unidad, contrariamente al vivir en que uno ve los momentos fraccionados. Al recordar también uno hace funcionar el factor porvenir por el hecho de que revive los momentos pasados desde el porvenir de ellos puesto que este momento, por ejemplo, en que recuerdo es porvenir del momento recordado. Luego al recordar hace una realidad aquella ficción, vive en lo no vivido aún, vive en el abstracto de aquel real”²⁰⁷.

Este afán de instalarse en una actualidad permanente, o en lo eterno, conduce a otro consecuencia importante, a saber que recordar es como imaginar. Se recuerda lo que en algún momento fue presente de percepción.

EL RECONOCIMIENTO Y LA EXTRAÑEZA DEL VIAJE

Es ésta una aventura fracasada hacia lo extraño; el fracaso se debe a que en la mente del personaje Lorenzo Angol surge la decepción del descentramiento en lo exótico, en lo inhabitual: las viejas piedras de París ya no sorprenden en nada al que vive el vivir cotidiano, sólo el turista puede –y es una experiencia superficial– echar al olvido lo cotidiano, ponerlo entre paréntesis y quedarse boquiabierto ante lo desconocido. Esta experiencia, la de Angol tanto como la del turista, están esencialmente ligadas al problema del recuerdo y al del reconocimiento. Lorenzo Angol ha perdido la capacidad común del turista para quedarse atónito ante las viejas piedras. Para Lorenzo Europa ya no es la tierra misteriosa por descubrir, la tierra que depara una vida diferente y llena.

²⁰⁶ *Ibid.*, pág. 1124.

²⁰⁷ *Ibid.*, pág. 1124.

EL AMOR Y EL CANTO DEL CHIQUILLO

Antes de viajar en 1928, Lorenzo Angol tiene una aventura amorosa con Lumba Corintia. Es un amor íntimo y profundo que dura sólo dos meses. Se aman sea en la casa de Lorenzo, lo que no es muy cómodo, dice, sea en un hotel modesto. La habitación que ocupan tiene una ventanita por la cual llega la voz de un chiquillo que canta. No lo pueden ver. Es sólo la voz del chiquillo la que puntúa estos amores las cinco veces que allí se encuentran. El canto del chiquillo queda en la memoria de Lorenzo Angol y se convierte así en un signo de un tiempo presente/pasado pleno:

"Porque una vez sentí, mirando el pedacito de cielo azul, la verdadera plenitud de mi felicidad"²⁰⁸.

Pero Lorenzo, a pesar de esa plenitud tiene ya la mente en otro lugar, París. Es "idilio romántico" como lo llama, ocurre justo antes de su viaje, pero mentalmente ya está gozando del estar en Francia:

"¡Mi viaje, este viaje! Era, antes de partir, un idilio romántico, una aventura vivida, hecha por los grises de París. ¡Qué buena despedida de Chile! ¡Que haya habido algo bueno siquiera!"²⁰⁹.

Lorenzo va por su camino, Lumba Corintia va por otros. Lorenzo nada le dice. Vive un momento de plenitud en ese presente/ausente verano, de comienzo del año en Chile y lo compara con la plenitud de sus primeros viajes:

"Son épocas depuradas del diario vivir. Hoy, en mi recuerdo, aparecen desnudas del momento presente en que se ignoraba lo que vendría al momento siguiente"²¹⁰.

LA ESCRITURA Y SU FUNCIÓN: LA BÓVEDA

Siguiendo un procedimiento semejante al empleado en *Un año*, Lorenzo vive y, apenas vivida la experiencia, escribe. Si no lo hace de inmediato en forma definitiva, al menos toma notas, apunta, acumula "escritura". Ya se dijo que el presente de la enunciación se divide en dos partes, una el presente de la notas que toma durante el viaje; otra la escritura en la tranquilidad de la Bóveda. La voluntad de Lorenzo es:

"Reconstituir, hasta donde me sea posible, estos meses pasados fuera. Tengo, para ello, un sinnúmero de notas hechas durante la ida, durante mi estadía en París y el viaje a la Costa azul"²¹¹.

²⁰⁸ *Ibid.*, pág. 1122.

²⁰⁹ *Ibid.*, pág. 1123.

²¹⁰ *Ibid.*, pág. 1123.

²¹¹ *Ibid.*, pág. 1101.

Más adelante nos dirá:

"Aquí terminan mis notas de viaje. [...] hasta aquí todas las notas que he copiado son las hechas durante el viaje, salvo la primera de todas que fue escrita en la Bóveda"²¹².

Encontramos aquí, como se ha dicho, el mismo procedimiento utilizado en *Un Año*: enumeración de las diferentes escalas: Coquimbo, Antofagasta, Iquique, Mollendo, Huacho, Pacasmayo, Pimentel, Paíta, Manta. El comentario sobre cada una de ellas comienza siempre de la misma manera:

"Alegre y pintoresca ciudad en medio de una plácida bahía"²¹³.

Después viene el comentario particular y extraño sobre cada una de estas ciudades puertos. Lorenzo precisa que después de cada escala apenas el barco desamarraba, corría él a su escritorio para escribir sus impresiones. De cierta manera estos escritos están dedicados, como el *¡Oye!* de Rosendo Paine, a la mujer amada, Lumba Corintia:

"Lumba Corintia, ahí tienes lo escrito por mí. Ahí tienes mi optimismo cerniéndose sobre el viaje. Ahí tienes una bifurcación que me ocurre de tarde en tarde: ver una realidad casi desamparado: por encima de ella volar planeando con la segunda verdad, la que debiera ser"²¹⁴.

Ironía en la anáfora "Alegre y pintoresca ciudad en medio de una vasta y plácida bahía". Y después, ¿la segunda verdad? La descripción de cada lugar es por lo menos sorprendente. Doy un solo ejemplo: Manta tiene solamente tres habitantes; mientras uno duerme el otro vela y el tercero come y de este modo se van cambiando los papeles.

Ahora bien, las notas han de servir para una redacción más cuidada que ha de hacerse en la paz de la Bóveda²¹⁵.

Como consecuencia de lo anterior se desarrolla en los "recuerdos" el trabajo constante y rizomático de los estratos de viaje y sus circunstancias. El libro, de 136 páginas queda dividido en dos partes aproximadamente equilibradas. En la página 1182 después de 81 páginas en que se relata el viaje, Lorenzo Angol declara:

"Quisiera ahora recapitular, ver de un golpe -como si muchos años hubiesen pasado- mi viaje entero, verlo sin tiempo, en un bloque uniforme. Entonces escribo"²¹⁶.

²¹² *Ibid.*, pág. 1182-1183

²¹³ *Ibid.*, pág. 1216.

²¹⁴ *Ibid.*, pág. 1220.

²¹⁵ "Aquí terminan mis notas de viaje. Naturalmente hice más. He roto muchas, sobre todo las que se referían a las viejas piedras. Me pareció tonto escribir sobre ellas. Como sea, la última nota, hecha el día mismo en que me embarqué en el Baarn, es la que acabo de copiar. Termina con la palabra 'debilidad' ". *Ibid.*, pág. 1182.

²¹⁶ *Ibid.*, pág. 1183.

Si embargo ya en la primera parte se alude a la paz de la Bóveda y a la escritura. Por ejemplo:

“Me doy cuenta de que, más que hablar, estoy casi cantando. Volvamos dulcemente al recogimiento y a la meditación de un hombre alcanzado, perforado y ahora recluso y que, en su debido sitio, labora bajo el signo de la Paz”²¹⁷.

Y ya en la segunda parte, otra vez en la Bóveda:

“Hoy, aquí en la Bóveda, ese pasado se me presenta como un fruto maduro cuya gestación ha sido penosa, desesperada casi, llevándome al final hasta dudar de su verdad. Hoy el fruto reaparece maduro, lleno. Es el momento de rasgarlo y exprimirlo”²¹⁸.

La segunda parte, dedicada a la escritura, está en gran parte consagrada a Lumba Corintia, ésta es el destinatario. Obsérvese esta conciencia lúcida de lo que es la existencia o la primera parte del texto y la segunda:

“La verdad es que vivimos como sonámbulos. Mitad de nuestra vida es nítida. La otra mitad tiene su voluntad propia y nos lleva a donde la conciencia no alcanza.

“Ahora vivo. No he muerto, Lumba Corintia. Todo está igual. Escribo, te escribo. La bóveda, el guaco, los libros y los retratos, todo”²¹⁹.

FIN DE VIAJE: CONCLUSIÓN

Al llegar al final del libro, Lorenzo Angol se dice:

“Ahora me pregunto si he viajado. ¿Qué es viajar? He tratado de salirme de mí mismo, de desligarme de mi destino que siento me acosa y se precipita sobre mí. No lo he logrado. En el viaje he hecho el turista y... luego me he desesperado en las juergas”²²⁰.

Ha estado en París y ¿qué fruto ha obtenido del contacto con la gente? Su conclusión es necesariamente negativa:

“¡No puedo, no sé vivir en el presente! Está siempre el pasado que, saltándose, fija sus ojos lejos, en el porvenir”²²¹.

²¹⁷ *Ibid.*, pág. 1109.

²¹⁸ *Ibid.*, pág. 1194.

²¹⁹ *Ibid.*, pág. 1207.

²²⁰ *Ibid.*, pág. 1236.

²²¹ *Ibid.*, pág. 1236.

El personaje Lorenzo Angol puede definirse como una tensión temporal perfectamente definida: el presente pasa y se le escapa: lo recupera gracias al recuerdo como pasado es decir presente pasado; y se proyecta desde el presente escabulléndose pero cargado de pasado, hacia el porvenir.

Su libro de recuerdos de viaje no es, a pesar de todo, un fracaso. Que no haya contado lo que deseaba y haya hablado de tantas otras cosas no es sino el signo de su singularidad. Sabe que existe el viajero y el turista y que ambos, si lo quieren, pueden ser escritores de libros de viaje. Lorenzo Angol ha viajado, pero su mente ha trabajado a contrapelo de lo que el viaje, los viajes, le ofrecían. Sabe que solamente en San Agustín de Tango vivirá lo que debe vivir:

"Allí viviré extrayéndole a cada hora, a cada minuto, lo que tengan de verdad. No permitiré esta terrible jugada que nos hace encontrar el presente vacío para mostrarlo después todo lleno de vid"²²².

Sus viajes, han sido cada vez una experiencia y una intuición²²³ del tiempo, de la duración.

POSTLUDIO

La literatura es el más serio de los juegos. Juan Emar es un excelente jugador. ¡Vaya uno a seguirlo en todos los meandros de su riquísima escritura! Todo está perfectamente pensado. Juan Emar es él y tantos otros. Su nombre significa hastío. Pero la escritura lo salva. La escritura nos salva.

Juan Emar tiene mil caras. Pero a pesar de tanta riqueza no parece pedante. Tenía su personalidad, no cabe duda. Sus personajes la tienen, cada uno a su modo. Ya conocemos al personaje de *Un Año* y también a *Lorenzo Angol*. ¡Qué trajeteeos! ¿Para llegar a qué? Para llegar al fin de un año y comenzar a leer otro libro. Buen ejemplo. Quizás hay en este personaje algo del autor de las *Novelas ejemplares*. O para llegar, como *Lorenzo Angol*, al silencio de su bóveda y escribir lo que se ha vivido, vale decir vivirlo de nuevo.

²²² *Ibid.*, pág. 1237.

²²³ Lorenzo, reniega la intuición. Pero no importa, lo suyo es una intuición del tiempo. Dice: "La intuición. Por intuición podría saberlo. Me lo han dicho cien veces. Tanto, que he llegado a tener horror a esta palabra. Para mí la intuición es el contacto de la mente individual con la mente común, esta mente donde se hallan mil cosas más, donde están los arquetipos que pueden, algunas veces, deslizarse hasta un caso aislado. No como llegar a ella por esta vía". *Ibid.*, pág. 1142.

UN ¿POSIBLE? CANON DE LA POESÍA CHILENA DE LAS GENERACIONES DEL 50 AL 80 PARA EL (DES)INFORMADO LECTOR

Thomas Harris

Existen dos formas, más o menos viables, de poder establecer un canon –utilizo el término en sus acepciones de catálogo o lista, y sus reglas o preceptos–, para constituir un modelo o paradigma de características pertinentes para que una obra ingrese a una tradición literaria específica, y se mantenga o sea expulsada de ella, desde una perspectiva diacrónica –en el caso que me interesa, poético, y más en particular, de la lírica chilena contemporánea de la segunda mitad del siglo xx–: a través de la crítica literaria –en sus formas más recurrentes: la periodística –cada vez más diletante y valorativa–; la académica –cada vez más científicista, esto es, más reducida al ámbito académico– y la que alterna entre una y otra opción, generalmente ejercida en revistas independientes, como *El espíritu del valle*, *Trilce*, *Aérea*, *Posdata*, *Lincantropía*, *Rayentru*, *Cormorán*, etcétera, cuya distribución y recepción, por independiente, es más bien limitada, por no decir marginal. La otra manera, no menos imprecisa y aleatoria, es a través de las sucesivas antologías que se elaboran compilando autores de determinadas generaciones.

Es esta segunda manera de intentar constituir un canon poético chileno de la segunda mitad del siglo xx –siglo en el que, creo, aún estamos dejando de estar–, es la que me interesa indagar aquí. Escribí unas líneas poco más arriba un canon diacrónico. Y posteriormente me referí a autores. Debo, antes de comenzar, aclarar que este punto de vista me parece, aunque útil, en parte, mistificador y parcial; pero es así como operan, en su mayoría, las antologías de poesía chilena –y latinoamericanas y universales– más merecedoras de ser consultadas; desde una supuesta perspectiva diacrónica, que da cuenta de un desarrollo lírico, pero que finalmente se resuelven en cortes sincrónicos yuxtapuestos y haciendo hincapié en el autor, es decir, compartimentando en bloques estancos y jerarquizados, a determinados autores (o sus obras) en determinadas épocas; y no a ciertos libros (–o poemas: recordemos a Borges; Coleridge es, poéticamente, “La balada del viejo marinero” y “Kubla Kanh”; T. S. Eliot es menos generoso: considera el texto “Kubla Kanh” un delirio onírico fragmentario. El citar a un poeta inglés y romántico –leído por un anglo argentino y un anglo norteamericano– no es arbitrario: apela a la distancia y, por lo tanto, a una posible objetividad) de ciertos autores que, en el momento de su recepción y en la recepción actual, hayan ampliado los horizontes de expectativas lectoras, medida mediante lo cual sería posible establecer una historia literaria más objetiva y efectiva, de obras que amplíen el “horizonte de expectativas” del lector –según la teoría de Hans Robert Jauss en su discurso inaugural por el sexagésimo aniversario de Gerthar Hess, en la Universidad de Konstanz, Alemania, abril de 1967, *La historia literaria como una provocación*–, y continúen ampliándolos, como textos

“provocadores” de otras escrituras, que las absorben y repliquen, como plantea Julia Kristeva.

Es decir, poder leer nuestra poesía como una “poesía en movimiento”, como propone Octavio Paz en la antología de poesía mexicana contemporánea que lleva ese nombre, que parte con José Juan Tablada y cierra con José Emilio Pacheco y Homero Aridjis; punto donde se congela, es decir, no cumple con la promesa de “movimiento” de su título y el prólogo de Paz, al no reeditarse, disminuida o aumentada, al optar, ya sea por voluntad o azar, a lo estático en detrimento de lo extático.

Mi intención es, insisto, determinar lo que me parece ya un tanto obsoleto e improcedente: aproximarme a un “canon” poético determinado en la lírica nacional, desde una perspectiva diacrónica, valiéndome de la confrontación de diferentes antologías, digamos, “oficiales” —aunque no comparto del todo la idea de una supuesta “oficialidad” cultural que no provenga del Estado, y los libros que se han publicado “fijando” cánones desde los estamentos culturales estatales en los últimos años, son bastante deplorables y sesgados, o las “listas” canonizadoras, como las elaboradas, por ejemplo, en la revista de la División Cultural del Ministerio de Educación para la Feria del Libro de Guadalajara de 1999, dedicada a Chile— que abarquen las generaciones del 50, 60 y el 80. La finalidad de fijar este canon, no sería otro que el de evidenciar que ante un canon predeterminado, aparece otro, paralelo, por omisión, y otro más, ya a un nivel, digamos, fantasmático, que opera más bien por pulsiones individuales a nivel del deseo e, incluso, de la conveniencia, cualquiera que sea su signo.

Creo que entre estos tres cánones, que de alguna manera se van gradando al no-canon, podríamos vislumbrar libros —no “obras”, en el sentido de lo acabado o destinado a serlo *a priori* en una suerte de ya ganada “consagración” del poeta o fragmentos de una producción poética de un autor —o el autor *per se*— que puedan constituir algo así como galaxias poéticas, que, en un movimiento dialéctico dual, bifronte, alumbren escrituras precedentes, pero aún operantes en cuanto a su producción de sentidos; y que, por otra parte, abran nuevos horizontes de expectativas o los provoquen en poetas próximos a su producción poética, ya sea posteriores cronológicamente y, por qué no, anteriores o “mayores” generacionalmente.

Para esto examinaré las antologías que me parecen más relevantes en el sentido de intentar fijar un canon poético chileno desde la generación del 50 a la del 80; desde el punto de vista de sus sistemas de inclusiones/exclusiones, que desde ya determina tanto el eje paradigmático y sintagmático, como el sincrónico y el diacrónico; es decir, incluyen, pero excluyen, fijan un canon y, a la vez, establecen precedentes y antecedentes; imponen y demandan; crean cánones, pero, al crearlos, dejan abierta la demanda de otros cánones, que no por excluidos, al ser demandados, pasan a ser cánones posibles o paralelos.

Consideraré las siguientes antologías: *Poesía chilena, 1960-1975*. Ed. Omar Lara y Carlos Cortúñez, Santiago, Ed. Universitaria, 1966; *33 nombres claves de la actual poesía chilena*, Ed. Humberto Díaz Casanueva, Gerda Bruhns de Thele, Naín Nómez, Carlos Zarabia, Eric Martínez y Jorge Etcheverry, *Orfeo*, Santiago de Chile, 1968; *Antología de la poesía chilena contemporánea* de Alfonso Calderón, Santiago, Ed. Universitaria, 1971; *Poesía joven de Chile*. Ed. Jaime Quezada, México, Siglo Vein-

tiuno, 1973; *Entre la lluvia y el arcoiris: Antología de jóvenes poetas chilenos*. Ed. Soledad Bianchi, Ediciones del Instituto para el Nuevo Chile, 1983; *Poets of Chile*. Ed. Steven F. White, Unicorn Press, Greensboro, USA, 1986; *16 poetas chilenos*. Ed. Erwin Díaz; *De Parra a nuestros días*. Ed. Erwin Díaz; Ediciones Documentas, 3ª. edición, 1990; *Poesía chilena, La Generación N.N. (1973-1991)*, Ed. Aristóteles España, Ed. La pata de la liebre, Punta Arenas, 1993; *Veinticinco años de poesía chilena (1970-1995)* Ed. Teresa Calderón, Lila Calderón y Tomás Harris, Fondo de Cultura Económica, 1996, Santiago, Chile; y *Chile. Poesía contemporánea. Con una mirada al arte actual*, Ed. Marcelo Riosco, Litoral, Málaga, España, 1999. Y las antologías 'genéricas': Juan Villegas Ed: *Antología de la nueva poesía femenina chilena*, editada en Santiago de Chile, 1985; *Antología de poetas chilenas. Confiscación y silencio*, Ed. Eugenia Brito, Dolmen poesía, Santiago de Chile, 1998 y de Linda Irene Koski, *Mujeres poetas de Chile. Muestra Antológica 1980-1995*, por Cuarto Propio en octubre de 1998.

No he considerado relevantes para este trabajo antologías temáticas (del vino, música, cine, religión, antifascistas, amor, poema breve, etcétera) así como tampoco regionales o de ciudades determinadas (poesía del sur, de la Región del Maule, de Concepción, de la IV Región, etcétera), como, asimismo, las de poesía y exilio, además de "esas obesas y deslastradas 'antologías generales' que hacen de la acumulación una virtud de la indistinción entre lo accesorio y lo fundamental, un punto de mira", como define a las antologías 'acumulativas' Alfonso Calderón, en el prólogo a su *Antología de la poesía chilena contemporánea*, como las de Carlos René Correa y la de Miguel Arteche, Roque Esteban Scarpa y Juan Antonio Massone. Obviamente —aunque nada es obvio en lo que se refiere a antologías poéticas— porque son desmesuradas por sus propias características. Como textos complementarios, me referiré a *Poesía chilena actual, Poesía, lenguaje y sociedad* de Raúl Zurita, cuadernillo publicado por Ceneca, en 1983, en Santiago de Chile, y de Soledad Bianchi: *La memoria: Modelo para armar*, publicado por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM, el año 1995, en Santiago de Chile.

Me interesa, para comenzar, revisar algunos de los rasgos estructurantes de la *Antología de la poesía chilena contemporánea* de Alfonso Calderón. La antología de Calderón se abre con un epígrafe de Dudley Fitts, como muchas antologías de índole canónico, que explicita *a priori* lo insatisfactorio que puede resultar la muestra antológica y el efecto, generalmente, más negativo que positivo, que está destinada a producir, en este caso desde el punto de vista —o de angustia— del antologador:

"El antologuista. Ese infeliz que inicia su tarea con el triste presentimiento de que todo cuanto haga va a desagradar a muchos, y que nadie —mucho menos él— quedará satisfecho, una vez terminada su obra". (Pág. 3).

Este epígrafe se refiere a una problemática que va más allá de ser un mero tópico: cualquier, toda antología, una vez producida y recepcionada, va produciendo una insatisfacción en progresión geométrica, tanto de los poetas incluidos, como de los excluidos —vivos o muertos—, críticos, lectores asiduos a la poesía, poetas incluidos, admiradores de algún poeta excluido por el que abogan furibundos y piden públicas explicaciones por tal aberración, y poetas que no cabían dentro

del mismo verosímil que determinan el o los antologadores, etcétera. Ahora bien, esto es una muestra, o, más bien una comprobación de la molestia inherente al canon, del malestar intelectual y hasta ideológico, diría, inevitable, de que desde un lugar y una supuesta autoridad en la materia, aparezca una muestra, una lista, un index –en este caso de poetas y poemas– que se considera “como un modelo de características (casi) perfectas”, de aquello *que no puede faltar* enfrente a *aquello que no debe estar*, o, lo que es más desestabilizador aún, *aquello que a pesar de ser, se lo considera como sustituible*.

El prólogo a la antología de Alfonso Calderón se programa como “el resultado de tres años de lecturas pacientes y reiteradas, de múltiples confrontaciones y de dudas”. Surge con una intención precisa: “Registrar el desarrollo de la poesía chilena desde el momento mismo en que se despoja de su carácter segundón para transformarse verdaderamente en una segunda naturaleza nacional”. El primer aspecto que me interesa destacar es el intento de mostrar el “desarrollo de la poesía chilena”. En cuanto a los autores vivos, este es un desarrollo haciéndose, en plena producción, que podemos aprehender en sus orígenes, como en su actualidad, pero no prever –aunque tal vez sí intuir– en lo futuro. De todas maneras, la organización de los textos de manera cronológica, y la inclusión de poemas de diversos períodos, es un aporte valioso que logra superponerse a la idea de la antología como muestrario de *lo mejor de lo mejor*, seguramente la deseable para los bien pensantes, sino como una apreciación de diversos autores –que sí se consideran “fundamentales” o más relevantes, si se quiere, que otros– y el desarrollo diacrónico de su obra.

Otro aspecto, que tiene que ver con la “selección”, es decir con el paradigma o el canon propuesto por Calderón queda explicitado en la presentación titulada “Así, si os parece”:

“Además se inclina (la antología) a oponerse a esas obesas y desastrosas ‘antologías generales’ documentos de buena fe notarial que hacen de la acumulación una virtud y de la indistinción entre lo accesorio y lo fundamental, un punto de mira.” Y continúa el siguiente párrafo: “No por mero azar, nuestro trabajo se agrupa en dos partes. Constituye la primera *una proposición para rediscutir objetos poéticos* a partir de un momento en que la idolatría de las palabras –nuestro pecado original, según Gabriela Mistral– es desplazada por una notoria *conciencia del lenguaje como fundamento de una nueva mirada sobre el mundo y las cosas*. Por ello, iniciamos nuestro libro con Diego Dublé Urrutia y no con Pedro Antonio González”. (Las cursivas son mías.)

Creo que estos tres rasgos distintivos de la *Antología de la poesía chilena contemporánea* de Alfonso Calderón, son los que la hacen ser un gozne, una propuesta suficientemente importante para constituirse en un hito o eje, desde el cual leer la poesía contemporánea de Chile, la del siglo xx habría que aclarar ahora: intentar registrar el desarrollo de la poesía chilena ya deslastrada de cargas retóricas externas; plantearla como una propuesta de relectura de los objetos poéticos y tomar como base de esta relectura de nuestra poesía la toma de conciencia del

lenguaje como fundamento de una mirada renovadora sobre el mundo y las cosas. Y, desde estos tres postulados, realizar la selección y construir el paradigma de esta antología.

Finalmente, otro aspecto que me interesa destacar como requisito para la selección antológica de Alfonso Calderón se resume en el siguiente párrafo que extraigo del prólogo:

“Si bien la primera parte constituye un testimonio concluso –no anacrónico– que toma como hitos el naturalismo de Dublé y Pezoa Véliz hasta las zonas primeras del superrealismo, conviene apuntar que vemos, como una constante en la poesía chilena del siglo xx, su *ánimo rupturista*, que consiste en rechazar las formas mitológicas de contención a partir de un entendimiento de la crisis del concepto de realidad, de un restablecimiento de las anécdotas trascendentes como formas de expresión del mundo, borrando paulatinamente las fronteras entre en yo y las cosas”. (Pág. 4. Las cursivas son mías).

El ánimo rupturista que va a transformar –o fundar– la poesía hispanoamericana, comienza en el siglo xix, fundamentalmente con el Modernismo, con Rubén Darío como su indiscutible ideólogo y poeta, y se extiende a comienzos del siglo xx a través del posmodernismo o mundonovismo, para desembocar en lo que, a modo de ver de Octavio Paz, en *Los hijos del limo*, constituiría la verdadera revolución en nuestras letras, el acceso a la vanguardia de la poesía de nuestro continente, en particular con Vicente Huidobro y su *Espejo de Agua* de 1916 –o 17. El modernismo, aunque indiscutible movimiento de renovación de la poesía hispanoamericana, sigue siendo un fenómeno decimonónico, de fuerte raigambre parnasiana y simbolista, en el que participaron poetas hispanoamericanos como César Vallejo con su primer libro, *Los heraldos negros* (1916) y el mismo Huidobro, con sus primeros poemarios, *Ecos del alma* (1911), *Canciones de la noche* (1913) y *La gruta del silencio* (1913). Pero, creo, como Paz, que la primera gran ruptura y continuidad de la poesía de nuestro continente es producto de la vanguardia criolla cuyos representantes son Vicente Huidobro, Pablo de Rokha y Neruda. Está por cierto la extraña e inclasificable Gabriela Mistral, y un poemario inquietante y visionario, *Los pájaros errantes* (1915) de Pedro Prado.

La antología de Alfonso Calderón incluye los siguientes nombres en la “Primera parte”: Diego Dublé Urrutia, Manuel Magallanes Moure, Carlos Pezoa Véliz, Pedro Prado, Gabriela Mistral, Ángel Cruchaga Santa María, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Juan Guzmán Cruchaga, Alberto Rojas Jiménez, Rosamel del Valle, Juvencio Valle, Pablo Neruda, Humberto Díaz Casanueva y Óscar Castro. Y en la “Segunda parte”: Braulio Arenas, Eduardo Anguita, Nicanor Parra, Jorge Jobet, Gonzalo Rojas, Carlos de Rokha, Alfonso Alcalde, Miguel Arteche, Raúl Rivera, Alberto Rubio, Enrique Lihn, Efraín Barquero, Armando Uribe Arce, Hernán Valdés, Jorge Teillier, Óscar Hahn, Waldo Rojas y Gonzalo Millán. Me parece importante, también, agregar que la antología de Calderón incluye un apéndice, con las respectivas “poéticas” de los autores antologados, los que nos entregan una valiosa visión de sus credos estéticos, métodos de trabajos, concepción del arte y la escritura, etcétera.

Pocos años antes, en 1966, aparece el libro preparado por el grupo Trilce de Valdivia, más precisamente por Omar Lara y Carlos Cortínez, *Poesía chilena (1960-1965)*. El libro es producto de un encuentro de poesía, ya mítico en los anales de nuestra lírica de mediados del siglo xx, realizado en Valdivia por el grupo Trilce, que era parte de los entonces jóvenes poetas emergentes de la generación del 60. O como lo explicita el mismo grupo en la "Explicación preliminar": "Este libro testimonia un acontecimiento: el Encuentro de la Poesía Joven Chilena, ocurrido en Valdivia durante abril de 1965". Este encuentro tiene como finalidad última reunir dos generaciones de poetas o, dicho de otra manera, una suerte de reconocimiento por parte de los poetas emergentes a los de la generación precedente, la del 50, posicionándose de esta manera como continuadores de la tradición lírica nacional, y no como rupturistas. Una generación posterior recibe a una precedente, a través de lecturas y, en algunos casos, de presentaciones teóricas de los poetas convocados. Por lo tanto, una generación de poetas, si no todos universitarios –alumnos o profesores– sí relacionados con la Universidad, de alguna manera, canoniza a los poetas que los preceden, en una especie de ritual de reconocimiento, y, no es perspicacia decirlo, son a su vez aceptados dentro del posible canon continuador de la tradición de la que ellos se nutren y continúan:

"El foco central de nuestro interés fue –y es el de este libro– la generación del 50, pero las generaciones surgen unas de las otras. Se contaminan y purifican sucesivamente. De ahí esa mirada hacia los poetas de mañana". (Pág. 11).

Los poetas de la generación del 50 incluidos en este encuentro –acto y libro– son: Miguel Arteche, Efraín Barquero, Enrique Lihn, David Rosenmann, Alberto Rubio, Jorge Teillier y Armando Uribe Arce. Un alcance al respecto: dos poetas son presentados por poetas: David Rosenmann por Armando Uribe y el mismo Uribe por Floridor Pérez.

Los poetas de la generación del 50 incluidos en esta muestra son los que tanto antologías y estudios anteriores como posteriores –Eliot, Calderón, Concha, Bocaz, Giordano, etcétera– consideran como canónicos. Salvo, tal vez, el caso de David Rosenmann, que no provoca el consenso de los demás. La representatividad de estos poetas, los valores que se les reconoce para acceder a esa categoría de "grande" como dice Hugo Montes respecto a Miguel Arteche, y que yo preferiría reemplazar por significativo o fundamental, se perciben ya de una manera clara y delimitada.

Se destacan en los poetas del 50, Miguel Arteche, por su excelente dominio de las formas clásicas métricas españolas del siglo de oro, adaptadas a la necesidad de un nuevo decir, y por su orientación a los poetas reflexivos más que los espontáneos: un T. S. Eliot de los *Cuatro cuartetos*, los metafísicos ingleses y Thomas Wolfe, tanto como San Juan de la Cruz; en Efraín Barquero, la poetización de los oficios del pueblo, los pasos de su victoria, la servidumbre humana, hasta la búsqueda más profunda de la fundamentación del ser humano, la sensibilidad, el resplandor y el hechizo de su palabra, según Jaime Concha; la poesía reflexiva, crítica, narrativa, y metalingüística, que ensancha la voz conversacional, abierta por Nicanor

Parra, en Enrique Lihn, al que presenta Luis Bocaz; el cosmopolitismo y el conocimiento enciclopédico en la excéntrica poesía de Rosenmann Taub, presentado por Armando Uribe; Alberto Rubio, uno de los escritores más originales de su generación que, según Alfonso Calderón citando a Pedro Lastra, aprovecha algunas modalidades de la lírica de César Vallejo, no para conflictualizar los elementos indígenas o nativos, sino, valiéndose de sus procedimientos lingüísticos, aplicarlos a hechos particulares, donde lo "chileno" cobra constante presencia, en una voluntad descoyuntadora de la lengua; el mundo mítico y cerrado sobre sus propias leyes y ritos lárlicos del sur de Chile, de Jorge Teillier, pasando por sus lecturas icónicas: René Guy Coddou, Alan Fournier o George Trakl.

Armando Uribe Arce es presentado por Floridor Pérez. Destaca el joven poeta Floridor Pérez, la "unidad simple" o "tensión mental" que permanece en los poemas "cortos" de Armando Uribe. La ironía y la agresividad que siempre ha mantenido la continua obra de Uribe. El rescate y reincorporación de los poetas latinos, -Ovidio, Catulo- y, agregaría yo, cierta tradición anglosajona, Eliot, pero sobre todo Ezra Pound, del que Uribe ha escrito ensayos y, además, ha hecho numerosas traducciones. Pero lo que más destaca Floridor Pérez es la incorporación sistemática del poema "corto", breve, dado que el texto de carácter epigramático -no precisamente el haikú clásico japonés- es el "viejo poney de batalla", como diría Gonzalo Millán en *Virus*, la forma lírica expresiva privilegiada en los libros iniciales de la generación del 60, sobre todo de los poetas de los grupos "hegemónicos", como Gonzalo Millán, Jaime Quezada, Oliver Welden, Omar Lara y el mismo Floridor Pérez. Por lo tanto, estos poetas no sólo reafirman el canon de su generación precedente, sino que, además, incorporan sus procedimientos en una poética más de la "continuidad" que de la "ruptura", según los términos que usa Octavio Paz en *Los hijos del limo*.

Los poetas "emergentes" que se incluyen en la antología de Lara y Cortínez son: Joaquín Allende, Raúl Bruna, Santiago del Campo, Carlos Cortínez, Tito Jara, Fernando Gándara, Óscar Hahn, Ronald Kay, Omar Lara, Hernán Lavín Cerda, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Ramón Riquelme, Waldo Rojas, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo, Enrique Valdés y Luis Zaror.

La muestra antológica *33 nombres claves de la actual poesía chilena* es anterior a la antología de Alfonso Calderón; pero presenta una nueva propuesta metodológica para enmarcar lo que ellos consideran "nombres claves" de la "actual poesía chilena". Esta metodología constituye una suerte de consenso no acordado ni explicitado con claridad ni sistematicidad en lugar alguno del libro -o número especial de la revista *Orfeo* dirigida en ese entonces por Jorge Vélaz- que tampoco encuentro, aunque con algunos aciertos y no pocas ambigüedades en el texto "Carta de Humberto Díaz Casanueva" que sirve de prólogo a la selección:

"Aparece este número antológico en un momento crucial, confuso, intrincado por diversas líneas de pensamiento, en que la poesía no es pura cristalización sonora ni descripción de estados de ánimo o perspectiva elo-cuente de una realidad estimada como acabada en sí misma. Vivimos una nueva experiencia de la humanidad, acosados por una multiplicación de sensaciones e imágenes. Parece que la poesía no se siente bien dentro del

poema escrito en que palpita reclusa. Aspira a nuevas formas, a coordinarse con otras artes y actividades de la vida. Un poeta solamente poeta, un literato profesional, no puede crear una auténtica poesía en nuestro tiempo si no se abre a las solicitaciones del mundo que avanza, si no se hunde en la historia del espíritu humano para recuperar lo lavado o mutilado, si no logra entrever que la existencia está llegando a modificaciones profundas". (Pág. 6).

En esta "Carta" de Humberto Díaz Casanueva encontramos un llamado, un poco al estilo de las vanguardias europeas de comienzos de siglo, a incorporar al poeta en otras artes, a practicar la multidisciplinaridad, y coordinarse con "otras actividades de la vida"; a abolir las fronteras entre arte y vida, entre arte y sociedad, entre arte y política, como proponían los surrealistas, con Bretón a la cabeza. Además de los poetas antologados que hemos de suponer que se inscriben en la concepción poética que dimana del texto de Humberto Díaz-Casanueva, se incluyen las siguientes secciones: un homenaje a Gustavo Ossorio; cuatro textos sobre estética literaria de Vicente Huidobro, Ángel Cruchaga Santa María, Pablo Neruda y Pablo de Rokha, respectivamente; un "Manifiesto" del grupo Amereida y una sección de la llamada Escuela de Santiago, formada por Naín Nómez, Carlos Zarabia, Eric Martínez y Jorge Etcheverry. También se incluye un "Manifiesto" de dicho grupo. El resto de los antologados, que terminarían de constituir estos treinta y tres nombres claves ("clavos" los llamaron algunos) de la poesía chilena, en 1968, son: Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Omar Cáceres, Nicanor Parra, Mahfúd Massis, Andrés Sabella, Carlos de Rokha, Enrique Lihn, Armando Uribe Arce, Alberto Rubio, Miguel Arteche, Jorge Teillier, Efraín Barquero, Gabriel Carvajal, Hernán Valdés, Delia Domínguez, Waldo Rojas, Manuel Silvacevedo (*sic*), Gonzalo Millán, Claudio Torres y Paolo Longone.

Es interesante en esta antología el cambio del término "contemporánea" por el de "actual", que habría que entenderlo como aquello que existe, que sucede en el mismo momento en que se habla, en este caso, en que se escribe o compila la muestra antológica. El signo que definiría esta actualidad, sería, creo, tanto lo que propone la "Carta de Humberto Díaz Casanueva a Orfeo", que comentamos líneas más arriba, como los respectivos manifiestos; el de Amereida y el de la Escuela de Santiago, además de, por supuesto, los poemas antologados: una poesía, para decirlo condensadamente y en los mismos términos de Díaz Casanueva, que lleve "en sí los gérmenes de la revolución integral, en la medida en que ella expresa la nueva conciencia de la humanidad". Cabe suponer, por lo tanto, que todos los poetas incluidos como "claves" en esta antología, y los grupos que en ella son presentados a la "sociedad poética" chilena, y cuyos integrantes son muy jóvenes aún, emergentes, germinales, caben dentro de los preceptos mediante los cuales Díaz Casanueva los define en su "Carta...". Analizar en detalle la propuesta de estos grupos emergentes de la época rebasa los propósitos de este texto. Por lo tanto cito un fragmento del "Manifiesto de la Escuela de Santiago", con evidentes rasgos rokheanos, escrito por Naín Nómez:

"La imaginación se revuelca en el hongo infrabestial, ascendiendo, conquistando, testaruda fantástica, especie de alas de bronce y transparencia, buscando conocimiento y elucubrar danzas con sombras desconocidas, somos siglo veinte a pesar de lo sub-hombre, levantándose el signo ciudad desde la pestilente aurora de mito en mito, meteoros, debajo del átomo pesado y venenoso, aprisionamos mundos, premundos, supramundos, contraórdenes de piedra y estrellas, contra leyes de universalidad térmica, crece la mancha de asfalto, los castillos de cemento, la rugosidad de la alquimia metálica". (Pág. 226).

Lo importante es que en la antología *33 nombres claves de la literatura chilena* actual, aparecen ciertas tendencias que no dejan de ser interesantes —sobre todo en los paralelismos que se producen con antologías que serán publicadas años más tarde, varios años más tarde. Por ejemplo, la inclusión de los poetas del grupo Mandrágora en pleno. (Arenas, Cid, Gómez Correa y Jorge Cáceres); la exclusión de los poetas mundonovistas o posmodernistas que aparecían en la antología de Alfonso Calderón; el reconocimiento, explícito, como poetas "fundacionales" a Vicente Huidobro, Ángel Cruchaga Santa María, Pablo Neruda y Pablo de Rokha, aspecto en el que coinciden, por lo menos en estos cuatro nombres, con la *Antología de la poesía chilena nueva* de Anguita y Teitelboim, y, nuevamente, la exclusión o el silencio inexplicable sobre Gabriela Mistral (¿por ser mujer, por inclasificable?). Otro aspecto importante: la ampliación de poetas emergentes (para utilizar el término con que Waldo Rojas se refirió a los "nuevos" poetas del 60) Manuel Silva Acevedo, Claudio Torres, Paolo Longone, Naín Nómez, Carlos Zarabía, Eric Martínez y Jorge Etcheverry, de los cuales, sólo Naín Nómez y Manuel Silva Acevedo tuvieron una continuidad poética significativa y más o menos constante.

En 1973, Jaime Quezada edita la antología *Poesía joven de Chile*, en México, en la editorial Siglo Veintiuno. Con prólogo de Mario Rodríguez, incluye a los poetas de la generación del 60 considerados poco a poco como canónicos o "hegemónicos", como los llama Soledad Bianchi en *La memoria: modelo para armar*: además del propio Jaime Quezada, esta antología incluye los nombres de Floridor Pérez, Omar Lara, Waldo Rojas, Gonzalo Millán, Manuel Silva Acevedo, Óscar Hahn, Hernán Miranda, Federico Schopf y Oliver Welden. Este último, publica sólo dos libros, interesantes y promisorios —*Anhista* (1965) y *Perro de amor* (1970), y después opta por el silencio. Este libro tiene el carácter de "consolidación" para el grupo de los poetas hegemónicos o canónicos de la generación del 60. Recibe una auspiciosa crítica de Ignacio Valente y ya este "grupo de grupos", como lo denomina Floridor Pérez, comienza a ser referente fundamental e inevitable para el canon poético chileno de la segunda mitad del siglo xx. Soledad Bianchi, en la "Introducción" de *La memoria: modelo para armar* se aproxima a esta característica de los poetas emergentes en los sesenta de constituir "grupos":

"Hasta el cansancio se han repetido los nombres de los sureños "Trilce" y 'Arúspice' y, algo menos, el de 'Tebaida' en el norte. Sabemos que estuvieron formados por alumnos de la Universidad Austral de Valdivia, de la Universidad de Concepción, más heterogéneamente, por estudiantes y

profesores de la Universidad de Chile de Arica, de Antofagasta y de Iquique, respectivamente. Sabemos que cada uno de ellos editó una revista homónima que los representaba, sin limitarse a publicar exclusivamente a sus miembros". (Pág. 11).

Pero, paralelamente a los grupos hegemónicos de la década de los sesenta, surgen otros, con propuestas diversas, otras lecturas y otras y divergentes formas de escritura. Sobre estos grupos alternativos, descentrados o aledaños se ocupa también Soledad Bianchi en *La memoria: modelo para armar*. Nombramos los más importantes y los poetas que, además de conformarlos, realizaron —realizan— una labor poética a nuestro juicio relevante: Trilce, integrado por Omar Lara, Federico Schopf, Carlos Cortínez y Enrique Valdés; Arúspice, integrado por Jaime Quezada, Silverio Muñoz y Sonia Quintana; el ya mencionado Tebaida y otros grupos marginales, como La Escuela de Santiago, el Grupo América, Espiga y la Tribu No, quizá la más marginal, la más definida por la diferencia, por la inorganicidad, el apego a la literatura *beat*, cercanos a la "tradición de la ruptura" según la denominación de Octavio Paz, y cuyos íconos fueron Rimbaud, Breton, Blake, el jazz y textos cosmogónicos y cosmológicos americanos como el *Chilam Balam* y el *Popol Vuh*. De este grupo surgen dos poetas de relevancia, Cecilia Vicuña y Claudio Bertoni, que veremos más adelante considerados dentro del canon de los poetas de la generación del 60, aunque entonces, estaban fuera de los nombres "hegemónicos".

En 1983, aparece *Entre la lluvia y el arcoiris* de Soledad Bianchi. Esta es una de las primeras antologías donde comienzan a emerger los poetas que conformarán la generación del 80. Bianchi, en el prólogo, manifiesta la dificultad de reunir una antología en las condiciones en que ella lo hace: ha habido un golpe de Estado que ha dividido a la sociedad chilena. Los poetas están dispersos. La mayoría de los poetas de la generación del 60 están exiliados. Muchos poetas jóvenes comienzan a escribir en el exilio. Otros dentro de Chile, bajo la presión de la censura y la represión. ¿Cómo reunir esta dispersión no sólo vital, sino también escritural o, finalmente, cultural en la más vasta acepción del término? En este entrecruce de poetas que publicó antes del golpe, y otros, después, pero que tenían la misma edad, las mismas preocupaciones literarias; ¿y aquellos poetas que comenzaron a escribir durante la década del setenta u ochenta fuera de Chile u otros dentro? La elección y recopilación de una poesía que se está haciendo (se estaba y se continúa haciendo) se antologa en el presente de la producción de la muestra de Soledad Bianchi, porque la ubicación, la situación de antologador a esa fecha, sólo daría una visión disgregada de la poesía "emergente", por la dispersión y las "lejanías y distancias geográficas que van de uno a otro, tanto dentro de Chile como desde el país hasta el exilio".

La antología *Entre la lluvia y el arcoiris* está atravesada por la angustia de la diáspora, por ese sentimiento que tan bien describe el poeta Jaime Quezada en su *Quién soy*, publicado en Santiago por la Editorial Nascimento en 1978 y que Soledad Bianchi cita en el prólogo de la antología a la que nos referimos: "... Pienso en mi generación diezmada: tal vez la única verdaderamente perdida, maldita, quemada...". A lo que Soledad Bianchi agrega: "Creo que para los actuales, la situa-

ción se vuelve más dramática porque han vivido separados su período de formación". Hay toda una población flotante, a la deriva, náufraga de poetas nacidos entre los años 40 y 50, que, en un principio buscaban un referente al que asirse, además de un "puente oculto" –título de una antología de Waldo Rojas publicada después del golpe de Estado en España por ediciones Lar– que los comunicase: esta angustia de la diáspora –Soledad Bianchi publicó en 1992 *Poetas de ida y vuelta*, muestra antológica de la poesía escrita en el exilio– también dio pie –y lo sigue dando como veremos más adelante– a una, a mi juicio nociva práctica de oponer posibles cánones, con poetas más y poetas menos, o, lo que es peor, hallar al "mejor" poeta de tal o cual generación. Pero volvamos al método utilizado por Soledad Bianchi para tantear una posible –y provisional– muestra de poesía chilena post golpe. Respecto al exilio o la pérdida de los referentes inmediatos –o mediatos–, Soledad Bianchi hace una observación que me parece valiosa:

"Pero había algo más, estos autores que se iniciaban en la escritura no nacían de la nada: tenían y tienen un pasado (literario) universal y, muy especialmente, chileno. A veces esta continuidad se había olvidado porque muchos de los inmediatamente precedentes en obra y en edad no están en Chile, no son visibles, no se puede tener con ellos un contacto diario y directo. *Entre la lluvia y el arcoiris* debía, entonces, suplir esta falsedad: debía hacer presente un nexo entre los que hoy comenzaban y los que habían comenzado y seguían produciendo re-comenzando cada vez. Me pareció que esta unión se encuentra en Gonzalo Millán (1947), el menor de los (conocidos) anteriores, aquél que cerraba *Antología de la poesía chilena contemporánea* y *Poesía joven de Chile*. Me proponía, así, que un poeta-gozne, puente de poetas, representante de la "generación emergente" precediera a los que ahora emergen..., pero fueron llegando materiales de algunos autores mayores que habían comenzado a escribir antes del golpe de Estado y cuyas obras, por distintas razones, no habían logrado mayor difusión". (Pág. 8).

La antología de Soledad Bianchi, además de la muestra de poemas de los dieciséis autores incluidos, que vivían en diversos países, en el exilio, como Francia, Canadá, España, Inglaterra, Estados Unidos y, también en Chile, y cuyo criterio de selección fue reunir a poetas nuevos y novísimos, con aquellos nacidos antes del cincuenta, casi desconocidos, aunque ya se habían dedicado al quehacer poético. Este criterio, excusa a la antología de Bianchi, de incluir poetas de edades próximas que comenzaron a publicar después del golpe de Estado del 73 u otros, de vecindad próxima, cuya obra ha sido más divulgada. Esto puede parecer un tanto confuso hoy día, pero la intención de *Entre la lluvia y el arcoiris* es clara: recomponer un mapa anómalo, de un país fracturado que, por lo tanto, ha dislocado su proceso poético dispersándolo en la diáspora. Desde este punto de vista, *Entre la lluvia y el arcoiris* es, quizá, la antología menos canonizadora, y, por lo tanto, la menos dogmática y autoritaria de las aquí revisadas; pero, de todas formas, aporta y quiere, desea, necesita contribuir con nuevos nombres a un posible nuevo canon en "movimiento", aunque ya más amplio, más diversificado. Dicho de otra manera: la antología de Soledad Bianchi se 'suma' a otras antologías canónicas para proponer un posible 'otro' repertorio.

Los poetas incluidos en *Entre la lluvia y el arcoiris* son: Eduardo Parra, Juan Armando Epple, Gonzalo Millán, Javier Campos, Miguel Vicuña, Gustavo Mujica, Raúl Zurita, Carlos Alberto Trujillo, Gregory Cohen, Roberto Bolaño, Mauricio Redolés, Erick Pohlhammer, Jorge Montealegre, José María Memet, Bruno Montané y Bárbara Délano. Los años de nacimiento entre los poetas incluidos oscilan entre 1943 (Eduardo Parra) y 1961 (Bárbara Délano). Además, la autora ha solicitado a los poetas que configuran la muestra un "arte poética", de las cuales me parece interesante citar, algo *in extenso*, la de Gonzalo Millán, primero porque es considerado por la propia autora como poeta eje entre dos promociones –la del sesenta, a la cual pertenece y la del ochenta, en plena configuración en el momento de publicarse la antología de Bianchi– y, además, porque en su poética manifiesta varios rasgos poéticos que asumen, paralela o posteriormente, los poetas de la promoción del 80. En primer lugar, me interesa su concepción de distanciamiento del yo o sujeto lírico, la creciente incorporación del espacio urbano en la poesía de los emergentes desde la generación del 60 –que viene ya desde Parra y Lihn, pero con menos intensidad lírica– y los poetas que constituyen sus referencias privilegiadas así como sus influjos u obsesiones:

"En mi poesía ha existido siempre una relación recíproca entre imaginación y realidad externa. Sin embargo habrá en adelante una preocupación mayor por cosas y objetos, por lo urbano y lo material. Aunque nunca he tenido libros favoritos sino más bien atmósferas, poemas y versos predilectos, dos libros me fueron importantes temprano para la clarificación y el desarrollo de mi visión del mundo: las *Residencias* de Neruda y *Poeta en nueva York* de García Lorca. El concepto nerudiano de "poesía impura" alentó y encauzó mi preferencia por objetos y realidades tradicionalmente antipoéticas. La visión de multitudes alienadas de Lorca, orinando y vomitando gregariamente, me hizo ver la megalópolis contemporánea como la concretización esencial de la sociedad industrial. Por esa época aprendí de la obra de Rimbaud a preferenciar el uso de la identidad y a menospreciar la comparación". (Págs. 43-44).

A pesar de las 'novedades' que incluye Gonzalo Millán en su poética, como el espacio urbano como connatural al poeta y no un mero 'telón de fondo', la poesía objetiva, la concepción de Williams Carlos Williams del poema como "una maquinaria compuesta por palabras", los poetas objetivistas norteamericanos, como Reznikoff, Zukofsky, Oppen, etcétera, así como la concepción del poema-libro, estructurado orgánicamente –*Ouroboros*, *La ciudad*– por sobre el poemario conformado por una 'colección' de poemas contiguos unidos por una temática más o menos difusa; el objetivismo y la relación con otros sistemas semióticos, externos a la poesía, incluso al lenguaje, como la plástica pop y los productos mecánicos de los *mass media*, todos estos elementos incorporados e hipercodificados por algunos de los poetas posteriores, como Mauricio Redolés, Rodrigo Lira, Alexis Figueroa, Diego Maquieira y Javier Campos entre otros.

La actitud poética de Millán sigue siendo la de continuidad, en relación a la tradición lírica chilena –"un" Neruda, Gabriela Mistral, Gonzalo Rojas como maes-

tros indiscutibles—. Los poetas del 80, desarticuladas sus posibles relaciones con las generaciones precedentes y con las ruinas o restos dismantelados de cultura que permanecieron dentro de Chile, tienen una actitud radicalmente rupturista, que los acerca mucho a Parra y a Lihn, aspecto que se da en gran medida en la llamada neovanguardia de esa generación (Raúl Zurita, Diego Maquieira, Gonzalo Muñoz, Carlos Cociña, Paulo Jolly, Alexis Figueroa y Antonio Gil, entre otros) este espíritu de comenzar de nuevo, de hacer tabla rasa, de escribir al descampado o en un baldío histórico —icómo vuelve, siempre, T. S. Eliot!— me parece expresado de una manera clarificadora y profundamente poética en la poética de Roberto Bolaño y Bruno Montané, “Rasgar el tambor, la placenta”, publicado originalmente en la revista barcelonesa, *Rimbaud, vuelve a casa*, en 1977:

“Sin ella quererlo, la Contrarrevolución ha apresurado nuestro crecimiento, ha quemado nuestras casas, *nos ha dejado huérfanos en más de un sentido*. Bien. *Ahora podemos elegir a nuestros padres*. Estamos como esos niños que huyeron de los nazis y se perdieron en los bosques polacos y fueron muriendo de hambre, como cuenta Brecht en una balada”. (Pág. 261. Las cursivas son mías).

No importa cuáles sean los padres que elija cada uno. Lo importante es que ahora se puede *elegir*. Los nombres tutelares de Neruda, Huidobro, De Rokha —aunque en menor medida este último— y, posteriormente, Parra y Gonzalo Rojas, se relativizan. No son necesarios para la constitución de un nuevo canon de la poesía chilena emergente. Es una actitud saludable. La historia la posibilitó a través de un acontecimiento funesto, la contrarrevolución, el golpe de Estado; pero, al fin de cuentas ¿hay acontecimientos funestos considerados en frío, a la luz alógena de la historia?. El hecho es que los poetas ahora se sienten con la libertad de elegir a sus padres literarios, fuera, y este es el sentido que leo en la declaración de Bolaño y Montané, de la chilena historia de la literatura. Este gesto de emancipación propiciado por la historia, es retomado por Raúl Zurita en *Literatura, lenguaje y sociedad*, publicado en los ochenta por Ceneca, en Santiago. En este extenso ensayo sobre la neovanguardia chilena, Raúl Zurita plantea una ruptura con la tradición precedente y una revolución, es decir, una vuelta a los orígenes de la vanguardia chilena. No me contradigo al comparar la actitud de Zurita con el planteamiento de Bolaño y Montané: el volver a Huidobro, a Neruda y a Pablo de Rokha, es un acto volitivo, que desdeña cierto hacer poético, sobre todo el que sigue la línea de Parra, es decir, la colección de poemas de carácter heterogéneo, el lenguaje de lo cotidiano, la ironía, y cierta tendencia panfletaria o de poesía social, como la de José María Memet de sus primeros libros. Zurita, en *Literatura, lenguaje y sociedad*, además, plantea, como los otrora manifiestos vanguardistas, una toma de posiciones, un así debe ser hoy la poesía en Chile, y establece un canon de poetas que cumplirían con el programa generacional impuesto en *Literatura, lenguaje y sociedad*.

Algunos alcances necesarios respecto al “manifiesto” de Zurita: como todos los manifiestos vanguardistas —metáfora bélica por excelencia— es confrontacional y autoritario; fija lo que debe ser correcto en poesía en su época: impone un canon

y no da lugar a alternativas de coexistencia líricas. Los poetas que conformarían la nueva y válida poesía chilena en los 80 serían los nombres de Diego Maquieira, Carlos Cociña, Antonio Gil, Gonzalo Muñoz, Juan Luis Martínez, Paulo Jolly y el propio Zurita. No se incluyen poetas mujeres, a pesar de que en la época ya aparecían los nombres de Soledad Fariña, Elvira Hernández y Eugenia Brito, entre otras, que cabrían en el sistema de inclusiones y exclusiones que fijaban los rasgos pertinentes al canon propuesto por *Literatura, lenguaje y sociedad*. No insistiré más en profundidad respecto a este sistema, porque sobrepasaría nuevamente las intenciones de este artículo. El lector puede consultar el texto en cuestión. Una última consideración. Estas propuestas datan de principios de los ochenta y la polémica que suscitaron, sobre todo con Gonzalo Millán, creo que son cosa de la época y Zurita, creo ver, ha variado su punto de vista respecto a este texto. Sobre la actual lectura de la tradición poética chilena de este autor son útiles sus múltiples entrevistas en medios especializados y el texto "Poesía y América Latina", publicado en la revista *Postdata* 1-2 (Segunda época), segundo semestre de 1999. Sobre la visión de Gonzalo Millán, es muy interesante su artículo "El espíritu del valle" publicado en *Posdata* N° 4, en Concepción, el segundo semestre de 1984.

Habría que agregar aquí el caso uno de los poetas más radicales, no por polemizar con la tradición, sino por su nula relación con la lírica chilena que le precede; Juan Luis Martínez. En su único libro publicado: *La nueva novela* (1977) Martínez hace caso omiso a la venerable, para la generación del 60, 'tradición poética chilena', o, como afirma Grinor Rojo, Martínez estructura su obra de espaldas a ella. Poeta de los bordes, Martínez entabla sus diálogos textuales con poetas o teóricos franceses, como Jean Tardieu o Roger Callois; o literaturas exóticas —la china— y escritores del *non sense* inglés, como Lewis Carroll; la incorporación de objetos como anzuelos o papeles transparentes de color y un abundante material iconográfico, donde Alicia Lidell, Rimbaud, Marx, Superman y un perrito fox terrier de pelo duro llamado "Sogol" —Logos a la inversa— pasan a ser protagonistas de esta aventura icónico-textual. Lo importante de este corte abrupto y asistémico suscitado por Martínez es su carácter desmitificador del canon nacional y la predisposición de su *Nueva novela* como 'obra abierta', en el sentido de Umberto Eco.

Claro que un libro como *La nueva novela* abre un mundo y lo clausura a la vez; no es posible establecer filiaciones con él, porque sólo se lo 'reproduciría' parcialmente; tampoco es posible parodiarlo: en sí ya contiene la parodia de sí mismo; es, entre otras cosas, parodia, dado que es, también entre muchas otras, un intento exhaustivo de 'revisión' literaria en lo que tiene lo literario de textual y extratextual dentro de los modos de reproducción. Quiero decir que es un corte demasiado rotundo de la tradición lírica chilena como para que produzca algún asomo de continuidad a partir de él. No se puede. Hay que leerlo, gozarlo, pero vadearlo. Se ha dicho que Zurita tiene influjos —sobre todo en "Áreas verdes"— de Martínez, por la construcción silogística del texto. Algo de eso hay también en Tardieu. No me parece. Recuerdese que ambos poetas trabajaron juntos en Valparaíso y eso produce ciertas osmosis no atribuibles a ninguno de los dos. En tanto Martínez se sume en lo literario, Zurita se acerca más al otro extremo: la literatura en la vida que constituye la, a veces, atroz épica contemporánea. Leer a Martínez es tocar libros; por el contrario, leer a Zurita es tocar paisajes mentales, sueños, pueblos.

En 1986, Steven White, edita *Poets of Chile A Bilingual Anthology, 1965-1985*, en la editorial Greensboro Press, con una introducción de Juan Armando Epple. En primer lugar habría que destacar en esta antología que es la primera que intenta unir a algunos escritores de la generación del 60, ya canónicos, con un grupo aún en vías de canonización –posible o no– de los 80, con el *plus* de la traducción al inglés y en una editorial norteamericana. Sobre la selección, en el “*Translator’s Preface*”, White especifica:

“The selection of writers in this book is a partial representation of the two most recent generas of chilean poets with as much diversity as possible. By means of a bilingual format, I have to create bridge of words between North and South America. Interestingly enough, the book is, at he same time, a way of joining the work of two generations unfamiliar witch each other’s literary production as a result of the military coup in 1973 which severed the generational dialogue”.

La muestra de Steven F. White incluye los siguientes poetas: Óscar Hahn, Omar Lara, Juan Luis Martínez, Jaime Quezada, Manuel Silva Acevedo, Waldo Rojas, Walter Hoefler, Paz Molina, Gonzalo Millán, Juan Cameron, Raúl Zurita, Diego Maquieira, Clemente Riedemann, Teresa Calderón, Aristóteles España, Gonzalo Muñoz, Sergio Mansilla, Mauricio Electorat y, en una sección especial, “*In Memory of Rodrigo Lira and Armando Rubio*”, se le rinde homenaje a ambos poetas fallecidos en circunstancias trágicas. White se basa en la muestra producto del encuentro organizado en Valdivia, el año 1965, por Omar Lara y Carlos Cortínez, legitimizando así la hegemonía del grupo de poetas pertenecientes a la generación del 60 partícipes o cercanos a las revistas *Trilce*, *Arúspice* y *Tebaida*. Respecto a la generación del 80, toma como referente el golpe de Estado de 1973; fecha que se considera como axial para considerar a una promoción de poetas que emerge en esta tesitura producto de la historia reciente, es decir, que se considera como relevante para su ubicación dentro de la tradición poética chilena el momento en que ésta se interrumpe por la coacción histórica, y se considera una múltiple y heterogénea cantidad de poetas a partir de la fecha de recepción de sus obras más que la de su nacimiento.

En 1987, Erwin Díaz publica una curiosa muestra de poesía nacional: *16 poetas chilenos*, con un “Preprólogo” de Enrique Lihn. Este libro puede considerarse como un “germen” de la antología *Poesía chilena de hoy. De Parra a nuestros días* del mismo Díaz. El libro de Erwin Díaz es producto de un encuentro poético y representa, para su autor, “una visión diversificada de nuestra poesía”. Me parece una muestra valiosa para la época en que se publicó y su desinterés en afirmar los nombres que incluye. El ambiguo “visión diversificada” me parece que da lugar a otras posibles “versiones diversificadas” que incluyan otros nombres y excluyan algunos –o todos– de ésta. Cito un fragmento del “Preprólogo” de Enrique Linh que tiende a clarificar –o confundir– más el asunto:

“Este libro, en cambio, (es) un “país de poetas” (donde todos lo son –dijo uno de ellos– menos x, su víctima) tiene la credibilidad de ciertas apuestas.

Baste cualquier combinación de poetas chilenos para que ese golpe de dados arroje una aproximación atendible de lo que ocurre en el país en materia de poesía. Con su dosis de incontrastable azar ad hoc, pero de azar no manipulado (la manipulación del azar no logra abolirlo, lo degrada)". (Pág. 7).

Me parece bastante saludable esta concepción mallarmiana de Lihn en relación a la posible agrupación azarosa de poetas, para dar una buena muestra de lo que ocurre en poesía en Chile. Es desmitificadora, no incurre en las peticiones un tanto histéricas de los "poetas ausentes" por parte de sus *fans* o adláteres. Los poetas convocados por los dados del azar en esta irregular muestra que considera autores nacidos entre 1926 y 1967, son los siguientes: Miguel Arteche, Floridor Pérez, Federico Schopf, Gonzalo Millán, Soledad Fariña, Elvira Hernández, Mauricio Redolés, Jorge Montealegre, Sergio José González, Teresa Calderón, Eduardo Llanos y José María Memet; también incluye una sección de autores inéditos: Sergio Medina, José Maximiliano Díaz, Bala (*sic*) Manríquez y Malú Urriola.

Si el azar promovió a estos "6 poetas chilenos", posteriormente, este azar fue manipulado, en el sentido que le da a la "manipulación del azar", Enrique Lihn, en el "Preprólogo" del libro, por el mismo Erwin Díaz en la antología *Poesía chilena de hoy. De parra a nuestros días*, editada por Documentas, cuya primera edición apareció en 1988, tuvo una segunda en 1989 y la tercera, la cual consulto y cito aquí, apareció en 1990, con pocas, pero significativas variantes respecto a las anteriores. Se agregan cuatro nombres: Violeta Parra, Soledad Fariña, Elvira Hernández y Teresa Calderón. El corte cronológico comienza siempre con Nicanor Parra. Es, por lo tanto, una antología que privilegia, tácitamente, los rasgos antipoéticos en su selección. Entiendo por rasgos antipoéticos, fundamentalmente, el autor escindido, el coloquialismo lingüístico, el ingreso a un estatus poético de los restos del lenguaje urbano como el habla popular, los *graffitis*, los *slogans* publicitarios, lo icónico, la fragmentariedad, etcétera.

La antología de Erwin Díaz se percibe sólo en parte parcial, en la medida en que considera un espectro mayor de autores que no se podría abarcar "sin perder el objetivo y la función de esta antología". El objetivo y función de la antología de Díaz es, como el de la mayoría de las antologías: "difundir la poesía chilena actual en un público amplio, regularmente desinformado y no habituado a leerla". A lo que se le suma "Entregar una variada muestra de poemas por autor, con el fin de dar una visión más o menos representativa de cada uno de ellos". Creo que la muestra de Díaz es, en este sentido, una de las más canonizadoras, desde el punto de vista de su "función" u "objetivo" declaradamente didáctico y por lo tanto deíctico: Díaz, nos enseña con su índice-antologador a los poetas incluidos y sus poemas en su antología pizarrón. Pregunta ahora, a diez años de esta edición: ¿borrará con el codo lo que escribió con la mano? Erwin Díaz no intenta constituir cánones paralelos, ni fantasmáticos, no se arriesga en las inclusiones, su mirada proyectiva se detiene en los poetas de la generación del 80, ya de alguna manera canonizados por su inclusión en otras muestras antológicas, la publicación de uno o varios libros y la crítica. Federico Schopf, quien es el autor de la "Advertencia preliminar", antes de entrar a circunscribir teóricamente la antología se cuida de dejar en claro que: "Como era de esperar,

el antologador y el que escribe (Schopf) no están de acuerdo en torno a los autores y poemas elegidos”:

“El (des)preocupado lector se enfrenta así, no sólo a una serie de textos y nombres –algunos autorizados, otros no tanto–, sino también a algunos indicios de la diversidad histórica de los gustos, a la evidencia de que la subjetividad, históricamente situada, constituye y reconstituye las obras literarias en un conjunto abierto que se va re(des)organizando con el tiempo”. (Pág. 9).

Federico Schopf sitúa el contexto de esta antología con mucha certeza, al advertir al lector que ésta fue producida en las condiciones políticas y económicas, de la desinformación general –“Apagón cultural” se le llamó en la época– surgidas a raíz del golpe de Estado de 1973 y el régimen dictatorial que continuó por casi dos décadas. Según Federico Schopf –en una opinión que comparto– el régimen dictatorial “desheredó” a más de una generación de jóvenes de importantes tradiciones culturales nacionales, y obstaculizó su acceso a otras corrientes en actualidad. Dentro de este espacio cultural alambrado, y fuera de la educación universitaria que estaba, como sabemos, intervenida por el régimen, los jóvenes intelectuales de la época –entre los que se incluye, por cierto al autor de la antología que tratamos– lograron abrirse paso hacia esos “sectores escamoteados”.

“En esta situación, parece Erwin Díaz estar de acuerdo en la conveniencia de comenzar esta muestra de la poesía actual de Chile con la antipoesía. La figura hegemónica en la escena pública de los años 50 –en plena Guerra Fría– era, por supuesto, la de Pablo Neruda. Pero su presencia literaria se había concentrado en la proposición de un modelo de poesía política –pedagógicamente comprometida– cercano al stalinismo y al realismo socialista, que resultaba poco convincente para los jóvenes escritores de entonces. Deploraban ellos –más que denunciaban, ya que no podían olvidar la poesía anterior de Neruda, la de las *Residencias* y, en general, eran también críticos acerbos de la sociedad en que vivían– las modificaciones de la realidad que estaban en la base de este modelo poético, esto es, su maquillaje épico y su acomodación a la ideología triunfalista del desarrollo de la historia por etapas”. (Págs. 9-19).

La antología de Erwin Díaz incluye a poetas nacidos entre 1914 y 1956: Nicanor Parra, Eduardo Anguita, Gonzalo Rojas, Violeta Parra, Miguel Arteche, Alberto Rubio, Enrique Lihn, Armando Uribe, Jorge Teillier, Floridor Pérez, Óscar Hahn, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo, Juan Luis Martínez, Soledad Fariña, Gonzalo Millán, Rodrigo Lira, Raúl Zurita, Elvira Hernández, Diego Maquieira, Clemente Riedemann, Jorge Montealegre, Teresa Calderón y Eduardo Llanos. Como se puede ver por la selección, dentro de una mirada hegemónica y ‘representativa’, la antología de Erwin Díaz es correcta. Tal vez demasiado correcta. Salvo por las ausencias de Waldo Rojas y Jaime Quezada, sería aún más precisa. Es, a mi juicio, la antología más pulcra dentro de las muestras canónicas publicadas desde los setenta hasta ahora.

Tres años después, aparece una antología 'generacional' que sólo se ocupa de la generación del 80: *Poesía chilena, la Generación N.N. (1973-1991)* de Aristóteles España, autor del conmovedor libro de poesía testimonial *Dawson*. El corte cronológico me parece más bien simbólico: casi ninguno de los poetas incluidos había publicado libros –algunos ni siquiera un poema– el año 73. Es la marca registrada de la dictadura que llevaremos no sé por cuanto tiempo más los poetas e intelectuales chilenos cuando queremos demarcar períodos.

El año noventa y uno precede a su publicación el noventa y tres. El soporte de esta antología es incómodo, demasiado pequeño, en una época en que la precariedad ya no era una justificación para publicar libros tan mal hechos. Los datos de publicación de los poetas no están al día. Los mismos poemas pertenecen casi todos a primeras publicaciones de poetas que ya llevaban dos o más libros. Incluso, algunos poetas editados, eran representados con poemas inéditos. La falta de separación entre un autor y otro produce atochamiento tipográfico, congestión visual y, por lo tanto, un riesgo de ininteligibilidad. Actualizada, con una factura acorde al proyecto (La antología obtuvo el aporte del Fondo de Apoyo Cultural a Regiones) y, además, el hecho que la antología surgiera de regiones, creo, se desperdició una buena oportunidad para realizar un trabajo significativo sobre los poetas de la Generación del 80. De todos modos, nos parece importante recordar el criterio de selección y contextualización de los autores elegidos. Dice Aristóteles España en la "Introducción"

"Nos pareció válido el término "Generación NN", utilizado por el poeta Eduardo Llanos en el primer encuentro de escritores jóvenes de Chile, el año 1984, porque sintetiza un tiempo histórico en el cual los poetas antologados empezaron a escribir y porque sus trabajos, independientemente de los matices y tendencias, reflejan los distintos hitos de esa época. Esta muestra incluye a x (sic.) autores, disímiles entre sí en su forma de entender el mundo con un proceso escritural amplio y, al mismo tiempo, homogéneo en lo que se refiere a su forma de enfrentar el oficio y a la responsabilidad como poetas en el Chile de hoy". (Pág. 7).

Los nombres considerados por Aristóteles España son: Luis Alberto Barría, Roberto Bolaño, Teresa Calderón, Juan Cameron, Bárbara Délano, Elicura Chihuailaf, Mauricio Electorat, Aristóteles España, Alexis Figueroa, Arturo Fontaine, Sergio González, Tomás Harris, Elvira Hernández, Rodrigo Lira, Eduardo Llanos, Diego Maquieira, José María Memet, Gonzalo Millán, Jorge Montealegre, Andrés Morales, Gonzalo Muñoz, Rosa Betty Muñoz, Alejandro Pérez, Verónica Poblete, Erick Pohlhammer, Mauricio Redolés, Clemente Riedemann, Armando Rubio, Galvarino Santibáñez, Jorge Torres, Carlos Alberto Trujillo, Leonora Vicuña, Miguel Vicuña, Arturo Volantines, Francisco Zañartu, Verónica Zondek y Raúl Zurita. Es, a mi parecer, una selección bastante representativa de los poetas que escribieron y tuvieron una recepción importante en la época. Algunos nombres desaparecieron de la escena poética sin dejar textos de mayor significación, como Luis Alberto Barría, Sergio González, Alejandro Pérez y Galvarino Santibáñez. Francisco Zañartu publicó dos libros de desigual interés, pero considerables en tanto su imaginación e

ironía prodigiosas: *Carta a Hernán Cortés acerca de su pretendida influencia en tierras de la beailemanía*, Ediciones del teniente Bello, Santiago, 1983, y, sobre todo, *Let it be Arturo*, publicado por Documentas en 1989. Posteriormente no ha vuelto a publicar poesía y, hasta donde yo sepa, a participar en encuentros o actividades literarias. La importancia de la antología de Aristóteles España es la de reconocer, demarcar e incluso denominar a la llamada generación del 80 o de la diáspora, como la llamaron algunos críticos y poetas, o N.N., denominación que se le atribuye tanto a los poetas Eduardo Llanos como a Jorge Montealegre.

El año 1996 apareció la antología *Veinticinco años de poesía chilena (1970-1995)*, editada por el Fondo de Cultura Económica, en la colección Tierra Firme, de la cual fui co-autor junto a las poetas Teresa Calderón y Lila Calderón. Por la cercanía que tengo con este trabajo no puedo opinar con suficiente objetividad de él. Por lo tanto, pasaré a describir el libro y a citar ciertos aspectos que planteamos en la "Presentación". Éste se divide en dos partes, en las que se incluyen sendas muestras de poetas de la generación del 60 y de la generación del 80. La estructura del libro consiste en la inclusión de un 'arte poética' de cada uno de los autores, una muestra de poesía editada, una de varios poema(s) inédito(s), más una selección de referencias críticas, privilegiando las de carácter 'descriptivo' de ellas, hasta donde es é posible? Sobre la selección, indicamos en el prólogo:

Dos características consustanciales a la *manu militari* produjeron efectos diversos en las promociones de 60 y del 80. En tanto la represión directa –exterminio físico, tortura, exilio– afectó duramente a la generación del 60, la del 80 se vio forzada a crear en un clima de odios, persecución y miedo, sin posibilidades de expresión debido a la férrea censura aplicada a la creación literaria y en medio de un ambiente poético marcado por la ausencia o la distancia de sus interlocutores más cercanos cronológicamente. Así, en tanto que la generación que en 1967 Waldo Rojas definiera como *Emergente* pasaría a llamarse *Diezmada* o de la *Diáspora*, la promoción del 80 sería llamada por Jorge Montealegre Iturra generación NN: "una generación que descubre la palabra en el desgarró colectivo: inspiración de las bocanadas de humo de septiembre de 1973". (Págs. 13-14).

Los poetas incluidos en la generación de 60, corresponden a una mixtura entre los 'hegemónicos' y otros poetas que ingresan a la poesía tal vez algo tardíamente, por razones históricas más que escriturales, y poetas que pertenecieron a esos grupos periféricos o alternativos, como la Tribu No o La Escuela de Santiago, los que Soledad Bianchi rememora en su libro ya citado *La memoria: modelo para armar*: Claudio Bertoni, Juan Cameron, José Ángel Cuevas, Jaime Gómez Rogers (Jonás), Óscar Hahn, Gonzalo Millán, Hernán Miranda, Naín Nómez, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Waldo Rojas, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo y Cecilia Vicuña. Este tramo de la antología tiene, qué duda cabe, una mirada canonizadora.

La segunda parte, correspondiente a la generación del 80, podría decirse que es bastante abarcadora, que el signo canonizador no es tan marcado y que corresponde, como a todas las anteriores muestras de este periodo, a una mirada pro-

visional y tentativa. Los incluidos son: Alejandra Basualto, Carmen Gloria Berrios, Eugenia Brito, Teresa Calderón, Lila Calderón, Javier Campos, Carlos Cociña, Gonzalo Contreras, Eduardo Correa, Elicura Chihuailaf, Carlos Decap, Bárbara Délano, Soledad Fariña, Jaime Hales, Tomás Harris, Elvira Hernández, Rodrigo Lira, Eduardo Llanos Melusa, Diego Maquieira, Juan Luis Martínez, Juan Antonio Massone, José María Memet, Paz Molina, Jorge Montealegre Iturra, Andrés Morales, Rosabetty Muñoz, Sergio Muñoz, Esteban Navarro, Hedy Navarro Harris, Erick Pohlhammer, Mauricio Redolés, Clemente Riedemann, Armando Rubio Huidobro, Álvaro Ruiz, Alicia Salinas, Bruno Serrano, Jorge Torres, Osvaldo Ulloa, Verónica Zondek y Raúl Zurita.

No puedo dejar de entrar en la problemática de la poesía femenina o escrita desde un 'discurso femenino', asunto que ha sido teorizado por Juan Villegas, Nelly Richard, Nain Nómez y Eugenia Brito, en particular en el género poético. Hago esta relación porque la antología *25 años de poesía chilena (1970-1995)* recoge un mayor número de voces de mujeres poetisas que sus antecesoras. Creo que aún el discurso femenino en la lírica nacional sigue siendo percibido como una praxis alterna, descentralizada y marginal, junto a diferentes discursos 'otros', que aparecen en los 'bordes' de nuestra actual literatura, como el homosexual (Casas, Lemebel) y el étnico (Chihuailaf, Lienlaf, Huenún). En el caso de la poesía femenina, Juan Villegas en su *Antología de la nueva poesía femenina chilena*, editada en Santiago de Chile, 1985, en la "Introducción" titulada "Algunos problemas para la interpretación de la poesía femenina", comienza constatando que esta poesía no formaba parte de las historias literarias, son como una suerte de apéndice, leída con criterios subjetivos, "emotivizados". Para Villegas, a pesar de la importancia que ha adquirido el rol de la mujer en política, su poesía se ha mantenido aún como un decir marginal, que no ha merecido una atención en profundidad por parte de los críticos. Villegas plantea cuatro problemas de orden teórico para el estudio de la poesía femenina; creo que de estos cuatro hay uno que resume y contiene a los demás, y es el que más me interesa, por estar relacionado con el asunto central de este texto: la configuración de cánones: "¿cuáles son las características de la poesía femenina?" ¿existe un lenguaje poético femenino diferente del lenguaje poético masculino?". (Pág. 15).

No es este texto, precisamente, el dado para profundizar en el tema. Excedería mis propósitos. De todas formas, cito las poetisas incluidas en la antología de Juan Villegas: Marjorie Agosin, Francisca Agurto, Alejandra Basualto, Carmen Berenguer, Teresa Calderón, Bárbara Délano, Myriam Díaz-Diocaretz, Elvira Hernández, Carolina Lorca, Paz Molina Venegas, Rosa Betty Muñoz Serón, Hedy Navarro Harris, Verónica Poblete, Kathy Reyes de la Jara, Natasha Valdés, Virginia Vega, Cecilia Vicuña, Leonora Vicuña y Alejandra Villarroel. Son todas poetisas nacidas entre 1942 y 1961, por lo tanto pueden adscribirse, además por la época en que comienzan a ser recepcionadas en un circuito más o menos público, a la generación del 80.

La *Antología de poetisas chilenas. Confiscación y silencio* de Eugenia Brito es más abarcadora en su muestra. Es más, es una antología que intenta cubrir todo el siglo xx. Me remito a citar *in extenso* un extracto del "Prólogo", realizado por la compiladora, porque explicita el porqué de esta selección, que ya intenta proponer un canon por el mismo hecho de ser una selección (necesaria):

"La selección de este grupo de mujeres que han escrito poesía durante el s. xx en Chile tiene varios objetivos: en primer lugar, abrir el espacio desde el cual sea posible leer sus producciones, despejando los sentidos que las silenciaran, con raras excepciones, por tanto tiempo. Lo que se hace posible gracias a la inclusión de una perspectiva genérica, es decir, desde las dimensiones socio-culturales que un complejo campo de relaciones entre poderes (sean ellos producto de saberes codificados sobre el quehacer cultural, traducciones depositadas como tradiciones y cuestionables herencias) asigna a los sexos conformando un conjunto de estereotipos psíquicos que se basan en la diferencia anatómica que separa los cuerpos. Y en ese caso ¿es posible que las mujeres escritoras tengan una historia? Y si es así, ¿cómo hallarla?, ¿desde qué parámetros introducimos en ese volumen sigiloso y deslizante?" (Pág. 7).

Lo interesante del criterio de selección de Brito es que, más que fijar un canon, es 'abrir espacios' para un discurso que había sido relegado por el o los discursos centrales –patriarcales, logocéntrico, etcétera– destejando –decodificando– los sentidos velados por el silencio al que fueron relegadas. De todas formas, el abrir espacios tiende, también, e inevitablemente a, por lo menos, insinuar un canon. Las poetisas seleccionadas por Eugenia Brito para *Confiscación y silencio* son: Gabriela Mistral, Teresa Wilms Montt, Olga Acevedo, Winett de Rokha, María Monvel, Chela Reyes, Stella Corvalán, Irma Astorga, Carmen Habalos, Francisca Ossandon, Stella Díaz Varín, Cecilia Casanova, Eliana Navarro, Delia Domínguez, Ximena Adriasola, Eugenia Echeverría, Paz Molina Venegas, Cecilia Vicuña, Carmen Berenguer, Eugenia Brito, Rossana Byrne, Teresa Calderón, Verónica Zondek, Elvira Hernández, Soledad Fariña, Marina Arrate, Bárbara Délano, Rosabetty Muñoz, Malú Urriola y Nadia Prado. Más que muestra de las escritoras incluidas en su antología, Brito insiste en que su preocupación es el deseo –o necesidad– de hacer visibles las formas mediante las cuales opera un imaginario escindido –el de la escritura de mujeres– en el siglo xx, para instalar los sentidos de sus textos en la contemporaneidad.

Otra antología 'genérica' interesante de consultar es la elaborada por Linda Irene Koski, profesora de Español y del Programa de Estudios de la Mujer en la Universidad de Santa Clara, U.S.A., texto publicado en Chile por Cuarto Propio en octubre de 1998: *Mujeres poetisas de Chile. Muestra Antológica 1980-1995*. Es interesante la constatación que hace la autora en la "Introducción":

"Hoy en día –afirma Koski– hay mucho más interés en la producción literaria de la mujer en Latinoamérica, pero todavía es difícil encontrar la obra original de muchas autoras. Este es el caso con las poetisas contemporáneas en Chile. Se pueden encontrar referencias críticas en varios países acerca del reciente auge de la mujer chilena en el nuevo discurso lírico. Sin embargo, al buscar los poemarios, son difíciles de conseguir a causa de los problemas de mercado y distribución". (Pág 11).

Curiosamente, la afirmación de Linda Irene Koski no es exclusiva para la poesía femenina, ni siquiera podríamos decir que, en este aspecto, se encuentra en detri-

mento de la poesía escrita por hombres. La poesía chilena editada, casi nunca ha tenido tirajes mayores a los quinientos o mil ejemplares, salvo, los poetas considerados como fundacionales y fundamentales y, aún así, Huidobro y De Rokha, hasta la fecha, no son autores que se puedan encontrar fácilmente en el mercado editorial. Tal vez las únicas excepciones sean Neruda —el dato histórico o, anecdótico si se quiere, es que tal vez el peor libro de poesía chilena escrito por uno de los más importantes poetas de este siglo, Pablo Neruda, *Incitación al Nixonicidio y Alabanza a la Revolución Chilena*, tuvo un tiraje de 16.000 ejemplares en la Ed. Quimantú— y Nicanor Parra. Y una mujer, aunque el fenómeno es más reciente: Gabriela Mistral. Son, justamente, las antologías las que reparan, de manera parcial, este problema.

El objetivo de la antología de Linda Irene Koski, es comenzar a establecer un corpus asequible del trabajo de dieciséis poetas del “fuerte y pluralista movimiento poético femenino en Chile”. Así, Koski incluye una selección de cincuenta poemarios consultados de poetas de tres generaciones: Stella Díaz Varín, del 50; Marina Arrate, Alejandra Basualto, Carmen Gloria Berríos, Eugenia Brito, Teresa Calderón, Soledad Fariña, Elvira Hernández, Paz Molina, Rosabetty Muñoz, Heddy Navarro Harris y Verónica Zondek de la del 80; y Nadia Prado y Malú Urriola del 60. Y la inédita poeta mapuche Graciela Huinao. Entre las informaciones valiosas que entrega Koski en su investigación es la existencia de dos antologías de poesía femenina chilena anteriores a la de Juan Villegas: *La mujer en la poesía chilena* de María Urzúa y Ximena Adriasola, publicada en Santiago de Chile por Ed. Nascimento en 1963 y *Antología de la poesía femenina chilena*, editada por Nina Donoso el año 1974. En las notas 1, 2 y 3 de la “Introducción” (Págs. 11 y 12). Koski debate aspectos muy interesantes en relación a la poesía femenina y su inclusión en antologías, tanto aglutinantes como canonizadoras.

La última antología de poesía chilena que se ha publicado, en el momento en que desarrollo estas páginas, es *Chile. Poesía contemporánea. Con una mirada al arte actual*, que constituye un número especial de la revista *Litoral*, de España, cuyo compilador y autor del “Panorama de la poesía chilena contemporánea” a modo de prólogo es el poeta Marcelo Ríosco. Esta es una antología atractiva y seductora materialmente. Está cerca del libro objeto; además de la muestra poética se incluye una muestra pictórica (“Chile: arte contemporáneo” de Milan Ivelic) que la complementa. Al texto de Ivelic se le suma otro estudio sobre arte chileno contemporáneo de Justo Pastor Mellado: “Algunas hipótesis sobre las dos transformaciones del arte chileno contemporáneo”. Además, tiene como pórtico textual la nota “Editorial” de la revista y, como si esto fuera poco, una suerte de pre-prólogo escrito por Roberto Bolaño, al que la editorial agradece por aceptar su invitación para abrir el número dedicado a la poesía chilena. Además, se aclara que la editorial ha agregado dos poetas chilenos que viven en España, a la selección hecha por Ríosco: Roberto Bolaños y Bruno Montané.

Debo confesar que no me satisface esta antología; es más, me parece “sospechosa”. ¿De qué? De colonialismo cultural. A pesar de estar entrando en un nuevo milenio, veo acá, en esta antología, un producto que, a pesar de ser elaborado por un poeta chileno joven, vislumbro en la profusión de textos aclaratorios, invitados especiales y selección de autores y textos incluidos, una antología de poesía chilena *Made in Spain*. En primer lugar, a Ríosco le cuesta demasiado responder a la

pregunta que el mismo se formula: "¿Qué entendemos por Poesía Chilena Contemporánea?". Vadeando obstáculos teóricos e imposibilidades cronológicas, llega a la conclusión que la única manera de definir "lo contemporáneo" es haciéndolo arbitrariamente. Contemporáneo: ¿actual, vanguardista, moderno, posmoderno?. Son demasiadas (im)presiones para dejarlas al azar del arbitrio. O, para decirlo más delimitadamente, para dejar esa arbitrariedad —la cultura es en gran medida arbitraria— tan poco definida, como al "beneficio" de una coincidencia: "El primer libro de Enrique Lihn *Nada se escurre* fue publicado en 1949. Desde esa fecha hasta hoy han pasado exactamente cincuenta años". Creo que de esa cifra, desgraciadamente, se escurre mucho.

En primer término, es necesario precisar que la contemporaneidad en la poesía hispanoamericana —por tanto la chilena— pasa por un "proceso" que la define como tal, más que por una 'arbitrariedad afortunada'. El proceso, para simplificar el asunto, no es otro que la toma de conciencia de nuestro "ser" a través del lenguaje. De asumir sin complejos ni trabas la poesía —la literatura— universal y no sólo la metropolitana —me refiero a la española— como asimilable a nuestra tradición. Significa superar una etapa modernista —y moderna— para entrar en el desconcertante proceso de las vanguardias. La poesía chilena se hace 'contemporánea' sin duda, cuando dialoga, se permea, absorbe, asimila, las vanguardias europeas de comienzos de siglo, que se continúan —con sus conflictos, rupturas y apostasías— hasta entrado los años cuarenta. A fin de cuentas hay que ser contemporáneos con algo. Desde allí, la fecha arbitraria y beneficiada por la coincidencia con la publicación de *Nada se Escurre* de Enrique Lihn, a la que alude Riosco, comienza otro proceso. Metaironía, lo llama Octavio Paz, crítica del lenguaje por el lenguaje, desconfianza mayor por los 'poderes' de la poesía, del himno, del canto: "Himnos entre ruinas": fragmentariedad, pérdida ya casi definitiva del yo lírico, homogenización del paisaje en urbe, urbe hecha naturaleza, la botánica del asfalto como la llama Walter Benjamin en uno de sus ensayos sobre Baudelaire en *Poesía y Capitalismo*. Posmodernidad. O si se quiere, recusación de la modernidad.

Volviendo a la antología de Riosco; la revista española *Litoral*, además, le pide al antologador, como había dicho, que incorpore dos poetas chilenos españolizados, Montané y Bolaño, en capítulo aparte, —¿por qué no otros poetas que se quedaron en el exilio y son tan valiosos como los solicitados por *Litoral*?— y, además, a uno de ellos "reconocido por la crítica como una de las grandes revelaciones de la literatura latinoamericana de los años noventa", Bolaños, se le solicita un texto para "abrir" el número dedicado a la poesía chilena. Para Bolaños la poesía es cosa de perros:

"Para mí el Duque es la poesía chilena y tengo la vaga sospecha de que para los chilenos la poesía es un perro o las diversas figuras de un perro: a veces una manada salvaje de lobos, a veces un aullido solitario escuchado entre dos sueños, a veces, sobre todo últimamente, un perro faldero en la peluquería de perros".

Posteriormente, a la definición perruna (¿*Reservoir Dogs*?), gracias a la falacia del *Magister Dixit* de los filósofos medievales, demasiado utilizada por algunos au-

tores chilenos, sobre todo por el escaso espesor cultural de la crítica literaria periodística, y su paupérrima capacidad, precisamente crítica, esboza, como lateralmente, recordando, su propio canon, en parte coincidente y en parte no con el antologado por Rioseco: entre los perros grandes: Neruda, Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Nicanor Parra, Pablo de Rokha; "Tarde en el hospital" del apaleado quiltro chilensis Carlos Pezoa Véliz; y Violeta Parra. Lihn y Teillier, perros fundamentales, de "lujo" Lihn, de buen olfato, que sabían mostrar los dientes, si el caso lo ameritaba. No sé si sea dable hablar de un "lujo inmerecido" en relación a Lihn, dentro de otros tantos lujos de nuestra poesía y de la misma generación del 50: Armando Uribe, Miguel Arteche, Jorge Teillier o Alberto Rubio, piedra preciosa que el (¿o los?) antologador(es) no supieron escuchar entre tanto ladrido. Y sigue, Bolaños, con un muy acertado juicio sobre Zurita, al considerar que "marca un punto sin retorno con la poética de la generación precedente" pero dentro de un *dolce stil novo*, que producto del mesianismo y su escatología, hizo devenir los intentos épicos y renovadores, en textos "amargos y patéticos". No sé si "patéticos" —y aquí no me refiero sólo a Zurita, sino a otros poetas que siguieron poéticas similares— lo de la amargura, recuerdo; recuerdo, que la tortura, la represión, el miedo, la censura, el soplónaje, la desaparición de cuerpos, en fin, tal vez nada de eso era algo nuevo, pero se daba en un *stil novo* a la chilena bien poco "dolce" y sí bastante perruno... o lupino.

Otros poetas del canon canino de Bolaños son: Gonzalo Millán, Juan Luis Martínez, Rodrigo Lira, Diego Maquieira. Y Pedro Lemebel, "el rebelde por excelencia de mi generación"; me parece un tanto exagerada y fuera de contexto esta aseveración. ¿Cuál es el rasero de la rebeldía? Pero donde la cosa se pone, para decir lo menos, un tanto delirante, es cuando Bolaño propone que: "Lemebel no escribe poesía pero cuya vida es un ejemplo para los poetas". "Vidas Ejemplares". Editorial Novaro, México, por allá por los sesenta. Mucho antes, en la década de los veinte, Max Brod decía, en su biografía sobre el autor checoslovaco, que Kafka era un santo. Bolaños abomina del mesianismo, pero no de la santidad. Escritores ejemplares. Lemebel es un excelente escritor, qué duda cabe, como Maquieira, como Zurita, como el mismo Bolaños. Pero su inclusión me merece dudas como poeta. Pero el mensaje 'ético' de Bolaños, dentro de un pre-prólogo a la poesía chilena es totalmente descontextualizado, fuera de lugar, arbitrario. Pero estamos indagando cómo se establece el canon de la poesía chilena desde la generación del 50 a la del 80, y la antología de Rioseco/Bolaños es pródiga en ejemplos y contra ejemplos.

La antología se divide, en lo concerniente a los poetas incluidos en dos partes: los llamados "precedentes" y la antología propiamente tal. Entre los "precedentes se consideran como tales: Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Juvencio Valle, Pablo Neruda, Omar Cáceres, Humberto Díaz Casanueva, Eduardo Anguita, Teófilo Cid, Nicanor Parra, Enrique Gómez Correa, Gonzalo Rojas, Carlos de Rokha, Jorge Cáceres y Miguel Arteche. Son, casi todos, poetas fundacionales, referentes obligados, inevitables para la conformación del canon. Me parece, sí, un tanto exagerada la inclusión de la "Mandrágora" casi completa.

Los autores y actores del surrealismo tardío chileno no están, sin duda, a la

altura de un César Moro. Lo más curioso es que Braulio Arenas, quien fue el mayor difusor del surrealismo en Chile, con su magnífica traducción de *Nadja* de Bretón y ese homenaje incomparable que son *Las actas surrealistas*, es, a mi juicio, el poeta más sólido de la Mandrágora; quizá el menos surrealista –desde el punto de vista bretoniano de los Manifiestos del 24– pero sí en su proyecto evolutivo de una surrealización a la chilena. Teófilo Cid, que también intenta una contextualización del surrealismo en la tradición chilena en su irregular libro *Camino al Nielol*, no me parece antecedente de nada. ¿De Teillier? No creo. El mundo de Teillier nace de otras lecturas, de otros mitos, más bien configurados y constituidos como representación de mundo. Obviamente, sí es un antecedente Carlos Pezoa Véliz de una línea de “chilenidad” como asunción y cosmovisión poéticas; una línea que sigue, eruptiva, con Pablo de Rokha, desacralizadora, con Nicanor Parra, trágica, con Violeta Parra y otro de los ausentes, esta vez en la antología, lúdica y posmoderna de Floridor Pérez; creo que seguir determinadas líneas poéticas, demarcaciones identitarias, representaciones no pintoresquistas –ahí donde las hay, y deplorables– es necesario en toda antología que pretenda mostrar un corpus poético nacional tan amplio como la de Rioseco y Bolaños.

La antología propiamente tal incluye a: Enrique Lihn, Efraín Barquero, Sergio Hernández, Rolando Cárdenas, Armando Uribe, Jorge Teillier, Óscar Hahn, Omar Lara, Juan Luis Martínez, Manuel Silva Acevedo, Claudio Bertoni, Juan Cameron, Gonzalo Millán, Cecilia Vicuña, Raúl Zurita, Diego Maquieira, Elicura Chihuailaf, Pedro Lemebel, Alexis Figueroa, Tomás Harris, Santiago Elordi, Sergio Parra, Armando Roa Vial, Jaime Luis Huenún, Jorge Valenzuela y Leonel Lienlaf. Creo que una de las apuestas de la antología de Rioseco y Bolaños es a lo que se ha estado denominando discurso de la ‘otredad’; el manifiesto homosexual de Lemebel, el poema de amor lésbico de Cecilia Vicuña, la poesía de impronta ‘étnica’ de Chihuailaf, Lienlaf y, en parte, Huenún. Me parece fundamental esta incorporación, pero pienso que es un proceso que debe darse *per se*, no forzando géneros y textos que no son aportes dialécticos al corpus de la poesía chilena. El ejemplo más evidente es la inclusión del “Manifiesto” de Pedro Lemebel; si era necesario un discurso que hablara ‘desde’ un decir homosexual, me parece más pertinente el poemario de Fernando Casas, *Sodoma Mía*.

Otra observación: creo que Waldo Rojas, poeta de la generación del 60, es un “puente” necesario entre la poesía de Enrique Lihn, y su tópica –metapoesía, espacio urbano, culteranismo crítico, visión de la ciudad extranjera desde Chile y viceversa, etcétera– y las generaciones –o producciones posteriores. Finalmente, no puedo dejar de expresar mi curiosidad por la misoginia de los antologadores: la poesía femenina hace una indiscutible eclosión en el ámbito de la poesía chilena en los 80. Sólo se incluye a dos poetisas mujeres: Gabriela Mistral y Cecilia Vicuña. Hay voces poderosas y renovadoras de la lírica chilena entre las autoras que comienzan su producción textual en los 80. Puede verse lo dicho sobre las antologías de Villegas, Brito y Koski.

Finalmente, creo que se puede apreciar cierta congruencia en las inclusiones y exclusiones que podrían situarnos frente a un canon poético más demarcado en las generaciones del 50 y del 60, no así en la del 80, que aunque muchos de sus integrantes ya están cerca de los cincuenta años, la multiplicidad y heterogeneidad

de voces, más los poetas que comenzaron y continúan escribiendo en el exilio, no hacen del todo demarcable. Tal vez sea mejor así. Que nuestra poesía avance hacia una creciente demolición de totems y supuestos ancianos de la tribu. Que una tirada de dados nos haga vislumbrar el azar de las voces que aún resisten a porfía en un género tan frágil, tan expuesto al ruido y a la contaminación como la poesía. Y que el canon pueda oscilar entre el consenso y la diferencia, dentro de una validez del decir poético, oponiéndolo a la inamovilidad del autoritarismo —aun disfrazado de “Buen gusto”.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO UNA VEZ MÁS (ENTREVISTA A ALFONSO CALDERÓN)

Salvador Benadava C.

Pocas personas en Chile han hecho tanto por el conocimiento y la divulgación de un escritor, como usted, respecto a Joaquín Edwards Bello. Gracias a una recomendación de Alberto Ostria G., Edwards aceptó recibirlo en su casa (lo que no era fácil) y después de muchas tratativas, le dio su visto bueno para que antologara y publicara parte de sus crónicas. A su muerte —y con el consentimiento de Marta Alborno; su viuda— usted continuó en el mismo afán e hizo editar varios libros en base a artículos del escritor sobre temas definidos: el marqués de Cuevas, el periodismo, historias de bancos, etc. Tengo entendido que se entrevistó con él más de 35 veces. De esos encuentros, quedan algunos testimonios en su libro *El vuelo de la mariposa saturnina* y en la revista *Atenea* donde, en 1968, año del fallecimiento del escritor, usted publicó un trabajo titulado: "Joaquín Edwards Bello. Ocho conversaciones". Confiados en sus propias declaraciones, los admiradores del autor de *El Inútil* pensábamos que otras publicaciones seguirían a las dos citadas, pero nuestras expectativas se vieron frustradas. Considerando su conocimiento del hombre y de su obra, su calidad de Premio Nacional de Literatura (del que fue inspirador y beneficiario el mismo Edwards), el hecho que ya han desaparecido muchos de quienes lo conocieron, nos ha parecido oportuno aprovechar este número de *Mapocho* para reactualizar con usted el recuerdo de este gran cronista.

—¿Cómo se explica que después de haber consagrado varios años a introducir, editar y difundir las crónicas de Joaquín Edwards Bello, usted le haya dado repentinamente la espalda?

—No se trata de eso. Pero antes de responder a su pregunta quizás sea oportuno recordar las circunstancias de mi acercamiento al escritor. Siendo yo aún adolescente, comencé a recortar y a coleccionar sus crónicas; las que aparecían en *La Patria* de Concepción y en *La Nación* de Santiago. En ese entonces compraba *La Nación* no para leer a Edwards, sino porque me interesaba el deporte; fue incidentalmente que me encontré ahí con un periodista que me entretenía mucho. Debe haber sido por el año 42 o 43. En 1953, pensé en elaborar una antología, cosa que me formulé como un vago proyecto; la idea era agrupar sus crónicas en torno a temas que se interconectaban o, sencillamente, reunir crónicas dispersas susceptibles de interesar a cualquier lector. Progresivamente fui llevando a cabo mi proyecto, de tal manera que mucho antes de hablar con Ostria Gutiérrez, ya había preparado cuatro o cinco volúmenes. En 1964 Zig-Zag publicó un primer tomo con crónicas de don Joaquín; yo recién comenzaba a trabajar en el departa-

mento literario de esa casa editora. Después de haberlas leído, me acerqué al director, le expresé mi entusiasmo por la reciente publicación y le conté que yo mismo tenía en barbecho varias recopilaciones "Muy bien, me respondió, veamos si acepta que se publiquen, yo le conseguiré una entrevista con él". Le hice ver las dificultades de la empresa, le recordé la historia de las máscaras¹, su convicción de que "con crónicas no se hacen libros" (lo que volvió a repetir cuando yo hablé con él) y varias cosas más, pero Ostria insistió. De hecho, la verdadera intermediaria fue Marta²; él aceptó porque ella se lo solicitó... Fui, pues, a verlo y, verdaderamente, se mostró muy gentil... Con una gentileza un poco alambicada que a mí me pareció algo así como un arcaísmo: se puso de pie, demostró por mí un interés fuera de lo común, me hizo una serie de preguntas respecto a mis orígenes, a mi familia... Le respondí que venía de Valparaíso, que era de familia italiana... "Ah, me dijo, entonces debe ser usted una persona honesta; puedo tener la seguridad que no me va a robar nada". Después de lo cual me habló de Assunta³, su *mama* italiana, y de una serie de "ladrones", con nombre y apellido, quienes nunca le habían devuelto unos recortes con crónicas que les había prestado.

—¿Le mostró su Archivo en esa ocasión?

—Desde luego. No bien había terminado lo que acabo de relatarle, me dijo: "Ahora veamos mi Archivo" y me introdujo en una enorme pieza que contenía todo el material que se encuentra ahora en la Biblioteca Nacional⁴; sólo que entonces estaba almacenado en un ropero o en cualquier lugar donde existía un espacio disponible. Y ahí comenzó a explicarme su manera de operar: "Cada mañana, provisto de una enorme tijera, de un frasco de goma y unas cuantas hojas, me sumerjo en los diarios del día y selecciono mi material"... Al escucharlo, yo estaba asombrado frente a su capacidad para establecer relaciones y cruzar acontecimientos. "Mire, me decía, esto que está aquí, sucede en un pueblo de España; y está conectado con lo que está pasando en Jerusalén y, además, con lo que ocurrió en la Comuna de París el año 71... y con lo que Víctor Hugo relató en tal libro... No se extrañe, agregó; si soy capaz de interrelacionar todos estos hechos es por una sola cosa, porque sé mirar. Comencé por mirar la calle; aprendí francés mirando los letreros en París y aprendí también a mirar los diarios que constituyen otro tipo de paisaje; un paisaje poblado de alimañas, de seres excepcionales, de noticias que el lector deja a veces de lado, pues se trata de una selva en la que podemos toparnos con un enorme árbol sin valor alguno y, detrás de él, con una planta minúscula que es un verdadero tesoro".

¹ Para disuadir al visitante inoportuno, J.E.B. solía aparecer en la puerta de su casa con el rostro cubierto por una máscara y responder, cuando era requerido: "Joaquín Edwards no está en su casa" o "está veraneando en Zapallar" o "salió de viaje", etc.

² Marta Albornoz, su segunda mujer.

³ En varios de sus libros la llama Perpetua.

⁴ El Archivo de Edwards Bello se encuentra actualmente en la sección *Referencias Críticas* de la Biblioteca Nacional y consiste en varios miles de sobres —distribuidos en cajas— cada uno de los cuales contiene recortes de diarios y revistas referidos a un tema específico, como por ejemplo: Box, Calles de París, La familia Edwards, etcétera.

También me habló de él: "Estoy en buen estado de salud y tengo una excelente memoria, recuérdelo". Y empezó a recitar las *Coplas* de Jorge Manrique. A las que sucedió el *In Memoriam* de Tennyson, que recitó en inglés y luego la letra de algunas canciones francesas, en el idioma original. "Es el mejor momento de mi vida, agregó. Desgraciadamente la salud no me acompaña y si estoy vivo, se lo debo a mi mujer quien me ha cuidado con una abnegación extraordinaria. Fue ella quien tomó en serio las sugerencias del doctor Lezaeta y me obligó a tomar baños de barro, a activar la circulación mediante ortigas... Es triste, pero ahora que podría producir mis mejores crónicas, mis mejores libros, no estoy en condiciones de escribir...⁵. Sufro, además, de dolores de cabeza⁶, me pongo nervioso... Tal vez la mejor solución sería desaparecer". Eso fue de entrada, el primer día. En seguida esbozó una pequeña inclinación ante una foto de su cuñado, el pintor francés Boutet de Monvel, esposo de su hermana Delfina, que pereció en un accidente de avión en las Azores el año 49 y expresó: "Yo le digo todas las mañanas: dichoso tú, Bernard, porque te fuiste joven⁷; en tanto que yo soy una ruina y sigo viviendo". Y dirigiéndose a mí, agregó: "Efectivamente, soy el cadáver viviente de Tolstoi".

-Su situación en ese momento debe haber sido muy uncomfortable...

-Yo no sabía qué responderle. Lo correcto, en este casos, habría sido decir algo así como: "No, usted está bien. Basta considerar su lucidez, su memoria..." y yo ya había esbozado algunas palabras de buena crianza cuando exclamó en forma peyoratoria: "No me interrumpa, por favor". Me vino entonces a la cabeza una frase que había escrito Luis Durand, en sus *Memorias*, en la que afirmaba que Joaquín Edwards tenía una incapacidad biológica para escuchar. Lo que no me importaba en absoluto, pues lo que me interesaba en ese momento era escucharlo a él, no que él me oyera a mí. Continuó haciendo el elogio de mi juventud y luego, por asociación, a hablarme de él cuando era joven y hermoso, de sus amigas, en París o en Madrid, de lo maravilloso que eran los tiempos que antecedieron a la Primera Guerra.

Al final me dijo: "Bueno, déjeme los libros que trajo", uno de los cuales era, si no me equivoco, *Recuerdos de un cuarto de siglo* y el otro, *El subterráneo de los jesuitas...* "Yo lo llamo mañana". Así lo hizo, volviendo a insistir sobre sus habituales puntos de vista: "Con crónicas no se hacen libros; ellas mueren con el diario, en el día, y terminan como envoltorio de carne o pescado... Créame, todo eso no tiene sentido". "Bueno, respondí decepcionado, lo siento; si no hay nada que hacer...". Colgó y, antes que yo hiciera lo mismo, intervino doña Marta, que escuchaba nuestra conversación en otro teléfono: "No se preocupe, me dijo, ya verá que termino convenciéndolo". Y así fue. En la tarde Joaquín volvió a llamarme y me dijo: "Venga, le daremos el visto bueno" y continuó en forma muy caballerosa elogiando mi trabajo, agradeciendo mi interés por sus crónicas, evocando nuevamente el problema de la honestidad...

⁵ Afectado de hemiplejía de la que nunca se repuso, debió permanecer en cama varios meses.

⁶ Dolencia de la que padeció don Andrés Bello y algunos de sus descendientes.

⁷ Murió a los 67 años.

-¿Era, creo haber entendido, una caballerosidad un poco anticuada?

-Sí, sí, anticuada y muy pronta a ser abandonaba cuando algo lo contrariaba o creía percibir una mala intención. Bueno, Joaquín me sugirió que substituyera el nombre de *Subterráneo de los Jesuitas* por el de *Mitópolis*, pero Zig-Zag se opuso, arguyendo que con ese nombre no lo iba a comprar nadie; finalmente el escritor aceptó nuestra proposición inicial. Varios años después, en 1973, el libro fue publicado por Nascimento con el título propuesto por el autor. El que yo había elegido y que finalmente retuvimos, correspondía al de una de las crónicas de la recopilación, publicada por Edwards en *La Nación* en 1951. Este, a su vez, lo había tomado de un antiguo folletín de Ramón Pacheco titulado *El subterráneo de los jesuitas*. Respecto al otro libro, *Recuerdos de un cuarto de siglo*, que aún no había terminado de revisar, no puso mayores objeciones. Le gustó el título y aceptó su publicación.

Ese día me habló, en la misma forma nerviosa y dispersa que le era habitual, de los novelones de Pacheco, del asesinato de Santos Chocano y, lógicamente, de su Archivo. "Mire, me dijo, abriendo un sobre que contenía varias páginas arrancadas de libros. Yo no tengo una gran biblioteca, la he vendido varias veces en momentos de apremio. Después de todo, en cada libro no hay más de dos o tres páginas que valen la pena. Por eso, yo suelo arrancar esas páginas, guardarlas en el sobre que corresponde y botar el resto del libro".

-La colaboración entre Edwards, usted mismo y Zig-Zag se prolongó algunos años...

-Efectivamente. Yo hablé con Ostría Gutiérrez y le pregunté: "¿Cuántos tomos de crónicas aceptaría usted?" "Todos los que sea posible, me respondió; viniendo de Joaquín Edwards Bello...". Y así alcanzamos a editar unos seis a siete volúmenes. A fines del 68 se publicaron las *Crónicas del Centenario*. Nunca se vendieron más de dos mil ejemplares. Hablo de sus crónicas, no de sus novelas. No recuerdo que haya habido reediciones, y eso le molestaba mucho. Pero más que eso, le molestaban las erratas. Un día se irritó terriblemente conmigo por las que le pareció detectar en unas pruebas. Yo las había corregido, pero, bueno, él las veía y era una furia de perro apaleado. Entonces comenzó a recordar toda una lista de erratas. "Lo peor fue lo que me hizo el español Almendros en Orbe con *En el Viejo Almendral*. Fue una verdadera afrenta. Más de 160 errores de todo tipo... En vez de Quilpué habían puesto Quilipué, la palabra zafada la habían cambiado por frazada, los galopes se habían convertido en galpones...". Citó muchos otros casos, entre otros, uno referido a doña Sara del Campo que él había descrito como "una vieja jarifa de ojas negras", lo que el editor transformó en "una vieja jirafa de orejas negras". Otro ejemplo que recordaba fue el del "credo católico" que un linotipista transcribió como "el cerdo católico".

En otra ocasión se suscitó el problema de la portada de uno de sus libros. En ese tiempo yo no me metía en esas cosas, pero pronto comprendí que debía hacerlo. Por ahí encontraron una antigua foto de *Ercilla*, en la que Joaquín estaba con impermeable y la utilizaron como portada. El escritor se indignó: "Me sacaron esta fotografía

cuando no tenía mi actual placa y con la cual tengo la impresión de haber recuperado mis antiguos dientes... Mire, ahí aparezco con unos dientes de tiburón y con una papada tomada de mala fe por la gente de *Ercilla*. Deben haber sido esos del APRA... Luis Alberto Sánchez⁸, seguramente". A veces, a propósito de sus crónicas, abordábamos temas de historia. Un día cometí yo un terrible error. Le dije: "Hay gente que sostiene que Encina es un gran historiador, ¿cuál es su opinión?". Fue un desacierto de mi parte, pues yo ya sabía cuáles habían sido las reacciones de Joaquín respecto a algunas de las teorías de Encina, en particular en lo que toca a la ausencia de esclavos negros en Chile. "No fue por razones climáticas, dijo irritado, sino por razones de dinero. Aquí no había cómo pagar a los esclavos, en cambio el virreinato del Perú era rico. Sin contar que aquí se robaban la plata que llegaba del Perú. De allá llegaba el real situado a Concepción y en Concepción estaban los ladrones más grandes de la sociedad chilena". Y los citaba con nombre y apellido. "Mire usted la lista de ilustres de Concepción. ¡Ladrones todos! Son ellos los que se metían a los bolsillos el dinero proveniente del Perú". Y volviendo al tema de los negros: "Usted conoce el clima de Estados Unidos. Dígame si no es peor que el de Chile y ningún negro se muere por el clima, son resistentes... ¿Y usted cree que iban a venir a morir aquí donde el clima es mucho más clemente? Tonterías de Encina. Además Encina es un mentiroso y un simulador... Donoso⁹ tenía toda la razón"... Joaquín admiraba mucho a Donoso, que era otro demistificador. En cuanto a Encina, tuve posteriormente la oportunidad de corroborar las palabras de Edwards con Julio César Jobet¹⁰, mi ex profesor de historia, a quien yo quería mucho. Conversando con él le expresé una vez: "Leopoldo Castedo" admiraba la memoria y la lucidez de Encina... Decía que tenía muy pocos libros en su pieza, no obstante lo cual era capaz de disertar y de dictar largamente sobre la historia de nuestro país", a lo que Jobet respondió: "es que ya había aprendido todo eso de Gonzalo Bulnes, de Valdés Vergara, de Barros Arana, de los Amunátegui y de otros. El aprendía de memoria y luego repetía, sin mencionar sus fuentes".

Había momentos en que se quejaba de pobreza pero, a decir verdad, era una pobreza relativa. Marta siempre se preocupaba de tenerle comidas sabrosas; le gustaban mucho los espárragos con mayonesa y nunca le faltaban. Su residencia de la calle Santo Domingo era una casa más bien modesta, comparable con la pensión de un estudiante universitario de medianos recursos. Consideraba que era un milagro vivir y no comprendía cómo su mujer, con tan pocos medios, podía administrar todo eso. Ello no impedía que viajaran de vez en cuando a Viña, a jugar en el Casino o que fueran a almorzar a *La Bahía*, un restaurante al que la gente de mis recursos no tenía prácticamente acceso.

⁸ Intelectual peruano, ex director de la Universidad de San Marco y dirigente aprista. Exiliado en Chile, colaboró varios años en la revista *Ercilla*.

⁹ Ricardo Donoso (1896-1985). Profesor, historiador y escritor. Fue presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y director del Archivo Nacional. Autor de numerosas obras sobre la historia de Chile.

¹⁰ Julio César Jobet (1912-1981). Profesor de historia y geografía, ensayista e investigador. Autor de estudios sobre el movimiento obrero chileno y el desarrollo económico y social de Chile.

¹¹ Intelectual republicano español que llegó a Chile en el *Winnipeg*. Publicó, entre otras cosas, un compendio de la monumental *Historia de Chile* de Francisco Encina.

-¿Podemos retomar mi pregunta inicial?

-¿Por qué no publiqué más? Bueno, publiqué bastante en Nascimento y después ya no encontré editores interesados por el tema. Y sobre todo empecé con mi propia obra, la que me toma mucho tiempo. Actualmente estoy en conversaciones con la editorial RIL para editar una recopilación con las mejores crónicas que he publicado hasta ahora. Yo creo que la última buena recepción ocurrió hacia el año setenta y tantos, cuando Oscar Luis Molina dirigía las Ediciones Universitarias de Valparaíso... En realidad, no fui yo quien dio la espalda al cronista, sino que éste comenzó a perder vigencia.

-¿Cuáles son los rasgos de la personalidad del escritor que más le interesaron?

-La gracia para contar cosas; su evocación nostálgica del pasado; su forma de mezclar la Historia con la vida cotidiana, en lo cual se adelanta a los historiadores contemporáneos de las mentalidades; su ojo clínico para detectar el rasgo pintoresco, insólito, el que un payaso, por ejemplo, en un circo, se comiera a un pato que cantaba el *Danubio Azul* porque le robaba el espectáculo, lo que le servía de pretexto para meditar sobre la flaqueza de los seres humanos. Me asombraba, además, esa capacidad que tenía para decir ciertas verdades sin tapujos y sin temor de ser llevado a los tribunales; en tanto que en mi familia me habían enseñado todo lo contrario: "mira, oye y calla". Debo agregar que jamás detecté en él ese lado inglés del que hizo tanto alarde. Hablando de los ingleses, solía reproducir el estereotipo que se utiliza corrientemente para caracterizarlos: reservados, pragmáticos, no hablan de asuntos privados, practican el *self control*... No era precisamente su caso.

Y de ahí saltaba a un libro de Nietzsche; una obra anotada que me regaló; y a otro libro y a otro... hasta que me decía: "Bueno, por hoy es suficiente". Ahora bien, al llegar a la puerta, me detenía: "Le voy a contar..." y volvía sobre un nuevo asunto. Me maravillaba esa personalidad, tan diferente a todas las que había conocido. Como me agradaban algunos de sus grandes amigos; Camilo Mori, por ejemplo. Camilo era absolutamente distinto, era la paciencia misma; tenía la del italiano gracioso, era como un niño. En realidad, ambos eran viejos jóvenes y era eso lo que más me atraía; poseían esa espontaneidad, esa ausencia de convencionalismos propias de los muchachos. En tanto que los viejos que yo conocía eran viejos solemnes. Yo mismo había sido educado para ser solemne. Joaquín, Camilo y otros afines eran espontáneos, francos, divertidos, imprevisibles...

-¿Tenía preferencia por determinados temas?

-Le gustaban mucho los temas relacionados con la sociedad chilena, con el *fait divers*, pero tenía una debilidad por París y por sus vivencias de juventud en aquella capital. Tendía a pensar que llegando a París, se acababan todos los males; que allí sólo ocurrían cosas bellas, conmovedoras y perfectas. Para mí era un encanto que me hablara de todo eso, como de otras ciudades y de sus viajes. Todo lo cual lo iba completando con una serie de "pruebas" materiales que estaban a la

vista: "Esta maleta que usted está viendo la compré en París en tal fecha y anduve con ella en tal y tal lugar... Esta estatuilla la adquirí en Madrid..."

—Usted que lo conoció bien, ¿comparte la opinión según la cual Edwards Bello era un hombre de una cultura excepcional?

—Yo creo que había buceado en todos los temas, pero no era sistemático; y, de alguna manera, las relaciones con la cultura se establecen no sólo a través de las lecturas, las intuiciones, sino a través de un sistema coherente, de un método; y eso Edwards Bello no lo tenía. Por otra parte, tengo la impresión que, dada la celeridad de su mente, no era capaz de disciplinarse, vivía en constante ebullición. Se levantaba muy temprano en la mañana; no creo que durmiera mucho en la noche. A las cinco ya estaba despierto y seguramente comenzaba a elucubrar interiormente. Marta solía decirle: "piensas demasiado... en cualquier momento tu cabeza va a estallar". A él le encantaba contarle historias; historias que ella repetía después con más o menos exactitud y que él a veces corregía: "No, Marta, eso no sucedió en París, sino en Lisboa". Joaquín me decía que lo que le gustaba en ella era su autenticidad, su falta de sofisticación y otros atributos que, a su juicio, no eran corrientes entre la gente de la cultura o del mundo artístico. Pensaba que había en ella algo de ingenuo, de espontáneo que él apreciaba enormemente. Es fácil establecer una serie de vínculos entre la señora Marta y la *mama* de la infancia, esa Perpetua que lo persiguió durante toda su vida.

—Se ha dicho que Edwards era un hombre "huraño", "misántropo", "raro", "desconfiado", "susceptible". ¿Comparte usted estas apreciaciones?

—Todo eso y mucho más. Pero son rasgos que, sin duda, obedecían a ciertas causas que habría que buscar en su infancia o en determinadas experiencias que lo marcaron. Lo cierto es que siempre esperaba lo peor del ser humano. Simplificando un poco, podría decirse que tenía una percepción biológica de la sociedad. No creía en las ventajas de la educación, la que sólo servía, según él, para almacenar cosas en la memoria, pero que no ayudaba a vivir. Por eso le resultaba más auténtico y confiable el hombre del pueblo; porque se había formado en contacto con las realidades y no en los libros.

—¿Cómo sitúa usted a J.E.B. desde el punto de vista político y religioso?

—Edwards Bello fue alessandrista, radical y otras cosas, pero tenía un espíritu demasiado independiente para adscribir en forma permanente a una ideología o a un partido. Desde luego, no votaba porque no creía en el sufragio universal; además, a la idea de voto asociaba las de chanchullo, corrupción y mentira. A veces uno tenía la impresión que su vida se reducía a repertoriar y a denigrar los defectos nacionales. No sé si escribí alguna vez una historia que ocurrió en casa de su madre. Con motivo de su santo o de su cumpleaños, Edwards ofreció en Montolín¹²,

¹² La casa de la madre de J.E.B. estaba situada en la ex calle Montolín, en Providencia, donde se encuentra actualmente el Liceo N° 7 de Niñas.

una recepción a la que invitó a varios parientes y a algunas personalidades importantes, entre otras, a Alfonso Hernández Catá, escritor y diplomático español. Al parecer, el comportamiento observado por éste con algunos invitados fue bastante descortés, lo que, lógicamente, molestó a Edwards. En determinado momento, éste tomó la palabra y comenzó a declinar los defectos de Chile y de los chilenos en términos como éstos: "Este es un país barato que no tiene memoria; aquí todo es naípe marcado; es una nación de chulos y de poltrones; la gente es gárrula y sólo conversa de estupideces; el alcoholismo nos está matando..." Llevaba algunos minutos hablando así cuando Hernández Catá quiso aportar una perla abundando en el sentido en que lo hacía Joaquín. No había alcanzado a explayarse demasiado cuando el anfitrión lo interrumpió secamente: "Mire, señor, yo no acepto que meta sus narices en asuntos que no le son propios; éste es mi país y merece ser respetado. Mejor será que deje esta casa". Dicho de otra manera él se reconocía el derecho de decir de Chile lo que le viniera en gana, pero ese mismo derecho no se lo reconocía a una extranjero.

En lo religioso tenía una concepción que no difería mucho de la de su bisabuelo, don Andrés Bello. Don Andrés era un hombre más bien conservador, devoto del Cristo de Caracas, pero podía ser perfectamente laico en materias de derecho y no se preocupaba si sus ideas iban a molestar a tal o cual partido. Su visión de la política se aproximaba por momentos a la de Portales, pero la analogía llegaba hasta ahí. Bello no tenía, por ejemplo, la mala lengua de Portales; aunque existía otro elemento en el que coincidían: a ambos les gustaban las mujeres populares. Se sabe que don Andrés frecuentaba la quinta Lo Arrieta donde se desarrollaban especies de orgías sin alcohol con mujeres de pueblo...

Volviendo a don Joaquín, yo percibí que Dios le parecía algo lejano, abstracto, un poco como su padre; en tanto que la Virgen le resultaba más próxima y más "humana", algo así como la madre. La Virgen, la madre, la esposa, la nodriza: no hay duda que todos esos personajes estaban vinculados por elementos comunes. Recuerdo haberle visto algunos dibujos en los que aparecía la Virgen. El pensaba que ésta, por ser madre, por haber visto sufrir a su hijo, tenía cualidades de comprensión y ternura que no reconocía en ese Dios que da y quita, recompensa y castiga.

-A propósito de la madre, ¿le sucedía hacer comentarios con usted respecto a su familia?

-De las hermanas me habló. De los hermanos, sólo de Oscar. De las primeras decía que estaban hechas para Francia, no para Chile. Las veía como personas distinguidas que reunían las condiciones para integrar cualquiera sociedad europea y que poco tenían que hacer en este país algo primitivo. Se refería a ellas con mucho afecto. De la madre, en cambio, me habló poco... Aparentemente nunca superó la idea que su hijo era un hombre sin futuro porque botaba la plata. Y se lo decía. Él me contó una vez: "Me acusaba de ser un derrochador. No entendía que yo soy un artista". No recuerdo si escribí ese episodio en que la madre de Vicente Huidobro va a acusar a Joaquín a Montolín. Bueno, ocurrió que, un día, la madre del poeta, dama extraordinariamente católica, fue a ver a doña Ana Luisa y le dijo: "Tú te habrás dado cuenta que las juntas de Joaquín no son las más recomenda-

bles; que sale a remoler, toma, juega, etc. ¿Qué dirá Dios de todo esto?" A lo que la nieta de Bello respondió en forma terminante: "Mira, María Luisa, yo pienso que Dios debe tener mucho trabajo como para estar ocupándose de mi Joaquincito", con lo que dio por terminada la conversación. Tenía el hijo a quien salir. Ella le podía decir las peores cosas, pero si alguien lo atacaba, salía en defensa de su cachorro. Parece que ella entendió, aunque no de inmediato, que la compañía de Marta era beneficiosa para su hijo. Vivía recordando a su marido. Sufría de jaquecas y cuando eso le sucedía, se aislaba en su pieza; era mujer de encierros. En lo que respecta a su padre, Joaquín decía que nunca conoció realmente sus sentimientos; y lo resumía en dos palabras: "era inglés".

-¿Qué papel jugó el amor (y la mujer) en la vida de Edwards Bello?

-En la vida y en la obra, habría que agregar. Recuerde que la mujer tiene una presencia muy importante en la obra literaria de Joaquín. Ya se ha hablado de Perpetua, a la que no cesa de evocar. A ella habría que agregar la tía Florencia de su *Valparaíso*, mujer altanera y distante a quien llaman la Esmaltada, Teresa Ilurigorriaga, la protagonista de *La Chica del Crillón*, Lucía de *Criollos en París* y muchas otras. Cada una representa un tipo social diferente. Le atraen poderosamente las mujeres dominantes, con fuerte personalidad, tipo Quintrala, o doña Bárbara y, a otro nivel, Teresa Wilms o Adela Coucirat. Se interesó no sólo por la mujer chilena, sino por la latinoamericana en general, por la francesa; comparó a las francesas y a las españolas, disertó sobre las mujeres chinas "sonrientes y voluptuosas"...

A veces conversaba conmigo como un hombre habla con otro hombre; recordaba en voz alta, pero luego encubría... Evocaba historias con gitanas, con mujeres de París... y siempre tendía a considerar que cada compañera de la noche que le tocó en la Ciudad Luz era la Cavalieri¹³ o alguien por el estilo; maestras del amor y mujeres desinteresadas. En realidad, yo lo conocí en la época en que la mujer no era su principal centro de interés, lo que no lo privaba de contar algunas historias al respecto. Es posible también que la diferencia de edad que existía entre él y yo lo invitara a la reserva en estos aspectos. Hace poco las Ediciones Lom publicaron un libro de Tomás Lago¹⁴ en el que éste relata una conversación que mantuvieron en un restaurant de Santiago él, el poeta Juan Guzmán y Joaquín sobre el tema de las mujeres. Ello ocurrió en la primavera del año 41 y fue Edwards Bello quien trajo a colación el asunto y, como lo hacía a menudo, monopolizó la palabra. Se refirió principalmente al matriarcado chileno; culpó a las chilenas de hacer lo que quieren, de crear una imagen negativa del hombre (feo, peludo y hediondo) para valorizarse más y lucir mejor, subrayó su interés por lo inmediato y lo material, contrariamente al hombre que trabaja para el futuro; "las mujeres, decía, admiran al que tiene un puesto y gana un sueldo suculento".

¹³ Una de las grandes "divas" de la *Belle Époque*. Amante del duque Cirilo, admirada por D'Annunzio, Massenet y muchos otros, pocas mujeres han suscitado tantas pasiones y homenajes. Murió a los 73 años en 1944, totalmente olvidada. Cf. J. Edwards B., *Lina Cavalieri*, *La Nación*, 1944.

¹⁴ *Ojos y oídos cerca de Neruda*, Lom Ediciones, Santiago de Chile, 1999, 254 págs.

Además de Marta a la que, como vimos, profesaba afecto y reconocimiento, cabe mencionar a la española Ángeles Dupuy, su primera mujer, madre de sus dos hijos, a la que casi nunca se refiere, y a María Letelier, la destinataria de las cartas publicadas por Silva Castro en 1969 bajo el título *Epistolario Sentimental*. Se sabe que Joaquín estuvo muy enamorado de María, que le propuso casamiento, que ella no aceptó, pero que siguieron siendo grandes amigos. Marta pretendía que Joaquín continuó enamorado de María hasta sus últimos días, pero, aunque parezca contradictorio, contaba esta historia bastante curiosa. Ella había salido y, de vuelta a su casa, escucha que Joaquín está conversando con María en su dormitorio y le dice, más o menos, lo siguiente: "Mira María, yo te recuerdo con mucho cariño, pero ya ha transcurrido mucho tiempo de todo aquello; soy un hombre viejo y estoy casado con una mujer que me ha hecho completamente feliz; gracias a ella estoy en vida; ella me ha cuidado, gracias a ella mantengo este poco de salud que me queda. Lo nuestro forma parte del pasado. Tú guardas buenos recuerdos, yo también, pero todo eso quedó atrás. Hasta luego". Nunca supo Marta si esas palabras eran sinceras o si bien Joaquín comenzó a improvisarlas al escuchar que ella regresaba.

-A la muerte de Joaquín, Alone escribió en El Mercurio: "Y acaso ahora solamente, reducido a perpetuo silencio, empiece a aclararse el misterio de una de las personalidades más complejas, aunque parece difícil que alguna vez se llegue al fondo". ¿Qué comentario le inspira a usted esta afirmación, sobre todo en lo que se refiere a esa dimensión misteriosa del cronista?

-Es verdad que había algunas cosas de Joaquín que intrigaban a Alone. Varias veces el crítico, sabiendo que yo veía a Edwards, me preguntaba: ¿Todavía habla de esto o de lo otro? ¿Siempre es tan atractivo como cuando joven? ¿Es efectivo que no puede escribir? Pero sobre todo quería saber por qué y en qué momento rompió los vínculos con la sociedad chilena, los que, según Alone, hombre aristocratizante, debió haber mantenido. Me dijo una vez: "Hubo varios Edwards que no tenían una buena relación con la fortuna, sin que por ello hubieran abdicado de sus orígenes. ¿Qué pasó? ¿Por qué odiaba al Mercurio? No podía entenderlo. Creo, por otra parte, que cuando Alone hablaba de "misterio" se refería a algunas etapas precisas de la vida de Joaquín. Y a la relación con los hijos, que tampoco sabía interpretar. "¿Qué pasa con los hijos?", me preguntaba. Le resultaba igualmente incomprensible que hubiera contraído matrimonio con una mujer que no pertenecía a su mismo nivel social. No sé si el crítico y el cronista se entendieron siempre muy bien. Recuerdo que, una vez, Joaquín me dijo: "¿Sabe usted que Alone escribió en una de sus crónicas que yo tenía pestañas de bayadera?". Lo que le daba mucha risa.

-¿Piensa usted que deben tomarse en serio los juicios de J.E.B. a propósito de los chilenos?

-Creo que hay elementos rescatables. Viendo las cosas que suceden hoy en la calle, siempre me pongo, como dice el tango, "del lado del botón", cerca de un carabinero; cuando veo un tipo sospechoso, un desconocido que se me acerca,

me mantengo al acecho. Es una de las cosas que aprendí de él. Yo era muy confiado, él me enseñó la desconfianza, que es un buen mecanismo preventivo. Los diarios publican a cada momento historias policiales de hombres que ofrecen sus servicios para ayudarle a cambiar el neumático que usted encontró desinflado. Creo que es un tema para Joaquín. Por otra parte, lo del imbunchismo es una buena tesis. Me parece que ese afán destructivo del chileno visto a través de la imagen del imbunche se acerca bastante a la realidad. Es innegable, por otra parte, que en el terreno político, en el campo económico, emite juicios que son difícilmente sustentables. Pero sí creo que no andaba errado cuando adoptaba la línea más de los obreros que de los papeleros; o cuando reclamaba una moneda firme que se opusiera al "peso cogotero" o "patuleco", como decía, sometido a perpetua devaluación. Llamaba "guillotinas" a las máquinas de fabricar billetes haciendo disminuir los recursos de los chilenos, sobre todo de las capas más desfavorecidas. En economía, yo creo, una de cal y dos de arena. Sería interesante profundizar las tesis económicas de Edwards y relacionarlas con algunos sistemas estructurados. Otra cosa: odiaba la demagogia; por eso, a pesar de la admiración que le había profesado, le irritaba Arturo Alessandri. Usted recuerda el viaje que efectuó con él en tren el año 25 y sus comentarios respecto a las actitudes demagógicas del León. Admiraba, en cambio al hijo, a Jorge Alessandri, que le parecía encarnar la imagen del político serio y austero.

Y hablando de chilenos, recuerdo una historia increíble que me contó en una de nuestros encuentros. Se había topado en Santiago con un conocido y se habían puesto a charlar. En el transcurso de la conversación, el señor preguntó a Joaquín: "¿Sabe usted lo que ocurrió con el cerebro de José Santos Chocano? Bueno, después de su asesinato, su mujer lo llevó a su casa, me parece que en la calle Mac Iver, lo introdujo en una especie de pecera y lo colocó encima de un mueble bastante alto. Un día llegaron a verla dos escritores, uno chileno y otro latinoamericano cuyos nombres no citaré pues ambos están vivos, para expresarle sus condolencias. La dama les ofreció una copita de licor y, muy pronto, se retiró a su habitación, pues se sentía cansada. Se disculpó cortésmente, diciéndoles que "quedaban en su casa". Hizo una corta siesta y, al despertar, volvió al living donde había dejado a los visitantes. ¿Qué cree usted que pasó? Estos se habían ido sin dejar una gota de licor en la botella. Pero lo más insólito no fue eso, sino que se habían tomado, además, el alcohol en que la señora conservaba el cerebro de su difunto marido".

—Volvamos a su proverbial Archivo, a propósito del cual se ha escrito tanto.

—Usted sabe que Joaquín expresó que esa manía que él tenía de coleccionar, de clasificar, de acumular artículos podía ser objeto de una interpretación psicoanalítica... El Archivo era "el gran claustro" y el "claustro materno". Recuerdo que, cuando ingresaba a él, adoptaba una actitud algo solemne, semejante a la de un abad; y empezaba a compulsar sus papeles como si se tratara de un conjunto de secretos o de verdades sagradas. Para el lector inadvertido, no es un instrumento fácil de manejar. Las notas manuscritas que inscribía el autor en la cara de los sobres me parecen tanto o más importantes que el contenido de los mismos. El

problema es que hay que saber interpretarlas. ¿Qué sentido conferir a la palabra "gestor" que figura en el sobre dedicado a don Malaquías Concha?, ¿el que tiene que ver con "gestión" o el que dice relación con falta de principios y de escrúpulos? Se trata a menudo de señales crípticas, semejantes a las que existen en el desierto del Neguev y que sólo son transparentes (aunque no todas) para los especialistas. Sumergirse en el Archivo, tratar de comprenderlo, es una empresa de Champolion. Tengo, por otra parte, la impresión que se ha ido empobreciendo a consecuencia de una serie de subtracciones operadas por lectores deshonestos o inconscientes... En cuanto a las cartas que escribió o que recibió Joaquín, algunas, no muchas, están en la Biblioteca, en el Archivo del Escritor; pero la mayor parte está dispersa. Yo recuerdo haber visto, Joaquín me la mostró, la carta que le envió Tristán Tzara nombrándolo "embajador del Dada" en Chile. También me hizo ver correspondencia de Gómez de la Serna (en un papel muy particular), Valle Inclán, Blasco Ibáñez... ¿Qué se hicieron esas cartas? No lo sé.

—¿Socialmente, cómo percibe a Joaquín Edwards?

—Como un marginado o más bien como auto-marginado. Habría que precisar que este distanciamiento de su clase obedecía, más que a razones ideológicas, a razones psicológicas o personales que habría que profundizar. A juzgar por lo que afirma en varias ocasiones, sus viajes a Francia y sus contacto con otro tipo de mentalidad y de organización social fueron decisivos en su evolución y en su manera de percibir la sociedad chilena. Recordemos que *El Inútil* y *El Monstruo*, sus dos primeras novelas, las mismas que le enajenaron la simpatía de una parte de nuestras clases altas, son de 1910 y 1911, en circunstancias que Joaquín y su familia ya habían vivido en Europa, sobre todo en París, casi tres años, desde comienzos de 1904 hasta fines de 1906. Sus ideas sobre el clero no difieren demasiado de las que circulaban en la Francia anticlerical de aquella época.

Conviene, además, relativizar algunos juicios que tienden a oponer a Joaquín con su clase y parte de su familia. De los Edwards, particularmente de don Agustín, se expresó en forma despectiva, pero dijo también maravillas. Son numerosas las crónicas salidas de su pluma en las que rinde homenaje a personajes de nuestras clases altas. Se dolía de la condición de nuestros pobres, pero sus ideas económicas no diferían demasiado de las que profesa la tradición liberal de todo el Occidente. El pueblo le inspiraba ideas contradictorias en las que se mezclaban la admiración y el rechazo; admiraba la valentía del "roto", su capacidad de riesgo, su autenticidad, su simpatía natural; detestaba su desidia, su falta de constancia, su tendencia a la improvisación, etc.

En varias ocasiones hizo notar su vuelta al barrio pobre, venido a menos, dejado atrás por sus antiguos propietarios. Su tesis era la siguiente: llega un momento en que, para el caballero chileno, su barrio pierde dignidad y entonces comienza a moverse, a trasladarse hacia arriba, hacia el oriente de Santiago; detrás vienen los emigrantes, los extranjeros enriquecidos, que ocupan los lugares donde vivieron los primeros, pensando así ennoblecerse o, para usar un neologismo, "desiuticarse". Y van comprando y van acercándose, hasta que terminan compitiendo con las familias tradicionales. Le gustaba mucho un libro de Enrique Bunster

titulado *Un ángel para Chile* en que el autor imagina el momento en que un árabe, en el Club de la Unión, va a decir a un mozo: "A ver, Subercaseaux, tráigame un Yarur reservado".

Ahora bien, Joaquín no se desplaza, se queda en "el barrio pobre", porque era el que más concordaba con su situación económica, que era modesta; sólo que él elevaba esta conducta a categoría épica, sugiriendo que permanecía allí por devoción a la tradición, a su pasado. Venido a menos, el barrio presentaba algunos inconvenientes que el escritor toleraba difícilmente. Así, cuando algún chiquillo tocaba el timbre y arrancaba o cuando un vendedor ambulante golpeaba a su puerta para ofrecer alguna mercancía, se ponía fuera de sí. A pesar de eso, Joaquín quería su barrio, lo consideraba un especie de remanso en este Santiago cada vez más extenso y agitado.

—¿Qué es lo que más aprecia usted en las crónicas de Edwards Bello?

—Su encanto y su frescura permanentes; su agilidad para saltar de un tema a otro, que algunos entendieron como un proceso de disociación pero que es sólo la prueba de la velocidad con que pensaba y, al mismo tiempo, de su necesidad de unir los contrarios y de no dejar cabos sueltos. Joaquín fue uno de los primeros escritores en trabajar la novela de la ciudad. Podría trazarse un mapa, siguiendo las rutas diagonales o esquinadas de un Santiago que mantenía en su memoria; como de un París o de un Madrid que era capaz de revivir con una fidelidad extraordinaria, como si hubiera deseado detener el tiempo y el pasado... ese pasado que no cesaba de evocar con una nostalgia contagiosa. Como lo sugiere Juan de Luigi, el estudio de la obra de Edwards Bello resulta inagotable y yo lo siento de la misma manera, a pesar de todas las horas que le he dedicado. Me habría gustado profundizar en algunos temas específicos: su concepción de la sociedad chilena, sus puntos de vista sobre la política y la economía, sus divagaciones urbanísticas, sus años en París, sus relaciones con la pintura y el cine, etc. Pero tengo que completar una serie de trabajos en suspenso y no me queda tiempo.

Se me ha preguntado si Joaquín dejó discípulos o sobre la suerte que le reserva la posteridad. Pienso que dejó muchos deudos, aun cuando no todos confiesen la deuda. Yo mismo me considero uno de sus discípulos. El haberlo conocido, conversado con él, hizo cambiar mi forma de escribir y de mirar el mundo. A decir verdad, ya antes de haberlo tratado había recibido la influencia de sus crónicas. Todos quienes hemos escrito —hablo sobre todo de gente de mi generación— debemos algo a Joaquín Edwards Bello. Enseñó a pensar de otro modo, a escribir con claridad y sin afectación, a respetar a los lectores, todo lo cual es fundamental para que se instaure un verdadero diálogo entre el escritor y su destinatario. Respecto al segundo punto, el de su posteridad, yo creo que eso depende de aspectos coyunturales. La literatura chilena era leída porque, gracias a la intervención de Mariano Latorre, se introdujo en los programas de estudio de la enseñanza secundaria. Existió una época de oro en la que editoras como Nascimento o Zig-Zag hacían publicidad y lograban vender cantidades importantes de literatura nacional. Pero pasó ese tiempo. Un día le pregunté a uno de los Nacimiento por qué razón habían dejado de hacer publicidad. Su respuesta fue categórica: "porque la publicidad me

saldría más cara que una edición de 3.000 ejemplares". Luego vino el auge de la novela latinoamericana y los editores estimaron, seguramente con razón, que nuestros novelistas podían difícilmente competir con gente del nivel de Borges, Cortázar, García Márquez, Vargas Llosa, Rulfo, etc. A lo que habría que agregar el hecho de que, progresivamente, nuestros autores han ido desapareciendo de los programas de estudio. Como usted lo podrá constatar, el problema no es sólo de Edwards, sino también de novelistas como d'Halmar, Eduardo Barrios, Latorre, Pedro Prado y muchos otros. D'Halmar fue una figura que llenaba la ciudad de Santiago; hoy día nadie lo recuerda...

-¿Cómo vivió usted la muerte de Edwards Bello?

-Marta me llamó a *Ercilla* como a las diez, diez y media de la mañana, un día de febrero de 1968. Yo estaba escribiendo un artículo para la revista. Me pasan el teléfono y, sin demasiados rodeos, ella me dice: "Joaquín se mató". Aunque se trataba de un "suicidio anunciado", la noticia me conmovió muchísimo. Iba yo a partir a Santo Domingo¹⁵ cuando el director de la revista me detuvo: "No te vas sin antes haber escrito una crónica sobre la muerte de Joaquín". A mi alrededor bullían los comentarios. Rápidamente llegó la noticia: se había suicidado con un revolver Smith y Wesson que le había regalado su padre en París, poco antes de morir. "Para que te defiendas", le había dicho. Joaquín había aludido a ella en varias ocasiones; recordó, incluso, en una de sus crónicas, haber querido usarla en un viaje que hizo en tren a Valparaíso, al escuchar voces y pensar que el tren había sido asaltado por unos maleantes. Desistió de su proyecto cuando, repentinamente, se abre la puerta de su vagón y aparecen unos vendedores ambulantes ofreciendo "sándwiches y merengues, malta, bilz y pilsener"... Escribí rápidamente la crónica que me habían solicitado y que resultó, lógicamente, pasional, precipitada, bastante incoherente, muy de acuerdo con mi estado de ánimo de ese momento, y salí. No recuerdo si habían sacado el cuerpo cuando llegué a la casa del escritor. Saludé a la señora Marta, a algunos amigos, a Camilo Mori en particular quien, muy entristecido, me dijo. "Se me fue otro amigo, uno de los últimos... Compartimos Valparaíso, compartimos la amistad y una parte de nuestras vidas". La verdad es que Joaquín estaba agotado por su enfermedad y ya no quería vivir; lo que explica las constantes alusiones a su decisión de desaparecer. Algunos psiquiatras sostienen que el que amenaza con suicidarse no lleva nunca a ejecución su proyecto. La muerte de Joaquín demuestra que no se trata de una verdad general... Se planteó la cuestión del velatorio y del lugar en que se llevaría a cabo, pero pronto se supo que Eugenio González, entonces Rector de la Universidad de Chile, había puesto a disposición de la familia una pieza en la Casa Central, contigua a la Rectoría... De allí se le llevó al Cementerio General. El cortejo se detuvo en el diario *La Nación* donde había trabajado toda una vida y luego continuó... Allí estaban sus dos hijos cuya existencia uno había casi olvidado. En el Cementerio se le tributaron numerosos homenajes. En nombre de la Sociedad de Escritores de Chile lo despidió Francisco Coloane con un discurso muy sentido.

¹⁵ Joaquín vivía en la calle Santo Domingo, a muy poca distancia de la Plaza Brasil.

-¿Qué habría dicho Edwards Bello de haber escuchado esta entrevista?

-Es fácil imaginarlo. Que es impublicable; que no puede permitir que se mencione a la madre de Huidobro o a tal o cual persona; que se ha falsificado su imagen; que no quiere que se hable de él, pues no es sino un cadáver viviente; que todo esto no es sino una confabulación destinada a proyectar una imagen degradada de lo que es él; que ¡hasta cuándo! y que todo lo que él quiere es que lo dejen en paz.

AMÉRICA LATINA, MODERNIZACIÓN Y CRISIS OLIGÁRQUICA (1880-1930)

Patricio Quiroga Z.*

I EXORDIO

América Latina¹ es un lugar donde conviven simultáneamente profundas similitudes y agudas diferencias.

En efecto, el Perú mestizo entona una canción de regocijo que en alguna de sus estrofas, dice: "lindas montañas, hermosos valles, es mi Perú"...frases, que sin lugar a dudas se reflejan en lo que un autor chileno, refiriéndose a su entorno, calificó como una "loca geografía", porque América Latina es eso, un territorio donde se cruzan y rechazan la nieve eterna de la montaña boliviana, el sol abrazador del desierto chileno, la lujuria de la selva brasileña y la violencia de los volcanes colombianos. Continente en donde conviven la música vernácula de la macumba haitiana y el ruido acompasado del timbal hondureño con el tango argentino, el joropo mexicano y el bolero internacional. Territorio en que conviven cholos, campesinos, indios, "niseis", negros, blancos, donde se mezclan lo humano y lo divino, la virgen de Andacollo y el vudú, el huahuanco de los cubanos y la virgen de Suyapa de los hondureños. Lo sagrado y lo profano se unen en el canto a Macchu Pichu de Pablo Neruda, en los ríos profundos de José María Arguedas, en la soledad de cien años de García Márquez, en el dolor de Miguel Ángel Asturias y en el desenfado de Jorge Amado y Gabriela, del clavo y la canela. En fin, en lo señorial de Chabuca Granda, tan agradecida de la vida como la Violeta popular chilena, se forma la Patria Grande.

En este artículo serán realzadas las similitudes por sobre las diferencias para lo cual emplearemos las siguientes opciones teórico-metodológicas, a saber: la teoría crítica, el entendimiento de la historia como proceso, el empleo de la historia comparada del desarrollo y la eliminación del ideal clásico (positivista) de la objetividad científica impulsando —en cambio— una crítica a la actividad analítica no-exenta de valores²; utillaje intelectual que permite, luego de la exploración correspon-

* Universidad de Valparaíso.

¹ Miguel Rojas Mix, "Reflexiones sobre América en la España de los 98", *Casa de las Américas*, N° 211, La Habana, 1998, págs. 84-88.

² Para teoría crítica consúltese, Goran Therborn, "El pensamiento crítico del siglo xx", *Encuentro* xx, N° 17, Santiago, 2000; Sobre la historia como proceso, Erich Hobsbawm, *Sobre la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1988; sobre historia comparada y desarrollo, Walther Eckermann, *Einführung in das Studium der Geschichte*, Berlín, Editorial VEB, 1979, y, David, S. Landes, *Riqueza E A Pobreza Das Nações*, Campus, 1998, y, Juan Sourrovido, La organización de la información para la evaluación del desarrollo, *Cuadernos de la CEPAL*, Santiago, 1970; sobre valores, Juan Delgado y Juan Gutiérrez, *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en Ciencias Sociales*, Madrid, 1998, tomo II.

diente, sustentar la tesis de que la región se caracteriza por la pervivencia de ciclos de desarrollo y expansión que hasta ahora siempre han terminado en crisis globales, no constituyendo una excepción la crisis terminal de la década del treinta, sino muy por el contrario, el inicio de un ciclo de crisis que aflora de tanto en tanto, peligro del cual América Latina no se ha liberado, debiéndose buscar en la historia sus razones estructurales. Finalmente, un último exordio metodológico para deslizar una opinión sobre los límites temporales del dominio oligárquico, porque como señala el chileno J. Chonchol, los historiadores aún no logran consenso respecto de sus límites, puesto que para unos este comienza con la expansión económica experimentada entre 1850 y 1880³, en tanto para los autores de "La formación del Uruguay moderno", la fase se inicia hacia 1880 con el arrinconamiento de los caudillos⁴, problema histórico en que también toma parte el peruano Yepes del Castillo quién afirma que la década de "oro" de la clase dominante peruana va de 1890 hasta fines de los veinte⁵, discusión en la que su compatriota H. Bonilla entró a tallar afirmando enfáticamente que, en 1895, "en medio de polvorientas calles limeñas y de cientos de cadáveres, Nicolás de Piérola empezó la construcción de la república oligárquica"⁶.

II PREDOMINIO Y DECLIVE

Ahora bien, independientemente del momento en que irredargüiblemente pueda fecharse el predominio oligárquico, lo concreto es que como todo proceso histórico su aparición tiene un antecedente, una prehistoria, iniciada con la activación del comercio exterior experimentada entre 1850-1880, fenómeno que dio lugar a la expansión del grupo dominante hacia el interior con la consiguiente eliminación de las poblaciones indígenas en lo que eufemísticamente se denominó como "conquista del desierto" en Argentina⁷ y "pacificación de la Araucanía" en Chile. Drama a los que se agregaron el posicionamiento del latifundio de la Iglesia, especialmente en México⁸ y Colombia⁹, la presión violenta sobre las comunidades, especialmente donde existía agua y la coacción extra-económica, es decir la explotación sin dios ni ley, con el objeto de lograr un mayor ingreso con un desembolso mínimo para el hacendado. Evolución que desde el punto de vista de factor externo, como indica M. Carmagnani¹⁰, coincidió con la expansión del capital inglés hacia la región, encontrando que los grupos dominantes de cada país ejercían un control absoluto de los recursos naturales y de la mano de obra, de

³ Jacques Chonchol, *Sistemas agrarios en América Latina*, F.C.E., México, 1996.

⁴ Leslie Bethell (Ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Crítica, 1992, tomo 10, pág. 118.

⁵ Ernesto Yepes del Castillo, *Nueva historia general del Perú*, Lima, Ed. Mosca Azul, 1979, págs. 137-159.

⁶ Heraclio Bonilla, *Nueva historia general del Perú*, Lima, Ed. Mosca Azul, 1979, pág. 123-135.

⁷ Romain Gaignard, *La pampa Argentina*, Buenos Aires, Ed. Solar, 1989.

⁸ Fernando Rosenzweig, "La evolución económica de México 1870-1940", *El Trimestre Económico* N° 221, F.C.E., México, 1989.

⁹ Javier Ocampo, *Historia básica de Colombia*. Plaza & Janes, Colombia, 1984.

¹⁰ Marcelo Carmagnani, *América Latina de 1880 a nuestros días*, Barcelona, Ed. Oikos-Sup, 1985.

manera que el capital británico sólo tuvo la opción del apoyo en calidad de capital asociado, aportando la introducción de nueva tecnología, nuevas formas de comercialización y una nueva racionalidad (liberalismo), contribuyendo a una progresiva adaptación de la economía latinoamericana a las exigencias del desarrollo de Inglaterra. Contexto en que la función de los caudillos locales consistió en jugar un rol de intermediación en la pugna intra-oligárquica, acercándose inexorablemente su fin en la misma medida en que iban apareciendo grupos institucionalizadores que dieron lugar a nuevas Constituciones o constelaciones de poder legitimadores de un poder político basado en sistemas electorales censatarios.

Entonces, desde su misma génesis (hasta su declive) el predominio de la oligarquía se constituyó en la fuente de los conflictos y desequilibrios que pasaron a constituir parte de la cultura latinoamericana, tensiones y conflictos profundizados con la transición del caudillismo a la modernización, alrededor de los años ochenta del siglo XIX, ocasión en que se instaló en el poder la que fue la nueva fuerza dirigente en la región, la oligarquía, catapultada a ese rol por efecto de los cambios operados internacionalmente, en circunstancias que las potencias europeas, especialmente Inglaterra, estaban experimentando una mayor demanda de alimentos, materias primas y mercados, por el efecto combinado de la segunda revolución industrial, la expansión colonial y el aumento demográfico de la población¹¹, expansión que tenía una limitante para las intenciones europeas, porque la región desde 1824 se había independizado del dominio colonial español, fundándose una serie de repúblicas independientes, de manera que la forma de intervención colonial fue a través de la inversión económica y del estrechamiento de vínculos con la élite dominante, a diferencia —por ejemplo— de la expansión colonial en África¹²; lo que explica que entre 1880 y 1890 se inyectaran capitales por un monto cercano a los 1.000 millones de libras esterlinas¹³, factor multiplicador por diez de las exportaciones e importaciones y hecho de enorme importancia, porque en lo sucesivo, la modernización quedó ligada a un mercado primario exportador y a la dependencia de la oligarquía del poder económico europeo.

Hacia fines del siglo XIX en todo el continente la oligarquía capturó el poder a través de distintos procesos: la guerra civil (Chile, 1891), la guerra externa (Bolivia, 1880), el conflicto entre liberales y conservadores (Colombia), la invasión (Puerto Rico, 1898), imponiéndose por doquier el Estado-capturado, de manera que el concepto oligarquía designó un modo de ejercicio de la dominación política por un grupo minoritario perteneciente a clases sociales que detentaron —además— el poder económico social y cultural, constituyéndose una forma de dominación propia de la región, caracterizada en el nivel de la política, por la existencia de una base social angosta que practicó el reclutamiento cerrado para las funciones de gobierno en función de valores personales y grupales, ejerciendo exclusión y/o represión sobre la disidencia, ejercicio que condujo a un caso raro históricamente como es la absoluta concentración y centralización del poder en una élite caracte-

¹¹ Erich Hobsbawm, *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, México, Ed. Siglo XXI, 1970.

¹² Henrich Loht, *Geschichte Afrikas*, Berlin Ed. Dietz Verlag, Berlin, tomo III, 1978.

¹³ Marcelo Carmagnani, *op. cit.*, pág. 15.

rizada por una práctica autoritaria, paternalismo y verticalismo, expresado en la limitación del sufragio público sobre la base de una suerte de "autopercepción" sublimizada del rol de la élite reunida en un bloque histórico nacional¹⁴.

En forma simultánea a la constitución del Estado-capturado se constituyó un modelo económico exportador y desde Argentina partió la carne al mercado mundial, lo mismo sucedió con el café colombiano, el estaño boliviano, el salitre chileno, etc. La región pasó a caracterizarse por la exportación de materias primas para su industrialización en las metrópolis, de esa manera, las naciones latinoamericanas se transformaron en países dependientes, semicolonias, como es el caso de Puerto Rico donde los intereses azucareros (1930) dispusieron de 200.000 acres, el 44% del área cultivable de la isla. Así el principio del monocultivo del "rey azúcar" quedó sentado. La propagación de la revolución industrial desde Europa hacia América Latina aceleró la formación de un sistema económico mundial que influenciado por el liberalismo impulsó a escala latinoamericana la formación del modelo económico de carácter primario exportador¹⁵. La necesidad de productos alimenticios y materias primas para una Europa en expansión repercutió fuertemente en la modernización latinoamericana porque la política exportadora requirió de una amplia red de exportadores, inversiones en infraestructura (transportes, puertos, vías férreas), comunicaciones (telégrafo, periódicos), mejoramiento tecnológico y mano de obra especializada, obligando a los países del área a elegir los productos a exportar. América Latina se vio obligada a modernizarse, por ejemplo Cuba pasó de una economía de subsistencia a un sistema de explotación del tipo plantación mediante el capital extranjero, en este caso especialmente norteamericano. Argentina requirió modernizar su infraestructura con la construcción de almacenes y frigoríficos para almacenar sus productos y de puertos y caminos internos para moverlos y sacarlos al exterior y Chile debió ganarle al desierto las trochas por donde sus ferrocarriles transportaron el "oro blanco". Fue una etapa de prosperidad.

Pero, la prosperidad no fue para todos. No lo fue para las comunidades indígenas que fueron expropiadas o arrinconadas en las altas cumbres de las sierras¹⁶, tampoco para los miles de indígenas que fueron enganchados, capturados o sometidos a levas forzosas para incorporarlos por medio de coacción extraeconómica a la producción de caucho, allí donde cualquier mínimo descuido terminaba con la ceguera del infeliz que manipulaba la candente bola, páramos donde iban a estrellarse los sueños del Huazipungo; en el extremo austral chileno la cosa no fue mejor, porque en tierra de nieves, frío y enormes extensiones para apacentar la oveja, la formación de las estancias ganaderas corrió a parejas con la destrucción de los naturales, llegando a acuñarse la estremecedora frase... "el mejor indio, es el indio muerto" ...allí los Brown y los Menéndez pagaban por cada oreja de un indio eliminado mientras tomaban mate en el Club de la Unión de Buenos Aires. La

¹⁴ Ansaldi, Waldo, "América Latina, planteos, problemas, preguntas", *Frívola y Casquivana, mano de hierro en guante de seda*, México, 1989.

¹⁵ Osvaldo Sunkel, Octavio Paz, *El subdesarrollo latinoamericano*, México, Ed., F.C.E., 1970.

¹⁶ Manuel Burga, *De la encomienda a la hacienda capitalista*, Lima, Perú, Instituto de Estudios Peruanos, 1976.

cosa tampoco fue mejor para los trabajadores chilenos, peruanos y bolivianos que le ganaron el caliche al tórrido desierto donde fueron sometidos a lo que los sociólogos denominan como el disciplinamiento de la mano de obra, esto es, azotes y golpes, reservando para los insumisos el "pulguero", es decir el encierro, luego de la paliza de rigor, en una pequeña caja bajo el sol inclemente... padecimiento aumentado por la presencia de un saco infestado con pulgas sobre el cual debía sentarse el sentenciado. En realidad la prosperidad no fue para todos, algunos ni siquiera estaban contemplados como ciudadanos, como es el caso de Colombia o Perú donde los indígenas no tenían cabida en la Constitución.

El Estado-capturado se sustentó en la coerción, es decir en la fuerza pura, operando por doquier una milicia que al decir del guatemalteco, Manuel Galich, se convirtió en el "brazo masacrador" del Estado oligárquico, por la sencilla razón que la oligarquía requirió de un ejército profesional para preservar las fronteras nacionales, liquidar a los caudillos, expandirse internamente y mantener a raya al movimiento popular; al respecto debe tenerse en cuenta que las policías eran, en su mayoría, rurales o bien simplemente no existían, como es el caso chileno, donde fue fundada en 1927, de manera que desde fines del siglo XIX no fue rara la presencia de altos oficiales germanos como Emil Körner (Chile), o Albert von Sydow (Argentina). Tampoco fue extraño enterarse que entre 1907 y 1914 Bolivia enviaba oficiales a la "Reichwehr", originándose lo que J. Schaefer calificó como la "germanización de los ejércitos del ACB"¹⁷. Pero, no fue todo, porque los procesos de prusianización impulsaron profundas transformaciones técnicas e ideológicas que se expandieron a través del envío de oficiales a las escuelas chilenas desde Paraguay, Ecuador, El Salvador, Nicaragua, Colombia, Venezuela... en fin como destaca F. Fischer, "hasta 1914 Chile mandó misiones militares a 8 países latinoamericanos y recibió oficiales de 11"¹⁸. En otras palabras, la oligarquía expandió un modelo que a través de lo militar conectó el espíritu de los hacendados latinoamericanos con el de la oficialidad feudal de proveniencia "Junker", contribuyendo a hegemonizar de esa forma el acendrado espíritu autoritario del grupo dominante de la región.

La presencia de las principales potencias europeas, Inglaterra, Francia y Alemania, en orden precedente, volcó a las oligarquías a empeñarse en el desarrollo interno produciéndose un período de paz bastante prolongado, aunque no debe pensarse que había llegado la democracia, por el contrario, en Uruguay, como ya hemos señalado, "bajo el militarismo se consolidó la paz interna que eliminó temporalmente la anarquía de los caudillos"¹⁹, ejemplo que también calza para la Argentina del general Roca²⁰. Paz que permitió que las pugnas intra-oligárquicas fueran debatidas en las "tertulias" de la época, esto es en el Jockey Club de Buenos Aires o el Club de la Unión de Santiago, palacios en cuyos muelles salones se fraguaron los acuerdos que designaron a los presidentes de ese período. Pero, el

¹⁷ Jurgen Schaefer, *Deutsche Militärhilfe an Südamerika*, Düsseldorf, Bertelsmann, Universitätsverlag, 1974, pág. 174.

¹⁸ Ferenc Fischer, *El modelo militar prusiano y las fuerzas armadas de Chile, 1885-1945*, Pécs, Hungría, University Press, 1999, pág., 121 y ss.

¹⁹ Leslie Bethell, *op. cit.*, pág. 122.

²⁰ *Op. cit.*, págs. 41, y ss.

florecimiento y la tranquilidad eran un débil espejismo porque descansaba en el supuesto, "de que el incremento de las exportaciones fuese más rápido que el incremento de la población, y que el flujo de nuevos capitales, y por consiguiente de nuevas inversiones extranjeras, fuese directamente proporcional al aumento del déficit de la balanza de pagos"²¹. En esa esperanza se mantuvieron las oligarquías y no diversificaron la producción; en otras palabras, hipotecaron el futuro al carecer de proyectos de desarrollo nacional... por eso, cuando llegó la primera guerra mundial se desmoronó un sistema que había insistido en la misma fórmula por más de un tercio de siglo. Por eso, la reducción del volumen de las exportaciones y de las inversiones europeas dejó al desnudo la dependencia del exterior, y la falta de mercados internos, precipitando la reducción en toda la región de la renta nacional y por supuesto la protesta popular, especialmente del movimiento obrero, cuyos niveles de vida doblaron la curva de la pauperización. De manera que sin temor a equivocarnos podríamos afirmar enfáticamente que en el desequilibrio económico residen la "cuestión social" y el conflicto político.

El conflicto social fue inevitable e irreconciliable porque ante la protesta popular derivada por las condiciones de vida la oligarquía acudió a la represión abierta. La relación trabajo asalariado/capital, la dependencia externa y una cultura autoritaria e intolerante hicieron imposible el diálogo, obligando al movimiento popular a la denuncia y a organizarse para luchar por sus intereses naciendo así la Federación Obrero Regional Argentina (1901), la Unión General de Trabajadores (Perú, 1902), el Partido Obrero Socialista (Cuba, 1904) y otras tantas organizaciones en que se expresaron los intereses de anarquistas y socialistas, de campesinos en proceso de proletarización, de inmigrantes y obreros de la región, a los que se agregaron las denuncias provenientes del mundo mesocrático, como es el caso de Julio Valdés Canje, seudónimo del profesor chileno Alejandro Venegas, quién inició la corrosiva crítica de su sociedad en el año del centenario (1910), con la denuncia de las miserables condiciones de vida a que estaba sometida la gran mayoría de los chilenos; por su parte Luis E. Recabarren, organizaba febrilmente al movimiento obrero, sobre el cual cayó en múltiples oportunidades la represión. Nada nuevo bajo el sol, porque en Ecuador el 15 de noviembre de 1922 ante la huelga general decretada por la Confederación Obrera de Guayas... "Salieron los batallones. Las masas fueron rodeadas, y los soldados realizaron una espantosa carnicería en las calles, en las plazas y dentro de casas y almacenes... Luego en la noche, numerosos camiones y carretas se dedicaron a recoger los cadáveres y echarlos en la ría"²². Así fue dándose el martirologio de la clase obrera²³ latinoamericana, la cual empeñada en mejorar sus condiciones de vida y de cambiar el mundo se empeñó en una profunda polémica, cuyo más importante expresión fue la polémica José C. Mariátegui/Víctor R. Haya de la Torre.

Pero la triste situación del mundo popular no sólo no interesaba, aún más ponía en peligro un género de vida. Culturalmente la oligarquía regional generó

²¹ Marcelo Carmagnani, *op. cit.*, pág. 16.

²² Oscar Efrén Reyes, *Los últimos siete años*, Quito, Tallares Gráficos Nacionales, 1933, pág. 729.

²³ Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Segunda Edición, México, Ed. Nueva Imagen, 1984, tomo I.

patrones extranjerizantes de vida. El ocio conspicuo, los placeres mundanos se impusieron por doquier. El ejemplo hedonista de la bella época se impuso en el afrancesamiento de los palacios de la elite en Santiago de Chile. A Manaos, cuna del "oro negro", originado por la explotación del caucho, llegaron filarmónicas europeas, la oligarquía centroamericana comenzó a enviar a sus hijos a estudiar a los Estados Unidos de Norteamérica y Cuba se convirtió lenta e inexorablemente en una región de juego y placer. La mentalidad estaba determinada por el máximo de ganancia. Al Estado solo correspondía mantener sistemas portuarios, una cierta administración y una buena milicia para defender los enclaves productivos... no había preocupación por el desempleo, problema acuciante con sindicatos débiles, donde los salarios tenían flexibilidad hacia abajo por dos razones estructurales, la mantención de la sobretasa de ganancia asegurada -además- por la existencia de un ejército popular de reserva, razón de la aguda diferenciación entre elite y bajo pueblo, resultando para unos el salón de la tertulia. Para otros la chingana, el chicherío o la pulpería.

En efecto, el año 1899, el refinado público bonaerense tenía oportunidad de presenciar la trilogía wagneriana y transportados por las walkirias y el nibelungo, elegantes jóvenes presenciaban las suntuosas y patéticas escenas ataviados con elegantes y lujosos frac (ellos) y suaves y elegantes "manteau" (ellas). Era la elite que constituía el público del antiguo Teatro Colón, una elite culta e ilustrada, propietaria de una gran erudición musical, para quienes la ópera, la opereta y la zarzuela constituían un acontecimiento social... y es que el "bel canto" y la ópera italiana eran privilegio de lo más selecto de la clase dominante, los interlocutores de la última conferencia que el mismísimo Anatole France pronunció en Buenos Aires en 1909, interlocutores que se calificaban a sí mismos como miembros de la *high-life*. En la otra acera, entre 1880 y 1890, proliferó el circo, el lugar de un público vinculado a los sectores populares, lugar de la risa fácil y del equilibrio de los saltimbanquis, esparcimiento considerado por la elite como algo grosero en oposición al género lírico realzado como la metáfora del buen gusto. No era para menos, porque entre las tabletas de chocolate, las cajas de dulces y los tubos de pastillas, que el payaso se encargaba de repartir entre el público infantil, pululaban el clown político y el payaso serio batiendo la imaginación con la recurrencia erótica, señalando bien a las claras como gustaban aquellas mujeres esculturales, metidas en ajustados encajes y trajes de lentejuelas, en abierta oposición al ideal de la delgadez, la sobriedad y la romántica palidez de la mujer bien²⁴...

Las sociedades de la época encontraron sus límites en la desidia de las oligarquías que satisfechas con la cuota de ganancia no realizaron inversiones tecnológicas y dieron un uso secundario a los recursos internos, condenando al abandono la tierra, privando con ello de alimentos a la población, por eso cuando llegó la crisis de 1913-1914 tomó los dramáticos ribetes que excedieron la mera crisis económica. En efecto, las secuelas de la primera guerra mundial no se hicieron esperar al cerrarse los mercados compradores, crediticios y abastecedores de manufactura,

²⁴ Fernando Devoto, Marta Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Taurus Ediciones, tomo I, 1999.

situación remontada sólo parcialmente con la recuperación de la economía internacional a mediados de los años veinte. Pero, el colapso era irreversible y como aduce vehemente J. A. Ramos, "los antiguos peones de estancias, fundos o chacras derivan hacia las nuevas fábricas"²⁵, y mientras el librecambismo colapsa por el bloqueo marítimo, nuestra América comenzaba a despertar de un largo sueño en el que jugaron un importante rol las repercusiones de las revoluciones escenificadas en México y Rusia... así, al son del "cielito lindo" comenzó a cabalgar Lenin por América Latina, despuntando una oleada de movimientos antioligárquicos como la reforma universitaria (Córdova, 1918), la fundación de partidos de contra-poder y la aparición de nuevas formas de entendimiento de nuestra realidad, apareciendo o madurando, lenta y progresivamente, el pensamiento socialista, el social cristianismo y diversas tipologías de nacionalismo, que a partir de esos momentos entraron a disputar espacios a liberales y conservadores.

Hechos que también llamaron la atención de numerosos bardos reflejando como afirma J. Matos, que en América Latina "la cultura y el pensamiento evolucionan paralelamente a su proceso histórico"²⁶. En efecto, ante la crisis apareció un primer acercamiento a la toma de consciencia de lo latinoamericano, constituyéndose lo que Tzvetan Todorov denomina como ese "otro", es decir la singularidad, el camino hacia la identidad, proceso en que en nuestro caso coincidieron dos oleadas de escritores que abrieron paso al reconocimiento del sí-mismos de los latinoamericanos, partiendo por los modernistas, que aunque influenciados por la herencia positivista del realismo y el simbolismo francés, proclamaron la idea de americanidad, asumiendo con ella un compromiso vital. Son los casos, especialmente, del cubano J. Martí, del nicaragüense Rubén Darío, del mexicano Amado Nervo, del colombiano José Asunción Silva y tantos otros, que rompiendo con su propia prosapia social levantaron la pluma para levantar el muro diferenciador. Toda una generación que preparó el camino a poetas que, como Vicente Huidobro, proclamaron la autonomía del hecho poético, presintieron el colapso de su mundo, como es el caso de César Vallejo, e iniciaron el retorno a los orígenes con Neruda. Pléyade que coincidió, reafirmando la "doble ruptura" (con la oligarquía y lo europeizante), con la ola novelística de autores a quienes la crisis incitó a transitar por los interiores silenciados de la América Latina, confeccionando lo que Augusto Roa Bastos denominó como el "inventario" de la realidad²⁷, cristalizada en una idea de latinoamérica inaugurada por Mariano Azuela con *Los de abajo* (1916) y continuada por *La Vorágine* de José E. Rivera (1924), *Doña Bárbara* de Rómulo Gallegos (1935) y *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría. Producción cuyo mérito fue incorporar a las letras el interior de nuestras naciones, mostrando selvas, llanos y montañas y la vocación para cuestionar la legitimación de las estructuras de poder.

²⁵ Jorge A. Ramos, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1968, pág. 396.

²⁶ José Matos Mar. "Cultura y pensamiento en América Latina", *Identidad Cultural en América Latina*, Número especial, UNESCO, París, 1986, pág. 48.

²⁷ Augusto Roa Bastos, *Imaginación y perspectivas en la literatura latinoamericana*, Temas N° 2, Montevideo, 1965.

Estructuras que colapsaron inevitablemente con el impacto de la crisis de 1929, circunstancia que acarreó la caída de los precios, por ejemplo el estaño boliviano disminuyó entre 1929-1932 en un 30%, en tanto que los precios de los granos, la lana, el cobre, la carne, el azúcar y el petróleo bajaron entre un 30% y un 50%, afectando a las economías de Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela, Brasil y México... y si otros países no se vieron tan afectados por la brutal fluctuación, como fue el caso de Nicaragua, fue porque la mayor parte de la población estaba sumida en las labores propias de una economía de subsistencia de naturaleza familiar²⁸. La crisis fue desbastadora para una América Latina cuyas exportaciones bajaron desde 1929 a 1939 de 2.900 millones de dólares a 1.700 millones, fenómeno al que se agregó las bajas de las importaciones que en igual período descendieron de 2.400 millones a 1.500 millones, desbalanceando la balanza de pagos. Pero, no fue todo porque a esta catástrofe se agregó la falta de crédito internacional, la baja de las reservas de los bancos en un 46% y el estancamiento de una tímida industrialización consistente en bienes de consumo corriente, irrumpiendo la cesantía (35%) y dos fenómenos que desde allí acompañaron largamente la economía regional como fueron la inflación y el servicio de la deuda externa.

En lo político, la crisis trajo para las naciones latinoamericanas una gran inestabilidad²⁹. En ningún país pudieron mantenerse en el poder los jefes de Estado. Uno tras otro fueron defenestrados. Las formas variaron desde la renuncia (Chile), pasando por el golpe de Estado (Argentina) y el cuartelazo (Perú), hasta la imposición de dictaduras en países invadidos militarmente por los Estados Unidos (Nicaragua, República Dominicana). La inestabilidad del sistema político fue una derivación de la desarticulación del sistema económico y del impacto que tuvo sobre la estructura social, por cuanto la elite perdió su fuente de poder basada en la exportación primaria, generándose como contrapartida la contra respuesta popular y mesocrática. De esa manera, mientras sobre el "roto" (chileno), el "cholo" (peruano) y el "cuico" (boliviano) se trasladaba el peso de la crisis, pijes, gamonales y la rosca intentaban remediar su situación a través de préstamos, pasando de la dependencia monoprodutiva-exportadora a la dependencia de las finanzas, agravándose la crisis, profundizada ahora por el crecimiento demográfico. Pero, pese al conflicto y el descrédito la oligarquía tuvo capacidad para subsistir al transitar desde constituir una clase de propietarios agrícolas, mineros y comerciantes a una de banqueros, asociada al capital foráneo... preparándose ahora para convertirse en burguesía industrial.

El colapso del modelo primario exportador y el cierre de los mercados externos, se constituyó en un verdadero acicate para experimentar vías de salida a la crisis, marco en que algunos gobiernos comenzaron a implementar una nueva experiencia. En varios de ellos el Estado comenzó a orientar el ritmo de la producción y la comercialización, fijó precios y compró cosechas. En suma, asumió una empresa costosa, porque, además, reformó la política monetaria y cambiaria, para luego dar el inicio al proceso de industrialización por la vía de la sustitución de

²⁸ Edelberto Torres Rivas, *América Latina en los años treinta*, México, UNAM, 1977, pág. 89.

²⁹ Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, Cambridge University Press/Ed. Crítica, 1997, tomo 10.

importaciones o de desarrollo hacia adentro³⁰. América Latina había aprendido la lección: debía modernizar el capitalismo. De manera que la nueva oleada modernizadora condujo a la aparición del capitalismo de Estado, fundamento de lo que más tarde va a ser denominado como Estado benefactor o asistencial. Pero, lamentablemente algunos países quedaron fuera de carrera por algunos años lo que acentuó el desarrollo desigual, Venezuela y Perú se integraron tardíamente al proceso de industrialización por la situación de crisis interna, Centro América por el retraso secular de una oligarquía asociada, Bolivia y Paraguay debilitados por la guerra del Chaco. En fin, el desplazamiento fortaleció al Estado, independientemente de los modelos políticos en que se embarcó una oligarquía en transición y limitada en sus prerrogativas por la irrupción de nuevos grupos sociales, enfras-cándose por un par de décadas en una aguda confrontación entre tres modelos de evolución; a saber: el modelo inspirado en la dictadura militar (Argentina, El Salvador), el populismo (Brasil, México), y la vía con democracia (limitada) de elecciones (Chile).

III PALABRAS FINALES

Cada cierto tiempo nostálgicos historiadores, prendidos del relicario del tiempo pasado, evocan una supuesta época de oro... pero, todo depende del cristal con que se haga la retrospectiva, porque como hemos visto no existe tal El Dorado. Por el contrario el período sometido al análisis muestra un Estado-capturado puesto al servicio de una oligarquía que sustentó su predominio en un sistema político cerrado, con un modelo económico carente de proyecto de desarrollo, dependiente y depredador, dominio acompañado de una cultura excluyente e intolerante y una estructura social tremendamente desigual, fuente de conflictos contenidos por una cultura de dominio, una iglesia que ligó su suerte al predominio oligárquico y fuerzas armadas profesionalizadas.

La falta de sentido de nación y las repercusiones del factor externo condujeron al derrumbe, ante el cual las oligarquías se sobrepusieron sorprendentemente, adaptándose "gatopardescamente" a los nuevos tiempos, cooptando a nuevos sectores sociales, ampliando los sistemas de representación, pasando del liberalismo al proteccionismo, para beneficiarse ahora del Estado-benefactor, preparando el camino a una nueva crisis en los sesenta... pero, esa es otra historia.

³⁰ Osvaldo Sunkel, Pedro Paz, *op. cit.*

BIBLIOGRAFÍA

- BETHELL, LESLIE, *Historia de América Latina*, Barcelona, Cambridge University Press/Ed. Crítica, Tomos, 7, 8, 9, 10.
- CARMAGNANI, MARCELO, *Estado y Sociedad en América Latina 1850-1930*, Barcelona, Ed. Crítica, 1984.
- CUEVA, AGUSTÍN, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Ed. Siglo XXI, 1977.
- CHONCHOL, JACQUES, *Sistemas agrarios en América Latina*, México, F.C.E., 1996.
- CARDOSO, FERNANDO; FALETTO, ENZO, *Dependencia y Desarrollo en América Latina, México*, Ed. Siglo F.C.E., 1969.
- GONZÁLEZ, PABLO (Coord.), *América Latina en los años treinta*, México, UNAM, 1977.
- (Coord.), *América Latina: Historia de medio siglo*, México, UNAM, 1977.
- SKIDMORE, THOMAS, *Historia Contemporánea de América Latina*, Barcelona, Ed. Crítica, 1996.
- PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR, *Breve Historia de Centro América*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS (Comp.), *Población y mano de obra en América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.

EL GOBIERNO DE GUILLERMO E. BILLINGHURST (1912-1914) ANUNCIO DEL POPULISMO PERUANO

Osmar Gonzales

El gobierno de Guillermo E. Billinghurst¹ (septiembre de 1912 - febrero de 1914) ha sido materia de escasa reflexión en las ciencias sociales. Se conoce muy poco sobre los dieciséis meses que duró, a no ser por referencias incidentales al interior de reflexiones de carácter más general o teniendo otro objeto de estudio. Las siguientes páginas tratan de subsanar dicho olvido. Siguiendo los hilos de las relaciones que Billinghurst sostuvo con las clases subalternas de Lima y el de sus conflictos institucionales con las elites oligárquicas, como consecuencia de su política *antistatus-quo*, en el presente artículo analizo dicho gobierno sosteniendo dos ideas centrales.

En primer lugar, que el gobierno de Billinghurst representa un primer paso de transición hacia el populismo en el Perú. Insisto en el término transición, porque no se trata de un populismo "clásico" (como el peronismo, el cardenismo o el varguismo), pero contiene en ciernes sus elementos que se harán más evidentes en otros momentos de la vida política peruana (como en los dos primeros años del segundo gobierno de Augusto B. Leguía, 1919-1921, o en el velasquismo, 1968-1975)². Además, el populismo también representa una posibilidad de unidad simbólica entre sociedad y Estado³. Estas características están presentes en el mandato del presidente Billinghurst. En segundo lugar, que la debilidad del *billinghurstismo*,

¹ Guillermo E. Billinghurst nació en la ciudad de Arica (sur del Perú) el 27 de julio de 1851. Defendió el territorio peruano frente al ejército chileno en la guerra del guano y del salitre (1879-1883). También tuvo una vida política sumamente activa. Fue uno de los seguidores más leales del gran caudillo peruano del siglo XIX, Nicolás de Piérola, a quien acompañó en la guerra civil de 1894-1895. En 1909 fue elegido alcalde de Lima, puesto desde el que se postuló para la presidencia del Perú en 1912. Billinghurst también fue un analista de la sociedad de su tiempo y publicó varios libros y ensayos sobre el desarrollo económico. Asimismo, en Iquique (norte de Chile) fundó diarios e instituciones de cultura.

² Si bien es cierto que el término populismo alberga una gran polisemia, en este texto lo tomo en la definición que ofrece José Álvarez Junco, quien caracteriza al populismo como un "movimiento político (o la fase de un movimiento más amplio) que se basa, para su eficacia, en amplias movilizaciones de masas a partir de una retórica de contenido fundamentalmente emocional y autoafirmativo, centrada en torno a la idea de 'pueblo' como depositario de las virtudes sociales de justicia y moralidad, y vinculada a un líder, habitualmente carismático, cuya honestidad y fuerza de voluntad garantiza el cumplimiento de los deseos populares". "El populismo: un concepto escurridizo", en Álvarez Junco, José (compilador), *Populismo, caudillaje y discurso demagógico*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1987, pág. 171.

³ Entrena Durán, Francisco, "Los populismos y la formación del Estado-nación en América Latina", en *Anuario de Estudios Americanos*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, vol. LIII, tomo 1, Sevilla, 1996.

y que explica su rápido fracaso, consiste en su escasa vinculación orgánica con las clases subalternas, lo cual lo hizo más vulnerable frente a la arremetida de las elites oligárquicas, temerosas ante sus planes de reforma¹.

LAS ELITES OLIGÁRQUICAS

Prefiero utilizar el término elites oligárquicas por las dificultades que el término "oligarquía" siempre ha causado al momento de definirlo. Por esta razón, Waldo Ansaldi² ofrece algunas características que permitan delimitar el concepto. La oligarquía, sostiene, no es una clase social. Además, el término designa una forma de ejercer la dominación caracterizada por la concentración del poder en la cúpula, por una angosta base social y por sostenerse en la coacción más que en el consenso. De esta manera, la dominación oligárquica puede ser ejercida por clases, fracciones de clases o grupos sociales. Oligarquía define a un tipo de régimen: el Estado oligárquico, el cual es más central que nacional porque concentra las decisiones, pero no en representación de una ciudadanía amplia sino de las elites que lo han capturado.

No obstante estos esfuerzos, todavía se está lejos de definir consensualmente qué es la oligarquía. Sin embargo, las sugerencias ofrecidas por Ansaldi son útiles a condición de profundizar en ellas según casos concretos que permitan volver a una conceptualización más general con nuevos elementos. Para el caso peruano, pero seguramente no sólo para él, el uso del plural quizás resulte más provechoso analíticamente. Así, la utilización del término elites oligárquicas sirve no sólo para resaltar la heterogeneidad al interior de la oligarquía, sino también para hacer más inteligible el carácter de las vinculaciones entre las elites al momento de edificar un régimen político que represente sus intereses³.

Las diversas familias que vieron acrecentar sus fortunas desde el tiempo del comercio guanero en los años cuarenta del siglo XIX constituyen el núcleo de lo que se conoce como la oligarquía peruana⁴. Es cuando los llamados consignatarios (como los Barreda, Graña y otros) se beneficiaron con los bonos de consolidación

¹ En 1894, Nicolás de Piérola encabezó las llamadas montoneras que derrocaron al militarismo encarnado por el general -héroe de la guerra con Chile- Andrés Avelino Cáceres. La Coalición Nacional -conformada por los partidos de la época-, luego de derrotar a Cáceres abrió la etapa de oro de la oligarquía peruana conocida como la república aristocrática, de notables, oligárquica o civilista, por el predominio del Partido Civil hasta 1919. La política estaba marcada por un pacto de alternancia electoral de los partidos (que no se cumplió) y por una repartición del poder hegemonizado por los agroexportadores, más financistas y poderes locales (o gamonales).

² Ansaldi, Waldo, "La oligarquía en América Latina: esa frívola y casquivana mano de hierro en guante de seda", en *Socialismo y Participación* N° 56, Lima, diciembre de 1991.

³ Quizás hablar de "elites oligárquicas" pueda ser visto como una redundancia, pues ambos términos se refieren a minorías privilegiadas. No obstante, hay que señalar que no todas las elites son oligárquicas. Simplemente me valgo de la expresión para remarcar tanto el sentido de privilegio como el de lejanía con respecto de la sociedad de las minorías con poder.

⁴ Por ello, y respecto a los orígenes sociales de las familias oligárquicas, François Bourricaud señala que no es tan cierto el estereotipo de que la oligarquía peruana está constituida por familias que descienden directamente de la aristocracia colonial preservando su "pureza de sangre" y prolon-

de la deuda nacional y se conformaron como nuevos ricos que convivieron con las familias de antiguo linaje colonial, como los Riva Agüero, Orbegozo o Pardo⁸. A ellos se debe agregar el aporte de familias extranjeras (principalmente italianas) que se asentaron en el Perú para hacer fortuna y que se aliaron —vía negocios y matrimonios— con las familias nativas.

Sobre las elites oligárquicas, según varios autores, como Manuel Burga, Alberto Flores Galindo⁹ y Nelson Manrique¹⁰, han puesto énfasis en su desarticulación económica. Básicamente, son tres las dinámicas regionales presentes en el espacio peruano: el Sur Andino, la Sierra Central y Lima, y la Costa Central y Norte.

El *Sur Andino* está constituido por los departamentos de Apurímac, Cuzco, Arequipa y Puno. Hasta 1914, año en que se construyó el ferrocarril de Arica a La Paz, estuvo integrado al espacio boliviano, por ello difícilmente se puede hablar de esta región como parte exclusiva de la economía peruana. El gran recurso del Sur Andino fue la lana de auquénidos. Su comercialización se dinamizó gracias a la demanda que generó la industrialización inglesa, pues ella impulsó un circuito mercantil que seguía una ruta que iba de las comunidades de Cuzco y Puno¹¹, donde se producían las lanas (por medio de la expoliación que ejercían los poderes locales sobre los campesinos); luego pasaba por las casas comerciales ubicadas en Arequipa; para llegar a los puertos de Islay, Ilo y Mollendo y, desde ahí, partir a los mercados de Liverpool y Hamburgo¹². Las casas comerciales británicas (como la Gibbs, Crawley & Co.) y arequipeñas, articulaban las economías precapitalistas y capitalistas en donde intervenían comerciantes, hacendados y autoridades políticas o eclesiásticas. Esta articulación hizo de la región el *hábitat* por excelencia del poder personal o gamonal¹³.

La *Sierra Central*, segundo espacio regional, exhibe, según Manrique¹⁴, algunos elementos que la singularizan en comparación con Lima y el Sur Andino: mayor independencia del mercado exterior; mercado regional más desarrollado

gando su linaje en la etapa republicana. "Notas sobre la oligarquía peruana", en Varios, *La oligarquía en el Perú. 3 ensayos y una polémica*, IEP, Lima, 1969.

⁸ Gilbert, Dennis L., *La oligarquía peruana: historia de tres familias*, Editorial Horizonte, Lima, 1981, ver capítulo 1.

⁹ Burga, Manuel y Alberto Flores Galindo, *Apogeo y crisis de la República Aristocrática*, Editorial Rikchay Perú, cuarta edición, Lima, 1981.

¹⁰ Manrique, Nelson, *Historia de la república*, Cofide, Lima, 1995.

¹¹ Hay que mencionar que durante estos años se produjo una gran expansión terrateniente, la cual tuvo dos momentos importantes: 1850-1880 y 1910-1924. En Puno, por ejemplo, entre 1876 y 1915 creció el número de haciendas: de 705 a 3.219.

¹² Burga y Flores Galindo, *Ibidem*, págs. 33-45.

¹³ El poder personal asentado en los Andes es conocido en el Perú como poder gamonal. Identificados básicamente como los administradores de los terratenientes, los gamonales también pueden ser aquellos funcionarios (como los gendarmes o los curas, por ejemplo) que juegan un papel de intermediario entre los sectores marginados, especialmente indígenas, y los poderes locales. Como señala A. Flores Galindo, "el término gamonal es un peruanismo, acuñado en el transcurso del siglo pasado, buscando establecer un símil entre una planta parásita [gamonito] y los terratenientes. En otra versión, 'gamonal es el gusano que corroee al árbol de la nación'", en *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, Conaculta-Grijalbo, México, 1993, pág. 294.

¹⁴ *Ibidem*, págs. 97-118.

constituido por un sistema de ciudades y circuitos mercantiles articulados longitudinal y transversalmente en torno a las necesidades de la región; emergencia de una fracción dominante minero-comercial con una mentalidad empresarial más moderna que la de los terratenientes y rentistas del sur; presencia de un campesinado libre organizado en comunidades integrado a circuitos comerciales intra y extra regionales, y alto nivel de división del trabajo que permitió expandir un mercado interno regional.

En esta región, la plata (extraída de Cerro de Pasco y Huarochirí), y la ganadería altoandina (que proveía de alimentos a la capital cuando el valor de la plata decaía), permitieron la existencia de haciendas ganaderas sin gamonalismo y de comunidades campesinas fuertes, sostenidas por una economía interna en ascenso. Ahí, las haciendas crecieron a costa de otras haciendas, y no por el despojo de las tierras comunales.

En la *Costa central y norte*, el elemento más distintivo fue la explotación del guano, el azúcar y el algodón, que vincularon a la región con el mercado mundial. La explotación del guano fue fuente de riqueza particularmente para la oligarquía capitalista limeña. Agotado este recurso natural, después de la guerra con Chile (1879-1883), los productos con alta demanda en el mercado internacional fueron el azúcar y el algodón.

La hacienda azucarera es la más importante, dinámica y tecnificada. Se ubicaba en la Costa Norte, especialmente en los valles de los departamentos de La Libertad y de Lambayeque. Sus propietarios han sido identificados como los dueños del Perú. Este tipo de explotación agrícola apareció por dos vías: por la inversión directa por parte de los consignatarios del guano y por los préstamos bancarios o la transferencia de recursos del Estado a particulares (como fue la consolidación de la deuda interna o la manumisión de esclavos). La hacienda moderna se consolidó entre 1895 y 1930, y significó el violento despojo de tierras tanto a los campesinos minifundistas como a los medianos hacendados. La producción del azúcar se incrementó de manera espectacular en Lambayeque pasando de 10.000 tm. en 1894 a 29.724 en 1913. En esos mismos años, la producción en el departamento de La Libertad pasó de 22.321 a 75.452 tm¹⁵.

A las dinámicas regionales descritas se agrega la de sectores muy importantes como las finanzas¹⁶, los servicios y la industria. Especialmente el crecimiento de ésta última en Lima y Callao, es importante para entender la aparición de las clases trabajadoras en el escenario político de la república aristocrática.

Presentado este breve panorama de la ubicación económica de las elites oligárquicas, ahora es importante conocer el universo de las clases populares urbanas para poder entender las relaciones que se dieron entre ambos sectores sociales.

¹⁵ Burga y Flores Galindo, *ibidem*, págs. 46-61.

¹⁶ La adopción del patrón oro, en pleno auge del liberalismo económico, permitió que la liquidez aumentara, desde 1875 a 1906, en un 282%; además, que el cambio adquiriera gran estabilidad y el crédito se viera beneficiado. García Calderón, Francisco [1907], *El Perú contemporáneo*, Interbank, Lima, 1981, pág. 175.

LAS CLASES POPULARES URBANAS

Desde 1890 los trabajadores urbanos fueron procesando, reinterpretando y adecuando organizativamente ciertas corrientes ideológicas que señalaban la importancia de su acción solidaria. Si bien el mutualismo constituyó el primer eslabón en la organización de los trabajadores artesanos concentrados en la Lima de inicios de siglo, no tenía un proyecto de autonomía para la clase trabajadora, el que llegaría con el crecimiento del sector obrero, que disputaría la hegemonía del movimiento trabajador a los viejos artesanos. La decadencia del mutualismo se explica por varias razones. Por el surgimiento del anarquismo (que no toleraba la proclividad del mutualismo a llegar a acuerdos con los grupos de poder y lo acusaba de desconocer la realidad social y apoyar la intervención del Estado¹⁷); la industrialización y la consecuente aparición de un proletariado no artesanal.

El proceso organizativo de los trabajadores siguió avanzando sin embargo, pero sobre bases nuevas, adquiriendo cierta presencia en la política oficial, básicamente gracias al acuerdo que los artesanos habían establecido con el Partido Demócrata. Por medio de él, en 1895, el líder de los artesanos, Rosendo Vidaurre, fue elegido como el primer diputado trabajador de la historia peruana¹⁸, cargo que ostentó hasta 1899, cuando las pugnas por el poder entre civilistas y demócratas dividió al movimiento obrero. El civilismo también trató de acercarse a los grupos trabajadores, pero lo hizo mediante la política de cooptación de sus líderes más que por la incorporación del movimiento trabajador como tal¹⁹. Esta política pronto encontraría sus límites, como se revelaría bajo la política billinghursta.

Paralelamente, proseguía la labor organizativa de los trabajadores. Por ejemplo, en 1901 se realizaba el Primer Congreso Nacional Obrero. Posteriormente, el 23 de octubre de 1904, se fundaba la *Asamblea de Sociedades Unidas*. Este último año debe ser destacado por los importantes acontecimientos laborales ocurridos en el Perú. Como lo subrayan Jorge Santistevan y Ángel Delgado: "Es el año en que se reducen drásticamente las exportaciones, con el consecuente aumento del desempleo y la disminución del salario —inclusive del nominal— de los artesanos y asalariados urbanos. Es también el año en que el civilismo retoma el poder, desplazando los rezagos del pierolismo y en que se cancela, para los sectores populares que se mantenían dentro de la corriente mutualista, la representación obrera en el parlamento nacional. Es el año, además, en que estalló la paralización del mes de mayo en el Callao"²⁰.

Esta realidad totalmente nueva que vivían los sectores populares de Lima tuvo consecuencias en formas de sociabilidad de las clases subalternas. Como señala

¹⁷ Pereda, *ibidem*, pág. 57.

¹⁸ Cotler, Julio, *Clases, Estado y nación en el Perú*, IEP, Lima, 1978.

¹⁹ Peralta Ruiz, Víctor, "Partidos políticos y elecciones en el Perú, 1900-1920", CSIC-CEH, (mimeo), Madrid, s/f., pág. 10.

²⁰ Santistevan, Jorge y Ángel Delgado, *La huelga en el Perú. Historia y derecho*, CEDYS, Lima, 1980, pág. 30.

Cynthia Sanborn²¹, los obreros de la Lima de inicios del siglo xx crearon redes y formas de interacción inéditas. Los espacios privilegiados eran las fábricas, de las cuales la más grande y moderna fue la *Fábrica de Tejidos de Vitarte* (1890) (de la WR Grace & Company) situada en el distrito de Ate-Vitarte, a escasos diez kilómetros del Centro de Lima. Otras eran *La Victoria* (1898) de la familia Pardo, *El Inca* (1903) en Rímac, *El Progreso* (1901) y *Santa Catalina* (1889). Esta industrialización se inició con predominio del capital nacional, pero se encaminó hacia la hegemonía del capital extranjero. Por los años treinta, la Grace y la Duncan Fox controlaban el 80% de la producción textil. La primera construyó viviendas en las afueras de Lima, haciendo de Vitarte un pueblo obrero. En este contexto, los trabajadores pudieron constituir una red de relaciones en las que se mezclaban solidaridades generacionales, familiares y sociales.

En el plano ideológico, la prédica liberal de *La Integridad*, *Germinal*, la Unión Nacional, y de Manuel González Prada, allanó el camino para la influencia del pensamiento anarquista entre los trabajadores. La ruptura de la *Confederación de Artesanos* por causa del alejamiento de la federación de obreros panaderos *Estrella del Perú* fue acompañada por otros hechos significativos, como la celebración del 1 de mayo en 1905 en el que se reclamaba la jornada de las ocho horas, y el brote de muchas hojas-periódicos de obreros que buscaban crear sensibilidad frente a su condición de explotados, a la vez que atraer a sus lectores hacia el anarquismo²². El número importante de periódicos obreros es revelador de la conciencia y cultura que habían alcanzado los trabajadores de inicios de siglo. *Los Parias*, *Humanidad*, *El Oprimido*, entre otros, nos informan de la claridad ideológica de la naciente clase obrera peruana (especialmente limeña)²³.

El anarquismo, basado en la lucha frontal contra el Estado y la explotación, y excluyente de toda forma de agrupación política, se fue transformando para dar paso al anarco-sindicalismo, cuyo vocero más prominente fue la hoja llamada *La Protesta*²⁴, creada en 1911, año del primer paro general. Bajo estas condiciones y ya con una importante experiencia organizativa acumulada, aparece la figura de Billingham, constituyendo el primer intento por dar cierta representación política a las clases subalternas que emergían en una ciudad que se transformaba por obra de la modernización.

²¹ Sanborn, Cynthia, "Los obreros textiles de Lima: redes sociales y organización laboral, 1900-1930", en Panfichi H., Aldo y Felipe Portocarrero S. (editores), *Mundos interiores. Lima 1850-1950*, Universidad del Pacífico, Lima, 1995.

²² Incluso, los trabajadores anarquistas desarrollaron una significativa obra literaria, especialmente poética. Ver Espino Relucé, Gonzalo, *La lira proletaria rebelde. Estudio y antología de la poesía obrera anarquista, 1900-1926*, Asociación de Publicaciones Educativas, Lima, 1984.

²³ Torres Franco, Manuel, *Breve antología del pensamiento anarquista en el Perú*, Serie: Movimientos Sociales núm. 3, TEA, Universidad Nacional Agraria, La Molina, setiembre de 1980.

²⁴ *La Protesta* fue el periódico más importante de los nuevos sectores de trabajadores de Lima en la época del régimen oligárquico. Entre 1911 y 1926 llegaron a editarse 145 números con un tiraje promedio de 2.000 ejemplares. Sólo en el primer año de su existencia fue dirigido por un intelectual, Francisco Loayza, pero en los siguientes la dirección estuvo a cargo del panadero Delfín Lévano. Ambos, *La Protesta* y Lévano, fueron figuras centrales en la conquista de la jornada laboral de 8 horas de 1919. Flores Galindo, Alberto, "El periodismo obrero" [*La Prensa*, Lima, 30 de agosto de 1974], en *Obras completas*, tomo IV, Concytec-sur, Lima, 1996.

EL DEBATE DE IDEAS DE LA ÉPOCA

Para tener un cuadro más completo del contexto en el que aparece el billinghurstismo, es necesario conocer, aunque sea de manera muy breve, el debate ideológico de los años iniciales del siglo xx en el Perú. Luego de la derrota en la Guerra del Pacífico, el Perú tomó conciencia de su fragmentación, pues ciertos grupos intelectuales se tomaron en serio la tarea de pensar cómo integrar al país. Las claves del positivismo de Orden y Progreso predominaron en el ambiente intelectual. Así, la idea de constituir un Estado fuerte y centralista dirigido por una elite intelectual, impulsar el desarrollo económico ligado al mercado exterior, desarrollar reformas que permitieran la ampliación de la base social del Estado y sentar nuevos valores de identificación cultural de la nación fueron los puntos principales de una agenda, que se definía por la necesidad de dar respuesta a los problemas que habían quedado sin resolver luego de la independencia de España (1821-1824) y que se habían visto agudizados luego de la Guerra con Chile²⁵.

Por otra parte, la necesidad de buscar los elementos de la integración nacional derivó en formas de pensar la incorporación del mayoritario elemento indígena. Esta preocupación no derivó en una corriente de pensamiento homogénea, sino que albergó dentro de sí a una diversidad de proyectos ideológicos que iban desde el pensamiento radical hasta el oficial, manipulado por el Estado, especialmente durante el leguismo en los años veinte²⁶.

¿Cómo integrar al indio sin afectar la estabilidad del régimen oligárquico?, fue una pregunta de un vasto sector de las elites intelectuales. El grupo generacional arielista, caracterizado por buscar conciliar las ideas positivistas con cierto espiritualismo, trató de dar respuesta a dicha interrogante bajo la fórmula de construir un Estado sólido (no necesariamente democrático) al mismo tiempo que ampliar el reconocimiento de ciertos derechos sociales, pero manteniendo claramente la división social²⁷. Una alternativa difícil de sostener por las convulsiones que vivía soterradamente la república aristocrática, y que se harían evidentes cuando irrumpieran en la escena político-social, tal como sucedió en 1912, año de la designación de Billinghurst como presidente.

²⁵ Los autores más importantes de la corriente positivista en el Perú fueron Javier Prado, Manuel Vicente Villarán y Mariano H. Cornejo. A ella se oponía el espiritualismo del filósofo y profesor universitario, Alejandro O. Deustua.

²⁶ En efecto, el indigenismo albergó desde proyectos humanistas como el de la Asociación Pro-Indígena, hasta el de una especie de racismo a la inversa como el de Luis E. Valcárcel. En el medio se encontraba una serie de posiciones como las de Uriel García (quien prefería reflexionar sobre el "nuevo indio"), o las del marxismo representado por José Carlos Mariátegui, hasta llegar al indigenismo oficial y demagógico del oncenio leguista.

²⁷ Sobre al arielismo peruano se pueden ver: Planas, Pedro, *El 900. Balance y recuperación*, CITDEC, Lima, 1994, y Gonzales, Osmar, *Sanchos fracasados. Los arielistas y el pensamiento político peruano*, Ediciones Preal, Lima, 1996.

EL GOBIERNO DE BILLINGHURST

Billinghurst llegó al poder gracias a una inusitada movilización popular-urbana, conocida como las "jornadas cívicas", que presionó al parlamento a reconocerlo como presidente. Su mandato empezó con muy buenos auspicios. Incluso, en su discurso de posesión del mando del 24 de septiembre de 1912, el nuevo presidente auguraba una nueva época en la política peruana²⁸. Billinghurst se declaró nacionalista, no partidario y moderno. Ser nacionalista y moderno eran elementos del lema que había caracterizado al primer gobierno de Augusto B. Leguía (1908-1912), y que continuarían presentes durante el oncenio del mismo (1919-1930)²⁹. Tales preocupaciones se inscribían dentro de una mayor, respecto de la necesidad de racionalizar y "nacionalizar" el Estado, lo que hacía indispensable el conocimiento exacto de la situación del país, como Billinghurst lo afirmó en su discurso del 5 de septiembre de 1913³⁰. Por otra parte, el presidente insistía en la necesidad de armonizar capital y trabajo por considerarla como un asunto de interés central para el desarrollo económico del país.

Si bien los dieciséis meses que duró el gobierno de Billinghurst estuvieron atravesados por múltiples conflictos, el principal fue el que sostuvo con las elites oligárquicas. Luego de un inicial apoyo de éstas, especialmente de algunos de los sectores más modernizantes³¹, el conflicto se materializó en los enfrentamientos con la iglesia, el ejército, los partidos y el parlamento. Al mismo tiempo que el billinghurstismo se distanciaba de la institucionalidad oligárquica, se acercaba más a las clases populares, lo que atizó el fuego de los conflictos mencionados, hasta su definitiva explosión.

En efecto, la llegada de Billinghurst al poder impulsó a los sectores trabajadores a adoptar una serie de estrategias de lucha para acceder a mejores condiciones de vida. Los estimulaba el considerar que, por fin, tenían a un gobierno amigo. Tengamos en cuenta que, en cierto momento, la masa urbana limeña bautizó a Billinghurst como "el primer obrero del Perú". Estas expectativas llevaron a diferentes sectores obreros (textiles, tranviarios, estibadores del puerto del Callao y otros) a presionar al presidente para que cumpliera con sus promesas electorales.

El 5 de enero de 1913 se inició un paro general que conmocionó a Lima. El

²⁸ Billinghurst, Guillermo E., *Discurso Programa de SE el Presidente de la República don Guillermo E. Billinghurst en el acto de asumir el mando Supremo de la nación*, Lima, Imprenta de La Acción Popular, 24 de setiembre de 1912, págs. 5-6. Este sería el primero de varios mensajes: el segundo, del 4 de octubre de 1912, es un informe sobre las rentas y gastos públicos; el tercero, de noviembre, es un informe secreto acerca de la situación con Chile; el cuarto, del 19 de diciembre del mismo año, trata sobre un empréstito de liquidación; el quinto, del 28 de julio de 1913, es un informe general del país; el sexto, del 5 de septiembre, amplía informaciones precedentes.

²⁹ Guerra Martiniere, Margarita, *Historia general del Perú. La República 1900-1948*, tomo VIII, Editorial Brasa, Lima, 1994, pág. 56.

³⁰ Billinghurst, *Mensaje de SE el Presidente de la República*, Lima, septiembre 5 de 1913, pág. 22. Una demostración del interés de Billinghurst por conocer el territorio peruano y expandir la influencia del Estado es la creación del departamento de Madre de Dios —ubicado en la región sur oriente de la selva peruana— el 5 de diciembre de 1913.

³¹ Como José de la Riva Agüero, Alberto Ulloa y Luis Miro Quesada, entre algunos otros, descorazonados por el fracaso del pierolismo, cuando el civilismo pudo controlar el poder desde 1904.

movimiento de protesta comenzó con el reclamo de la *Unión de Jornaleros de la Compañía Naviera y la Empresa Muelle Dársena del Callao*, y fue dirigido por el anarquista Fernando Vera, quien después se convertiría en un convencido billinghursta. La influencia de la recién fundada *Federación Obrera Regional Peruana* (en marzo de 1913) y del periódico *La Protesta*, como recuerda Delfín Lévano, un líder anarquista de la época, resulta evidente³². La irradiación del movimiento fue espectacular y llegó hasta los trabajadores metalúrgicos, molineros, tipógrafos, panaderos, trabajadores del gas y de las bebidas. La exigencia era por mejoras salariales. Como respuesta, Billinghurst declaró el estado de sitio en la capital, e inmediatamente después recibió a una comisión de trabajadores. El resultado de las negociaciones fue una resolución, con fecha del 10 de enero de 1913, en la cual el gobierno aprobaba la jornada diaria de ocho horas para los estibadores del puerto. A los pocos días, el gobierno emitió un Decreto Supremo (del 24 de enero de 1913) para reglamentar las huelgas. Este decreto contaba con las importantes —y progresistas para su época— características siguientes: representación obrera para negociar las reclamaciones ante el patrón; arbitraje (sin la participación necesaria del Estado); condiciones de la huelga (permitiendo su reconocimiento oficial y el amparo de sus derechos); requisitos de la huelga por parte de los trabajadores³³; la posibilidad de cierre patronal³⁴; sanciones y prohibiciones³⁵, y creación de la sección obrera en la Intendencia de Policía para el registro estadístico de las huelgas y cierres³⁶. Este decreto expresa la “clara percepción del derecho como instrumento de control social [y] muestra además una actitud moderna, netamente burguesa, lógicamente afín a un gobierno populista con rasgos ‘progresistas’ como el de Billinghurst, y ciertamente ajena a los rezagos de feudalidad representados en el parlamento”³⁷.

La vinculación que establecía el presidente con las clases trabajadoras y la sensibilidad que exhibía frente a sus reclamos —incluso llevó a cabo un proyecto de vivienda para los trabajadores a bajo costo³⁸—, fue mal vista por las élites, las que aún tenían la esperanza de cooptar y controlar los arrestos reformistas del presidente.

³² Tomado de Lévano, César, *La verdadera historia de la jornada de las ocho horas en el Perú*, Lima, 1967, pág. 29. Peter Blanchard rescata, además, la influencia que tuvieron dos italianos, José Spagnoli y Antonio Gustinelli. “A Populist Precursor: Guillermo Billinghurst”, en *Latin American Studies* vol. 9, núm. 2, 1977.

³³ Decisión por mayoría de los trabajadores mediante votación secreta, previo aviso y con renovación cada cuatro días para no perder su condición de legalidad.

³⁴ Los empresarios sólo tenían que enviar una comunicación a la Intendencia de Policía señalando las causas del cierre.

³⁵ Se declararía delincuentes a aquellos que impidieran el “libre ejercicio de la industria, el comercio y el trabajo”, y se prohibían los campamentos de huelga y las manifestaciones públicas.

³⁶ Santistevan y Delgado, *La huelga en el Perú*, págs. 39-41.

³⁷ Santistevan y Delgado, *Ibidem*, pág. 43.

³⁸ Como menciona Jorge Basadre, Billinghurst, siendo presidente, adquirió un terreno en Malambo —barrio obrero por excelencia— para construir casas populares —lo mismo había hecho en la zona de Santa Sofía—. El 28 de noviembre de 1913 el gobierno expidió la ley núm. 1883 que autorizaba al ejecutivo ceder al municipio del Callao cuatro lotes de terrenos en Chucuito y La Punta. (En *Historia de la república del Perú*, quinta edición corregida y aumentada, tomo VIII, Ediciones Historia, Lima, 1963).

Dos días después de terminado el conflicto con los jornaleros del Callao, los trabajadores del Molino y Milne obtuvieron la jornada de 10 horas y un aumento salarial del 15%. La expectativa del resto de trabajadores por conseguir la misma demanda, aunque los resultados no fueron los esperados para ellos. Ernesto Yepes del Castillo señala que era inevitable que la promesa de "pan grande" (como se le conocía a Billinghurst) encontrara prontamente sus límites, pues el gobierno carecía de una base política y económica propia para efectuar el programa de reformas sin necesidad de contar con el apoyo de fuerzas políticas ajenas a las elites dominantes. No obstante, los movimientos laborales se realizaron apelando a un gobernante sensibilizado hacia sus reclamos³⁹.

El 27 de noviembre de 1913, los trabajadores del Callao iniciaron, por medio de la *Federación Marítima y Terrestre del Callao*, una nueva huelga por aumentos salariales y mejores condiciones de trabajo. Enseguida, Billinghurst ordenó al prefecto del puerto que declarara ilegal la huelga, mandando a encarcelar a diez líderes sindicales, incluido el secretario de la Federación. El día siguiente una delegación de trabajadores fue a visitarlo para explicarle las razones de tales medidas. Billinghurst no aceptó ninguna explicación; les recordó que él había cumplido con las disposiciones del Decreto Supremo del 10 de enero referentes a la reducción de la jornada laboral y que siempre había apoyado las causas de los trabajadores. Éstos aceptaron las razones del presidente y, posteriormente, le enviaron una carta reconociendo las buenas intenciones del gobierno⁴⁰.

Billinghurst también se preocupó por impulsar la solidaridad de los trabajadores de Perú y Chile. A inicios de 1913, el tipógrafo Víctor Pujazón viajó a Chile, como representante de la *Confederación de Artesanos*, para invitar a los trabajadores de ese país a asistir a las celebraciones que se iban a realizar el 28 de julio por motivo del aniversario de la independencia peruana. La cortesía fue devuelta rápidamente, pues en septiembre del mismo año una delegación de trabajadores peruanos fue invitada a Chile, estableciéndose un pacto de solidaridad con el propósito de expandirlo a todos los trabajadores de América Latina. Como resultado, se creó, en noviembre de 1913, el *Centro Internacional Obrero de Solidaridad Latinoamericana del Perú*, para unificar a los obreros de los países americanos, organizar congresos e instruirlos en sus derechos⁴¹. En suma, Billinghurst modificó la relación tradicional entre gobierno y trabajadores, mediando directamente en los conflictos, accediendo a determinadas demandas de éstos, y asumiendo una posición más progresista. Sin embargo,

³⁹ A la nueva manera con que Billinghurst se acercaba a los trabajadores de la ciudad hay que sumar su interés por la situación de los campesinos indígenas. Un caso famoso es el de Teodomiro Gutiérrez Cuevas, conocido después como *Ruminaqui* ("Martillo de piedra"), quien fue enviado personalmente por el presidente para elaborar un informe acerca de la situación de los campesinos en el sur andino. Los medios controlados por las elites oligárquicas (como la prensa y el parlamento) se encargaron de denunciar que se trataba de un proyecto peligroso del ejecutivo para enfrentar a "indios contra blancos".

⁴⁰ Blanchard, "A Populist Precursor", págs. 266-267.

⁴¹ *Ibidem*, pág. 262. Una constancia de las buenas relaciones entre los obreros peruanos y chilenos se puede ver en *Confraternidad obrera chileno-peruana. Una actuación histórica, 1913-1917*, Imprenta Lux de El Castro, Lima, 1928, en éste se rinde homenaje al líder anarquista peruano Víctor A. Pujazón.

esta política lo colocó en el fiel de la balanza, obligándolo a mantenerse en un equilibrio muy inestable por el casi nulo respaldo de una fuerza política propia que se uniera con el apoyo obrero más circunstancial.

LOS CONFLICTOS INSTITUCIONALES

Como señalé, los conflictos que Billinghurst sostuvo con las fuerzas sociales, culturales y políticas del *establishment* oligárquico fueron múltiples y constantes. Conocerlos ayuda a entender las razones que desencadenaron en el golpe de febrero de 1914. Un conflicto importante, aunque aparentemente secundario, fue con la Iglesia Católica. El catolicismo estaba en el núcleo de las ideas que reforzaban los sentimientos de fatalidad y resignación de las clases subalternas; su influencia le otorgaba carácter a cierta mentalidad y modo de ser oligárquico. Por ello, el conflicto gobierno-iglesia tocaba fibras de la sociedad de su tiempo, más sensibles que las que aparecían a primera vista.

En octubre de 1913, el gobierno presentó al congreso una propuesta de modificación del artículo cuarto de la Constitución, que proscribía cultos y creencias que no fueran los católicos. La reforma, que fue aprobada por unanimidad en las dos cámaras legislativas, irritó profundamente a la jerarquía eclesiástica. Ésta, que preconizaba la unidad Estado-Iglesia Católica, y en la cual no daba lugar para otras creencias, no permitía el más leve cuestionamiento a su preeminencia. Por lo tanto, sostener la tolerancia de cultos y nivelar la influencia católica a las de otras confesiones, ponía en entredicho uno de los pilares del orden vigente⁴².

Otra línea de conflicto del gobierno fue con el ejército. Según corrían rumores, Billinghurst tenía planeado remover todos los mandos de la institución castrense. Ello atrajo los celos no sólo de los oficiales militares sino también de los miembros de las familias oligárquicas, las que estaban interconectadas con el ejército por vías que iban desde las pecuniarias hasta las alianzas familiares: al ejército podía considerarse una institución capturada por las elites oligárquicas⁴³. Esto se haría evidente tanto en el golpe de 1914, como a lo largo de todo el siglo xx hasta

⁴² Sobre la relación de la iglesia con los gobiernos peruanos ver: García Jordán, Pilar, *Iglesia y poder en el Perú contemporáneo, 1821-1919*, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, Cuzco, s/f. Sobre el gobierno de Billinghurst y la Iglesia Católica, ver las páginas 315-316.

⁴³ Como señala Dennis Gilbert, los vínculos entre las familias oligárquicas y los oficiales del ejército eran muy estrechos. A inicios del siglo xx éstos pertenecían a las familias llamadas "decenas", tanto de Lima como de capitales de provincias. *La oligarquía peruana*, págs. 75 y 101.

Por su parte, Víctor Villanueva recuerda la incipiente profesionalización del ejército iniciada durante el gobierno de Piérola desde 1894, la misma que fue destruida con el golpe del 4 de febrero de 1914 contra Billinghurst. En efecto, luego de despojar a éste de la presidencia se recompensó a los militares que llevaron a cabo el golpe mediante la ley núm. 1993 en la cual se legalizó el ascenso a los escalafones superiores como premio a los favores políticos. *100 años del ejército peruano: frustraciones y cambios*, editorial Juan Mejía Baca, Lima, 1971.

Este esquema se repitió luego del golpe del 4 de julio de 1919, que colocó a Leguía en la presidencia, pues éste también prenió a los golpistas con ascensos que no estaban respaldados en los méritos netamente profesionales. Pero después de destituido Leguía en 1930 fue cuando la relación oligarquía-oficiales del ejército se estrechó definitivamente.

1968, año del ingreso del reformismo militar antioligárquico dirigido por el general Juan Velasco Alvarado.

El conflicto con los partidos de la época fue decisivo para el golpe de Estado de febrero de 1914. Se manifestó en relación con dos hechos principales: la nueva ley electoral y los enfrentamientos entre el congreso y el ejecutivo. Éstas dieron la razón formal para justificar su destitución final.

Billinghurst había recibido el apoyo de los diferentes partidos opuestos al civilismo leguista (el Civil-Independiente, el Liberal y el Constitucional) para llegar al gobierno. Pero ese mismo respaldo explicitaba una debilidad fundamental: el no contar con una fuerza política propia. Por ello, Billinghurst se vio obligado a buscar una mayoría parlamentaria que no dependiera de las alianzas frágiles que pudiera conformar con los partidos mencionados para poder llevar a cabo su plan de gobierno. Esto produjo agudos conflictos entre el ejecutivo y el congreso. La disputa entre los dos poderes empezó casi inmediatamente después de instalarse el nuevo gobierno. Según la Constitución vigente, la renovación del congreso se debía realizar por tercios. Ello implicaba que no necesariamente coincidían las elecciones presidenciales con las de los representantes congresales. Eso fue lo que ocurrió cuando Billinghurst asumió la presidencia, debiendo iniciar su gestión al lado de una mayoría parlamentaria leguista adversa o, por lo menos, nada afecta a los proyectos del gobierno⁴⁴.

El primer conflicto entre el congreso y el ejecutivo ocurrió en noviembre de 1912. Billinghurst presentó a las cámaras —en reuniones secretas— un informe relacionado con la adquisición de material bélico. Inmediatamente, el ministro de Guerra fue interpelado por el diputado leguista Rafael Grau⁴⁵. Finalmente, luego de una demora congresal para enviar por escrito los cuestionamientos de los representantes al ejecutivo, la ausencia de respuesta por parte de éste, desidias burocráticas y traslapes de papeles, el conflicto no pasó a mayores.

En octubre de 1912, Mariano H. Cornejo⁴⁶, el asesor de Billinghurst y polémico senador por Puno, propuso una reforma constitucional mediante la cual el ejecutivo tendría la facultad de elegir al presidente (suplantando la elección popular), con el propósito de que los parlamentarios dependieran directamente de él. Mediante este proyecto se buscaba que el ejecutivo, aun cuando no tuviera una representación parlamentaria considerable, contara con el poder suficiente para designar al candidato elegido por el gobierno. Si bien este proyecto de reforma fue

⁴⁴ Guerra Martiniere, *Historia general del Perú*, pág. 58.

⁴⁵ Hijo del almirante Miguel Grau, héroe del monitor *Huáscar*, con el que defendió las costas peruanas al inicio de la guerra con Chile.

⁴⁶ Mariano H. Cornejo (1867-1942), abogado arequipeño, fue un destacado orador y parlamentario. Diputado por Puno en varias oportunidades, también llegó a ser presidente de la Cámara de Diputados y de Senadores. En 1919 fue elegido presidente de la Asamblea Constituyente encargada de redactar la nueva constitución del segundo gobierno de Augusto B. Leguía (1919-1930). Además fue un diplomático destacado, cumpliendo sus principales misiones como plenipotenciario del Perú en Francia. Entre sus obras destacan *Discursos parlamentarios y políticos* y *Sociología*, por lo que se le reconoce como el primer sociólogo del Perú.

Cornejo se adscribía plenamente a las ideas positivistas en boga. Políticamente liberal, defendía ideas autoritarias, que justificaban un gran peso del papel del Estado para conseguir la paz y el orden.

rechazado por el senado —por considerar que lesionaba los deberes del parlamento—, el germen del conflicto congreso-ejecutivo había quedado sembrado.

En diciembre de 1912, en pleno debate sobre la nueva ley electoral, se produjo la censura al gabinete por un motivo aparentemente periférico. Ocurrió que un grupo de billinghurstistas atacó una imprenta —llamada Berrio— donde se editaba una hoja proleguiísta, *El Mosquito*, en la que se criticaba duramente a personajes ligados al gobierno, incluido el propio presidente. Al entender de los representantes parlamentarios, el ejecutivo no fue suficientemente ejemplar en el castigo a quienes protagonizaron el ataque. Como consecuencia, censuraron al gabinete, ocasionando la renuncia del primer ministro y de toda la plana ministerial⁴⁷. En represalia, Billinghurst retiró los proyectos que había sometido a consideración del congreso, produciéndose una nueva fisura entre ambos poderes. Según el Editorial de la revista *Varietades* (“De jueves a jueves”), esta actitud de Billinghurst equivalió a disolver al congreso “dentro de una legalidad de forma” (Lima, 28 de diciembre de 1912).

Muy pronto, en junio de 1913, Billinghurst reorganizó nuevamente su gabinete ministerial, eligiendo como presidente de ministros a Aurelio Souza, del debilitado Partido Demócrata. Si el anterior Consejo de Ministros fue acusado de servilismo ante la voluntad presidencial, el nuevo gabinete, de composición pluripartidaria, fue designado por Billinghurst —o así se interpretó en su momento— para otorgar estabilidad a su gobierno luego de unas accidentadas elecciones para renovar el tercio parlamentario, en las cuales abundaron las apelaciones y los reclamos por irregularidades.

El gobierno enfrentó un nuevo conato de crisis en julio de 1913, originado precisamente por la ausencia de una fuerza política organizada propia. Sucedió que la representación leguiísta, que tenía el control de las mesas directivas de las cámaras, maniobró —en las vísperas de instalarse el congreso ordinario— para incorporar fraudulentamente a dos representantes suyos y así consolidar su primacía. Como respuesta, Billinghurst alentó la formación de una organización paraestatal llamada Comité de Salud Pública, compuesto principalmente por refugiados de Tarapacá además de dirigentes obreros y artesanos, y tenía como objetivo crear el terror entre los opositores al gobierno⁴⁸. El Comité alentó el enfrentamiento directo y físico contra “los enemigos del gobierno”, especialmente leguiístas. Aparentemente, el hecho que instigó su creación fue un intento frustrado de las fuerzas leguiístas para asesinar al presidente el 28 de mayo de 1913. “El gran traidor” Leguía —según un volante del Comité—, junto con Augusto Durand, Rafael Villanueva y otros, planeaban asaltar la casa de Billinghurst para darle muerte. El Comité llamaba a tomar represalias contra los conspiradores, pues a los mencionados, decía uno de sus volantes, “debemos linchar sin misericordia”⁴⁹.

⁴⁷ Ante dicha crisis, Billinghurst designó al general Enrique Varela como presidente del nuevo gabinete, cargo en el que duraría muy poco, hasta febrero de 1913, pues Varela renunció para postular como senador por el recién creado departamento de Madre de Dios.

⁴⁸ Sobre los peruanos que fueron expulsados de Tarapacá por la xenofobia chilena ver el artículo de González Miranda, Sergio A., “De la solidaridad a la xenofobia: Tarapacá 1907-1911” (inédito).

⁴⁹ Es significativo el nombre y las funciones de este Comité de Salud Pública, pues porta una fuerte carga simbólica, ya que se inspira en *Le Comité de Salut Public*, que fue el encargado de llevar

La justificación de la existencia del Comité era: 1) que la fuente de poder residía exclusivamente en el pueblo soberano cuya voluntad el Comité decía representar; y 2) que el poder ejecutivo y el mismo presidente Billinghurst debían ser protegidos de todo acto antigobiernista. Esto exacerbaba el patriotismo justificando la sinonimia entre opositores al gobierno y traidores a la patria. El Comité de Salud Pública estuvo encargado de impedir la juramentación como vicepresidentes de la república de Roberto Leguía y Miguel Echenique, a quienes se les exigió su renuncia. Éstos, junto con Durand, según apareció en el *Boletín de El Huracán* (vocero del Comité), debían ser expulsados del país. Más aún, todos aquellos congresistas que no aceptaran las renunciaciones de ambos leguistas "[debían] pagar con sus vidas la infamia de sus actos". Dicho boletín terminaba amenazando: "Si el Congreso se mantiene hasta el 28 de julio en actitud hostil, guerra á él, pero guerra terrible y sin cuartel porque sobre todo está la soberanía del pueblo"⁵⁰.

Como el Comité de Salud Pública lo había anunciado, organizó movilizaciones en contra de Rafael Villanueva, presidente de diputados y connotado leguista, cuya casa atacó el 23 de julio. Al día siguiente, fecha prevista para la juramentación de los dos nuevos senadores que el leguismo quería introducir ilegalmente, contingentes compuestos por sectores populares acordonaron el congreso, decididos a no dejar pasar lo que consideraban una argucia planeada directamente por el ex presidente Leguía. Incluso llegaron a ingresar al congreso venciendo la resistencia de la guardia. Luego de escarceos, disparos de revólver y de una infructuosa mediación de un ministro, los grupos billinghurstistas se dirigieron a la casa de Leguía provocando el intercambio de disparos y ocasionando la muerte de uno de los defensores de la casa de aquél. Con el cadáver en hombros, la muchedumbre se dirigió a la casa de Billinghurst. Éste, luego de que los leguistas desistieron de continuar con su maniobra parlamentaria, ordenó la aprehensión del ex presidente y su destierro.

El conflicto entre una fuerza mayoritaria adversa al gobierno que controlaba el congreso por un lado, y el ejecutivo por el otro, reveló dos cosas: la profunda amenaza que sentían las elites oligárquicas y la fragilidad del gobierno. Esta debilidad quizás fue lo que llevó a Billinghurst a auspiciar una organización amedrentadora como fue el Comité de Salud Pública, hecho sintomático de la soledad política que ya empezaba a experimentar: de alcanzar la presidencia gracias a un movimiento multitudinario, Billinghurst terminó recurriendo a un pequeño grupo de activistas que utilizaban la fuerza como arma de combate político. Si las elites oligárquicas estaban descontentas con la política heterodoxa de Billinghurst, la aparición del Comité las volvió definitivamente en su contra.

Cuando Billinghurst inició su gobierno lo hizo bajo un formato de política populista democrática, y cuando éste fue interrumpido bosquejaba una de tipo fascista. No obstante, Billinghurst no cuajó un populismo democrático ni uno fascista pero sí anunció a ambos dentro del proceso político peruano. Por su parte, la

a cabo el gobierno de terror jacobino durante la Revolución Francesa, identificando enemigos, persiguiéndolos y eliminándolos. Ver Péronnet, Michel, *Vocabulario básico de la Revolución Francesa*, Crítica-Grijalbo, Barcelona, 1985, págs. 73-79.

⁵⁰ *Records of Department of State Relating to Internal Affairs of Peru, 1910-1929*, rollo 2.

temerosa oligarquía también tuvo su proceso de aprendizaje, expresado en ciertas formas de hacer política que —sin negar rasgos autoritarios y hasta fascistas en algunos casos— buscó acercarse al pueblo para sostener a los gobiernos de turno⁵¹.

En cierto momento, Billinghamurst trató de solucionar el conflicto político acercándose a los partidos en aras de llevar a efecto una “política nacional”. El problema que esto representaba se tradujo en la siguiente disyuntiva: si Billinghamurst quería hacer viable su gobierno tenía que negociar con los partidos a los cuales había criticado durante su campaña para presidente, lo cual le quitaría credibilidad ante los que habían apoyado su candidatura; pero si no buscaba establecer este tipo de alianzas por ser fiel a sus promesas electorales corría el riesgo de caer en la ingobernabilidad. Billinghamurst trató de solucionar el conflicto político al interior del mismo sistema de partidos que consideraba poco representativo. Como consecuencia, Billinghamurst debió cambiar nuevamente la composición de su gabinete. El nuevo Consejo de Ministros lo encabezó el general Enrique Varela, héroe de la Guerra del Pacífico, leal amigo de Billinghamurst y de gran ascendencia dentro del ejército. Al mismo tiempo, removió los cargos de las mesas directivas parlamentarias, los que fueron ocupados por miembros de los partidos Constitucional y del civilismo independiente. El Partido Liberal quedó fuera de la nueva estructura de alianzas y se plegó al leguismo, hecho que tendría importantes repercusiones en los sucesos posteriores. El presidente Billinghamurst tuvo que aceptar una dura realidad: el apoyo de las clases trabajadoras era insuficiente para el manejo del Estado. El punto crítico radicó en que Billinghamurst nunca tuvo como un proyecto prioritario el organizar a las clases subalternas que habían permitido su ingreso a Palacio, como si lo harán en las décadas posteriores los populistas latinoamericanos.

El otro aspecto relacionado con el conflicto gobierno-partidos es la propuesta presidencial de una nueva ley electoral. En diciembre de 1912, según Margarita Guerra, “se propuso el proyecto de ley provisional para 1913, en el cual desaparecía la Junta Electoral Nacional y sólo subsistían las juntas electorales de provincias [...] Los autores fueron Alberto Ulloa, Wenceslao Vera, Aurelio Souza y Gerardo Balbuena”⁵². Además, el proyecto establecía que la elección de los miembros de las juntas de provincias debería realizarse por los contribuyentes en asamblea pública. La Corte Suprema tendría la capacidad de declarar la validez o no de las elecciones. El propósito central del proyecto era descentralizar las elecciones y sancionar los fraudes electorales que se habían convertido en el sostén de los poderes locales. Por ello, el proyecto no fue bien visto por los partidos representados en el congreso.

Sin embargo, el gobierno, ante la necesidad de procurarse de una fuerza propia parlamentaria, impuso su voluntad y promulgó la ley. Su error fue caer en los vicios criticados a los gobiernos precedentes. Los resultados de las elecciones del 25 de abril de 1913 estuvieron lejos de alcanzar los objetivos formalmente expre-

⁵¹ Dos ejemplos de ello son los gobiernos —en los años treinta— de Luis Miguel Sánchez Cerro y de Oscar R. Benavides —ambos fascistas— y del populismo autoritario del general Manuel A. Odría en los años cincuenta. Los tres, si bien se caracterizaron por ejercer el poder de manera vertical y represiva, no por ello descuidaron el tender ciertos puentes con las clases subalternas mediante diversas estrategias como el impulso al deporte o a la educación, por poner sólo dos casos.

⁵² Guerra Martinieri, *Ibidem*, pág. 59.

sados. Por la gran cantidad de solicitudes de reconsideración (46) que recibió la Corte Suprema ésta se vio obligada a anular varios resultados al comprobar procedimientos ilícitos (coacción, hostilidad, prisión de candidatos y electores, persecución y actos de violencia). Incluso, la Junta Escrutadora declaró nulas las elecciones para diputados en Lima.

Parecido conflicto causó el pedido que hizo el gobierno al congreso, en el sentido que le otorgara la facultad de nombrar a un nuevo Consejo Municipal de Lima como salida intermedia entre la última elección —anulada por los múltiples vicios que se detectaron— y una nueva que convocaría el gobierno. Pero el propio Billingham, a fines de 1913, retiró su pedido en aras de una relación menos tensa con el congreso. Poco después, el presidente ofreció unas palabras al congreso y dijo que no estaba satisfecho con lo realizado por su gobierno y que en adelante buscaría ser conciliatorio. A pesar de tales buenas intenciones, a fines de octubre e inicios de noviembre de aquel año, el gobierno se enfrascó en otra pugna con el congreso, esta vez por motivo del presupuesto anual del ejecutivo. El proyecto presupuestal enviado por el gobierno fue cuestionado por la Cámara de Diputados, señalando que los cálculos estaban equivocados y que el rubro de ingresos debía ser mayor (por “razones científicas”) a lo que la propuesta del ejecutivo señalaba. Este entrampe no fue solucionado rápidamente y, por el contrario, los representantes se dedicaron a discutir otros asuntos de menor importancia hasta que el período de la legislatura ordinaria concluyera. Los congresistas supusieron que el presidente convocaría a sesión extraordinaria, pero éste se negó rotundamente y ordenó retirar el proyecto presupuestal del congreso con la intención de que el ejecutivo lo aprobara de modo directo, vía un Decreto Supremo. Como consecuencia, renunciaron los ministros de Hacienda y Relaciones Exteriores, provocando una nueva crisis ministerial. Este incidente marcó el inicio del fin del antecedente del populismo peruano.

A fines de noviembre de 1913 ya corría el rumor de que el gobierno declararía cerrado el congreso. Ello creó un ambiente de crisis e inestabilidad. Incluso, para ese entonces ya se pensaba que existía una causa común entre “el conflicto político” (no resolución de la crisis ministerial por parte del gobierno sino hasta fines de diciembre, y conflicto con el congreso) y “la agitación obrera”. A inicios de 1914 ya se hablaba de que el gobierno pretendía disolver el congreso y convocar a elecciones para una nueva Constituyente. Un historiador tan respetable como Jorge Basadre, considera auténtico el Decreto de Disolución que publicó extraoficialmente *La Prensa*, que ya había abandonado al billinghamismo y se ubicaba en la oposición.

En el mencionado decreto se planteaban catorce reformas constitucionales, las cuales serían aprobadas vía un Plebiscito Nacional. El inspirador del proyecto de disolución del congreso era el senador Comejo, quien había propuesto el siguiente conjunto de reformas constitucionales: renovación completa del congreso y la eliminación de suplentes; reducción del número de representantes; supresión de los vicepresidentes (el presidente del Senado sería quien remplazaría al presidente de la nación, dado el caso); supresión de la iniciativa parlamentaria en materia de gastos públicos (los sueldos de los funcionarios dependerían del ejecutivo); automaticidad de legislatura extraordinaria por necesidad de aprobación del presupuesto; concesión de premios o gracias sólo con autorización del ejecutivo; la asistencia social

asumida por el Estado; incompatibilidad entre funciones parlamentarias y administrativas, excepto en el caso de ministros de Estado; responsabilidad de los ministros ante el parlamento pero sin enfrentamientos; establecimiento del referéndum o plebiscito; alargamiento del período presidencial a cinco años.

El gobierno se proponía modificar desde sus bases los criterios de representación política para socavar los fundamentos del caciquismo parlamentario que significaba la sobrerrepresentación de los poderes locales en el congreso. De haberlo conseguido, hubiera alterado sustancialmente la legalidad oligárquica fundada en los años 1894-1895. Frente a tal proyecto, todas las fuerzas políticas se colocaron en franca oposición al presidente Billinghurst.

Ante tal situación, las alianzas se modificaron significativamente, dejando a Billinghurst en una soledad política absoluta. La oposición, en ese momento, estaba conformada por antiguos aliados del gobierno (como el liberal Durand, constitucionalistas y Alberto Ulloa, director de *La Prensa*), además de sus enemigos de siempre (leguistas, la familia Prado y el ejército). Éstos conformaron un "Comité Parlamentario" y redactaron un documento en el que protestaban contra el plan gubernamental, pedían declarar la vacancia de la presidencia, e invitaban al pueblo a defender los fueros del congreso.

Enseguida, Billinghurst apeló nuevamente a las clases populares para llevar a efecto sus reformas y enfrentarse a las fuerzas políticas opositoras. La respuesta de los sectores trabajadores fue de decidido apoyo. La *Asamblea de Sociedades Unidas* y la *Federación Marítima y Terrestre del Callao* expresaron su total respaldo al presidente. El 27 de enero, La *Confederación de Artesanos* también le ofreció su apoyo incondicional en defensa de —según sus palabras— los grandes intereses de la patria y en contra de las ambiciones de los políticos inescrupulosos. Similares manifestaciones se realizaron en Arequipa, Trujillo y en Cuzco, en donde se congregó una multitud de 10.000 personas en una marcha progobiernista⁵³. Esta cantidad de gente congregada puede parecer exigua, pero recordemos que el apoyo a Billinghurst en las "jornadas cívicas" (el momento de su auge), en Lima (la ciudad más politizada del país), fue de 20.000 personas.

A inicios de febrero, el gobierno declaró orden de inamovilidad en Lima y Callao. El día 2 mandó allanar el Club de la Unión y apresó a varios congresistas, mientras algunos de ellos (como Ulloa) se asilaron en embajadas como la de Brasil. Al mismo tiempo, la casa de Durand fue atacada, y *La Prensa* clausurada el 3 de febrero⁵⁴. En Lima comenzaron a circular más de ochenta coches con gente armada que gritaba a favor de Billinghurst. Frente a la crítica situación, Billinghurst tuvo la opción de disolver el congreso y convocar a nuevas elecciones⁵⁵. Peter Blanchard, afirma que el presidente prefirió actuar dentro de las formas legales. Sin embargo, se trata de un momento muy oscuro de este gobierno, pues si bien algunos (como Basadre) se sienten inclinados a creer que el presidente planeaba disolver el congreso, el propio Billinghurst rechazó tajantemente dicha acusación.

⁵³ Blanchard, ibídem, pág. 268.

⁵⁴ Guerra Martiniere, ibídem, pág. 62.

⁵⁵ Blanchard, ibídem, pág. 267.

A las 6 de la mañana del 4 de febrero de 1914, Billinghurst fue depuesto de la presidencia por medio de un golpe militar encabezado por el coronel Oscar R. Benavides, quien el día anterior había sido destituido por Billinghurst de su puesto de jefe del Estado Mayor General del Ejército⁵⁶. Las fuerzas golpistas ingresaron primero al cuartel Santa Catalina dando muerte al general Varela, luego se dirigieron a Palacio y obligaron a Billinghurst a dimitir.

Mientras las elites oligárquicas celebraban⁵⁷, lo que llama la atención, como destacan María Cristina Rossel y Ernesto Yepes⁵⁸, es que aquellas muchedumbres que apoyaron tan entusiastamente a la candidatura de Billinghurst en 1912 y se manifestaron progobiernistas hasta el día anterior al golpe, no salieran a las calles para impedir la destitución de su presidente. Parte de la explicación a este hecho quizás radique en que el presidente Billinghurst no buscó nunca volver orgánica su relación con las clases populares. En otras palabras, no se comportó de la manera clásica a como lo hicieron los populismos latinoamericanos posteriores: fundar un partido único controlado por el ejecutivo, anular a la oposición por la fuerza, hacerse uno con la masa, formar sindicatos y gremios que dependieran umbilicalmente del Estado dirigido por el propio caudillo, entre otras medidas.

LAS OPCIONES DE BILLINGHURST

Luego de revisar el corto y turbulento gobierno de Billinghurst es legítimo preguntarse si el desenlace ocurrido era inevitable, o si el mencionado presidente tuvo otras alternativas a su mano que le hubieran permitido manejar la situación de manera más favorable a sus intereses. De la forma como se sucedieron los hechos, la crítica situación política desbordó a Billinghurst y éste no pudo enfrentarla de una manera que revirtiera a su favor. No obstante, tuvo ante sí tres posibilidades por lo menos.

a) Plegarse a la oligarquía y enterrar todo vestigio de proyecto reformista. Ello le hubiera otorgado estabilidad política pero a costa de alejarlo de las clases subalternas que lo habían apoyado tan decididamente en las "jornadas cívicas" de 1912. Esta salida era imposible tanto por las diferencias sustantivas de los proyectos políticos de Billinghurst y de las elites oligárquicas, como por el rencor que aquél sentía contra éstas, a las que acusaba de no tener sentimiento patriótico y de ser pusilánimes, como consideraba que se mostraron durante la Guerra contra Chile.

⁵⁶ Cargo para el cual fue nombrado por el propio Billinghurst vía Resolución Suprema del 17 de octubre de 1913. *El mariscal Benavides. Su vida y su obra*, Editorial Atlántida, Lima, 1976, pág. 209.

⁵⁷ Por ejemplo, Ramón Aspillaga, hermano de Ántero, el candidato civilista a quien Billinghurst derrotó en 1912, decía que con el golpe del 4 de febrero se ha derrotado a la insolencia de las masas. (En Blanchard, *Ibíd.*, pág. 270). Y Pedro Oliveira, en un homenaje ofrecido a los hermanos Prado, atacaba "la audacia irrespetuosa, insolente, y demoledora de las clases bajas, estimuladas por la ambición enfermiza de un plutócrata, predispuesto a la omnipotencia". (Tomado de Coronado del Valle, Jaime, "El gobierno de Billinghurst y la emergencia de la clase obrera. 1912-1914", UNMSM, Lima, setiembre de 1986, sin n/p).

⁵⁸ Rossel, María Cristina y Ernesto Yepes, "La caída de Billinghurst: crónica diplomática de un golpe de Estado", en *Análisis* núm. 12, Lima, primer semestre de 1983.

b) Movilizar a obreros, artesanos y campesinos (éstos no fueron centrales en la política *billinghurstista*) para proveerse de una fuerza social propia —dirigida desde el aparato estatal— que le permitiera enfrentarse a las elites oligárquicas a la manera como lo hicieron diferentes gobiernos populistas de América Latina en los años treinta con los frentes populares⁵⁹. Por el contrario, Billinghurst se alejó de las clases subalternas —que en tiempos de soledad política pudieron haber sido su única fuerza real— y se apoyó en un pequeño grupo de carácter terrorista como el Comité de Salud Pública. Solo consiguió que la oligarquía se reagrupara en su contra.

c) Crear una alianza en la que se hubieran agrupado ciertos liberales (aun cuando provenientes de las elites oligárquicas)⁶⁰ y trabajadores con el propósito de viabilizar ciertas reformas que, sin modificar radicalmente el orden vigente, hubiera creado nuevos espacios de relación entre el Estado y las clases subalternas bajo un discurso nacionalista y democrático. Esta última alternativa era la más plausible de las tres señaladas, pero la estrategia desarrollada por Billinghurst lo llevó a un aislamiento político total, lo que se tradujo en un nulo apoyo cuando el golpe se hizo efectivo. Billinghurst no calibró en su justa medida el tipo de conflicto que estaba desarrollando en contra de la oligarquía, ni llevó hasta las últimas consecuencias la política populista que había emprendido. Una muestra de sus titubeos es la esperanza que tuvo en cierto momento de su gobierno de solucionar el *impasse* político con los partidos vigentes. Otra fue la negativa de movilizar a las clases subalternas en su enfrentamiento a las elites dominantes. La política *billinghurstista* se movió entre el rencor contra las elites oligárquicas y la desconfianza ante las clases subalternas, a pesar de los discursos conciliatorios que les dirigió. En cualquier caso, Billinghurst fue incapaz de consolidar lealtades.

APUNTES FINALES SOBRE LA IMPORTANCIA DEL BILLINGHURISMO

Evidentemente, Billinghurst cuestionó —aunque sólo a medias— las bases sobre las cuales se edificó el orden oligárquico, y esa fue la razón última que explica la interrupción de su mandato constitucional. Desde el punto de vista de las elites, Billinghurst se acercó en extremo a las clases populares. Esto produjo desaprobación y temor en los grupos dominantes. Para éstos, el riesgo de una revolución social era inminente. Pero lo que espantó de manera definitiva a las elites oligárquicas fue la incipiente militarización de la política que el *billinghurstismo* impulsó con la creación del Comité de Salud Pública. No obstante, Billinghurst puso en entredicho uno a uno los pilares del orden vigente. Su enfrentamiento con la Iglesia Católica amenazaba el soporte ideológico del orden oligárquico; con

⁵⁹ Que fue lo que hizo, por ejemplo, Lázaro Cárdenas en México, quien incluso apoyó a los obreros en sus conflictos con las clases propietarias.

⁶⁰ En efecto, hay que mencionar que el primer intelectual que se preocupó por crear una legislación que atendiera los derechos obreros fue un descendiente de una de las familias de mayor pro-sapia en el Perú: Luis Miro Quesada, quien, además, fue el fundador del primer Partido Socialista en el Perú. De igual modo se puede mencionar a Víctor Maurtua, Manuel Vicente Villarán, entre otros.

querer controlar al ejército intentaba socavar la capacidad de coacción con que contaban las elites para reprimir a las clases subalternas y así mantenerlas en sus linderos previamente definidos; con enfrentarse con los partidos, tocaba el nervio del sistema censitario característico del régimen oligárquico; y con el conflicto con el parlamento, cuestionaba el fundamento político de los poderes locales. Billinghurst preparó las condiciones para que las elites oligárquicas, aliadas con el ejército, lo desembarcaran efectuando el primer golpe de Estado del siglo xx en el Perú.

Con el golpe del 4 de febrero el ejército reingresaba a la escena nacional como una fuerza política, desbaratando el proyecto que, desde Piérola, fueron llevando a cabo los gobiernos civiles por mantenerlo dentro de sus funciones institucionales. Además, se estableció un patrón que sería común en las décadas siguientes después del oncenio leguista: el llamado civil-militarismo. En otras palabras, el ejército empezó a cumplir su papel característico del presente siglo: ser el cancerbero de la oligarquía.

A pesar de su forma innovadora de gobernar, a Billinghurst no puede considerársele plenamente populista, sino más bien una forma de transición hacia el populismo, pues si bien cuestionaba los moldes tradicionales de hacer política en los que se habían desenvuelto los gobiernos precedentes, sólo anunciaba los nuevos formatos políticos que se consolidarán desde los años veinte en adelante en el Perú. Las clases subalternas, no obstante su transitorio opacamiento, no desaparecieron como un actor relevante en la lucha político-social del Perú, pues su protagonismo estaba por adquirir nuevas características en los años posteriores, especialmente en los veinte, cuando sus sindicatos se consolidaron y emergieran corrientes ideológicas radicales y expresiones políticas de masas, como el marxismo y el aprismo. El billinghurstismo sólo fue el momento inicial —aunque derrotado— de constitución de las clases subalternas como actor político⁶¹ y de una nueva forma de relacionarse con ellas por parte del Estado para convertirse en su base ciudadana⁶².

⁶¹ Y esto es lo que lo hace distinto de gobiernos como el de Ramón Castilla o el de Nicolás de Piérola, por ejemplo, en quienes prevaleció una visión de las clases subalternas como si éstas fueran esencialmente reactivas, sin capacidad de organizarse y actuar políticamente.

⁶² Sobre la formación de ciudadanía en el Perú ver para el siglo xx: López, Sinesio, *Ciudadanos reales e imaginarios*, IDS, Lima, 1997, y para el siglo xix, Thurner, Mark, *From Two Republics to One Divided. Contradictions of Postcolonial Nationmaking in Andean Peru*, Duke University Press, Durham and London, 1977, entre otros.

ELECTORES, SUFRAGIO Y DEMOCRACIA EN CHILE: UNA MIRADA HISTÓRICA

Ricardo Nazer A.
Jaime Rosemblit B.

INTRODUCCIÓN

El principal protagonista del sistema democrático es el electorado, aquel conjunto de ciudadanos sobre los cuales la Constitución basa el ejercicio de la soberanía popular. El electorado existe en función del sufragio universal y su misión fundamental, a través del voto, es concurrir a la formación de la voluntad colectiva, sea para determinar los titulares de determinados cargos o roles concernientes al gobierno de una comunidad, sea para decidir acerca de asuntos que interesan a esta.

El sufragio para ser demostración de que es el pueblo el único detentor real de la soberanía debe ser universal, personal, obligatorio, secreto, además de libre, singular, directo e informado; sin embargo, lograr este tipo de sufragio ha sido producto de una evolución histórica en la cual cada nación ha tenido distinta suerte, siendo el caso de nuestro país bastante contradictorio al respecto. Si bien cumplió con muchas de estas características, desde fines del siglo pasado, en la práctica ha estado, y está, llena de obstáculos para alcanzar su verdadera plenitud democrática.

ELECTORES, SUFRAGIO Y DEMOCRACIA EN CHILE

El Chile Republicano (1810-2000) tuvo en una primera época un régimen electoral de tipo censitario (1810-1874). En este, a través de distintas disposiciones, se restringió el derecho a ciudadano y sufragio sólo a personas que cumplieran con requisitos de tipo educacional, ético, patrimonial, cultural, con lo cual la elección de las autoridades quedó en manos de un pequeño grupo de personas pertenecientes a la elite terrateniente y mercantil, que fue la que lideró el proceso independentista.

Un buen ejemplo de lo anterior era el reglamento electoral de 1810 que establecía el derecho a sufragio sólo a "individuos que por su fortuna, empleos, talentosa calidad gozan de alguna consideración en los partidos que residen siendo mayores de 25 años"; de igual manera se pronunció el reglamento de 1818 en el cual los requisitos eran "verdadero patriotismo, integridad, talento, desinterés, opinión pública y buenas costumbres". Por último a la luz de la Constitución de 1833 se dictaron varios reglamentos electorales que mantenían las disposiciones anteriores, pero asumía mayor importancia el aspecto patrimonial, tanto para sufragar como para ser elegido en algún cargo.

Dentro de este sistema, entre 1833 y 1874, se celebraron elecciones presidenciales (cada cinco años), en las cuales el presidente fue reelecto (gobiernos de de-

cenios: Prieto, Bulnes, Montt, Pérez). Las elecciones parlamentarias se realizaron también normalmente cada tres años, siendo el Senado renovado parcialmente (la duración en el cargo de un senador era de nueve años), mientras que la Cámara de Diputados era renovada totalmente cada tres años.

En cada una de estas elecciones el Poder Ejecutivo, el "Gran Elector", tenía el control total sobre el sistema electoral pudiendo de esta manera el Presidente saliente dejar instalado a un sucesor. De igual manera, tuvo siempre la mayoría absoluta en el Congreso al intervenir directamente en la designación de los candidatos y su elección. En la forma resultaba una república ejemplar frente al caudillismo militar de las naciones vecinas, pero en la práctica el poder era un juego de negociaciones, en salones de mansiones y corredores de casas de fundo, entre miembros de la elite chilena.

Esta situación no pasó inadvertida para los sectores liberales opositores a los gobiernos conservadores los cuales levantaron la bandera de la "libertad electoral" propugnando por una reforma del sistema. Esta reivindicación tuvo éxito a mediados de la década de 1870 cuando se produjeron una serie de reformas durante los gobiernos liberales. Entre las reformas destacaba la eliminación de la reelección presidencial (1870) y la promulgación de una nueva ley electoral (1874) llamada del sufragio universal, porque estableció por primera vez, el derecho a voto a los ciudadanos que supieran leer y escribir y poseían la renta necesaria para ser inscritos. Se habría entonces un nuevo capítulo en la evolución del sufragio: la ampliación "formal" del sufragio.

En la década siguiente se llevaron a cabo nuevas modificaciones que permitieron señalar claramente quienes estaban calificados para ejercer el derecho a sufragio. Así, en la reforma electoral de 1884 se estableció enfáticamente que el voto era secreto y que las mujeres no estaban calificadas para sufragar. Cinco años después, una nueva reforma propuso la creación de un registro electoral permanente, eliminándose los requisitos patrimoniales para tener la calidad de ciudadano y estableciendo una edad mínima para sufragar. Por lo tanto, a partir de 1888 eran "ciudadanos con derecho a sufragio los chilenos que hubieren cumplido 21 años de edad, que sepan leer y escribir y estén inscritos en los registros electorales del departamento".

Si bien la reforma electoral era un enorme avance respecto de la situación anterior quedaban fuera del sistema los menores de 21 años (más de la mitad de la población), las mujeres mayores de 21 años (que era la mitad de la población mayor de 21 años) los analfabetos (sobre el 60% de la población), con lo cual el sistema sólo permitía la participación de un reducido número de ciudadanos varones, mayores de edad, ilustrados, inscritos en los registros respectivos. De esta forma hacia 1888 el potencial electoral era el 10% de la población total, pero sólo estaba inscrito un 5% y ejercía su derecho a voto un 3,5%.

En 1890 se llevó a cabo una nueva reforma de la ley electoral que estableció con mayor precisión el funcionamiento del sistema eleccionario, poniéndose especial énfasis en la confección de los registros electorales por subdelegaciones. Asimismo, se adoptaron provisiones tendientes a garantizar el carácter secreto del sufragio. Igualmente se consagró un sistema de voto acumulativo que permitía garantizar la representación de las minorías en el Congreso Nacional.

Otro cambio importante en el sistema fue la derrota del Presidente Balmaceda en la "Guerra Civil de 1891" que significó establecer un régimen parlamentario, en que la autoridad del Presidente quedaba muy disminuida. En consecuencia el Congreso entró a desempeñar un papel preponderante en los negocios públicos imponiéndole al primer mandatario gabinetes que gozaran de su confianza. Para implantar el sistema no fue necesario modificar la constitución: bastó interpretarla desde un punto de vista parlamentarista.

Así el sistema parlamentario implantado, al reducir la autoridad del Presidente, convirtió a éste en una figura más o menos decorativa, que no tenía una papel fundamental en la marcha del país. Como sus ministros debían gozar de la confianza del Congreso, tenía que adecuar su acción según el parecer de la mayoría de esa corporación. De esta manera la condición de parlamentario adquirió una situación de poder que convirtió la elección del cargo en un acto casi tan importante como la propia elección presidencial.

Frente a esta situación y la conformación formal de un sistema electoral con sufragio "universal" de mayor participación ciudadana, con registro electoral y voto secreto, surgió con fuerza la manipulación del sistema, mediante la intervención de los registros electorales, el cohecho y el fraude, con el fin de obtener por parte de los señores de la elite los soñados sillones de Senadores y Diputados. Fácilmente un sillón parlamentario podía costar varios millones de pesos a los candidatos siempre dispuestos a gastar sus fortunas en adquirir los honores y privilegios del cargo.

Como el manejo del sistema estaba en manos de los municipios (inscripción, registros y votaciones) y los alcaldes y regidores no eran controlados por el ejecutivo sino por los partidos que ganaban las elecciones municipales, se llevó a cabo una completa manipulación del sistema por parte de los partidos (manipulación que hasta 1891 estaba en manos del ejecutivo). Esta situación quedó clara hacia 1912 cuando los inscritos superaban el potencial electoral (inscripciones falsas, votación per secula de los muertos, doble inscripción, etc.), como demostración de la crisis del sistema.

Ante la clara manipulación del sistema y la corrupción electoral imperante (ante la vista gorda de los municipios) se realizó una modificación del régimen electoral (1915), que significó el traspaso del sistema de los municipios a una Junta Especial de Contribuyentes. A su vez se organizó un padrón electoral permanente que se renovaba completamente cada nueve años. Así el primer padrón permanente sirvió para las elecciones parlamentarias de 1915, 1918 y 1921. Después se cancelaron los registros y se formó un nuevo padrón que comenzó a ser efectivo en 1922.

La reforma electoral de 1915 significó una mayor transparencia de los registros electorales, como queda demostrado en el cuadro de la participación electoral, al disminuir los 593 mil inscritos de 1912 a 184 mil en 1915. Esta última cifra era alrededor del 32,5% del potencial electoral y representaba el 5,1 % del total de la población nacional, registrándose una abstención del 18%. Estas cifras daban cuenta de un avance en la normalización del padrón electoral. En la década siguiente el padrón electoral continuó aumentando en la medida que crecía la población y disminuía levemente el analfabetismo, alcanzando hacia 1925 a 300 mil inscritos

que representaba el 40% del potencial electoral; sin embargo, los inscritos sólo representaban el 7,6 % de la población nacional y los votantes un 3,4%, registrándose una abstención del 50%¹.

Frente al saneamiento del padrón electoral sólo quedó en manos de los partidos el cohecho y el fraude para manipular las elecciones, práctica que se extendió rápidamente. Esta situación era posible debido a un sistema de votación en el cual la cédula electoral era confeccionada por los propios candidatos, a su costo, las cuales eran dejadas en la cámara secreta. El elector al llegar a la mesa recogía un sobre con el cual entraba a la cámara, una vez adentro elegía un voto y lo depositaba en el sobre, para luego salir y depositarlo en la urna. Este sistema permitía a los partidos, a través de la cobertura territorial urbana y rural de las llamadas "secretarías de los partidos", realizar una serie de prácticas de cohecho y fraude.

La primera era la compra del voto u obligar a votar por determinado candidato. Para llevar a cabo esta maniobra se reunía a los votantes en las secretarías de los partidos el día de la elección o bien en algún lugar determinado (fundo) y se les entregaba un sobre con el voto listo ("sobre brujo"). Luego eran llevados a sufragar. El elector entraba a la cámara secreta retiraba un voto y lo escondía junto con el sobre recibido en la mesa de votación. Acto seguido depositaba el voto entregado por el partido y se retiraba para recibir su "premio". Otras maneras de cometer fraude era la elaboración de votos del candidato opositor con errores, para que de esta manera fueran declarados nulos. Otra manera era realizar "encerronas" (comida, trago y mujeres) de votantes proclives al candidato opositor para que de esta manera no sufragaran.

Si bien la práctica de cohecho significaba una clara manipulación del sistema electoral y por tanto de la voluntad popular, la reforma electoral de 1915 dejaba una luz de esperanzas para aquellos que quisieran avanzar hacia el cambio social a través del sistema imperante (radicales, demócratas, obrero-socialista): la posibilidad de obtener logros políticos dentro del sistema. Sus enemigos eran claramente la falta de conciencia de quienes vendían su voto y las condiciones de dominación social que permitían a algunos obligar a otros a votar por sus candidatos. De esta manera la educación y toma de conciencia política del obrero y del campesino y la denuncia al cohecho fueron banderas de lucha de los movimientos políticos liberales, radicales, demócratas y comunistas en la década del 20 y siguientes.

La posibilidad de una mayor participación electoral y la mayor transparencia del sistema electoral permitieron que en la elección parlamentaria de 1918 triunfaran los liberales y radicales, sobre las fuerzas conservadoras, situación considerada como la primera "rebelión del electorado". Esta victoria permitió que un líder populista como Arturo Alessandri Palma encarnara los anhelos de cambio social de la sociedad chilena, especialmente de la emergente clase media e incipiente proletariado industrial urbano, obteniendo una notable victoria en la elección presidencial de 1920. Sin embargo, la frustración de los grupos emergentes frente al inmovilismo del nuevo gobierno y las dificultades económicas desatadas por la decadencia de la industria salitrera (el "sueldo de Chile" en la época), llevaron a

¹ Esta referencia estadística y las siguientes tiene como base el cuadro estadístico "Participación electoral chilena en el siglo xx" al final del artículo.

una crisis del sistema político: la salida a la crisis fue la promulgación de una nueva Constitución en 1925.

La Constitución de 1925 introdujo innovaciones al sistema político y electoral. En primer lugar sustituyó el régimen parlamentario por uno presidencialista, aumentando el mandato presidencial de cinco a seis años, su elección era en votación directa, resultando ganador quien obtuviera sobre el 50% de los votos, en caso contrario se pronunciaba el Congreso. Por otra parte se reafirmó que la Cámara de Diputados se componía de miembros elegidos en votación directa, sobre la base de los departamentos o de las agrupaciones departamentales, siendo su renovación total cada cuatro años. El Senado, por su parte se componía también por miembros elegidos en votación directa, pero sobre la base de agrupaciones provinciales. Duraban en su cargo 8 años, siendo renovado el Senado por mitades cada cuatro años. Por último la Constitución señalaba el principio de representación proporcional, método D'Hondt, de la más fuerte media con cifra repartidora, que aseguraba la representación parlamentaria de las minorías políticas.

La totalidad del proceso electoral quedaba fiscalizado por un Tribunal Calificador de Elecciones, compuesto por cinco miembros elegidos por sorteo entre destacadas personalidades del mundo político y judicial. Respecto del sufragio la nueva Constitución señalaba que eran "ciudadanos con derecho a sufragio los chilenos que hayan cumplido veintiún años de edad que sepan leer y escribir y estén inscritos en registros electorales. Estos registros serán públicos y valdrán por el tiempo que determine la ley. Las inscripciones serán continuas y sólo se suspenderán en los plazos que la ley señale. En las elecciones populares el sufragio será siempre secreto".

Nuevamente quedaban fuera del sistema las mujeres y los analfabetos, los cuales eran la gran mayoría de habitantes del país. Esta situación, respecto de las mujeres, se mantuvo en las presidenciales y parlamentarias, hasta 1952, razón por la cual la masa electoral creció, entre 1925 y 1949, en proporción del aumento de la población, perdiendo cada vez más incidencia el analfabetismo, en la medida que este disminuía especialmente en la población urbana.

Al mismo tiempo, en términos porcentuales, los inscritos respecto del total de la población eran alrededor del 10% y respecto del potencial electoral un 50%. Así mismo los votantes respecto de la población nacional alcanzaban al 8%, siendo la abstención alrededor del 21%. Quedaba claro que el cambio constitucional y el surgimiento de nuevas fuerzas políticas no significó cambios de trascendencia respecto de la situación anterior, en lo que respecta a porcentajes de participación (período 1915-1925).

Otro mecanismo que no experimentó cambio fue el sistema de votación, manteniéndose la elaboración por parte de los partidos de la cédula electoral, situación que se prestaba para la vigencia del cohecho y el fraude. Producto de esta situación el nuevo sistema político, normalizado a partir de la elección presidencial y parlamentaria de 1932, mantuvo la antigua estructura de las "secretarías de partido", donde se maneja una "clientela electoral", se elaboraban los votos y se organizaba el cohecho.

Una visión de la elección presidencial de 1938 da cuenta de la manera como la candidatura del "Frente Popular" organizó todo un sistema de propaganda des-

tinado a denunciar el cohecho y el fraude, educando a la masa popular para que no se dejara sobornar y votara en conciencia ("vende tu voto pero vota por el candidato del Frente Popular"). De igual manera partidos de izquierda el día de la elección asaltaban las "secretarías" de los partidos de derecha para denunciar el soborno o atacaban a los llamados "corderitos" cuando eran acarreados en masa a depositar el voto del "cohecho".

Frente a la situación los partidos de Derecha presionaron al gobierno de Pedro Aguirre Cerda con abstenerse de participar en las parlamentarias de 1944, por considerar que elementos de extrema izquierda asaltaban las "secretarías de propaganda" y no dejaban votar a sus electores. Como resultado surgió la ley N° 6.825 de 1941 que entregó a las Fuerzas Armadas el control total de las elecciones antes, durante y después de ellas. Así mismo se castigó el cohecho y se facilitó la denuncia ante los jueces. Si bien esta norma permitió que el acto eleccionario fuese pacífico, no impidió las situaciones de cohecho y fraude según las numerosas denuncias de la época.

Otro cambio importante, pero no trascendente hasta 1952, fue el sufragio femenino. A pesar que en la constitución de 1925 no se hizo mención del sexo para calificar al ciudadano, y por tanto no había discriminación escrita, las mujeres no participaban en las elecciones generales, tal como había sido la costumbre desde el siglo pasado. Sólo en 1934 mediante la ley N° 5.357 se otorgó el derecho a sufragio a las mujeres en las elecciones municipales, siendo su primera participación en la elección municipal de 1935 donde se inscribieron apenas 76 mil mujeres, equivalente a una cifra cercana al 15% del potencial electoral femenino y al 20% del total de inscritos, siendo el resto (80%) hombres.

El crecimiento del padrón electoral femenino fue lento, demostrando una escasa participación de la mujer en la vida política municipal. Hacia 1950 el número de mujeres inscritas alcanzaba sólo a 191 mil, siendo el potencial electoral femenino levemente superior al millón de féminas. Sólo en 1949, específicamente el 8 de enero, por la ley N° 9.292 las mujeres en Chile tuvieron derecho a voto en las elecciones de orden presidencial y parlamentaria, fecha que podríamos señalar de la instauración definitiva del sufragio universal, igualitario y secreto.

Este derecho fue ejercido por primera vez por las mujeres en la elección presidencial de 1952. En esta elección el potencial electoral casi se duplicó aumentando a 2.686.000 personas; sin embargo, sólo estaba inscrito un 41% producto de la ausencia masiva de las mujeres en el sistema electoral a pesar de tener el derecho a participar. Esto demuestra que el supuesto triunfo de Ibáñez por el voto femenino no es más que un mito, la respuesta al triunfo de Ibáñez esta en la expansión del electorado en la elección del 1952, donde votó el 17% del total de la población nacional mientras que en las anteriores (1932-1949) el promedio había sido en torno al 10% y por supuesto en la crisis del partido radical como partido eje de gobierno.

En el mismo año en que por primera las mujeres ejercieron el derecho a voto una nueva modificación se ventilaba con fuerza en los pasillos del Congreso: la creación de una cédula única para poner fin al viejo sistema de cohecho y fraude. Se proponía que el voto debía ser fabricado por el Estado y numerado para evitar las falsificaciones. Además se señalaba que el voto debía contener en un único

documento todas las candidaturas. Esta idea sólo vino a prosperar mediante la ley N° 12.889 de 1958 que creó la cédula única, confeccionada por el Estado y numerada, con lo cual el sistema de cohecho y fraude entró por fin en retirada.

El conjunto de cambios introducidos a partir de 1949 que buscaban hacer más transparente y participativo el sistema electoral se veía, sin embargo, frustrado por la escasa participación ciudadana, tanto en la inscripción como en las votaciones. De hecho en la parlamentaria de 1961 el potencial electoral alcanzaba a casi cuatro millones de chilenos, pero sólo estaba legalmente inscritos el 47%, igualmente se registraba una abstención del 27%, con lo cual participaban de la elección un poco más de un millón de sufragantes.

Para hacer frente a esta verdadera crisis de participación se realizó en 1962 una reforma electoral que simplificó considerablemente los procedimientos de inscripción electoral y estableció la obligatoriedad de la inscripción electoral, sin cuya certificación no podían realizarse muchos trámites no-políticos, como por ejemplo pagar contribuciones, obtener documentación para salir del país, postular a empleos, etc. El efecto de dicha medida fue inmediato, con un extraordinario aumento de la inscripción electoral. Comenzaba entonces un proceso de expansión del electorado, con la participación de miles de chilenos en las decisiones políticas, proceso que traería serias e impredecibles consecuencias.

Así en las elecciones presidenciales de 1964 de un potencial electoral de un poco más cuatro millones, estaba inscrito el 71% y la abstención había disminuido al 13%; las mujeres por su parte casi alcanzaban el 50% de los inscritos, con lo cual su integración al sistema estaba completándose después de casi 15 años de obtener dicho derecho. Esta participación continuó en aumento, como quedó demostrado en la elección presidencial de 1970, donde estaba inscrito el 72% del potencial electoral y la abstención fue de un 22%, participando en la votación casi tres millones de personas, equivalente al 30% del total de la población nacional.

El aumento de la participación se vería aún más estimulado por una modificación, vía ley N° 17.284 de enero de 1970, que disminuyó la edad para sufragar de 21 a 18 años. Al mismo tiempo eliminó el requisito de saber leer y escribir, conservando sólo el requisito de la inscripción en los registros electorales. Esta reforma, sin embargo, sólo entró en vigencia con posterioridad a la elección presidencial de 1970, entrando en vigencia en las trascendentales elecciones parlamentarias de 1973. Estas elecciones se transformarían en las más participativas del antiguo sistema democrático: estaba inscrito el 80,6% del potencial electoral (4,5 millones), equivalente al 44 % de la población nacional; voto el 81% de los inscritos (3,7 millones), registrándose una abstención del 18%.

Esta sería la última elección de la antigua democracia chilena. La crisis económica en que se debatía el país frente a los cambios radicales de la Unidad Popular y el boicot interno e internacional, agravaron el conflicto social y político en que se debatía el país, polarizando la convivencia nacional en un clima de enfrentamiento y odiosidades que la clase política fue incapaz de manejar mediante un consenso entre las fuerzas democráticas. El conflicto provocó inevitablemente un Golpe de Estado de la Fuerza Armadas encabezadas por el general Augusto Pinochet, el 11 de septiembre de 1973, derrocando al Gobierno de Salvador Allende, "con el fin de restablecer el sistema democrático".

Inmediatamente producido el golpe militar, la nueva autoridad procedió a definir la situación política y de gobernabilidad, emitiendo diferentes documentos. El primero de todos fue la constitución de una Junta de Gobierno, compuesta por los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas y el Director General de Carabineros, para "asumir el mando de la nación". Por el mismo acto se designó al general de Ejército Augusto Pinochet Ugarte como Presidente de la Junta (11 de septiembre de 1973).

Meses después se precisó que la Junta había asumido el ejercicio de los poderes Constituyente, Legislativo y Ejecutivo. Al mismo tiempo se dictaron una serie de bandos entre los cuales estaba el estado de sitio, toque de queda y otros destinados a controlar la situación y eliminar todo vestigio de oposición política o armada a la nueva situación. Al mismo tiempo, la Junta resolvió anular totalmente el régimen político y la participación democrática de la ciudadanía: primero se clausuró el Congreso y se declaró la vacancia de los cargos de senadores y diputados electos en marzo de 1973; luego se declaró la ilegalidad de los partidos de izquierda y el receso forzoso de los otros; más tarde se prohibieron las elecciones en sindicatos y organizaciones sociales; para finalmente declarar caducados los registros electorales, procediéndose a su destrucción física (20 noviembre de 1973).

Un nuevo paso se dio en junio de 1974 cuando se estableció el Estatuto de la Junta de Gobierno, disponiendo que todos sus acuerdos o decisiones se adoptarían por unanimidad de sus miembros, designándose al general Augusto Pinochet como jefe Supremo de la nación en virtud de su calidad de presidente de la Junta Militar. Un aspecto fundamental fue el que hacía relación con el ejercicio de los poderes constituyentes y legislativo, complementado con otro Decreto Ley (4 de diciembre de 1974), que le daba carácter modificatorio de la Constitución de 1925, a los decretos emanados de la Junta, situación que daba inicio a la derogación de las normas constitucionales de dicho cuerpo legal. Los otros órganos del Estado -Poder Judicial y Contraloría General de la República- perdieron su autonomía y se adaptaron a la nueva situación.

Esta medida se fue implementando por etapas, sobre la base de la promulgación de cuatro Actas Constitucionales: la primera, creó, como órgano asesor del ejecutivo, el Consejo de Estado, presidido inicialmente por el ex Presidente Jorge Alessandri; la segunda, estableció las "Bases esenciales de la Institucionalidad chilena"; la tercera, tenía relación con los "Derechos y deberes constitucionales"; y la cuarta, era relativa a los "Regímenes de emergencia". Todo un conjunto de legislaciones, que en la práctica reemplazaba la Constitución de 1925, en la búsqueda de darle legitimidad a una dictadura militar que se proyectaba a largo plazo.

Conjuntamente con la implementación de este verdadero sistema de gobierno que pretendía dotar de institucionalidad a un régimen dictatorial, la Junta de Gobierno se planteó la necesidad de elaborar un anteproyecto de Constitución, para lo cual se designó una comisión para que "estudie, elabore y proponga un anteproyecto de una nueva Constitución Política del Estado y de sus leyes complementarias". Esta comisión funcionó hasta el 5 de octubre de 1978, fecha en que entregó el anteproyecto de la constitución al general Augusto Pinochet, el cual la envió al Consejo de Estado para su opinión, como órgano consultivo en materias constitucionales.

El proyecto elaborado por el presidente del Consejo de Estado, Jorge Alessandri, fue entregado en julio de 1980. Para conocer su materia, la Junta de Gobierno designó un grupo de trabajo, abocado a estudiar los proyectos de la Comisión de Estudios y del Consejo de Estado. En definitiva, se aprobó un texto de 120 artículos permanentes, en 14 capítulos y 29 disposiciones transitorias. Este proyecto fue aprobado por el Presidente de la República, los miembros de la Junta y los ministros de Estado, promulgándose como D.L. 3.464, del 8 de agosto de 1980. A su vez el D.L. 3.465, de igual fecha convocó a plebiscito para su aprobación por la ciudadanía el 11 de septiembre de 1980.

Este paso dado por el gobierno militar, destinado a diseñar un itinerario de retorno a la democracia, sobre la base de la nueva constitución, tenía como antecedentes una serie de sucesos. En primer lugar, la presión internacional frente a las denuncias de violaciones de los derechos humanos, a las cuales se unió con fuerza Estados Unidos luego del asesinato en Washington de Orlando Letelier. En segundo lugar, este hecho desencadenó la "Enmienda Kennedy", que negaba el abastecimiento militar a Chile, justo en momentos de graves problemas limítrofes con los países vecinos.

Frente a la presión internacional el gobierno militar llamó a una consulta para demostrar el apoyo al gobierno: después de cinco años los chilenos eran llamados a "manifestar su opinión" en las urnas; sin embargo, las condiciones de participación resultaban muy diferentes a las conocidas por los chilenos con anterioridad al 11 de septiembre. La fecha de la consulta fue el 4 de enero de 1978, en ella podían participar todos los chilenos mayores de 18 años, se votaba con la cedula de identidad en cualquier recinto habilitado, el único control era el corte de una esquina de la cedula sellado luego con una cinta especial. El texto del voto señalaba "Frente a la agresión internacional desatada en contra de nuestra patria respaldo al presidente Pinochet en su defensa de la dignidad de Chile y reafirmo la legitimidad del gobierno de la República para encabezar soberanamente el proceso de institucionalidad del país: Sí - No".

El potencial electoral de la consulta alcanzó a más de seis millones de chilenos, de los cuales se abstuvieron de concurrir cerca de un 20%, resultando ganadora la opción de Sí con 75%, mientras la opción No alcanzó un 20,24% y los nulos un 4,76%. Naturalmente el ambiente de la elección fue totalmente restringido, con estado de excepción vigente, sin propaganda en muros públicos, sin oposición debido al receso político.

La legitimación buscada en la consulta no bastó para revertir la crítica internacional, situación que llevó entonces al gobierno militar a la disolución de la DINA (organismo de seguridad), siendo su jefe, el general Manuel Contreras, llamado a retiro (1977). Al año siguiente mediante el Decreto Ley 2.191 se concedió amnistía a los autores, cómplices o encubridores de hechos delictuosos ocurridos, durante la vigencia del estado de sitio, entre el 11 de septiembre de 1973 y el 10 de marzo de 1978. Todos estos elementos fueron configurando un nuevo ambiente para una nueva convocatoria a las urnas destinada a la aprobación de una nueva Constitución. Este se llevaría a cabo en un momento de extraordinaria recuperación que tenía el país -el promedio de crecimiento del PGB entre 1977 y 1980 fue de 8,2%- con la nueva política económica, que hacía a muchos hablar del "Milagro Chileno".

En este contexto se realizó el 11 de septiembre de 1980 el plebiscito de la Constitución de 1980. En esta convocatoria tuvieron derecho a votar los chilenos mayores de 18 años y los extranjeros residentes en Chile, las alternativas Sí o No. El resultado fue de 4.204.897 votos Sí (67,04%) y votos No 1.893.420 (30,19%), no hubo registros electorales y sólo se controló el voto con una marca de tinta indeleble en el dedo pulgar que salía rápidamente. Este resultado fue objetado por la oposición política, encabezada por el ex senador Patricio Aylwin, más otros 46 personeros, lo que fue rechazado por el Colegio escrutador. El texto fue promulgado el 21 de octubre de 1980 y comenzaría a regir el 11 de marzo de 1981.

A partir de esta fecha se habría un período de transición, dispuestas en las 29 disposiciones transitorias, destinadas a ser aplicables en el período llamado de transición, es decir entre el 11 de marzo de 1981 y el 11 de marzo de 1989. En este período se estableció la continuidad del general Pinochet, como Presidente de la República y de la Junta de Gobierno ejerciendo el Poder Constituyente y Legislativo. Esta situación se mantendría hasta el 23 de marzo de 1987, en que se iniciaba una segunda fase de la transición con la promulgación de una ley de partidos políticos, a partir de la cual comenzaba la cuenta regresiva para la designación de un nuevo Presidente de la República, Congreso Nacional y plena vigencia de la Constitución.

El procedimiento dispuesto para la designación del nuevo Presidente de la República, establecía que noventa días antes de expirar el mandato presidencial del general Pinochet, los comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y de Orden debían reunirse para designar reemplazantes (1988). Realizada la designación esta sería comunicada al Presidente de la República, quien debía convocar a plebiscito. Si en dicho plebiscito la ciudadanía aprobaba la proposición, el elegido asumiría el cargo el mismo día en que debía cesar el anterior (11 de marzo de 1989) en caso contrario se procedería a convocar a elecciones en un año más, permaneciendo dicho año el general Pinochet en su cargo.

Consolidada la nueva institucionalidad y la prolongación del mando del general Pinochet, el gobierno militar continuó con la aplicación de la nueva política económica y el conjunto de modernizaciones que esta comprendía. Sin embargo, una seria crisis financiera y económica entre los años 1981 y 1983 (el *IPC* cayó -14,1% entre 1981-1982 y la tasa de desocupación se elevó sobre el 20%), motivó una gran protesta social que reactivó la oposición política, la cual se expresó entre 1983 y 1986 en violentas movilizaciones sociales que exigían la renuncia de Pinochet y la vuelta inmediata a la democracia.

Resurgió entonces un sistema de partidos, en la cual la Democracia Cristiana y sectores socialistas renovados (articulados en la Alianza Democrática) planteaban una salida netamente política, mientras sectores comunista y socialistas, más grupos revolucionarios (MIR-FPMR), buscaban una salida político-militar al conflicto. Ambas alternativas pusieron en jaque al gobierno militar; empero, el agotamiento de sus movilizaciones, sumado a la recuperación económica a partir de 1985, más la cercanía del inicio del itinerario de transición diseñado en 1980, llevaron a sectores de la Alianza Democrática (DC, PS renovado, Radicales) a jugarse por derrotar al régimen dentro de sus propias reglas, es decir, en el plebiscito de 1988.

Así comenzó una salida negociada al conflicto político y social que dividía al país. El primer antecedente se dio en 1985 con la promulgación de la ley sobre

Tribunal Calificador de Elecciones y la apertura de los registros electorales, en 1986; luego, en marzo 1987, surgió la ley de partidos políticos, legalizándose varias organizaciones. Esta estrategia de la oposición política al gobierno militar suponía la inscripción masiva de los chilenos en los registros electorales (según la nueva legislación tienen derecho a inscribirse los chilenos mayores de 18 años edad) y la conformación y educación de vocales para lograr el objetivo de tener elecciones libres.

La respuesta de los chilenos fue extraordinaria: de un potencial electoral de 8.060.074 chilenos se inscribieron en los registros electorales el 92,96 % (7,4 millones), que a su vez representaba al 59,48% del total de la población nacional. Sin duda la más alta inscripción del siglo respecto del potencial electoral, resultando todo un respaldo de la ciudadanía a una salida política al conflicto político-social en que se debatía la sociedad chilena a fines de la década del ochenta. Sólo cabía una duda: ¿Estaría dispuesto el general Pinochet a reconocer una eventual derrota?

De acuerdo a lo programado, el 30 de agosto de 1988 la Junta de Gobierno decidió proponer al general Pinochet como Presidente de la República para el período 1989-1997 y posteriormente decretar la convocatoria a la ciudadanía para el 5 de octubre de 1988. Por primera después de 15 años los chilenos nuevamente participaban en un proceso electoral donde el voto era universal, personal, obligatorio, secreto, además de libre, singular, directo e informado. La respuesta fue notable participaron en la elección 7,2 millones de chilenos, con una abstención de sólo 2,47 %, la más baja del siglo, resultando ganadora la opción del No con casi el 60% de los votos.

El resultado adverso para el gobierno militar tuvo como inmediata consecuencia la convocatoria a elecciones parlamentarias y de Presidente de la República para el 14 de diciembre de 1989, manteniéndose en el intertanto el general Pinochet en la Presidencia. En los meses siguientes, después del plebiscito, se llevó a cabo un proceso de negociación política destinada a realizar un conjunto de reformas a la Constitución de 1980, cuya filosofía fundamental era la llamada "democracia protegida", es decir, se establecía un sufragio universal, personal, obligatorio, secreto (tenía derecho a voto todos los mayores de 18 años), pero esta soberanía se veía "burlada" por un conjunto de disposiciones legales que distorsionaban la voluntad popular.

La negociación política culminó con una reforma a la Constitución de 1980 (54 enmiendas), la cual fue sometida a plebiscito el 30 de julio de 1989, obteniendo un 87% de aprobación, con lo cual quedó, aunque cuestionada en su origen y forma, legitimada. Una gran negociación del régimen militar que veía legitimada la Constitución de 1980 y su "democracia protegida" con la permanencia de instituciones fundamentales para este efecto. Así se estableció excepcionalmente un período presidencial de 4 años -la Constitución señalaba 8 años-, el cual en 1994 fue cambiado a 6 años; aumentó el número de los senadores electos de 26 a 38 y se redujo los designados de 9 a 10; se mantuvo la permanencia del general Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército y su inamovilidad hasta marzo de 1988; además de numerosas reformas respecto de los Estados de Excepción, pluralismo en la legalización de partidos políticos, etc. Sin embargo, quedaban cuestionadas: la institución de los senadores designados, la inamovilidad de los comandantes en

jefe de la Fuerzas Armadas, la composición del Tribunal Constitucional, la composición y atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional y el sistema binominal que impide la representación política de las minorías políticas.

Confirmada la nueva carta fundamental, se llevó a cabo la elección presidencial y parlamentaria donde triunfa el candidato de la "Concertación de Partidos por la Democracia" Patricio Aylwin, dando inicio al nuevo sistema democrático, el cual se consolidó con la elección presidencial y parlamentaria de 1995, donde triunfa nuevamente el candidato de la "Concertación" Eduardo Frei Ruiz-Tagle, por el período 1995-1999. A pesar de las objeciones y permanentes intentos infructuosos de reformar la Constitución eliminando los llamados "enclaves autoritarios", el sistema político emergido a partir de 1989 se ha consolidado plenamente participando todos los actores políticos del espectro en sus ritos eleccionarios.

Desde la "mítica" elección del Sí y el No de 1988 hasta la parlamentaria de 1997 la participación política ha comenzado a disminuir sostenidamente: de partida los inscritos respecto del potencial electoral han disminuido de un 92,26% en 1988 a un 83,76 % en 1997, lo cual significa que más un millón de jóvenes no se ha inscrito, igualmente la abstención aumenta de un 2,47% en 1988 a un 14,34 % en 1997. En la última elección presidencial, donde por primera vez se puso en práctica el sistema de segunda vuelta, la participación ha continuado en descenso: los inscritos respecto del potencial de inscritos han disminuido a un 83,3%, es decir 1.619.912 personas se marginan voluntariamente del sistema, la mayoría jóvenes. Sin embargo, la competitiva elección significó una importante disminución de la abstención: un 10,06% en la primera vuelta y un 9,37% en la segunda.

CONCLUSIONES

La participación electoral de los chilenos en los dos siglos de república democrática ha sido un proceso de sostenido aumento, con una permanente demanda por mayor participación de los chilenos sin restricción de educación, sexo, patrimonio y limitaciones físicas. Estas fueron expresadas en permanentes movilizaciones políticas de los sectores progresistas de la sociedad chilena a lo largo del siglo xx. Resulta, sin embargo, lamentable observar, y a la vez significativo, que cuando la participación democrática había alcanzado su mayor expresión, con un sufragio verdaderamente universal y elevada participación electoral, estamos hablando de la elección parlamentaria de marzo de 1973, la democracia chilena terminaba trágicamente con un Golpe de Estado. Tuvieron que pasar casi dos décadas para que los chilenos volviéramos a participar de los ritos electorales, con un sistema de sufragio universal y la mayor participación del siglo, para "derrotar con un voto" a la dictadura militar, sin embargo, la ilusión de este proceso pronto fue decepción cuando el devenir de la nueva democracia mostraba su verdadera cara, la "democracia protegida", en consecuencia, así como en el pasado, es necesario volver a demandar y movilizarse para lograr algún día una verdadera democracia.

PARTICIPACIÓN ELECTORAL CHILENA EN EL SIGLO XX

Año	Tipo de Elección	Población	Potencial Electoral	Inscritos	Votantes	% Inscritos en Población	% Votantes en Inscritos	% Votantes en Población	% Inscritos en potencial	% Abstención
1900	Congreso	2.959.000	369.691	282.351	161.550	9,54	57,22	5,46	76,37	42,78
1901	Presidente	2.994.000	380.745	300.422	169.627	10,03	56,46	5,67	78,90	43,54
1903	Congreso	3.065.000	403.854	340.106	187.094	11,10	55,01	6,10	84,22	44,99
1906	Presidente	3.175.000	429.766	409.635	216.492	12,90	52,85	6,82	95,32	47,15
1909	Congreso	3.295.000	469.480	493.474	250.617	14,98	50,79	7,61	105,11	49,21
1910	Presidente	3.336.000	483.518	525.057	263.148	14,79	53,33	7,89	102,06	46,67
1912	Congreso	3.421.000	512.864	593.234	290.234	17,34	48,92	8,48	115,67	51,08
1915	Presidente	3.553.000	560.257	184.307	149.813	5,19	81,28	4,22	32,90	18,72
1918	Congreso	3.690.000	612.030	341.872	180.664	9,26	52,85	4,90	55,86	47,15
1920	Presidente	3.785.000	650.000	370.314	166.917	9,78	45,07	4,41	56,97	54,93
1921	Congreso	3.839.000	666.770	380.000	197.267	9,90	51,91	5,14	56,99	48,09
1924	Congreso	4.007.000	728.385	302.142	180.000	7,54	59,57	4,49	41,48	40,43
1925	Presidente	3.929.000	750.164	302.142	260.278	7,69	86,14	6,82	40,28	13,86
1925	Plebiscito	3.929.000	750.164	302.142	134.421	7,69	44,49	3,42	40,28	55,51
1927	Presidente	4.033.000	798.695	302.142	223.741	7,49	74,05	5,55	37,97	25,95
1931	Presidente	4.429.000	895.214	388.959	284.949	8,78	73,28	6,43	43,45	26,74
1932	Presidente	4.495.000	882.933	429.772	342.990	9,56	79,81	7,63	48,68	20,19
1937	Congreso	4.842.000	1.019.990	475.354	412.230	9,82	86,72	8,51	46,60	13,28
1938	Presidente	4.924.000	1.049.684	612.749	441.441	12,44	72,04	8,97	56,38	27,96
1941	Congreso	5.149.000	1.150.000	575.625	450.248	11,18	78,22	8,74	50,05	21,78
1942	Presidente	5.244.000	1.178.990	581.486	464.669	11,09	79,91	8,86	49,32	20,09
1945	Congreso	5.541.000	1.288.933	641.495	440.930	11,58	68,73	7,96	49,77	31,27
1948	Presidente	5.643.000	1.327.472	631.257	477.785	11,19	75,69	8,47	47,55	24,31
1949	Congreso	5.962.000	1.450.142	591.994	464.872	9,93	78,53	7,80	40,82	21,47
1952	Presidente	6.303.000	2.686.000	1.105.029	954.131	17,53	88,34	15,14	41,14	13,66
1953	Congreso	6.462.000	2.815.465	1.100.027	779.174	17,02	70,83	12,06	39,07	29,17
1957	Congreso	7.137.000	3.167.600	1.284.159	878.229	17,99	68,39	12,31	40,54	31,61
1958	Presidente	7.326.000	3.566.433	1.497.902	1.235.552	20,45	82,49	18,87	42,00	17,51
1961	Congreso	7.858.000	3.884.654	1.858.980	1.339.896	23,66	72,08	17,05	47,85	27,92
1964	Presidente	8.391.000	4.105.944	2.915.220	2.512.147	34,74	86,17	29,94	71,00	13,83
1965	Congreso	8.584.000	4.270.182	2.920.615	2.282.443	34,02	78,15	26,59	68,40	21,85
1969	Congreso	9.566.000	4.804.261	3.244.892	2.307.512	33,92	71,11	24,12	67,54	26,89
1970	Presidente	9.717.000	5.197.862	3.792.099	2.923.294	39,03	77,09	30,08	72,95	22,91
1973	Congreso	10.200.000	5.594.239	4.510.060	3.687.105	44,22	81,75	36,15	80,62	18,25
1978	Plebiscito	10.623.000	6.326.624	6.326.624	5.092.226	59,56	80,49	47,94	100,00	19,51
1980	Plebiscito	10.970.000	6.652.326	6.652.326	6.271.868	60,64	94,28	57,17	100,00	5,72
1988	Plebiscito	12.501.000	8.060.074	7.435.913	7.251.943	59,48	97,53	58,01	92,26	2,47
1989	Presidente	12.707.000	8.240.496	7.557.537	7.157.725	59,48	94,71	56,33	91,71	5,29
1989	Congreso	12.707.000	8.240.496	7.556.613	7.082.084	59,47	93,72	55,73	91,70	6,28
1993	Presidente	13.813.000	8.951.607	8.085.439	7.383.288	56,53	91,32	53,45	90,32	8,68
1997	Congreso	14.622.354	9.634.638	8.069.624	6.912.401	55,19	85,66	47,27	83,76	14,34
1999	Presidente	15.017.760	9.704.388	8.084.476	7.271.572	53,83	89,94	48,42	83,31	10,06
2000	Presidente (1ª vuelta)	15.017.760	9.704.388	8.084.476	7.326.553	53,83	90,62	48,79	83,31	9,38
	Presidente (2ª vuelta)									

1.- Población: Datos obtenidos de los Censos de la República aplicando las tasas de crecimiento para determinar la población de cada año. Censos 1907, 1920, 1930, 1940, 1952, 1960, 1970, 1982.

2.- Potencial electoral: Número de personas que reúnen los requisitos legales para estar inscritos en los registros electorales. Para determinar el número de ciudadanos por requisito de edad se usaron las pirámides de población por tramos de edad de los censos para determinarlo, asimismo la clasificación por sexo permitió eliminar las mujeres cuando no tenían dicho derecho; por último, los analfabetos

eran eliminados usando las porcentajes de analfabetismo sobre el total de la población en los censos.

3.- Inscritos: Personas que reuniendo los requisitos legales se inscribieron en el registros electorales.

4.- Votantes: Ciudadanos inscritos que concurrieron a emitir su voto en la respectiva elección.

Inscritos y votantes en: Atilio Boron: *La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación en los intereses populares: el caso de Chile*. Santiago, 1971 y Ricardo Cruz Coke: *Historia electoral de Chile: 1925-1973*, Santiago, 1984.

BIBLIOGRAFÍA

- Atilio Boron: *La evolución del régimen electoral y sus efectos en la representación en los intereses populares: el caso de Chile*, Santiago, 1971.
- Ricardo Cruz Coke: *Historia electoral de Chile: 1925-1973*, Santiago, 1984.
- Eduardo Hamuy. "El proceso de democratización fundamental", en *Estructura social de Chile* de Hernán Godoy, Santiago, 1971.
- Julio Heise: *Historia de Chile. El periodo parlamentario, 1861-1925*, Santiago, 1982.
- Gonzalo Vial: *Historia de Chile, 1891-1973*, Santiago, 1981.
- Simon Collier y William Sater: *Historia de Chile, 1808-1994*, Santiago, 1999.
- Bernardino Bravo Lira: *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile, 1924-1973*, Santiago, 1978.
- Tomas Moulian: *Chile Actual, anatomía de un mito*, Santiago, 1997.
- Alejandro Silva Bascuñan: *Tratado de derecho constitucional*, Santiago, 2000.
- Germán Urzúa Valenzuela: *Historia política de Chile y su evolución electoral (desde 1810 a 1992)*, Santiago, 1992.
- René Millar: *La elección presidencial de 1920, tendencias y prácticas políticas en el Chile parlamentario*, Santiago, 1982.
- Mariana Aylwin y otros. *Chile en el Siglo xx*, Santiago, 1990.
- Instituto Nacional de Estadísticas: *Chile: estimaciones y proyecciones de población por sexo y edad total país: 1950-2050*, Santiago, 1998.
- Instituto Nacional de Estadísticas: *XII Censo de población I de vivienda realizado el 24 de abril de 1952*, Santiago, 1953.

HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA COLONIAL. TEMAS Y DEBATES DEL PASADO; SIGNIFICACIONES DEL PRESENTE

Eduardo Cavieres F.

Se acostumbraba a decir que Chile es un país de historiadores y, en el tiempo, efectivamente, éstos han tenido un lugar destacado en el mundo intelectual del país. Hace algunas décadas atrás, los historiadores, y la historia, eran relevantes en las discusiones acerca de las significaciones del pasado y los siempre anhelados proyectos de desarrollo nacional. No obstante, debe recordarse que la historiografía marcha con las contingencias y procesos de la historia y que, en estas inter-relaciones, los problemas y los intereses van cambiando según las preocupaciones más sentidas de la sociedad en un tiempo determinado.

Los historiadores que conformaron esas generaciones de reconocido prestigio, tenían sus actitudes y visiones del mundo y, respondían, igualmente, a ciertos sentimientos nacionales. Tenían, indudablemente, sus propias valoraciones y, a pesar de que posteriormente fuesen fuertemente criticados como conservadores, positivistas, tradicionales, etc., supieron responder a sus tiempos y, además, pudieron realizar aportes básicos al conocimiento de nuestro pasado que, hoy en día, vuelven a ser revalorizados. De ello da cuenta, por ejemplo, la reciente reedición de la *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana. En lo general, se trató de una historiografía muy aplicada a la historia colonial, pero al mismo tiempo, muy caracterizada por un espíritu humanista, de gran formación universal. La galería de los historiadores es muy extensa. Quizás si bastaría con recordar a Jaime Eyzaguirre y su historia institucional acerca de las causas de la independencia.

Precisamente, hacia los años 1960, uno de los debates nacionales se centraba en el tema de la transición colonial al período republicano lo cual, evidentemente, llevó a plantearse frente a todo el carácter y a la herencia colonial como igualmente a los cambios efectivos que se pueden visualizar a partir de su término. A la obra de Eyzaguirre, inserta dentro de la corriente hispanista surgida desde los años 1940, se sumaron la interpretación marxista de Ramírez Necochea y el libro de Sergio Villalobos, en gran parte respuesta a Ramírez sobre el comercio y la crisis colonial. La historiografía colonial chilena comenzaba a cambiar en su carácter y en la búsqueda de sus significaciones.

La situación correspondía a las nuevas discusiones intelectuales e ideológicas en que se movía América Latina. Aunque ello repercutió quizás muy débilmente en nuestra historiografía colonial, al menos en lo que concierne a tipos de análisis y determinados contextos teóricos, igualmente hay que considerar las motivaciones despertadas por un amplio trabajo de historiadores que sin responder directamente a esos debates, desarrollaron investigaciones que generaron un conocimiento mucho más completo y específico sobre situaciones parti-

culares y no consideradas detalladamente hasta entonces. A comienzos de la década de 1970, parte importante de las reflexiones del momento se centraron en los proyectos y actividad del rápidamente desaparecido Centro de Investigaciones de Historia Americana de la Universidad de Chile. De una de sus pocas publicaciones, de 1965, podemos rescatar algunas ideas acerca del por entonces *estado de la cuestión*. Allí, Romano Ruggiero planteaba que la relación de dependencia colonial de los territorios y espacios americanos no era sólo una relación constitucional, legislativa o administrativa si no que, muy por el contrario, es un hecho de economía general que cubre toda la masa continental y que se concretiza en un carácter esencial: economía natural. La economía americana de los siglos XVI-XVIII (y más allá todavía) es una economía esencialmente natural, con un margen mínimo de economía monetaria, apenas suficiente para permitir las maniobras de los "capitalistas" (este término lo uso en el sentido en el cual se le encuentra en los textos de los siglos XVII y XVIII, ide tenedores de capitales nada más!). Encomienda, monocultivo, asientos de trabajo y tantos otros fenómenos de la historia americana (fenómenos económicos es cierto, pero de los cuales no se pueden negar las enormes consecuencias también en otros sectores) estos fenómenos, digo, no se pueden explicar fuera de la economía natural que cubre, sofoca la vida económica sudamericana del tiempo colonial.

De esta manera, no queda más que hablar de economía "feudal"... Y en realidad estamos en presencia de un mundo feudal (en el sentido económico esencialmente) con todas las varias implicaciones que un feudalismo transporta consigo¹.

En términos semejantes, pero precisando los alcances del concepto, Kossok señalaba que los límites normativos dentro de los cuales se había desarrollado toda actividad comercial en la misma Hispanoamérica estaban determinados, en primer lugar, por el sistema feudal o por un "neo-feudalismo" cuya estructura jurídico-institucional no era comparable al modelo europeo sino consistía básicamente en el dominio de una aristocracia criolla, numéricamente limitada, que se imponía sobre una mayoría dependiente y sin la menor oportunidad de una autodeterminación económica y político-social. No se trataba de un sistema indeterminado, sino de un maduro feudalismo, profundamente colonial: por su forma de implantar violentamente un nuevo orden social; por su absoluta subordinación económica y política a la Corona; por las formas y el grado de explotación impuestos hacia adentro y por el desarrollo atrasado en comparación con el feudalismo más adelantado de los Estados europeos².

De esos contextos generales, a nivel nacional, podemos distinguir al menos dos tipos de desarrollos: desde una perspectiva de la historia social, se debe recordar, por ejemplo, obras importantes de Mario Góngora que siguieron más

¹ Romano Ruggiero, *Historia Colonial Hispanoamericana e Historia de los Precios*, en "Temas de Historia Económica Hispanoamericana", Nova Americana 1, París 1965, pág.13. El volumen contenía, además trabajos de Rolando Mellafe, uno sobre agricultura y otro sobre problemas demográficos de la historia colonial; de Álvaro Jara sobre economía minera, de Sergio Villalobos sobre problemas del comercio colonial y de Manfred Kossok sobre comercio y economía colonial hispanoamericana.

² Manfred Kossok, *Comercio y economía colonial de Hispanoamérica*, en *Ibidem*, pág.66.

bien un tipo de análisis socio-institucional³; pero, en relación con la historia económica, los fundamentos para una historia de la economía minera hispanoamericana de Álvaro Jara o las investigaciones sobre el comercio propiamente tal de Sergio Villalobos fueron muy importantes pasos en el desarrollo de una nueva historiografía que se venía anunciando y enunciando. En 1966, Álvaro Jara escribía:

Si la historia económica de América pretende reconstruir el pasado y hacer comprender los caminos de su crecimiento, si pretende analizar y destacar los particularismos propios regionales, si pretende calibrar el aporte y la ingerencia de la economía americana más allá de sus simples límites geográficos, si pretende ver los impactos de lo exterior en nuestro interior, si quiere llegar a las claves de la economía americana, debe adecuar sus métodos a esta tarea. Se trata de una tarea grande, de responsabilidad, que no es más la microhistoria, que no es más la historia provincial y provinciana. Es, por el contrario, una historiografía nueva, un nuevo laborar en rutas que ofrecen mucho por descubrir⁴.

Sergio Villalobos avanzaba en lo propio y concluía en uno de sus más importantes estudios en que la intensidad del tráfico colonial había sido tan grande que a fines del mismo período no hubo escasez de mercaderías extranjeras, sino por el contrario, su abundancia producía la saturación del mercado chileno. Más allá de los problemas de estructuraciones sociales, Villalobos trazó la ruta de Buenos Aires, observó las incidencias del cambio del sistema de flotas y galeones a los navíos de registro y puso el comercio libre y las últimas reformas borbónicas en sintonía con los problemas mercantiles y la discusión de ideas económicas que se produjeron en las vísperas del proceso emancipador⁵. A lo anterior, deben sumarse los trabajos de Rolando Mellafe que, siempre en términos del mundo colonial, fue haciéndose cargo de materias de carácter demográfico y, posteriormente relacionadas con la historia de la familia y de las mentalidades.

INSERCIONES REGIONALES Y FORMAS DE SOCIEDAD. UN RECORRIDO POR LA HISTORIOGRAFÍA.

Rescatando ideas importantes a nivel de la historiografía latinoamericana de esos años, es imposible dejar de mencionar algunas obras e historiadores, sobre

³ Entre otras obras, *Encomenderos y Estancieros. Estudios acerca de la Constitución social aristocrática de Chile después de la Conquista, 1580-1660*, Santiago 1974; *Origen de los Inquilinos en Chile Central*, ICIRA, Santiago 1974 o los trabajos contenidos en *Studies in the Colonial History of Spanish America*, Cambridge University Press 1975, recientemente reeditado, en español, por la Editorial Universitaria, Santiago 1998.

⁴ Álvaro Jara, *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, Centro de Investigaciones de Historia Americana, Santiago 1966, págs. 9-10.

⁵ Sergio Villalobos, *El comercio y la crisis colonial*, Santiago 1968 (existe una segunda edición, también en Santiago, en 1990). Una obra preliminar a ésta fue *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile, 1700-1801*, Buenos Aires 1965.

los cuales existen, por lo demás, buenos ensayos bibliográficos⁶. Por las implicancias en lo que estamos tratando más particularmente en este recuento, nos interesa recordar sólo algunos trabajos específicos. En primer lugar, el intento de Chiaramonte por analizar el cómo se construye el juicio sobre el tipo histórico de una economía o sociedad, que siendo una sólo realidad, es posible de ser interpretada bajo categorías distintas:

Contrariamente a lo que una ingenua aproximación al problema podría hacernos suponer, la tarea de reconocer la índole histórica de las economías y sociedades hispanoamericanas no consiste en un simple clasificar los fenómenos económicos o sociales estudiados, según cierto criterio preestablecido de clasificación. Dado que cada uno de esos fenómenos —producciones, relaciones de producción, formas de organización política...— no poseen la clara y manifiesta conformidad con los criterios de clasificación como suponemos sucedería en las ciencias naturales. Las peculiaridades históricas de su conformación, las peculiaridades de tiempo y de lugar, convierten en una tarea por demás compleja el reconocimiento de su índole histórica, su puesta en concordancia con cierta periodificación de la Historia⁷.

A través de cuatro secciones, el trabajo de Chiaramonte se desarrollaba combinando cuestiones teóricas conceptuales con otras de carácter de la historia fáctica propiamente tal. Nos interesa la tercera parte, *¿Circulación o Producción? El dominio del capital comercial en la economía novohispana*. El problema central sería el que, “sostener el dominio del capital significaría proponer la imagen de un espacio y un periodo en los que el concepto definitorio no remite a una forma histórica de producción sino a una forma del intercambio de mercancías. O, como se suele expresar, al nivel de la circulación de las mercancías y no al de la producción”. En este sentido, remitiéndonos a términos ya clásicos, el dominio del capital comercial sobre la producción correspondería a una economía pre-capitalista; del mismo modo, el papel preponderante del capital comercial hasta la Revolución industrial, significaría una forma de capitalismo inicial o capitalismo comercial. En el caso de la Nueva España, extensivo en muchos sentidos a todo el espacio colonial latinoamericano, esta situación mostraría el papel subordinado de la producción rural y minera frente al sector mercantil. Ya los estudios de Brading habían reforzado la idea de que: “La elite colonial era distinta de la europea en cuanto que los comerciantes gozaban de un prestigio social igual al de los hacendados... En muchos sentidos eran estos hombres y no los grandes mineros y hacendados los que formaban la verdadera aristocracia de la Nueva España”⁸.

⁶ Por ej., y actualizados hasta fines de la década de 1980, los contenidos en Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, para lo que nos ocupa el Vol. 3. América Latina colonial (ed. en español), Barcelona 1990, págs. 359-402.

⁷ José Carlos Chiaramonte, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México D.F., 1984, pág.19.

⁸ *Ibidem*, citas de David Brading, *Mineros y comerciantes en el México Borbónico, 1763-1810*, México 1975, págs. 180, 41 y 158.

Siguiendo estas líneas de desarrollo, una parte importante de los estudios de historia económica y social de la época, sin necesariamente soslayar el problema de la reproducción de relaciones feudales en los sistemas agrarios coloniales, profundizaron e incluso dieron inicio a una revitalización y reinterpretación del conocimiento existente. De los espacios más favorecidos por esta especie de corriente historiográfica, la historia regional resultó privilegiada. En todo caso, debe precisarse que el concepto de historia regional se redefinió superando el de la historia local o dejando de ser, necesariamente, el de marcos encerrados sólo por cuestiones administrativas o políticas. Conceptos como los de integración, inserción, articulación, etc., le dieron una dinámica y una extensión poco utilizada hasta entonces.

De las obras que surgieron siguiendo estas nuevas tendencias y preocupaciones, podemos recordar uno de los estudios de Juan Carlos Garavaglia cuyo interés básico fue el "verificar hasta que punto la red de vínculos económicos internos al espacio colonial iberoamericano constituyó el elemento clave que hizo posible que estos espacios dominados cumplieran con la función que se les había asignado en el marco de la división del trabajo instaurada poco a poco con el nacimiento de la economía-mundo desde el siglo XVI"⁹. A propósito de la yerba, pero como sucedía con tantos otros productos coloniales, el autor analiza tanto sus factores productivos como las complejas redes de la circulación, y no tanto en términos de las demandas internas sino más bien en lo que respecta a los circuitos extra locales. De hecho, según el mismo Garavaglia, hasta fines del s. XVIII, los mercados internos, al menos el de la yerba, aparecían más como complementarios en los procesos de inserción de los espacios dominados en el sistema de la economía-mundo. Internamente, esta historia se puede visualizar en la larga transición desde un sistema cuyos pilares era la explotación del trabajo indígena a través de la encomienda o de otras formas de trabajo asignado por el Estado, hacia un sistema más libre de explotación de la familia campesina. Externamente, la circulación de la yerba mate provocó la construcción de una serie de rutas y redes de comercialización, de complejas relaciones crediticias y de intereses socio-mercantiles que fueron articulando verdaderos conjuntos que a su vez se insertan en los otros espacios mayores que constituyen el mundo colonial. En definitiva, se trata del análisis de una trama consistente de los intercambios que conformaron el mercado interno colonial.

Independientemente de la modernidad de estos espacios, de los sistemas de circulación o de los medios que los hacían posible, e incluso de los limitados alcances de una economía monetaria de cierta amplitud, lo real es que este tipo de estudios dinamizaron la mirada estática que se conservaba de un sistema económico colonial regido por estrictas regulaciones monopólicas o de rígidas y simplificadas rutas permitidas para llevar adelante el comercio interno y externo. De hecho, el sistema económico colonial no era sólo mucho más abierto y activo, sino además bastante considerable en sus intrincadas dimensiones. Como ya llevamos dicho, la historiografía sobre el particular es abundante tanto en términos de economías y sociedades regionales como también en términos de espacios mayores en donde se fueron insertando y articulando dichas economías. Como sea, ya desde este punto de vista, tanto las ideas de Braudel sobre la economía-mundo como las

⁹ Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, México D.F. 1983, prólogo, pág.19.

de I. Wallerstein sobre el moderno sistema económico mundial fueron y deberían seguir siendo importantes en la entrega de los contextos teóricos en donde se inscribe una parte importante de dicha historiografía

Esta situación no impide, lógicamente, otras miradas sobre el mundo colonial, pero en general ellas surgen como opuestas a lo ya señalado. El ya citado Romano Ruggiero, por ejemplo, fue muy claro en sostener que no creía en la economía-mundo tal cual había sido teorizada por Wallerstein, Braudel y otros, pues, en su opinión, el concepto estaría demasiado fundamentado en aspectos relativos al comercio exterior, la banca y los problemas monetarios que impedirían tener una visión más real de lo que habría sido la evolución interna y de conjunto de la economía que persistía detrás de dicha economía mundo. Según el mismo romano, ¿Significa ello volver a replantear la tesis del feudalismo para la América Latina colonial? Sí y no. Sí, porque se trataba de recapturar las relaciones sociales internas del mundo hispano. No, porque se puede advertir que hay una frontera importante para establecer líneas divisorias entre feudalismo y capitalismo. ¿En qué proporción deberían establecerse las relaciones entre ambos? No todas las empresas que durante los s. XVII y XVIII podrían aparecer como el semillero del capitalismo, en realidad lo fueron, especialmente si la atención se centra en las condiciones reales de producción o en la simple colocación de dineros sin reparar en los fabulosos beneficios o en las sumas reales de capitales invertidos¹⁰.

En el análisis de Romano, el problema de los medios que permiten la circulación, básicamente el de los medios monetarios, consiste en evitar las confusiones surgidas en las identificaciones entre la moneda de la tierra con la moneda de cuenta. A juicios del mismo Romano, la economía monetaria americana no habría tenido una moneda de cuenta en el verdadero sentido de la palabra, puesto que su función esencial era exactamente la de constituir un punto de referencia único alrededor del cual se articulaban las diferentes monedas reales. Por el contrario, la moneda de la tierra no sería otra cosa que un conjunto de productos más o menos característicos de la producción de cada país. De manera concreta, de una parte se tiene la persistencia del trueque puro y simple, incluso en términos de transacciones importantes; de otra, las diferencias entre los montos totales del comercio y los totales de la circulación monetaria, agravada la situación por el hecho que las relaciones entre la buena moneda y la macuquina era de 1:3 en favor de la última.

Así, ya en el s. XVIII, contemporáneamente, se discutía si la moneda en circulación era suficiente o no para las necesidades del gran comercio, problema interesante sólo para los mercaderes. Romano nos dice, "El problema monetario mexicano y peruano era otro: ¿que representaban estas cantidades de moneda en el conjunto de su economía? Muy poca cosa"¹¹. En un libro mucho más reciente, el mismo terminaba por aclarar la situación: Nos dice: la historiografía económica tiene la tendencia a mirar hacia las cumbres. En el pasado, hacia los grandes mineros, comerciantes, hacendados, los hombres poderosos. Sin negar su importancia, la historia, particularmente la historia económica, "no puede dejar de lado la masa de produc-

¹⁰ Ruggiero Romano, *Coyunturas Opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, F.C.E., México D.F. 1993, págs. 158-169.

¹¹ Romano, *Fundamentos del funcionamiento del sistema económico colonial*. En Heraclio Bonilla (ed.), *El sistema colonial en la América española*, Barcelona 1991, págs. 248-249.

tores y consumidores que viven al margen de la economía monetaria: el autoconsumo, el trueque; en una palabra, la economía natural, no pueden ser consideradas, en el cuadro de las economías preindustriales, como simples curiosidades"¹².

Así, cada una de las focalizaciones de cuestiones específicas de la economía colonial, o de sus relaciones sociales resultantes, llevan siempre el análisis a tratar de descubrir la singularidad de un proceso y de un sistema. El problema es la inflexibilidad. Si bien es cierto las reflexiones de Romano nos permiten acercarnos, a lo menos, a grandes sectores de la sociedad colonial sujeta a relaciones poco capitalistas, por otra parte, desde otras perspectivas del análisis, igualmente podríamos efectivamente pensar, por ejemplo, que una parte importante de los factores conducentes a la llamada crisis del sistema colonial de fines del s. XVIII, correspondían a factores que se conjugaban en un funcionamiento bastante lucrativo, quizás poco eficiente, de los mercados coloniales insertos, precisamente, en la economía mundo o el moderno sistema de la economía mundial que crecía fundamentalmente a partir de sus racionamientos pre o capitalistas propiamente tales.

De esta manera, gran parte de las discusiones respecto a la crisis del sistema colonial, inciden en los análisis respecto a cuestiones de funcionamiento del mercado del s. XVIII en lo que respecta a las incidencias de las medidas reformistas de la Corona, tanto en sus aspectos tendenciales como coyunturales. De hecho, aún están abiertas variadas inquietudes relativas al estudio de la crisis manifestada desde mediados de dicho siglo y agravada por los efectos del comercio libre. Poco se sabe aún de sus reales efectos sociales¹³. En todo caso, no es problema afirmar que una parte importante del conflicto desarrollado en las últimas décadas del siglo colonial estuvo caracterizado por los intentos de restablecer equilibrios de mercados y de grupos sociales y económicos debilitados por la reorganización política, administrativa y económica que se hacen ostensibles desde 1780 y que se expresarán, posteriormente, en la reorganización de espacios y economías regionales al interior de los nuevos espacios nacionales. Sin embargo, las tensiones producidas entre los nuevos Estados estaban fuertemente influenciadas por problemas de competencia y funcionamiento de mercados concretos. Volvemos, una vez más, a situar la problemática en dos dimensiones de la misma realidad que conformando parte de un sólo sistema social y económico, a menudo se le visualiza separadamente reforzando las visiones feudales o capitalistas de la sociedad colonial.

En ese contexto, de los últimos debates respecto a estas temáticas (de hecho, quizás el último de nivel propiamente historiográfico) podemos rescatar el iniciado hace una década atrás por Steve Stern a propósito de los dos primeros volúmenes del *Moderno Sistema Mundial* de Immanuel Wallerstein¹⁴. Además de muy completas notas bibliográficas a través de citas, Stern puso en discusión una serie de problemas relacionados fundamentalmente con la visión sobre la historia de

¹² Romano, *Moneda, pseudo monedas y circulación monetaria en las economías de México*, F.C.E., México D.F., 1998, p.233.

¹³ Ver, por ej., Joseph Fontana, *La crisis colonial en la crisis del antiguo régimen español*. En Heraclio Bonilla (ed.), *Op. Cit.*, págs. 305-320.

¹⁴ Estere J. Esteran, "Feudalismo, Capitalismo, hand he World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean", *The American Historical Review*, Vol. 93, Number 4, Oct. 1988, págs. 829-897. El artículo comprende la réplica de Wallerstein y una contra-réplica del mismo Stern.

Latinoamérica por parte de los mismos latinoamericanos. Respecto a las consideraciones sobre las opciones de feudalismo o capitalismo, o sobre las variantes existentes en cuanto a las explicaciones de la dependencia encabezadas en su momento por Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto Stern, propuso una visión propia, igualmente crítica de la obra de Wallerstein.

Entre sus argumentos, Stern enfatizaba que es bastante usual encontrar diversas interpretaciones que observan a la temprana América colonial como una simple variante del capitalismo mundial que se proyecta ininterrumpidamente hacia adelante. Según su opinión y muy especialmente tratándose de América Latina, la situación sería bastante más compleja. En términos de algunas formas de transiciones al capitalismo, habría que recordar, por ejemplo, que algunas estrategias de subsistencia y formas coercitivas sobre la mano de obra sólo recientemente, desde fines del s. XIX o en el propio s. XX, fueron reemplazadas por el trabajo asalariado y por el crecimiento de los mercados internos para los bienes de subsistencia básica. La conceptualización global de latinoamérica colonial como capitalista disfrazaría la ruptura y conflictos provocados por esta gran transformación. Se debiera considerar, igualmente, la aparente involución o regresión de algunas regiones agrarias hacia caracteres feudales a comienzos del s. XIX. Regiones comercialmente dinámicas en tiempos coloniales —caracterizadas por una considerable producción de bienes en las haciendas y obrajes mediante la inversión y reinversión de la riqueza acumulada en empresas agrarias, debilitando las economías de subsistencia y permitiendo la inserción de trabajo asalariado temporal en el diversificado mundo de las relaciones laborales— se aíslan de las fuerzas del mercado, con deterioro y descapitalización de las haciendas y mayor dependencia de la renta y del trabajo forzado por parte de los peones agrícolas locales. Así, el análisis de la economía colonial y de sus aspectos dinámicos exigirían de una conceptualización teóricamente válida que debiera incorporar el potencial histórico de las economías regionales para regresar a modelos que recuerdan al feudalismo. Para Stern, ni Wallerstein ni sus críticos reconocen que el capitalismo, como un tipo de sistema económico, puede también responder a una crisis deslizándose hacia el feudalismo. Por el contrario, ellos acentuarían las respuestas del capitalismo más moderno. Las alternativas críticas más fundamentadas estarían en desacuerdo con la noción que la sólo integración de territorios diversos en un sistema internacional orientado hacia el lucro constituye una base suficiente para conceptualizar las economías de dichos territorios como capitalistas¹⁵.

DE LOS GRANDES PROBLEMAS TEÓRICOS AL FORTALECIMIENTO DE LAS MIRADAS REGIONALES

Sobre los aspectos antes señalados, no se trata acá de volver a insistir en los términos en que se desarrolló el debate de las décadas de 1960 y 1970 sobre feudalismo-capitalismo, debate que, por lo demás, para muchos, está sobreseído. Sin embargo, como ejercicio intelectual, podemos recordarlo para hacer más válida y sostenida la preocupación sobre el cómo alcanzar la flexibilidad histórica necesaria que

¹⁵ Ibídem, espec., págs. 866-867.

permita que el análisis historiográfico se contextualice adecuadamente sin perder las singularidades de cada espacio, tiempo y sociedad. Pasando de extremos a extremos, aunque no fuese precisamente el caso, podría pensarse que se llevan demasiado lejos las cosas y las interpretaciones cuando el mismo Wallerstein propone que revueltas como la de Tupac Amaru sólo tienen sentido si se les sitúa dentro de la fase cíclica de la economía-mundo a partir de tres consideraciones: primero, la recesión económica general después de 1763 y que en 1776 produjo los acontecimientos de la Revolución de Norteamérica y la intervención de España contra los británicos tres años más tarde; segundo, el movimiento reformista de Carlos III que tuvo su segundo gran impulso en 1778; y, tercero, el efecto de la caída de los precios agrícolas en la región de Los Andes que, entre 1779-1780, correspondió a una de las mayores caídas del siglo, presentándose como el dramático punto inferior de una curva tendencialmente a la baja iniciada en 1759. En consecuencia, para Wallerstein, "lejos de constituir una resistencia primitiva, las revoluciones fueron causadas por la integración de los indios a la economía-mundo capitalista, que sólo recientemente había adquirido mayor eficacia mediante los diversos intentos de fortalecer el brazo de la administración central", del mismo modo como el levantamiento de los Comuneros de 1781 en Nueva Granada, a partir de la indignación provocada por los procedimientos de recaudación y alza de la alcabala, se vio favorecido por una situación empeorada "por el hecho de que la industria textil local estaba en decadencia, una vez más como consecuencia de los problemas económicos generales de la economía-mundo"¹⁶. Obviamente, el valor de la posible exageración está fundamentado en el valor de la lógica de las relaciones observadas a partir de una idea general tendiente a explicar una sociedad o un fenómeno determinado.

Las referencias al debate de Stern o las alusiones a Wallerstein, tienen precisamente como objetivo el revalorizar una discusión historiográfica que, soslayando las influencias más discutibles de la ortodoxia, fue importantísima para un mejor conocimiento de nuestro pasado y de la cual la mejor historiografía actual es evidentemente tributaria. Ello es evidente en el caso de lo que nos ocupa: la historia colonial desde la perspectiva de la historiografía económica y social y de la historia regional. En efecto, las defensas de la tesis del feudalismo, del capitalismo, de la economía-mundo o de la dependencia, o el uso de categorías generales como fue el caso reiterado de modos de producción, requerían pasar del ensayo a la investigación propiamente tal y desde las consideraciones generales sobre la vida económica a la exposición positiva de las variables y de las instituciones propiamente tales participantes de esa vida económica. Se debían explicitar los contenidos del cambio tecnológico, de las fuerzas de producción, del carácter de las relaciones sociales, de los volúmenes e intensidad en la circulación de bienes, de la extensión y alcances de las rutas, de la conformación, estructuración y funcionamiento de los mercados locales, de los movimientos de población, de la relación de precios y salarios, de los alcances de una economía monetaria, etc. Obviamente, la historia regional fue apareciendo como un espacio privilegiado de esos análisis.

¹⁶ Immanuel Wallerstein, *El Moderno Sistema Mundial*, Vol. III, La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850, 1a edic. Español, s. XXI, México D.F., 1988, págs. 307-310.

Como llevamos dicho, son muchos los problemas que se han venido desarrollando y variadas las perspectivas analíticas que se han venido utilizando. En estos mismos contextos y debates, la atención focalizada en torno a los espacios *nacionales* de las economías coloniales ha cedido sus privilegios al estudio de espacios locales o regionales en donde se han integrado enfoques de historia económica e historia social propiamente tal y se han recapturado temáticas relacionadas con elites locales, grupos de poder, estrategias de control social, papel de los sectores mercantiles, vinculaciones internas y externas, redes crediticias, circulación de los bienes, medios de transporte, relaciones familiares, etc. Listar estos trabajos sería enorme tarea, pero basta con señalar el cómo la historia comparada se ha beneficiado al establecerse los principales comportamientos, actitudes y racionalidades de la época, todo lo cual, si bien presenta grados de especificidad local, no escapa a patrones generales de una sociedad y sistema colonial y tradicional. En este sentido, en un trabajo muy reciente, sus autores recordaban que en un libro clásico de Tulio Halperin éste se preguntaba si era posible pensar a América Latina como una unidad o, siguiendo a Lucien Febvre, si era preferible evocarla como la multiplicidad de experiencias y regiones que la geografía y la historia le han impuesto, advirtiendo, igualmente, que en este último caso, los marcos nacionales resultarían insuficientes para englobar una diversidad que los desborda¹⁷.

Superando las viejas discusiones, pero a nuestro entender, tácitamente dando cuenta de todos los avances que se han logrado a partir de esas discusiones, podemos ejemplificar sobre el particular a partir de las variadas relaciones procedentes de la especialización productiva —minería, producción agrícola y manufactura textil—, para lo cual ya tenemos bien definido el conocimiento de una parte importante de los aspectos externos de las economías regionales coloniales de Chile¹⁸. Para estudiar más detalladamente los comportamientos internos de cada una de las economías y sociedades en particular, es posible recuperar algunos de los planteamientos, presupuestos, lineamientos y trabajos sobre espacios interiores que habían surgido en los años 1960 y que como línea historiográfica, quedaron interrumpidos a propósito de las coyunturas políticas y los nuevos regímenes políticos de las décadas de 1970 y 1980.

Si consideramos el caso de la región de La Serena, por ejemplo, las miradas internas sobre sociedades regionales y la observación detallada de los sectores de producción y de circulación permiten caracterizar a todos estos cambios del tiempo largo, pero también no desconocer que el carácter señorial del grupo más aristocrático (antiguo o nuevo) seguía manteniéndose en base a mecanismos de dominación social tradicional. A fines del s. XVIII, el valor supraeconómico de la tierra seguía siendo fundamental, las vinculaciones matrimoniales todavía intentaban mantener o limitar la hegemonía del grupo en el poder, las visitas de indios continuaban atadas más a un ritual que a las nuevas necesidades, la proliferación de

¹⁷ Juan Carlos Korol, Enrique Tandeter, *Historia económica de América Latina: problemas y procesos*, F.C.E., Buenos Aires 1999. Nota preliminar, pág. 07.

¹⁸ Aquí, no se puede olvidar el ya clásico trabajo de Marcello Carmagnani, *Les Mécanismes de la vie économique dans une société coloniale. Le Chili 1680-1830*, SEVPEN, Paris 1973. Trabajando conceptos de Braudel y Wallerstein, hemos visto el problema en Eduardo Cavieres, *El comercio chileno en la economía-mundo colonial*, Eudeva, Valparaíso 1996.

pequeñas y a veces muy pequeñas propiedades, no lograban alterar el predominio y control social ejercido por la gran propiedad. Independientemente de la rentabilidad económica, la gran hacienda en pleno valle del Limarí o en tierras dispersas y de variada calidad, ubicada entre cerros y quebradas, representaba intrínsecamente el mismo valor del dominio local sobre los sectores subalternos, desposeídos y dependientes. En su significación social, la propiedad de la tierra se confundía en un valor en sí misma¹⁹.

¿Cómo insertar en estas realidades sociales las cifras, las tendencias y las caracterizaciones que nos hablan de una actividad productiva y comercial de mucho mayor volumen y complejidad de lo que acostumbramos a pensar? Para fines del s. XVI y a lo largo del XVII, casi en forma paralela a la declinación de la plata, se comenzó a intensificar la integración económica regional a espacios y circuitos comerciales de mayor envergadura. Primero el sebo y los cordobanes, y después el ya mencionado ciclo del trigo, conectaron la región con el Perú; los licores y otros productos locales con otros espacios interiores; en la segunda mitad del s. XVIII, el cobre lo hacía con el propio Cádiz y la Península. ¿Cuáles fueron los significados habidos en las relaciones sociales internas de la región a propósito de estas vinculaciones con mercados externos? Especialización económica, expansión de los mercados, cambios en las relaciones sociales, nuevas estrategias de poder, etc., aunque puedan percibir a nivel de espacios determinados, obedecen a propósitos más amplios. La historia regional es la ejemplificación, el problema de fondo corresponde a las caracterizaciones del sistema social.

Desde un punto de vista estructural, obviamente las permanencias no sólo constituyen las inercias de la historia, pero también debe recordarse, junto con Emmanuel Le Roy Ladurie, que incluso la llamada historia inmóvil nunca es definitivamente estática. Siempre hay cambios, por muy lentos que ellos operen. En los procesos experimentados por las sociedades regionales que comienzan a insertarse, en diferentes períodos y con diferentes ritmos, en circuitos mayores de la economía-mundo respectiva, cada uno de los elementos de la definición enumerados por Jara están presentes, pero su peso específico va variando según las circunstancias, especialmente según los cambios de las especializaciones productivas internas y de las demandas externas. No siempre todos esos elementos determinan, de la misma manera y en conjunto, todas las relaciones sociales y económicas de la región. Por el contrario, en la medida que comienzan a toparse relaciones de carácter señorial con otras de carácter capitalista, cualquiera sea su estado de desarrollo, la tendencia es que éstas últimas se van imponiendo sobre las primeras y las obligan a reacomodarse para poder reforzarse socialmente hacia el interior. De hecho, esta continua adecuación es lo que permite la mantención de los grupos de privilegio, aunque con el tiempo esos privilegios queden reducidos a simples sueños señoriales, las más de las veces sueños incumplidos.

¹⁹ Eduardo Cavieres, *La Serena en el siglo XVIII Las dimensiones del poder local en una sociedad regional*. Valparaíso, 1993.

LOS CAMINOS QUE SE SIGUEN Y LOS CONSEJOS DE LA HISTORIA

Como lo hemos advertido reiteradamente, la historia regional corresponde a un espacio privilegiado para analizar la historia desde perspectivas sociales, económicas o culturales. Permite ver, al mismo tiempo, tanto las características e identificaciones internas, como el juego dialéctico producido por sus relaciones con el exterior. La historia regional permite configurar un espacio de intelegibilidad, pero obviamente, al mismo tiempo, no es un espacio encerrado en sí mismo. Por ello, nos interesa, entre otros temas y problemáticas, visualizar la expansión comercial como uno de los problemas centrales del último siglo colonial. La pregunta de fondo sigue latente, ¿qué sucede en las sociedades regionales durante el transcurrir del s. XVIII? Tenemos la impresión de que sucedieron demasiadas cosas y que por ello hubo cambios significativos. Debemos alejarnos definitivamente de la perspectiva histórica del tiempo monocorde y lento por excelencia. Un siglo siempre es un siglo y en definitiva ello corresponde a la existencia real de cuatro o cinco generaciones de hombres y mujeres con distintas capacidades y experiencias, pero que forman parte y contribuyen con su quehacer cotidiano a la conformación de un proceso de más larga duración a sus propias vidas, proceso de transformaciones y cambio permanente. En esa perspectiva, lo que interesa es precisamente observar, a través del relato, el cómo se va perfilando el ya enunciado cambio desde la sociedad señorial de fines del s. XVII a aquella mucho más mercantilizada de fines del s. XVIII. Uno de sus desarrollos tiene que ver, precisamente, con la expansión del comercio y de los mercados. Aunque existe una idea básica respecto a la inserción de las sociedades regionales en espacios y sistemas mayores, el problema conceptual y teórico es mucho mayor y nos lleva, aunque no lo queramos, a pensar, una vez más, sobre el carácter del funcionamiento de la sociedad colonial.

En general, a pesar de la existencia de problemáticas comunes visualizadas a través de grandes regiones, en el mundo productivo, las diferencias, desfases y discontinuidades en el crecimiento económico se hacen relativamente evidentes. Desde lo social, esas diferencias son también parte de ese paisaje productivo. Quizás si el comercio, la expansión mercantil y la intrusión de éste en los sectores productivos rompió con parte de esas diferencias y provocó no sólo ciertas uniformidades por la extensión de las redes que se fueron formando y constituyendo, sino también el cambio de las relaciones sociales internas o, al menos su adecuación, a los vaivenes, desarrollos y exigencias de la economía-mundo y del capitalismo en cualesquiera de sus grados y complejidades. El entendimiento cabal de este dinamismo de la vida histórica colonial, fue uno de los logros indiscutibles de los debates y de la historiografía anterior.

Otro de los logros, que no necesariamente tiene que ver con el mismo tipo de presupuestos ideológicos, corresponde a la diversificación de los temas y de las preocupaciones históricas. Precisamente, a partir de ello es que se podría pensar que la historiografía colonial goza de muy buena salud. En efecto, en Chile - como en Latinoamérica - podemos encontrar hoy en día todo tipo de historia colonial. Historia económica y social; historia indígena y de las fronteras; demográfica, de la familia y de las mentalidad; historia de género y de los comportamientos socia-

les; nuevos enfoques sobre estudio de las elites y de todo tipo de grupos sociales (vagabundos, religiosos, campesinos, etc.); historia de la moda, de los rituales o de la gestualidad.

Respecto a esta multiplicación de estudios coloniales debe, en primer lugar, tenerse en cuenta que lo que interesa en la actualidad es fundamentalmente plantearse frente a problemas y que, desde ese punto de vista, gran parte de estudios recientes tratan de explicar fenómenos, actitudes o comportamientos que interesan más en sí mismos que por la época en que se ejemplifican. La historia colonial, desde ese punto de vista, se transforma más en un pretexto metodológico o conceptual que en una significación propiamente tal. Esta es una idea que no se puede generalizar, pero que tampoco puede pasar desapercibida. El peligro de la opción está en que el privilegiar la elección de temas específicos, puede llegar a descontextualizar su análisis y a desconfigurar la sociedad en la cual el tema se inserta. La especialización ha mostrado grandes méritos y virtudes y es, quizás, lo que más ha permitido avanzar en términos del conocimiento; de la búsqueda y obtención de datos. No obstante, en muchos casos, lo específico ha terminado transformándose en el objetivo final, en un fin independiente y aislado de sus contextos reales.

En segundo lugar, debe considerarse, igualmente, que por efectos del valor de los números, cronológicamente el período colonial se aleja cada vez más rápidamente de los tiempos y de las preocupaciones actuales. En el pequeño paso que media entre un siglo y otro, para el pasado, ello significa ni más ni menos, un siglo completo. Ante ello, las cosas también pueden perder significación. Lo que siempre debe recordarse es que no siempre la historia que se aleja, es aquella que está ausente.

Hemos señalado anteriormente que cada tiempo tiene sus propias inquietudes y que, por tanto, los debates que hemos recordado respecto al carácter de la sociedad colonial, no valen necesariamente en cómo y para qué se dieron, sino más bien para observar sus logros y efectos. Conviene recordar que los historiadores han jugado un papel importante en la conservación de la memoria histórica y que lo han hecho, a menudo, recurriendo a las ciencias sociales pero sin olvidar la especificidad del análisis histórico y de la necesidad de ir más allá del sólo presente. Quizás es lo que hay que recuperar nuevamente. Y por varias razones. Por una parte, si efectivamente pensamos que la sociedad colonial ha quedado muy atrás, entonces los datos dejan de tener el mismo valor y, por el contrario, los significados y caracterizaciones globales de la sociedad en cuestión recuperan su importancia. Ello se logra recapturando el sentido de la historia colonial. Por otra parte, precisamente para recuperar el sentido de esa historia, debe pensarse en términos de las rupturas y de las permanencias. Propongo seguir estudiando lo particular, pero no perder de vista lo global. Hay un campo de la historiografía y hay un campo de la inteligibilidad del presente. No se pueden perder de vista sus interrelaciones.

En el conflicto actual entre tradición y modernidad, no importa mucho distinguir si la sociedad colonial fue feudal o capitalista. Al final, lo que se constata es el triunfo del capitalismo y del mercado. Tampoco si el pasado fue dependiente o de otra naturaleza. La imagen actual es la de una sociedad global. Me agrada más el

concepto de articulaciones. Proviene de la historiografía de los años 1980 y puede sintetizar todos los procesos que se esconden detrás de feudalismo, capitalismo, mercado, incluso de globalización. Hoy conocemos mucho más de todo aquello. Pero el verdadero problema es otro. No tiene que ver con los conceptos, sino con las realidades. ¿Efectivamente la sociedad colonial ha desaparecido de nuestros tiempos actuales? Veamos. Al parecer, parte importante de la modernidad actual queda adscrita a situaciones como racionalidad, mercados, decisiones, estrategias, eficiencia, etc. Como realidades, ¿estaban ausentes estos términos de la sociedad colonial? Por el contrario, desde la sociedad colonial, se advierten negativamente características tales como las que quedan implícitas en los conceptos de centralismo, patrimonialismo, paternalismo. Las realidades que esconden esos términos o conceptos, ¿están efectivamente ausentes de nuestra sociedad actual? La respuesta es cercana y próxima. Basta con mirar a nuestro alrededor. Históricamente, parte importante de la sociedad colonial sigue presente. No se trata de volver a ya antiguos debates que se dieron en sus propios contextos. Se trata de volver nuevamente a revalorizar el carácter de la historia, no sólo en términos del conocimiento, tan importante en el desarrollo de las disciplinas, sino también en términos de las significaciones socio-culturales que ésta permite. Aunque se aleje en el tiempo cronológico, la sociedad colonial no lo hace completamente respecto al tiempo de las instituciones, o al de ciertas estructuras sociales y culturales. Para hacer más sólidas nuestras miradas sobre el presente y más consistentes nuestros proyectos sobre una sociedad cada vez más moderna, parece esencial volver a rescatar y reconocer todo aquello que viniendo del pasado, dista mucho aún de ser superado definitivamente. Finalmente, moleestamente, las realidades históricas también pueden dar lugar a miedos que no siempre quieren reconocerse.

VANGUARDIA, HETERODOXIA Y BÚSQUEDA GENERACIONAL: LA REVISTA *CLARIDAD*, 1920-1932¹

Fabio Moraga Valle²

"Ante la violencia erigida en ley, hubimos de silenciar nuestras bocas, pero en el secreto de nuestros corazones, alimentábamos ímpetus de rebeldía".

("La primera palabra", *Claridad* N° 1, Santiago, 12 de octubre de 1920).

EL PERÍODO HISTÓRICO

En determinados momentos de la vida de un país se conforman y suceden fenómenos que nos permiten entender la globalidad de su historia. Estas etapas extraordinarias condensan una serie de procesos de distinta índole que en las décadas siguientes repercuten o se repiten conformando las grandes tendencias de un siglo. En Chile, esto sucedió entre 1920 y 1932. De lo descrito, no sólo resultan realidades históricas, también nacen mitos. Es el caso de la Federación de Estudiantes de Chile de 1920 y de su revista: *Claridad*.

Este proceso se había iniciado una década antes. Hacia el año 1910 un movimiento cultural importante se abrió un espacio en el continente. La intelectualidad latinoamericana y chilena, comprometida en una actitud antioligárquica, efectuó lo que se conoce como el "balance del centenario". Este fue una revisión de un siglo de historia republicana que planteaba que, conquistada la independencia de España, América Latina no había logrado aún una verdadera emancipación. La consigna establecida entonces fue que había que llevar a cabo las tareas que las oligarquías locales no habían hecho: "formar naciones donde sólo habían países".

A partir de ese momento, un vasto movimiento cultural, ideológico y político empezó a adquirir fuerza en los centros urbanos de los países latinoamericanos. Comprometía fundamentalmente a obreros, estudiantes e intelectuales de clase media. La expresión más genuina de este fenómeno fue un tipo de organización de carácter socio político que estaba constituida por pequeños núcleos de personas que compartían ideales antioligárquicos, eran las "vanguardias políticas"³.

En el Chile de la década del veinte los partidos del sistema: conservadores, liberales, radicales y sectores del Partido Democrático habían ordenado sus disputas en torno a una confrontación central típica de una sociedad tradicional: los conflictos religiosos o clericales y los de convertibilidad de la moneda. Éstos se vieron sobrepasados por los cambios y las contradicciones de una sociedad que estaba siendo abruptamente modernizada y que ahora se ordenaba sobre la base

¹ El presente artículo es parte de la tesis de magíster del autor cuya investigación fue financiada parcialmente por una beca otorgada por la Universidad de Chile.

² Magíster © en Historia, Universidad de Chile.

³ Hemos desarrollado este tema en una tesis de licenciatura. Véase: Fabio Moraga y Delicia Araya. *Las vanguardias políticas en Chile, 1920-1932*, Tesis de historia, Santiago, Universidad de Chile, 1995.

de clases sociales. La crisis de la sociedad decimonónica y la apertura a una moderna y clasista, provocó el quiebre del sistema de partidos imperante.

Esto llevó a las vanguardias políticas y artísticas a albergar dentro de sí corrientes y propuestas ideológicas diversas que, en un principio, permanecieron contradictoriamente al interior de éstas o bien formaron organizaciones propias, a medida que se cerraba el período y se decantaban los movimientos que registró la sociedad. De esta manera, en los primeros años de la década del veinte lo artístico, lo social y lo político no estuvo claramente diferenciado. Sus planteamientos convivieron dentro de estos grupos ensamblándose complejamente dentro de los discursos que levantaron.

En este transcurso, los intelectuales, provenientes principalmente de la clase media empobrecida, adquirieron conciencia como grupo social del papel que les tocaba jugar en el nuevo escenario. Se asumieron así, como promotores del cambio, fundamentalmente por su aporte en el plano de la educación, el arte y la literatura; desde esos espacios disputaron un lugar en la constitución del futuro régimen político; para esto, establecieron alianzas con la naciente clase obrera moderna.

El gobierno de Arturo Alessandri (1920-1925), si bien trató de dar solución a esta crisis global de la sociedad nacional, mediante un liderazgo populista que planteaba una modernización desde el Estado, fue impedido por la institucionalidad parlamentaria. El mandato del coronel Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), con una nueva constitución, promulgada en 1925, intentó resolver esta situación mediante un gobierno autoritario y dictatorial: reprimió a las agrupaciones políticas de izquierda, a segmentos de la elite y a las organizaciones obreras y promulgó la ley 4.054 que regulaba las relaciones entre los trabajadores, los patrones y el Estado. Si bien en un principio tuvo éxito, ayudado por los empréstitos norteamericanos, la aguda crisis económica mundial de 1929 terminó por volver impopular el mandato del militar que había triunfado con casi el 97% de los votos. El 26 de julio de 1931, Ibáñez debió renunciar y exiliarse en medio de revueltas callejeras, conspiraciones que comprometían a la clase media, los estudiantes y los militares y una gran pauperización del pueblo.

REVISTAS, MANIFIESTOS, PROCLAMAS Y PANFLETOS

La de 1920 era una sociedad que no estaba sometida a los medios modernos de comunicación de masas. Sin embargo, ya a principios de siglo se había conformado en el país una opinión pública moderna basada en una basta tradición periodística, multiforme y masiva. En este medio las revistas eran la principal herramienta de intervención cultural de los grupos estudiantiles e intelectuales, que construyeron un discurso populista y popular, a la vez. Del contenido de revistas, periódicos y hojas volantes, el manifiesto era la forma de intervención más dinámica, más violenta, más rápida y efectista. Impresas y publicadas como "órganos oficiales", "la voz de..." tal o cual organización, partido o sindicato, o simplemente, como "hoja circunstancial", las proclamas y manifiestos apelaban directamente al lector, pretendían influir y ordenar las conductas políticas de los individuos en camino de convertirse en ciudadanos o evidenciaban, para los legos, los "desafíos de la hora presente".

El enfoque de Regis Debray respecto a este tipo de intervención cultural, que el autor galo ubica en el período de la Francia de entreguerras, plantea:

“En adelante las revistas constituyen el eje de la nueva organización intelectual. En torno de ellas se forman las primeras escuelas de pensamiento, y a través de ellas se expresa la acción intelectual. Las revistas materializan la influencia de las vanguardias estéticas, académicas y políticas. No pertenecen, en este sentido al mundo de los *mass media*. Buscan la influencia, no la audiencia. La coherencia, no el eclecticismo. Intentan difundir su posición, no amenizar”⁴.

La revista *Claridad*, periódico de sociología, arte y actualidades se editó durante 11 años y tuvo dos épocas. Primero, entre 1920 y 1926; interrumpida por la dictadura de Ibáñez, resurgió brevemente durante 1931. Alcanzó 140 números, si bien desconocemos su tiraje, sabemos que cubría gran parte del territorio nacional. Su forma de distribución estaba sustentada por “agentes” a los cuales se les enviaba los números desde Santiago y éstos remitían el valor de las ventas de regreso. Las ciudades a las cuales llegaba eran, Temuco, Rancagua, Valparaíso, Viña del Mar, Concepción y algunas localidades del norte salitrero.

Pese a la importancia de esta publicación y su extensión en el tiempo no ha sido estudiada suficientemente. Hay un trabajo introductorio del chileno Luis Bocaz que comprende los números editados entre 1920 y 1923, que no sigue una secuencia cronológica, lo que impide, a nuestro entender, hacerse una clara imagen de las distintas etapas por las cuales va atravesando, que corresponden a las opciones políticas, ideológicas e intelectuales del grupo que la sostenía. Por ejemplo el alejamiento ideológico de la Revolución Rusa, su tensa relación con la Federación de Estudiantes, su creciente lejanía con la Reforma Universitaria y su continua reafirmación de un anarquismo intelectual e individualista. Este último es el único hilo conductor de la revista y el grupo a lo largo de sus doce años, trataremos de demostrar estas premisas en el transcurso del presente trabajo⁵.

⁴ Regis Debray citado por José Joaquín Brünner en “Los intelectuales: esbozos y antecedentes para la constitución del campo de estudios” (2 vols.), Santiago, *Documento de trabajo* N° 135, FLACSO, marzo de 1982, págs. 43-44. El destacado es del original.

⁵ Pese a la importancia de esta publicación y su extensión en el tiempo no ha sido estudiada suficientemente. Hay un trabajo introductorio del chileno Luis Bocaz que comprende los números editados entre 1920 y 1923, y no sigue una secuencia cronológica, lo que impide, hacerse una clara imagen de las distintas etapas por las cuales atravesó, que corresponden a las opciones políticas ideológicas e intelectuales del grupo que las sostenía. El artículo salió publicado dentro de un estudio general de las revistas latinoamericanas editadas entre ambas guerras, titulado “Les discours dans les revues latinoamericaines de l'entre deux guerres, 1919-1939”. Véase: Luis Bocaz. “Claridad, Chili 1920-1923”, *América Cahiers du CRICCAL* N° 4 y 5, París, Publication de la Sorbonne Nouvelle, 1989, Págs. 441-460. Lamentablemente el autor no tuvo a la mano el conjunto de los números editados en el período estudiado ya que consultó los microfilms del Instituto de Investigaciones en Historia Social de Amsterdam que contiene sólo los números entre 1920 y 1923.

LA GENERACIÓN DEL AÑO VEINTE

Sobre esta época y esta generación mítica se han escrito pocos estudios. Uno de los últimos fue el historiador nacionalista Mario Góngora, quien en su ensayo histórico dedica una parte importante a analizar a varios componentes de esta generación juvenil:

"La generación del año 20 ha conformado el tipo chileno del 'intelectual de izquierda', pero de una izquierda no oficial, sino permanentemente en crítica del orden social existente, crítica mordaz de la vieja aristocracia; de la nueva plutocracia; del clero; de los partidos titulados 'avanzados', con todas sus inconsecuencias y traiciones. Pertenecen a ella, en su extremo más a la derecha, algunos masones como Santiago Labarca, que sin embargo es uno de los más altivos y libres representantes de la generación, (incluso en sus años tardíos) y, en el extremo más a la izquierda, los anarquistas o ácratas (Gandulfo, Demaría). Su idealismo moral quiere disfrazarse siempre de "ciencia", sobre todo de "sociología". De ellos, el que tenía mayor formación filosófica formal era Loyola, [...] Son todos ellos fuertemente individualistas, aunque profesen teóricamente el socialismo, por odio a la injusticia social"⁶.

Pero fueron sus mismos integrantes quienes contribuyeron poderosamente a cultivar su propio mito. Un ejemplo de ello es la publicación, un cuarto de siglo después, del número 28 de *Babel*, dedicado especialmente a "La generación del año veinte". Esta revista literaria fue editada primero en Argentina, bajo la dirección de Enrique Espinoza, que luego se trasladó a Chile y a él se unieron González Vera, Laín Diez, Manuel Rojas y otros elementos de esta "generación"⁷.

EL GRUPO CLARIDAD: UN PROYECTO HETERODOXO

El grupo *Claridad* se formó en torno a la revista del mismo nombre, que era el órgano oficial de la Federación de Estudiantes en 1920 y se prolongó hasta 1932⁸. Surgió luego de los trágicos sucesos entre julio y septiembre de ese año, donde murió el poeta José Domingo Gómez Rojas y se persiguió a la plana mayor de la

⁶ Mario Góngora. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*, Santiago, Ed. Universitaria, 1990, págs. 124-125

⁷ En esta entrega escribieron: Carlos Vicuña, "El año veinte"; Santiago Labarca, "La generación del año 1920"; Eugenio González, "Juventud veinteañera"; Daniel Schweitzer, "Juan Gandulfo"; Manuel Rojas, "Recuerdos de José Domingo Gómez Rojas"; José Santos González Vera, "Estudiantes del año veinte" y el director hizo un "Colofón". Véase: "Número dedicado a la generación del año veinte", *Babel* N° 28, Santiago, julio-agosto de 1945. Otro trabajo que rescata esta época es de Luis Enrique Délano. *El año veinte, Novela*, Santiago, Pineda libros, 1973.

⁸ Hubo otro grupo en Valparaíso de "carácter abiertamente antiparlamentario" probablemente se fundó a fines de 1920, uno de sus miembros, que firmó con el seudónimo Julio-Carlos, escribió un artículo bosquejando la situación de hostigamiento que vivían de parte de la "juventud dorada". Al parecer no tenían una conexión directa sino sólo compartían el nombre. Otro grupo Claridad se había formado en Rancagua. Véase: *Claridad* N° 11, Santiago, 10 de enero de 1921.

FECH acusados de subversivos. Con el tiempo tanto la figura del poeta como la publicación se transformaron en el símbolo de esta generación estudiantil⁹.

Sin duda estaba influenciado por el grupo homónimo que había nacido en Francia inspirado en los ideales pacifistas surgidos en forma posterior a la primera guerra. El manifiesto de Anatole France y Henri Barbusse "El Resplandor en el Abismo (lo que quiere el grupo Claridad)", fue publicado incompleto en los números 3, 4, 5 y 6 de la revista entre el 26 de octubre y el 13 de noviembre de 1920. Con el surgimiento de este grupo se consolidaba en nuestro país un movimiento intelectual internacionalista.

El momento mismo del nacimiento de la revista no está claro. Aunque su primera edición salió a la luz el 12 de octubre de 1920. Estaba dedicada en gran parte a homenajear al fallecido joven, probablemente su aparición estaba programada para mucho antes pero se debió retrasar por la represión a que fueron sometidos estudiantes y obreros vinculados al anarquismo.

Sus fundadores fueron el joven poeta Alberto Rojas Giménez, Raúl Silva Castro y el estudiante ecuatoriano Rafael Yépez. Se les unió al poco tiempo José Santos González Vera y Juan Gandulfo. Góngora la consideró con las siguientes palabras:

"Nos hemos detenido en la caracterización general de Claridad, porque nos ha parecido el mejor testimonio del espíritu de una generación juvenil que dejó por largo tiempo un sello inconfundible de rebeldía, incluso cuando sus redactores desaparecen después en el seno de partidos burgueses como el Radical [...], o en la burocracia universitaria, o abandonan del todo la preocupación política ostensible y se dedican solamente a sus profesiones"¹⁰.

El estudio de Luis Bocaz concluye de manera distinta pero con una apreciación cercana:

"Obra de una fracción de universitarios de capas medias, *Claridad* es bastante más que una revista de estudiantes. Es un documento irremplazable para la reconstrucción de una atmósfera de una época en que las organizaciones de estudiantes de Latinoamérica transformaron a la universidad en un refugio de la utopía. Sus páginas reflejan un momento y una modalidad particular de la alianza entre un grupo de intelectuales que entra a una etapa de definición de sus orientaciones teóricas y un movimiento obrero que vive una etapa de definición de sus formas organizativas"¹¹.

Los principales redactores de *Claridad* fueron Eugenio González, que firmaba como Juan Cristóbal; Sergio Atria era Poil de Carotte y Juan Gandulfo: Juan Canerra y Juan Guerra. Pablo Neruda, se unió al grupo en 1921, usaba el seudónimo Sachka.

⁹ Para el caso véase Fabio Moraga y Carlos Vega, *José Domingo Gómez Rojas, Vida y Obra*, Punta Arenas, Editorial Ateli, 1997.

¹⁰ Góngora, *op. cit.*, págs. 123-124.

¹¹ Luis Bocaz, *op. cit.*, pág. 457.

Las caricaturas eran hechas por *Chao*, firma de Raúl Figueroa, también dibujante del vespertino *La Época* y la revista *Sucesos*.

En *Claridad* Atria escribía crónicas humorísticas tituladas "Patrioterópolis", y traducía poesías desde el francés¹². A la revista lo llevó José Santos González Vera, a quien influyó para que leyera a los franceses como Zola, Daudet, Balzac y France.

El joven médico Juan Gandulfo generalmente elaboraba la portada o "Cartel", incluía una ilustración que tenía relación al momento político. Esta sección es una de las más ricas en cuanto a la entrega de información respecto al imaginario de la época. En ella se plasmó una estética que rayaba en lo clásico, con alegorías basadas en una gráfica que hace recordar la revolución francesa. Llama la atención la referencia constante a temas reivindicativos en los que se usaba un lenguaje con resabios redentores y altruistas.

González Vera fue uno de los anarquistas que se dedicó a escribir acerca de los sujetos más que la doctrina. Gracias a sus escritos, la mayoría vivenciales y autobiográficos, hemos podido acceder a muchos datos que no aparecen en otras fuentes. Sus primeros trabajos en prosa se incluyeron a partir del número 13 de febrero de 1921. "Masacre de los obreros en la pampa salitrera", relata la matanza que se hizo de trabajadores de la oficina salitrera San Gregorio, en Iquique¹³. Luego publicó parte de sus *Vidas Mínimas*. Jorge Neut Latour era otro de sus columnistas habituales, en un principio estaba encargado de la página internacional. En *Claridad* N° 16 escribió, por ejemplo: "Labor educacional. Preparemos el advenimiento del nuevo régimen". La vida de este personaje es digna de destacarse. Nació en 1898, hijo de padres belgas y católicos. En 1914 viajó a su país para luchar contra la ocupación alemana, ahí vio morir a su hermano. Se volvió anarquista y muy sensible a los problemas sociales. Estudió leyes, pero no terminó la carrera que cambió por la de profesor de historia. En Antofagasta abrió una oficina jurídica para defender a los trabajadores de las salitreras, así ganó una posición sólida entre los obreros y la sociedad nortina. Fue padre de cuatro hijos que debió criar pues quedó viudo. Durante agosto de 1925, luego de la matanza de obreros en la oficina La Coruña, fue detenido y se lo mantuvo preso en un barco¹⁴.

Pablo Neruda se integró al grupo durante 1921. Al comienzo el joven provinciano escribió para *Claridad* algunos artículos en prosa, y le publicaron poemas cortos en la sección "Los Nuevos" destinada a exponer los trabajos de los narradores y poetas emergentes. Uno de los primeros artículos de Pablo Neruda se tituló "Sexo". Los editores del número 23 aclaraban que decidieron incluir el trabajo por su cuestionamiento a los valores cristianos¹⁵. La labor del futuro Nobel en la revista fue muy fecunda, se han contabilizado sus artículos en más de un centenar¹⁶. De él,

¹² José Santos González Vera, *Cuando era muchacho*. Santiago, Nascimento, 1951, págs. 77-78.

¹³ González Vera, "Masacre de los obreros en la pampa salitrera", *Claridad* N° 13, 14 de febrero de 1921, pág. 3.

¹⁴ Carlos Vicuña Fuentes, *La tiranía en Chile, libro escrito en el exilio*, Santiago, Imprenta Aconcagua, 1928, pág. 45.

¹⁵ Pablo Neruda, "Sexo", *Claridad* N° 23, Santiago, 2 de julio de 1921.

¹⁶ Orlando Oyarzún Garcés, "Influencia de un juglar", compilado en Oreste Plath, *Alberto Rojas Jiménez se paseaba por el alba*, Santiago, Dibam, 1994. Oyarzún se basa seguramente en un artículo publicado en la revista de la SECH, en homenaje al premio Nobel chileno. Véase: Jorge Sanhueza.

Fernando Osorio destaca las creaciones: "Inicial", "Campesina", "Pantheos", "Maestranzas", "De noche", "Las palabras del ciego" y "Elogio de las manos".

Finalmente llegó la fama con *Crepusculario* que salió publicado en *Claridad*. Este libro le abrió las puertas a la admiración de toda la generación del veinte, comúnmente se lo obligaba a recitarlo a donde quiera que fuera y no eran pocos los que se aprendieron sus versos de memoria. El poeta constituyó su propio grupo al que se le denominó la "banda de Neruda". Estaba compuesto por Gerardo Seguel, hijo de pastor protestante que pronto derivó al anarquismo. De Temuco llegó también Norberto Pinilla. Otro fue Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Tomás Lago que primero era estudiante de Leyes, las abandonó para dedicarse a la literatura, escribió *Anillos* junto a Neruda y otros cuentos.

Para distinguirse de los demás Neruda usaba una capa de ferroviario, regalo de su padre y un sombrero alón, al cabo de un año todo el grupo tenía ambas prendas y de allí surgió el nombre de "banda". Más allá de esta pose, González Vera afirmaba que: "Lo característico de la banda fue cierta similitud de orientación social y el anhelo muy fuerte de crear una literatura con otro horizonte y nuevos recursos"¹⁷.

Pero el integrante de más estatura de la "banda" fue Alberto Rojas Giménez, el más cercano a Neruda, fue funcionario del Ministerio de Educación, agente de avisos publicitarios, empleado del mineral El Teniente, viajero y bohemio. El número 6 de la revista publicó el "Primer manifiesto agú" que lo firmaban Juan Martín y Zain Guimel, este último era su seudónimo¹⁸.

Pese a que sus principales redactores eran de tendencia ácrata no se puede vincular esta revista directamente a ninguna corriente del anarquismo internacional ni a ninguna corriente en particular. La ideología de *Claridad* era ecléctica o, más bien, heterodoxa en el más amplio sentido de la palabra. En sus páginas escribieron todos los miembros de la bohemia que se reunió en torno a Gómez Rojas y al grupo del Café los Inmortales. También encontraron espacio los estudiantes católicos muchos de los cuales se articulaban en torno a la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, ANEC; algunos conocidos demócratas como Santiago Wilson, y por supuesto los jóvenes de la Asamblea de la Juventud Radical de Santiago que "coqueteaban" con el anarquismo, entre los que destacaban Santiago Labarca, Alfredo Larraín Niell y Rigoberto Soto Rengifo.

La biblioteca del Club de Estudiantes había sido formada por Pedro León Loyola, ex presidente de la Federación, abogado y profesor de filosofía. Algunos de los autores eran: del socialismo marxista y ácrata Lenin, Trotsky, Kropotkin, Marx y Bakunin; novelistas como Gorki y Tolstoi. Entre los chilenos Bello, Barros Arana, Lastarria y Amunátegui. En el caso de los franceses privilegiaban a Romain Rolland y Anatole France; entre los clásicos destacaban Homero, Platón,

"1921-1926, Neruda colaborador y redactor de la revista *Claridad* de la Federación de Estudiantes", *Alerce* N° 6, Santiago, primavera de 1964, págs. 6-14.

¹⁷ González Vera, *Cuando... op. cit.*, pág. 321.

¹⁸ González Vera, *Cuando... op. cit.*, págs. 317-321; Zain Guimel y Juan Martín. "Las nuevas tendencias estéticas: Agú", *Claridad* N° 6, 13 de noviembre de 1920, pág. 7. Destacado además por distintas antologías como: Nelson Osorio. *Manifiestos, proclamas y polémicas de las vanguardias literarias hispanoamericanas*, Caracas, Editorial Ayacucho, 1988, págs. 81 y 82 y Oreste Plath, *op. cit.*, pág. 50.

Esquilo, Sófocles, Aristófanes, Shakespeare, Cervantes y Calderón; en poesía, los franceses Verlaine y Mallarme. De las mujeres son dignas de mención Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. Entre las obras destacaban *La Biblia*, *El Quijote*, las *Novelas Ejemplares*, las *Odas* de Horacio y el *Ideario* de Ulianov.

Una balance de Raúl Silva Castro concluía acerca de la labor de la revista que el primer año de vida reinaban la incertidumbre y la improvisación:

“*Claridad* no era un plan, no era una norma, sino un conjunto híbrido de proyectos lejanos y descabellados. Después, en mayo del año pasado *Claridad* reapareció al cabo de dos meses de suspensión”¹⁹.

Esto marcaba una nueva etapa para el futuro literato, ahora daban ideas, hacían campañas, defendían principios contra la inercia y el ausentismo universitarios, contra una juventud estudiantil indiferente terminaba un fervoroso llamado a colaborar con la revista.

En poco tiempo multiplicaron sus actividades formando una editorial y agencia de publicaciones. Algunos de los títulos editados eran, aparte de las dos revistas de la Federación, la misma *Claridad y Juventud*; un libro de Pablo Eltbacher: *La doctrina anarquista y El comunismo en América*, de Evangelina Arratia. Pero el más difundido fue el opúsculo de Carlos Vicuña Fuentes “La libertad de opinar y el problema de Tacna y Arica” donde el abogado y polemista proponía que para solucionar el problema fronterizo con los países vecinos se debía restituir en forma completa los territorios quitados durante la guerra. Otras obras simplemente las difundían.

Mantenían contacto con numerosas revistas de la vanguardia política e intelectual del continente. Entre ellas podemos señalar *Insurrexit*, de Buenos Aires; *La Gaceta Universitaria*, de Córdoba; *Renovación* de la Universidad de la Plata.

IDEOLOGÍA Y POLÍTICA EN *CLARIDAD*: EL INDIVIDUALISMO COMO IDEAL GENERACIONAL

Gracias a su continuidad, *Claridad* fue una de las revistas que más discutió del mundo de las ideas. En sus páginas se reflejó la enorme búsqueda de una generación que no tenía certezas ideológicas y que era profundamente ecléctica intelectualmente, pero que deseaba por sobre todo incidir en la política chilena.

Si pudiéramos caracterizarlo, el ideal de *Claridad* fue de un “individualismo político”. El anarquismo penetró en la generación del veinte por tener dentro de sí esos elementos. Esta actitud que se tradujo en una postura política, fue producto de un balance acerca del sistema parlamentarista chileno y más aún, del capitalismo. Este análisis generacional los llevó a rechazar de plano todo el sistema y como es natural, el anarquismo vino a otorgarles un sustento teórico a sus planteamientos iniciales. En junio de 1920 la Primera Convención de la Federación de Estudiantes había elaborado su estrategia política definida como “acción política no militante”, reafirmando su rechazo a la política partidista. En “El ingre-

¹⁹ Raúl Silva Castro. “De nuestro medio estudiantil”, *Claridad* N° 64, 12 de agosto de 1922, pág. 7.

so a los partidos políticos", Santiago Ureta Castro plantea claramente esta animadversión:

"Y son muchos los ejemplos que tenemos de rebeldes que han cedido ante la influencia reaccionaria del medio ambiente burgués.

No ingresemos, pues, a los partidos políticos, porque a ellos, sólo se va a elegir o a ser elegidos representantes en el Congreso. Y eso querría decir que creemos en la posibilidad de conseguir algo para nuestra causa actuando en un Parlamento que es el fiel exponente de las deficiencias del actual régimen capitalista"²⁰.

Las raíces de esto, las encontramos en los teóricos del individualismo de la época: Stirner y Nietzsche. Un ejemplo está en el artículo "Yo, mi solo señor" de Max Stirner; donde incluyen un fragmento de la obra del pensador alemán "El único y su propiedad"²¹. Este filósofo, cuyo nombre verdadero era Juan Gaspar Schmidt, discípulo de Hegel junto a K. Marx y F. Engels, fue clasificado como "la extrema izquierda hegeliana". Influyó por igual a Marx, Bakunin, Nietzsche y Kropotkin. Planteaba que pese a la transformación del Estado y a los cambios que se podían introducir a las leyes, nadie se atrevió a tocar el concepto de ambos. De este modo, se podía continuar siendo ciudadano del Estado y respetuoso de las leyes después de abolir lo que parecía defectuoso. Frente a este yerro había que levantar el "yo" y el "egoísmo" y los derechos que al yo le pertenecen sólo por el hecho de existir, no porque le sean reconocidos por una convención social. En el pensamiento de Stirner no existe ni siquiera derecho individual "Lo que cada cual posee sin respecto a algo existente fuera de él deja de ser un derecho y se transforma en un poder"²².

Más allá de esta posición extrema y entre las muchas influencias ideológicas que se trasuntan de su lectura, una de las más importantes fue la de los españoles de la *Generación del '98*. Según Mario Góngora, lo que la generación de *Claridad* tenía dentro de su bagaje ideológico, que no era marxista, era un:

"[...] anarquismo intelectual libertario e individualista, la afirmación de un progreso infinito, que relativiza el valor de cada una de sus etapas, nada semejante a la creencia mesiánica de una sociedad sin clases —tal vez un vago nietzscheanismo, la visión de una ilimitada mutación de valores"²³.

Ese "vago nietzscheanismo" estaba patente en la declaración de principios:

"La Federación reconoce la constante renovación de todos los valores humanos. De acuerdo con este hecho, considera que la solución del pro-

²⁰ Santiago Ureta Castro, "El ingreso a los partidos políticos", *Claridad* N° 13, 14 de febrero de 1921.

²¹ Max Stirner, "Yo, mi solo señor", *Claridad* N° 47, 17 de diciembre de 1921.

²² El conocimiento de este filósofo es limitado en Chile. Algunos datos de su obra, que hemos utilizado para esta presentación aparecen en *Hoy* N° 87, Santiago, 21 de julio de 1933.

²³ Mario Góngora, *op. cit.*, pág. 116.

blema social nunca podrá ser definitiva y que las soluciones transitorias a que se puede aspirar suponen una permanente crítica de las organizaciones sociales existentes. Esta crítica debe ejercerse sobre el régimen económico y la vida moral e intelectual de la nación"²⁴.

Esta declaración de principios fue fruto de la Primera Convención Estudiantil, realizada en junio de 1920. En la ocasión la Federación de Estudiantes aprobó una "escala de valores" bajo la cual acordaron regir sus acciones. Dicha escala ponía un orden de prioridades para actuar, el que se estructuraba de la siguiente forma: individuo, familia, patria y humanidad:

"De acuerdo con la subordinación de valores que ha establecido el Individuo a la Familia, de la Familia a la Patria y de ésta a la Humanidad, la Federación afirma que el patriotismo es un sentimiento noble que entraña el sacrificio del interés individual al colectivo. En las cuestiones internacionales someterá siempre el interés del Individuo, de la Familia y de la Patria a los supremos ideales de Justicia y de Fraternidad humanas"²⁵.

Naturalmente, esta estratificación valórica no era del gusto de la oligarquía, la que no aceptaba que se pusiera al individuo antes que a la familia. De esta escala se derivaba la "acción política no militante" como rechazo al sistema político y como la única manera de progresar efectivamente: "declara, finalmente, que todo verdadero progreso social implica el perfeccionamiento moral y cultural de los individuos".

El documento en su conjunto resultó bastante polémico, años después una nueva generación estudiantil, menos politizada, rechazaría esta síntesis ideológica. Esta crítica se esgrimió desde varios sectores. Un capítulo de ésta fue protagonizado por los elementos positivistas cercanos a la Federación. El abogado Carlos Vicuña Fuentes, firme defensor de la corriente positivista de la "religión de la Humanidad" publicó un folleto titulado *La cuestión social ante la Federación de Estudiantes*, donde discutía el principio de "renovación constante de todos los valores". En este opúsculo Vicuña Fuentes sostenía que el polémico principio era:

"[...] falso y anticientífico ya que admitiendo que es verdad que los conceptos humanos (o valores) de carácter filosófico o científico *evolucionan*; no es menos cierto que no se trastornan o modifican indefinidamente

²⁴ Federación de Estudiantes de Chile, *Declaración de Principios*, Santiago, junio de 1920. Véase también Góngora, *op. cit.*, pág. 115-116.

²⁵ *Ibid.*, Una reflexión parecida la encontramos años después en los planteamientos de la Legión Social Nacionalista (organización de carácter fascista), fundada en 1934, decía en su Declaración de Principios, textualmente: "La Legión Social Nacionalista, reconoce renovación de los valores, considera que la solución del problema social nunca será definitiva, y, en consecuencia, luchará constantemente por el perfeccionamiento de la legislación en lo relativo a la previsión, Asistencia y Bienestar Social de los ciudadanos, trabajando por la sustitución del principio de cooperación al de competencia". Véase: Legión Social Nacionalista. *Proyecto de Estatutos*, Santiago, Imprenta y Litografía Casa Amarilla, 1932, pág. 6.

te y que una vez llegados al estado positivo, ya no evolucionan más. Más aún: la evolución misma tiene una ley, una marcha determinada en virtud de la cual los principios pasan de ficticios a abstractos y de abstractos a positivos, de absolutos a relativos, de vagos a determinados, enriqueciéndose y precisándose siempre, pero sin contradecirse o trastornarse fundamentalmente, como llegó a pretenderlo la filosofía de Nietzsche. No debe confundirse la relatividad de todos los principios con su renovación indefinida, que no permitiría fundar otra filosofía que el pernicioso escepticismo”²⁶.

El texto era una ampliación de un discurso pronunciado un año antes en la Federación cuando se discutía precisamente ese primer punto. La postura de Vicuña Fuentes estaba fundada en un principio puramente ideológico que trataba de demostrar que el positivismo era una “doctrina orgánica” que podía resolver “todos los problemas sociales y morales de la hora presente”.

El número 58 de *Claridad* publicó un artículo de Carlos Caro, que firmaba como Pantagruel. En “Breve comentario”, denunciaba que a la reacción que atacaba a los trabajadores y preparaba una nueva jornada represiva como la del año veinte, se unía una fuerza que se le consideraba opuesta a las fuerzas conservadoras: el positivismo representado por Vicuña Fuentes. En la respuesta Caro le retrucaba:

“¿Acaso toda ciencia, toda moral, toda filosofía, y toda verdad, se encuentra sólo en los 1.955 tomos de la “Política Positiva”, obra capital, según dicen, del señor Comte, escrita hace ya más de ochenta años y que ha quedado por esto mismo retardada ante el enorme progreso intelectual desarrollado en estos últimos tiempos?”²⁷.

La polémica continuó después abierta y sin ambages. Aparte del principio señalado Vicuña atacaba al anarquismo y a su principal organización la iww. Los calificativos del polemista no fueron, por decir lo menos, gentiles. Esta ruptura de las hostilidades mereció la respuesta de uno de los colosos intelectuales universitarios: Alfredo Demaría. El ex presidente del año veinte retrucó al positivista su falta de objetividad y su intencional voluntad de trastocar los postulados ácratas. Naturalmente fue *Claridad* la tribuna del enfrentamiento. El número 59 de la revista publicó “Discutiendo un folleto” firmando como Edgardo Tagle²⁸.

El ex presidente trataba las “nociones positivas para la solución del problema social” que planteara Vicuña Fuentes atacándolas desde el anarquismo. Definía al positivismo como: “un sistema filosófico que cree ser la síntesis del conocimiento humano” enrostrando a sus seguidores el fanatismo con el que creían en esas ideas.

Demaría definía las ideas ácratas como una “doctrina social de actualidad” y se afirmaba en el “principio de renovación de los valores” aprobado en la Primera

²⁶ Carlos Vicuña Fuentes. *La Cuestión social ante la Federación de Estudiantes*, Santiago, Imprenta y Litografía Sabater, 1922, pág. 8.

²⁷ Pantagruel. “Breve Comentario”, *Claridad* N° 58, Santiago, 1 de julio de 1922.

²⁸ Edgardo Tagle. “Discutiendo un folleto”, *Claridad* N° 59, Santiago, 8 de julio de 1922, pág. 8.

Convención de la Federación de Estudiantes. Por su parte Vicuña Fuentes lo criticaba argumentando que:

“Es falso, porque si bien es verdad que los valores humanos evolucionan, no es menos cierto que no se trastornan y modifican indefinidamente y que una vez llegado al estado positivo, ya no evolucionarán más”²⁹.

Demaría retrucaba argumentando que el principio de “positividad de los valores” era inexacto porque a través de él se llegaba a la conclusión de que la vida era estacionaria si los valores no evolucionaban transformándose en un organismo invariable sujeto a la observación. El estudiante exponía una concepción evolucionista y de constante cambio dentro de los horizontes de lo observable sosteniendo que en sociología y en moral se puede llegar a formular postulados positivos generales, pero que era imposible llegar a determinar todas las particularidades por su variabilidad. Finalizaba este pequeño artículo con una profunda ironía:

“El apóstol Juan Enrique Lagarrigue sostiene en uno de sus folletos que el arte debe ser ‘positivo’ y subordinado a la moral. En otra parte agrega que si Shakespeare hubiera estado inspirado por la religión de la Humanidad, no habría compuesto ese drama sombrío que se llama Hamlet. Arte positivo y subordinado a la moral. Me parece ver a Venus desnuda que sonríe como asegurando que a pesar de toda esta metafísica moralista, la vida continuará eterna y potente, infinitamente hermana en su libertad”³⁰.

Pero la polémica siguió recibiendo la réplica de otro ácrata representante de los obreros: Armando Triviño. Éste más ortodoxo en sus principios y menos “eclectico” que el estudiante, contestó en el siguiente número al abogado resaltando las inexactitudes en las que caía. Una de las principales era la afirmación de Vicuña del sabotaje como uno de los principios del anarquismo que Triviño, corregía, se habían derogado en la segunda convención de la iww realizada entre el 15 y el 18 de mayo de 1921, aclarando: “no perseguimos la destrucción sino la socialización de la maquinaria”.

Vicuña Fuentes replicó en el N° 63, pero en forma amigable y tratando de bajar el tono agresivo a la polémica, pues ambos habían compartido la trincher antioligárquica. Así, con un lenguaje menos fogoso, pero sin renunciar a la agudeza discursiva, advierte que el ideólogo anarquista le da la razón al admitir que cuando él criticaba los principios de la iww, estaban siendo derogados en ese mismo momento, pero no significaba que no se siguieran practicando.

Más abajo sostiene que no hay que confundir capital con capitalismo: Ambos, sostiene, eran enemigos de este último definiéndolo como “el abuso individual de los capitales sociales”. El capital era para el abogado “la acumulación de elementos de producción y aún de productos” y “un decisivo factor de trabajo social”. La división del trabajo, característica de una sociedad compleja, hacía imprescindible la *reserva*

²⁹ Carlos Vicuña Fuentes. *op. cit.*, pág. 8.

³⁰ Edgardo Tagle. *op. cit.*, pág. 8.

acumulada (el capital), para continuar produciendo. Otra cosa era la apropiación de ese capital que pertenece a la sociedad porque es resultado del "concurso social"³¹.

También rebatía la idea de Triviño que la tierra, la maquinaria y los productos no podían ser representados por el dinero, afirmando lo contrario. Respecto al otro tema polémico: los "propósitos" de los sindicatos obreros, algunos los creía criminales. Refuta la tesis de que las clases sociales son enemigas económicamente diciendo que no lo demuestra, que, por el contrario las clases están continuamente cooperando entre sí y eso se podía ver por "simple observación", salvo en los "burgueses parasitarios" (que no alcanzaban a ser una clase social) citando las páginas 19 y 20 de su folleto donde introduce distinciones en la elite sosteniendo que entre la burguesía había una gama que iba desde el "proletariado intelectual" (probablemente se refiere a la clase media) sosteniendo que estos son tan explotados que los trabajadores manuales; pasando por los "propietarios industriales", que "no son ni pueden ser enemigos del proletariado" pues ellos generaban el empleo y pagaban el salario; a estas dos fracciones había que inculcarles valores que los llevaran a rechazar el enriquecimiento parasitario y a trabajar "no por el interés individual sino por el interés social de producir y proteger a los obreros". Finalmente estaban los "burgueses parasitarios", únicos burgueses verdaderamente execrables, erróneamente llamados capitalistas, éstos correspondían a los rentistas que obtenían su subsistencia de las acciones de bancos, eran dueños de fundos que arrendaban o simplemente usureros³².

Cuando Triviño le criticaba como un sarcasmo lo que sostenía Vicuña diciendo que las habitaciones obreras habían sido construidas por la burguesía (el patriado industrial), el abogado contestaba:

"La verdad es que es ella quien ha puesto su ciencia, su tiempo y su coordinación, ha arriesgado sus capitales y su crédito y ha dado los impulsos creadores. Los proletarios han cooperado a la obra también, vendiendo voluntariamente su trabajo, pero sin crear ni impulsar nada sino por orden y disposición de los burgueses. Y muchas veces no han puesto en la obra ni siquiera el amor. Es esto sin duda tristísimo, pero ¿a qué conduce negarse a aceptar la verdad?

Probablemente esta polémica minó las confianzas, el abogado terminó por alejarse definitivamente de la Federación cuando aceptó una candidatura a diputado, representando al Partido Radical en las elecciones de 1924. Durante mucho tiempo en *Claridad* había encontrado difusión a sus ideas y múltiples polémicas con el sistema parlamentario y el sistema político en general, pero esta vez sus acciones y opiniones recibieron la más aguda reprobación³³.

³¹ Carlos Vicuña Fuentes. "Replica a don Armando Triviño", *Claridad* N° 62, Santiago, 29 de julio de 1922, págs. 7 y 8.

³² Carlos Vicuña Fuentes. *La cuestión social ante la Federación de Estudiantes*, Santiago, Imprenta Litografía y Encuadernación selecta, 1922, págs. 18 y 19.

³³ Armando Triviño. "Refutación al folleto de Carlos Vicuña Fuentes", *Claridad* N° 60, Santiago, 15 de julio de 1922, pág. 8.

NIETZSCHE EN CLARIDAD

En el núcleo de la reflexión que había cruzado la polémica descrita, estaba lo que había intuido Góngora: la influencia del pensamiento de Nietzsche que, desde principios de siglo formaba parte del pensamiento de las vanguardias políticas y de grupos intelectuales influenciados por el anarquismo.

Las lecturas de Unamuno fueron una de las vías de entrada directa de lo nietzscheano a Chile. En particular, el escritor español fue para el grupo *Claridad* el paradigma del hombre libre al menos hasta 1931, año en que se desvincularon de él y lo criticaron³⁴. Durante el primer tiempo, el autor de *Niebla* mantuvo correspondencia con la Federación y *Claridad*, mucha de la cual fue quemada durante el saqueo que efectuó la oligarquía al local de la Federación el 21 de julio de 1920. Lo citaban, por ejemplo en el número 8 junto a otros compatriotas suyos como Ramón y Cajal, Baroja, D'Ors, Pérez de Ayala, Zuloaga, Ortega y Gasset. Esta es la lectura de 1920, cuando el "individualismo político" estaba en boga en las mentes de los jóvenes estudiantes.

Un artículo perteneciente a Adolfo Allende Serón, publicado en *Claridad* en junio de 1920 y titulado "Nietzsche contra Wagner", analiza la relación entre los dos alemanes. Según el autor, Nietzsche admiró al músico pero pronto este sentimiento se transformó en adversidad y aun odio. Una de las causas fue el amor de una mujer que el músico le habría disputado y ganado al filósofo. Producto de esto es "El caso Wagner" en el que injuria a su ex amigo. Otra versión de la enemistad, según Allende, fue el deseo frustrado del filósofo de ser buen compositor, deseo que había recibido las burlas de parte del músico, Allende se refiere, sin embargo, a sus concepciones sobre la estética musical. Escribe:

"Nietzsche fue quien dijo: en la noche y en la semioscuridad de los bosques sombríos y de las cavernas, fue donde el oído, órgano del miedo, pudo desarrollarse tanto como se ha desarrollado, gracias a la manera de vivir de la época de los terrores, es decir, de la más dilatada edad humana que ha existido. Cuando hay claridad el oído es mucho menos necesario. De ahí el carácter de la música, arte de la noche y de la semioscuridad"³⁵.

Al año siguiente otra referencia a Nietzsche bajo el título de "Un comentario", escrita por el dirigente estudiantil y redactor de *Claridad* Alex Varela incluyó un epígrafe con una cita del filósofo³⁶. Esta cita es usada para referirse al caso del escritor Raúl Silva Castro, también partícipe de la revista, que había sido presionado para desdecirse acerca de un artículo publicado en la prensa en que criticaba la actitud de un ex dirigente estudiantil. Éste, que había abandonado las filas de la

³⁴ Por ejemplo, una caricatura de Bugaria ilustra la portada del N° 8 del 27 de noviembre de 1920, además le dedicaron la portada o "Cartel".

³⁵ Adolfo Allende S. "Nietzsche contra Wagner", *Claridad* N° 19, Santiago, 4 de junio de 1921.

³⁶ El texto decía: "¡No incurráis en cobardía respecto de vuestros propios actos! No los repudiéis después de consumados! Los remordimientos de conciencia son una asquerosidad". Alex Varela, "Un comentario", *Claridad* N° 83, 23 de diciembre de 1922, pág. 9.

Federación de Estudiantes, había ido a estudiar al Perú donde se convirtió en dirigente de los estudiantes de ese país. Silva Castro enrostraba el cambio en el tránsito, que antes era nacionalista y antiperuano. Pero a los pocos días se desdijo públicamente. Esta era la crítica que Varela hacía a Silva Castro. Si bien en este texto el epígrafe es usado sólo como cita nos indica que los textos de Nietzsche seguían marcando el horizonte cultural de los estudiantes de los años veinte.

Pero pronto el conjunto de esta postura fue desvirtuada. En 1923 un grupo estudiantil instaló una discusión al interior de la asamblea de la Federación que cuestionaba los principios de la Primera Convención respecto de la representatividad del organismo estudiantil. Los redactores de *Claridad* combatieron denodadamente esta situación dando a conocer algunos fragmentos de la obra de Stirner para introducir elementos que les permitieran profundizar la discusión. Con el título de "Yo no he basado mi causa en nada", les recomendaba una lectura calmada y profunda de los escritos³⁷.

La polémica continuó cuando las posiciones políticas, basadas en posturas filosóficas, se tensaron introduciendo la confusión entre las múltiples expresiones políticas de la generación estudiantil. La respuesta, que desde el anarquismo intelectual esgrimieron los redactores de *Claridad* no fue menos violenta, cuanto más clara:

"La idea fija había tomado cuerpo, se había arraigado en los cerebros, ahogando todas las demás ideas de comunismo y de liberación humana, convertidas desde entonces en viejas cantinelas. Y nuestros súper-hombres se precipitaron al punto en el personalismo de la sociedad actual, llegando incluso, de negación en negación, a no considerar ya las reivindicaciones sociales, las esperanzas futuras, el ideal, más que como quiméricos sueños"³⁸.

Así, en el movimiento estudiantil el pensamiento de Nietzsche fue llevado a las prácticas discursivas que se reprodujeron en el asambleísmo estudiantil que organizaba las formas de hacer política de los estudiantes y *Claridad* fue la tribuna donde se reprodujeron estos debates y prácticas políticas.

EL ANARQUISMO Y EL COMUNISMO

Quizá el tema de la revolución rusa fue uno de los más complejos de resolver para este grupo que había nacido con una gran influencia del *maximalismo* soviético. Desde los primeros números dedicaron una buena cantidad de editoriales a tratar el tema, pero una parte importante de la discusión la centraron en la articulación y recepción de un partido aliado a la Tercera Internacional. El debate señalado se desató tempranamente. Por ejemplo, a raíz de la Convención de la socialista Federación Obrera de Chile, FOCH, que se realizaría el 5 de diciembre de 1920, *Claridad* editorializó sobre la formación de un "partido laborista".

³⁷ Max Stirner. "Yo no he basado mi causa en nada", *Claridad* N° 87 y 88, del 12 y 19 de mayo de 1923.

³⁸ Simplicio (speud.). "Reflexiones sobre el individualismo", *Claridad* N° 91, Santiago, 9 de junio de 1923, pág. 7.

También desde el inicio de las actividades del grupo, el tema de la revolución rusa estuvo rondando y tensionando la reflexión conjunta que realizaron respecto a las ideologías "avanzadas". El número del 6 de noviembre informaba sobre la Convención de la FOCH para el 5 de diciembre de ese año³⁹. Si bien el anarquismo doctrinario de la mayoría de los integrantes del grupo rechazaba la participación en el sistema, valoraron la formación de un "partido de clase". La lectura que hicieron fue que era necesario para:

"La formación de la conciencia de clase, de la cual carece la inmensa mayoría del proletariado chileno. Esta es la razón por la que los obreros chilenos se están agotando estérilmente en el campo político, en luchas fratricidas desde distintos partidos burgueses"⁴⁰.

Pero la distancia crítica también estuvo presente en sus reflexiones. El número 7 de la revista dedica dos trabajos a analizar el avance del comunismo. "Con la segunda o la tercera internacional" examinaba las opciones que planteaban ambas agrupaciones políticas frente a la revolución descartando ambas. También titula un artículo "Burocracia en la Rusia de los soviets". En febrero de 1921 publicaron las 21 condiciones que ponía la Tercera Internacional Socialista para entrar al conglomerado de partidos. Los redactores aclaran que sus editores hicieron una traducción directa del ruso pues muchos periódicos izquierdistas publicaban el documento en forma incompleta. Ese mismo día la editorial estaba dedicada a la noticia que el Partido Socialista Francés había decidido adherir al grupo internacional⁴¹. También analizaron la adhesión del *Partido Obrero Socialista* de Luis Emilio Recabarren a la Internacional, ocurrida el 29 de diciembre de 1922 y casi simultánea a su homólogo europeo.

Respecto de la difusión del anarquismo, los españoles tuvieron una función importante. Desde la Península llegaron de manera especial obreros especializados que profesaban las ideas ácratas. Uno de los más destacados fue Casimiro Barrios, reivindicado posteriormente como comunista. Durante la represión que se desató a raíz del proceso a los "subversivos" fue deportado al Perú. Desde allá colaboró con *Claridad* dirigiendo una carta que reprodujo de *El Socialista*. En él cuenta sus labores proselitistas en el vecino país. En 1927 fue detenido y asesinado por la policía política ibañista.

El anarquismo de raíz obrera, que en Chile estaba representado fundamentalmente por la IWW también tuvo su espacio en *Claridad*. Uno de sus más grandes exponentes fue el ya citado Armando Triviño. Un artículo publicado en septiembre de 1923 nos entrega pistas del debate ideológico que se estaba desarrollando entre los ácratas obreros:

"Ahora me doy cuenta de que no son sólo la pereza y la inercia las que corroen a los compañeros de Antofagasta, sino que también el flagelo in-

³⁹ "La gran convención de la FOCH", *Claridad* N° 5, 6 de noviembre de 1920, pág. 2.

⁴⁰ "La gran ...". *Op. cit.*, pág. 2.

⁴¹ "El Partido Socialista Francés acuerda adherirse a la Tercera Internacional", *Claridad* N° 11, Santiago 10 de enero de 1921, pág. 3.

dividualista más o menos bien desarrollado es el que los traiciona. La organización obrera es como el agua: el agua toma la forma del tiesto que la contiene. [...]

Hacer actuar anárquicamente a los sindicatos sin que los componentes sean anarquistas. Siendo las asambleas garantías para que expongan sus ideas todos los hombres y para que ellas sean discutidas, así se van haciendo solos los anarquistas en los sindicatos, que querámoslo o no, siempre existirán en el régimen capitalista, ya que tienen la importancia enorme de ser las bases y los ejes del capitalismo⁴².

Los fundamentos del anarquismo chileno no se caracterizaron por ser disímiles a los que en general se debatieron en la discusión ideológica internacional. Sin embargo, existió una especie de síntesis que en las páginas de *Claridad* se logró tras años de discusión y análisis. El elemento central del anarquismo intelectual del grupo fue el antiautoritarismo. Otros, menos recurrentes, fueron la crítica al mundo religioso, si bien no abordaron directamente los problemas de la fe, sí criticaron la jerarquía eclesiástica y al catolicismo. En cuanto al autoritarismo destaca un artículo de A. Schapiro, de 1923. Desconocemos mayores datos de este autor que desarrolla una crítica a la Rusia bolchevique. Las críticas y distancias con el régimen comunista si bien las plantearon tempranamente, con el tiempo las fueron agudizando especialmente hacia las formas concretas de ejercer el poder:

"Bastó, sin embargo, a este partido, temporal y conscientemente asimilador, recibir la plena confianza de los trabajadores, para comenzar a realizar, no ya sus demandas, sino el programa tan minuciosamente elaborado a base de formas pseudocientíficas y de abstracciones económicas"⁴³.

Como puede verse el artículo toca el tema central, para el marxismo, de la elaboración de la teoría revolucionaria por una vanguardia consciente. Para los ácratas en general, esta era una postura innecesaria pues la teoría era reemplazada por una fe infinita en las masas y el ejercicio de parte de éstas, de la violencia revolucionaria⁴⁴. Lo contrario llevaba necesariamente a un reemplazo de las antiguas formas de opresión por otras nuevas y más refinadas, como la dictadura del proletariado.

Pero además dentro de sus páginas tuvieron tribuna grupos como los que sostenían el periódico *Verba Roja* y la organización obrera IWW, ambas de tendencia anarcocomunista. Luego se unió la Federación Obrera Regional de Chile, FORCH, anarcosindicalista y contraria a las anteriores. *Claridad* también publicó la totalidad de los manifiestos del Grupo Universitario LUX, de tendencia anarquista inte-

⁴² Armando Triviño. "Divagaciones sobre organización", *Claridad* N° 107, septiembre de 1923, pág. 2.

⁴³ A. Schapiro. "La reacción en Rusia, algunas consideraciones", *Claridad* N° 85, 28 de abril de 1923, pág. 2.

⁴⁴ La principal elaboración teórica al respecto corresponde a Georges Sorel, que tuvo una influencia relativa pero un poco tardía en Chile, su principal obra se publicó recién en 1935. En América Latina influenció a personajes como José Carlos Mariátegui. Véase: Georges Sorel. *Reflexiones sobre la violencia*, Santiago, Ediciones Ercilla, 1935.

lectual, pese a las críticas que este le hacía a la Federación⁴⁵. Varios de los presidentes de la Federación de Estudiantes adherían a un anarquismo igualmente heterodoxo, entre los más claros podemos mencionar a Waldo Urzúa, Alfredo Demaría, Daniel Schweitzer, Oscar Schnake e incluso Eugenio González.

LA CONEXIÓN ARGENTINA

Al igual que la revista *Juventud* en la década de 1910, *Claridad* trató de cultivar al máximo las relaciones con las organizaciones de otros movimientos estudiantiles. Argentina siguió ocupando el primer lugar. Inmersos en el debate en torno a la patria y al patriotismo aprovechan la instancia del Segundo Congreso de Estudiantes Normalistas, realizado en Buenos Aires en noviembre de 1920, para atacar estos conceptos. Rescatan algunos párrafos dignos de reproducir como el que sigue, referente a la enseñanza de la historia:

“Con la enseñanza racional de la historia, despojada ésta de misterios y teatralidades, se dejará de impregnar el espíritu de los niños de la errónea noción de que las actividades políticas y militares son las únicas nobles, frente a las cuales desaparece el esfuerzo modesto y oscuro de los individuos que cultivan otras”⁴⁶.

Desde un comienzo la revista se vinculó al grupo universitario argentino *insurrexit*, que tenía su sede en Buenos Aires y publicaba la revista homónima. Fueron, al parecer de gran importancia para la historia del anarquismo argentino. Uno de los redactores de la revista, Emilio Uzcátegui García, estudiante ecuatoriano, viajó a la capital transandina a tomar contacto con los argentinos. La revista publicó dos artículos en que relataba las impresiones de su visita y un encuentro con José Ingenieros. Los ácratas argentinos, sesionaban en la sede de una *Agrupación Obrera Comunista*. Uno de los periódicos que circulaban era *La Protesta*, publicación anarquista fundada por Juan Cheghe. Otra revista de nombre *Spartacus* también tuvo su símil en Santiago. En 1921 se formó un grupo anarquista estudiantil más radical: el *Grupo Universitario Lux*, que desde entonces monopolizó los contactos con *Insurrexit*. Con el inicio del proceso de Reforma Universitaria, en 1922, se reanudaron los contactos con federaciones transandinas, de Córdoba, Buenos Aires y Montevideo.

LA SEPARACIÓN DE LA FEDERACIÓN

Durante su existencia, el grupo y la revista, si bien nacieron como órgano oficial de la Federación, pasaron por diversas etapas en que se fueron alejando paulatinamente de la organización. A fines de 1922 adoptaron una posición de mayor independencia “sin concomitancias con ésta o aquella ideología” definiéndose como

⁴⁵ Para la historia del Grupo LUX véase el capítulo especial dedicado al grupo en Moraga y Araya, *op. cit.*

⁴⁶ “El Segundo Congreso de Estudiantes Normalistas”, *Claridad* N° 7, 20 de noviembre de 1920.

una "tribuna" que no tenía un pensamiento sino el de sus redactores⁴⁷. Hacia 1923 el grupo inició, según su propio balance, una cuarta etapa. Como tal pretendían haber alcanzado una madurez generacional. A la fuerza inicial que un grupo de muchachos que respondían a la provocación oligárquica, ahora venía una actitud mucho más reflexiva:

"Los que en esa fecha inspiraban la acción de este periódico, comprendieron que no bastaba un grito, ni mil, ni todos los gritos; era menester ir más allá de los sentidos; había que iniciar un diálogo persistente con la conciencia de los hombres que hasta ese instante no hubieran cedido al turbión de los intereses"⁴⁸.

En este balance, que lo rubricó "la redacción", aparece un marcado individualismo que fue el resultado de esta madurez que ellos mismos sentían. Aseguraban que como colectivo habían tratado de rescatar la voluntad individual contra la utilización de los hombres que hacía el capitalismo:

"Claridad ha luchado porque cada hombre determine íntima y espontáneamente su conducta ante cada circunstancia. Esta orientación la ha obligado a permanecer en constante reacción contra las instituciones políticas, contra los símbolos tradicionales y contra aquellas doctrinas que consideran al individuo como un complemento, como un tornillo del organismo social"⁴⁹.

Por esta razón se habían separado ideológicamente de la Federación, ya que sus miembros no compartían las reflexiones a las que había llegado el grupo. Pero, según ellos, esto no los alejaba del mundo estudiantil, al que de todas maneras aspiraban a representar, ni de la organización: sus miembros seguían siendo parte del mundo juvenil universitario.

Pero el alejamiento respondía también a una crisis interna de la Federación que, según ellos, había caído en el esnobismo revolucionario. Al respecto, Juan Gandulfo escribió una fuerte crítica a la conducción del organismo y a la crisis ideológica que experimentaba tratándolos de "vulgares conservadores que, tratando de vivir el presente, se han vuelto a hurgar estérilmente en el pasado"⁵⁰.

Hemos dicho anteriormente que más que anarquismo el ideal de *Claridad* fue el individualismo ácrata e intelectual. Tras este horizonte ideológico se sostenía su propuesta política:

"En el futuro movimiento popular, ya previsto por todo el mundo, encontrárase el individuo por tercera vez en plena independencia de acción, libre del látigo del capitalista y de la tiranía gubernamental; por pri-

⁴⁷ *Claridad* N° 83, 23 de diciembre de 1922.

⁴⁸ "La cuarta jornada", *Claridad* N° 85, 28 de abril de 1923, pág. 3.

⁴⁹ *Ibid.*,

⁵⁰ Juan Gandulfo, "El momento estudiantil", *Claridad* N° 85, 28 de abril de 1923, pág. 3.

mera vez hallárase en el ejercicio libérrimo de sus iniciativas, capaz de abarcar sin trabas el inmenso horizonte de una vida nueva"⁵¹.

La crisis de la Federación y los acontecimientos políticos había operado un cambio en las apreciaciones que el colectivo hacía. El balance de su labor como grupo y su posicionamiento en el accionar histórico tiene un dejo de nostalgia y autocrítica:

"La juventud, siempre expuesta al entusiasmo, estaba pendiente de Rusia, trastornada enteramente por su maravilloso experimento revolucionario. **Claridad** compartía el entusiasmo de la juventud y esparcía las ideas avanzadas.

Después ese núcleo de jóvenes, perdido el entusiasmo, se incorporó al rebaño pasivo y gris de la masa indiferente. **Claridad** adoptó una actitud de mayor independencia. Desde su posición juzgó los acontecimientos sin sumarse a ellos. Tal vez su punto de vista fue excesivamente negativo"⁵².

Hacia 1924 el grupo estaba compuesto por Neruda, Rojas Jiménez, Jean Emar, Juan Gandulfo, Raúl Silva Castro, Eugenio González, García Oldini, Daniel Schweitzer, Roberto Meza Fuentes, Mariano Picón Salas, Julio Ortiz de Zárata, Tomás Lago y Alfredo Demaría.

A partir del número 121, de mayo de ese año, la revista experimentó dos cambios. En lo formal, comenzó a editarse mensualmente, probablemente por deficiencias económicas. En lo político se desvinculó definitivamente de la Federación e incluso del movimiento estudiantil, probablemente tenía que ver con la evolución generacional de sus redactores, muchos de ellos titulados e insertos en el mundo laboral pero sin espacio para operar en la política que comenzaba a experimentar acelerados cambios.

Esta situación se evidenció en el contenido de la revista. Juan Gandulfo abandonó los temas acerca del movimiento estudiantil y dedicó varios artículos a escribir acerca de temas médicos como educación sexual que aparecieron en los números 121 al 125. También publicaron poemas de la ya consagrada Gabriela Mistral y Eugenio González escribió acerca de "El problema del divorcio".

La revista interrumpió abruptamente su publicación en 1926. Muchos de sus redactores, en una confusa mutación política evolucionaron hacia el corporativismo (ideología base del fascismo) y apoyaron el gobierno de Ibáñez formando parte del aparato del Estado. Eugenio González, por ejemplo, presidente de la Federación de Estudiantes en 1922-1923, militó en la Unión Social Republicana de Asalariados de Chile, USRACH, en 1926, quizá tratando de cultivar uno de los mitos políticos de la época la "alianza entre obreros e intelectuales". Fue Inspector Regional del Trabajo en Antofagasta ayudando a impulsar la legislación social que se imponía autoritariamente. Pero luego, cuando el

⁵¹ R. Mella. "El ideal anarquista", *Claridad* N° 106, 22 de septiembre de 1923, págs. 7 y 8.

⁵² "Nuestro retorno", *Claridad* N° 121, Santiago, Mayo de 1924, pág. 3. Los destacados son del original.

gobierno se volvió claramente dictatorial, conspiró contra el militar quien lo relegó a la isla Más Afuera. Allí escribió la novela homónima que relata la vida de un grupo de reos comunes deportados a una de las islas del archipiélago Juan Fernández. En *Más Afuera*, la mirada del preso político deja escapar un vago pesimismo acerca del pueblo por el cual había luchado con sus juveniles ímpetus ideológicos, entonces parecía mirarlos desideologizadamente, como si viera por primera vez la realidad que antes observaba desde el anarquismo intelectual de su generación. Organizador y ministro de Educación de la República Socialista en 1932, fue fundador y dirigente del rs en 1933. Luego fue militante del derechista Movimiento Nacionalista de Chile en 1940, para terminar siendo director del Instituto Pedagógico y finalmente rector de la Universidad de Chile entre 1964 y 1968, cargo al que debió renunciar para dejar paso a la Reforma Universitaria.

Meza Fuentes también participó del gobierno de Ibáñez pero su evolución fue menos errática. En 1930 sus poemas, junto a los de Neruda, quien entonces era cónsul en la India, fueron inspiración para jóvenes estudiantes como René Frías Ojeda, que trataban de reorganizar el movimiento estudiantil antidictatorial⁵³. Otros como Demaría y Rojas Jiménez tuvieron un sino trágico y morirían muy jóvenes, el primero se suicidó luego de matar a su amante y el segundo murió de una repentina neumonía fruto de su vida bohemia⁵⁴.

EL RESURGIMIENTO EN LA DÉCADA DEL TREINTA

Claridad no volvió a editarse hasta 1931, cuando había caído la dictadura de Ibáñez. Pese a las intenciones del grupo, esta segunda época tuvo una corta vida. Sin embargo, las líneas centrales se mantuvieron casi inalterables.

Nuevamente la influencia de los españoles se dejó sentir sobre el cruce entre nihilismo, nietzscheanismo y anarquismo. En un artículo titulado "Los escritores de España" de J. G. Gorkin, traducido de *Monde* y publicado el 29 de agosto de 1931, se analizaba la evolución de la Generación del 98. Según el autor, entre los viejos escritores españoles la influencia del individualismo y el nihilismo habían provocado un escepticismo intelectual: Unamuno, que en su juventud había sido socialista, abandonó toda militancia y terminó justificándose sosteniendo la inexistencia de las clases sociales; Pío Baroja se había dedicado a combatir el socialismo debido a su profundo individualismo ya que, según él, la doctrina de izquierda significaba la muerte del individuo. En resumen, según Gorkin, los escritores españoles, siendo excepcionales en cuanto a su calidad estética, se habían alejado de las luchas políticas y sociales de su país, esto se debía, además de su individualismo, que llevaban una vida mísera en un país donde el sesenta por ciento de la población era analfabeta.

El fenómeno estaba también marcado por una actitud errática en sus militancias políticas. Algunos habían tenido las más curiosas evoluciones pasando de monar-

⁵³ Testimonio de René Frías Ojeda. "Los estudiantes pasan", entrevista de Wilfredo Mayorga, en *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga, Del "cielito lindo" a la patria joven*, (Rafael Sagredo, comp.), Santiago, DIBAM, 1999, pág. 331.

⁵⁴ Oreste Plath, *op. cit.*

quistas y conservadores a revolucionarios y republicanos. Uno de los citados, Azorín había sido anarquizante, enseguida federalista para terminar al lado de un reaccionario como La Cierva, que había sido responsable del fusilamiento del ácrata Francisco Ferrer⁵⁵. En cuanto a la generación joven la tendencia que denomina "vanguardista" sólo tenía actitudes *snobistas*, mientras que la de "avanzada" por fin estaba encontrando su camino. Mientras algunos se habían refugiado en el cómodo pasado, al igual que los conservadores como Del Valle Inclán, otros como Joaquín Arderíuz se identificaban porque en casi toda su obra: "Encontramos al nihilista, al anarquizante, influenciado por Nietzsche y Dostoievski, como lo fue en su juventud Baroja"⁵⁶.

Como puede verse, este trabajo es un balance frío y desapasionado de una generación que hizo una larga evolución ideológica y parece haber sido reproducido con esa intensidad. Ya no existe el reconocimiento gratuito de "maestros de juventud" ni tienen padres ideológicos que antes tuvo la generación del veinte chilena.

El de 1931, en realidad fue un corto resurgimiento, probablemente los profundos cambios sociales y políticos ocurridos en el país y los propios e internos en el ámbito generacional hicieron que el grupo se disolviera pronto.

El anarquismo siguió siendo la doctrina eje a lo largo de toda la vida de la revista. Uno de los artículos más destacables de esta época apareció recién caída la dictadura de Ibáñez. Gaspar Ruiz escribió un texto fuerte pero lleno de ironía en el cual desliza una fina crítica hacia el poder:

"Mucho Cuidado con nosotros. Somos la disciplina, somos la fuerza organizada y militante, en bloque tan compacto que a una sola voz nos movilizamos como un enorme y gigantesco cuerpo vivo.

Un engendro paleontológico, un mamuth, cien mamuths no destruirían al embestir lo que la más mínima fracción de nuestros hombres en acción puede arrasar, descuajar, borrar del mundo orgánico"⁵⁷.

El texto aparece ilustrado con la figura de un militar blandiendo una pistola humeante frente a un montón de cuerpos que yacen exánimes delante de un paredón

⁵⁵ Francisco Ferrer Guardia, intelectual anarquista catalán, creador de la "Escuela Racionalista". En 1909 fue capturado por la policía española y enjuiciado por una ola de atentados dinamiteros contra autoridades eclesiásticas y civiles, entre ellas, la propia comitiva real donde murieron varios guardias. Murió fusilado por el gobierno español sin probársele culpabilidad en los hechos de los que le acusaba. Su ejecución tuvo un profundo efecto sobre la intelectualidad ácrata del Chile de esa época, tanto, que se lo llegó a comparar con el caso Dreyfus. Esto se puede apreciar, por ejemplo, incluso en el reportaje y la larga cobertura periodística que el diario católico conservador *La Unión de Valparaíso* le dedicó al tema y a la manifestación que los ácratas chilenos le hicieron en octubre de 1909. Véase: "La ejecución de Ferrer. Las manifestaciones de ayer", *La Unión*, Valparaíso, 19 de octubre de 1909, pág. 4.

⁵⁶ G.J. Gorkin. "Los escritores de la nueva España", *Claridad* N° 137, Santiago, 29 de agosto de 1931, págs. 7 y 8.

⁵⁷ Gaspar Ruiz, "¡Cuidado con nosotros!", *Claridad* N° 136, Santiago, agosto de 1931, pág. 1.

"Ninguno de nosotros se pertenece. Como el hueso de una fruta, hemos sacado del fondo de nosotros mismos esa cosa blanca que nos dieran nuestras madres con la vida y que nos relacionan con el resto de los hombres, familia, hermanos, compatriotas, y de esa suerte no somos ahora más que un anónimo componente de un todo terrible y poderoso, cuya respiración hace estremecer al país"⁵⁸.

Este escrito conforma uno de los últimos que desarrolla una fuerte crítica al autoritarismo militar. Pero la elaboración ideológica no se condecía con el momento por el que estaban atravesando los trabajadores. El número 140 de la revista incluyó un reportaje a una gira de los ácratas que trataban de rearticularse después de la dictadura. Éstos, que no se habían sumado al ibañismo trataron de levantar una nueva central obrera. En diciembre de 1931 organizaron una gira por las principales ciudades del sur para dar vida a la *Central General de Trabajadores*, CGT. La revista también incluyó una entrevista al dirigente comunista Manuel Hidalgo quien hacía declaraciones sobre los sucesos de Copiapó y Vallenar que terminaron con la masacre de un grupo de obreros que en diciembre habían tratado de tomarse un regimiento y un cuartel policial.

El 27 de diciembre de 1931 el automóvil en que Juan Gandulfo se dirigía a Casablanca a visitar a su madre, chocó con un recodo del camino. El joven médico de 36 años y su colega Eduardo Barrenechea resultaron muertos. En ese momento Gandulfo trabajaba en la clínica quirúrgica del doctor Lucas Sierra y su amigo era profesor del Instituto Pedagógico⁵⁹.

El número 140 incluye su primer cartel: "¡Siembra, Juventud! La tierra es propicia, el momento es único. Que el bruñido arado se desgaje en astillas al tatuar la corteza árida y dura que oculta la tierra fecunda"⁶⁰. El homenaje de sus compañeros se dejó sentir en escritos de Manuel Rojas, González Vera, Sergio Atria, Santiago Ureta y Adolfo Allende. Las palabras de Manuel Rojas no pueden ser más elocuentes:

"[...] Juan Gandulfo revive. Lo veo hablar, lo veo reír, lo veo andar; se mueve, frunce los ojos, se le ensombrece el rostro de ira, se le ilumina de alegría; gesticula a veces como un meridional, amenaza, después arrulla; se echa hacia atrás riendo, con las manos en los bolsillos, y luego, cuando la risa llega a su clímax, se dobla violentamente, juntando las manos sobre las rodillas"⁶¹.

El ciclo vital de la generación de los años veinte llegaba a su fin, este era su último estertor. *Claridad*, "periódico de sociología, arte y actualidades" comenzó el 12 de octubre de 1920 con la muerte de Gómez Rojas símbolo de la lucha antioligárquica de la generación de los veinte y terminó el 21 de enero de 1932,

⁵⁸ *Ibid.*

⁵⁹ Ignacio González Ginouves, "Juan Gandulfo a cincuenta años de su muerte", *Occidente* N° 295, marzo-abril de 1982; *Claridad* N° 140, Santiago 21 de enero de 1932.

⁶⁰ Iván, "Cartel", *Claridad* N° 14, 30 de abril de 1921.

⁶¹ Manuel Rojas, "Juan Gandulfo", *Claridad* N° 140, Santiago, 21 de enero de 1932.

en el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

En el número 140, con la muerte de Juan Gandulfo Guerra, su gestor y animador orgánico por más de once años, que cerró el sino trágico del grupo. Los 140 números de la revista fueron el más fiel reflejo de una generación marcada paradójicamente por la vida y por la muerte, que vivió creando entre lo épico y lo dramático.

A PROPÓSITO DE BALMACEDA Y LA GUERRA CIVIL DE 1891¹

Manuel Vicuña

"No todos conocen la virtud de fijarse una meta de honor y evitar los peligros de sobrevivirse. La tragedia es, casi siempre, garantía de eternidad y grandeza, en la vida de los políticos".

Joaquín Edwards Bello, "Novela de Balmaceda".

Ocurre algo similar con todos los grandes episodios de la historia de Chile. No sólo perduran como hitos de la memoria colectiva, sino también como desafíos permanentes, cuando no como provocaciones intelectuales, a la reflexión historiográfica empeñada en dilucidar la trama que permite comprenderlos. De ahí que pese a erigirse en referentes obligados, ineludibles al momento de escrutar el pasado y nuestra condición presente, sus contornos experimenten mudanzas en el tiempo. La guerra civil de 1891 no escapa a esta ley irrevocable. A más de cien años de su término, sin duda conserva los elementos enigmáticos que han suscitado el trabajo de indagación emprendido, con desigual suerte, por tantos historiadores ya, no todos chilenos. La suya es materia no resuelta todavía y, como tal, una cuestión abierta por igual al examen reinterpretativo y a la investigación empírica de corte revisionista. Ciertamente que no existen las versiones definitivas y concluyentes de ningún evento complejo, digan lo que digan quienes tienen intereses comprometidos con alguna versión particular de los hechos. Pero igual la guerra civil de 1891 se obstina en sobresalir a este respecto. Porque a pesar de haber generado un *corpus* historiográfico nada despreciable, además de heterogéneo, aún hoy representa un episodio regido por una lógica que elude a nuestro entendimiento; prueba de ello es que, a despecho de la abundante información recopilada hasta ahora, la guerra civil no ha cesado de abrumarnos con interrogantes. Para peor, la diversidad de enfoques ensayados en el análisis de esta cuestión responden a premisas ideológicas y epistemológicas diferentes, y no por fuerza conciliables, lo que no facilita en modo alguno la elaboración de una síntesis conceptual o la sólida articulación de todas las perspectivas en circulación².

¹ Texto escrito con motivo de la lectura de *Balmaceda*, obra del célebre político y diplomático brasileño Joaquim Nabuco, publicada originalmente en 1895, y reeditada el año 2000 por Editorial Universitaria.

² El esfuerzo más relevante por avanzar en esta dirección sigue siendo el texto de crítica historiográfica de Marcos García de la Huerta I., *Chile 1891: La gran crisis y su historiografía, los lugares comunes de nuestra conciencia histórica* (Santiago: Centro de Estudios Humanísticos, Universidad de Chile, 1981). Desde su publicación, han aparecido dos colecciones de ensayos referentes a la crisis de 1891 y al periodo de Balmaceda, cada cual dotada de algunos textos de estimulante lectura: Luis Ortega (ed.), *La guerra civil de 1891: cien años hoy* (Santiago: Departamento de Historia, Universidad

Bernardo Subercaseaux ha señalado que en el curso de nuestra historia o, si se prefiere, de los relatos elaborados para aprehenderla como objeto, se advierten "momentos que tienen mayor virtualidad significativa que otros", etapas que contienen "mayores posibilidades hermenéuticas, que suelen funcionar como metáfora de un tiempo mucho más extenso que el momento original"³. La guerra civil ilustra de modo ejemplar la existencia, a la par que la forma como operan, esta especie singular de acontecimientos históricos. Lo de singular les viene por el hecho de estar dotados, paradójicamente, de un pertinaz halo de intemporalidad, capaz de volverlos actuales aun en circunstancias, a primera vista, ajenas a las de su concepción original. De alguna manera funcionan como mitos que de cuando en cuando cobran vigencia a la luz de nuevos procesos. En lo tocante a la crisis de 1891, inseparable de su contexto socioeconómico, político y cultural, lo antedicho se explica por ser ésta una vertiente a partir de la cual se origina, por así decirlo, buena parte del caudal del siglo xx. A veces hace falta remontarse a aquella fuente, como sucede con los mitos contados una y otra vez, para otorgarle sentido a eventos y procesos que en ella encuentran, retrospectivamente, las claves de su génesis.

Poca atención se ha prestado a las repercusiones externas de la guerra civil de 1891. La percepción de lo que estaba en juego en el conflicto, a ojos de los observadores extranjeros, no parece haber despertado mayor interés entre nuestros historiadores. Claro que a menudo se citan documentos referentes al parecer y a las observaciones de los ministros de las legaciones extranjeras en Chile, resultando de particular interés las del representante de Alemania, el barón von Gutschmid. También sabemos que la guerra civil se desenvolvió en varios frentes a la vez, ya consecutiva o simultáneamente, y no sólo en los campos de batalla del Norte o de la zona aledaña a Valparaíso. Basta pensar en los esfuerzos de uno y otro bando por validar su posición en el extranjero, notoriamente en Estados Unidos y en Europa, a fin de obtener la venia de gobiernos poderosos, con miras a posibilitar la adquisición de armamentos o embarcaciones. A esto se debe que la prensa extranjera, si bien a su manera, también haya oficiado como teatro de operaciones bélicas, pues en sus páginas se batieron con denuedo los voceros de ambas causas.

El panorama consistía en un país dividido entre dos gobiernos que reclamaban para sí el exclusivo reconocimiento internacional, cada cual con su base territorial propia, cada cual promulgando sus leyes, emitiendo sus decretos, recabando sus impuestos, y con poderes judiciales alternativos en ejercicio. Lo notable es que este esfuerzo de legitimación ante la opinión pública de otros países, expresión de una beligerancia verbal basada en argumentos más o menos persuasivos, no haya cesado con el término de la guerra civil en agosto de 1891, como corolario del triunfo del ejército constitucionalista en Concón y Placilla. La lucha de las versiones prosiguió, sin rendirse a la evidencia de que la guerra había sido ganada por las armas, con el agravante de que a la derrota militar siguió la expoliación y per-

de Santiago, 1991); y Sergio Villalobos R., Eduardo Devés V., Bernardo Subercaseaux S., Gerardo Martínez R., Sergio Grez T., y Ricardo Couyoumdjiam B., *La época de Balmaceda* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1992).

³ Bernardo Subercaseaux S., *Fin de siglo. La época de Balmaceda: Modernización y cultura en Chile* (Santiago: Editorial Aconcagua, 1988), 26-27.

secución en masa de los balmacedistas, víctimas del saqueo o, los más, destituidos de sus cargos en caso de haber formado parte del Estado, en calidad de militares o funcionarios civiles⁴. De lo que se deduce que ni siquiera las victorias armadas son tan definitivas como en un comienzo parecen. Dispersados los ejércitos y silenciada la artillería, las palabras no ceden en sus esfuerzos por ganar para su causa el favor de la posteridad.

Balmaceda pensaba tanto en las generaciones futuras como en sus contemporáneos, tanto en sus compatriotas como en los miembros de otras naciones de Occidente, cuando encomendó a su colaborador más cercano, Julio Bañados Espinosa, la redacción de una "historia verdadera" de lo sucedido, siendo su finalidad reivindicar su memoria y rescatar del escarnio –tarea nada fácil– los hechos de su administración. Acierta Joaquim Nabuco, al menos en términos literarios, cuando define a esta historia autoexculpatoria como la "palabra de ultratumba de Balmaceda". Éste nunca dio por concluida la labor en este frente de batalla, que presentaba amplias perspectivas abiertas hacia el horizonte de la memoria colectiva. La opción del suicidio respondió a motivos de idéntica naturaleza. A la hora del desenlace, Balmaceda cayó presa de los imperativos de un papel infausto. En su acto final –representación pública celebrada en privado, a solas consigo mismo– no interpretó un rol del cual podía desprenderse a voluntad, como quien se libra de una máscara cualquiera; antes bien, me aventuro a proponer, fue poseído por un personaje con un sino o designio fatal, irrevocable, transformándose de esta manera en una figura pública extemporánea, y más encima por partida doble: obsoleta y anticuada, a la vez que no del todo madura para su tiempo. Nabuco intuyó algo parecido. En la disposición anímica del Balmaceda suicida, en su compromiso con la representación completa de su papel como político, descubrió un paralelismo con la "inspiración" que labra la "obra maestra". Balmaceda monta con mano de artista su "último acto público, [...] su postrer mensaje al país". Para Nabuco, la alienación dramática de Balmaceda no habría cristalizado *ad portas* del suicidio, la tesis a mi juicio más convincente, sino cuando éste, desembarazándose de los atributos tradicionales de su persona, efectuó un quiebre radical en su propia biografía, de manifiesto en su serviente adopción del rol de dictador fratricida.

No pretendo resolver en qué momento ocurrió esta suerte de transfiguración; sí me importa, en cambio, indicar que Balmaceda actualizó aquello que en gran medida caracterizó a la tragedia griega: en palabras de Nabuco, ese "carácter intransigente de las pasiones", que desgarró a tantos de sus personajes. Nótese que Balmaceda, según consta en las cartas que escribió antes de su muerte, concibió su suicidio como un gesto llamado a saciar la sed de venganza desatada en contra de sus familiares y partidarios, sin distinción de rango social. A semejante acto propiciatorio correspondía instaurar las bases de la convivencia pacífica entre los enemigos de la jornada previa. Es en ese instante, señala Nabuco, cuando su nombre trasciende las querellas partidistas y se eleva al ámbito de la tragedia, reservado en justicia a los poetas, en lugar de a los historiadores, desde tiempos inmemoriales.

⁴ Para un tratamiento extenso de esta materia, consúltese Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido: Vía chilena de la reconciliación política, 1814-1932* (Santiago: LOM ediciones, 1999), 215-60.

Serán justamente los poetas populares –aun cuando críticos de los atropellos de la dictadura, muy pronto desilusionados de la actuación, contraria a los intereses del pueblo, del gobierno de Jorge Montt– quienes plasmen la reivindicación simbólica de Balmaceda. Verso a verso fueron forjando su imagen de héroe popular, al extremo de convertirlo en un venerado defensor de los desheredados de la fortuna sacrificado por los poderosos, en un mártir con rasgos que lo asimilan a una figura religiosa de raigambre cristiana y perfil contestatario. Ya en 1893 se producen romerías a su tumba en Santiago, y circula la imagen impresa de Balmaceda crucificado, identificándose así su “pasión y muerte” con la de Jesucristo⁵. Trabajadores del salitre que integraron el ejército congresista, a sólo diez años del término de la guerra civil, adornaban sus viviendas con retratos de Balmaceda⁶, rescatado por esta vía del olvido y, al concederle el *status* de mito, en parte escamoteado al reinado de la muerte.

No todo fueron victorias morales póstumas, por supuesto. En este sentido, el fracaso más rotundo resultó ser, acaso, el más inesperado: los balmacedistas le dieron la espalda a los principios defendidos en vida por el ex mandatario, lo mismo que a los ideales formulados en su testamento político. Los balmacedistas, una vez reorganizados en el partido liberal-democrático, entraron de lleno al juego parlamentario practicado según los criterios de sus antiguos detractores y enemigos, echando al olvido las enseñanzas y advertencias de su prócer. La inconsecuencia de sus partidarios restó eficacia política a su “sacrificio”, puesto que Balmaceda, si bien contó entre los propósitos de éste, como escribió en carta a Bañados Espinosa, habilitar “a los amigos para volver en época próxima a la vida del trabajo y de la actividad política”⁷, tenía en mente un ejercicio público ceñido a patrones y valores muy distintos. Por añadidura, la corriente en favor de la vindicación de la memoria de Balmaceda, no corrió igual suerte en todos lados. Concretamente en Brasil, y en el mundo de habla portuguesa en general, encontró un escollo seguramente difícil de vadear: Nabuco. Dudo que el presidente derrotado haya previsto, al momento de formular su encargo, que la tarea cumplida en el exilio por Bañados Espinosa, al cabo de un año suministraría a Nabuco argumentos con que rebatir y desacreditar su propia defensa. Bañados Espinosa actuó como abogado de su antiguo compañero ante el así llamado tribunal de la historia, sin imaginar que Nabuco haría de juez de primera instancia, a quien compete “formular una sentencia, aunque apelable”. Nabuco, en efecto, extrae de un panegírico balmacedista la substancia para componer una condena destemplada de Balmaceda. Su intervención en una lid que se pensaría por entonces de mero interés local, revela en qué medida la guerra civil chilena poseyó un valor de veras emblemático, en el concierto de los países latinoamericanos. Siendo ésta una lucha de orden ideológico, consistente en el afán de imponer, mediante su difusión masiva, una

⁵ Los derroteros por los cuales se desenvuelve este proceso han sido estudiados por Micaela Navarrete Araya, *Balmaceda en la poesía popular: 1886-1896* (Santiago: Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993).

⁶ Francisco A. Encina, *Historia de Chile: Desde la prehistoria hasta 1891*, 20 vols. (Santiago: Editorial Nascimento, 1947-52), xx, 356-57.

⁷ Citado en Julio Bañados Espinosa, *Balmaceda, su gobierno y la revolución de 1891*, 2 vols. (Paris: Librería de Garnier hermanos, 1894), II, 643.

visión histórica en deuda con una particular posición política, resulta natural que su obra sobre Balmaceda se haya originado en artículos de prensa, ese órgano esencial de la esfera pública burguesa, ámbito, en teoría, de expresión e interacción de una ciudadanía ilustrada con poder de deliberación en materias de interés común.

Más que el relato de los hechos, presente en tantas memorias y escritos de testigos y actores del conflicto, lo singular de esta obra, creo yo, radica en su matriz interpretativa del trasfondo del drama. Superficialmente, se puede concebir como una versión en parte anómala de la lectura jurídica, política, constitucionalista, que reduce el conflicto a una competencia de atribuciones entre el ejecutivo y el congreso, en la cual el primero aparece comprometido con la defensa de un presidencialismo autoritario, y el segundo, con la preservación y perfeccionamiento de la democracia liberal. Nabuco repara en el carácter inconstitucional del gobierno tardío de Balmaceda. Insiste, asimismo, en responsabilizar a éste por desencadenar, en último término, la dinámica que condujo al estallido de la guerra. De modo que también subscribió la interpretación del episodio fratricida como resultado de la obsesión de una figura pública alienada de la realidad de su país y, como agravante de esta situación de por sí negativa, prendada de una quimera a la postre suicida. Hijo de su tiempo inevitablemente, Nabuco piensa en los términos de la crónica de las grandes personalidades, únicos protagonistas de la historia según la concepción elitista del acontecer histórico imperante por entonces. Tampoco pasó por alto las dimensiones sociales del conflicto, las cuales no se ajustan al prisma de la lucha de clases. Pero todo esto es conocido. Se encuentra en otros textos de la época, o bien en ensayos y monografías posteriores.

¿Dónde reside entonces la particularidad de este libro? ¿Qué hace del *Balmaceda* de Nabuco una obra digna de ser reeditada y, en consecuencia, leída? Precisamente todo cuanto no se halla en su fuente principal, el libro de Bañados Espinosa, a saber: la significación de una crisis a fin de cuentas de naturaleza interna, de cara a la comunidad internacional circunscrita a Latinoamérica. Nabuco, quien al igual que otros hombres de la época, sucumbió a la imagen de Chile como caso excepcional entre sus congéneres, dada su relativa estabilidad institucional y presunta madurez cívica, percibió a la guerra civil de 1891 como un drama en que se batieron dos fuerzas antagónicas que simbolizaban a su vez destinos colectivos contrapuestos. De su resolución, en su concepto, se desprendían consecuencias tan importantes para el futuro de Chile como para el porvenir de América Latina. ¿Cuáles eran las fuerzas trabadas en la contienda? De un lado, el personalismo caudillista, con propensión a la tiranía, mal endémico de tantas de sus naciones; del otro, la institucionalidad política liberal-republicana.

Identificar a esta última con la civilización occidental resultaba casi un acto reflejo para gran parte de las élites ilustradas del continente. Como sea, Nabuco también la relacionó con el sistema valórico y las costumbres típicas de la sociedad chilena, no menos que con la cultura política de su clase dirigente, oligarquía muy reacia—reflexionó con la admiración del estadista que desconfía del arrebató faústico y del atolondramiento prometeico de los reformadores embriagados con ideas— a las innovaciones radicales, amante del orden y, por ende, mayor garante de la estabilidad política del país. La guerra civil y el desafío despótico encarnado en

Balmaceda, según esta lógica con frecuencia subordinada a los imperativos de una pasión política, habrían representado la ordalía suprema para el espíritu republicano de los chilenos; al pasar la prueba victorioso, aquel habría ratificado su dominio y consolidado su labor. Con la guerra civil de 1891, concluye Nabuco, Chile mudó en matrimonio el antiguo noviazgo entre su sociedad y las formas republicanas, amén de revelarles “al mundo el vigor de los fundamentos y la perfección del plano de su edificio nacional”. Si aún hoy nos interesa conocer su visión, no es tanto por su veracidad histórica o por el valor de sus hipótesis, objetables en muchos puntos, sino porque ofrece testimonio de una percepción de Latinoamérica como un todo, y de Chile como actor de primer orden en ese conjunto aunado por desafíos comunes, antes que por el parentesco, digamos natural, de sus naciones. Aunque el ensayo de Nabuco sea un producto adulterado por la parcialidad de su información y el explícito compromiso emocional de su autor con los rivales de Balmaceda, todavía conserva su pertinencia en tanto documento, desde el momento en que revela las insospechadas ramificaciones de una guerra cuyos ecos sobrevivieron a su fin no sólo en Chile, como era de esperarse, sino también en el extranjero.

Ya toca preguntarse qué interés revistió para Nabuco y sus coetáneos el estudio de la guerra civil chilena, en apariencia, por lo menos, un episodio bastante alejado de sus intereses inmediatos. Éste, nos dice casi al finalizar su ensayo, “tiene para nosotros un gran interés bajo el punto de vista de la evolución política del hemisferio”. Chile, a su juicio, ofrece una valiosa fuente de inspiración para el resto de Latinoamérica, una prueba concluyente de la viabilidad de los ideales republicanos en estas latitudes, y un feliz y virtuoso contrapunto a la “danza macabra del Continente”, que a la sazón descoyuntaba las febles estructuras institucionales de la “civilización sudamericana”. Planteamientos de esta índole permiten introducir un tema que por lo general subyace a (y sólo en contadas ocasiones emerge a la superficie de) la exposición de Nabuco. Pienso en la idea del progreso y en la concepción de la historia como un proceso universal, dos ideas-fuerza estrechamente ligadas entre sí, e igualmente claves en la formulación de la Modernidad como proyecto ilustrado. Ambas poseen ramificaciones que trascienden con mucho el plano acotado por la historia de las ideas. Como es bien sabido, durante el siglo XIX prevaleció la idea del progreso —el cambio en pos de un futuro mejor, debido al perfeccionamiento conjunto del orden social y del ser humano— como fuerza motriz y principio rector del desarrollo histórico.

Nabuco escribe desde esta perspectiva cuando habla del “progreso de la moral universal”, expresión sólo plausible en medio de un universo mental en el cual, a la larga, no existe sino la Historia —así, con mayúscula. Pues bien, al comprender un único sentido, sentido definido conforme a valores e intereses eurocéntricos, ésta no admitió la posibilidad de una pluralidad de historias, aunque sí la diferencia señalada por la existencia de naciones situadas en diferentes estados de evolución; existían sociedades más avanzadas en la senda del progreso y por lo tanto superiores, al igual que otras más atrasadas, menos civilizadas se pensaba, y, en consecuencia, inferiores. La idea del progreso adquirió la calidad de una fe muy rara vez, y sólo tardíamente, sometida a examen crítico; el optimismo que conformaba la médula de este credo laico, dejó su impronta en todas las corrientes ideo-

lógicas del siglo XIX. Desde luego que Nabuco participaba de esta cosmovisión, como lo hacían la inmensa mayoría de los hombres de su tiempo, en América y Europa. Sólo atendiendo a este factor se aprecia el sentido de su preocupación por Chile, país que en su opinión alumbraba el camino del progreso, y que al fungir de ejemplo para la región, ayudaba a vislumbrar y permitía concebir el advenimiento del republicanismo liberal hasta entonces extraviado en los laberintos de la realidad latinoamericana. Para Nabuco, en definitiva, Chile auguraba la consolidación de las libertades civiles y del gobierno representativo más allá de sus fronteras. Doy por cierto, a juzgar por todo lo anterior, que Nabuco habría aprobado las palabras, en la eventualidad de hacerse extensivas a la segunda mitad del siglo XIX, con que Chesterton calificara a su primera mitad: periodo "plagado de cosas malas" y no obstante, sentenció, "lleno de esperanzas".

El siglo XX invalidó intelectual y empíricamente la idea del progreso, disipando a fuerza de atrocidades los raptos visionarios del optimismo victoriano. Por lo que a Chile concierne, tales esperanzas no siempre se materializaron, ni en forma parcial siquiera; a menudo implicaron logros transitorios, de goce esquivo, y en su prosecución a veces se cometieron atropellos que contravenían en lo más profundo sus intenciones iniciales. El golpe militar de 1973 echó por tierra los cimientos, sólo parcialmente sustentados en la realidad de nuestro devenir político, de nuestra tantas veces invocada excepcionalidad republicana. La cultura democrática de muchos chilenos y chilenas, menos sólida de lo que se proclamaba con buena o mala fe, desechó la razón amiga de la tolerancia y el gobierno de las pasiones, para optar, no sin dar muestras de insospechado entusiasmo, por la fuerza y la razón de Estado, ligada a la otra por un mero alcance de nombres. Leyendo a Nabuco, pienso que el no poder jactarnos ya de ser una república modelo, vuelve tanto más perentorio el ideal democrático. En vez de desechar sumariamente, por falsa, la imagen autocomplaciente del ejemplar sistema democrático pre-dictatorial de Chile, ¿no resulta acaso más desafiante y estimulante desarrollar una democracia a la altura de nuestros propios mitos?

PENSAMIENTO CONSERVADOR REVOLUCIONARIO Y VIOLENCIA EXTREMA DESDE EL ESTADO EN CHILE. 1973-1989.

Luis A. Corvalán M.

La dictadura militar que gobernó en Chile entre septiembre de 1973 y marzo de 1990 –aparte del hecho de haber instaurado en el país el proyecto neoliberal de la derecha– pasará a la historia por la violencia extrema desde el Estado que implementó durante diecisiete años. La comprensión de tales violencias es una cuestión de la cual la historiografía nacional en el futuro no podrá dejar de hacerse cargo.

A fines de 1999 el punto cobró particular actualidad en razón de que las FF.AA., en la mesa de diálogo organizada por el ministro Pérez Yoma, con un afán sutilmente justificatorio, sostuvieron que para comprender tales violencias era necesario analizar su contexto histórico. Pues bien, a través del presente artículo me propongo incursionar en el tema.

Entenderé por violencias extremas desde el Estado (en adelante VEDE) a una práctica de violaciones sistemática de los derechos humanos por parte de los órganos estatales. Ello incluía: a) torturas como práctica generalizada; b) detenciones y posterior desaparición de prisioneros; c) ejecuciones de opositores; d) asesinatos de opositores con fines de intimidación pública; e) actos de terrorismo contra opositores en el extranjero, buscando eliminarlos físicamente; f) detenciones masivas de personas; y g) uso indiscriminado de armas de fuego contra manifestantes.

1. IDEOLOGÍA Y PRÁCTICAS DE VIOLENCIA ESTATAL

La violencia extrema desde el Estado verificada entre 1973 y 1990 tiene, sin dudas, una genealogía de la cual participan múltiples variables. De entre ellas pretendo destacar ciertas condicionantes ideológicas. Tal cosa, sin dudas, no implica desconocer factores de otra naturaleza, los que en todo caso no serán el foco de mi atención.

La pregunta que me planteo es la siguiente: ¿por qué luego del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 advinieron diez y siete años de violencias extremas desde el Estado?

A partir del enfoque analítico que asumo, el que enfatiza las variables ideológicas, sostengo que una determinante fundamental de dicha violencia estuvo constituida por los corpus teóricos profesados por la cúpula político-militar que tomó el poder sin contrapesos el 11 de septiembre de 1973. Tales corpus estuvieron constituidos por lo que, siguiendo a Cristi y Ruiz, denominaré como conservadurismo revolucionario¹.

¹ Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento Conservador en Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992.

¿Qué es lo que define al conservadurismo revolucionario? Lo que a mi juicio define al conservadurismo revolucionarios es el decisionismo. El concepto pertenece a Carl Schmitt. Según tal autor el decisionismo es el resultado de cierta caracterización de la realidad según la cual se vivirían momentos decisivos, un momento clave en el enfrentamiento entre amigos y enemigos, lo que en el fondo, para ciertos decisionistas, no vendría a ser otra cosa que un enfrentamiento definitivo y total entre el bien y el mal. Para el decisionismo, entre ambos polos, en efecto, no habría transacción posible, por lo cual sólo cabría precipitar el enfrentamiento a través de una decisión salvadora encaminada a restaurar un orden considerado natural e intrínsecamente bueno.

Como lo sostiene Schmitt, para el decisionismo, "el orden jurídico, como todo orden, descansa en una decisión, no en una norma"². De allí que -agrega- "la decisión" se libera de todas las trabas normativas y se torna absoluta, en sentido propio". Lo que, en resumen, significaría que ante un caso considerado como excepcional, "el Estado suspende el Derecho por virtud del derecho a la propia conservación"³.

Esto es lo que, según Schmitt, caracterizaría en general a la filosofía política contrarrevolucionaria desde fines del siglo XVIII en adelante. Es decir, "la conciencia de que su época reclama una decisión..."⁴. De allí que este supuesto se constituya en el centro de su pensamiento. "Todos, concluye Schmitt, formulan un dilema magno, cuya rigurosidad más suena a dictadura que a coloquio eterno"⁵.

Del concepto de decisionismo se deduce que al conservadurismo revolucionario le es inherente una clara dicotomía. Por una parte, en efecto, postula la existencia de un bien absoluto -que habitualmente es la nación o la patria- y por la otra, un mal absoluto, incompatible con la pervivencia de aquél. El mal absoluto, en las formulaciones contemporáneas, suele ser el comunismo internacional, aunque en otros tiempos lo fue la masonería. La incompatibilidad entre el bien absoluto y el mal absoluto lleva a la necesidad de extirpar a este último mediante cualquier medio pues de lo contrario la nación, a través del caos y la disolución, corre un grave riesgo en su existencia misma.

De esta lógica, evidentemente, se sigue cierta radicalidad en los medios. No es extraño entonces que el conservadurismo revolucionario acepte la violencia como algo necesario. Ella, en efecto, en ciertas condiciones se le aparece como el instrumento legítimo indispensable para salvar el absoluto positivo que postula. Habitualmente para el conservadurismo revolucionario las FF.AA. son el brazo de la violencia salvadora.

1.1 LA DERECHA COMO DECISIONISTA

Ahora bien, no se me escapa, por otra parte, el hecho de que todo corpus de pensamiento está vinculado a proyectos determinados, los que, a su vez, remiten

² Carl Schmitt, *Teología y Política*. Ed. Struhart & Cia., B. Aires, págs. 43-44.

³ Carl Schmitt, *op. cit.*, págs. 48-49.

⁴ Carl Schmitt, *op. cit.*, pág. 126.

⁵ Carl Schmitt, *op. cit.*, pág. 126.

a sujetos específicos. En este caso, sostendré que el conservadurismo revolucionario en Chile, al menos desde los sesenta en adelante, apareció articulado al proyecto de la derecha, la cual, a su vez, estaba orgánicamente ligada al gran empresariado. En este sentido, el conservadurismo revolucionario aportó las bases conceptuales para el proyecto político de tales sectores.

La ideología en general, y en este caso el conservadurismo revolucionario en particular, junto con ser un factor constitutivo de sujetos, cumple el rol de transformar los intereses empíricos de éstos en proyectos. A través de ello los intereses particulares en cuestión se universalizan, es decir, se presentan como manifestación del interés general.

Es necesario precisar, no obstante, que la relación existente entre ideologías y sujetos no es esencialista. Los sujetos, en efecto, según sus condiciones históricas concretas pueden renunciar a ciertas ideologías y asumir otras, más funcionales a sus desafíos presentes. Este supuesto es el que aplicamos a nuestra visión de la derecha chilena. El conservadurismo revolucionario, en mi opinión, fue asumido por ella en determinada coyuntura histórica, a saber, la de la segunda mitad de los sesenta. Antes predominaron en su seno concepciones liberal-conservadoras, conservadoras o simplemente liberales.

En el contexto de la lucha entre los tres proyectos globales que caracterizó a la vida política nacional desde fines de los cincuenta en adelante, sostendré que la derecha, para imponer el suyo, a fines de los sesenta, pero en particular a comienzos de los setenta, llegó a requerir la captura del poder total y la eliminación de los sujetos portadores de proyectos globales rivales. Dada su crisis de hegemonía y su insuficiente apoyo electoral para la derecha ello no era posible por vías institucionales. Requería, por tanto, utilizar vías factuales. El conservadurismo revolucionario, asumido con antelación, vino a expresar tales necesidades y a fundamentar y legitimar los cursos de acción pertinentes y, sobre todo, a hacerlos posibles en la medida que constituía las condiciones subjetivas requeridas para ello.

¿Cuáles fueron los componentes del discurso conservador revolucionario, es decir, decisionista, de la derecha de fines de los sesenta y de comienzos de los setenta? Ese discurso básicamente sostenía la existencia de un proceso de aguda decadencia y desintegración nacional. Tal proceso sería el resultado de vicios derivados del sistema político demoliberal existente en el país, tales como la demagogia y la politiquería. El resultado de ello habría sido el ascenso de los partidos de centro e izquierda, —la DC y la UP— quienes, basados en ideologías foráneas, expresarían intereses ajenos al país, conduciendo a este a su disolución, cuando no a su sometimiento a potencias extranjeras (la URSS)⁶. Este proceso habría alcanzado su cota superior durante el gobierno de Salvador Allende, por lo cual la nacionalidad debía reaccionar, tomando una decisión salvadora, cuyo brazo no podría ser otro que las FF.AA. Una vez en el poder, los militares debían erradicar a las fuerzas causantes de la decadencia, y a los mecanismos institucionales que le habían abierto paso⁷.

⁶ Para una exposición de esta lógica, véase el documento del Partido Nacional, *La Nueva República: respuesta al desafío de Chile*, Ed. Planeta, 1970.

⁷ Para una exposición de estas tesis, véase, entre otros, el documento emitido por el partido

Bajo esa lógica, el conservadurismo revolucionario en tanto ideología, sirvió primero a los efectos de "cementar" la alianza que era funcional a las necesidades de la derecha, a saber, la constituida por esta, el empresariado y las FF.AA., bloque que debía concitar el apoyo de las clases medias y la pequeña burguesía, en particular de sus sectores que mostraban más sensibilidad ante el problema del orden. Todo a los fines de hacer posible no sólo la constitución y el potenciamiento hegemónico de ese bloque, sino también de su instalación en el poder ilimitado del Estado. Esto último fue lo que precisamente se consiguió mediante una práctica de deslegitimación sistemática del marco institucional de los conflictos entre 1970 y 1973, cuestión que se tradujo en el deliberadamente buscado golpe del 11 de septiembre.

El conservadurismo revolucionario, con la visión de país que le es propia, sirvió, después del golpe, —cuando el poder se concentró sin límite alguno— a los efectos más arriba señalados, a saber, a los de fundar y legitimar una práctica política que supuso, entre otras cosas, un comportamiento del Estado orientado a erradicar factualmente a determinados sujetos de la vida nacional signados como agentes de la decadencia y disolución nacional y que, en tanto tales, eran definidos como enemigos de la patria. *Fue precisamente esta función la que dio lugar a la VEDE.* De tal modo, por lo demás, se hizo políticamente viable el proyecto global de la derecha y del gran empresariado por mano de los militares, en último término cooptados por aquéllos.

Dadas así las cosas, se entiende, por lo demás, que durante la dictadura militar ni la derecha, ni las organizaciones del gran empresariado, ni sus apoyos sociales, se opusieran ni cuestionaran a la VEDE. Ello en la medida en que fue empleada precisamente contra los sujetos portadores de los otros proyectos globales: aquellos derrotados en 1973 mediante el golpe militar y que, en esas condiciones, la derecha y el gran empresariado necesitaba erradicar para hacer viable el suyo.

2. LA RACIONALIZACION CONSERVADORA DE LA VEDE LLEVADA A CABO ENTRE 1973 Y 1989

Los autores conservadores, obviamente, caracterizan la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989 de un modo que difiere radicalmente de la interpretación que sugerimos arriba. En lo esencial repiten las tesis del pensamiento conservador revolucionario asumido por la derecha política. Así, en primer término, consideran a la VEDE verificada durante esos años como un costo necesario que la nación debió pagar en aras de un beneficio mayor, consistente en la recuperación de la unidad nacional y la reversión de la decadencia. En segundo término, la minimizan.

Desde este punto de vista, se podría sostener que la historiografía conservadora post 1973 constituye una forma de racionalización y legitimación a posteriori de la mencionada violencia. Lo mismo se podría decir del discurso de la derecha política sobre la materia y el de los militares.

Nacional el 14 de septiembre de 1973, en *La Derecha Política Chilena y el Régimen Militar, 1973-1981*, de Andrés Benavente, ILADES, 1981. También la *Declaración de Principios del Gobierno de Chile*, Ed. Gabriela Mistral, 1974.

Mario Góngora al enjuiciar el período 1970-1973, sostiene que para el gobierno de la UP los cambios impulsados desde el interior del "Estado y la constitución burgueses" eran una operación meramente táctica⁸; que el presidente Allende se habría ligado, "a la causa del marxismo internacional, a la Unión Soviética y a Fidel Castro"⁹. Por lo mismo, según este autor, bajo el gobierno de la UP se habría llegado al apogeo del proceso de destrucción del Estado nacional chileno, en torno al cual, a su juicio, se habría constituido la nación. En virtud de todo lo señalado, Góngora concluye en que el golpe del 11 de septiembre significó una "victoria sobre el internacionalismo marxista-leninista y la toma del poder por las fuerzas que habían sido la columna vertebral del Estado chileno". Por eso, en su opinión, el golpe "pudo representar la reanudación de la idea de Estado Nacional"¹⁰, y a fortiori, hizo nuevamente viable a la nación.

Gonzalo Vial, por su parte, afirma que "la clave del derrumbe democrático residió en el proceso por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, que llevaba a aquélla hacia la muerte..."¹¹. Tal enfermedad habría consistido en la pérdida de la unidad nacional. El golpe del 11 de septiembre habría representado una reacción en contra de ese proceso.

Adicionalmente Vial considera a la violencia posterior al golpe como un medio de la recuperación de dicha unidad. Incluso más: implícitamente la analoga a otros procesos históricos signados por su carácter extremo. "Las persecución medieval contra los cátaros; las posteriores a la Reforma en toda Europa -católica y protestante-; la guerra civil norteamericana y, ya durante el presente siglo, la española y los genocidios comunistas, han sido liquidaciones (buenas o malas) de problemas de unidad nacional", nos dice.

De tal modo, la VEDE verificada a partir de 1973 queda racionalizada, apareciendo como necesaria en virtud del contexto en que se habría generado. La unidad nacional, de la que sería un medio, le aportaría razón de ser y legitimidad.

Ciertos sectores conservadores extremos, ante el evidente dato empírico consistente en que la VEDE no canceló la división del país sino que más bien la ahondó, lejos de renunciar a su tesis explicativa, la radicalizan aún más. En privado sostienen, en efecto, que el problema ha persistido en razón de que no se procedió a eliminar físicamente a todos a quienes era necesario eliminar.

La segunda racionalización de la VEDE consiste, como se indicó arriba, en un esfuerzo por minimizarla. Sus costos humanos habrían sido menores de los que se suelen atribuir. Y, sobre todo, lo serían en relación a lo que se habría evitado, esto es, un eventual enfrentamiento generalizado. Una variante de esta tesis sostiene que la VEDE habría sido la expresión de una guerra irregular en contra de organizaciones internas armadas, indispensable para evitar el mencionado conflicto generalizado.

En la medida en que diversas investigaciones han ido poniendo de manifiesto que las víctimas de la VEDE no eran parte de organización armada alguna, fue to-

⁸ Mario Góngora, *Ensayo Histórico sobre la noción de Estado en Chile en los Siglos XIX y XX*, Ed. La Ciudad, Santiago, 1981, pág.130.

⁹ Mario Góngora, *op. cit.*, pág. 130.

¹⁰ Mario Góngora, *op. cit.*, pág. 133.

¹¹ Gonzalo Vial, *Historia de Chile, (1891-1973)*, Ed. Santillana, Santiago, 1981, Tomo I, pág. 8.

mando fuerza una racionalización complementaria, según la cual gran parte de tales violencias habrían correspondido a excesos individuales de subalternos y no a políticas de Estado.

2.1 APORÍAS DE LA RACIONALIZACIÓN CONSERVADORA

Existen tres elementos principales que cuestionan las tesis conservadoras sobre la VEDE y que, a mi juicio, ponen de manifiesto su carácter altamente ideológico. La primera se refiere al indiscutible hecho de que tal violencia no podía, —ni en la práctica pudo—, ser un instrumento para conseguir la unidad nacional sino, por el contrario, tendría que terminar siendo un medio para profundizar las divisiones del país.

El segundo elemento reside en que sus apologistas no han logrado demostrar la existencia de un bando armado opuesto que justifique aniquilación física de opositores. (El FPMR es muy posterior al desencadenamiento de la VEDE y en cierto modo fue más bien una respuesta a ella).

El tercer elemento es de carácter más lógico. A saber, el tipo de violencias, su magnitud y sistematicidad, la coordinación entre distintas partes del Estado para llevarlas a cabo, no permiten pensar en excesos individuales. Tal tipo de excesos, por lo demás, son inconcebibles en el marco de una estructura tan jerarquizada y disciplinada como la que caracteriza a las FF.AA. chilenas. El mismo general Pinochet señaló, adicionalmente, que bajo su régimen no se movía ni una sola hoja sin que él lo supiera. Por tanto, sus subordinados no podrían haber desarrollado prácticas de violencia masiva que escaparan al conocimiento y control de las cúpulas. La existencia de un desmande general no es, pues, concebible.

Desde nuestra óptica, la VEDE, en primer lugar, no fue una guerra irregular. En Chile no hubo tal guerra por cuanto no existieron dos bandos armados que se enfrentaran el uno al otro. La VEDE, en segundo lugar, no estuvo compuesta por casos aislados, ni fue el resultado de excesos individuales. Tuvo un carácter masivo y deliberado, respondiendo a políticas de Estado fundadas teóricamente en una visión precisa, a saber, el conservadurismo revolucionario, el que, por lo demás, terminó siendo funcional a un proyecto global: el de la derecha y del gran empresariado. En tercer lugar, la VEDE no se dedujo fatalmente del proceso político que culminó con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973.

En relación a este último punto, hay que distinguir, a mi juicio, la cuestión del derrumbe institucional de 1973 y el proceso político que lo precedió, de lo que vino después por diez y siete años. Es decir, la VEDE. Se trata, a mi juicio, de dos procesos separados y distintos en el sentido de que no hubo una conexión de necesidad entre uno y otro. Hubo, más bien, una conexión de posibilidad. ¿Qué haría factible que dicha posibilidad se transformara en realidad? El tipo de desenlace del conflicto, esto es, el sujeto que triunfara en él y la manera como, a través de la ideología, concibiera sus propios intereses y proyectos.

Dicho con más exactitud, en la VEDE verificada entre 1973 y 1989 jugó un rol determinante no tanto la profundidad del conflicto político que culminara aquel año, sino el hecho de que en él triunfara un sujeto cuya conciencia se estructuró bajo el supuesto de que para llevar a cabo su proyecto requería erradicar a sus

competidores. Cuestión ésta que, —y aquí radica lo esencial—, quedara racionalizada ideológicamente, es decir, fuera asumida subjetivamente como una necesidad. Ello explicaría el hecho de que las cotas más altas de la violencia extrema desde el Estado esto es, la escalada de desaparecimientos, torturas y asesinatos políticos advinieran, —con la formación de la DINA— luego de nueve meses de que la dictadura militar ya estaba firmemente asentada en el poder. Es que el ideologismo constituido por el conservadurismo revolucionario profesado por la cúpula político-militar que se impuso el 11 de septiembre, postulaba no sólo la necesidad de tomar el poder, sino también el imperativo de destruir al “enemigo interno”.

Desde tal óptica es que se puede hablar sobre el rol decisivo que tuvo en la VEDE la ideología que profesaran quienes el 11 de septiembre se apoderaron sin ningún límite del poder del Estado.

2.2 EL “CÁNCER MARXISTA”, “LOS HUMANOIDES” Y LA “RESERVA DE OCCIDENTE”; INDICADORES DE UNA CONCEPCIÓN GLOBAL SOBRE LA NECESIDAD DE LA VIOLENCIA ESTATAL SALVADORA

Existen planteamientos paradigmáticos provenientes de la cúpula militar que se impuso el 11 de septiembre que de entrada permiten percibir que hubo una relación fuerte entre la VEDE verificada entre 1973 y 1989 y un pensamiento determinado. Entre muchos otros podríamos seleccionar tres de esos planteamientos. Ellos, de un modo emblemático, trasuntan, en efecto, toda una concepción global fundadora y legitimadora de prácticas de violencia estatal extrema. Son los siguientes.

Primero. La afirmación de los miembros de la Junta de Gobierno, en particular del general Gustavo Leigh, referente a que las prácticas de la dictadura militar se orientaban al propósito de extirpar definitivamente al “cáncer” que corroía a la nación, el que a su juicio no era otro que el “cáncer marxista”.

Segundo. La tesis, propalada por el almirante José Toribio Merino, según la cual quienes profesaran ideas marxistas o militaran en organizaciones guiadas por esta concepción teórica y política, no eran verdaderos seres humanos, sino más bien “humanoides”.

Tercero. El tipo de réplica que recurrentemente dieron los militares a las críticas que se levantaron en los organismos internacionales y entre los gobiernos de los países occidentales ante la VEDE practicada en Chile. Tal tipo de réplica, como es sabido, sostenía que las democracias occidentales, débiles e inermes ante el comunismo internacional, —es decir, ante sus propios cánceres marxistas—, marchaban a su disolución, precisamente porque no adoptaban el rumbo represivo de la dictadura chilena. Desde esa óptica, mesiánicamente, ésta pasó a considerarse como una reserva de occidente, pretendiendo legitimar adicionalmente así la VEDE que impulsaba.

Me parece que si no se toman debidamente en cuenta las mencionadas aseveraciones de la cúpula militar chilena, *entendiéndolas como indicadores de concepciones globales específicas a investigar*, pareciera difícil dar una explicación de la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989.

Los planteamientos de la dictadura militar arriba expuestos muestran en realidad una coherencia notable. En efecto, la metáfora sobre la extirpación del “cán-

cer marxista" nos dice mucho. Como es sabido, a la larga un organismo no puede coexistir con células cancerígenas. Por lo mismo, estas requieren ser destruidas pues de lo contrario matan al organismo en el que se han generado. En este sentido, una analogía en relación al plano político y social suponía no sólo la exclusión, sino también destrucción de quienes fueran definidos como "cáncer".

La destrucción de la parte de la sociedad que cayera dentro de esta categoría no debería, en segundo término, generar cuestionamientos éticos, como los derivados de eventuales reproches sobre violaciones a los Derechos Humanos. Precisamente en razón de que tal sector carecería de status de humanidad por cuanto estaría conformado por "humanoides". Por lo tanto, para ellos los Derechos Humanos implícitamente no tendrían vigencia.

En tercer lugar, proceder en consecuencia sería la condición para salvar a la nación e, incluso, a la civilización cristiana occidental. Eso es lo que —según la racionalidad subyacente de la ideología de la cúpula militar—, no comprenderían las carcomidas democracias europeas.

¿Cómo no *intuir* que esta racionalidad era portadora de elementos fundadores y legitimadores de la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989?

3. LA VIOLENCIA ESTATAL SALVADORA COMO POLÍTICA DE ESTADO

Las políticas llevadas a cabo entre 1973 y 1989, en particular la VEDE, se fundaron en la racionalidad arriba expuesta, es decir, en el supuesto ideológico según el cual había que eliminar un enemigo interno disolvente de la nacionalidad, enemigo que carecía de status de humanidad y, por tanto, de derechos humanos.

Apoyándome principalmente en el Informe Rettig, seleccionaré indicadores paradigmáticos que evidencian que ésta fue una política de Estado y que, por tanto, no constituyó la expresión ni de "excesos aislados" ni de coletazos de una guerra civil larvada gestada durante el régimen anterior. Son los siguientes:

A. Desaparecimiento forzado de personas.

Se han documentado fehacientemente mil doscientos casos de esta práctica. Ella fue realizada por agencias estatales. Principalmente por la DINA entre 1974 y 1977, y luego por la CNI.

En primer término, es necesario hacer notar que la escalada de desaparecimientos ocurrió en Chile a partir de mediados de 1974, con la formación de la DINA. Es decir, nueve meses después de que la dictadura militar se hubo asentado firmemente en el poder y eliminado toda resistencia interna. Más aún, como práctica sistemática el desaparecimiento forzado de personas llegó a su apogeo al mismo tiempo que la dictadura militar implementaba su proyecto refundacional de la sociedad chilena, es decir, durante la segunda mitad de los setenta. En consecuencia, los desaparecimientos estuvieron vinculados a tal labor refundacional, y no a los conflictos políticos verificados entre 1970-1973, los que habían tenido ya un desenlace definitivo. Lo señalado reviste, sin dudas, una relevancia capital porque evidencia que la práctica de desaparición de personas estuvo vinculada al convencimiento de la autoridad en orden a que un sector del país no tenía cabida en el nuevo orden, con el que sería

incompatible. Por lo cual, –considerado como enemigo–, debía ser erradicado.

Tal es precisamente lo que reconoce el Informe Rettig. Este, en efecto, sostiene, por una parte, que “los casos de detenidos desaparecidos del período 1974-1977 responden a un patrón de planificación previa y coordinación central”¹², patrón que –señala– “revela, en su conjunto, una voluntad de exterminio de determinadas categorías de personas”¹³. Esta constatación es lo que le permite al informe hablar, no de casos aislados, sino de una “política de desaparecimientos”¹⁴.

El informe Rettig, de otra parte, visualiza la racionalización teórica de tales prácticas. Sostiene, en efecto, que bajo la dictadura militar “se llegó a justificar la destrucción de un enemigo interno al que se le atribuye atentar contra valores superiores y permanentes”¹⁵. “Para la DINA, –continúa el informe– los partidos definidos como enemigo interno fueron, fundamentalmente, el MIR, el PC y el PS”¹⁶. Es decir, la izquierda chilena, a la que se consideró necesario destruir precisamente en tanto constituiría un enemigo de la nación. “Del examen del conjunto de casos de detenidos desaparecidos, –concluye el Informe Rettig– se desprende que en el empleo de esta práctica un doble objetivo: matar y ocultar para destruir un enemigo que hay que exterminar”¹⁷.

B. Centros de Detención, tortura y muerte: el caso de “Villa Grimaldi”.

Este centro de detención constituye un pequeño universo que ilustra el carácter sistemático e institucional que adoptó la práctica del secuestro y la tortura por parte de la DINA. Dado su carácter altamente ilustrativo, me limitaré al respecto a transcribir “in extenso” parte la descripción que de ella hace el Informe Rettig.

“Villa Grimaldi fue el recinto secreto de detención y tortura más importante de la DINA. (...)Aparentemente, los primeros detenidos llegaron (a este centro) ya a mediados de 1974, aunque un flujo más regular no se produjo hasta fines de 1974”¹⁸. A Villa Grimaldi “se llevaba a los prisioneros para sus primeros interrogatorios después de la detención”; en ella “se mantenían lugares y artefactos especialmente dispuestos para las distintas formas de tortura; allí, también, se mantenía a los prisioneros a quienes ya no se torturaba, a veces por largos períodos, a la espera de posibles nuevos interrogatorios o de la decisión sobre su suerte futura.(...)”

Los lugares más característicos donde permanecían los detenidos dentro de Villa Grimaldi eran:

–“La Torre”. Efectivamente se trataba de una construcción como torre, que sustentaba un depósito de agua. En su interior se construyeron unos diez estrechos espacios para la mantención de reclusos, de unos 70 por 70 centímetros y unos dos

¹² Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, Santiago, febrero de 1991. Pág. 476.

¹³ Informe citado, pág. 449.

¹⁴ Informe citado, pág. 476.

¹⁵ Informe citado, pág. 476.

¹⁶ Informe citado, pág. 476.

¹⁷ Informe citado, pág. 476.

¹⁸ El subrayado es nuestro.

metros de alto, con una puerta pequeña en la parte baja por la que era necesario entrar de rodillas. En esa torre también había una sala de torturas. En cada una de estas celdas se mantenía a una o dos personas en un régimen de encierro permanente. En el caso de haber dos detenidos en una celda debían acomodarse de modos muy forzados para permanecer en el lugar y especialmente para dormir. Aparentemente las personas llevadas a La Torre eran detenidos de cierta relevancia que habían terminado su etapa de interrogatorios intensos. A muchos de los detenidos que permanecieron en "La Torre" no se los volvió a ver. Por ejemplo, Ariel Mancilla, uno de los principales dirigentes socialistas desapareció, así como muchos otros, luego de ser llevado, torturado, a "La Torre".

-Las "Casas Chile". Estas eran unas construcciones de madera destinadas al aislamiento individual de detenidos, que consistían en secciones verticales similares a closets donde el detenido debía permanecer de pie, a oscuras, durante varios días.

-Las "Casas Corvi". Eran pequeñas piezas de madera construidas al interior de una pieza mayor. Dentro de cada una de ellas se ubicaba un camarote de dos pisos. Aparentemente era el lugar donde permanecían los detenidos que estaban siendo sometidos al régimen más intenso de interrogatorios y torturas.(...)

Dentro de la Villa Grimaldi había habitaciones especialmente dispuestas para la tortura. Unos agentes aplicaban los distintos métodos de torturas y otros, generalmente oficiales, conducían los interrogatorios, aunque estos últimos también a veces manipulaban personalmente los instrumentos de tortura. En algunas ocasiones, durante los interrogatorios, con o sin tortura, un funcionario tomaba nota en una máquina de escribir.

La forma más habitual de tortura era la "parrilla", que consiste en un catre de metal sobre el que se amarra desnudo al detenido para proceder a aplicarle descargas de corriente eléctrica sobre distintas partes del cuerpo, especialmente aquellas más sensibles como los labios o los genitales, y aún sobre heridas o prótesis metálicas. Una modalidad particularmente cruel de este método consistía en la utilización de un camarote metálico de dos pisos; se colocaba al interrogado en el de abajo y en el de arriba se torturaba a un pariente o amigo suyo, como modo de presionarlo aún más.

Otro método de tortura muy empleado era el de los colgamientos. La víctima era colgada de una barra, ya sea por las muñecas o por la muñecas y las rodillas. En ambos casos, al dolor producido por el peso del cuerpo colgado por largo tiempo, se sumaba la aplicación de corriente eléctrica, de golpes, heridas cortantes y vejámenes.

También se aplicó frecuentemente en Villa Grimaldi el método de hundimiento de la cabeza en un recipiente con agua, generalmente sucia, o con otro líquido, manteniéndosele hundida hasta un punto cercano a la asfixia. Similar efecto se conseguía mediante el llamado "submarino seco", que consistía en la colocación de una bolsa plástica en la cabeza de la persona de modo de no permitirle la entrada del aire, también hasta un punto cercano a la asfixia.

Además de los métodos descritos era habitual la tortura y los malos tratos por medio de golpes de todo tipo, desde los muy violentos, con consecuencia de graves lesiones, hasta los múltiples golpes imprevistos dados a una persona con la vista vendada(...).

Villa Grimaldi mantenía una actividad permanente, prácticamente sin interrupciones. Los equipos operativos entraban y salían del lugar las veinticuatro horas del día, se traía a detenidos en cualquier momento y se torturaba a toda hora"¹⁹.

Otros recintos que la DINA utilizaba para los efectos de detención, tortura y muerte, nos dice el Informe Rettig, eran los de Tejas Verdes; Cuatro Alamos; Londres N° 38; José Domingo Cañas, "La Discoteque" —también denominada como la "Venda Sexy", dada la abundancia de vejámenes sexuales practicados sobre los prisioneros—; Colonia Dignidad, etc. La proliferación de estos lugares de detención, tortura y muerte y la analogía de sus procedimientos pone de manifiesto, sin dudas, que se está en presencia no de situaciones excepcionales, sino de políticas de Estado, ciertamente fundamentadas ideológicamente.

C. La VEDE en el exterior: la "Operación Cóndor", los asesinatos de Carlos Prats y Orlando Letelier y el intento de asesinato de Bernardo Leighton

La VEDE se desplegó también abundantemente en el extranjero. Estuvo a cargo esencialmente del Departamento Exterior de la DINA. El objetivo de este departamento era enfrentar al segmento del "enemigo interno" residente en otros países. Para tales efectos la DINA desplegó importantes fuerzas operativas en diversas partes del mundo occidental. Según el Informe Rettig, llegó también a controlar a la "red exterior oficial" del Estado: el "ministerio de relaciones exteriores, representaciones diplomáticas, consulados y agregadurías militares"²⁰.

Con los recursos que disponía, la DINA desarrolló una capacidad operativa extraterritorial importante. Esta fue reforzada mediante cierta cooperación con servicios de seguridad del Cono Sur de América y organizaciones terroristas de diversos países, especialmente de exiliados cubanos de neofascistas italianos. "La DINA —sostiene al respecto el Informe Rettig— proporcionó, a al menos algunos de estos grupos, recursos económicos, armas y otras facilidades, así como la posibilidad de refugiarse en Chile. A cambio —agrega— obtuvo cooperación en algunos atentados criminales cometidos en el exterior y en los planes para cometer otros que no se llegaron a consumir"²¹.

Con determinados servicios de seguridad de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil, la DINA organizó la "Operación Cóndor", de la cual la entidad chilena era centro y motor. Según las investigaciones en que se apoya la causa por Terrorismo y Genocidio llevada en Madrid por el juez Garzón, tal operación consistía en una coordinación cuyo objeto era la búsqueda y eliminación de opositores en el exterior. Un equipo ubicaba y vigilaba a la potencial víctima, y un segundo era luego enviado para su eliminación física. En la querrela presentada en Madrid contra el general Pinochet, se sostiene que las víctimas de la Operación Cóndor, chilenos y extranjeros, alcanzaron a un "número próximo a las 3.000" personas²².

¹⁹ Informe citado, pág. 465 y siguientes.

²⁰ Informe citado, pág. 456.

²¹ Informe citado, págs. 457, 458.

²² *Transición y Democracia. Operativo Cóndor. Terrorismo y Genocidio. Juzgado N° 5 Audiencia Nacional, Madrid, España, 1998.* Colección Documentos, FASIC, Santiago, 1999, pág. 2.

Casos paradigmáticos de las operaciones de la DINA en el exterior fueron los asesinatos del general Carlos Prats y su esposa en Buenos Aires; de Orlando Letelier y Ronie Moffit en Washington; y el intento fallido de asesinato de Bernardo Leighon y Ana Fresno en Roma.

En los dos primeros se involucraron, de una u otra forma, no sólo servicios de seguridad, sino también diversas instancias del aparato estatal chileno. Así, por ejemplo, al general Prats la Cancillería le dilató indefinidamente el otorgamiento de pasaporte. Evitó de tal modo que pudiera emigrar desde Buenos Aires a Brasil, cuestión deseada por Prats ante la intensa vigilancia a que era sometido por la DINA en la capital transandina y a las explícitas amenazas de muerte de que era objeto. De estas amenazas sólo el Gobierno de Chile tenía conocimiento, precisamente en virtud de que el propio Prats se las había hecho saber con exclusividad y reserva.

En el caso Letelier los agentes de la DINA enviados a las labores de seguimiento viajaron primero a Paraguay para intentar ingresar desde allí a los EE.UU. con pasaportes falsos. Al fracasar en el intento de obtener esta documentación, la Cancillería chilena se las otorgó. El asesinato se consumió finalmente con la colaboración de grupos terroristas cubanos exiliados.

En el caso Leighon, la DINA actuó con la colaboración de grupos neofascistas italianos. Otros intentos ya planificados de asesinatos en el exterior no pudieron llevarse a cabo sólo en su fase final. Tales fueron al menos los de Carlos Altamirano y Volodia Teitelboim.

D. Ejecuciones Sumarias, asesinatos selectivos, disparos indiscriminados a manifestantes y falsos enfrentamientos

Aparte de los desaparecimientos forzados y el secuestro y tortura de personas, la VEDE verificada entre 1973 y 1989 se manifestó también en ejecuciones sumarias, asesinatos selectivos y baleos indiscriminados a manifestantes.

El Informe Rettig sostiene que en los meses siguiente al golpe de Estado de 1973, cincuenta y nueve personas fueron fusiladas luego de ser juzgadas por Consejos de Guerra. En los meses siguientes otras ciento una, previamente detenidas, encontraron la muerte en manos de los militares, quienes alegaron haber aplicado la ley de fuga. En los años posteriores de la dictadura militar, aparte de los desaparecidos, se completaron otros 815 casos de muerte, sea por ejecuciones o por tortura²³.

Dentro de tales casos destacan ciertos asesinatos selectivos. Entre ellos el del diplomático español Carmelo Soria, llevado a cabo por la brigada Mulchen de la DINA. También la llamada "Caravana de la muerte", encabezada por el general Arellano Stark, quien recibiera órdenes del general Pinochet para agilizar los juicios a detenidos políticos en provincias. Los hombres de Arellano, en distintas ciudades del norte y del sur, sacaron de prisión a 72 personas, algunas ya sentenciadas con penas menores, y procedieron a darles muerte²⁴. Es importante también el caso del dirigente sindical Tucapel Jiménez, degollado y abandonado en la

²³ Informe citado, pág. 883.

²⁴ Véase al respecto, Patricia Verdugo, *Los Zarpazos del Puma*, Ed. CESOC, Santiago, 1989.

vía pública por los servicios de seguridad a fin de que su muerte sirviera de escarnio a los opositores. Caso análogo fue el del degollamiento de tres profesionales comunistas, Nattino, Parada y Guerrero, por personal del Servicio de Inteligencia de Carabineros. Adicionalmente cabe mencionar el asesinato del dirigente del MIR, Jeckar Neghme y, en fin, la Operación Albania, en la que agentes de la CNI ejecutaran a trece miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez luego de haberlos reducido. Esta última constituyó otra modalidad de violencia extrema de acuerdo a la cual se ultimaba a prisioneros aduciéndose luego que habían muerto en enfrentamientos armados con las fuerzas de seguridad.

A partir de 1983 apareció otra forma de violencia estatal: la de los baleos indiscriminados a manifestantes por parte de civiles pertenecientes a los servicios de seguridad. El Informe Rettig señala que por esta causa, durante las protestas nacionales, se dio muerte a 141 personas, "la mayoría concentrados entre 1983 y 1985".

En la causa por Genocidio y Terrorismo llevada en Madrid por el juez Garzón en contra del general Pinochet se hace un balance global de distintas manifestaciones de violencia estatal verificadas en Chile entre 1973 y 1989. En ella se dice lo siguiente: "Según las estimaciones que se estudian en la causa, más de 300.000 personas son privadas de libertad; más de 100.000 personas son expulsadas o se ven obligadas a exiliarse; las personas muertas y/o desaparecidas ascienden a casi 5.000...; más de 50.000 personas son sometidas a tortura. Junto a ello las demás vulneraciones de otros derechos fundamentales, como los de información, educación, etc"²⁵.

De un análisis no exhaustivo de casos emerge, en consecuencia, una conclusión ineludible, a saber, que entre 1973 y 1989 se produjo la situación más extrema y prolongada de violencia estatal de toda la historia de Chile.

Esta constatación nos lleva a otra pregunta. ¿Qué hubiera ocurrido con dichas cotas de violencia extrema si entre 1973 y 1989 no hubiese existido una persistente y enérgica condena de la comunidad internacional a esas prácticas de la dictadura militar chilena? No cabe duda de que en tal caso las violencias que esta implementó hubiesen alcanzado niveles aún mayores.

3.1 La VEDE como manifestación de la voluntad política

La violencia estatal descrita, entre otra, provino sin dudas de la voluntad política del vértice del Estado, reestructurado mediante el golpe militar. El tipo de poder —centralizado al extremo— constituido a partir del 11 de septiembre de 1973 no permitía, en realidad, violencia significativa alguna que tuviera otro origen.

Las FF.AA., en efecto, mediante la Junta de Gobierno, asumieron el poder total, es decir, tanto el Poder Ejecutivo, el Constituyente como el Legislativo. Como es sabido, a la par procedieron a disolver al Congreso Nacional y al Tribunal Constitucional. Luego de hecho derogaron la Constitución de 1925. El Poder Judicial y la Contraloría General de la República si bien formalmente subsistieron, lo hicie-

²⁵ *Transición y Democracia. Operativo Cóndor. Terrorismo y Genocidio. Juzgado N° 5 Audiencia Nacional. Madrid, España, 1998.* Ed. Citada, pág. 3.

ron sin ningún peso real. Básicamente en razón de que no podían controlar a la Junta en virtud del poder constituyente y legislativo que ésta se había arrogado, lo que, como lo señala el Informe Rettig, le permitía "alterar a su arbitrio la norma cuyo incumplimiento se le representara"²⁶. De tal modo, lo que se conformó a partir del 11 de septiembre de 1973 fue un poder ilimitado, total y altamente centralizado, sin contrapeso alguno.

Adicionalmente tal poder, en virtud de que fuera ejercido monopólicamente por las cúpulas de las FF.AA., quienes le comunicaron su lógica, funcionó a través de una verdadera verticalidad del mando. Esta fusión entre el poder político y las jefaturas de las instituciones armadas tuvo su expresión principal en el hecho de que el Comandante en Jefe del Ejército se convirtió primero en presidente de la Junta y luego en jefe del Estado y del Gobierno, siendo revestido luego con el cargo de Presidente de la República. La Junta, por su parte, mantuvo siempre el Poder Legislativo y Constituyente.

Fue precisamente este poder centralizado y sin límites quien creó o reestructuró determinados servicios de seguridad. Estos fueron desde su misma gestación órganos suyos, instrumentos privilegiados de su voluntad política, al margen de la cual son inconcebibles.

Entre tales servicios figura antes que nada la DINA, creada a mediados de 1974 por el Decreto Ley N° 521. Su financiamiento provenía del presupuesto nacional, aunque sus partidas eran reservadas. Según lo reconoce el Informe Rettig, "formalmente la DINA dependía de la Junta de Gobierno, (aunque) en la práctica respondió solamente ante el Presidente de la Junta de Gobierno, más tarde Presidencia de la República"²⁷.

Como órgano de la máxima autoridad del país, la DINA en forma omnimoda procedió a infiltrar a la mayor parte del aparato estatal, convirtiéndolo en instrumento de sus propósitos toda vez que lo consideró necesario. El Informe Rettig lo constata así cuando señala que ella "contó con mucha colaboración, en distintas calidades, de personal que trabajaba en reparticiones y empresas del Estado. Interesaron especialmente a la DINA -agrega- reparticiones como el Registro Civil y empresas del área de transportes y telecomunicaciones (Lan-Chile; Ferrocarriles, Empresa Naviera del Estado, Compañía de Teléfonos, Entel). Asimismo, -añade el informe- le interesó contar con personal del Ministerio de Relaciones Exteriores y con funcionarios diplomáticos acreditados en legaciones de Chile en el exterior"²⁸.

La violencia que ejerció la DINA no puede ser atribuida en modo alguno a deslices de sus mandos institucionales librados a su arbitrio personal. Ello tanto por la directa dependencia jerárquica de esta institución respecto de la primera autoridad del país, cuanto por la verticalidad del mando en base a la que el conjunto del aparato estatal funcionó. Tal violencia fue, por el contrario, la expresión de la voluntad del vértice del Estado y un medio de su política. El general Contreras explícitamente lo reconoció así. En una declaración suya puntualizó al respecto: "siem-

²⁶ Informe citado, pág. 42.

²⁷ Informe citado, pág. 452.

²⁸ Informe citado, pág. 454.

pre cumplí... conforme a las órdenes que el Sr. Presidente de la República me daba. Solamente él, como autoridad superior de la DINA, podía disponer y ordenar las misiones que se ejecutaran y siempre, en mi calidad de Delegado del Presidente y Director Ejecutivo de la DINA, cumplí estrictamente lo que se me ordenó. El Presidente, —continúa el general Contreras— tenía la orden de que se informara diariamente sobre lo importante que sucedía y al mismo tiempo como doctrina normal, se le informaba permanentemente sobre el cumplimiento a las órdenes impartidas”. Y añade: siempre “trabajaba subordinado directamente al Presidente de la República y Comandante en jefe del Ejército, sin ningún mando intermedio”; “el presidente sabía exactamente lo que hacía o no hacía la DINA y su Delegado y Director Ejecutivo...”. Y concluye el General Contreras: “yo no me mandaba solo y cualquier misión a cumplir tendría que haber venido, como siempre vino, del Presidente de la República”²⁹.

La DINA, de otra parte, no era, como a veces se ha dicho, un organismo que actuaba con un espíritu distinto al del conjunto de las diferentes instituciones de la defensa, las que no habrían tenido conocimiento de las violencias extremas que aquella practicaba. Esta última tesis es insostenible a la luz de dos hechos principales. Primero, en la DINA tomaron parte miembros de todas las ramas de las FF.AA., aunque al respecto hubo un claro predominio del Ejército. Segundo, —y más importante aún—, cada rama de las FF.AA. generó o adaptó sus propios servicios de inteligencia a la lógica de la guerra interna, practicando en virtud de ello la violencia extrema desde el Estado encaminada a destruir cierta categoría de chilenos. Tales organismos, que dependían directamente de los mandos de cada una de las instituciones de la defensa, se coordinaban entre sí y con la propia DINA, en lo que, según el Informe Rettig, se denominó como la “comunidad de inteligencia”.

Entre los organismos de seguridad de las distintas ramas de las FF.AA. se pueden mencionar al menos los siguientes. En primer término el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, SIFA, que después, en 1975, se transformó en Dirección de Inteligencia (DIFA). El Informe Rettig señala que este organismo “dependía del Estado Mayor de la Fuerza Aérea, aunque —añade—, “con frecuencia informaba y recababa instrucciones directamente de la Comandancia en Jefe de esta rama”³⁰. Su constitución obedeció —según el mismo informe— al imperativo de “participar más eficazmente en la neutralización del enemigo interno, particularmente del partido Comunista”³¹. Aún más, “para colaborar con el servicio de inteligencia, —señala el Informe Rettig—, la FACH contrató civiles, muchos de los cuales habían militado en grupos nacionalistas o de extrema derecha, quienes empezaron a trabajar como agentes, asignándoseles grado”³².

Figura también el Servicio de Inteligencia de Carabineros, (SICAR), transformado luego en DICAR. Ambos organismos dependieron, en su momento, del General Director de la institución. Estaba también el Servicio de Inteligencia naval

²⁹ *Transición y Democracia. Operativo Cóndor. Terrorismo y Genocidio. Juzgado N° 5 Audiencia Nacional. Madrid, España, 1998.* Ed. Citada, pág. 230.

³⁰ Informe citado, pág. 459.

³¹ Informe citado, pág. 459.

³² Informe citado, pág. 459.

(SIN). Según el informe Rettig, este solía llevar "a efecto detenciones, usando como centro de detención y torturas el Cuartel Almirante Silva Palma de Valparaíso"³³. Debe mencionarse adicionalmente al Servicio de Inteligencia del Ejército (DINE).

Existió además un llamado Servicio de Inteligencia Regional de Concepción (SIRE), "con oficiales de la Armada y del Ejército entre sus mandos"³⁴. En él adicionalmente participaban miembros de carabineros e Investigaciones. En el informe Rettig se sostiene que este organismo "detuvo a personas, las mantuvo en distintos lugares y las torturó, siendo responsable de algunas muertes..."³⁵.

Como se sostuvo arriba, entre estos servicios de seguridad existió una permanente coordinación. Sus directores, en efecto, —según el Informe Rettig— "se reunían semanalmente, reuniones a las cuales también asistía el director de la DINA"³⁶. Una de las formas de colaboración entre estos servicios fue la creación del Comando Conjunto, en el que tuvo participación mayoritaria personal de la Dirección de Inteligencia de la Fuerza Aérea. A este comando se le atribuye la desaparición de al menos 30 personas"³⁷.

En consecuencia, todas las ramas de las FF.AA. y de orden estuvieron orgánicamente involucradas en la violencia extrema desde el Estado a través de sus servicios de seguridad, coordinados entre sí. Estos servicios estaban conectados directamente con los jefes máximos de cada institución de la defensa, los que formaban parte de la Junta de Gobierno, es decir, de la cúpula del Estado.

Dado el conjunto de hechos mencionados es, entonces, imposible pensar en la VEDE como manifestación de excesos individuales. Tampoco calza la tesis sobre la guerra civil larvada proveniente del régimen anterior puesto que, como hemos señalado reiteradamente, la VEDE se desplegó a plenitud y por varios años, muchos meses después de que la dictadura había eliminado toda resistencia. No existió, en realidad, un enemigo en pie contra el cual llevar a cabo una guerra. En su lugar había meros inermes perseguidos políticos. Con tales hechos calza más bien la consideración de dicha violencia como una política deliberada del poder total encaminada a ciertos fines.

Y tal constatación nos conduce a la ideología. En este caso, a la ideología sobre la necesidad de destruir al "enemigo interno" como condición para salvar a la patria supuestamente amenazada, ideología profesada por los uniformados, la derecha y el gran empresariado.

Una clara y adicional manifestación de que esa ideología, y su práctica correlativa, era (y en realidad es todavía) parte de la mentalidad militar, la constituye el tratamiento de héroe que recibía el general Contreras dentro del Ejército aún después de terminada la dictadura militar. En efecto, incluso durante los meses inmediatamente anteriores a su condena por el crimen de Orlando Letelier, el ex-director de la DINA ocupaba un lugar destacado en las ceremonias celebradas en la Escuela Militar. El generalato solidarizaba indisimuladamente con él ante la alternativa de

³³ Informe citado, pág. 460.

³⁴ Informe citado, pág. 460.

³⁵ Informe citado, pág. 460.

³⁶ Informe citado, pág. 461.

³⁷ Informe citado, pág. 458.

que fuese condenado judicialmente y enviado a prisión. Declaraciones de altos oficiales hacían ver que Contreras a la cabeza de la DINA se limitó a llevar a cabo una ineludible lucha en contra de los enemigos de la patria, cuestión que efectivamente habría realizado en cumplimiento de la disciplina a la que los militares están sujetos. Cualquier alto oficial –se señaló– pudo en su momento haber recibido la misión que le fuera encomendada a Contreras. De allí que no cabía sino solidarizar con él.

El sucesor del General Pinochet en el mando del Ejército, Oscar Izurieta, declaró adicionalmente su adhesión a esa misma visión ideológica, la que, insistió, era propia del conjunto de la institución. En efecto, con fecha 8 de noviembre de 1999, en un discurso en la Academia de Historia Militar, “y ante una platea conformada por oficiales activos y retirados”, Izurieta dijo que el Ejército se sentía “emocional y afectivamente solidario con quienes, arriesgando sus vidas a diario, debieron enfrentar la subversión en forma directa y valerosa. No nos parece éticamente aceptable –agregó– caer en la tentación de juzgarlos por hechos acaecidos en un contexto en que imperaba la lógica de la guerra y el odio impuesto por los enemigos de Chile”³⁸.

El general Izurieta, por tanto, no sólo justificó la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989, –a la que de hecho definió como una “guerra” contra “los enemigos de Chile”– sino que adicionalmente sostuvo que la ideología que le dio el fundamento teórico a esa “guerra” se mantenía plenamente vigente en el Ejército. “Subversión”, “lógica de la guerra”, “enemigos de Chile” (término este último aplicado –dicho sea entre paréntesis– a la izquierda chilena), constituyen, en efecto, los conceptos centrales del ideologismo que estuviera tras la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989³⁹.

Los mencionados hechos –qué duda cabe– por un lado hacen insostenible la tesis sobre las responsabilidades individuales respecto de la VEDE. En las FF.AA., por el contrario, sobre el punto existe una insoslayable responsabilidad institucional expresada en una teoría y su práctica correlativa. El general Izurieta en el mencionado discurso, de hecho lo reconoció casi explícitamente. Y por el otro, tales hechos ponen de manifiesto que sobre el país pende una verdadera espada de Damocles, que en condiciones específicas podría ser accionada. Así, Chile nuevamente podría ser salvado de sus “enemigos internos”, por cierto, con la cuota de sangre ya conocida.

El gran empresariado y la derecha, claro está, tampoco estuvieron a salvo de responsabilidades por la VEDE verificada entre 1973 y 1989. El primero, a través de sus organizaciones corporativas, apoyó entusiastamente a la dictadura mili-

³⁸ *Ercilla* N° 3.124, pág. 29. Los subrayados son míos.

³⁹ La clase política chilena no le presta importancia a estos pronunciamientos ni reflexiona sobre sus alcances. Así, el ministro del Interior Raúl Troncoso afirmó que lo sostenido por el general Izurieta en la Academia de Historia Militar no revestía mayor gravedad ya que “representa –dijo– el sentir de la institución”. (*Ercilla*, N° 3.124, pág. 29). Obviamente, no se requiere de una penetración intelectual demasiado alta, ni de una intuición de estadista para percatarse que lo que precisamente le da realce a tales declaraciones del general Izurieta es el hecho de que haya representado “el sentir de la institución”, y que no se haya limitado a comunicar opiniones personales, lo que, de otra parte, tampoco dejaría de ser importante. La derecha, a su vez, justificó las declaraciones del general en razón de que se trataría de una defensa del ex Comandante en Jefe del Ejército. (*Ercilla*, ed. citada).

tar. Y aún más, gran cantidad de empresas contribuyeron al financiamiento de la DINA⁴⁰, mientras que otras contrataban sus servicios para los efectos de controlar su personal.

La derecha, por su parte, abdicó en los militares sus funciones políticas y les aportó sus esquemas ideológicos decisionistas, cooptándolos de paso. En realidad, adicionalmente aportó a la dictadura sus cuadros, los que se desempeñaron como apoyos técnicos, ideológicos y en la alta administración. Mientras que gran cantidad de individuos de los grupos de extrema derecha se incorporaron a los aparatos de seguridad del régimen desde donde practicaron la VEDE. No es extraño, entonces, que este sector político fuera el único que no levantó la voz frente a la violación de los Derechos Humanos. Por el contrario, más bien apoyó esas prácticas.

Esto es lo que reconociera, con notable sinceridad, el ex parlamentario de Renovación Nacional, Luis Valentín Ferrada. Consultado sobre la información que las FF.AA. deben aportar sobre los detenidos desaparecidos, respondió: "las Fuerzas Armadas tienen mucho que decir, tanto como todos tenemos mucho que decir". Y agregó: "también son corresponsables los que inconscientemente aplaudimos, cuando sabíamos de las acciones militares en las calles y esos amigos que a veces uno encuentra en ciertas comidas y dicen sin más, al pasar: todo el problema radica en que no se mataron suficientes". Y concluye Ferrada: "cuando sea la hora de la verdad, quisiera que todos nosotros —me incluyo yo en primer lugar—, los que desde afuera aplaudíamos y alentábamos para que otros hicieran lo que hicieron, también reconozcamos nuestra propia cuota, y no miremos para el lado con la hipocresía clásica chilena"⁴¹.

4. LA CONCIENCIA TEÓRICA DEL LIDERAZGO COMO FACTOR CLAVE DE LA VIOLENCIA ESTATAL SALVADORA

Al sostener que la VEDE verificada en Chile genealógicamente remite a factores ideológicos, debemos hacer una diferenciación importante. Se requiere, en efecto, distinguir la conciencia teórica del liderazgo respecto de la conciencia de los perpetradores directos. Nuestra hipótesis sostiene que el factor decisivo es el primero, es decir, la conciencia teórica de los líderes, esto es, de la cúpula político-militar que tomó el poder sin límites el 11 de septiembre.

Como puede verse, el supuesto en que se basa este artículo es que dicha cúpula disponía de un fundamento teórico ideológico coherente y sistemático desde donde derivaba sus prácticas. Ella, en efecto, hizo suyo, a mi juicio, un conjunto de corpus de pensamiento desde donde caracterizaba la realidad del país, se proponía objetivos y definía los medios para conseguirlos. A esto es lo que me refiero con el concepto de "conciencia teórica".

La conciencia teórica, en consecuencia, sería aquel nivel de la conciencia constituido por racionalizaciones sistemáticas. Por tanto, es la que se conforma mediante doctrinas, teorías, visiones historiográficas, y caracterizaciones críticas de la

⁴⁰ Al respecto, véase el Informe Rettig, Ed. Cit., pág. 455.

⁴¹ Revista Ercilla N° 3.110, pág.13.

realidad, todas aportadas por las elaboraciones de determinados estratos de intelectuales⁴².

Otro plano, por cierto, es el de la conciencia espontánea o psicológica, el que es propio de los individuos comunes. El plano de la conciencia espontánea es, más bien, el de las creencias, estados de ánimo, prejuicios, valores y actitudes, que se sustentan en supuestos intelectuales no sistematizados críticamente y que dimanan en gran medida de una práctica cotidiana. Claro está que entre ambos planos de la conciencia no hay un abismo. Sin duda que uno al otro se influyen.

La explicación de la VEDE verificada entre 1973 y 1989 en nuestro país la sitúo, por tanto, en el plano de la conciencia teórica de los detentadores del poder absoluto durante ese lapso.

5. CONCLUSIONES

Apoyado en las consideraciones hechas a lo largo de este artículo, para finalizar podríamos recalcar a modo de conclusión, las siguientes afirmaciones.

1. Existió una relación fundante entre el conjunto de ideas que sobre la realidad nacional hizo suya la cúpula político-militar que asumió el poder en septiembre de 1973, y las prácticas de la VEDE ocurridas entre ese año y 1989.

2. Tales ideas fueron las correspondientes a lo que, siguiendo a Ruiz Cristi, llamo Pensamiento Conservador Revolucionario, cuyo rasgo central es el ser un conservadurismo decisionista⁴³.

3. Lo que, en el contexto de la coyuntura crítica de 1973, le permitió a este desempeñar tal función —es decir, fundar y legitimar la VEDE ocurrida entre 1973 y 1989— fue el hecho de que está estructurado en base a una lógica dicotómica excluyente, que suponía un absoluto positivo —la nación— frente al cual se postulaba la existencia de una categoría demonizable opuesta e incompatible con la primera. Dentro de esta lógica, la persistencia del absoluto positivo —la nación— suponía la exclusión o el aniquilamiento de la categoría demonizable —los “elementos extranjerizantes destructores de la nacionalidad,”; el “comunismo internacional”; el “enemigo interno”, etc. En esta lógica se basó una estrategia estatal dirigida a destruir físicamente a ciertos sujetos tradicionales de la vida nacional durante el siglo xx.

Cómo última consideración creo indispensable llamar la atención sobre lo siguiente.

⁴² Sobre estas elaboraciones, entre otras, véase, Renato Cristi y Carlos Ruiz: *El pensamiento Conservador en Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992; Verónica Valdivia: *El Nacionalismo Chileno en los Años del Frente Popular (1938-1952)*, Serie de Investigaciones N° 3, Universidad Blas Cañas; Luis Corvalán Marquéz: “Algunos Antecedentes de la Racionalidad Política del Régimen Militar en Chile”, *Revista Estudios Latinoamericanos Solar*, Santiago, 1997; “Notas Preliminares para un estudio sobre la relación entre Historiografía y Política en el Pensamiento Conservador Chileno”, *Revista Encuentro* XXI, N° 13, primavera de 1998; “Chile: How the Right prepared the intellectual Ground for the military dictatorship”, en *Journal of Contemporary Politics*, Londres, 1998; “La Derecha como Decisionista”, en *Revista Encuentro* XXI, Enero del 2000.

⁴³ Sobre los rasgos del pensamiento conservador revolucionario en Chile, véase Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El Pensamiento Conservador en Chile*, Ed. Universitaria, Santiago, 1992.

El pensamiento conservador revolucionario se fue abriendo paso gradualmente en la cultura política chilena, tanto en el ámbito civil como en el militar. Tal cosa se verificó desde al menos la tercera década del siglo, manifestándose en tendencias ideológicas y políticas en principio marginales. Sin embargo, desde 1966 en adelante, con la fundación del Partido Nacional, ese pensamiento pasó a ocupar un papel de primera línea al convertirse gradualmente en hegemónico en la derecha. Esta, en efecto, durante los sesenta comenzó a llevar a la práctica un importante viraje desde el liberalismo y el conservadurismo liberal al conservadurismo revolucionario, autodefinido como pensamiento nacionalista.

Todo indica que análogo movimiento se dio entre las FFAA. Dentro de ellas, ante el conflicto político global en que se vio envuelto el país entre 1970 y 1973, terminaron, en efecto, imponiéndose las visiones conservadoras revolucionarias por sobre las liberal democráticas, que hasta entonces habían predominado en sus cúpulas, y cuyos principales representantes fueran los generales Schneider y Prats.

La evolución ideológica de la derecha política, así, coincidió con la de la cúpula militar, aunque esta última se dio con cierto retraso respecto de aquélla, y no sin su decisiva influencia.

No está demás decir que sobre cada una de estas cuestiones, así como también respecto de las tesis centrales postuladas en este artículo, es necesario llevar a cabo mayores investigaciones, las que deben disponer del requerido apoyo empírico.

LAS FUERZAS ARMADAS DE CHILE Y LA INTEGRACIÓN SOCIAL UNA MIRADA HISTÓRICA*

Verónica Valdivia Ortiz de Zárate**

La historia de Chile en el siglo xx estuvo más fuertemente asociada a las fuerzas armadas de lo que durante mucho tiempo se reconoció. A pesar de la prescindencia política directa, ellas fueron artífices claves en las grandes transformaciones estructurales ocurridas tanto a comienzos de siglo como después de 1973. A pesar de que dichos proyectos modernizadores no fueron articulados por las propias instituciones castrenses, sino por civiles, ellas fueron parte de generaciones en las que temas como el desarrollo, la calidad de vida de la mayoría de la población y el Estado fueron abordados, aunque desde su respectiva profesión.

El intervencionismo militar en Chile, en general ha tendido a ser analizado en relación a dos cuestiones centrales. Por un lado, sus causales, es decir, qué lo ha originado y por otro, los procesos de modernización que han tenido lugar bajo su mando. En relación a lo primero, se ha planteado que las intervenciones militares se vinculan con una crisis del sistema político del momento, como del proyecto de sociedad vigente hasta entonces. Respecto de lo segundo, existe consenso que tanto la construcción del Estado Benefactor en los años veinte y el modelo de industrialización, como el orden autoritario y neoliberal de los setenta fueron posible por la intervención de las fuerzas armadas, las que crearon el contexto adecuado y encabezaron el proceso, ambas bajo la forma de dictaduras¹. El pensamiento militar, o su cosmovisión, si bien también ha recibido atención, se ha concentrado de preferencia a estudiar los influjos doctrinarios de los que se ha nutrido. De allí que se haya resaltado su vínculo con el liberalismo (para el siglo xix), el prusianismo (a finales del mismo siglo), el nacionalismo y la Doctrina de Seguridad Nacional (en la segunda mitad del siglo xx)².

* Proyecto Fondecyt N° 1990855 "El ocaso del populismo militar: Chile 1960-1979", dirigido por la suscrita y financiado por CONICYT, Chile.

** Universidad de Santiago.

¹ Mario Góngora *Ensayo histórico de la noción de Estado en Chile en los siglos xix y xx* (Stgo.:1986); Frederick Nunn *Chilean Politics 1920-1931: The Honorable Mission of the Armed Forces* (Albuquerque:1970); Paul Drake *Socialismo y populismo en Chile* (Valso.:1993); Pilar Vergara *Auge y caída del neoliberalismo en Chile* (Stgo.:1984); Paul Drake e Iván Jaksic (Editores) *El difícil camino hacia la democracia en Chile* (Stgo.:1993); Genaro Arriagada *Por la razón o la fuerza. Chile bajo Pinochet* (Sudamericana:1998).

² Como ejemplo: Patricio Quiroga y Carlos Maldonado *El prusianismo en las fuerzas armadas chilenas* (Stgo.:1988); Augusto Varas *El desarrollo doctrinario de las fuerzas armadas* (Stgo.:1979); *Chile, democracia, fuerzas armadas* (Stgo.:1980); *El proyecto político militar* (Stgo.:1984); Genaro Arriagada y M.A. Garretón "América Latina a la hora de la doctrina de seguridad nacional", en María Angélica Pérez (Ed.) *Las fuerzas armadas en la sociedad civil* (Stgo.:1978); *El pensamiento político de los militares* (Stgo.:1981); Frederick Nunn "El profesionalismo militar chileno en el siglo xx: pensamiento y

Estos análisis fueron gatillados, en gran medida, por el golpe de Estado de 1973 que sorprendió a una sociedad chilena que hasta entonces no tenía dudas de la convicción democrática de estas instituciones y, por lo tanto, su propósito más importante era explicar los orígenes de las tendencias autoritarias y anticomunistas de los militares chilenos. Tanto la experiencia de los años veinte como la de la década del setenta, revelaron la existencia de hondos anticuerpos castrenses respecto de ideologías de orientación socialista, que se expresaron en persecuciones y represión. La necesidad de entender estas actitudes castrenses incidieron, a nuestro juicio, para que en general la mirada se fijara en las influencias doctrinarias como principales factores explicativos. De allí que el prusianismo en los años veinte y la Doctrina de Seguridad Nacional en los setenta adquirieran tanta relevancia.

Esta dificultad para penetrar el complejo accionar militar, nos parece, ha sucedido porque los estudios acerca de las fuerzas armadas han tratado de aplicar criterios ideológicos a unas instituciones que son más bien pragmáticas y que difícilmente pueden ser asociadas a corrientes de pensamiento perfectamente definidas, al estilo de los partidos políticos. El pensamiento militar responde a ciertas nociones básicas tales como disciplina, orden, nación, jerarquía y cohesión social, más que a una ideología rigurosa. Desde ese punto de vista, quienes han analizado a las fuerzas armadas como si se trataran de una colectividad política han explicado las contradicciones o cambios patrocinados por ellas en función de las influencias ideológico-doctrinarias recibidas. Desde nuestra perspectiva, si bien ellas son importantes de tener en consideración a la hora de evaluar el problema, son insuficientes para dar cuenta de él, precisamente porque la mentalidad militar responde a orientaciones distintas a la coherencia ideológica, al punto que podría decirse que pueden ser calificadas como "ideológicamente" eclécticas. Dentro de ese planteamiento, este breve artículo pretende reflexionar acerca de la posible utilización del concepto de populismo a esas instituciones, entendiendo por populismo un agente de cohesión social. Es decir, una herramienta que permite rearticular el bloque en el poder (nuevas alianzas de clase), devolviéndole al sistema su legitimidad político-social, para lo cual hace uso de un discurso anti *statu quo*, reformula el Estado, el modelo de crecimiento y refuerza los elementos de liderazgo, aunque esto último puede ser en forma transitoria.

Este trabajo, al contrario de los que han aceptado la idea de que a comienzo de los setenta los militares sólo deseaban el neoliberalismo, pretende entregar algunos elementos que permitan destacar la permanencia dentro del "pensamiento militar" de tendencias proclives a la integración social y al rol interventor del Estado, lo cual podría ser explicado en el marco del concepto de populismo.

FUERZAS ARMADAS-ESTADO-JUSTICIA SOCIAL

La crisis del orden oligárquico-parlamentario a comienzos de siglo en Chile dio lugar a la expresión de abiertas críticas a la hegemonía de la elite y a la forma

autopercepción de la clase de oficiales hasta 1973", *Cuadernos del Instituto de Ciencia Política*, 1976; Verónica Valdivia O. de Z. *Nacionalismo e Ibanismo* (Stgo.:1995); *Camino al golpe: el nacionalismo chileno a la caza de las fuerzas armadas* (Stgo.:1996).

en que estaba organizada la sociedad chilena. Las fuerzas armadas de la época abandonaron su incuestionada funcionalidad al sistema oligárquico para pasar a ser uno de los principales actores en la transformación de él. Como ya ha sido establecido en otros estudios, los oficiales comenzaron a dudar de los beneficios de la economía abierta y monoexportadora; de la operatividad del sistema parlamentario y de la eficacia de la represión como mecanismo de control social. Hacia la segunda década del siglo, la oficialidad joven era más proclive a un modelo estatal intervencionista que protegiera y estimulara la producción manufacturera nacional; un sistema político de corte presidencialista y menos excluyente, y una regulación de los conflictos sociales mediante la dictación de leyes que reconocieran los derechos laborales y sociales de los sectores medios y obreros. Tales tendencias quedaron de manifiesto entre 1924 y 1932, años en los cuales los militares reestructuraron el Estado y rediseñaron las pautas de participación política y de integración social³.

Los factores que impulsaron la politización de las fuerzas armadas a comienzos de siglo estaban directamente relacionados con las transformaciones provocadas por la modernización de fin de siglo y las fluctuaciones del salitre en los mercados internacionales que impedían la mantención del crecimiento económico y de la "armonía" social. La inestabilidad abierta a partir de 1918 acentuó los antagonismos sociales, los cuales llegaron a su máxima expresión con la elección de Arturo Alessandri. Desde la óptica de los militares, la hegemonía oligárquica posterior a 1891 había derivado en el quiebre de la "unidad nacional", lo cual revestía un serio peligro para el país. En ese punto, los oficiales jóvenes adhirieron entusiastamente a aquellas tendencias que favorecían el renacimiento del sentido de "comunidad nacional" y de armonía social.

Uno de los principales efectos de la Primera Guerra Mundial fue abrir ancho paso a propuestas que defendían la justicia social y el diseño de políticas gubernamentales en esa dirección. Tanto las posturas wilsonianas defendidas a través del Tratado de Versalles y la Liga de las Naciones que incitaron la dictación de legislación social en todos los países asociados a ella, como las apuestas del fascismo italiano, el corporativismo, los militarismos populistas y el marxismo a través de la Revolución Bolchevique, pusieron a la orden del día el tema de los derechos de los obreros. Los oficiales chilenos desencantados del orden oligárquico se vieron bombardeados con este cúmulo de orientaciones nuevas.

Esta oficialidad militar encontró en el corporativismo una de sus principales fuerzas de arrastre. El corporativismo, como es de conocimiento, es un término de variadas acepciones. Puede, por una parte, hacer alusión a un modelo político alternativo entre el pluralismo liberal y el marxismo; como también como un universo de creencias en torno a una jerarquía social, orgánica y natural; postura en la cual se rescata el sentido de comunidad y de deberes y derechos desiguales. Sin embargo, el corporativismo también puede ser entendido como un sistema de representación y regulación de grupos de interés. De acuerdo a esta última postu-

³ Como se sabe, a través de su intervención se aprobó la Constitución de 1925 que modificaba el sistema político y el rol del Estado en materia económico-social; se aprobó la legislación social y se inició el proceso de cerramiento de la economía.

ra, se ha distinguido entre un corporativismo evolutivo, según el cual se desarrollan corporaciones autónomas, y otro de tipo estatal. En el primer caso se trataría de una concepción no estatal, en la cual el Estado más bien garantizaría la representación de los intereses corporativos, actuando como un árbitro y ejerciendo un control parcial sobre sus actividades. En relación al segundo, el Estado tiene mayores atribuciones y regula en forma más estricta a las organizaciones sociales de interés, de modo que crea organismos ocupacionales bajo su tutelaje, colaborando a la disciplina social⁴.

El corporativismo estatal tiene como uno de sus propósitos principales lograr la docilidad de las clases trabajadoras, las cuales en el período de post-guerra cuestionaban explícitamente el orden vigente que pretendía representar a la comunidad nacional. Según este criterio, pueden existir dos subtipos corporativos: uno que tiende a la inclusión de dichos grupos o "cuasi-populista" y otro que es exclusionario, represivo, "cuasi-fascista". El primero -cuasi-populista-, nace como un medio de movilización controlada para incorporar a ciertos sectores, de modo que patrocina y legaliza organizaciones sociales como sindicatos o ligas campesinas, tendiendo a subordinarlas, pero también para expandir la participación de esas clases en ascenso. El segundo subtipo, el corporativismo "cuasi-fascista", contrariamente, tiende a la desmovilización social deliberada cuando la demanda de los grupos subalternos ha llegado a un punto insostenible para los sectores dirigentes y/o las fuerzas armadas, las cuales pueden pasar a optar por un Estado autoritario y un modelo económico neo-capitalista. De acuerdo al análisis de Paul Drake, esta conceptualización es la más apropiada para explicar el cambio sustentado por las fuerzas armadas chilenas entre su anterior proyecto de Estado benefactor intervencionista, y el neoliberal autoritario de los setenta. El paso de un corporativismo "cuasi-populista" a uno "cuasi-fascista".

En general el corporativismo, de tipo estatal como no estatal, tuvo una amplia influencia en los años veinte y treinta en Chile, especialmente en grupos de la oligarquía reformista como de algunos sectores de las capas medias, particularmente profesionales y la joven oficialidad del ejército. Estos promovieron cambios sustanciales al orden oligárquico, favoreciendo un proceso democratizador⁵.

La cosmovisión castrense desarrollada por la influencia prusiana puede haber sido un elemento que favoreció el relativo distanciamiento militar de las elites oligárquicas y su atracción por estas tendencias políticas -como el corporativismo de tipo estatal- que ofrecían recuperar la "armonía y cohesión" y curar las fracturas sociales. La denominada "metafísica de la patria", definida como la nación, apuntaba a entenderla como una "realidad espiritual y de naturaleza trascendente", en la cual todos sus miembros formaban parte de una comunidad hermanados por su origen y destino. En esa perspectiva, la sociedad no era entendida como un pacto, sino una comunidad nacional en la que todos se identificaban con lo más profundo

⁴ Paul Drake "Corporatism and Functionalism in Modern Chilean History", *Journal Latin American Studies*, 1983.

⁵ Sobre el impacto del corporativismo en Chile, Gonzalo Catalán "Notas sobre proyectos autoritarios corporativos en Chile: la revista *Estudios* (1934-1938)", Stgo., 1978; Renato Cristi y Carlos Ruiz *El Pensamiento conservador en Chile* (Stgo.:1992).

del alma colectiva de la raza, presentándose "el bien común de la nación como la tarea colectiva que han de realizar". De acuerdo a esta concepción, el bien común era una obligación, pues la hermandad estaba dada por el deber de servir a la patria, de modo que el Estado debía ser su ente rector, aquel que guía a la comunidad en el camino del bienestar y de la grandeza de la nación⁶. Esta visión esencialista de la nación se constituyó en un elemento central en la aspiración castrense de recuperar el sentido de unidad manifiestamente quebrantado a comienzos de siglo y de dotar al Estado de un nuevo carácter. Este debía dejar de ser la expresión de intereses particulares y minoritarios para pasar a representar los deseos y derechos de todos los integrantes de la comunidad. Prusianismo, nacionalismo y corporativismo parecen haberse enlazado en la mentalidad de los jóvenes oficiales chilenos.

A pesar de la pertinencia del concepto de corporativismo para analizar la posición de la joven oficialidad del ejército a comienzos de siglo, él no da cuenta totalmente del proceso liderado por ella. Si bien el corporativismo nos permite comprender la apuesta integrativa y los cambios en las atribuciones del Estado, es insuficiente para explicar otros fenómenos presentes en la intervención militar de los años veinte. Entre ellas: las nuevas alianzas de clase y su impacto a nivel estatal; la fuerza de un discurso anti *statu quo*, particularmente el lenguaje antioligárquico desarrollado por los líderes reformistas, en este caso los jóvenes militares encabezados por el entonces mayor Carlos Ibáñez y el capitán Marmaduque Grove; la aparición de fenómenos de liderazgo que sobrepasaron al populismo alessandrista y que tocaron a estos oficiales. Por otra parte, la gestión militar nunca se mostró partidaria de crear cuerpos intermedios bajo su tutela, ni eliminó otras formas de representación —como los partidos—, aunque sí los limitó, los reprimió y los reemplazó en su rol mediador de intereses sociales. Desde este punto de vista, nos parece que el término "populismo" tal vez podría ser más apropiado para explicar las tendencias de la generación de oficiales de los años veinte y la herencia dejada a sus colegas durante el resto del siglo.

El término populismo, para el caso latinoamericano, es una construcción sociológica en torno a la cual no ha habido consenso, dado que las diferentes conceptualizaciones han enfatizado aspectos diversos del fenómeno. Desde la teoría clásica de la escuela funcionalista —la teoría de la "modernización"—, pasando por las nociones de Estado de Compromiso o bonapartismo de la escuela marxista, y las apreciaciones que remarcan la herencia colonial, el populismo ha sido utilizado para explicar la particular evolución política y social latinoamericana del siglo XX, análisis que se han centrado, preferentemente, en los casos paradigmáticos de la Argentina de Juan Domingo Perón y del Brasil de Getulio Vargas. La dificultad para arribar a un concepto de consenso ha estribado en el objeto de evaluación. En algunos casos, la mirada se ha centrado en las capas sociales incorporadas (urbanas en la mayoría de los casos latinoamericano; aunque también campesinas para la situación de Bolivia y México; además de los ejemplos ruso y norteamericano). En otras ocasiones, se ha focalizado en las transformaciones del Estado: o,

⁶ Luis Barros Lazaeta "La profesionalización del ejército y su conversión en un sector innovador hacia comienzos del siglo xx", en Luis Ortega (Editor) *La guerra civil de 1891. Cien años hoy* (Sgo.: 1993), págs. 52-55.

en el plano ideológico discursivo; en su vínculo con el pasado histórico colonial, o en el carácter no discursivo del fenómeno⁷. Estas distintas visiones han impedido una noción capaz de englobar las particularidades de cada experiencia y, al mismo tiempo, dar cuenta de sus rasgos comunes.

Para los efectos de este trabajo, el concepto de populismo será utilizado para intentar explicar tanto la evolución doctrinaria, como el accionar político de la joven oficialidad del ejército chileno a comienzos del siglo xx y el legado dejado por ellos en sus instituciones. En un terreno propiamente conceptual, el populismo será entendido como un agente de cohesión e integración nacional. En ese sentido, se trataría de una herramienta de legitimación político-social en un contexto de desgaste de la dominación, para lo cual se hace uso de un discurso antagónico a la ideología dominante —el liberalismo—, el cual recoge las diversas contradicciones sociales. El antagonismo al orden vigente implica la incorporación de las clases medias y trabajadoras, la redefinición del Estado como expresión de una nueva alianza de clases y un nuevo modelo de acumulación.

Este mecanismo rearticulatorio dio lugar a un nuevo tipo de Estado el cual dejó de ser la expresión sólo de las clases oligárquicas para pasar a expresar la nueva alianza social (capas medias bajas, sectores de la naciente burguesía industrial y de los obreros) y el nuevo modelo de acumulación (la industrialización sustitutiva). El Estado se convirtió, así, en el promotor de la justicia social y del engrandecimiento económico nacional⁸.

En general, en los estudios de populismo Chile no ha sido incluido —salvo algunas excepciones—, pues la centralidad del sistema de partidos en la mediación de los intereses sociales casi ha hecho desaparecer el aspecto de liderazgo carismático presente en todos los casos clásicos. Hace unos años atrás, Paul Drake propuso que si se hacía énfasis en los aspectos sociales de la historia de Chile del siglo xx era posible percibir rasgos populistas en la política chilena. Específicamente, ligó el fenómeno populista en Chile al partido Socialista y, posteriormente, al Frente Popular, los cuales hicieron hincapié en la integración social institucionalizada más que en la movilización. Aunque en el último período Drake ha repensado dicha categoría para Chile, este trabajo adhiere a la idea de un populismo capaz de institucionalizarse, lo cual ha sido propuesto para otros casos de populismo latinoamericano, y que de alguna manera ha sido compartido por Garretón y Moulian, quienes han analizado la historia de Chile del siglo xx en torno a la noción de Estado de Compromiso⁹.

⁷ La literatura acerca del populismo latinoamericano es amplísima. Una síntesis bastante completa de las diferentes teorías "Los complejos de la Cenicienta", María Moira Mackinnon y Mario A. Petrone *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta* (Eudeba, 1998).

⁸ De acuerdo a las distinciones establecidas por Ianni y Laclau, se trataría de un populismo de las altas esferas o de las clases dominantes. Véase Octavio Ianni *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica* (México:1972); Ernesto Laclau *Política e ideología en la teoría marxista* (México:1986).

⁹ Paul Drake *Socialismo y populismo en Chile 1936-1973* (Ed. Universidad Católica de Valparaíso:1993). Una reevaluación de este posición en Drake "Chile's Populism Reconsidered, 1920s-1990s" en Michael Conniff *Populism in Latin America* (The University of Alabama Press:1999). En este artículo, Drake duda que sea válido aplicar el concepto de populismo a la historia de Chile debido a la fuerte ingerencia del sistema de partidos y la ausencia de movilización, de modo que sólo se habrían producidos "hitos" de populismo, pero no rasgos estructurales. Sobre el Estado de Compromiso, Manuel A. Garretón *El proceso político chileno* (Stgo.:1984), Tomás Moulian y Germán Bravo

Si el concepto se ha aplicado muy poco a Chile, menos lo ha sido para los militares. Estos han sido vistos preferentemente como funcionales a los intereses de los grupos altos de la sociedad, por lo cual se les ha ligado más bien al liberalismo, ya sea en términos activos o meramente formales. Otra línea analítica ha remarcado en cambio su cercanía con el prusianismo, el corporativismo, el nacionalismo de ultraderecha y el anticomunismo reforzado por la Doctrina de Seguridad Nacional¹⁰. Con todo, nos parece que tales tendencias son insuficientes para connotar no sólo la postura doctrinaria de las fuerzas armadas, sino también su accionar político en determinados momentos. En este punto, compartimos la proposición de Drake de distinguir entre populismos "temprano", "clásico" y "tardío". El primero se refiere a los precursores populistas, los cuales se apoyaban en las elites no oligárquicas, las clases medias y sectores obreros. El populismo "temprano" habría puesto especial interés en hacer reformas de democratización legal que favorecieran a minorías alfabetizadas¹¹. Según esta consideración, nos parece que la joven oficialidad del ejército, y algunos sectores de la Armada en los años veinte, pueden ser asociadas a un caso de populismo temprano, especialmente el caso del general Carlos Ibáñez. De hecho, Drake lo señala específicamente como uno de los precursores.

En efecto, como ya se expresó anteriormente, en las primeras décadas del siglo la joven oficialidad se había distanciado políticamente de la oligarquía y había comenzado a acercarse a un ideario más estatista. La significación de un Estado de orden populista, expresivo de todas las clases sociales y promotor de una economía industrialista y de justicia social resultaba muy atrayente para los militares, toda vez que las fuerzas armadas se perciben a sí mismas como "ajenas" a los conflictos de clase e identificadas con la nación. Fueron estos elementos los que impulsaron a este segmento de los militares a enfrentarse a la oligarquía y liderar el proceso de antagonismo con dicho orden. Como es sabido, la lucha por ampliar la participación política y social comenzó con el gobierno de Arturo Alessandri a partir de 1920, afán que fue abortado dada la intransigente oposición de la elite. Alessandri recurrió a instrumentos populistas, no sólo de movilización social, sino más importante aún, la adopción de un discurso que contenía fuertes elementos contradictorios al orden vigente, a pesar de lo cual no logró distanciarse realmente

"Desarrollo político y Estado de Compromiso. Desajuste y crisis estatal en Chile", *Cieplán*, N° 8, 1982. Sobre un populismo institucionalizado, Arnaldo Córdova *La ideología de la Revolución Mexicana* (UNAM:1985).

¹⁰ Augusto Varas *Chile, democracia, fuerzas armadas*; Carlos Maldonado "ACHA y la proscripción del Partido Comunista", Flacso, 1988; Genaro Arriagada y Manuel A. Garretón "América Latina a la hora de la Doctrina de Seguridad Nacional", en María A. Pérez *Las fuerzas armadas en la sociedad civil* (CISEC:1978); Sergio Rojas "Reflexiones sobre la Doctrina de Seguridad Nacional en Chile", *Araucaria de Chile*, N° 9, 1980; Verónica Valdivia O. de Z. *Nacionalismo e Ibañismo*, Serie de Investigaciones, N° 8, 1995; de la misma autora, *Camino al golpe: el nacionalismo a la caza de las fuerzas armadas*, Serie de Investigaciones, N° 11, 1996.

¹¹ Paul Drake "Requiem for Populism?" en Michael Conniff (Editor) *Latin American Populism in Comparative Perspective* (New Mexico Press:1982). En los populismos "tempranos" incluye también a Arturo Alessandri y en los "clásicos" a Marmaduke Grove. Los populismos "clásicos" son aquellos de los años treinta y cuarenta que movilizaron amplias franjas urbanas; y los "tardíos", corresponderían a los de los años setenta, en el desfase entre industrialización y demanda social, los cuales fueron proscritos por los militares.

del ideal liberal del cual formaba parte. Precisamente, el fracaso de Alessandri de realizar las reformas dentro de los límites del Estado liberal fue lo que abrió paso a la emergencia del general Ibáñez quien las haría rompiendo con él y dentro de un marco nacionalista y populista¹².

El general Carlos Ibáñez ha sido historiográficamente una figura conflictiva. Para unos, su gobierno fue una dictadura que buscaba afianzar los intereses del capital nacional y foráneo; para otros, tuvo algunos rasgos corporativos, mientras para otros fue una variante bismarckiana¹³. Se ha evitado aplicarle el mote de populista por la ausencia de movilización social y la falta de rasgos carismáticos. Sin embargo, si enfatizamos la precisión que este artículo da al populismo y las observaciones anteriores, es posible incluirlo dentro de los precursores.

Desde la óptica del discurso antioligárquico y anti-partidos, del fenómeno de liderazgo, de las alianzas de clase establecidas y de las transformaciones del Estado, Ibáñez puede ser catalogado como populista. En primer lugar, Ibáñez fue quien maduró el discurso antioligárquico y anti *statu quo* ya desarrollado por Alessandri, pero sobre todo mostró una clara decisión de llevar esa confrontación hasta el punto de realizar los cambios institucionales considerados urgentes y que a la postre derivaron en un Estado diferente al oligárquico. Como debe recordarse, fue quien aplicó sanciones tanto a exponentes de la elite como de los obreros más politizados, lo que se ha denominado "el termocautiverio hacia arriba y hacia abajo". Sus diatribas en contra de los partidos políticos no se limitaron a denunciar a la "canalla dorada", sino que asumieron un carácter disolvente al atravesar todo el espectro político en el cual encontraba adherentes, adoptando en algunos casos medidas de represión en su contra. Más aún, los partidos si bien pudieron subsistir perdieron toda autonomía. Esta situación fue muy similar a la de Argentina durante los años cuarenta (la "fiesta") bajo Perón, un populista clásico y paradigmático, quien también intentó encuadrar a los partidos sin destruirlos totalmente. Si bien en el caso de Ibáñez no hubo reemplazo de los partidos por corporaciones —salvo el caso de la CRAC, pero nunca alcanzó un status hegemónico (lo cual no significa que la intención estuviera ausente del todo)—, los partidos fueron subordinados instrumentalmente o adhirieron a su persona, provocando rupturas en las colectividades partidarias como ocurrió en el radicalismo o los demócratas.

En el plano del liderazgo, los partidos dejaron de ser los mediadores de los intereses sociales: las reformas económicas fueron diseñadas por colaboradores de Ibáñez, quienes eran en general ajenos a los partidos tanto tradicionales como obreros o, de lo contrario, eran parte de la generación más rebelde del radicalismo o de los demócratas y, principalmente, ibañistas. La relación con los trabajadores y las reformas sociales tampoco fueron mediadas por los partidos, sino por el mismo Ibáñez o sus colaboradores en el aparato estatal, funcionarios fieles al entonces general-Presidente. El personalismo ibañista y el apoyo real que sus-

¹² Ernesto Laclau, *op. cit.* Sobre el populismo de Alessandri, Verónica Valdivia O. de Z. "Yo, el León de Tarapacá. Arturo Alessandri Palma 1915-1932", *Historia*, N° 32, 1999, págs. 485-551.

¹³ Hernán Ramírez Necochea *El Partido Comunista de Chile* (Stgo.:1985), Mario Góngora *op. cit.*, Paul Drake "Corporatism and Functionalism...".

citó entre los trabajadores, sectores de las capas medias y exponentes de la "cúspide social" fue más amplio del generalmente aceptado. La observación de que el populismo tiende a relacionarse más bien con masas desestructuradas que obreros organizados, ya ha sido superada como se ha demostrado para la relación de Perón con los trabajadores argentinos y la Central Sindical como lo es también en el caso de Alessandri e Ibáñez¹⁴.

Por otra parte, el discurso ibañista resumió las contradicciones sociales con la dominación, en tanto atendió a las demandas de los obreros —he ahí el énfasis en la aplicación estricta de la legislación social—, de las capas medias —a las cuales favoreció con empleo, con participación en la remodelación del aparato estatal, atenuando para siempre sus rasgos oligárquicos—, como de la naciente burguesía industrial que hasta entonces no había logrado acceso a las altas esferas —he ahí la política en favor del desarrollo industrial. Es cierto que bajo su mandato el capital foráneo —especialmente el norteamericano— penetró profundamente la estructura económica del país, relativizando el nacionalismo antiimperialista, propio del populismo. Sin embargo, debe considerarse que en ninguna experiencia clásica la presencia del capital foráneo ha desaparecido del todo, sino sólo en las áreas más llamativas o susceptibles de explotarse con propaganda, tal como los ferrocarriles ingleses en Argentina. No debe olvidarse que el populismo requiere de un período de bonanza económica para redistribuir y alcanzar el progreso económico, otro de los puntales de la política populista. En consecuencia, si bien Ibáñez abrió el país al capital norteamericano, éste permitió —junto con el alza de las exportaciones salitreras— el cumplimiento de las leyes sociales y colocar los pilares del ulterior desarrollo industrial. Lo que habría de llamarse con posterioridad "Estado Benefactor" fue diseñado bajo la mano de Ibáñez.

En suma, Ibáñez rehízo la alianza del bloque en el poder, debilitando el carácter oligárquico del orden establecido; puso los pilares del modelo de acumulación de industrialización por sustitución de importaciones y formalizó la integración de los marginados urbanos. En pocas palabras, llevó a cabo un proceso de democratización, propio de los populismos tempranos.

Si el apelativo populista puede ser aplicado a Ibáñez, ¿es válido hacerlo a las "fuerzas armadas chilenas" y hablar de populismo militar? Sin duda, en ninguno de los casos de populismo más clásico, las fuerzas armadas, como instituciones, involucraron a todos los oficiales, salvo tal vez el nasserismo. Debe recordarse el fraccionamiento que produjo el peronismo en las filas castrenses argentinas o la figura de Vargas en Brasil. En ese sentido, no puede hablarse de las instituciones como conjunto, pero sí de sectores significativos dentro de ellas, como ocurrió en los casos mencionados. De acuerdo a esto, sí podría hablarse de populismo militar en el caso chileno. Parte de la fuerza de Ibáñez en los años veinte provenía precisamente de su liderazgo al interior de la oficialidad, tanto del ejército como de la

¹⁴ Para el caso chileno, Jorge Rojas, *op. cit.*; Verónica Valdivia O. de Z. "Mi querida chusma": Los trabajadores nortinos y Arturo Alessandri Palma", en coautoría con Julio Pinto J. *¿Revolución proletaria o querida chusma?* (inédito). Para el argentino, M. Murmis y J.C. Portantiero *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Siglo XXI: 1971); Daniel James *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976* (Eudeba: 1998).

Armada y más tarde de la Aviación. Oficiales como el teniente Alejandro Lazo, Oscar Fenner, los marinos Calixto Rogers, Enrique Spoerer; el mismo Marmaduke Grove en un comienzo; y posteriormente Arturo Merino Benítez, entre otros. Como ha sostenido el politólogo Frederick Nunn, una de las primeras tareas de Ibáñez fue consolidarse al interior de las fuerzas armadas, de modo que en 1925 era su líder no sólo corporativo sino también político. La oficialidad que acompañó a Ibáñez durante su gobierno correspondió a una generación castrense imbuida de afanes mesiánicos, destinada a extirpar la "gangrena" y construir un "Chile Nuevo"¹⁵. La lealtad al símbolo de esa causa quedó absolutamente de manifiesto en julio de 1931 cuando la Depresión lo obligó a renunciar al gobierno; momento en que las fuerzas armadas se mantuvieron monolíticamente fieles a su liderazgo, sin que defeccionara una sola unidad. En esa óptica, puede hablarse de una oficialidad ibañista, tal como hubo una peronista.

La caída de Ibáñez en 1931 no significó la derrota total de su proyecto rearticulador de la legitimidad político-social, de la dominación, sino sólo un retroceso momentáneo. Los sectores sociales que tomaron el poder a su caída —antigua elite más capas medias altas— intentaron desarmar las reformas que a nivel social y económico habían sido hechas durante los años anteriores. Los primeros impulsos del gobierno provisional de Manuel Trucco fueron erradicar toda ingerencia económica del Estado y disminuir el gasto fiscal, a los cuales responsabilizaban del descalabro producido. A poco andar, sin embargo, comprendieron que seguir por ese camino sólo ahondaba la crisis y agudizaba las contradicciones sociales, comenzando a adoptar medidas heterodoxas que tendieron a consolidar el rol regulador y estimulador del Estado en esas materias. Al contrario de sus pretensiones, atrasar el reloj del tiempo iba a resultar más complicado de lo que habían imaginado. En el terreno social, por su parte, los intentos de sectores oligárquicos en el Congreso y de industriales vinculados a la SOFOFA por desconocer la legislación social y suspender su vigencia, se encontraron con la fuerte resistencia de una masa de cesantes que bordeaba en noviembre de 1931 los doscientos mil trabajadores y que exigieron insistentemente al Estado cumplir la función protectora y reguladora de los derechos obreros que había estado cumpliendo desde 1925 y particularmente desde 1927. La tenaz oposición a este intento presentada por los parlamentarios ibañistas en el Congreso Termal y su ingerencia en los informes preparados por la Comisión de Legislación y Trabajo de la Cámara para evitar la suspensión del Código del Trabajo, logró detener tales afanes. Al contrario de lo que esperaba el "civilismo", el Estado no pudo abandonar del todo —aunque disminuyó su nivel— su tarea a favor de los pobres y hubo de seguir manteniendo algunas ollas y albergues. Con todo, sus intentos quedaron plenamente de manifiesto y es lo que explica en parte la alta movilización social del período¹⁶.

Fue contra tales aspiraciones de retroceso que las fuerzas armadas abandonaron nuevamente los cuarteles para reimponer el Estado Benefactor ibañista. El

¹⁵ Frederick Nunn, *op. cit.*

¹⁶ La interpretación de este período está basada en Verónica Valdivia Ortiz de Zárate *La hora de la rebelión. Chile 1931-1932* (inédito).

levantamiento de la marinería en septiembre de 1931 por razones salariales, pretendía impedir una política fiscal injusta que hacía recaer el peso de la crisis en los sectores de menos ingresos –en este caso los bajos escalafones de la Armada–, liberando a los empresarios y políticos tanto de su responsabilidad como de su deber de asumir también los costos. Aunque este movimiento terminó en el fracaso, fue la primera evidencia de la preocupación y efervescencia que bullía en unas filas militares que habían aceptado obedecer la orden de su Comandante en Jefe y no defender su permanencia en el gobierno en julio de 1931. La insistencia, no obstante, de Manuel Trucco como de Juan E. Montero de controlar el gasto social y usar la represión como mecanismo de control sobre las masas movilizadas por la crisis –como también las persecuciones iniciadas contra Ibáñez y los militares involucrados en los sucesos ocurridos desde 1924–, fueron socavando la pasividad militar y favoreciendo el impacto de los llamados que estaban haciendo algunos oficiales para volver a intervenir. Una pléyade de oficiales ibañistas, tanto en servicio activo como en retiro, se propuso evitar lo que ellos percibían como la reimposición del orden oligárquico existente hasta 1924 y devolver el poder al general Ibáñez en exilio en Argentina. Como se quejaba amargamente el general (R) Renato Valdés: “A Ibáñez tenía que ocurrirle lo mismo que a Balmaceda y Alessandri que han sido los mandatarios que se han aventurado a servir a los elementos populares, atropellando valientemente los intereses de una oligarquía torpe y egoísta. Los conservadores, se han vuelto a apoderar de las riendas del gobierno y son capaces de aliarse con el demonio para defender sus intereses de clase... se pretende retrotraer el país en materia de ideales políticos y de procedimiento administrativo a la época anterior a 1924, y quizás a 1914”¹⁷. Encabezados por el coronel Arturo Merino Benítez, los oficiales ibañistas lograron hacia abril de 1932 sumar a su movimiento a todos los comandantes con mando de tropa y contar con el apoyo de gran parte de las fuerzas militares de Santiago. El objetivo de la conspiración, a la cual se adhería una gama de civiles seguidores del caudillo militar, era derrocar al Presidente Montero, restituir a Ibáñez y reconstituir el Estado Benefactor. Aunque la conspiración fue infiltrada por el alessandrismo y más tarde se unió a los complotadores socialistas, el golpe del 4 de junio de 1932 que instauró la República Socialista era, en su núcleo, un golpe ibañista.

La sorpresiva sucesión de acontecimientos a fines de mayo y principios de junio de 1932, impidió a los verdaderos conspiradores militares –el ibañismo– tomar el control del movimiento. La destitución de Marmaduque Grove de su cargo de Comodoro del Aire acusado de estar complotando contra el gobierno monterista, lo convirtió intempestivamente en el líder de la rebelión castrense, anclada en la base aérea de El Bosque. Los temores militares que las persecuciones contra las fuerzas armadas seguirían, como lo probaba la destitución de Grove, llevó a un núcleo de oficiales a solicitar a éste resistir la orden presidencial y liderar un levantamiento contra un gobierno “oligárquico”. Fue esta situación particular la que convirtió a Grove en el símbolo de la lucha contra el elitismo monterista, dando vida al “electrizante” caudillo socialista. Sin embargo, la rebelión sólo podría fructificar si Grove y el núcleo socialista que lo acompañaba (la NAP) negociaba con el

¹⁷ Renato Valdés *Tres cartas con un prólogo y un epílogo* (Stgo.:1932).

ibañismo, puesto que la fuerza real del grovismo en las filas militares alcanzaba a no más de 500 hombres, mientras que el ibañismo contaba con 12.000. La llegada del general Lagos, director de la Escuela de Aplicación de San Bernardo, dio lugar al acuerdo final con el núcleo real del complot militar, lo cual explica la presencia del general Arturo Puga y Carlos Dávila en la Junta de Gobierno¹⁸.

La República Socialista de Grove, pese a su corta duración, fue central en el fortalecimiento del rol social del Estado. Dado que la personificación del movimiento se escapó de las manos de los ibañistas, la República de los Doce Días estuvo teñida de socialismo, pero sobre todo de populismo. A diferencia del populismo ibañista, Grove tenía un magnetismo que atraía a las masas, de modo que pese a no estar en la Junta de Gobierno, el líder del gobierno del 4 de junio era, sin duda, el destituido Comodoro de la Fuerza Aérea. Desde la perspectiva del liderazgo, no hay dudas de que Grove puede ser catalogado, como lo ha sido, de populista. En el ámbito del antagonismo a la dominación oligárquica, exacerbó el discurso en contra de una oligarquía indiferente a la miseria del pueblo, el cual fue convocado en grandes manifestaciones públicas para expresar su comunión con el nuevo gobierno y, sobre todo, con el símbolo de él. Con la República, el Estado afianzó aún más su alianza con las capas subalternas —medias y obreras, las que tuvieron acceso directo a las altas esferas, aunque ello no implicó el desconocimiento al derecho de propiedad. Como ha afirmado Drake, el primer gobierno socialista de Chile puso más énfasis en la redistribución que en la expropiación. No obstante, lo más significativo de la época de Grove fue la confirmación del compromiso del Estado con el pueblo y su función protectora y reguladora de las relaciones laborales. Durante esos Doce Días el gobierno volvió a hacerse cargo de la manutención de los cesantes a través de las ollas del pobre y los albergues fiscales; a la vez que solucionó el endeudamiento de los desocupados con la Caja de Crédito Popular al ordenar la devolución de maquinarias e implementos de trabajo; entregó tierras a través de los planes de colonización; reguló la acción de la Oficina de Control de Cambio, favoreciendo la entrega de divisas a comerciantes medianos para asegurar la importación de bienes de consumo esencial; reafirmó la vigencia de las leyes sociales, obligando a los empresarios a su cumplimiento y creó el Ministerio del Trabajo. En pocas palabras, restableció el Estado ibañista, pero acentuó su carácter popular. La ausencia de políticas represivas en contra de los comunistas debilitó la adhesión pasiva de la oficialidad militar, cuyo anticomunismo fue usado por los ibañistas para derribar la República el 16 de junio¹⁹.

A pesar de que Carlos Dávila (ibañista) mantuvo el nombre de socialista, su gobierno no tenía ese carácter, fue el triunfo de los verdaderos instigadores militares. Dávila dirigió una oleada de arrestos contra la izquierda marxista y las muchedumbres en las calles, satisfaciendo los afanes de orden de los oficiales, pero mantuvo el Estado Benefactor y acentuó su capacidad de gestión. Bajo su administración, el gasto fiscal se expandió y fue decretada la creación del Comisariato de Subsistencia y Precios que neutralizó el acaparamiento de pro-

¹⁸ Carlos Charlín *Del Avión Rojo a la República Socialista* (Quimantú:1971).

¹⁹ Verónica Valdívía O. de Z. *La hora de la rebelión*.

ductos y las tendencias alcistas de los comerciantes. La atribución estatal de intervenir y requisar empresas que pusieran en peligro el abastecimiento de la población aseguró su función intervencionista. Aunque Dávila fue derrocado, el decreto del Comisariato se mantuvo vigente legalmente hasta muy avanzado el siglo xx.

La llegada de un nuevo gobierno militar a la cabeza del general ibañista Bartolomé Blanche en septiembre de 1932 puso fin a esta etapa de participación política militar, quienes volvieron a sus cuarteles. La retirada a las funciones profesionales se relacionó tanto con el consenso social en torno al Estado Benefactor, como con el cansancio castrense por ocho años de deliberación. En relación a lo primero, la turbulencia política vivida desde 1920 se había debido en una importante medida a la ausencia de un acuerdo respecto a las reformas que el país necesitaba para estabilizar la economía, adecuar el sistema político a la nueva estructura social e incorporar a los sectores antes marginados. Tal discrepancia convirtió a los militares en los resolutores del conflicto. Los ocho años de "militarismo", no obstante, y especialmente la experiencia de la República Socialista de Grove, convencieron a la oligarquía que el Estado Benefactor protegía sus intereses en lugar de amenazarlos²⁰. La izquierda marxista y anarquista más refractaria a la institucionalización del conflicto social, por su parte, aquilató su debilidad en el movimiento obrero y el potencial de las leyes sociales en medio de la Depresión. Hacia 1933, los comunistas iniciaban su recorrido hacia la estrategia frentepopulista. En pocas palabras, al momento del regreso de Arturo Alessandri al poder en 1932 ya nadie deseaba borrar el Código del Trabajo –aunque el período alessandrista fue bastante restrictivo– ni dudaba de cierta intervención económica del Estado, la cual fue incrementada y el camino a la industrialización sustitutiva se abrió paso. El profesionalismo militar se nutrió significativamente de esta reacomodación del bloque dominante: un Estado que expresaba una nueva alianza de clases, la cual se materializaría en 1938.

El cansancio militar, por otra parte, fue fundamental para el regreso a los cuarteles. La joven oficialidad había incurrido en la arena política para acabar con la "gangrena" que corroía la vida nacional, pero había tenido un costo corporativo percibido como muy alto. La ruptura de la verticalidad del mando que había sido necesaria para dar vida al nuevo Estado, destituyendo al Alto Mando oligárquico, dio paso al quiebre total de la disciplina y del espíritu de cuerpo luego de la salida de Ibáñez, el único que había mostrado capacidad para mantener la unidad institucional. Mantener el activismo político amenazaba la existencia de la corporación. La República Socialista, asimismo, socavó la proclividad a seguir adhiriendo a experimentos que ponían en peligro los principios castrenses; aunque el gobierno de Grove no fue realmente socialista, fue identificado por los oficiales como una penetración de tendencias antagónicas a su cosmovisión y a su nacionalismo. El retiro de la política era un imperativo. Por último, la emergencia de caudillos militares nuevos, del cual Grove fue el más importante, atemorizó a la oficialidad; el fenómeno de Ibáñez no había sido una excepción, podía convertirse en la regla.

²⁰ Verónica Valdivia O. de Z. "Democracia, Fuerzas armadas y Estado", en Mario Garcés *et. al.* *Memoria para un nuevo siglo* (LOM, 2000).

En adelante, las fuerzas armadas darían preferencia a lo institucional y tenderían a alejarse de los caudillismos²¹.

En ese sentido, el arrastre que Ibáñez logró tener en las filas militares durante los años anteriores –y que podría ser calificado como “ibañismo”– se debilitó, en tanto fuerza personalista. Los oficiales quedaron a merced de un civilismo apasionadamente antimilitar en 1932, del cual responsabilizaron en gran medida a Ibáñez, dada su intransable voluntad de cambio, que lo llevó a enfrentarse a los sectores dirigentes. Al final de esa etapa mesiánica los oficiales que permanecieron en sus puestos soportaron durante años el peso de las represalias gubernamentales y la estricta disciplina impuesta por los comandantes en Jefe. La intervención en política había traído sólo desprecio, rebajas presupuestarias y desvalorización social. En el futuro, una nueva aventura política tras un caudillo tendría pocas posibilidades de encontrar eco en el ejército. Luego de la sublevación de la marinería, esto era menos probable en la Armada. Con todo, la influencia de Ibáñez no desapareció del todo: en 1938, con motivo de la elección presidencial, un 75% de la oficialidad del ejército se declaró ibañista²². Desde nuestro punto de vista, sobrevivió un “ibañismo” militar que añoraba un gobierno fuerte, eficiente, que despreciaba a los políticos, reivindicaba su aporte al nuevo Chile (aquel que sentó los pilares del progreso y resolvía “civilizada y armónicamente” sus conflictos) y ansiaba recuperar el status alcanzado bajo la mano de Ibáñez, tanto en el plano salarial como de valorización social. Así y paradójicamente, Ibáñez se convirtió en el principal escollo a una nueva oleada de intervencionismo militar en política, pero, al mismo tiempo, su figura era un símbolo de mejores épocas para esas corporaciones. Este rechazo, por un lado, y fidelidad a toda prueba, por otra, suscitada por Ibáñez es lo que explica que institucionalmente no volviera a ser acompañado en sus tentativas golpistas, pero siempre encontrara un sólido núcleo militar dispuesto a secundarlo.

Este “distanciamiento” institucional respecto de Ibáñez, sin embargo, no tuvo su correlato respecto del reacomodo general del sistema. En las décadas siguientes, el papel del Estado en el control y desarrollo de las riquezas estratégicas no fue cuestionado por la oficialidad, como tampoco la participación de los grupos sociales ya integrados en los años veinte. Anticomunismo no es lo mismo que anti-integración social.

Por un lado, las conspiraciones militares de 1939, 1948 y 1952-1956, todas de alguna manera vinculadas al ex general, no buscaban revertir el proceso a 1920 ni tampoco su transformación total. En el caso del primero, se trataba de una respuesta a la política militar de Arturo Alessandri que los condenó a una postración moral y pobreza material, pero también a la presencia de partidos marxistas en el gobierno de Pedro Aguirre Cerda. En otras palabras, el “Ariostazo”

²¹ Frederick Nunn “El profesionalismo militar chileno en el siglo xx: pensamiento y autopercepción de la clase de oficiales hasta 1973”, *Cuadernos del Instituto de Ciencia Política*, N° 3, 1976; y “Militares chilenos: desarrollo institucional, relaciones cívico-militares, consideraciones de política”, *Cuadernos del Instituto de Ciencia Política*, N° 13, 1977.

²² Verónica Valdivia O. de Z. “Nacionalismo, Ibañismo, Fuerzas Armadas. ‘Línea Recta’ y el ocaso del populismo”, *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N° 116, 1997.

se relacionó con el precio a pagar por su anterior activismo político y su tradicional y acentuado anticomunismo. El motín del general Ariosto Herrera no pretendía desmontar el Estado Benefactor-desarrollista, sino sólo limpiarlo de marxistas. Por su parte, el complot contra el presidente Gabriel González Videla –“Patitas de Chanco” de 1948–, tenía orientaciones peronistas. Las principales motivaciones entre la oficialidad comprometida se ligaban al poder de la burocracia y los partidos sobre el Presidente de la República que le impedían solucionar los problemas nacionales más urgentes; entre los suboficiales, los bajos sueldos. De ser derrocado el presidente González, Ibáñez ocuparía su lugar para dar paso a un gobierno de líneas similares a las de la Argentina Justicialista; algo bastante lejano a una controversia acerca del modelo de industrialización o de participación social. Por último, el complot de “Línea Recta” fue de todos el que más se acercó a una experiencia populista más clásica, como su campaña presidencial de 1952. De haber comenzado como un movimiento conspirativo tendiente a asegurar la elección presidencial de Ibáñez en 1952 –nacido como PUMA–, el grupo militar pretendió dotar al ya Presidente del respaldo necesario para hacer las reformas para aceptar la maquinaria estatal creada por el general y “desvirtuada” por los partidos, a juicio ibañista-militar. Ibáñez se apoderó de esta iniciativa de la oficialidad que le era fiel –y de la suboficialidad descontenta por su situación económica– e intentó utilizarla como un arma en su pugna con la oposición. A través de “Línea Recta”, Ibáñez intentó recomponer el movimiento obrero organizado creando una central sindical paralela, ajena a la influencia de comunistas, al tiempo que su ministro de Trabajo –general (R) Eduardo Yáñez, rectista– hacía de enlace entre el Estado y los cientos de obreros en huelga a comienzos de la década de 1950. Es interesante notar que los oficiales comprometidos en el complot entraron en conversaciones con algunos dirigentes de la CUT y del Partido Socialista Popular. Aunque el Partido como tal no estuvo involucrado y rechazó terminantemente la proposición, lo cierto es que al menos un miembro del Comité Central –y otros militantes– estaba en la búsqueda de una alternativa revolucionaria tras la conspiración. “Línea Recta” fue el último intento populista antes del giro momentáneo a la derecha²³. Durante la segunda gestión de Ibáñez, el Estado fue relegitimado como espacio de encuentro de patrones y trabajadores. En esa misma tónica, se ampliaron los beneficios sociales a los obreros y se introdujo el salario mínimo a los campesinos. En suma, a pesar de la venida de la Misión Klein Saks el Estado Benefactor fue reafirmado.

Si retomamos los tres conatos reseñados, es posible percibir que ellos eran adversos al incremento de la influencia partidaria, del crecimiento de la izquierda marxista y del entramamiento que mostraba la maquinaria estatal producto, a juicio militar, de los intereses particulares antes que nacionales. En pocas palabras:

²³ Verónica Valdivia O. de Z. “Nacionalismo, Ibañismo, fuerzas armadas. ‘Línea Recta’ y el ocaso del populismo”, en *Contribuciones*, N° 116, 1997. Sobre el complot de 1948, Mario Valdés “Ruido de Sables. La conspiración contra el presidente Gabriel González Videla”, *Revista de Historia*, N° 7, 1997 y “Conspiración en contra del presidente Gabriel González Videla. La manipulación del descontento económico militar (1948)”, inédito. Sobre el populismo ibañista de 1952, Perla Haimovich “Ibáñez. Ejército y populismo en Chile”, *Historia de América en el siglo XX*, N° 16.

antipartidismo, anticomunismo y ansias de eficiencia gubernativa, además de las cuestiones económicas. Estos rasgos fueron el motor del activismo de comienzos de siglo y no se contraponían en absoluto con la idea de un Estado Benefactor y desarrollista. En suma, los complots eran síntomas de una preocupación por la decadencia corporativa y por el deterioro de las relaciones sociales de producción, cuestión que ellos habían "resuelto" en 1924. Por lo menos hasta finales de la década de 1950, el acuerdo socio-político logrado en los treinta y el rol del Estado en materia económica y social no fue puesto en duda por la oficialidad.

Durante la década del sesenta, la oficialidad fue impactada por los cambios sociales, económicos y políticos del período. Las experiencias de la Revolución en Libertad y de la Unidad Popular no dejaron inmunes los criterios anteriores, a pesar de lo cual no significaron el abandono total de ellos. En el período es posible detectar una bifurcación en la oficialidad —por lo menos en lo relativo al ejército y la fuerza aérea—, entre aquellos que fueron más influidos por el anticomunismo y la guerra fría, inoculada por la Doctrina de Seguridad Nacional, y otra fracción de corte más populista, que se enlazaba con sus congéneres de comienzos de siglo. Aunque es posible establecer esta distinción, ella no era del todo excluyente. Es decir, los oficiales más anticomunistas, no eran automáticamente anti-estadistas. Los populistas eran, igualmente, anticomunistas. Sin embargo, había una cuestión de énfasis que los diferenciaba.

En relación a los primeros —los anticomunistas—, correspondieron a una generación que se enmarcó en el contexto de una posible guerra nuclear y adhirió al constructo teórico de la seguridad nacional, especialmente en lo referido al enemigo interno y el rol de las fuerzas armadas en la mantención de la estabilidad institucional. Más importante que esto, sin embargo, fue su adhesión a los cambios en las estrategias para enfrentar la guerra fría a nivel hemisférico ocurridas a mitad de los años sesenta. Durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva, el énfasis recayó en la función más bien policial-represora que debían cumplir los ejércitos latinoamericanos, en lugar de su rol tradicional de defensor de la soberanía externa. Este cambio alteró la percepción de este grupo de oficiales respecto de la amplitud del sistema político y la participación de partidos de orientación ideológica marxista, derivando a una posición más restrictiva, menos plural y, sobre todo, más proclive a la represión. Esto, en todo caso, no se tradujo en un cuestionamiento al rol del Estado en materia económica e incluso de bienestar social, sino sólo de politización sindical. Durante el gobierno de la Unidad Popular, el anticomunismo se volvió furibundo y preparó el camino para la exaltación del enemigo interno, tema en el cual se focalizó.

Pero existía, simultáneamente, otra segmento militar que igualmente preocupado por la crisis que vivía el país en los años sesenta, se abrió a posturas modernizadoras, de corte desarrollista. Estos oficiales también estaban influidos por la Doctrina de Seguridad Nacional, pero de preferencia en lo relativo al poder nacional. Es decir, al desarrollo de todas las capacidades nacionales para lograr crecimiento económico y la justicia social. Esta fue una generación de oficiales que fue atraída por las expectativas creadas por la Alianza para el Progreso, por lo cual se sumaron entusiastamente a la reforma agraria y a todos los programas de reforma social auspiciados por la Democracia Cristiana. Antes que la represión, estos

oficiales creían en la reforma y en la integración social, como mecanismo de evitar el estallido de la violencia y la desintegración nacional. Su ejemplo fue el general Juan Velasco Alvarado y el protagonismo de las fuerzas armadas peruanas en su revolución nacionalista y anti-imperialista de nuevo cuño. Durante los años de la Unidad Popular, este grupo militar acentuó su mirada hacia experiencias de integración regional, nacionalistas y desarrollistas, como fue el caso de Gammal Abdel Nasser en Egipto²⁴. Para este grupo de oficiales, la represión no era el mecanismo para lograr la paz social y el desarrollo, sino la reforma económica y social que neutralizaría la amenaza marxista. Evolución antes que revolución.

En suma, al momento del golpe de Estado de 1973 la oficialidad militar chilena no estaba, en su totalidad, deseosa de concentrarse en la represión como fórmula única de enfrentar la amenaza marxista. Había sectores significativos de ella que aún percibían la justicia social y el rol del Estado como herramientas válidas y preferibles para mantener la cohesión social y neutralizar los peligros de radicalización política. En ellos, la sombra de los jóvenes oficiales del "Ruido de Sables" aun estaba cerca. Prueba de ello la darían en los meses y años siguientes al golpe los generales Oscar Bonilla y Gustavo Leigh Guzmán, entre otros. El cómo estos oficiales, y las opciones que representaban, fueron derrotados, es otra historia.

²⁴ La parte de los años sesenta está extraído de mi artículo "Fuerzas armadas y política. Los jóvenes oficiales de los años sesenta: 1960-1973", inédito.

FELIÚ CRUZ: EL MAGISTERIO DE LA HISTORIA

Sergio Villalobos R.

Año 1950. El Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile iniciaba sus actividades en su nuevo local, en la avenida Macul. Sobrios edificios de ladrillo, semicubiertos de hiedra y en medio de un parque bien arreglado, acogían a las antiguas promociones y a la nueva, en la que me había enrolado con ánimo decidido e ilusiones que no disimulaba.

Llegué un poco atrasado al curso de Historia de Chile de don Guillermo Feliú Cruz, que se iniciaba religiosamente a las 8:30. Había más de cien alumnos, ordenados y respetuosos, que escuchaban a don Guillermo mientras daba instrucciones con palabras terminantes sobre la materia y el método de trabajo. Ahí estaba, la calva reluciente, alto, cargado de espaldas por el trabajo sin tregua de la vida intelectual, corbata negra de mariposa y vestimenta gris oscura que jamás le abandonaba. Su voz era desapacible y adquiría un tono algo subido cuando dictaminaba, sentenciaba y sacramentaba respecto de cualquier asunto. Si la materia era transcendente, no había forma de interponer un recurso hasta pasado un momento.

Manejaba el curso a su amañó y había respeto por su figura. Todos sabían que era un gran historiador, hombre influyente y caballero al antiguo estilo. Parecía convencer con su sola presencia.

Hasta ese momento no lo había conocido en persona ni en imagen y si me había inscrito en su curso era porque alguna vez había tropezado con una de sus obras, y más que nada, porque había seguido en la prensa una descomunal polémica suya, en varios capítulos, con un descendiente de Carrera, quien sostenía que el prócer había sido el fundador del Instituto Nacional. Las razones y el lenguaje del historiador me habían parecido abrumadores y deseaba conocerlo en el tratamiento sistemático de nuestro pasado.

Tuve la fantasía, además, de tomar con él un curso relativo al Descubrimiento y Conquista de América, desafiando la opinión de mis compañeros, que aseguraban que el peso de las lecturas y obligaciones terminaría aplastándome. Dos o tres condiscípulos intentamos la aventura y al final salimos airoso, a costa de dar muy poca atención a los otros ramos. En verdad, era fama que los cursos de Feliú Cruz eran los de exigencia más alta.

La audacia terminó por darme acceso a don Guillermo, a quien debió llamarle la atención encontrarme en sus dos cursos. Un día, mientras se paseaba dictando su segunda clase, se detuvo frente a mi asiento en la primera fila y dejó en suspenso una frase para que yo la terminara :

— Debido a las reclamaciones contra Colón, después de su tercer viaje, la Corte envió a un comisionado real...

— Francisco de Bobadilla —respondí con voz escasa.

Desde ese momento, don Guillermo me abrió las puertas de su saber y su bondad, en un vínculo que no concluyó hasta su fallecimiento.

Quizás no concluye aún.

Nació don Guillermo Feliú en la ciudad de Talca el 3 de mayo de 1900. En su familia confluían el ancestro catalán traído al país, a fines del siglo XVIII por el ingeniero militar Ramón Olaguer Feliú, que llegó a ser uno de los jefes de mayor grado en Chile, y la sangre genovesa de Juan della Croce, también militar, que avicinado en Talca formó una familia de destacados personajes. Identificado con la vida del país, Della Croce tradujo su apellido por Cruz.

El padre de don Guillermo fue don Guillermo Feliú Gana, y su madre doña Blanca Cruz Vergara. El progenitor fue hombre de carácter y activo, que en la Talca agrícola y adormecida de la segunda mitad del siglo XIX, no alterada más que por el pitazo y las campanas de los trenes del norte y del sur, expresaba su inquietud de diversas maneras. Aún no salía del Liceo, cuando echó a andar el periódico *Lircay*, de juvenil acento radical, donde esgrimía las armas contra el pensamiento y los intereses conservadores y el poder de la Iglesia. Pocos años después, Feliú Gana asumió la dirección del diario *La Opinión*, también publicado en Talca y de mayor importancia que el anterior. En él dio a la luz varios artículos sobre episodios y costumbres históricas de la localidad. Cuando estalló la Guerra del Pacífico formó un comité para reunir hombres y dinero, y escribió un drama patriótico que alcanzó cerca de doscientas representaciones en el rosario de ciudades de Rancagua a Concepción. Otro mérito suyo fue la creación de la Liga de Estudiantes Pobres.

Inscrito en la carrera judicial, Feliú Gana se desempeñó como juez en Talca y había sido elevado a la categoría de ministro de la Corte de Apelaciones, cuando le sorprendió la muerte. La familia se trasladó a Santiago y su vida transcurrió en medio de importantes vínculos con las familias más destacadas de Talca y otros lazos en Santiago; pero la mejor herencia que el padre dejó a los suyos no estuvo constituida por la situación social ni grandes bienes económicos, sino la rectitud moral, el esfuerzo a favor de la sociedad y la inquietud intelectual.

Don Guillermo Feliú Cruz recibió esos bienes espirituales, que amasó con energía indomable. En los muchos años que lo traté, fuera de algunos comentarios aislados, nunca le escuché explayarse en antecedentes familiares ni en grandezas pasadas. Su sentimiento y su ánimo estaban marcados por el sentido de la igualdad, la libertad, el servicio público y la vivencia de la democracia.

El joven Feliú hizo sus estudios en el Instituto Nacional, hasta que su absoluto desapego de los ramos de ciencias naturales y de aquellos que operan con números, provocó su expulsión. Fue a dar entonces al Liceo de Aplicación sin haber escarmentado de ninguna manera. Afortunadamente tuvo el apoyo y encubrimiento de un maestro notable, el propio rector del establecimiento, don Julio Montebruno, que admirado de la dedicación del niño a las humanidades, influyó con razones y sinrazones ante los profesores de ciencias para que cambiasen el mal talante de sus rostros... y de sus notas.

Montebruno era figura prócer de la enseñanza, hombre bondadoso y de cultura elevada, que apoyó las inquietudes intelectuales de su discípulo.

Pero un día el maestro debió alejarse para asumir la dirección del Instituto Pedagógico y el joven liceano sintió la orfandad intelectual. Se aferró más que nunca a sus lecturas y a su curiosidad, intensificando sus visitas a la Biblioteca Nacional y dejando en el abandono los estudios, hasta determinar no proseguirlos cuando ya estaba en el sexto año de humanidades.

Fue una ruptura liberadora, que permitió pasar las horas y los días en medio de los anaqueles y el olor terroso de los libros. Apareció en esas circunstancias un nuevo espíritu tutelar: alto, corpulento, de mirada apacible, tras unos anteojos de grosor desusado. Era don Enrique Matta Vial, miembro de gran familia y con extensas vinculaciones oficiales, aunque nada revelaba su categoría.

Dedicado por completo al estudio y las funciones administrativas, poseía una cultura tan extensa como profunda, y conocía la historia del país en forma erudita. En su cabeza estaban estructurados todos los temas de nuestro pasado y, como me contó don Guillermo en una ocasión, tenía concebidos libros cabales sobre esos temas. Por esa razón, sin pretensiones personales, traspasaba sus conocimientos a investigadores menos expertos y hubo publicaciones muy endeudadas con su ayuda. Matta Vial no entregó a las letras de molde muchos trabajos; fue mas bien un impulsor de las investigaciones históricas.

Feliú Cruz reconoció haber recibido su influencia: "Le debo lo que soy, absolutamente toda mi formación intelectual y mucha parte de las condiciones morales que hacen mi carácter. Es esta una confesión solemne manifestada a la altura de los años que cargo, es decir, a los setenta y dos".

Junto a Matta Vial los pasos fueron seguros. Comenzó en escalones muy bajos, que por su juventud y ser autodidacta los estimó como grandes honores: secretario de la Sección de Historia de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, funcionario de la Biblioteca del Instituto Nacional, que le pareció una reivindicación triunfal, y segundo jefe del Museo Histórico Nacional.

En 1922 fallece Matta Vial y un nuevo personaje, José Toribio Medina, surge como guía seguro y mentor. El célebre estudioso de la historia y bibliografía contaba ya con más de sesenta años y tenía a su haber más de trescientas publicaciones de rango muy variado. La erudición y no el aporte personal más elaborado, caracteriza a la obra de Medina y también la edición de crónicas y documentos en vasta escala. Agreguemos sus aportes a la bibliografía y la imprenta de América, Chile y Filipinas y materias conexas, que suman treinta y cinco títulos con cincuenta y un volúmenes. No menciono otras áreas del saber, que hacen de Medina un polígrafo de amplio campo temático.

El ejemplo de tal investigador resultaba abrumador y desde el momento en que el encuentro en la Biblioteca Nacional dejó entrever una pequeña claridad, Feliú Cruz se sintió fascinado por aquel personaje. Pero Medina no era un hombre de fácil acceso. Bajo su aspecto desmedrado se encerraba el orgullo por su obra, reconocida en círculos intelectuales del extranjero, y recibía con desconfianza a quienes se le acercaban, acaso por mirarlos en menos o por temor a malgastar su tiempo. Solamente con cautela y después de haber observado la dedicación del joven en las salas de la antigua Biblioteca Nacional, Medina le abrió las puertas de su hogar y biblioteca, en una vieja casa de fachada continua en la calle 12 de febrero. Allí actuaba con amabilidad la esposa del erudito, doña

Mercedes Ibañez Rondizzoni, formada en hogar patricio, que facilitó la aproximación definitiva.

Desde ese momento, don Guillermo Feliú se transformó en colaborador decidido de los trabajos de Medina y acentuó la confianza en su propia obra.

Fue admirador incondicional del viejo historiador, procuró seguir sus pasos en el método erudito y la contracción obsesiva al trabajo, hasta convertirse en el sumo sacerdote del culto medinense.

Estimaba que Medina era el más grande de los historiadores chilenos, por las dimensiones de su obra, la búsqueda y la exégesis de las fuentes y el aporte detallado de la información. Muchos años mas tarde, Feliú escribiría que las obras de Medina mostraban: "la decisión de proceder solamente dentro de los hechos, agrupándoles, discutiéndoles, perfeccionándoles y corrigiéndoles.

"Trabajó con datos y excluyó las generalizaciones; empleó el análisis como en las ciencias químicas; ordenó los acontecimientos de sus investigaciones sin querer desprender lecciones.

"La validez de su obra gigantesca está, precisamente, en este riguroso sistema de trabajo. Por eso sobrevivirá".

Esa era la visión positivista de la historia, heredada del siglo XIX. Posteriormente, la adoración por el hecho ha cedido frente al pensamiento que busca la interpretación de las grandes tendencias que operan en la sociedad y la arrastran de cambio en cambio. Cierta grado de abstracción y generalidad, conectado con planos teóricos, busca la explicación de fenómenos mayores. El dato queda inerte sin el vuelo creador del pensamiento.

La dicotomía, sin embargo, no es tan profunda como parece. El estudio de los hechos concretos es base ineludible para construir la historia interpretativa y ésta no es más que una deformación cuando se la elabora sin la base positiva de los hechos.

Tenían razón Medina y Feliú Cruz al afirmar que la exposición simple y llana está destinada a sobrevivir; pero a la vez hay que considerar que es utilizada por los intérpretes de la historia, que ensayan explicaciones del acontecer, le dan vida y lo difunden a sectores amplios de la sociedad. Sólo de esa manera, la historia es experiencia y explicación de los grandes fenómenos y se posibilita su inserción en el pensamiento discursivo.

Siempre he creído que quienes se atenían exclusivamente a los hechos, lo hacían solo por inclinación personal, sin ningún planteamiento teórico, y que, después de todo, reconocían que la masa de conocimientos positivos desembocaba o desembocaría en los grandes cuadros interpretativos.

Don Guillermo me reveló en alguna ocasión que Medina, años después de haber publicado su erudita y completa obra sobre Magallanes, apoyado en gruesa base documental, sintió una decepción íntima al leer el *Magallanes* de Stefan Zweig y comprobar la belleza del estilo y las sugerencias del autor. El escritor austriaco había empleado en forma brillante las investigaciones por él realizadas tan laboriosamente. Al fin ¿quién se alzaba con el éxito? ¿quién llegaba a todo el público? ¿quién realmente influía con el trabajo intelectual?

La admiración sin límites de don Guillermo por Medina, tenía su causa en la erudición y la inmensidad de su obra. Me lo recalco innumerables veces en nues-

tro quehacer tan cercano en las clases universitarias y en las investigaciones. La verdad es que no era necesario convencerme del valor de la obra del famoso polígrafo y acaso por espíritu de contradicción o por ciertas dudas que me asaltaban, le comenté a don Guillermo en tono de pregunta, para que la blasfemia pasase más suave, si no era excesivo el aparato erudito de Medina, y que en sus libros faltaba el pensamiento creador. Reflexionó algunos segundos y, para sorpresa mía, en lugar de un vendabal escuché consideraciones apacibles y breves, sobre el esfuerzo ineludible para esclarecer los hechos antes de intentar la interpretación. En el fondo, él estaba de acuerdo y después de un silencio, con desgano y picardía sutil, agregó: a los jóvenes les corresponderá trazar las interpretaciones notables...

A pesar de la ironía, que me sonó a reproche, me sentí en terreno seguro y apesté ahora, como resuelta opinión, que no era Medina el gran historiador de Chile, sino Barros Arana. Esa era una disyuntiva esencial y muy difícil para él, que reconocía en la *Historia general de Chile* una obra magistral por la amplitud del conocimiento, la claridad del plan y la honestidad de la investigación.

Sus palabras se aceleraron y con énfasis señaló la dimensión continental del trabajo de Medina.

— Pero Barros Arana es más nuestro y su influencia en el ser chileno ha sido decisiva —comenté por mi parte.

— ¡ Ah sí! No hay duda —y no habló más.

En este juego de esgrima había dado varias lecciones académicas y con su ejemplo una de ética intelectual: no empecinarse en posiciones rígidas, sino estar siempre abierto a las ideas de otros.

Formado en las primeras décadas del siglo xx y al contacto con los historiadores ya mencionados, Feliú recibió la herencia ideológica del liberalismo y el método histórico del positivismo. Admiraba a Miguel Luis Amunátegui, a Diego Barros Arana y a Benjamín Vicuña Mackenna, fuera de los guías ideológicos José Victorino Lastarria y Valentín Letelier. En Amunátegui apreciaba su cultura, la claridad de su pensamiento y la elevación de su espíritu en la lucha política.

La influencia de todos esos personajes, conocidos únicamente por sus libros y el recuerdo histórico de sus acciones, más la tutoría de Matta Vial y Medina, conformaron el método y la visión de Feliú Cruz al abordar el pasado nacional. No cabe duda que fue receptor de la gran tradición historiográfica chilena, aquella que Barros Arana representaba mejor que nadie, y que la traspasó al siglo xx junto con Domingo Amunátegui Solar y Ricardo Donoso. Es la línea de los clásicos, que estructuraron el conocimiento fundamental de nuestra historia.

Feliú tenía las concepciones de los viejos historiadores chilenos; pero en el fondo de su pensamiento le inquietaba la ausencia de la interpretación y vivió así entre la seguridad del simple relato, la historia *ad narrandum* y la historia *ad probandum*, que interpreta el pasado en función de hipótesis y teorías. Esa inquietud creció a veces como una llamarada, para luego desvanecerse.

Después de tanto respetar el método positivo de la tradición, en 1934 lanzó un grito de rebeldía, valiéndose de un escrito tan breve como enjundioso. Fue la introducción que con el título de *Barros Arana y el método analítico de la historia* incluyó en *Orígenes de Chile*, conjunto de capítulos extraídos de la *Historia general* de dicho autor.

Feliú tenía entonces treinta y cuatro años, una edad en que se es y no se es y por ello probablemente se desprendió de la matriz en que se había formado. ¿Atrás quedaban los maestros señeros? ¿Intentaba marcar su autonomía?

El hecho es que estampó juicios muy desenvueltos, que ponían en duda el gran magisterio de Bello y Barros Arana, pues en el prurito de analizar y dar vueltas a los hechos, sin mirar al horizonte, habían apartado al chileno del pensamiento especulativo, achatando la orientación cultural de la nación.

Presa de una exaltación íntima, escribió párrafos terminantes: "Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se ha educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho, al fin, un pueblo de tales o cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales, porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado.

"¿Hasta dónde debemos agradecer a Bello su enseñanza? ¿Hasta dónde a Barros Arana? He aquí una interrogante audaz. En cierto sentido nos hicieron más mal que bien. Al hacernos despreciar la filosofía, nos apartaron del movimiento cultural del mundo".

Prosigue más adelante con una frase concluyente: "Uno quisiera proclamar el fracaso rotundo de los historiadores chilenos como maestros y orientadores de la cultura histórica". Inflamándose con atisbos literarios, agregó todavía que la historiografía del país había sido "hecha por sabios, escrita para sabios, para individuos especializados. Trabajada por eruditos, los volúmenes fueron amontonándose en las bibliotecas para solaz de ratones de biblioteca".

Una crítica tan resuelta fue coincidente con aquél su propio escrito, porque no se atuvo a un estudio descarnado del método de Barros Arana, sino que lo proyectó, en una elucubración muy fina, en el panorama total de nuestra cultura.

Cabalmente había hecho una interpretación.

Feliú Cruz había dado de lleno en un problema de nuestra historiografía; aunque podían formularse críticas de algún peso, como de hecho se le formularon, pero quedaba en pie su posición innovadora, que a ojos de hoy parece plenamente razonable.

Después de aquel golpe de audacia, sus obras no cambian radicalmente, como si el temor se hubiese apoderado de él, a causa de las críticas o porque le pareciese más segura la historia descriptiva. Siempre pensaba que la acumulación de datos garantizados por la exégesis documental, aseguraba la permanencia de las obras, mientras que las interpretaciones, por brillantes que fuesen, estaban sujetas al deterioro del tiempo. Así parecían probarlo *La fronda aristocrática* de Alberto Edwards, la *Historia de Chile* de Encina, las obras de carácter hispanista y conservador de Jaime Eyzaguirre y las armazones marxistas de Hernán Ramírez. En cambio, seguían incólumes los trabajos de Barros Arana, Medina, Sotomayor Valdés, Gonzalo Bulnes, Tomás Thayer Ojeda, Crescente Errázuriz y Amunátegui Solar.

Había cierta contradicción en su pensamiento, que nunca resolvió, porque de vez en cuando aparecían en sus publicaciones, en forma clara o furtiva, los rasgos de la interpretación. En sus mismas clases, cuando se enardecía con su propio pensamiento, lanzaba ideas panorámicas de génesis, proyección y síntesis de los hechos.

Desde otro ángulo, que trajo el correr del tiempo, la teoría y la visión de la historia se transformaron profundamente, en primer lugar por el desarrollo de la antropología, la economía y la sociología; en segundo lugar, por el avance de las tendencias estatistas y populares en el plano ideológico y en la política concreta; y, finalmente, por la irrupción del estructuralismo y la llamada escuela de los *Annales* cobijada en la Sorbonne.

En la década de 1950, todos esos factores influían de uno u otro modo en las nuevas generaciones de estudiosos del pasado chileno. Atrás quedaba la historia narrativa, de énfasis político y militar, el acento en las tareas gubernativas y la acción de los personajes. Se buscaban, en cambio, los grandes fenómenos económicos y sociales, los hechos masivos y anónimos y era obligado plantear tesis e hipótesis, en forma explícita o implícita, que conducían a cuadros interpretativos. Mi generación se incorporó a la tendencia, más algunos investigadores anteriores, como Góngora y Ramírez, y aparecieron muchos libros innovadores.

Don Guillermo Feliú, por formación y edad, no sintió la atracción de las corrientes novedosas y permaneció en las líneas de la tradición. Sin embargo, la amplitud de su espíritu y sus aproximaciones a la interpretación, le hicieron mirar con buenos ojos los nuevos planteamientos. Si no los adoptó, jamás dejó de apoyar a los investigadores renovadores y la publicación de sus obras. Es notable que siendo un liberal y demócrata, prologase dos de las obras pioneras del marxismo, el *Ensayo crítico del desarrollo económico y social de Chile de Julio César Jobet y Balmaceda y la guerra civil de 1891* de Hernán Ramírez.

No puedo dejar de mencionar que mis cuatro primeros libros llegaron a la imprenta gracias a sus gestiones, siendo su ayudante. Posteriormente, cuando la influencia de Fernand Braudel y la escuela de los *Annales* llenaba de sugerentes perspectivas las investigaciones históricas, me sentí muy atraído por esa tendencia, aunque sin caer ciego en sus dominios. Don Guillermo apreciaba los nuevos aportes, sabía que eran frutos renovados del tiempo, le interesaron y manifestó su aprecio sin palabras desbordantes. Quienes se habían formado en sus cercanías eran herederos de la gran tradición historiográfica chilena y a la vez eran impulsores de una renovación que tenía su propia dinámica.

Está claro que no hay contradicción entre el sólido método del positivismo y el vuelo creador de la interpretación basada en los hechos.

Un vistazo a los principales obras de Feliú muestra diversas gamas.

En el orden de los ensayos contagiados con la interpretación, están *Evolución social de Chile en el siglo XIX* (1941), escrito breve y agudo que ha tenido varias reediciones. *Durante la república*, ensayo de alcance mayor que entrelaza los temas institucionales, sociales y políticos en lo que fue la vida pública desde 1818 hasta 1925. Desgraciadamente, por estar incluido en una recopilación de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, no es muy conocido.

Entre las obras de carácter positivista, deben mencionarse las siguientes: *La primera misión de los Estados Unidos de América en Chile* (1926), *En torno de Ricardo Palma* (1932), *La abolición de la esclavitud en Chile* (1942), y *José Toribio Medina. Historiador y bibliógrafo de América* (1951).

En materia de crítica histórica, se destacan *La fundación del Instituto Nacional* (1950) y *Andrés Bello y la redacción de los documentos oficiales del Gobierno de Chile* (Caracas, 1951).

Las publicaciones documentales le deben muchos volúmenes. Es el caso de la *Colección de historiadores y documentos relativos a la Independencia de Chile*, la *Colección de antiguos periódicos chilenos* y el *Epistolario de Don Diego Portales*.

En el campo de la bibliografía, que le resultaba tan caro por la influencia de Medina, dejó numerosas recopilaciones y estudios, siendo el más extenso y erudito el que denominó *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena* (1966).

No menciono decenas de artículos en revistas históricas, en que abordó temas muy variados. Tampoco me detendré en la reedición de numerosas obras de José Toribio Medina y ediciones de otros autores, que impulsó a través del Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

Podría referirme largamente todavía a las tareas administrativas y culturales que realizó como Secretario General de la Universidad de Chile, Decano de su Facultad de Filosofía y Educación y, en fin, a su vida y trabajos en la Biblioteca Nacional. Ahí fue conservador de las Bibliotecas de José Toribio Medina y Diego Barros Arana, y jefe de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

No quiero dejar en el olvido otra tarea, acaso mucho más modesta, que nos unió en el entusiasmo, la creación del Seminario de Historia de Chile en su cátedra del Instituto Pedagógico. Aquella pequeña institución debía ser el apoyo a la docencia de la cátedra, de modo que los profesores que dictaban los cursos contarán con un jefe de trabajos y cuatro o cinco ayudantes, que guiaban las lecturas y el análisis de los documentos, revisaban las pruebas, y se reunían con los estudiantes para completar aspectos de las clases.

Gracias al poder de don Guillermo, obtuvimos tres salas para biblioteca, oficina de ayudantes y oficina del jefe de trabajos, función que recayó en mí con la misión de dirigir el Seminario.

Solicitándole que me definiese con precisión el carácter del seminario, me dijo escuetamente: — Mira, niño, es como la cocina de la cátedra. Haz lo que quieras.

— ¿Se pueden organizar investigaciones?

— Sería ideal y podríamos publicarlas.

Como resultado de esas tareas se dieron a luz dos libros, antes de que una suerte adversa, alejado ya de la cátedra don Guillermo, una determinación oscura acabase con el Seminario.

El año 1952 fue de excelentes realizaciones. Con motivo del centenario del nacimiento de Medina, promovió la ley que creó el Fondo Histórico y Bibliográfico que lleva el nombre del historiador, destinado a reeditar sus obras y publicar, eventualmente, las de otros estudiosos. Aquel mismo año organizó un congreso internacional en torno a Medina y sus temas, al que concurrieron destacados historiadores de toda Latinoamérica, Estados Unidos y Europa.

Un año más tarde organizó por encargo de la Universidad de Chile el Segun-

do Congreso Universitario de los países latinoamericanos. En 1955 se hizo cargo de la organización del Centenario del Código Civil de Chile, que se tradujo en reuniones académicas y la publicación de importantes trabajos.

Todas esas tareas tuvieron excelente organización y comprometieron a numerosas instituciones y personas.

Mientras libros y trabajos se acumulaban, la existencia personal se deslizaba placentera en la vida familiar. Casado con doña Inés Silva Urzúa, dama de distinguida belleza, de gran señorío y amabilidad, tuvo en ella el pilar del hogar y de la formación de sus dos hijos, Guillermo y Ximena. Fue, además la encargada de las relaciones sociales, que el historiador no habría sobrellevado con paciencia. Su desaparición abrió un amargo vacío.

Son muchos los temas que se me escapan; pero no puedo pasar por alto uno de los más atractivos, el de maestro formador de estudiantes y discípulos. Fue catedrático de Historia Constitucional de Chile en la Facultad de Derecho de la casa de Bello y de Historia de Chile y América en el Instituto Pedagógico de la misma casa. Entre ambas docencias, me confesó un día en voz baja, como si alguien fuese a escucharle, que la que más lo complacía era la del Pedagógico, porque los estudiantes, esforzados y sencillos, se identificaban realmente con su saber. Allí no malgastaba palabras y le rodeaba el cariño de los jóvenes. Digamos, además, que por lo menos hasta 1960 el Pedagógico fue el centro más destacado de la cultura humanística del país.

Como maestro, don Guillermo se volcó a sus alumnos no únicamente con su saber, sino como hombre de bien que los ayudó en cualquier circunstancia de la vida. Una palabra de estímulo, una gestión, solucionaban a veces un problema humano.

En esa grata relación con los alumnos fue sencillamente "don Guillermo" o "don Guille", apelativos que borran de una plumada la fama y los títulos. Su aspecto hosco no era más que una impresión a primera vista, porque luego de cambiar algunas palabras su buena voluntad se iba abriendo y el trato se hacía normal. Los alumnos se sentían atraídos, excepto los flojos recalcitrantes, y la dureza de las exigencias eran entendidas buenamente. El estudiante, en su interior, apreciaba que todo es por su bien y por el rigor del saber y termina agradecido para siempre. Respeta al profesor por su mérito intelectual y también por sus exigencias, y menosprecia al blando y condescendiente, que mediante esas características oculta su debilidad.

Tres compañeros de curso, Mario Orellana, Rolando Mellafe, y el que escribe, habíamos concluido el primer año de historia, cuando don Guillermo, sin preámbulos, nos hizo actuar de hecho como sus ayudantes, dándonos funciones que con razón podían parecer excesivas, como corregir y poner notas a los trabajos del curso inmediatamente inferior. Más adelante se agregó Omer Robles.

Tuve su absoluta confianza y ese fue un estímulo que me dio seguridad. Desde ese momento y durante casi diez años, estuve junto a don Guillermo, colaborando como ayudante, jefe de trabajos y profesor auxiliar, además de mis funciones en el Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. En todas esas actividades pude conocer hasta lo íntimo su pensamiento y sus reacciones. Pienso que pocas veces se habrá dado una mayor afinidad entre dos personas, con el

debido desnivel de años y experiencia. Coincidió con su manera de pensar y sus criterios, y en cualquier asunto, grande o pequeño, que al comienzo me parecía orientado de forma errónea, terminaba por convencerme de que estaba bien planteado.

No era doblegarse por comodidad, sino el resultado de un discurso de la razón.

Muchas veces parecía arbitrario en sus decisiones, pero alguna razón de gran peso estaba detrás. Frente a los alumnos actuaba con estrictez y hasta con dureza; pero sólo cuando veía amenazada la seriedad de los estudios. En ocasiones me hacía comentarios sobre la mala situación de un joven, sus problemas de familia o de su salud, que debía conocer de boca del propio afectado, o en tono alterado se refería a las malas andanzas de éste o aquel otro. Comenzaba entonces a subir y bajar las notas que yo tan concienzudamente había colocado. Mi protesta era inútil y llegué a decirle que calificaba a los alumnos por su manera de caminar, lo que le causó una leve sonrisa. Yo me debatía en un conflicto; pero después de considerar por todas partes el asunto terminaba por aceptar el criterio. Me hacía cómplice de un delito contra la pedagogía, los supuestos métodos objetivos de la evaluación, los *test* y otras zarandajas. Era mejor cierta intuición y un espíritu justiciero, que apuntaba más a la vida que a los formalismos de la enseñanza.

Años más tarde, en una lectura descarriada en el campo de la filosofía, me enteré de que la actitud de don Guillermo calzaba con el concepto de "justicia inmanente", un término de dignificante altura.

Feliú Cruz poseía una palabra fácil, que en las clases y en las conferencias se hacía por momentos ardorosa a impulsos de un entusiasmo interior incontrastable. Parecía que estaba en una disputa con alguien o con algo, pero no eran más que gigantes como los del Quijote.

En clases podía hacer cualquier cosa, porque los estudiantes reverenciaban al maestro y al caballero. Me refirió un alumno de años anteriores, que un día se había molestado con algunos restos de basura y comenzó una disertación sobre la mugre en Chile, desde la prehistoria hasta la coca-cola. El curso estaba encantado y no quedó tiempo para tratar la materia del día debiendo poner fin a la clase. "Se caló el chapeo, miró de soslayo y no hubo nada".

Sus anécdotas fueron innumerables, siendo las mejores las protagonizadas en la Escuela de Derecho y en la Biblioteca Nacional, en compañía de Gabriel Amunátegui, otro caballero del ingenio.

Como escritor no alcanzó un dominio estilístico, preciso es confesarlo, porque era tal la urgencia por editar libros y tan insistente el llamado de otros trabajos, que ponía en el papel las frases tal como se atropellaban. Optó por frases a manera de sentencias, escalonadas de arriba abajo, separadas por puntos aparte. Seguía el método de Miguel Luis Amunátegui, en que las ideas van cayendo pesadamente.

Pudo haber redactado con mayor condescendencia para con el lector y me confirma esa idea la amabilidad de algunos períodos en una obra de cariño personal, el opúsculo *Medina. Radiografía de un espíritu*.

En las funciones administrativas de don Guillermo Feliú en la Universidad de Chile y en la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, anduvieron juntas la estrictez y la bondad y más de algún rastro impreso en la prensa dejaron sus dispu-

tas. Estaba imbuido de la ética del servicio público, tal como lo había trazado el siglo XIX, porque no en vano conocía la historia de aquella centuria. Rectitud en el proceder, sacrificio personal y tenacidad en el trabajo eran los puntos cardinales que debían orientar el quehacer de los funcionarios del Estado, desde el nivel más alto hasta el más bajo.

Identificado con el pasado y el futuro de Chile, creía que el trabajo del intelectual era parte del patriotismo mejor entendido. Desde arriba, la investigación y el pensamiento ponían de relieve el ser nacional y orientaban el rumbo con perspectiva de futuro. En verdad que no hay intelectual y especialmente historiador, que no crea en esa misión, aun cuando sus trabajos sean de medidas muy reducidas.

Todos se empeñan en esa construcción de apariencia tenue y sutil, vista a veces como intrascendente. Es un error pensar, como se hace corrientemente, que la trayectoria del país es un conjunto de trabajos materiales realizados de manera esforzada, y que únicamente cuentan las ciencias y la técnica, que el destino se juega en la política y las decisiones gubernamentales y que las urgencias sociales marcan el acontecer. Por encima se sitúa el campo del espíritu con su meditación, y específicamente la historia, que con sus indagaciones y sus interpretaciones refluye sobre la nación para presentarle su imagen.

Los grandes historiadores fueron creadores de esta nación republicana, al recordarle su experiencia histórica, formadora de la conciencia histórica y con ello de una perspectiva lanzada hacia el futuro.

Don Guillermo Feliú Cruz, estoy seguro de que pensaba de esa manera y que tenía la ilusión de un destino auspicioso.

En los últimos años de la vida, cuando ésta se puebla de recuerdos y de planes inconclusos, las tormentas contrapuestas que azotaron el país amargaron su espíritu, porque una historia muy digna se derrumbaba y con ella los valores más caros de la nación.

Creo, no obstante, que conocedor de las vicisitudes de la historia, debió pensar que la oscuridad de los hechos no era más que un accidente y que tarde o temprano se recuperaría la línea histórica del país.

Falleció el 30 de noviembre de 1973.

LA OFICINA DEL TRABAJO (1907 - 1924)

Juan Carlos Yáñez Andrade*

INTRODUCCIÓN

El interés por el estudio de la estadística y fiscalización en nuestro país, no está ajeno al interés por lo social. Especialmente si definimos la Oficina del Trabajo, creada en 1907, como una entidad productora de informes sociales.

Tradicionalmente la fiscalización había sido una función encargada a las Municipalidades, las que inspeccionaban los establecimientos industriales en lo referente a seguridad e higiene.

Sin embargo, el surgimiento de una moderna "cuestión social" y los primeros conflictos sociales, dejaron de manifiesta la existencia de una realidad que si bien no era nueva, era desconocida para muchos sectores de la elite, lo que demandó la recolección y análisis de información considerada clave en el diseño de estrategias preventivas.

Frente a la ausencia de una legislación social avanzada, la fiscalización en el cumplimiento de esas leyes se hacía innecesaria, cumpliendo la Oficina durante el período de estudio, la labor de proponer y apoyar esa naciente legislación.

Tres aspectos nos interesa destacar. Entender la creación de la Oficina del Trabajo en el contexto de la emergencia de la "cuestión social", entregar algunos datos sobre su desarrollo institucional y conocer los principales y desafíos que tuvo que enfrentar.

Los primeros estudios sobre la Oficina fueron memorias de prueba realizadas en la época. Las más destacadas son las de Hernán Méndez, titulada *la Oficina la Trabajo* de 1907 y la de Julio Contreras, titulada *La Inspección del Trabajo* de 1924¹. Si bien no se caracterizan por ser investigaciones profundas sobre la Oficina, entregan datos importantes sobre su creación y desarrollo. Por último, es necesario hacer referencia a algunos estudios institucionales, que señalan un rumbo en este tipo e investigaciones².

I. LA INTERVENCIÓN EN LO SOCIAL

La revolución industrial produjo una serie de cambios tecnológicos y sociales, particularmente en la estructura del trabajo con el surgimiento del proletariado

* Magister en Historia. Académico Universidad Maya.

¹ Hernán Méndez, *Oficina del trabajo*, Santiago, Imprenta Barcelona 1907; Julio Contreras, *La Inspección del Trabajo*, Santiago, Imprenta Lagunas, 1924.

² Jean-Michel Bouvin, *L'organisation internationale du travail*, Paris, PUF, 1998; Jean Luciani, *Histoire de L'Office du travail*. 1890-1914, Paris, syros, 1992.

moderno. El proceso de concentración urbano significó la presión de una gran masa de población sobre el empleo y los servicios básicos. Así surgió la llamada *cuestión social*, fenómeno asociado al conjunto de problemas sociales derivados de la marginación de amplios sectores del proceso de crecimiento.

En general, la historiografía chilena ha situado el surgimiento de la *cuestión social* hacia 1880³. Si bien su reconocimiento explícito fue más tardío por parte de los contemporáneos, sus expresiones no dejaron ninguna duda de una posible crisis del orden social⁴. En 1906 surgió la primera ley social (de las habitaciones obreras), desde 1905 se fueron formando comisiones especiales encargadas de estudiar proyectos sobre legislación social y en 1912 la legislación obrera se consagrará definitivamente como un tema relevante, al crearse en la Cámara de Diputados una Comisión Especial y Permanente encargada de analizar e informar los proyectos de ley referidos a tal materia, enviados al Congreso⁵. Dentro de este contexto es creada en 1907 la Oficina del Trabajo, primer organismo encargado de recopilar información sobre la situación social del país.

Así, la creación de la Oficina es una decisión política que no puede ser estudiada al margen de esta preocupación por lo social. La moderna "cuestión social" supuso una ruptura con una tradición individualista, ya que a partir de entonces se construyó un nuevo objeto de conocimiento: la sociedad.

La población se volvió objeto de estudio, radicándose en la recolección de datos y análisis de aquellos procesos que le son propios a la administración de los problemas sociales y el futuro control de la población estudiada.

La estadística social pasó a jugar un papel fundamental, ya que con ella se abordaron con criterios científicos los problemas sociales y se construyeron los criterios para identificar determinados fenómenos como tales, y así diseñar estrategias preventivas.

Y este es un fenómeno que está asociado al surgimiento del concepto de riesgo como criterio de política social. Así, en la tradición individualista el concepto de seguridad era impensable. En un esquema marcado por el destino, azar o suerte la seguridad la daba el accionar individual de los sujetos. El accidente, como noción clásica, resultaba de la acción misma de un sujeto que se identificaba como culpable. Por lo tanto, no era predecible ni evitable. Pero cuando el concepto de riesgo se autonomiza del concepto de peligro⁶ es posible desarrollar una acción preventiva basada en el estudio probabilístico. El riesgo es calculable y se puede prever al estudiar su posibilidad de ocurrencia, siendo también colectivo, ya que dada determinadas condiciones puede afectar a una o muchas personas⁷.

³ James Morris, *Las elites, los intelectuales y el consenso. Estudio de la cuestión social y del sistema de relaciones industriales de Chile*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1967.

⁴ Ver, por ejemplo, Jorge Gustavo Silva, *Nuestra evolución político-social (1900 - 1930)*, Santiago, Imprenta Nascimento, 1931.

⁵ Ver, Juan Carlos Yáñez A., *Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile: 1900-1920*, (Tesis para optar al grado de Magíster en Historia de la Universidad de Santiago).

⁶ Robert Castell, *De la peligrosidad al riesgo*, Madrid, Editorial La Piqueta, 1986.

⁷ Castell señala al respecto: "un riesgo no es el resultado de la presencia de un peligro concreto para una persona o para un grupo de individuos, sino la relación de datos generales impersonales o factores (de riesgo) que hacen más o menos probable el acontecimiento de conductas indeseable". *La gestión de los riesgos*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1984, pág. 153.

Así, cuando el Decreto que crea la Oficina del Trabajo encomienda específicas funciones de investigación, le está señalando a este organismo la tarea de producir un conocimiento para ser útil, además de verdadero. Útil en el sentido de que a partir de esos estudios se pueden diseñar estrategias preventivas que disminuyan las posibilidades de riesgo social.

Por lo anterior, la Oficina cumplió una labor importante aunque no contemplara inicialmente la fiscalización. En primer lugar, fue la encargada de mostrar a los cuadros políticos-administrativos la existencia de problemas sociales que, obviamente, tenían una existencia real pero que recién estaban siendo construidos social y discursivamente, y que no habían sido objeto de política social. Por ello en muchos proyectos de ley se solicitó informes a la Oficina, se reconoció legislativamente nociones como la de accidentes de trabajo manejadas por ella y apoyó o pidió la pronta aprobación de proyectos de ley pendientes en el Congreso⁸. En segundo lugar, la oficina pasó a ser la institución que representaba y transmitía la política social de los gobiernos, y a su vez, como organismo técnico la legitimaba. Por ejemplo, en febrero de 1916 el Partido Obrero Socialista, luego de un comicio público realizado en Santiago en protesta por los abusos cometidos en el mineral de El Teniente, reclamó las ocho horas semanales, cumplimiento de la ley de habitaciones obreras, instrucción primaria obligatoria, aprobación sobre la ley de accidentes del trabajo, eliminación de las fichas, entre otros puntos⁹.

La Oficina fue la encargada en esa oportunidad de elaborar la respuesta al petitorio, reafirmando los objetivos y alcances de la política social de gobierno¹⁰.

Por último, la oficina actuó como generadora de confianza en un clima difícil donde se estaba estudiando una nueva legislación y el apoyo de los sectores involucrados era fundamental para su cumplimiento. Por ejemplo, en una nota abierta a los industriales del 23 de abril de 1912, la Oficina reconocía lo importante de su cooperación en la entrega de datos, además para que hicieran oír su voz ante la legislación obrera:

"Estima el infraescrito que los industriales deben hacer oír su voz en la preparación de la legislación obrera que hoy se inicia en el país, tanto para evitar la consagración legal de doctrinas que pueden serle perniciosas, como porque no es posible dictar una legislación acertada sobre materias tan delicadas i complejas sin la cooperación de los que tienen el conocimiento práctico de las necesidades i de las exigencias de la industria"¹¹.

Igual interés tuvo la oficina en mantener buenas relaciones con las sociedades obreras, recogiendo las demandas y apoyando sus organizaciones:

⁸ Ver, Juan Carlos Yáñez A., *op.cit.*

⁹ *Archivo Nacional, Dirección General del Trabajo*, Vol. 33, Notas enviadas (1916).

¹⁰ *Ibídem*. La Oficina reconoció algunas demandas obreras como legítimas, aunque responsabilizó de ello a la inexistencia de los organismos de inspección y vigilancia (en labores mineras) o a la no aprobación de algunas leyes (como la de accidentes del trabajo). Sin embargo, fue tajante al oponerse a la demanda por ocho horas.

¹¹ *Archivo Nacional, Dirección General del Trabajo*, Vol. 13, Comunicaciones (1911-12).

"La labor de la Oficina del Trabajo que demuestra cual es la verdadera influencia de la industria en el desarrollo i en la prosperidad nacional, debe ser considerada como el medio más eficaz de que las leyes que se dicten consulten los intereses lejitimos de patrones i de obreros, que son los verdaderos intereses del país"¹².

2. ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA OFICINA DEL TRABAJO

A principios del siglo xx y frente a la emergencia de la "cuestión social", surgieron voces que solicitaban una mayor fiscalización de las actividades productivas, a través de una organización del trabajo en cualquiera de sus modalidades conocidas en Europa.

Muchos proyectos no hicieron más que reforzar las atribuciones de las municipalidades. A fines de 1901 en un proyecto de ley de Malaquías Concha, se dejaba la inspección de los establecimientos industriales a los municipios "quienes lo harán visitar con la mayor frecuencia por medio de las respectivas inspecciones de servicios municipales"¹³.

Sin embargo un hecho importante del cambio en la percepción de la fiscalización laboral, fueron los sucesos ocurridos en Valparaíso en 1903. En una sesión de la Cámara el Diputado Ángel Guarello, luego de señalar que en Italia se había dictado una ley que creaba la Oficina del trabajo decía:

"Creo, pues, que ha llegado el momento de que el señor Ministro el Interior estudie estos antecedentes i vea si es oportuno ya entre nosotros crear en algunos de los Ministerios, un Departamento o Sección del Trabajo, a la cual se llame a las personas idóneas que puedan ilustrar la acción del Gobierno i el estudio de todos los problemas relacionados con la importante materia de que vengo ocupándome"¹⁴.

Hacia 1906 bajo el Gobierno de Pedro Montt, y con el patrocinio del Ministerio de Industria y Obras Públicas, se designó una comisión para estudiar y dar forma al proyecto de crear una Oficina del Trabajo. El proyecto de ley que esta comisión despacharía al congreso señalaba, en sus aspectos principales, lo siguiente:

"Art. 1º créase en el Ministerio de Industria y Obras Públicas una sección que tendrá a su cargo:

- a) Formar la estadística del trabajo, estudiar su organización y remuneración, e investigar la condición de los obreros...
- b) Llevar un registro en el que se anoten anualmente por departamentos los siguientes datos: número y clases de los operarios empleados en cada industria...
- c) Publicar periódicamente un boletín que contenga informaciones precisas

¹² Ibidem.

¹³ *Boletín de la Sofía*, N° 1, enero de 1903.

¹⁴ *Cámara de Diputados*, sesión del 4 de noviembre de 1904.

sobre el desarrollo y producción agrícola, industrial y minera..., estadística comercial y del trabajo..."¹⁵.

El Congreso en 1906 clausuró sus sesiones sin discutir el proyecto. Sin embargo, por Decreto Supremo del 5 de abril de 1907 se creó la Oficina del Estadística del Trabajo, tomando como base la sección de estadística agrícola del Ministerio de Industria y Obras Públicas, siendo, por lo tanto su responsable el Inspector Jefe de esta sección, don Simón Rodríguez.

En el Decreto Supremo que crea la Oficina se le encomendaban las siguientes funciones:

- a) Reunir, ordenar y dar a conocer los datos e informaciones referentes al trabajo, especialmente al trabajo industrial;
- b) Investigar el número y clase de los operario empleados en cada industria y el número clases de los que el desarrollo de cada industria exija;
- c) Conocer los salarios que se pagan a los trabajadores...;
- d) Recoger las informaciones referentes a los accidentes del trabajo;
- e) Estudiar la duración de las jornadas del trabajo y sus condiciones generales;
- f) Conocer los precios de las habitaciones de obreros, y
- g) Empezar cualquiera otra investigación que crea conveniente encomendarle el Gobierno sobre la materia"¹⁶.

De esta forma el Decreto conservaba el espíritu del proyecto de ley de 1906, en el sentido de convertir a la Oficina en un organismo de investigación y de estadística de la situación obrera del país, más que de fiscalización. Por otra parte en su origen la Oficina no contaba con más de dos funcionarios, ya que el 2 de mayo de 1908 se designó un auxiliar al inspector de la estadística. En 1911 la Oficina contaba con un jefe, un oficial - secretario y tres inspectores¹⁷.

En 1908, y mientras se discutía el proyecto de ley sobre reglamentación del trabajo, se discutió el artículo relativo al reglamento que determinaría los funcionarios públicos a quienes correspondería la inspección de los establecimientos que tendrían prohibición de contratar mano de obra infantil y mujeres.

El diputado Bonifacio Veas criticó en aquella oportunidad, a las Municipalidades autorizadas por ley para hacer la fiscalización. La razón, "porque muchos de sus miembros son dueños de talleres i probablemente no les agrada ver sus talleres o sus fábricas vigiladas por sus subalternos en el Municipio"¹⁸. Por ellos solicitaba que a través del reglamento de la ley se diera atribuciones al Presidente para la creación de la Inspección General del Trabajo.

Si bien esta indicación fue rechazada por lo complejo de la creación de esa inspección, lo que requería un proyecto de ley y no un simple reglamento, demuestra la conciencia que se fue teniendo de la necesidad, para el cumplimiento

¹⁵ J. Zenteno Casanueva. *Diversas consideraciones sobre el régimen del trabajo y los conflictos industriales*, Concepción, Imprenta Moderna, 1911, pág. 49-50.

¹⁶ *Ibidem*, Pág. 51

¹⁷ Julio Contreras, *op.cit.*

¹⁸ *Cámara de Diputados*, sesión del 29 de enero de 1908.

de la legislación obrera, de una estructura político-administrativa que conjuntamente con preocuparse por el estudio de la realidad laboral, velara por el cumplimiento de esa legislación.

En junio de 1910 el ejecutivo solicitó al Congreso el reconocimiento legal de la Oficina del Trabajo que sólo era reconocida en función de un Decreto, proyecto que fue aprobado. En noviembre del mismo año, la comisión de la Cámara encargada de estudiar los proyectos de legislación obrera pendientes en el Congreso, evacuó el siguiente informe, que en lo referente a la Oficina decía:

"Ha estimado la Comisión que la Inspección de que se trata debería tener tres órdenes fundamentales de atribuciones, a semejanza de las instituciones análogas de otros países:

1° La formación de la Estadística del Trabajo en períodos anuales, y la estadística especial de las huelgas y de los accidentes del trabajo;

2° La inspección de los establecimientos industriales, para velar por el cumplimiento de las leyes del trabajo;

3° La representación al Gobierno de las necesidades que en materia de legislación social se dejan sentir..."¹⁹.

Pese a que se rechazó la idea de la comisión de ampliar las atribuciones de la Oficina a la inspección de establecimientos industriales y de proponer materias de legislación, fue un avance en la ampliación de las tareas que se consideraban como propias de la Oficina, y que, como vemos, iban más allá de lo meramente estadístico.

Al respecto J. Zenteno planteaba en su tesis de 1911:

"Con la creación de la Oficina del Trabajo se ha dado un gran paso en pro de la legislación obrera. Es verdad que faltaba lo principal, pero, en fin, se nota ya el espíritu de reglamentar por medio de leyes de régimen del trabajo"²⁰.

Un paso importante en la ampliación de las atribuciones de la Oficina fue la ley de accidentes del trabajo de 1916, que creó tres cargos de inspectores encargados de vigilar el cumplimiento de sus disposiciones²¹.

El Decreto Orgánico dictado por el Ministerio de Industria y Obras Públicas el 4 de noviembre de 1919, dividió a la Oficina del Trabajo en cinco secciones que ya no comprendían sólo la de información²².

La ley de presupuesto de 1921 creó cinco inspecciones regionales del trabajo, que comprendían Tarapacá, Valparaíso, Chillán, Concepción y Valdivia, dándole forma a esta nueva organización un Decreto del ministerio de Industria de 1921, que aumentaba el personal de la Oficina²³.

¹⁹ J. Zenteno, *op.cit.*, págs. 51 y 52.

²⁰ *Ibidem*, pág. 52.

²¹ Julio Contreras, *op.cit.*, pág. 76.

²² *Ibidem*, pág. 77. Estas secciones eran: reformas legales; inspección del trabajo; estadística e higiene; accidentes del trabajo y bolsa de trabajo.

²³ *Ibidem*.

Así la fuerza de los acontecimientos fue dando mayores atribuciones a una Oficina que había comenzado sólo como sección de Estadística.

3. PROBLEMAS Y DESAFÍOS

La Oficina del Trabajo desde sus orígenes, y de acuerdo al Decreto de creación, orientó su labor a la elaboración de una estadística anual que comprendía accidentes del trabajo, huelgas, costo de la vida, ingresos familiares, etc. Para ello recurría a intendentes, gobernadores y otros funcionarios públicos que hacían llegar la información de las distintas regiones del país a la Oficina.

Sin embargo, este sistema adolecía de algunas deficiencias. De partida los encargados de hacer llegar la información, como intendentes y gobernadores, no podían destinar los recursos ni el tiempo necesario a tal labor.

El Director de la Oficina, Simón Rodríguez, en una comunicación de marzo de 1909 al Ministerio de Obras Públicas, señalaba lo siguiente:

"La estadística obrera del país no ha podido practicarse en debida forma. Ha sido imposible atenerse a las disposiciones de la ley i del reglamento sobre datos estadísticos, que hace poco recordara a us., porque ellas exigen el reparto, reunión, coordinación i escrutinio de veinte o treinta mil formularios, i he debido recolectar los datos por el antiguo i defectuoso sistema de los intendentes y gobernadores, quienes a pesar de su buena voluntad tropiezan con dificultades insuperables para proporcionar a la Oficina las informaciones requeridas"²⁴.

Frente a esta escasez de funcionarios, que limitaba el trabajo de la Oficina, un tesista planteaba en 1907:

"La estadística del trabajo sería seguramente conducida con más exactitud y menor tropiezo si en cada uno de los principales centro de la República, Iquique o Antofagasta, Valparaíso, Concepción y Valdivia, se colocara a un estadístico, determinándose de antemano los límites del territorio en que ejercería su jurisdicción..."²⁵.

Los intendentes y gobernadores —continuaba el tesista—, quienes eran los responsables de mandar la información a la Oficina, no eran los llamados a cumplir con tal labor "ya que no pueden prestarles la dedicación requerida"²⁶.

Para superar estos inconvenientes la Oficina sugirió el nombramiento de inspectores honoríficos y permanentes en las distintas zonas del país. Por ejemplo, en marzo de 1909 el Ministerio de Industria comisionó a don Eugenio Frías Collao para estudiar las condiciones de trabajo de la zona salitrera, el cual entregó numerosos informes relacionados con el alcoholismo, ahorro, conflictos laborales, entre otros aspectos. Junto con reconocer la importancia de tales comisiones, la Oficina

²⁴ *Archivo Nacional, Dirección General del Trabajo*. Vol. 6, Comunicaciones al Ministerio (1908-1910).

²⁵ Hernán Méndez, *op.cit.*, pág. 51.

²⁶ *Ibidem*.

consideraba necesario el nombramiento de un inspector permanente en la región salitrera que mantuviera informado al gobierno de las condiciones de trabajo y las relaciones entre patrones y obreros. "Estimo —señalaba el director de la Oficina— que este nombramiento sería una obra de política previsora, estaría llamado a prevenir en lo sucesivo con oportunidad un gran número de dificultades"²⁷.

Otro orden de dificultades decía relación con el ocultamiento o adulteración de la información por parte de las empresas, especialmente aquellos aspectos referidos a conflictos y accidentes del trabajo. Frente a esto se dictó la ley sobre dación obligatoria de datos estadísticos N° 2085, del 11 de febrero de 1908, que establecía multas a los contribuyentes y propietarios, administradores y tenedores de cualquier título de un predio rústico que se negase a suministrar los datos estadísticos o los dieran adulterados. En forma complementaria se dictó el Decreto Reglamentario N° 995, del 27 de abril de 1908, el cual establecía en su artículo N° 9 que los propietarios industriales y mineros, estaban obligados a permitir que los inspectores de la Oficina de Estadística los visitaran una vez al año.

Sin embargo, parece que las dificultades continuaron porque el Intendente de Iquique en una nota a la Oficina, del 6 de diciembre de 1911, señalaba que las compañías salitreras ocultaban los accidentes del trabajo por lo que sería difícil obtener la información requerida²⁸.

Con el tiempo la Oficina fue ampliando sus funciones que iban más allá de lo estadístico. Se mostró interesada en la resolución de muchos conflictos laborales; participó en una comisión de 1910 destinada a investigar los accidentes del trabajo en la Empresa de Ferrocarriles, con el objetivo de proponer medidas para evitarlos; desarrolló informes sobre proyectos de ley de carácter social y apoyó comisiones investigadoras de la Cámara de Diputados, como la de 1913 que investigó las condiciones de vida en las provincias de Tarapacá y Antofagasta o la comisión Especial de Legislación Social de 1919, encargada de elaborar proyectos de ley, y en donde tuvo una destacada participación Eugenio Frías Collao, Director de la Oficina. Además este organismo propuso en 1920 un proyecto sobre conciliación y arbitraje²⁹.

En 1921 se presentó al Congreso el Código del Trabajo de la Alianza Liberal que creaba en su artículo 266 la Dirección General del Trabajo³⁰. Si bien sus funciones no diferían demasiado del Decreto Orgánico de 1919, eran mucho más precisas, sobre todo al señalar la labor de vigilancia e inspección que la Dirección tenía como finalidad.

"Asegurar el estricto cumplimiento de las disposiciones legales o administrativas y en especial las relativas a accidentes del trabajo, el descanso dominical, a las

²⁷ Archivo Nacional, Dirección General del Trabajo. Vol. 6, Comunicaciones al Ministerio (1908-1910).

²⁸ Archivo Nacional. Dirección General del Trabajo. Vol. 11, Comunicaciones de Intendencias y Gobernaciones (1909-1911).

²⁹ Sobre este proyecto, ver *El Mercurio*, del 28 de mayo de 1920.

³⁰ En la redacción de este proyecto tuvo destacada participación Moisés Poblete, que desde 1920 ocupaba el cargo de director de la Oficina del Trabajo.

salas cunas, al mantenimiento de sillas en los establecimientos comerciales y a las habitaciones para obreros"³¹.

Además se ampliaban las secciones a siete y las inspecciones regionales a ocho, dándole atribuciones al Director General del Trabajo, con autorización del Presidente, para convocar y presidir consejos de conciliación y arbitraje.

El 5 de septiembre de 1924, un movimiento de oficiales jóvenes demandó, entre otros puntos, la aprobación de un conjunto de leyes sociales largamente discutidas en el Congreso. El 8 de septiembre, el Congreso despachó sin mayor trámite siete leyes laborales: contrato de trabajo para obreros; reforma a la ley de accidentes del trabajo; seguros de enfermedad, invalidez y accidentes; conciliación y arbitraje; sindicatos; cooperativas y contratos de trabajo para empleados.

Estas leyes tuvieron dos efectos en el funcionamiento de la Oficina del Trabajo. Por una parte, marcaron el inicio de la Dirección General del Trabajo y, por otra, significaron un reforzamiento en sus funciones de fiscalización. Así, el artículo N°38 de la ley 4.053 creó la Dirección General del Trabajo, dependiente del Ministerio del Interior y que tendría las siguientes funciones:

"1. Recopilar, coordinar y publicar los datos e informaciones relativos al trabajo en la Agricultura, en la Minería, en la Industria y en el Comercio, principalmente en lo que se refiere a su organización y remuneración, a la condición de los obreros, costo de la vida, accidentes y enfermedades profesionales, conflictos colectivos, asociaciones e instituciones de previsión obrera, resultado de las leyes que interesen principalmente a los obreros, y situación comparada del trabajo en Chile y en el extranjero;

2. Estudiar y proponer al Gobierno las medidas legales o administrativas que puedan adaptarse para mejorar las condiciones del trabajo y la situación material, moral e intelectual de los obreros;

3. Informar sobre los Estatutos de las Asociaciones de obreros y empleados, y;

4. Organizar y dirigir la inspección y vigilancia directa del trabajo con el fin de asegurar el estricto cumplimiento de las disposiciones de esta ley y demás leyes de carácter social"³².

Junto a lo anterior, la Dirección General del Trabajo, a partir de 1924, tendrá una inspección de trabajo femenino, de menores y a domicilio, iniciándose una etapa de mayor institucionalización en la fiscalización laboral en nuestro país.

CONCLUSIONES

La emergencia de la "cuestión social" en Chile, demandó un estudio de la nueva realidad social del país, acción que cumplió en una primera etapa la Oficina del Trabajo.

³¹ Julio Contreras, *op.cit.*, pág. 83.

³² *Diario Oficial*, 29 de septiembre de 1924.

Desde las atribuciones contenidas en su decreto de creación (1907) referidas a la investigación y diseño estadístico de la situación obrera, irá ampliando sus funciones a la de fiscalización en el cumplimiento de la naciente legislación social. Junto con los problemas de recursos, con la consiguiente escasez de funcionarios, la Oficina tuvo que luchar en contra del ocultamiento y alteración de la información por parte de algunos empresarios y con el rechazo, en un comienzo, a ampliar sus atribuciones.

Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos irán ampliando las funciones de la Oficina, participando en la solución de conflictos laborales, apoyo a las comisiones investigadoras de la Cámara y desarrollo de informes sobre proyectos de ley de carácter social.

Con el decreto orgánico de 1919, que creó cinco secciones que ya no comprendían sólo la de información, y el proyecto de código laboral de 1921, que creaba la Dirección General del Trabajo, la Oficina alcanzó carta de madurez. La coyuntura del movimiento militar de 1924, permitió junto al despacho de un conjunto de leyes, la creación de la referida Dirección General del trabajo que integró las funciones de estadística y fiscalización en el cumplimiento de las leyes sociales.

Así, la importancia que la Oficina fue adquiriendo tuvo relación con una nueva forma de entender la intervención en lo social y los problemas obreros, alcanzando un reconocimiento oficial en la misma medida que la legislación laboral se valoró como la mejor respuesta para superar la "cuestión social".

En 1921 se presentó al Congreso el Código del Trabajo de la República de Chile que creaba en su artículo 266 la Dirección General del Trabajo. Si bien sus funciones eran amplias, la ley no especificaba cuáles de ellas correspondían a la Oficina de Estadística Social. En 1924, el Congreso aprobó la Ley de Fomento del Trabajo Social, que creaba la Oficina de Estadística Social y la Oficina de Fomento del Trabajo Social. La Oficina de Estadística Social se encargó de la recolección, procesamiento y publicación de estadísticas sociales, mientras que la Oficina de Fomento del Trabajo Social se encargó de la investigación y el estudio de los problemas sociales y la formulación de políticas y programas de fomento del trabajo.

En 1925, el Congreso aprobó la Ley de Fomento del Trabajo Social, que creaba la Oficina de Estadística Social y la Oficina de Fomento del Trabajo Social. La Oficina de Estadística Social se encargó de la recolección, procesamiento y publicación de estadísticas sociales, mientras que la Oficina de Fomento del Trabajo Social se encargó de la investigación y el estudio de los problemas sociales y la formulación de políticas y programas de fomento del trabajo.

En 1926, el Congreso aprobó la Ley de Fomento del Trabajo Social, que creaba la Oficina de Estadística Social y la Oficina de Fomento del Trabajo Social. La Oficina de Estadística Social se encargó de la recolección, procesamiento y publicación de estadísticas sociales, mientras que la Oficina de Fomento del Trabajo Social se encargó de la investigación y el estudio de los problemas sociales y la formulación de políticas y programas de fomento del trabajo.

En 1927, el Congreso aprobó la Ley de Fomento del Trabajo Social, que creaba la Oficina de Estadística Social y la Oficina de Fomento del Trabajo Social. La Oficina de Estadística Social se encargó de la recolección, procesamiento y publicación de estadísticas sociales, mientras que la Oficina de Fomento del Trabajo Social se encargó de la investigación y el estudio de los problemas sociales y la formulación de políticas y programas de fomento del trabajo.

TIERRA, INDIO, MUJER TESTIMONIOS SOCIAL DE GABRIELA MISTRAL

Socra Montecinos

Responde a la invitación que las autoras me han hecho para presentar este libro y me da la oportunidad de compartir esta misía con Maximiliano Salinas con quien tengo unos años de amistad y quien es guía de la investigación que he dado como resultado este texto.

"Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajo el género humano y que más nos duele a las mujeres por el peso que ponemos en la gracia de una lengua de inocencia y de música que tal vez sea la lengua del género humano".

Es particularmente justo tener en las manos el libro *Tierra, indio, mujer. Pensamientos sociales de Gabriela Mistral*, de Lucena Figueroa, Reiko Silva y Patricia Vargas, del cual extraigo el epígrafe, y digo particularmente, porque al menos dos inocencias me chocaron cuando lo leí. Por un lado, el hecho de que se trata de tres mujeres jóvenes que en un sentido de recuperación interrogan a una mujer, monodora de la primera mitad del siglo xx y cuyos contradictorios, y emblemáticos no sólo de la literatura sino de nuestra cultura, y por el otro, el gesto institucional de Ucm, de la Universidad Arica y del Archivo del Escritor en dar un espacio de reconocimiento y espacio a los estudios académicos de las y los jóvenes que egresan de las aulas universitarias. Por cierto, en ese sentido el papel de Max es también destacable por su papel como guía y apoyo a la aventura intelectual de sus ex alumnas.

Queda la impresión en este libro, que yo calificaría como un ensayo sobre la trayectoria de la Mistral, su cuidadosa presentación y escritura así como la rigurosa búsqueda de fuentes para fundamentando las ideas de la autora sobre la triada *Tierra, indio, mujer* y de sus reflexiones. El texto está ordenado en una introducción, tres capítulos, un apartado de conclusiones, y una bibliografía de la obra de Gabriela Mistral y de los textos consultados.

Esta estructura nos lleva que nos lleve a conocer los pliegues y repliegues del pensamiento de la Mistral sobre la tierra, los indios y las mujeres. En el primer capítulo, la autora nos muestra la construcción de la tierra como un símbolo de "origen y destino" de la generación en el sentido, de generación y gestación de la cultura. Desde esa perspectiva la escritura propone una mirada global hacia el pensamiento social de la Mistral en donde la noción de suelo se llega a una suerte de "matriz" desde la cual emerge y a la que se cree gracias la muerte. Así alma, cuerpo y suelo se convierten en los ejes de la existencia humana y la fórmula "estar en la tierra" el corolario

Presentado en el VIII Taller sobre la obra de Gabriela Mistral, Reiko Silva y Patricia Vargas, en la Ucm, Arica, en la Biblioteca Nacional, Sala Emilia, abril de 2008.

TIERRA, INDIO, MUJER. PENSAMIENTO SOCIAL DE GABRIELA MISTRAL*

Sonia Montecino

Agradezco la invitación que las autoras me han hecho para presentar este libro y también la oportunidad de compartir esta mesa con Maximiliano Salinas con quien me unen años de amistad y quien es guía de la investigación que ha dado como fruto este texto.

“Tal vez el pecado original no sea sino nuestra caída en la expresión racional y antirrítmica a la cual bajó el género humano y que más nos duele a las mujeres por el gozo que perdimos en la gracia de una lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano”.

Es particularmente grato tener en las manos el libro *Tierra, indio, mujer. Pensamiento social de Gabriela Mistral* de Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas, del cual extraje el epígrafe, y digo particularmente, porque al menos dos emociones me cruzaron cuando lo leí. Por un lado, el hecho de que se trata de tres mujeres jóvenes que en un sentido de recuperación interrogan a otra mujer, moradora de la primera mitad del siglo xx y sujeto contradictorio y emblemático no sólo de la literatura nuestra sino de nuestra cultura, y por el otro, el gesto institucional de Lom, de la Universidad Arcis y del Archivo del Escritor en dar un espacio de reconocimiento y estímulo a los esfuerzos académicos de los y las jóvenes que egresan de las aulas universitarias. Por cierto, en este sentido el papel de Max es también destacable por su papel como guía y apoyo a la aventura intelectual de sus ex alumnas.

Llama la atención en este libro, que yo calificaría como un ensayo sobre la ensayística de la Mistral, su cuidada presentación y escritura así como la rigurosa búsqueda de fuentes para ir construyendo las ideas de la autora sobre la triada temática que será el objeto de sus reflexiones. El texto está ordenado en una introducción, tres capítulos, un apartado de conclusiones, y una bibliografía de la obra de Gabriela Mistral y de los textos consultados.

Esta estructura será la que nos lleve a conocer los pliegues y repliegues del pensamiento de la Mistral sobre la tierra, los indígenas y las mujeres. En el primer caso, las autoras nos mostrarán la construcción de la tierra como un símbolo de lo sagrado y también de lo genésico en el sentido, de generación y gestación de lo creado. Desde esa concepción la escritora propondrá una mirada global hacia el continente Americano en donde la noción de suelo se ligará a una suerte de “matria” desde la cual se nace y a la que se reintegra con la muerte. Así alma, cuerpo y suelo serán las claves de la existencia humana y la fórmula “estar en la tierra” el corola-

* Presentación del libro *Tierra, indio, mujer*, de Lorena Figueroa, Keiko Silva y Patricia Vargas, Stgo., Lom, Arcis, en la Biblioteca Nacional, Sala Ercilla, abril de 2000.

rio cultural de una manera específica de morar en el mundo.

Este modo de concebir nuestra estadía en la tierra aparece como una enseñanza de lo local, y de acuerdo a las autoras será el espacio regional el que le permita a la escritora comprender que alma, cuerpo y suelo se conjuntan para darle sentido a la existencia humana "Creemos que en la región, como en la hostia esta el Todo...", dice la Mistral. Así las fronteras de la aldea a la vez que "ciegan", "remecen". Estas ideas me parecen fueron un leit motiv a lo largo de su vida. En el no olvido de que esa frontera la habló, la modeló, leo una imagen muy "moderna" en el sentido de que todo límite, o esa "cerca angosta y blanca de la hostia", supone algo que lo rebasa. Desde mi óptica, precisamente esa línea fronteriza, demarcatoria, es la que hará que la escritora migre y pueda entender cómo en lo local está contenido lo global y por ello el valor de reconocerse como nacida, proveniente de un micro-suelo posibilita la afirmación de una identidad que aunque tráfuga —me refiero a la marca de sus permanentes traslados— se piensa desde un locus, desde un sitio cargado de sentidos.

Sin duda que uno de esos sentidos es el de lo materno, concebido no solamente como reproducción biológica o como capacidad uterina, sino como entorno que hace posible la continuidad, y también la idea que estamos anexados o que hemos nacido de ese entorno "La montaña que me mira también es mi madre". Me parece que en ello hay una cosmovisión cercana a la del mundo andino donde "...el cuerpo no se considera aparte de su ambiente (como en occidente) sino que éste forma parte de la complejidad que incluye el cuerpo físico como el cuerpo metafísico, y las diferentes 'costuras' que interrelacionan los dos", como lo sostienen Arnold y Yapita en Bolivia.

La lectura de este ensayo me sugirió el hecho de que la "costura" que hace Gabriela Mistral entre cuerpo y ambiente es su propia escritura, escritura que nos liga a nosotros mismos con esas matrias, con esas materias, que hemos perdido en el desarrollo de la polarización entre lo rural y lo urbano. Pero, antes de rozar este tema, quisiera referirme a algo que las autoras señalan, que es conocido, pero que adquiere un nuevo giro. Me refiero a la "costura" entre la Mistral y el Elqui, entendido éste último como la hostia que delimita su yo de los otros y que a mi juicio condicionará su posicionamiento como mujer perteneciente no sólo a la historia de un suelo, sino a la de una clase y de un género, una clase campesina cocida, costurada, con la tierra; y un género, el femenino alegorizado en el cuerpo maternal de su propia madre y de la matría que representa su localidad de origen.

La fuerza de la relación con el Elqui se aprecia claramente en esta cita que hacen las autoras: "Salí de un laberinto de cerros y algo de ese mundo sin desatadura posible queda en lo que hago, sea verso o sea prosa". Esta imagen del laberinto de cerros que constituye el Elqui, nos evoca a los míticos recodos que los héroes —en este caso heroína— deben atravesar para encontrar el sentido de la existencia; pero la clave está en esa noción de "sin desatadura posible" que como hemos visto nos remite a la puntada —la palabra, la escritura— que costura a la Mistral, a su cuerpo, con la aldea campesina.

Y esa imposibilidad de desatarse será la que emerja en los movimientos migratorios de la escritora para hacer aparecer con fuerza la oposición que ya mencionamos: lo rural versus lo urbano como polos no conciliados. Lo urbano

representando a las clases con poder, que desprecian su propio pasado campesino, así Santiago aparecerá como el sitio del descastamiento que "ignora la lengua que habla el campo".

Desde estas ideas —entre otras que no menciono para no alargar mis palabras— las autoras plantearán el nacimiento de un pensamiento político mistraliano ligado a la reivindicación del universo del campo, a su igualación y a la necesidad de reformas que posibiliten un trato más justo con esas matris que nos habrían dado la vida en el pleno sentido del término: la vida del cuerpo y la de los símbolos.

El segundo tópico que abordan las autoras es el de la construcción de lo indígena en el imaginario mistraliano. Se trata aquí de un develamiento de los olvidos mestizos sobre uno de los componentes que los constituyen como habitantes de un suelo con una historia particular: "Excepción hecha —nos dirá— de nuestro conocimiento de la raza conquistadora difundido por España, desconocemos terriblemente nada menos que el tronco de nuestro injerto, al saberlo tan poco del indígena fundamental, del que pesa con dos tercios en la masa de nuestra sangre".

De este modo, la escritora pondrá en escena una nueva cara de la existencia chilena y americana, aquella que condiciona a nuestros cuerpos —y por supuesto a nuestra psiquis— marcados por una conquista y por un "injerto" en donde lo indígena tendrá un peso clave, pero que será negado, optándose por el blanqueamiento o hispanizamiento. La escritora buscará una metáfora parental para dar cuenta de la contradicción que nos funda: "La Araucana, que para muchos sigue siendo una gesta de centauros de dos órdenes, romanos e indios, para Chile ha pasado a ser un doble testimonio, paterno y materno de la fuerza de dos sangres, aplacadas y unificadas al fin en nosotros mismos".

Una unificación que sólo ella se atreverá a plantear y corporeizar a pesar del racismo y de las acusaciones de desclasamiento o descastamiento que le fueron hechas. Las autoras nos mostrarán cómo Gabriela Mistral se va escribiendo a ella misma como mestiza dentro de una sociedad como la chilena de comienzos del siglo pasado, conservadora y discriminadora —parece que no hemos cambiado mucho— que debió haber recibido con desagrado sus afirmaciones, porque ellas nos colocaban —me refiero a los chilenos— el dedo en la llaga que siempre hemos querido reprimir, pero que justamente por permanecer como llaga es que no podemos dejar de contemplar como amenaza al orden que hemos construido.

De este modo el indigenismo de la Mistral nacerá a partir de su propio cuerpo como alegoría de aquello que está compuesto por un cruce de sangres y culturas. Así "El chileno tonto recorre estos países indios o mestizos declarando su blanquismo. Yo sé algo, espero, de mí misma. Por ejemplo, que mi padre mestizo tenía en su cuerpo la mancha mongólica, cosa que me contó mi madre; segundo, que mi abuelo Godoy era indio puro". Esa mancha que podría ser vista como un estigma, será por el contrario convertida por la escritora en un signo de prestigio, de algo que se lleva en el cuerpo, y que se cuenta —que se escribe— como un modo de valorizar y valorizarse como sujeto dentro de una familia y de una comunidad, como una manera, en definitiva de constituir un linaje, una parentela a través de los tiempos.

Por último, y dentro de esta concepción del cuerpo indígena formando parte indisoluble del de los mestizos, dirá la Mistral: "El indio no está fuera nuestro: lo

comimos y lo llevamos dentro. Y no hay nada más ingenuo, no hay nada más trivial y no hay cosa más pasmosa que oír al mestizo hablar del indio como si fuera un extraño". Me parece notable esta cita que las autoras nos brindan como ejemplo de una noción en donde lo "interior" indígena es fruto de una suerte de "canibalismo" —emblema de la guerra y de la muerte—, pero también de una "comida" que nos permite vivir en tanto alimento ligado a los orígenes; asimismo el término "comer" sabemos que tiene claras connotaciones sexuales. Por ello, esta imagen de que llevamos lo indígena "comido" dentro nuestro encierra una visión de cópula, reproducción y muerte que no podemos evadir en nuestra historia personal y social.

El ensayo que comentamos nos irá demostrando las maneras en que la escritora se situará, entonces, al lado de esos olvidados y estructurará un complejo pensamiento indigenista que creo es muy interesante revisar a la luz de la situación actual del tema de los pueblos indígenas en nuestros territorios.

Por último, me referiré al tercer tópico que encaran las autoras. Este se refiere a sus planteamientos en relación a la mujer y a lo femenino. Tal vez, la materia más laberíntica, más entreverada de su pensamiento. Es preciso señalar que el contexto histórico y las visiones mistralianas que ya hemos revisado de su cuerpo, alma y suelo, ligadas a lo materno y a las matrias, serán muy importantes para entender su postura frente a lo que se ha llamado la "revolución más importante del siglo xx" y que dice relación con la emancipación de las mujeres en el plano de lo político y de lo laboral.

Las autoras nos muestran como la Mistral tendrá una idea de la dignidad femenina ligada a un espacio místico, pero también a uno práctico. Presenciamos también aquí la cosmovisión de que lo femenino es uno con la tierra y de que las mujeres son las que administran y tutelan la vida cotidiana. Esto las llevaría a poseer un importante valor social: "Tengo a la mujer como más saturada de sabiduría de vida que el hombre común". La marca del abandono paterno, escribirá en la Mistral la oposición presencia/ausencia representando el primer polo a la madre —a lo femenino— y el segundo al padre —a lo masculino—. Creemos que esta oposición es la que hace posible la asociación indefectible de las mujeres con el símbolo-madre y que la diada madre-hijo será la privilegiada para dar cuenta del sentido de lo femenino en el imaginario de la Mistral.

Es importante destacar dos grandes planteamientos de la escritora en relación con el pensamiento feminista de comienzos del siglo pasado y que evidencian la complejidad de su pensamiento sobre el tema. Por un lado, ella pondrá la variable de clase como una categoría que impedirá al movimiento aglutinar a "las mujeres", para hacerlo sólo con "la mujer de clase media ilustrada". De esta manera la Mistral rechaza la noción de universalidad que pretende el movimiento feminista de la época, oponiéndole la idea de pluralidad de mujeres. Así dirá que ella sólo pertenecerá al movimiento "...cuando en el Consejo tomen parte las sociedades de obreras y sea así verdaderamente nacional, es decir muestre en su relieve las tres clases sociales de Chile".

Por otro lado, la escritora exigirá a las líderes del movimiento dejar de lado la emocionalidad y plantear ideas, conceptos sociales y no "sentimentalismo mujerial". La carencia que denuncia es la de un cuerpo político en donde lo social prevalezca por sobre lo personal y lo "blanducho". Podemos leer claramente en esta

postura una exigencia de que las participantes del movimiento feminista se sitúen del lado de lo duro, de lo racional, en definitiva que asuman modelos masculinos para formular sus reivindicaciones.

Pero, al mismo tiempo la escritora desea que las diferencias entre femenino y masculino sigan prevaleciendo como nudo necesario para que el mundo funcione. Así a la noción de igualdad entre hombres y mujeres opondrá el de diferencia, pero dejando de manifiesto la necesaria valoración social de los espacios en que cada género se desarrolla. Así enfatizará especialmente en una nueva valoración del mundo privado, doméstico donde reina lo femenino alegorizado, como ya dijimos, en la madre con el hijo. Visión, sin duda, conservadora, pero que matiza al entender la fuerza inexorable del trabajo de las mujeres —sobre todo en el mundo popular—, proponiendo que sus oficios se orienten también hacia aquello materno que las mujeres portarían. Con esto no estuvo lejos de leer algo que todavía apreciamos en el Chile de hoy y es que las elecciones profesionales femeninas se inclinan hacia el lado de labores que son prolongación de la domesticidad y del maternalismo.

Por último quisiera comentar muy brevemente un episodio que las autoras nos dejan ver y que nos permiten incursionar en los otros pliegues mistralianos, en sus heridas, en sus resentimientos, ligados a la pertenencia a una clase y a un género y que ponen en evidencia vicios culturales nuestros. Este episodio dice relación con la lucha por los espacios femeninos y se ejemplifica con la competencia entre Amanda Labarca y la escritora, competencia que a mi juicio enuncia y alegoriza un “drama” que se desarrollará con más fuerza a lo largo del siglo xx. La relación entre ambas mujeres dará cuenta de cómo en nuestro país la lucha entre la cofradía y los sujetos autónomos llevan a estos últimos al exilio (real o simbólico). Eran dos mujeres, pero una de ellas era sola, sin linaje blanqueado, sin marido y sin partido o “clan” que la apoyara. El resultado es la migración de la Mistral a México y su deambular por el mundo, su nostalgia y su permanente dolor por las “humillaciones” recibidas.

Podríamos continuar reflexionando sobre los múltiples matices que el texto que comentamos nos propone, pero dejo eso como tarea ahora de los lectores y lectoras de este libro. Sólo quisiera señalar que celebro su publicación porque tiene mucho que aportar a los debates que comienzan a ser claves en nuestra sociedad, como lo son en palabras contemporáneas: la lucha por un medio ambiente equilibrado, las autonomías de los pueblos indígenas y las equidades en las relaciones de género; pero también porque creo sacan a la luz la importancia intelectual de una mujer chilena que vivió a contrapelo por pertenecer a una clase y a un género devaluados, y que a pesar de ello bregó por valorizar aquello que de despreciado había en su existencia. De alguien que como nadie sabía que a pesar de nuestra “caída” a lo racional y a lo antirrítmico, las mujeres tenemos y teníamos conciencia de la gracia de esa lengua de intuición y de música que iba a ser la lengua del género humano.

UNA PALOMITA EN MI PALOMAR*

José Weinstein Cayuela**

Estimadas amigas y amigos:

Quisiera presentar este comentario sobre este texto plural dándoles brevemente una imagen de la Educación Rural hoy en Chile. Se trata de más de tres mil escuelas, pequeñas y dispersas, las que atienden a 96.446 alumnos del nivel básico, lo que equivale al 16% de la matrícula total de los establecimientos básicos subvencionados. En ella estudian los niños y niñas más pobres y con mayores problemas de retención y repitencia.

Por ello merece ser foco de una atención especial del Estado y la ciudad. Así en esta década el Mineduc ha desarrollado el Programa de Educación Básica Rural. Este programa, denominado MECE Rural, ha propiciado la constitución de microcentros, como espacios de aprendizaje e intercambio pedagógico entre profesionales de las escuelas uni, bi y tridocentes. Hoy día existen en el país 517 microcentros, en los cuales participan 5.153 docentes que se reúnen periódicamente, según cercanías geográficas, para estrechar la relación existente en esos liceos rurales, analizando e intercambiando las innovaciones aplicadas en cada establecimiento. La nueva propuesta pedagógica permite trabajar simultáneamente con niños de distinto nivel de escolaridad y, sobre todo, incorpora elementos propios del mundo rural, que es un mundo vivo, presente, en constante gestación, pese al relativo desconocimiento de muchos de los que habitamos la urbe.

En el contexto de esa experiencia educativa, hemos observado el gran valor que las tradiciones populares traen a la vida de la escuela, por el hecho de provocar un equilibrio deseable en la experiencia educativa, ya que son tradiciones cuyo origen está en la escuela de la vida.

El caso de los relatos y leyendas populares se alza dentro de este ámbito como especialmente valioso dada la versatilidad y permanencia que representa su característica principal, que es la transmisión oral. Niñas, niños y jóvenes de los distintos pueblos y ciudades rurales de nuestro país, han crecido escuchando esos relatos en su ámbito familiar, los han hecho propios e integrado a su sistema de creencias y valores, en tanto que sus familias los han repetido y aceptado por siglos, renovándolos como fuente de aprendizaje y conservación de su identidad.

Una mirada a la narrativa campesina chilena reunida en *Una Palomita en mi palomar* nos permite identificar algunos tópicos tradicionales que nos hablan de

* Presentación del libro *Una palomita en mi palomar, cuentos y relatos campesinos chilenos*, Stgo, 2000, Archivo de Literatura Oral de la Biblioteca Nacional. Sala América, 22 de julio de 2000.

** Subsecretario de Educación.

nuestra identidad cultural: la eterna pugna entre patrón e inquilino, sublimada en varios de estos relatos en las figuras de reyes o princesas de belleza incomparable y campesinos y campesinas valientes e ingeniosos, está vigente en la figura de "El Campero de Codegua", o en los diversos relatos provenientes de Maule, San Felipe, Chillán o Iquique que nos cuentan el itinerario azaroso de tres hermanos, cuyo final siempre es feliz a favor de los más débiles.

También revivimos en estos relatos campesinos la estrecha relación entre el ser humano y los animales: encontramos perros que proponen complejos procedimientos a jóvenes campesinos, zorros y conejos que se entretienen en desafíos mutuos, niños que hablan con peces, un zorro plateado, cuya amistad cura de graves dolencias. Asistimos a través de la lectura a una diaria convivencia en el ámbito rural que trasciende el tema habitual de la sobrevivencia.

Doña Violeta Ipinza, de 61 años natural de Quileco nos introduce a la tradición religiosa campesina con el emotivo relato "Volando va el angelito" en el cual describe, con minuciosidad, la ceremonia de despedida de una niña que ha muerto. También está presente la fiesta de San Juan y sus augurios, la celebración del día de Misiá Carmelita "la mismísima Virgen del Carmen", las fiestas de Caspana, el Caleuche y su influencia en la vida de las personas. Mención aparte merece la presencia del diablo bajo la figura de un perro negro, de pactos que causan estragos a ricos y pobres, con la denominación de Patas d'Hilo, de mineros que lo enfrentan, de campesinos que se atreven a compartir con él, con picardía y con resultados impredecibles por sólo nombrar algunas de sus resonancias. Quien lee estos relatos sólo puede recordar historias similares escuchadas en la niñez, en la ciudad o en el campo, que implicaron, sin duda, sueños intranquilos y miedos y sudores que paralizaban.

Finalmente, resuenan en quien lee las leyendas temas vigentes, de ayer, hoy y siempre: embarazos no esperados en Salamanca, accidentes fatales de personas en Arica, cuyas tumbas son objeto de peregrinación, naufragios en Chiloé, lagunas encantadas en Rare, bandidos que hacen el bien en Lota Alto, justicia laboral en Rancagua y hombres enloquecidos por la soledad en Tierra del Fuego. Es la vida misma con su cargamento de emoción, afectos y misterios lo que reconocemos al asomarnos a esta ventana que es *Una Palomita en mi palomar*.

El tema de las tradiciones, las mismas que estamos comentando, no ha estado ausente de las discusiones pedagógicas ocurridas en ese ámbito. Nuestro sistema escolar no es siempre receptivo a esta cultura familiar y local. Permítanme ilustrarles esta "cerrazón pedagógica" con una situación real ocurrida en una escuela rural multigrado de la Comuna de Hualañe, VII Región.

En ella, una profesora se había propuesto recopilar las historias guardadas por las familias de sus alumnos y alumnas y para conseguirlas, les pidió que conversaran en sus casas acerca de la posibilidad de ponerlas en común y transcribirlas para el resto del curso. Los niños y niñas de la escuela volvieron preocupados en los días siguientes, porque en varias familias no había sido posible recuperar esas antiguas historias orales. ¿La razón? Les dijeron que a la escuela se llevaban los cuentos que se leían habitualmente: por ejemplo, caperucitas y bellas durmientes y que estas otras historias, las que se contaban en casa, eran para escucharlas sólo en familia. El resultado de este aparente desencuentro fue, en verdad, un encuentro entre las tradiciones orales, presentes y vigentes en la cultura del lugar y la escuela, coincidencia

que, sin duda, facilitó un acercamiento más perdurable con la comunidad.

La lectura de los cuentos y relatos incluidos en el libro que hoy comentamos contienen una tremenda resonancia: se hacen eco de las tradiciones orales que por siglos han estado presentes en la cultura campesina chilena. Cuando Gerardo Egaña, de sólo nueve años y desde Combarbalá, relata "El Medio Pollo", aquella historia emblemática de alguien que es discriminado por su apariencia física, pero que no es definitivamente derrotado gracias a la solidaridad, se percibe la resonancia que esa misma historia tuvo en sus abuelos y bisabuelos y la que tendrá en sus hijos, nietos y bisnietos. Ese es el potencial cultural, valórico y humanizador de las 71 tradiciones incluidas en esta publicación.

Si creemos que en la sala de clases están vigentes las nociones sociales y los modos de relacionarse de quiénes están allí y que, por tanto, no es un lugar neutro, será indispensable vincular los contenidos curriculares con la realidad social de quiénes diariamente comparten en ese espacio. Es más: la movilización de la información cultural disponible asegura el logro de mejores aprendizajes.

No es posible imaginar que alguien comience a asistir a la escuela con su mente en blanco: allí están vivos y presentes los Caleuches, los zorros plateados, los reyes y princesas, el Patas d'Hilo, los angelitos, Misiá Carmelita, entre tantas otras imágenes de gran potencia que nos han acompañado desde siempre en el campo y en la ciudad. En este marco, el aprendizaje es un proceso esencialmente activo y cooperativo ligado a las experiencias que emanan de la vida cotidiana de quiénes van a las escuelas y liceos, cuestión que adquiere especial relevancia en los establecimientos ubicados en sectores rurales.

En esta cultura, la de la escuela de la vida, que nos puede asegurar mayores logros y un reconocimiento del otro, necesario para ser y crecer en la vida de la escuela. Los docentes y los alumnos adquieren una mayor ciudadanía cuando se les reconoce como poseedores de un mundo cultural y valórico que es parte esencial del país y de la identidad nacional y sobre la cual, sin duda, es posible construir el presente y el futuro de esas mismas comunidades rurales. Recuperarlos y resignificarlos, es, entonces, un desafío para la educación rural.

Este desafío educativo, en un sentido amplio, está particularmente vigente en estos momentos de globalización cultural. En efecto, las nuevas tecnologías de la información y la revolución de las comunicaciones no pueden hacernos olvidar nuestras raíces ni nuestra propia identidad. Para participar como actores y no como espectadores y consumidores pasivos del mundo globalizado debemos volver a nuestra historia y cultura nacional, constituida por nuestra diversidad regional. La enseñanza de estos cuentos y relatos campesinos forma parte de esta educación que debemos legar a las nuevas generaciones. Ojalá que nuestros alumnos –y conste que no me refiero sólo a nuestros estudiantes rurales sino que también a los que habitan nuestras ciudades– junto con ser usuarios avezados de Internet también naveguen en el espacio real y nuestro de "Una Palomita en mi palomar"...

Mario Milanca Guzmán (1948-1999)

Y FUE LA DIÁSPORA

Y fue la diáspora

Tú aquí, tú allá, ustedes más allá.

*Una mano invisible clasificaba
acumulaba el pasado y el presente.*

*La vida en esos días
valió menos que nunca,
inunca valió menos el ser humano!
Hoy nos saludamos de continente
a continente.*

*Detrás de cada sello tratamos
de vernos para dialogar,
para mirarnos
como ayer.*

*Pero alguien lanzó los dados.
Estos se dispararon locos
por aquella cordillera.*

Esos dados aún están rodando.

*Ya circulan bajo las heladas aguas del mar del sur;
esos dados,*

¿qué nos dirán para mañana?

¿quién podrá detenerlos?

*Y fue la diáspora
ni buscada ni esperada.*

*Los dados aparecieron a media noche,
se dejaron caer pesados, rotundos,
y fue larga su carrera por ese
frágil y extenso mapa.*

*Nos escribimos para decirnos mentiras,
obviadas,
falsedades.*

*Ya se pierden en el polvo del desierto,
ya se confunden con la nieve
de esa antártica,
ya los lava la lluvia de la isla.*

Pero
esos dados
se desgastan
por sus aristas

SEÑALES

Por ahí estarán
los huesos de muchos compañeros
dialogando lo que pudo ser y no fue
Por ahí: en el fondo del mar, en el fondo de la tierra o
quizá a flor de tierra
los huesos, esos huesos
estarán haciendo extrañas señales

¿QUIÉN DIJO QUE ERAN UNA REALIDAD?

-¿quién dijo que eran una realidad?

-ahí donde sucumbe
esa verdad llamada
isla

-la pleamar anula
estas vastedades orgullosas
de sí mismas

-esos espejismos contienen
tanta realidad

RITO DEL VIGILANTE DE LAS NOCHES INEXISTENTES

mientras todos duermen
yo vigilo
la noche el cielo las estrellas las sombras
mientras todos duermen
vigilo
que todo esté en su sitio:
las aceras el banco de la plaza la estatua
ayer develada las calles misteriosas
aquí no hay nadie todos duermen
sólo yo vigilo

la luna las estrellas que ya nadie admira
 vigilo y me maravillo de ese espacio
 con sus miles de espejismos
 girando girando
 mientras todos duermen
 yo vigilo
 el sueño de la joven de la anciana del niño
 con el ojo fijo
 miro atento que el árbol no sacuda sus hojas
 pero estas ciudades
 pero estas aldeas
 iluminadas
 ¡qué pretenden!

estas aldeas quietas y sumisas dan miedo
 a media noche
 cuando todos duermen
 yo vigilo
 esta y todas las noches
 que flotan en mis pesadillas
 vigilo mi insomnio
 jugando un juego macabro
 apago esta miserable luz eléctrica
 e inicio mi monólogo
 del desencanto de la miseria del derrumbe de la desdicha
 así en esta cueva
 recomienzo recompongo todo mi discurso diario
 lo repito lo reitero
 hasta la saciedad en voz alta
 sólo para ser más elocuente
 esos diálogos del absurdo del insomnio de la impostura de la insensatez
 esos diálogos cotidianos.

después de media hora no sé si estoy solo
 o alguien me acompaña en esta oscuridad plena
 veo la luz y hablo hablamos hablo así hasta agotarme
 agotarnos hasta perder la voz
 cuando termino de repetir lo irrepetible
 ese abominable discurso del día anterior de esa impostura nauseabunda
 comienza a llegar la luz natural con todos sus matices
 a esta altura
 agotado desecho me arrastro a mi cama y culmina este rito
 del vigilante de las noches inexistentes.

DIADAS (1)

Crimen / Poema

Hablemos de obviedades. Así como no existe el crimen perfecto, está probado, tampoco existe el poema perfecto. Ambos: crimen / poema, se me ocurre, son hijos de una misma pasión, de una misma sinrazón. No, no se trata de un miserable juego de palabras. Trato de indagar por qué no existe, ni existirá el denominado *poema perfecto*. Tenemos novelas, cuentos casi perfectos... La literatura nos puede lanzar a la cara varios 'crímenes perfectos', pero la poesía, esa escritura donde el alma del hombre estalla a cada paso, ese crimen no se ha podido consumir. ¿Por qué? buena interrogante para los que hemos sacudido las noches en busca de un texto único.

Poema / crimen he aquí nuestro primer obstáculo que nos ha entregado el comienzo de esta noche.

DIADAS (2)

Llorar / Escribir

Lloramos al contemplar nuestro pobre montón de huesos desintegrándose en algún oscuro hueco. Lloramos por nosotros, ¡quién más lo podría hacer!, lloramos por nuestra soledad en este mundo.

Escribimos sobre la tierra, el mar, las estrellas, pero esa escritura siempre es efímera, el tiempo la borra inexorablemente. Almacenamos palabras como almacenamos lágrimas como almacenamos sueños para que algún día otros recojan esa desdicha: llanto / escritura se unen en el destino del hombre. De ese océano de lágrimas nace la palabra inédita, pero ya manchada por el aliento de la destrucción y la vergüenza.

Mientras otros lloran yo escribo esta imposibilidad mayúscula: llorar / escribir. Se llora, según me dicen, para desahogarse, para botar toda la basura acumulada en el corazón, para expulsar todos los demonios. Se escribe para matar fantasmas, para pisotear las imposturas, para expulsar y botar tanta miseria y desdicha que nos acorrala. En definitiva se escribe para olvidarnos de nuestra soledad... Se llora, intuyo, por tener plena conciencia de nuestro-ser-para-la-muerte se llora por lo mismo que se escribe. Se escribe con lágrimas, se llora aferrado a un texto a un discurso: carta de amor, poema, libro de ficción, biografía. Ambas acciones se unen en un mar de sinonimias: lloramos y escribimos para expulsar, lanzar, vomitar, expeler, eliminar, escupir, echar, lanzar, arrojar, aventar tanta miseria y tanta basura.

DIADAS (3)

Meditar / Caer

Meditar –ese acto aparentemente reflexivo– es como pisar al borde de un abismo. Hay una orilla, un límite, que no se puede transgredir, pues de lo contrario nos perdemos. Y esa caída nos costaría, irónicamente, la lucidez.

Suponemos tener todo claro, sin embargo, nos perdemos en las librerías para continuar indagando (buscando eso que iniciamos no sabemos cuándo). A nuestro lado llega gente, pide libros; aquí se me ocurre dividir en dos tipos de animales a los clientes: los que piden y los que olímpicamente se autoatienden. Creo que los últimos son los verdaderos lectores, son los que realmente saben lo que quieren. Además ellos asumen un tipo diferente de lectura: lectura reflexiva, pero también lectura placentera. Hojeamos libros y estallan recuerdos de días pasados, de hechos que el tiempo tragó y olvidó.

Al salir de ese cúmulo de papel impreso con las manos sucias de polvo ya hemos tenido varias caídas involuntarias, las más de las veces. Pero seguimos desafiando ese límite.

DIADAS (4)

As-reflejo / des-censor espejo

Al instalarme en un ascensor (me gritan al oído: jaula, jaulón, loquera, huacal, pajarera etcétera), pregunto; no, primero me veo reflejado y ahí reflexiono –mientras miraba muy complacido esa reverberación, si porque debo aclarar que jamás he rechazado, digo mi imagen– por qué colocaban espejos en esos cajones (jaulones, loqueras) que a través de un mecanismo subía-bajaba. Alguien pudo pensar que para agradar a las damas, a quienes les encantaba verse reverse enverse. Pero esa hipótesis parece muy simplista. En esa jaula (jaulón, jaulín, jaulor) el hombre no podría sentirse bien, era peligroso dejarlo solo, ergo, brillante idea: el otro. Claro pongámosle, frente a frente, su imagen –como se le espanta la soledad al pajarito en su pajarera– cual Narciso al borde del abismo no se le permitirá otra opción, sólo ver-se a sí mismo. Lo cual, por otro lado, permite un sin número de consideraciones. Tú (subes) te miras, te guiñas un ojo. Tú (bajas) te haces una mueca a sí mismo (a); te saludas, te despidas. Tú (sabes) te observas sigilosamente a la medida del edificio que habitas (otro habitáculo sin resonancia). Decía vanidosamente te retro-observas y ahí tu alma se refleja, se mueve, agita agriamente y mecánicamente tu yo, en esa espesura llamada as-reflejo des-censor espejo.

ACTO DE FE

*En el próximo exilio
haremos todo mejor.*

*No escribiremos poemas
amargos.*

*No viviremos pensando
en el absurdo regreso*

*Cambiaremos el llanto
en canto. Reiremos hasta agotarnos.*

*Nos olvidaremos de esas oscuras
áreas que nos vieron nacer y crecer.*

*¡Qué cosa más tonta eso de evocar
aquellas soledades!*

*Suprimiremos las cartas
inútiles*

*En fin
amigos, conocidos, desconocidos:
en el próximo exilio
haremos todo mejor*

De: El asco y otras perspectivas (1986)

HOMENAJE A JORGE EDWARDS*

Adriána Valdés

Señor Presidente de la Academia Chilena de la Lengua, señor Encargado de Negocios de la Embajada de España, señores Académicos, autoridades, señoras y señores, amigas y amigos:

Hace poco, leyendo en un avión, me encontré un pasaje de novela. Se trataba de una presentación en público de una novelista, en Nueva York. El escritor encargado subía al podio, miraba al público y decía: "Ella no necesita presentación". Y se bajaba. Yo pensé inmediatamente en esta tarde, en esta ocasión, y tuve una tentación tremenda de hacer lo mismo. Jorge Edwards no necesita homenajes. Los ha recibido en ámbitos mundiales, con todo un aparato de ceremonias y de medios que puso su literatura en un lugar que excede con mucho el de los más altos honores que quisiéramos hacerle.

Pero he recibido este honroso encargo de la Academia, y es un encargo que tiene sentido. Aunque Jorge Edwards no necesite de nuestros homenajes, nosotros sí necesitamos hacérselos, tener una ocasión como esta en que le hagamos presente nuestra admiración y nuestra alegría por el reconocimiento que ha recibido. Y tengo especial contento de que hoy me haya tocado hablar de su narrativa. Lo último que escribí sobre él, precisamente a propósito del Premio Cervantes, fue un "Ejercicio de admiración" que se publicó a fines del año pasado en la *Revista de Libros*. Entonces no había leído aún *El sueño de la historia*, que para muchos, y para mí también, es un trabajo absolutamente notable y sin duda su mejor novela. Tampoco había oído el discurso con que agradeció la orden al mérito Gabriela Mistral, que me hizo pensar mucho. Escribir este texto ha sido entonces una experiencia nueva, y por qué no decirlo, conmovedora. Me disculpo de antemano por las hipérboles y los énfasis tan ajenos al estilo del autor...

Muchas veces los premios llegan a los escritores cuando algo en ellos ya se ha agotado, y cuando su impulso inicial tiende a repetirse y a degradarse. Es motivo de contento especial, de excepcional celebración, que, coincidiendo con un premio tan destacado como el Cervantes, aparezca la mejor novela del premiado. Por eso tal vez cedo a la tentación de evitar un panorama de su narrativa a lo largo de los años y de centrar las palabras de este homenaje en la novela *El sueño de la historia*.

* Academia Chilena de la Lengua, Santiago, 31 de julio de 2000.

Al terminar de leer esta novela la encontré admirable por muchos motivos. Me interesó el lenguaje: la agilidad, el humor, el movimiento y el ritmo de cada párrafo. Me impresionó su estructura, lo bien armada que está. (Tantas novelas chilenas que he leído ahora último no saben cómo terminar, van agotando, terminando en nada, o en menos, un buen impulso inicial.) Me admiró, como siempre en obras de Jorge Edwards, la lucidez de las observaciones, el ojo para el detalle que nunca es solamente descriptivo, las frases que intercala como regalos y que resuenan en la propia experiencia, lanzan la imaginación brevemente hacia la propia vida y la devuelven con gracia eximia hacia la historia que se está leyendo. Dice, por ejemplo, que “convencemos a mucha gente, dice, e incluso a un puñado de lectores, pero no conseguimos convencer a nuestros hijos” (pág. 91), y sigue como si nada. Pero quisiera detener mis admiraciones en lo que más me intrigó, lo que me pareció más interesante y difícil de pensar. Y lo que más me conmovió.

Se me ocurría a cada rato, al leer, que era una novela de la edad madura. (T. S. Eliot hablaba de una “poesía de la edad madura”, y con eso ponía en evidencia que una parte muy importante de lo que se llamaba poesía lírica hasta el año veinte era, en realidad, una poesía vinculada a experiencias de la juventud, casi de la adolescencia: como si las de la edad madura no se avinieran bien con la lírica). Y se me ocurría, a cada rato, que era una novela sabia. Como parecemos vivir un tiempo en que nos son inaccesibles tanto la sabiduría como la madurez, y en que las modas del pensamiento se apartaron hace tiempo de esos temas, y que decir esas palabras lo pone a uno en contextos o muy caducos o sumamente sospechosos, no sabía muy bien ni por qué estaba pensando en esas palabras ni tampoco cómo pensarlas.

Yendo hacia atrás, el acto de contar una historia tuvo siempre una peculiar relación con la verdad, y con la sabiduría, que es –según Walter Benjamin, en “El narrador”– “el lado épico de la verdad”¹. Las narraciones reales o ficticias, contadas con calma en otras épocas, transmitían experiencias, enseñaban a vivir. Desde principios del siglo xx se ha ido percibiendo un empobrecimiento de esa posibilidad; la capacidad de intercambiar experiencias va haciéndose progresivamente ajena. En cambio, está la vertiginosa información, el periodismo; alguien lo llamó “el sabotaje de la experiencia”². Tal vez porque su ritmo deja atrás, obsoleta, la posibilidad de pensar. Tal vez porque la escala masiva de su mirada deja también atrás el “frágil y pequeñísimo cuerpo humano” en que las experiencias se encarnan, ese frágil y pequeñísimo cuerpo humano que es todavía nuestra inevitable metáfora. Las formas modernas de la guerra, de la economía, de la vida política han dejado ese cuerpo en un lugar donde “todo ha cambiado, menos las nubes” (Benjamin), y ha hecho estallar, parece, cualquier horizonte de sentido para las experiencias individuales. Hay una novela francesa, más bien un fenómeno edito-

¹ Walter Benjamin, *The Storyteller*.

² Richard Wolin, *Walter Benjamin, An Aesthetic of Redemption*, University of California Press, 1994 (edición revisada), pág. 221.

rial francés –Houellebecq– que nos trasporta a ese mundo estallado desde su título mismo: “Las partículas elementales”. En ese mundo, que es también el nuestro, la catástrofe ya ocurrió. ¿Cómo, pues, hablar de sabiduría, cómo pues, hablar de experiencia?³ Todo eso presupone un sujeto que vive esa experiencia, y un sujeto que la recibe también, y nosotros en los sesenta ya le creímos a Foucault cuando nos dijo que el sujeto se estaba borrando, “como un rostro dibujado en la arena al borde del mar”⁴. Y quedó allí borrado, disperso, transformado en partículas elementales, en muchas novelas contemporáneas.

Y sin embargo se mueve, dijo Galileo en otro contexto y sobre otra cosa, y sin embargo se mueve. Y lo hace en esta novela, para para perplejidad de los teóricos (que tendrían que darle otra vuelta al asunto) y para contento de sus lectores. Tal vez porque nos interesa la experiencia, ojalá la sabiduría, de “un hombre culto en tiempo de barbarie”. Esa frase, que María Zambrano (otro premio Cervantes) aplicó a Séneca, le viene también a los protagonistas de las dos historias que se entrelazan en la novela que estamos comentando: le viene a Joaquín Toesca, arquitecto europeo en el mundo de la Colonia chilena, y le viene a Ignacio, el narrador de la historia que es casi, casi de nuestros tiempos, es decir, de apenas unos años atrás. Dos tiempos que se podrían llamar de barbarie, de “aferrarse a lo absoluto, que es siempre un poco cosa de bárbaros”⁵. Y dos tiempos de Chile. Lo que se cuenta en esta novela, y cómo se cuenta, tiene que ver con las particulares modulaciones de la barbarie en estas tierras, vistas desde dos viajeros. Tanto Toesca como el Narrador se preguntan “en qué mundo me habré venido a meter” (pág. 65), y observan desde esa extrañeza y desde cierta distancia, recurso literario antiquísimo y eficaz, una “vida chilena formada por toda clase de aluviones enigmáticos (...) de la que sabemos poco (...) por eso vacilamos, y la inseguridad, de cuando en cuando, nos mata” (pág. 126).

Cuando Jorge Edwards hablaba de su novela *El origen del mundo*, solía hablar también de sus lecturas de Séneca. Tuve ocasión de recordarlo a propósito de los protagonistas de esta novela. “Así es el mundo, se diría a sí mismo con lucidez, con no poca tristeza: así son las cosas” (pág. 63). Y si una posibilidad de reaccionar es la de Job (precursor, tal vez, de la novela de protesta, pienso en broma), que “pide cuentas a la divinidad”, otra es la de Séneca, “que no tenía en parte alguna a nadie a quien pedir cuentas”, dice María Zambrano⁶. Como tampoco las pide esta novela de Jorge Edwards: no viene de “la especie de los chilenos que hacen carrera en la vida quejándose, pidiendo y lloriqueando”. (pág. 68). Con lucidez, con no poca tristeza, hace suyo el talante de Séneca. Tampoco olvida la risa que éste recomen-

³ Se hace eco de la pregunta de César Vallejo: ¿cómo, pues, ingresar a la Academia?

⁴ Citado por Hal Foster, en *The Return of the Real*.

⁵ María Zambrano, *Séneca*, Biblioteca de Ensayo, Siruela, 1994, pág. 79.

⁶ María Zambrano, pág. 83.

daba en *La tranquilidad del ánimo*⁷. Esa risa que, "antes de juzgar nuestras acciones por miserias" "las tiene por locuras", como juzgó Toesca las acciones de su mujer Manuelita, que lo expusieron al escarnio de todos. "Te amo y te perdono" es una frase que resuena en ambas historias matrimoniales, en la de Toesca y en la del narrador de los años ochenta, y que extiende su resonancia —por los astutos medios de la ficción— hacia las dolorosas, complejas, aparentemente inabarcables circunstancias históricas distintas en que se dan esas dos historias personales.

Toesca dice esa frase en su lecho de muerte. Ha dispuesto la escena cuidadosamente, ha escogido sus testigos, se ha asegurado de que quedará para la posteridad. Los estudios históricos destacan que antes (y no como ahora) el lecho de muerte podía ser un gran escenario, donde el moribundo desempeñaba el papel protagónico y podía, en sus últimas palabras, fijar un sentido, una "versión definitiva" para su propia historia, hasta entonces turbia y confusa como tantas historias personales. "Te amo y te perdono" es su último acto de sabiduría. Parece ser una manera de responder a la interrogación de Séneca sobre perder el tiempo en discusiones de palabras: "¿Tanto tiempo nos sobra? ¿Sabemos ya vivir? ¿Sabemos morir?"⁸. Interrogación angustiosa, que resuena desde su resolución en la historia de Toesca hacia los terrenos más inciertos de la historia de Ignacio, el Narrador, y hacia los más inciertos todavía de ese "nosotros", que "desde el limbo" aparece a veces, como una especie de narrador al cubo, el narrador de la historia del Narrador, alguien ubicado más allá de esos dos espacios de ficción, casi casi, pero no totalmente, cómo en nuestros espacios, esos que por costumbre llamamos los de la realidad. Desde donde, casi inconfesablemente, nos estamos preguntando si esta novela nos ayuda, aquí en este tiempo, y aquí en este Chile, donde trascurren sus historias, a saber ya vivir, a saber morir.

Y sospechamos que sí, a su propia manera, que es la esquivia, ambigua manera de la ficción. Una manera que hace posible que las palabras no sean las de las discusiones, las de "los dogmáticos, los discutidores eternos" (pág. 283). Que sean otra forma de las palabras, y que tengan otra relación con lo que, por costumbre, llamamos la realidad. Que no sean la historia, sino el sueño de la historia, algo menos que la historia pero también algo mucho más que la historia, el sueño que se teje con sus pedazos dispersos, que toma sus retazos para construir, como Toesca, una arquitectura que cambia y ennoblece nuestro chato paisaje y que, en el mejor de los casos, se incorpora a él. Tengo para Jorge Edwards un recado de una amiga muy querida, la pintora Roser Bru: "Dile a Jorge que estuvimos en la Plaza de Armas, y que ahora vemos al Narrador en las ventanas, y sabemos que están ahí

⁷ "En mayor obligación pone al género humano el que se rie de él que no el que le llora; porque el primero deja alguna parte de esperanza y este otro llora neciamente aquello que desconfía poder remediarse". (pág. 130).

⁸ "Perdemos mucho tiempo en disertaciones de palabras y en caprichosas discusiones que solamente consisten en vagas sutilezas. Formamos dificultades, elegimos palabras ambiguas, y enseguida nos damos la solución. ¿Tanto tiempo nos sobra? ¿Sabemos ya vivir? ¿Sabemos morir? Debemos aplicar todo nuestro talento a ponernos en condición de que no nos engañen las cosas; las palabras no importan nada...". (*Cartas a Lucilio*, xiv).

sus papeles, y los imaginamos, y que nunca, cuando volvamos allá, dejaremos de verlo". Y yo añado a eso, a modo de mi propio deseo, el de encontrar de ahora en adelante, en el paisaje imaginario de nuestra ciudad –tan de Santiago que es esta novela– una mirada que venga de ella, que salga "de lo común y lo corriente" (p. 338), de nuestra habitual chatura para juzgar, algo que –como los edificios de Toesca– cambie un poco la línea de horizonte de nuestra mirada; porque harta falta nos hace.

Vuelvo a la novela, la otra, la que leía en un avión. Todos los personajes eran escritores, y a todos les preguntaban cuánto de realidad había en sus historias, y ellos, en distintas circunstancias, contestaban que sus personajes combinaban rasgos de personas reales pero no eran calcados de ninguna persona en particular, como los personajes contemporáneos de esta novela de Jorge, que se reconocen y se dejan de reconocer como si se reflejaran en un espejo roto. A la manera del personaje del Narrador, el novelista "sabe algunas cosas, más bien pocas, y se imagina otras" (pág. 109), y con eso construye su trama; y en el entrevero de esa trama, en el juego de reflejos que crea entre la historia del tiempo colonial y la historia del que es casi nuestro tiempo, la lectura pesca al vuelo, entrevé fugazmente, un sentido y una coherencia: o, más bien, como quería Borges, "la inminencia de un sentido," que siempre esquivará (y desdeñará) una formulación demasiado explícita.

Es interesante el cómo se logra esto en *El sueño de la historia*. La narrativa de la vida de Toesca no es la vida del Narrador, pero también lo es, hay puntadas (uso la palabra en el sentido de dolores súbitos) que juntan una con la otra; Santiago colonial no es el Santiago de los años ochenta, ni tampoco el Santiago de ahora, pero también de soslayo lo es: y se produce un efecto como el del cine de tercera dimensión, en que dos imágenes, al superponerse, crean un sorprendente efecto de profundidad. No quiero entrar en análisis de técnicas –la novela se merece más que eso, y viene de vuelta del tiempo en que la narración hablaba de sus propios procedimientos. Quiero volver al principio, a la sospecha de que esta novela tiene una particular forma de madurez, una particular forma de sabiduría, que no se expresa como en la filosofía, ni como en la historia, ni como en la moral: que nos llega a través de un goce propio de la ficción, que tiene que ver con la lectura de novelas y con lo que es el arte narrativo.

En un libro sobre ética encontré un enunciado que me sirve: la realidad es siempre más rica que los conceptos morales con la que la clasificamos. Hay un excedente, en la realidad, que nunca cabe en las fórmulas. Los retazos de realidad con que se va armando la construcción de una novela son siempre inesperados, tienen "enganches afectivos" que disparan en varios sentidos y se combinan alquímicamente entre sí, en la novela, y con la difusa experiencia recordada por quien la va leyendo. El ambiguo amor de Toesca por Manuelita, del Narrador por

su mujer, sirven también de metáforas: decía antes que el frágil y pequenísimo y caprichoso cuerpo humano sigue siendo nuestra metáfora inevitable y de él, de esa naturaleza, provienen siempre las más increíbles sorpresas. Gozamos en la novela de ese excedente que no cabe en las fórmulas, del rumor informe de las calles, de las plazas, que fascinaba a Toesca y que se oponía a "las partituras impecables" (y generalmente equivocadas) de su amigo don José Antonio de Rojas, el reformador.

Por otra parte, gozamos en las novelas de otra cosa. El Narrador —como cualquiera de nosotros, los lectores— "a veces pensaba que el pasado era un cajón de sastre o un basurero, y otras veces lo imaginaba como un limbo o como una droga". Uno de los placeres propios de la lectura de novelas tiene que ver con reparar el vacío que implica ese sentimiento, con abrigarse del frío de muerte que eso crea (algo así dice Benjamin), con llenar los espacios en blanco de la existencia que rodean a los objetos de desolación e insignificancia (algo así dice Magris). Leer es sentir una voz, la del Narrador más allá del personaje del Narrador: una voz sin la cual "todo regresaría a la incoherencia, al caos primigenio" (pág. 357). Durante el tiempo de la lectura, el mundo también se vuelve legible, y, como en la novela, nos ofrece —incitante— la inminencia de una inteligibilidad, la promesa de un sentido, de una coherencia. Si el texto es inteligible, tal vez el mundo también lo sea: con eso nos embriagamos, nos abrigamos nosotros, los pobres lectores acechados por el vacío, por el frío de muerte, por los espacios en blanco de la existencia.

Por último, un tercer placer. La narración permite poner fuera del "caos primigenio" una construcción que se puede mirar, ver. La narración permite la mirada. Y de hecho, para existir, exige la experiencia de haber construido esa mirada. La narrativa de Jorge Edwards ha sido elogiada desde sus inicios por su lucidez, pero en esta novela y en *El origen del mundo*, también novela de madurez, acentúa además otro rasgo. Al recibir la Orden al Mérito Gabriela Mistral, Jorge Edwards habló sobre todo de la compasión, y eso me hizo pensar mucho en el efecto de sabiduría que esta novela produce. El personaje Narrador de esta novela se pregunta: "¿No será que la voz narrativa, para existir, para salir de la nada, necesita de cierta dosis de optimismo, de algún principio de esperanza?". (pág. 357). En la mirada de esta novela está su principio de esperanza. A la mirada de esta novela no le falla nunca una mezcla certera de humor y de compasión: de esa compasión y de ese humor que, según decía Séneca, permiten mirar las historias humanas (y aquí, estas historias santiaguinas de un tiempo y de otro) más como locuras que como miserias. Una mirada que permite decirles, con Toesca, y como él a pesar de todo, la frase que traspasa esta novela: "Te amo y te perdono".

La Historia, al igual que cualquier disciplina científica, tiene su objeto y ha ido creando los métodos que le permiten desentrañar las cuestiones que pretende conocer. En la medida que el historiador se fue proponiendo estudiar temas y materias antes no abordados, u optaba por analizar desde una perspectiva novedosa cuestiones conocidas, se vio en la obligación de ir refinando las metodologías que le llevarían a esclarecer el problema planteado. En la búsqueda de los instrumentos adecuados ha debido recurrir a ciencias auxiliares y a métodos desarrollados por otras disciplinas. Para hacer historia económica el historiador debió interiorizarse de la economía como ciencia, para estudiar historia social tuvo que utilizar métodos creados por la sociología. Y todo ello sin olvidar los métodos propios y tradicionales de la Historia, a los que se fueron agregando otros nuevos, que se idearon para responder a interrogantes que antes no se habían formulado.

Es evidente que la investigación histórica ha ido aumentando en complejidad con el paso de los años, pues a los factores ya indicados y directamente relacionados con ellos, se suma el problema generado por el volumen de las fuentes documentales. Éstas se han incrementado de manera sustancial con el paso del tiempo, por una parte, debido a la ampliación de las funciones del Estado y de las relaciones entre los privados, y por otra a la generación de nuevas temáticas a estudiar, que han obligado a recurrir a materiales que, existiendo, antes no se visualizaban como fuentes útiles para la historia. Esto último es lo que acontece, por ejemplo, con la documentación de escribanos y notarios, que adquiere gran importancia en función de la historia económica y de la historia de las mentalidades. Algo similar podemos decir respecto a la documentación judicial de la época republicana y a los papeles de las empresas y sociedades anónimas. Todo ello, sin considerar la significación cualitativa y cuantitativa de la prensa, que ha pasado a ser una fuente clave para estudios históricos de la más variada naturaleza.

El historiador, ahora más que nunca, se encuentra literalmente sepultado por montañas de documentación, sobre todo, cuando se pretende estudiar temas más cercanos al presente. Partimos de la base que, por imperativo de la disciplina y de honradez intelectual, ningún historiador que se precie puede hacer caso omiso de la revisión de ciertas fuentes relacionadas con la temática que pretende estudiar. Ahora bien ¿Cómo poder enfrentar esa cuestión, sin terminar siendo ahogado por los papeles? He ahí uno de los grandes desafíos que el desarrollo de la disciplina le hace a quienes la cultivan. La metodología es una de las claves para poder acometer con posibilidades de éxito la cuestión de las fuentes históricas. Una eficaz metodología le permitirá precisar las fuentes fundamentales y le ayudará a determinar la manera de abordar la revisión de ellas y a discriminar con criterios lógicos la información a seleccionar. No obstante, igual tendrá que efectuar un paciente y a veces tedioso trabajo de revisión de ingentes cantidades de papeles. Por lo mismo, cualquier instrumento que le permita aliviar esa tarea, que le ayude a encontrar con rapidez la información que busca, tiene un valor infinito y es apreciado como regalo del cielo. En esa categoría caben los catálogos de los archivos, las publicaciones de fuentes documentales,

los índices y ficheros bibliográficos y, por cierto, los diccionarios históricos y biográficos.

Desde el punto de vista de ese tipo de instrumentos auxiliares para la investigación histórica, nuestro país tiene una larga tradición, sobre todo en lo referente a la publicación sistemática de colecciones de fuentes documentales. Al respecto basta recordar las muy importantes series publicadas el siglo XIX referentes a historia colonial. Con todo, en materia de diccionarios biográficos la situación no es equivalente. Estamos lejos de poseer una obra como el diccionario histórico biográfico del Perú, que en 1874 publicó Manuel de Mendiburu en ocho volúmenes. Las obras de ese tipo que en el siglo XIX se hicieron en nuestro país son mucho más modestas y técnicamente bastante imperfectas. Al respecto se puede mencionar el libro de José Domingo Cortés, que corresponde al primer diccionario biográfico escrito por un autor chileno y que pretende sacar a luz a las personalidades que se habían distinguido en el Nuevo Mundo, como una manera de dar a conocer en Europa a los hombres notables de este continente, que allá eran ignorados por falta de información. Debe recordarse que ese libro se escribió y publicó en París, en 1876. Demás está decir que es una obra muy incompleta y con deficiencias importantes en su estructura. Los otros diccionarios decimonónicos son los de Pedro Pablo Figueroa y de José Toribio Medina. Este último sólo comprendía biografías de personajes de la colonia y habría que decir que no es una de las obras más logradas de ese prolífico autor. Incluso más, al poco tiempo se publicó un libro dedicado a reseñar los errores y lagunas de aquella obra. El anterior, el de Figueroa, cubría el período 1550-1887 y puede ser considerado el primer diccionario con biografías sólo referentes a Chile. Al igual que los demás tiene numerosos defectos. Las omisiones, la falta de uniformidad y las escasas referencias documentales, son algunos de los defectos más notorios.

Ya en el siglo XX habría que considerar el *Diccionario Biográfico del Clero Secular* del presbítero Luis Prieto del Río, publicado en 1922 después de su muerte y que no obstante su utilidad tiene la limitación impuesta por su especificidad, amén de numerosas deficiencias derivadas del hecho de ser una obra inacabada. Finalmente tenemos que mencionar el *Diccionario histórico y biográfico de Chile* de Virgilio Figueroa, que se publicó en cinco volúmenes entre 1925 y 1931, cubriendo con su información desde 1800 hasta el año 1930. Esta es sin lugar a dudas la obra más importante en su tipo que existía hasta ahora y por lo tanto pasó a ser una referencia obligada para todo historiador que trabajara sobre la historia del período republicano. Su autor pretendió hacer figurar en él a "todos los que en alguna forma y en cualquier ramo de la actividad social habían contribuido a la organización o al engrandecimiento del país". Por ello incluirá a políticos, hombres de empresa, militares, artistas, dirigentes laborales y deportistas. Pero además intentó dar a conocer los acontecimientos más importantes que se habían desarrollado en los 130 años que cubría la obra. Es evidente que la publicación de ella significó un avance notorio con respecto a lo que existía en ese campo y, como hemos indicado, pasó a ser una herramienta básica para los historiadores. Metodológicamente, era bastante mejor que sus antecesoras, la información contenida era más completa y tenía la precaución de incluir fuentes documentales, cuando las poseía. Sin embargo, eso no significa que hubiese sido una obra que no tuviese reparos. Los

vacíos eran grandes dado el objetivo tan ambicioso que se había propuesto; a ello se sumaba la falta de padrones definidos en la presentación de la información, la organización de la misma en torno a grupos familiares y los discutibles criterios, si es que los hubo, en la selección de los personajes.

En consecuencia, no cabe ninguna duda que teníamos carencias significativas en materia de diccionarios biográficos y que se hacía imprescindible a estas alturas el contar con una obra moderna, que cubriera lo más posible del siglo xx, que recogiera el cúmulo de información existente para efectos biográficos y que se elaborara con los criterios más actuales de la disciplina. Como se desprende de lo anterior, el desafío era grande y poquísimos los autores que podían estar en condiciones de abordar una empresa de esa naturaleza. Incluso me atrevería a decir que Armando de Ramón era uno de los pocos que estaba capacitado para llevar adelante una obra que cumpliera con aquellos requerimientos. Digo esto porque para elaborarla se necesitaban cualidades muy especiales que tenían que ver con el conocimiento profundo de la historia social de Chile y de la genealogía, con una larga experiencia de trabajo en archivos, con el manejo directo de una extensa gama de fuentes documentales para calibrar las posibilidades que ofrecían, más una capacidad excepcional para diseñar proyectos complejos, organizar grupos de trabajo y motivar a estudiantes y colaboradores.

No podemos olvidar que un diccionario biográfico es una obra de largo aliento, a la que los autores dedican varios años de su vida. Prieto del Río, estuvo años y años recopilando el material para hacerlo, Virgilio Figueroa hizo otro tanto. En la actualidad, dado el volumen de las fuentes y los requerimientos que ha impuesto el desarrollo de la disciplina, con mayor razón su elaboración implica un tiempo muy extenso. Se trata de una obra de gran complejidad, que necesariamente requiere de la participación de muchas personas, pero sobre todo, de una cabeza, capaz de planificar el trabajo, de definir con precisión los criterios para seleccionar la información, de idear bases de datos de acuerdo las más modernas pautas computacionales y de tener claro dónde debía buscarse la información.

Armando de Ramón cumplía con todos esos requisitos. Ya en los lejanos tiempos del viejo Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Católica de Chile, que funcionaba en la calle Alonso Ovalle con Dieciocho, él dio muestras palpables de esas cualidades que ahora quedan de manifiesto en esta espléndida obra que tenemos ante nosotros. Hacia mediados de la década del sesenta llegaba Armando como profesor de media jornada a ese pequeño y modesto Departamento de Historia. Yo era alumno, al igual que varios otros compañeros que tiempo después seguimos en la docencia universitaria, como Horacio Aránguiz, Ximena Rojas, Juan Eduardo Vargas, Ricardo Couyoumdjian e Isabel Cruz. Allí pude apreciar cómo Armando de Ramón era capaz de motivar a los estudiantes con sus iniciativas, cómo fue capaz de organizar un complejo proyecto de investigación sobre historia social, cómo manejaba refinadas y modernas tecnologías y técnicas de raigambre sociológica y cómo finalmente era capaz de dar forma al cúmulo de información recopilada en sendos artículos de la revista *Historia* que marcaron un hito en los estudios sobre historia social que se hacían en nuestro país.

Esa forma de trabajar, mucho más depurada y al servicio de un proyecto de gran magnitud, la vemos reflejada en este diccionario biográfico. Fue a mediados de la década de 1980 cuando Armando de Ramón le propuso la idea a Ricardo Couyoumdjian, director del Instituto de Historia de la época. Dada la envergadura de la empresa, desde un comienzo lo pensó como un proyecto que debía involucrar al Instituto de manera institucional si se pretendía culminarlo exitosamente. Merced a su poder de convicción y a la contundencia de sus argumentos para resaltar las bondades de la iniciativa, el director y otros profesores la respaldaron, lo que permitió su puesta en marcha integrándolo a las labores docentes del Instituto. Igual a como había acontecido con ese proyecto sobre historia social de la década del sesenta, se recurrió en su fase inicial a los seminarios como un medio idóneo para desarrollarlo, porque a través de ellos se cumplían dos objetivos al mismo tiempo; por una parte, se entregaba la formación práctica en investigación a los estudiantes de acuerdo con el sentido de ese tipo de cursos, y por otra, se ponía al servicio del proyecto general la revisión de fuentes y la recopilación de material que aquellos realizaban. Los estudiantes tomaban contacto con los métodos de investigación de la disciplina, adquirían experiencia directa en el trabajo de las fuentes y aprendían sobre historia social e institucional de Chile, junto con aportar al proyecto general la información recopilada en las diversas fuentes revisadas.

En la fase inicial el proyecto terminó por adquirir la fisonomía definitiva. En un primer momento se había pensado elaborar un diccionario amplio, en el que cupieran los diversos sectores de la sociedad, comenzando por los representantes de los tres poderes del Estado. Finalmente, ante las evidencias que entregaron los sondeos iniciales, se optó por limitarlo a ese último sector y por circunscribirlo cronológicamente a los 100 años que se extendían entre 1873 y 1973. No obstante esa delimitación en el tiempo y en el contenido, lo cierto es que la obra continuó siendo de una magnitud gigantesca, que es fácil de imaginar si consideramos que se optó por incluir dentro del poder Ejecutivo no sólo a los presidentes de la República y ministros de Estado sino también a los intendentes, a la vez que se reseñaban todos los miembros del legislativo y los del poder judicial, desde jueces de letras de mayor cuantía hasta los integrantes de la Corte Suprema. Cabe hacer notar que la información sistematizada disponible sobre los miembros de este último poder era inexistente; para reconstruir sus biografías había que partir de cero. Sobre los ministros y parlamentarios se podía disponer de algunas referencias biográficas más o menos estructuradas, pero en muchos casos incompletas y sin uniformidad. Con los intendentes ocurría algo similar a lo acontecido con los jueces. Para una gran mayoría, que era la que no había seguido una carrera política como parlamentario o ministro, la disponibilidad de información de donde partir era mínima.

Una obra de esas dimensiones necesariamente requería de una cuidadosa y científica preparación. En primer término debieron establecerse las nóminas de miembros de cada uno de los poderes. La de los parlamentarios, ministros y presidentes de la República no planteaban mayores problemas pues se disponía de las publicadas por Valencia Avaria en los Anales de la República. Distinta era la situación en el caso de los intendentes y de los jueces, pues para ellos no existía

nada parecido. Hubo que confeccionar las listas recurriendo a fuentes primarias, que para los jueces consistieron de manera preferente en las memorias del Ministerio de Justicia y para los intendentes en los decretos de nombramiento del Ministerio del Interior que se conservan en el Archivo Nacional.

Otro aspecto importante en la estructuración del proyecto fue la elaboración de una ficha tipo que contenía aquellos datos que se estimaban que debían estar en todas las biografías. El modelo se iniciaba con el cargo desempeñado por el biografiado que justificaba su inclusión en el diccionario, luego estaba la fecha y lugar de nacimiento, los padres, el matrimonio, el cónyuge y los hijos. Seguían los estudios, el título profesional y las distintas actividades desarrolladas, tanto en el ámbito público como privado. También se consideraban los bienes que poseía, la militancia política, la pertenencia a sociedades y clubes y las distinciones. Por último, se incluían las referencias o fuentes donde podía encontrarse información sobre el personaje y se concluía con la nómina de sus publicaciones. A pesar de las disparidades lógicas entre la mayor o menor trascendencia de las vidas a reseñar, el objetivo era tratar de encontrar la información para todos aquellos ítemes. A partir de ahí se dio inicio a una labor de investigación francamente notable, pues fue necesario revisar de manera sistemática numerosos repositorios documentales, algunos de los cuales nunca se habían trabajado de esa manera y con una finalidad histórica, como es el caso del Archivo del Registro Civil, el de la Caja Nacional de Empleados Públicos y Periodistas y los pertenecientes a los diferentes liceos del país. En aquellos casos en que, a pesar de todos los esfuerzos realizados, no se podía dar con la información requerida, se optó por entrevistar a descendientes del biografiado. En fin, no se dejó archivo ni papel sin revisar, a lo que se agregó la consulta a cuanta obra podía contener referencias de los personajes requeridos, ni siquiera se dejaron de lado las entrevistas y consultas a los expertos en genealogía.

Todo este trabajo, en el que participaron numerosas personas, ha culminado en esta magnífica obra, que contiene más de cinco mil biografías. Esperamos ver pronto publicados los tres volúmenes que la completan y que dada su utilidad debería estar en las bibliotecas de todos los colegios del país. Además tendría que ser declarada como obra de apoyo a la enseñanza por el Ministerio de Educación. A través de ella los estudiantes, y quienes la utilicen, podrán comprender la manera como las generaciones de nacionales, con su trabajo y dedicación, han ido construyendo este país. Pero también este diccionario es un instrumento precioso para los historiadores. Él nos facilitará nuestras tareas de investigación en un grado, aunque difícil de cuantificar, sin duda muy importante, pues un cúmulo de información dispersa aparece ahora ordenada y sistematizada, amén de darnos las pistas para profundizar en los datos que allí aparecen. En definitiva, no puedo terminar sin darle las gracias a Armando de Ramón por esta obra que ha puesto a nuestra disposición y que contribuirá a fortalecer la memoria histórica del país.

RENÉ MILLAR CARVACHO

ALBERTO GARRIDO. *El muro de las lamentaciones*, La Habana, Fondo Editorial Casa de las Américas, 1999. (Premio Casa de las Américas 1999: Cuento).

¿Son cuentos estos textos de Garrido? Según los criterios de los maestros del género como Maupassant, Edgar Poe, o, en nuestros días, Julio Ramón Ribeyro, más bien no, porque tienen en común con las definiciones corrientes sólo la brevedad. Lo que falta es el aspecto narrativo ("el cuento debe contar una historia. No hay cuento sin historia. El cuento se ha hecho para que el lector a su vez pueda contarlo", Ribeyro). No sería fácil contar lo que "cuenta" Garrido en su libro. Los textos en cuestión son algo como visiones poéticas y experimentos formales, donde el autor luce su virtuosidad en cuanto a perspectivas narrativas, se extiende en juegos de palabras o alusiones literarias y otras, que van desde la Safo hasta Piñera, Roque Dalton o Kerouac. Algunas veces estas alusiones parecen arbitrarias y mal escogidas, como en el caso de la "obertura de Stravinsky". Como es bien sabido el compositor ruso no está precisamente conocido como autor de oberturas, sino de otro tipo de obras musicales.

El texto más logrado en cuanto a la presencia de otros autores me parece "La gratitud de Joseph K". Como ya sugiere el título, el autor en cuestión será Franz Kafka. Aquí Garrido desarrolla un juego de intertextualidad de tal manera que, a lo largo del cuento, se produce la identificación del protagonista Víctor Smith con el famoso Joseph K. de Kafka. Antes de que Smith se suicide tiene que pasar por estos ambientes agobiantes de claustrofobia y sin salida, tan típicos del autor de Praga, tiene que verse ejecutado por los representantes de una burocracia inhumana en una cantera fuera de la ciudad, como su *alter ego* Joseph K. de la novela *El proceso*.

En fin, son obras que pertenecen más bien al género poético que al género narrativo.

El universo poético de Garrido consiste básicamente en tres elementos: sexo, alcohol y crimen, lo que lleva al narrador del cuento "Fiestas taurinas y túneles carnales" al asco de la vida. Se encuentra "enfermo de no poder descubrir algo valioso en un mundo baldío" (pág. 48). Otro narrador, el del "Relato de hombre al margen" llega a la conclusión "que todo (es) basura: tú, yo, el acto de escribir" (pág. 96). Al autor de la reseña le dan pena estas criaturas, hijos de Sartre y de Camus, del filósofo de nuestros días Sloterdijk o del autor de la novela *Las partículas elementales*, Houellebecq.

Sólo en uno de los textos, "Diana Cazadora y Colorado Springs", resplandece una chispa de pureza y de esperanza en este mundo de vómitos y de suciedad. Diana, la diosa virgen y reina de los bosques podría redimir a los hombres de esta tierra maldita... si ella no fuera estadounidense. No hay remedio. Garrido vuelve a su filosofía de antes: "la vida es la misma mierda desde la época del bisonte y la caverna" y finaliza su colección de textos con la visión de una fuga dramática, a través de una noche sin luna y estrellas, por caminos fangosos, luchando con almohadones, cayéndose, ensuciándose con el fango que en realidad es sangre. Una vez la mirada se vuelve atrás. Y ¿qué se ve? "El camino... cubierto, hasta donde se rompe el paisaje, por millones de conejos muertos" (pág. 102) ¿*El Apocalipsis*? ¿*Le grand carnage* de Jean Lurçat?

Volvamos al título del libro. *El muro de las lamentaciones*, el muro que rodea el antiguo templo de Salomón en Jerusalén, y adonde los judíos acuden todos los viernes para lamentarse de la ruina de la ciudad y clamar por la venida del Mesías, sí, ¡si se supiera dónde está el muro de las lamentaciones de estos hombres de hoy para que puedan lamentarse de la ruina de todos los valores que puedan clamar un nuevo Mesías!

EWALD WEITZDÖRFER

FRANCISCO J. ALCALDE PEREIRA. *Los fuegos sumergidos*, Santiago, Ediciones Unicornio, 1999, 169 páginas.

Dos libros reúne en esta cuidada edición el escritor Francisco Javier Alcalde Pereira. El primero se titula "Creación traslúcida y otros poemas" y el segundo "Al pie del día". En ellos, el autor nos entrega sus reflexiones personales en torno al amor, la amistad, la religión y la familia, entre otros temas.

"Creación traslúcida" es una hermosa colección de poemas místicos que se inspiran en la poesía de Rilke y siguen un camino propio, indagando en la búsqueda de Dios a través de los ángeles. El poeta es también filósofo y en todo busca el plano de las ideas. Pareciera que se proyectara más allá de la realidad para alcanzar una dimensión espiritual más profunda. Francisco Alcalde ha leído a Platón y sabe que las cosas que nos rodean tienen alma. Por eso, ve la belleza en el viento, en la lluvia, en la luna, en las estrellas o en el agua. Busca en los ángeles un consuelo y ve en ellos protección y una manera de dulcificar la muerte. Quizás los ángeles de Francisco Alcalde representen la búsqueda de la felicidad, una idea de eternidad o la mirada de un amigo que se ha ido a una región más pura desde donde nos dice adiós.

En apretados versos, con estilo sintético, el poeta canta a los ángeles caídos y los convoca con sus palabras como si quisiera llamarlos para que lo ayudaran a interpretar la vida y a avanzar por ella con un apoyo sublime.

La segunda parte titulada "Otros poemas" reúne una colección de poemas de diversa temática, pero que tienen de común denominador la búsqueda constante de la fe y una continua interrogante ante los misterios del amor, de la creación, de la vida, y de la muerte. En estos poemas está presente la figura redentora de Cristo y la música que acompaña siempre al poeta conduciéndolo a un mundo más perfecto. Beethoven y Jean Sibelius lo toman de la mano y lo hacen conocer "un poco de eternidad antes de tiempo".

El segundo libro se titula "Al pie del día" y en él, Francisco Alcalde reúne una colección de textos escritos en prosa poética. Son apuntes de una agenda, esbozos de un poeta filósofo que aparecen registrados en una caligrafía rápida como si atrapara al vuelo una imagen fugaz antes de que desaparezca para siempre.

"Francisco Javier llegó del sur" es un texto limpio y perfecto, lleno de ternura y pureza. Sin duda, uno de los mejores junto con "Cumpleaños" en el que el poeta reflexiona en torno a su vida al cumplir "cuarenta y tres años de estar acompañado del misterio".

Aquí también están sus obsesiones: "Escribo como un ángel caído que pugna por levantarse" y también "La lectura es un viaje de fábula a la vez que cómodo, sideral y sedentario". Las sentencias de Francisco Alcalde tienen la concisión del hai ku y la hondura metafísica de los versos de Kahlil Gibran, como si sus palabras cayeran en un estanque y dejaran ondas que permanecen por mucho tiempo dentro de nosotros.

Las ideas recurrentes del poeta son los sueños, el recuerdo, el olvido, la muerte, la perfección de los estados del alma y la búsqueda incesante de la belleza, de la felicidad y de la eternidad... "El poeta es un pequeño Dios" escribió Vicente Huidobro y en el caso de Francisco Alcalde el verso profético se cumple cabalmente.

El libro *Los fuegos sumergidos* aparece prologado por Manuel Silva Acevedo quien contribuye a esclarecer los poemas de Francisco Alcalde bajo el título "Escribir piel adentro". Tal como lo señala el título, la presentación ofrece las claves necesarias para comprender la escritura íntima de un escritor que ha dedicado su vida al pensamiento y a la poesía.

La edición a cargo de Aileen L'Nuillier reviste las mismas características que hemos visto en otras producciones de la editora: sencillez, calidad y dignidad.

"Cuando un buen libro se termina se acaba la radiantez de un día claro" ...escribe el poeta, pero no es el caso de *Los fuegos sumergidos*, un libro que puede acompañarnos siempre como un libro de consulta, casi como un oráculo para que nuestros días alcancen la necesaria luminosidad...

MANUEL PEÑA MUÑOZ

ARIOS AUTORES. *Revista Et-Cetera* N° 3 ("Texto y Poder. Políticas del Sentido"), Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 1999.

Et-Cetera es el nombre con que se [re]emplaza -tras 9 años de generosa espera- la antigua publicación del Departamento de Filosofía y Ciencias Sociales de la Facultad de Filosofía y Ciencias Sociales de la UPLA; y que ha de traer, de este modo -como dice su director- [y lit.] *lo demás*, todo lo demás del trabajo emprendido por el hacer teórico académico, tanto lo que falte, lo que ha de venir luego, como lo que sobra; de cualquier forma, no es esto último lo que aquí nos compete. Hagamos énfasis, entonces, en lo hallado, lo que aún está y jamás está demás reflexionar.

"Texto y poder: Políticas del sentido", me corrijo: *Las Políticas del sentido* son o constituyen el tema modular de esta reunión. Tema aquí casi aparente de un extensivo convoluto de textos, de un colectivo de veintidós plumas heterogéneas, o debo decir de digitaciones culturales diversas [quizá sí demasiado diversas], las cuales fueron convocadas por el director de esta publicación, en octubre de 1997, y que se cumplieran en prolongadas jornadas de reflexión que vienen hoy finalmente a ver la luz, con la rúbrica dada por la solapa de este libro -al menos en su formato lo es, el cual nos remite a un estado final que, si tenemos en cuenta el "agravio" que supone aquel latinazgo, que habla de la perdurabilidad de toda

escritura, refiere y señala su posicionarse definitivo, no importa si *a la lettre* o no, en la historia de los discursos.

"Texto y Poder" es entonces la confluencia pública de múltiples, opuestos, mas disímiles mensajes. Si bien todos ellos "cumplidos" en un aparente espíritu común o en referencia tal vez tangencial sobre la cuestión del poder, del poder en sus sentidos, de los mensajes sobre nuestro nuevo ser pensante; en una remisión –podría indicarse también– indirecta al tema de la violencia o de sus texturas imbricantes con la realidad, nuestra humana realidad.

Todos los textos han sido dispuestos asimismo en cuatro apartados específicos, que llevan por título: "Al borde del silencio", "Interferencias y señales", "En el laberinto del sentido", y "Seducción y violencia". Su orden es, en efecto, altamente tentativo, lo que pone a prueba cualquier lectura completa que se haga de este volumen; pero la diversidad lleva su razón: su orden no es mecánico [quizá aleatorio], sino más bien indicio de un cierto sentido: pues, su primer apartado que vamos leyendo "al borde del sentido", como se lo ha titulado, nos hace ver la historia de una escritura quizá nueva para la época: el proceso de textualidades referidas estrechamente con el tema del poder [fueran estas impuestas por la historia de nuestro poder o la del gestado por largo tiempo en occidente, que es el resultado de la tardía modernidad de fin de siglo]; la gestación de una escritura nueva como es para nosotros aquella del testimonio o confesión política nacida al margen de un autoritarismo desmedido, del discurso oficial de la dictadura, "textualización del poder omnimodo –como afirma N. Flores [16] que unos pocos pueden ejercer sobre recursos discursivos de la ficción para referir una parte de la historia de la metanarrativa nacional se esfuerza en omitir".

Otra muestra conflictiva, que encontramos a medio del libro y de positiva creación es la tematización hace un tiempo ya del territorio genérico conformado por el cuerpo escritural de la mujer, revisado en dos textos que se ocupan con la obra y lectura crítica de Diamela Eltit [A. Cáceres y M. Prado] así como un tercero acerca del pensamiento de Luce Irigaray [S. Cubillos]. En este último se trata, en parte de reflexionar ahondando en la búsqueda de la re-territorialización ligada efectivamente al cuerpo textual femenino, a la [re]valorización simbólica de su propio imaginario, que difiere o suspende desde su matriz la violencia del logos paternal / patriarcal dominador de Occidente, como producción de una cultura, una nueva trama de sentido digna de ser acreditada definitivamente. Un trabajo reivindicativo –por lo demás– que pasa por sobre cualquier determinación biológica de los sexos y ubica sus metas y objetivos inmediatos, así como la importancia de la lucha de las mujeres, en otro orden de respeto por la vida y la cultura, e incluso más allá del tono lingüístico que nos o le domina. Lucha política por y en una grama o letra que constituirá la fuerza de sentido y operatividad de su poder, la identidad de su *ratio*.

No es mi intención, con esto, sin embargo, referir cada artículo de la revista –objetivo que espero ciertamente cumpla el lector, con la predilección singular de los temas aquí presentes–, temas que se van tejiendo e hilvanando desde los más diversos dominios provenientes de la sociología, de la historia, de la literatura, del periodismo, del teatro incluso o de la filosofía, sino quizá delinear alguna que otra sugerencia recibida de los textos, o bien de la crítica operada en alguno de ellos.

El tema del texto, de la escritura, la interpretación de su sentido; letra visada desde o algún poder, marca también a los demás apartados de esta revista, los unos más que los otros; pasando hasta por la no marca alguna con su indeleble carácter de falta, fallo; por ello, es que me ceñiré ahora sólo al tercero de estos apartados: "En el laberinto del sentido", que guarda -sospecho- para mí un interés más personal. Y tocaré finalmente -excusándome de antemano por la digresión- un par de notas sobre el "poder" y su naturaleza actual, que no escrutaré del lado foucaultiano institucional [autor presente en más de un texto del colectivo], sino desde un ámbito diferente y tomando como ejemplo de revisión o reinterpretación moderna de sentidos; notas -digo- que aparecerán aún remisas o indecisas en la zona tardo-moderna que nos toca. Me refiero a unos líneas extraídas de un título reciente del *opus* heideggeriano [CA, 69], uno de sus últimos editados, titulados: *Meditación* [1997], y que atañe a un manuscrito de comienzos del año 1939, en víspera de la Segunda Gran Guerra.

Pues bien, de entrada en el apartado tercero de "Texto y Poder" nos vemos acechados por la amenaza de un no más de sentido: puesto que ya se habrían ofrendado todos ellos, la escritura los contendría a todos. No habría otra voz más que escribir y la historia no sería sino una eterna repetición monocorde de sentido. "Todo está escrito": dice el lema del breve ensayo de E. Collingwood, con la necesidad de revitalizar un *más* de sentido o de volver a arar el surco ya hollado por el lenguaje. Pretexto de esto, es el pleno sentido que trae la original fábula borgiana de Menard y su Quijote. Un texto que permite captar la debilidad de la escritura para cumplir el fugaz retrato que aunque incompleto unívoco hace de la realidad. Y si aceptamos hay también la riqueza polisémica de la obra poética propuesta por el poema de Celan: palabras devenidas ya en tropos literarios, el *Shiboleth* o santo y seña semítico como condena de una especie [en el ensayo de V. Rodríguez]; asumida la riqueza de sentidos en cada escritura poética y los traslados múltiples que se operan en ella: cambios debidos a los sentidos de la metáfora, y la necesidad de depotenciar, dismantelar hoy asimismo los estratos de sentido mediante la desconstrucción / interpretación actual del pensar [análisis que realiza aquí la pluma de C. Contreras]; es así entonces como se avencinan y se empecinan los textos en los bordes de este apartado. Desde el mundo abierto y oclusivo del legendario laberinto griego [al "sin salida" reclamado en la apuesta de W. Thayer], ideas que incluyen a su vez al "Informe para una academia", de Kafka. Recurrente es, sin embargo, detenerse a preguntar: ¿a dónde apunta esa zona demarcada por el sentido de los discursos?, ¿acaso a un afuera de la zona de los mensajes que nos transmitimos y enviamos? [una zona de nihilismo hermenéutico -que propone A. García,] ¿o al infinito juego de interpretaciones que siguen su curso aún desde el pasado remoto, que empero resultan inevitables para crear y captar con mayor fuerza los sentidos venideros, para olvidarse ya de toda ficticia referencialidad?

Paso ahora al desliz, digresión de la presentación, sobre la naturaleza moderna del poder examinando esas páginas de Heidegger, de entre guerras, para entrever allí también una relectura de "signos" del pasado que abren el futuro sentido de un logos del pensamiento hermenéutico [tema docentemente expuesto por el trabajo

de G. Portales en el mismo apartado que comentábamos], todo esto sin otro propósito que el de una breve introducción a mi trabajo de intérprete o *traditor* –y paso a citar algo extraído de la “Correspondencia” entre M. Heidegger y Hanna Arendt, 1925-1975. [Frankfurt 1998; Madrid 2000]:

“Lo que se despliega en la historia mundial es la maquinación, cuya procedencia es un misterio del que permanecemos distantes por la forma miope de nuestra representación”. [120; Carta a H. Arendt, 2. 11. 1950].

“El poder de la esencia de la técnica ha sido por cierto apenas experimentado. Todo se mueve en lo de primer plano. Frente a la obstinación de los ‘medios de masas’ y de las instituciones ningún individuo puede ya nada –y en absoluto nada–, tratándose del origen del pensar que viene del inicio del pensamiento griego”. [247 s. Carta a H. Arendt, 14. 3. 1974].

El “poder” que no ha sido aún experimentado, vivido, no es la potencia de la técnica moderna, la tecnología o la vehemencia de las máquinas y de sus infinitos engranajes –hoy día incluso más invisibles por lo virtuales; ¡no! El sentido aquí es otro. No es el hombre, la subjetividad humana, la dueña del poder [la voluntad operadora e inflingidora de quizá qué torturas, o qué formas de doblegamiento]; sino que el poder se halla enraizado más bien “empleado” ya en la manipulación, en la *Machenschaft*. [Maquinación y manipulación que es producto deformado, desfigurado de la verdadera forma de producción, que es la *physis* griega originaria]; de ella hablan también innumerables páginas de las “Contribuciones a la Filosofía”, la obra sistemática mayor del filósofo alemán. Fines de los años treinta e inicio de los cuarenta, Heidegger ha sintetizado su pensamiento de la técnica; opera la guerra y la “movilización total” de todas las fuerzas posibles del ente. Este se da de un modo exagerado transgrediendo cualquier sentido histórico del [pre]sente en sus diversas interpretaciones envíos epocales. El olvido del sentido es lo que prima. “Maquinación quiere decir: la factibilidad de constituir y hacer todo el ente como tal, de tal manera que recién en ella se determine la entidad [razón de ser; B.O.] del ente, la que fuera entregada o desistida desde el Ser (y la función de su verdad)”. “Maquinación es el ajustarse a la facticidad / la haceduría [Meditación, 16] de todo cuanto hay [a su ser hecho]; de tal forma que lo incontrolable del cálculo absoluto de aquello sea establecido de antemano; *machbar* o *machsam*: esto es, lo factible es lo manejable y manipulable [de facto] en la representación, el cálculo, el dominio y la vivencia.

La maquinación es la esencia moderna de la producción, del hacer desplegado por la producción en su figura moderna. La manipulación dispone esencialmente del ente como tal, de su forma de destrucción o aniquilamiento; eso aniquilador suyo que amenaza siempre con desplegarse en la esencia de la manipulación, es su poder –su potencia; su forma de violentar tanto los entes como a nosotros. La potencia de la manipulación, su violencia se despliega como aseguramiento de poder por la capacidad irruptora capaz de producir cambios, como vasta capacidad también de sometimiento. La violencia desatada por la esencia de la manipulación se atribuye siempre sólo al poder y no funda jamás dominio o soberanía. Esta última es capacidad de fundar decisión, es despliegue y dignidad del ser... [op.cit.]

¿Se concibe hoy –es viable acaso– un hacer productivo, un poder omnímodo que se halle fuera del cogito, de la voluntad individual?, ¿la subjetividad descentrada es un discurso que no sea esencialista?

BRENO ONETTO

TERESA CALDERÓN, *Aplausos para la memoria*, Santiago de Chile, RIL Editores, 1999.

En primer lugar, la foto de la solapa del libro. Teresa Calderón surge, súbitamente, de la sombra, mitad luz del rostro, mitad penumbra. La Techí, como la llamaban sus compañeras de las monjas. “Permanecía largo tiempo mirando un punto fijo, boca abierta. Hablaba poco y se ponía roja. Le gustaba leer adelante parecía siempre triste (...) Llegó a la quinta preparatoria, venía de La Serena y decía “Shansho”. La madre Isabel comentaba que así decían la “ch” en la Serena, que ella también venía del norte. Pero ya había aprendido a decir “chancho”. –Diga Chanco, Teresa. –Shansho. –Chanco, repita. “Shansho”. Teresa Calderón aplaude a la memoria, una manera bastante interesante de aplaudir o de recordar la memoria que viene, en este caso, de Sicilia, y ya se sabe lo que son los sicilianos y las sicilianas. Digo que es una manera inteligente de aplaudir, por eso de que uno nunca sabe cómo va a terminar; es decir, si va o no a terminar sin reconocer siquiera su propia pluma fuente. Es bueno, entonces, que aplaudamos a la memoria.

Si yo viajo a 1958 y llego a La Serena, veo que Teresa está absolutamente pequeña. Estoy en casa de Alfonso y Lila, y Techí tiene tres años. El rector del liceo me ha invitado no sé si a dar una conferencia o a leer unos poemas. Me alojan en un vasto y frío cuarto del liceo. Después, no antes, Teresa crece; tiene cuarenta y tantos años. Pero atención: el tiempo no pasa, el tiempo está quieto. Eso de que el tiempo pasa es una patraña. Los que pasamos somos nosotros. Pasan los tiempos de Teresa, mi tiempo, el de ustedes que me leen. O sea, hay más tiempos que una red de virutilla. Digo todo esto, que no es ninguna novedad, porque Teresa en su libro nos habla del *big bang*, “ese caldo de materia informe –dice ella– hirviendo a una temperatura inimaginable de miles y miles de millones de grados”. Así se inicia su libro, y sostiene que antes no había nada. Pero la pregunta que yo hago, ahora, es: si antes no había nada, ¿qué había antes del antes? Es la pregunta que Teresa se hace al comenzar sus aplausos. “Nadie puede asegurar a la poetisa –afirma– que antes no hubiese habido nada”. Teresa olvida que después del *big bang* puede venir el *big crunch*. El Universo puede contraerse como una ostra regada por un limón. Es decir, después del gran estampido, la gran masticada. Esto es como jugar al tenis con el Universo. El problema es que no vamos a verlo, ni el gran estallido ni la gran contracción.

Después de mandarse la parte con el gran estallido, Teresa se pone metafísica y asegura que “no sabemos si tú eres yo/ o yo soy tú con otro nombre”. Con estas palabras certifica que el gran teatro del mundo es pura utilería. No cabe la menor duda, si tomamos en cuenta una elección política.

Teresa Calderón es la vagabunda por los sueños, según uno de sus poemas.

Este libro es, en el fondo, un diario, no sólo por las personas, objetos y situaciones que aparecen allí y han rodeado a Teresa. El poema se transforma en poema-cuento o cuento-poema. Sobre todo en los últimos textos, los que preceden a la página 43 y ella misma llama "Anuario de 1972", que son sus años de colegio, donde "las bolsas se rompen y salen migas de pan para encontrar el camino de regreso". Y un diario es, después de todo, un camino de regreso al pasado, un pasado que es siempre presente y en alguna medida futuro. Un diario a la manera de Teresa Calderón y no a la manera de Alfonso Calderón, que no es memorialista como dicen algunos papanatas, porque memorialista es "el que se dedica a escribir por cuenta ajena memoriales u otros documentos". En ese tiempo en que no había sido expulsada del paraíso, porque paraíso son "aquellos años en la capilla grande, donde según las internas, penaban, y una monja muerta se aparecía en los atardeceres". Cuando comulgaban no "hubiera sido de señoritas andar mordiéndole el cuerpo a Jesucristo, un brazo, una pierna, la otra mejilla". Era el tiempo en que todo le causaba risa: "los moños de las profesoras, las carteras de las profesoras, las piernas de las profesoras". Era este espacio mágico donde "todo nos hacía felices, dichosa edad dorada cuando una alumna se subía el uniforme para incomodar al padre Sebastián, llamado el ovni, 'objeto varonil nuevo identificadísimo'". Ese espacio memorable que se invoca con la nostalgia de los versos de Manrique: "¿dónde están mis amigas? ¿Dónde se metieron esos años? ¿En qué vericuetos del tiempo estamos todavía, muertas de la risa, abiertas a la vida completa por delante para que todo se vuelva a repetir?".

Con lo cual regresamos al universo del eterno retorno, aunque siempre nos quedará la gran ausencia, la gran desaparición. Cómo expresa una pequeña sobrina de Teresa, con cita que abre el libro: "Así es la vida: unos nacen y otros se mueren". Dice "unos nacen, no se nacen".

Como en este minicuento-poema que se llama "En medio de la nada" que cito para terminar:

"Resplandecía en medio de la noche. Sólo carretera y soledad extendidas a lo largo, como un camino hacia ninguna parte.

Un centauro, pensé, cuando lo vi.

Hacia arriba se iluminaba su alargado torso de joven fosforescente. El contraste era evidente con su pelo corto y demasiado negro.

Veo ahora un frágil pálido y desnudo que relumbra desde la cintura hacia arriba. Hacia arriba se oscurece la chatarra en que ha quedado convertido. Mitad humano, mitad automóvil. Amasijo de vidrios y metales retorcidos se mezclan con su sangre y su carne y su piel que nacieron de mi sangre y mi carne y mi piel.

-Parece un ángel -pensé.

-Pero no soy un ángel -me dijo- Soy tu hijo muerto".

MIGUEL ARTECHE

SERGIO GREZ y GABRIEL SALAZAR, (compiladores), *Manifiesto de historiadores*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 1999, 117 páginas.

El 22 de septiembre de 1998 el general Augusto Pinochet llegó a Londres para ser operado de una hernia discal. El 16 de octubre del mismo año, fue detenido por el juez español Baltazar Garzón, quien le acusó del delito de asesinato de ciudadanos españoles en Chile entre 1973 y 1983. Desde ese momento se fueron sucediendo diversos hechos en relación a la situación jurídica (y política) del ex dictador. En medio de esos vaivenes, se difundió la "Carta a los chilenos", escrita desde Londres por Pinochet en diciembre de 1998.

Tal como lo dicen sus compiladores en la "Presentación", *Manifiesto de historiadores* es una de las tantas reacciones que dicha "Carta..." ha suscitado. Pero lo que diferencia a este libro de las otras "reacciones" es que refleja en sus páginas un resumen del debate que se ha instalado entre los historiadores, que no sólo se desenvuelve en torno a las diferentes visiones de la historia chilena, sino también en un eje centrado alrededor del papel que el historiador debe asumir en relación a la historia más reciente.

Una breve secuencia cronológica de este debate podrá servir de guía. Entre el 2 y el 18 de febrero de 1999 se publica en diferentes medios periodísticos chilenos el llamado "Manifiesto de historiadores", el cual es presentado por los compiladores del libro como "un manifiesto de refutación a las interpretaciones sobre las últimas décadas de la historia nacional contenidas en la misiva del ex dictador y en los Fascículos de Historia de Chile publicados en un periódico capitalino por uno de sus ex colaboradores, el historiador Gonzalo Vial". (pág. 5). El manifiesto originalmente fue firmado por once historiadores, pero con el correr del tiempo ha recibido un gran número de adhesiones. El 12 de febrero, Gonzalo Vial Correa publica en el diario "La Segunda" un artículo titulado "Reflexiones sobre un manifiesto". Los mismos once historiadores le responden ahora con la "Réplica a las reflexiones sobre un manifiesto", apareciendo ésta entre el 7 y el 9 de abril de 1999 en dos periódicos chilenos.

El debate continuó con intervenciones provenientes de diferentes ámbitos. Algunas de ellas pueden leerse en la presente compilación, en la cual el lector encontrará en primer lugar el "Manifiesto..." y la "Réplica..." (vale aclarar que Gonzalo Vial no permitió la publicación de su artículo). Luego podrá recorrer otros 8 escritos de tinte diferente que se insertan en el debate mencionado, pero que más allá del mismo, se encuentran atravesados por la voluntad de construir una historia "diferente" a la oficial y la preocupación por el rol que el historiador debe asumir en la sociedad.

En términos de aportes novedosos a la historia chilena, la compilación no contribuye con artículos sustancialmente reveladores. Los hechos que en general se narran son conocidos desde hace ya tiempo -si bien también es cierto que han sido ocultados por una *versión* de la historia a la que no le conviene su difusión-. Sin embargo la intencionalidad del libro parece poder ubicarse en otro plano: el de intentar, a través del debate, dos movimientos importantes. Por un lado, la construcción de una historia alternativa, que recupere esa otra parte de la memoria que intenta ser reprimida. Por el otro, situar en el centro de la discusión el papel que le

cabe al historiador en hechos como los que actualmente (1999) vive la sociedad, en los cuales la frontera entre lo pasado y lo presente, lo histórico y lo actual, se desdibuja. En una entrevista ya clásica, E. Thompson afirmaba que "...recuperar una historia alternativa supone a menudo entrar en polémica con la ideología establecida...".¹ Creo que el puntapié inicial dado por el grupo de historiadores del *Manifiesto* va en esta dirección.

En el "Manifiesto..." se apela desde el comienzo a una verdad pública, oponiéndola a la "expresión históricamente distorsionada de un interés privado" (p. 7). Es interesante prestar atención a cómo los firmantes se presentan al público. Lo hacen en un carácter doble: como profesionales, asumiendo que desde el rol de historiadores/intelectuales su opinión tendrá un peso diferente; y a la vez como simples ciudadanos que ejercen su derecho de opinar, derecho que los mismos compiladores vieron severamente recortados hacia 1975, cuando fueron presos políticos y luego exiliados en Francia e Inglaterra.

El manifiesto hace hincapié en tres modos diferentes de manipulación: la carta a los chilenos, los fascículos de Gonzalo Vial y los alegatos esgrimidos ante las cámaras como consecuencia de la reciente detención de Augusto Pinochet. A partir de esta tripartición, los autores se dedicarán a refutar las afirmaciones contenidas en esos tres tópicos. Los cuestionamientos se dirigen principalmente a una mirada en exceso acotada que no se ha dedicado a rastrear los orígenes de los problemas de 1973 en momentos más alejados de la historia.

Tanto en el manifiesto como en la réplica subyace la idea de que existe una verdad que "emana de la experiencia" que es negada por las distintas versiones de la manipulación de la historia. A esta verdad es a la que apelan los once historiadores firmantes.

A veces el lector podrá tener la sensación de que los autores del manifiesto intentan descalificar una verdad "manipulada" para contraponerle otra verdad más acorde con lo que ellos consideran la "realidad" y que, por lo tanto, terminan cayendo en la misma posición que critican, pero desde veredas enfrentadas.

Luego de los dos documentos mencionados, se encuentra la "Carta de adhesión norteamericana al 'Manifiesto de historiadores'" (firmada por 36 historiadores), que fuera publicada en *El Siglo* del 2 al 8 de abril de 1999. Aquí, además de la expresión de apoyo hacia el *Manifiesto*..., se apela a la responsabilidad que deben asumir los historiadores norteamericanos en la construcción de la historia de Chile, para ir edificando a la vez una "auténtica memoria" estadounidense sobre la experiencia chilena en las últimas décadas, y sobre todo, de la intervención estadounidense en los procesos políticos latinoamericanos". (pág. 41)

El escrito de Mario Garcés D., titulado «En torno al "pesado trabajo" del historiador en el Chile contemporáneo», ataca a través de sus páginas la *verdad oficial*, poniendo énfasis en la existencia de otra historia preservada por los grupos populares del país. Hace referencia a una experiencia de la cual participó, el "Taller Nueva Historia", llevado a cabo en 1979, a través del cual se intentaba "promover iniciativas de recuperación de la memoria popular". (pág. 47). A través de esta

¹ Thompson, E. P., *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984, 2ª. Edición, pág. 297.

experiencia le contesta a Gonzalo Vial, quien habría afirmado que ninguno de los firmantes del manifiesto ha hecho ni la centésima parte de lo que él hizo en la Comisión Rettig, estableciendo los alcances de la represión. Mario Garcés intenta demostrar la situación en que se encontraban muchos historiadores, en muchos casos perseguidos, y aún así intentando construir una historia de Chile. Señala, además, que "en relación al Informe de la Comisión Rettig, ninguno de nosotros fue invitado a participar de ella y sin embargo, hicimos llegar nuestras contribuciones...". (pág. 50).

El artículo "Pinochet y su imagen histórica" de Cristián Gazmuri, efectúa un análisis situado en el plano de lo imaginario. Se pregunta "cuál va a ser la imagen histórica de Augusto Pinochet" (pág. 54), distinguiendo el plano nacional y el internacional. Más allá de ciertas comparaciones que realiza (por ejemplo, de Pinochet con Fidel Castro) que son, como mínimo, discutibles; lo interesante del artículo radica en que, al preguntarse por la futura imagen del dictador, se pregunta también por las implicancias futuras que se desprenderán a partir de la construcción de esa imagen.

El historiador Sergio Villalobos R., pareciera querer ejercer, a través de las líneas de su artículo "El dilema de la historia", una especie de arbitraje entre dos posturas contradictorias: la adoptada por Pinochet y sus seguidores, y la de los autores del Manifiesto y sus adherentes. En este sentido, intenta situar algunos hechos "objetivos" que confirmarían sólo parcialmente ambas posturas. Brevemente, comenta la Carta a los Chilenos, afirmando que Pinochet se propone en ella tomar una "pose histórica". (pág. 65). Villalobos recorre durante su artículo una pretendida *línea media*, supuestamente despojada de tintes extremistas. Es revelador de esta postura el penúltimo párrafo del artículo: "...en esas circunstancias se pierde el criterio mínimo, el buen juicio que nunca llega a polarizaciones absolutas y que al fin parece ser el espacio central por donde realmente transita la historia". (pág. 66).

Rafael Sagredo Baeza, autor del artículo "Chile y su historia", cree que la discusión concerniente a los hechos más cercanos se encuentra saldada. Apoya la idea expresada por G. Vial en 1985, en donde afirmaba que "en el ámbito ético o moral el juicio de la posteridad y de la Historia es mucho más duro que el de los contemporáneos". (pág. 68). La primera objeción que puede hacerse a Sagredo Baeza es, justamente, en torno a su concepción de la Historia: ¿acaso la Historia no es también un ejercicio contemporáneo? ¿O sólo debe reducirse a hechos "pasados"? ¿Cuál sería entonces el criterio de demarcación para *pasado* y *presente*? Luego de aquella afirmación, el autor desarrolla su trabajo abordando los antecedentes del golpe militar que, a su entender, explicarían la crisis del régimen democrático del 73. Luego despliega una versión teleológica y cíclica de la Historia, según la cual, después de lapsos de expansión, vendría una etapa de crisis, y posteriormente una de autoritarismo, luego de la cual el ciclo volvería a comenzar. Concluye afirmando que, apelando a la modernidad pensada como "la capacidad de superar los momentos de crisis dentro de la institucionalidad" (pág. 74), quizás pueda romperse la historia cíclica y no deba sobrevenir el autoritarismo a la crisis.

El artículo de Fabio Moraga Valle, "Responsabilidades históricas", se centra más en el debate establecido en torno a la *Carta...* y al *Manifiesto...* En un primer

momento se dedica a analizar este último, para luego detenerse en las razones que algunos historiadores esgrimieron para no adherir al Manifiesto. Las negativas a firmarlo se alinean, según él, detrás de tres razones principales. La primera, un desacuerdo frente al “tono” del manifiesto. La segunda asienta su negativa en el hecho de que el manifiesto “culpa a la oligarquía de la responsabilidad histórica del golpe de Estado”. (pág. 83). La última línea argumentativa sostiene que los elaboradores del manifiesto pretenden una construcción que sería “la única visión progresista de la historia”. (pág. 86). Comparto la posición del autor, quien frente a estas diferentes posturas, se pronuncia en contra de cualquiera de ellas y a favor del intento del *manifiesto* de poner sobre el tapete el papel de la intelectualidad y en particular el de los historiadores.

Un tono radicalmente diferente al de los artículos precedentes es el que adopta Leonardo León en su artículo «Los combates por la historia», a mi criterio, uno de los mejores escritos de esta compilación. Tomando como punto de partida el relato de un historiador acerca de cómo había sido torturado (relato efectuado durante la presentación del lanzamiento de la “Historia de Chile Contemporánea” en abril de 1999), León “invita” al lector a recorrer algunos hechos de su propia historia. A partir de este recurso, el lector queda posicionado como un espectador frente a una sucesión de situaciones en las cuales se pone de relieve, a través de la narración, cuáles han sido algunos episodios indiscutibles de la historia chilena y, a la vez, cuál ha sido la postura de un historiador –la suya– ante esos episodios. Intercala en la narración una frase de un poema de Neruda (citado al comienzo del artículo): “venid a ver la sangre por las calles”. Luego de dicho recorrido, concluye con su idea acerca del deber del historiador: evitar, con su trabajo, que vuelva a correr sangre de los chilenos por las calles, y evitar que se transforme en héroes a criminales.

Por último, nos encontramos con el artículo de uno de los compiladores del libro, Sergio Grez Toso, quien cierra la compilación. A tono con el resto del libro, nos recuerda cómo fueron dándose las situaciones para que el *Manifiesto* viera la luz, y cómo fue difundido por distintos medios y en gran cantidad de países. El compilador sale al cruce de ciertas críticas, que acusaban a los firmantes de falta de objetividad. A esto, responde: “¿es posible la “objetividad científica” ante una historia desgarradora? ¿Cómo pensar historiográficamente el horror?”. (pág. 116). Grez piensa que el éxito del *Manifiesto* se debió principalmente a que aportó una visión alternativa de la historia de Chile. Personalmente, pienso que su éxito en parte puede radicar en ello. Pero creo que a la vez radica en algo que Sergio Grez también menciona: “el *Manifiesto de historiadores* quedará en la memoria (...) como un ejercicio activo de ciudadanía, como una manera de plasmar la idea de ocupar espacios y tomar la palabra a pesar de la debilidad de nuestra voz”. (pág. 117).

Volviendo a lo planteado en el inicio, creo que la compilación nos deja dos claros mensajes: uno en torno a la Historia de Chile en particular y a la Historia como disciplina en general. El otro mensaje, se centra en el papel del historiador en la sociedad, más puntualmente frente a hechos actuales y/o contemporáneos.

En relación al primer punto, creo que una historia no debe contraponerse a otra historia, como si se tratara de dos unidades homogéneas que ostentan cada cual una verdad en apariencia indiscutible. Por el contrario, creo que se trata de

reconocer que existe una multiplicidad de historias, y por ende, de verdades; y que la labor del historiador radica en respetarlas intentado, es cierto, acercarse a una verdad que él considera apropiada pero que, sabe, nunca será la única ni, tampoco, "objetiva".

En cuanto al papel del historiador, la compilación -y la difusión que el *Manifiesto* ha tenido- viene a quebrar el escepticismo que ha ganado a muchos historiadores. Demuestra que una posición activa en la sociedad es no sólo posible, sino deseable, siempre y cuando entendamos al ejercicio de la historia como compromiso. Compromiso que, en el caso de los historiadores, se toma desde un doble lugar: desde el lugar de intelectuales, pero también desde el de ciudadanos.

En torno a la contemporaneidad de los sucesos, y de cómo debe pararse frente a ellos el historiador, el libro demuestra que el ámbito de la Historia no es necesariamente el pasado lejano, sino también la reconstrucción del mismo en relación a un presente, presente que también es objeto de la Historia al resignificarse desde su mirada.

En este sentido, una experiencia también en extremo interesante nos aporta su visión. Se trata de la llevada a cabo por la "Escuela Libre de Historiadores" de Sevilla. En un artículo inédito titulado "La Historia urgente: la Universidad en la calle", los integrantes² expresaban: "esta historia que proponemos es *urgente* de construir (...) porque tenemos que vivir todos los días y ese ejercicio no es nunca trivial o fingido (...) sino auténtico y descarnado, de una veracidad absoluta y en ocasiones trivial (...) El dilema existencial nos conduce, pues, primordialmente a la historia en su forma más genuina y que nunca deberíamos olvidar: como interrogante abierto -grito desolado- acerca de nosotros mismos: ¿quiénes somos en cuanto a lo que hemos sido?"

Los distintos colaboradores de este libro nos han recordado la existencia de *otros modos de hacer historia*, que no se reducen a la investigación académica llevada a cabo entre cuatro paredes. Se trata de un aporte de primer orden tanto para profesionales como para legos, quizás no tanto por sus aportes del orden de lo fáctico (si bien es importantísimo rescatar esa historia alternativa que los distintos autores presentan) sino, por sobre todo, porque nos enseñan y recuerdan aspectos de la profesión de historiadores que solemos tener olvidados.

LUCÍA BRIENZA

² Astorga Morano, P., García Bernal, J. J., Lara Bermejo, A., Melero Ochoa, F. y Rodríguez Tous, J. M. "La Historia urgente: la universidad en la calle", comunicación presentada al II Congreso Internacional Historia a Debate, Santiago de Compostela -14 al 18 de julio de 1999-.

EDICIONES
DE LA
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

TÍTULOS PUBLICADOS
1990-2000

- Revista *Mapocho*, N° 29, primer semestre (Santiago, 1991, 150 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 30, segundo semestre (Santiago, 1991, 302 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 31, primer semestre (Santiago, 1992, 289 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 32, segundo semestre (Santiago, 1992, 394 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 33, primer semestre (Santiago, 1993, 346 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 34, segundo semestre (Santiago, 1993, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 35, primer semestre (Santiago, 1994, 407 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 36, segundo semestre (Santiago, 1994, 321 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 37, primer semestre (Santiago, 1995, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 38, segundo semestre (Santiago, 1995, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 39, primer semestre (Santiago, 1996, 271 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 40, segundo semestre (Santiago, 1996, 339 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 41, primer semestre (Santiago, 1997, 253 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 42, segundo semestre (Santiago, 1997, 255 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 43, primer semestre (Santiago, 1998, 295 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 44, segundo semestre (Santiago, 1998, 309 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 45, primer semestre (Santiago, 1999, 264 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 46, segundo semestre (Santiago, 1999, 318 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 47, primer semestre (Santiago, 2000, 464 págs.).
- Revista *Mapocho*, N° 48, segundo semestre (Santiago, 2000, 384 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.).
- Gabriela Mistral, *Lagar II*, primera reimpression (Santiago, 1992, 172 págs.).
- Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras*, estudio preliminar y selección de Juan Antonio Massone (Santiago, 1992, 179 págs.).
- Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).
- La época de Balmaceda. Conferencias* (Santiago, 1992, 123 págs.).
- Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N° 1 (Santiago, julio, 1993).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1993, *Informes*, N° 2 (Santiago, agosto, 1994).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 3 (Santiago, diciembre, 1995).
- Fondo de Apoyo a la Investigación 1994, *Informes*, N° 4 (Santiago, diciembre, 1996).
- Fondo de Apoyo a la Investigación Patrimonial 1998, *Informes*, N° 1 (Santiago, diciembre, 1999).
- Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).
- Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (Santiago, 1994, 425 págs.).
- José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos siglos XVI y XVII* (Santiago, 1994, 117 págs.).

- Oreste Plath, *Olografías. Libro para ver y creer* (Santiago, 1994, 156 págs.).
- Hans Ehrmann, *Retratos* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- Soledad Bianchi, *La memoria: modelo para armar* (Santiago, 1995, 275 págs.).
- Patricia Rubio, *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (Santiago, 1995, 437 págs.).
- Juvencio Valle, *Pajarería chilena* (Santiago, 1995, 75 págs.).
- Graciela Toro, *Bajo el signo de los aromas. Apuntes de viaje a India y Paquistán* (Santiago, 1995, 163 págs.).
- A 90 años de los sucesos de la escuela Santa María de Iquique* (Santiago, 1998, 351 págs.).
- Vamos gozando del mundo. La picaresca chilena. Textos del folklore*, compilación Patricia Chavarría (Santiago, 1998, 100 págs.).
- Alfredo Matus y Mario Andrés Salazar, editores, *La lengua, un patrimonio cultural plural* (Santiago 1998, 106 págs.).
- Mario Andrés Salazar y Patricia Videgain, editores, *De patrias, territorios, identidades y naturaleza*, (Santiago 1998, 147 págs.).
- Consuelo Valdés Chadwick, *Terminología museológica. Diccionario básico, español-inglés, inglés-español* (Santiago, 1999, 188 págs.).
- Brian Loveman y Elizabeth Lira, *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política 1814-1932* (Santiago, 1999, 338 págs.).
- Ludovico Antonio Muratori, *El cristianismo feliz en las misiones de los padres de la Compañía de Jesús en Paraguay*, traducción, introducción y notas Francisco Borghesi S. (Santiago, 1999, 469 págs.).
- Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, *Catálogo de publicaciones*, 1999, edición del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana (Santiago, 1999, 72 págs.).
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 347 págs.). tomo I.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 371 págs.). tomo II.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 387 págs.). tomo III.
- Diego Barros Arana, *Historia general de Chile*, 2ª edición (Santiago, 2000, 377 págs.). tomo IV.

Colección Fuentes para el Estudio de la Colonia

- Vol. I Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronicón sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (Santiago, 1994, 280 págs.).
- Vol. II *Epistolario de don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Primer conde de Maule*, prólogo, revisión y notas de Sergio Martínez Baeza (Santiago, 1994, 300 págs.).
- Vol. III *Archivo de protocolos notariales de Santiago de Chile. 1559 y 1564-1566*, compilación y transcripción paleográfica de Álvaro Jara H. y Rolando Mellafe R., introducción de Álvaro Jara H. (Santiago, 1995-1996, 800 págs.) dos tomos.

Colección Fuentes para la Historia de la República

- Vol. I *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).

- Vol. II *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI *Ensayistas proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (Santiago, 1993, 315 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, 1995, 577 págs.).
- Vol. VII *La "cuestión social" en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*, recopilación y estudio crítico de Sergio Grez T. (Santiago, primera reimpresión, 1997, 577 págs.).
- Vol. VIII *Sistema carcelario en Chile. Visiones, realidades y proyectos (1816-1916)*, compilación y estudio preliminar de Marco Antonio León L. (Santiago, 1996, 303 págs.).
- Vol. IX "... I el silencio comenzó a reinar". *Documentos para la historia de la instrucción primaria*, investigador Mario Monsalve Bórquez (Santiago, 1998, 290 págs.).
- Vol. X *Poemario popular de Tarapacá 1889-1910*, recopilación e introducción, Sergio González, M. Angélica Illanes y Luis Moulian (Santiago, 1998, 458 págs.).
- Vol. XI *Crónicas políticas de Wilfredo Mayorga. Del "Cielito Lindo" a la Patria Joven*, recopilación de Rafael Sagredo Baeza (Santiago, 1998, 684 págs.).
- Vol. XII *Francisco de Miranda, Diario de viaje a Estados Unidos, 1783-1784*, estudio preliminar y edición crítica de Sara Almarza Costa (Santiago, 1998, 185 págs.).
- Vol. XIII *Etnografía mapuche del siglo XIX*, Iván Inostroza Córdova (Santiago, 1998, 139 págs.).
- Vol. XIV *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento. Epistolario 1833-1888*, estudio, selección y notas Sergio Vergara Quiroz (Santiago, 1999, 227 págs.).

Colección Sociedad y Cultura

- Vol. I Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Vol. II Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Vol. III Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Vol. IV Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Vol. V Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Vol. VI Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Vol. VII Ricardo Nazer Ahumada, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Vol. VIII Álvaro Góngora Escobedo, *La prostitución en Santiago (1813-1930). Visión de las elites* (Santiago, 1994, 259 págs.).

- Vol. ix Luis Carlos Parentini Gayani, *Introducción a la etnohistoria mapuche* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. x Jorge Rojas Flores, *Los niños cristaleros: trabajo infantil en la industria. Chile, 1880-1950* (Santiago, 1996, 136 págs.).
- Vol. xi Josefina Rossetti Gallardo, *Sexualidad adolescente: Un desafío para la sociedad chilena* (Santiago, 1997, 301 págs.).
- Vol. xii Marco Antonio León León, *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932* (Santiago, 1997, 282 págs.).
- Vol. xiii Sergio Grez Toso, *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)* (Santiago, 1998, 831 págs.).
- Vol. xiv Ian Thomson y Dietrich Angerstein, *Historia del ferrocarril en Chile* (Santiago, 1997, 279 págs.).
- Vol. xv Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, *Neoliberalismo y clase media. El caso de los profesores de Chile* (Santiago, 1998, 165 págs.).
- Vol. xvi Marcello Carmagnani, *Desarrollo industrial y subdesarrollo económico. El caso chileno (1860-1920)*, traducción de Silvia Hernández (Santiago, 1998, 241 págs.).
- Vol. xvii Alejandra Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentretenidos en Chile colonial* (Santiago, 1999, 174 págs.).
- Vol. xviii Leonardo León, *Apogeo y ocaso del toqui Francisco Ayllapangui de Malleco, Chile* (Santiago, 1999, 282 págs.).
- Vol. xix Gonzalo Piwonka Figueroa, *Las aguas de Santiago de Chile 1541-1999. Desafío y respuesta. Sino e imprevisión*, tomo I, "Los primeros doscientos años. 1541-1741". (Santiago, 1999, 480 págs.).
- Vol. xx Pablo Lacoste, *El Ferrocarril Trasandino. Un siglo de transporte, ideas y política en el sur de América*. (Santiago, 2000, 459 págs.).
- Vol. xxi Fernando Purcell Torretti, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social Colchagua, 1850-1880* (Santiago, 2000, 148 págs.).
- Vol. xxii María Loreto Egaña Baraona, *La educación primaria popular en el siglo XIX en Chile. Una práctica de política estatal* (Santiago, 2000, 248 págs.).

Colección Escritores de Chile

- Vol. I *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV *Domingo Melfi. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).
- Vol. VI *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).
- Vol. VII *Alberto Rojas Jiménez. Se paseaba por el alba*, recopilación y selección de Oreste Plath, coinvestigadores Juan Camilo Lorca y Pedro Pablo Zegers (Santiago, 1994, 284 págs.).
- Vol. VIII *Juan Emar, Umbral*, nota preliminar, Pedro Lastra; biografía para una obra, Pablo Brodsky (Santiago, 1995-1996, c + 4.134 págs.) cinco tomos.

- Vol. ix *Martín Cerda. Palabras sobre palabras*, recopilación de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1997, 143 págs.).
- Vol. x *Eduardo Anguita. Páginas de la memoria*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., prólogo de Alfonso Calderón.
- Vol. xi *Ricardo Latcham. Suite americana*, recopilación de Pedro Pablo Zegers B., selección y nota preliminar de Pedro Lastra y Alfonso Calderón.

Colección de Antropología

- Vol. I Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).
- Vol. II Rubén Stehberg, *Instalaciones incaicas en el norte y centro semiárido de Chile* (Santiago, 1995, 225 págs.).
- Vol. III Mauricio Massone y Roxana Seguel (compiladores), *Patrimonio arqueológico en áreas silvestres protegidas* (Santiago, 1994, 176 págs.).
- Vol. IV Daniel Quiroz y Marco Sánchez (compiladores), *La isla de las palabras rotas* (Santiago, 1997, 257 págs.).
- Vol. V José Luis Martínez, *Pueblos del chañar y el algarrobo* (Santiago, 1998, 220 págs.).

Colección Imágenes del Patrimonio

- Vol. I. Rodrigo Sánchez R. y Mauricio Massone M., *La Cultura Aconcagua* (Santiago, 1995, 64 págs.).

Colección de Documentos del Folklore

- Vol. I *Aunque no soy literaria. Rosa Araneda en la poesía popular del siglo XIX*, compilación y estudio Micaela Navarrete A. (Santiago, 1998, 302 págs.).

Colección Ensayos y Estudios

- Vol. I Bárbara de Vos Eyzaguirre, *El surgimiento del paradigma industrializador en Chile (1875-1900)* (Santiago, 1999, 107 págs.).
- Vol. II Marco Antonio León León, *La cultura de la muerte en Chiloé* (Santiago, 1999, 122 págs.).

**Se terminó de imprimir esta primera edición,
de quinientos ejemplares,
en el mes de diciembre de 2000
en los talleres digitales de
Ril Editores
Santiago de Chile**

DIRECCION
dibam
BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS